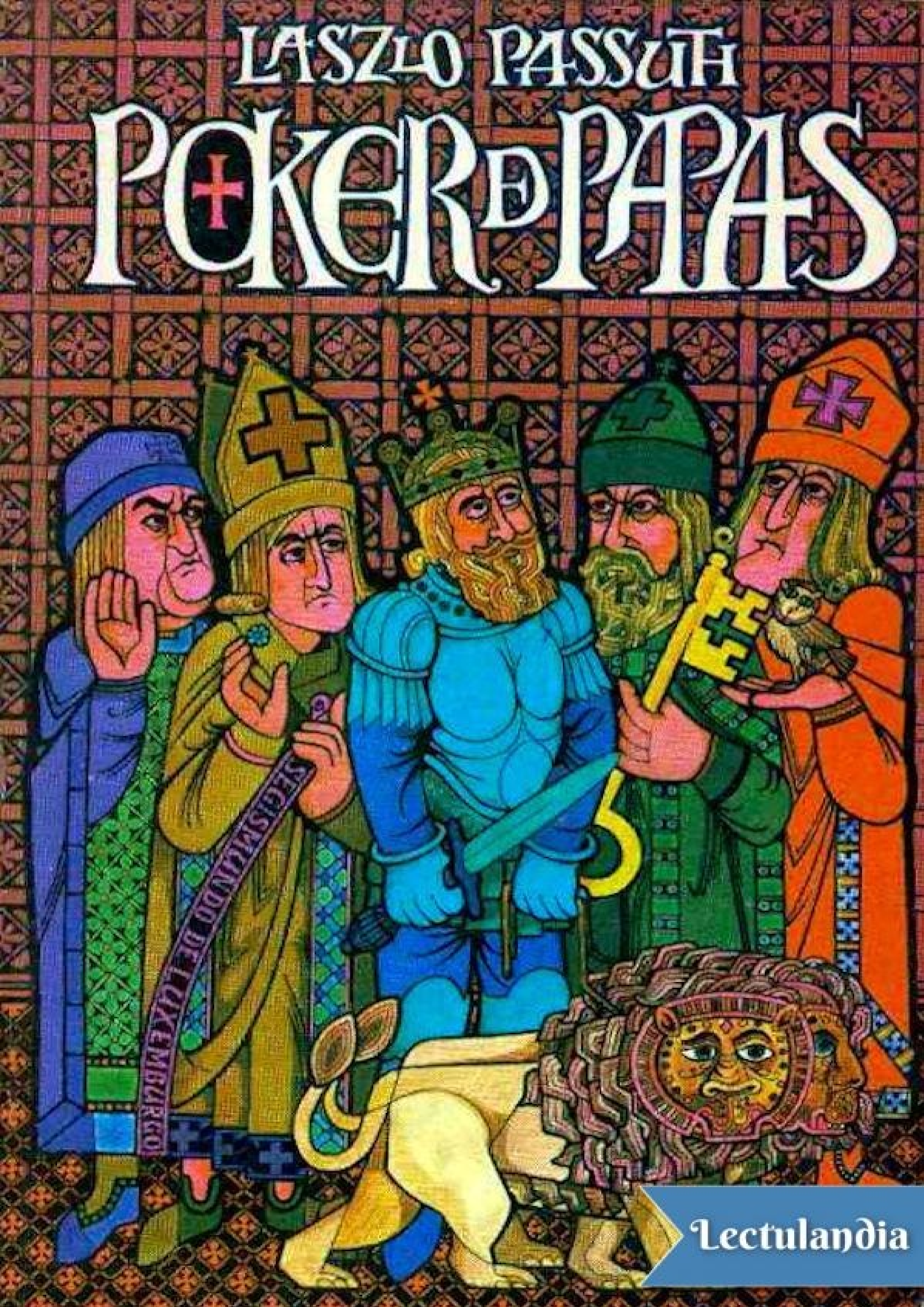

LASZLO PASSUTH
POKER DE PAPAS
SEGISMUNDO DE LUXEMBURGO
Lectulandia

El cuadro histórico de Centroeuropa en una etapa decisiva de su historia. A mediados del siglo XIV los turcos amenazan con derribar el caduco imperio de Bizancio. La corte de Viena, los magyares, todo el tablero de principados, de pequeños reinos de aquel avispero enloquecido se agita ante el peligro. Se conciertan pactos, uniones matrimoniales, compromisos de urgencia, mientras en los castillos la fiesta continúa día y noche. La ruptura interna de la Iglesia añade un elemento más de confusión. La peste diezma ciudades enteras. Caen reinos en el fango, entre el estruendo de la artillería recién inventada. Las grandes ciudades italianas se lanzan a la conquista de las rutas de la especiería. Los cruzados de las Órdenes teutónicas contienen las últimas invasiones de bárbaros en las fronteras del Este. Pocas veces habrá vivido el mundo una época de brillo, riqueza, maldad, una época de fascinación, comparable a aquel momento en que se adivina la aparición de un Nuevo Mundo. László Passuth recrea magistralmente ese momento histórico. Y nos lo muestra con el perfil luminoso de una vidriera gótica, con la gracia cortesana de un cronicón miniado. Una auténtica novela que ha puesto a prueba el gigantesco poder de creación de uno de los más grandes y auténticos novelistas de este tiempo.

László Passuth

Póker de Papas

ePub r1.0
Titivillus 03.02.2022

Título original: *Tórt Királytükor*
László Passuth, 1974
Traducción: Elisabeth Szel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

SE HALLABAN sentadas en torno a la gran mesa, en el castillo de Nagyszombat, juntas las tres, como si se tratara de una reunión de señoras distinguidas: las tres Isabeles. La mayor —la viuda de Carlos Roberto— decrépita anciana venida de la lejana Polonia para asistir a los esponsales ha tiempo anunciados, escondía su mano mutilada (recuerdo de la acción de Feliciano Zách), bajo un mantón de encajes.

La mayor categoría la ostentaba la viuda de Carlos IV, el emperador romano. La Isabel «de Pomerania» se hallaba todavía en la flor de sus años. La naturaleza la había dotado de elevada estatura y de extraordinaria fuerza física: era una mujer rubia y alegre que se jactaba de poder doblar herraduras o pulseras, si así lo quería. Y mientras vivió su marido, el gran político envejecido, el emperador amante de los libros, ella sólo fue su pálido reflejo; pero ahora la joven viuda se sentía capaz de escalar los inciertos peldaños del poder. Porque desde la muerte de Carlos de Luxemburgo, el imperio romano-germánico sólo tuvo reyes empeñados en atacarse entre ellos, pero nadie que como él llegara a ceñir la corona imperial.

La Isabel madre y la Isabel viuda de Luis el Grande no se estimaron desde el comienzo, y eso fue durante mucho tiempo la comidilla de las cortes. La mayor era la más sabia, la más política; la menor, la más joven —acababa de perder a su marido— empezaba a saborear ahora el vicio del poder. Con todo su ardor de eslava del Sur, aspiraba a dirigir caprichosamente los destinos del imperio de su marido —aspiración femenina— y a echar por tierra de un plumazo el testamento que había dejado Luis el Grande.

Cada una envuelta en su pompa, sonriéndose unas a otras, se hallaban sentadas en sus grandes sillones ornados con coronas, ante toda la corte húngara; nobles y embajadores; eslavos del Norte que se encontraban con eslavos del Sur. Y cuando agotaron las pocas frases en latín preparadas para las presentaciones, conversaron en sus idiomas hermanos, de sabor diario. Y aunque las dos Isabeles magiares emplearon entre sí la lengua húngara, en Cracovia, donde vivía Isabel «la vieja», no utilizaban ese idioma tan singular.

Porque su marido, Carlos Roberto, apenas si podía acudir a él cuando le faltaban frases en latín.

La idea de esos esponsales había brotado ya en la mente de Luis: juntar en una sola cama a la Casa de Luxemburgo y a los Anjou húngaros. María, hija de Luis el Grande y de Isabel, y Segismundo, hijo de Carlos de Luxemburgo y de Isabel de Pomerania, recibirían Hungría, con la atrayente guirnalda compuesta por los países que dependían de ella. Y la otra hija, Eduvigis, reinaría en Polonia.

Podía suponerse que esas reinas que se sonreían cortésmente, sólo eran títeres manejados por manos interesadas, insignificantes figuras. Pero no: en ese otoño de 1382, ya no las respaldaba varón alguno que pudiera orientarlas en el orden de las cosas. La Isabel mayor había salido de la corte polaca de su hermano para bañarse de nuevo en el resplandor de sus recuerdos. Salió a Visegrád, contempló el Danubio y luego embarcó, igual que cuando lo hizo para ir a Nápoles a asegurar el trono de su hijo menor, Andrés. Fue un viaje penoso, inútil. ¿Por qué no se lo trajo entonces a casa? Así pudo haber evitado que en el monasterio de Aversa, enroscaran el cordón de seda negro en torno al cuello de su hijo. Y la mujer pecadora, Juana, reinó todavía treinta años, aunque este año —¿o fue el año pasado?— también la alcanzó su destino. Pero era ya una vieja, la que los mozos de Nápoles estrangularon en el lejano castillo sobre las rocas.

La anciana Isabel no pudo entonces asistir a los funerales de su hijo en Fehérvár, pero ahora le rendiría los honores antes de regresar a Polonia. Casi no conocía a nadie entre los más viejos cortesanos. Por su parte, la nuera, la Isabel joven —apenas unas semanas después de la muerte de su marido— tomó en sus manos las riendas del país. Nombró nuevos nobles para ocupar altos cargos, devolvió las tierras a sus antiguos propietarios; la jerarquía eclesiástica, jueces y magistrados frecuentaban los palacios de Visegrád o de Buda, mendigando nuevas posesiones, acechando presas nuevas, más y más títulos.

Nagyszombat se hallaba más cerca de Cracovia y también de Praga que las demás residencias reales, por lo que convocaron a todos para los esponsales en el mencionado palacio de Nagyszombat. Era el compromiso matrimonial de un par de niños: Segismundo apenas había cumplido los trece años. La última voluntad de su padre le hizo dueño y señor del gran ducado de Brandeburgo, mientras que el hermanastro mayor, Wenceslao, heredaba la corona de Bohemia. A los primos Jost y Jodock, sólo les dejaron escasas comarcas.

Wenceslao le llevaba muchos años a Segismundo, por lo que Carlos IV le encomendó también a su primogénito el papel de padre. Y el matrimonio decidido por los dos poderosos príncipes, serviría también para enterrar antiguas discordias, viejos recelos. Tanto Luis como Carlos pensaban unir así en una sólida guirnalda, los países que se extienden desde la frontera de los Balcanes al Imperio bizantino, llegando hasta Francia. Abrazarían en el norte al país polaco y acaso las regiones lituanas serían anexionadas, como las posesiones de los caballeros alemanes en el Báltico. A Wenceslao le llegaría así el reino alemán, al que corresponde la corona del sacro Imperio romano germánico. Con la mano de María, Segismundo recibiría la nación húngara y los territorios conquistados al sur. En la mano de la otra hija, Eduvigis, quedaría Polonia en cuanto ésta cumpliese el deseo de su padre de convertirse en esposa del príncipe austríaco.

El problema más inquietante era el Sur, cuyas comarcas se hallaban continuamente en peligro desde que el poder turco puso pie firme en los Balcanes. El milenario Imperio bizantino se iba desmoronando a medida que los emperadores de la familia, los Paleólogos, perdían cada vez más la esperada ayuda de los países cristianos de Europa.

En el Occidente dominaba el derecho del más fuerte en sus luchas cada vez más encarnizadas, durante las guerras anglo-francesas; donde caballeros ataviados con vistosos trajes combatían a mandobles. Un arma nueva apareció en los campos de batalla, el cañón, lo cual modificó profundamente la estrategia utilizada. En Hispania, de las luchas entre dominios cristianos, emergieron Castilla y Aragón. A veces se declaraban la guerra, otras se aliaban para luchar contra los moros, quienes se mantendrían aún durante un siglo en el reino árabe de Granada.

La dilatada ruptura interna de la Iglesia, fue considerada por los cronistas como la mayor desgracia del mundo: el pontífice francés de Avignon, sembró la duda sobre el poder del santo Padre de Roma. Durante dos generaciones intentaron en vano una salida a la gran crisis del pueblo de Cristo, planeando Concilios en busca de la unidad. Durante largos años —especialmente cuando también pusieron en la cabeza del tercer papa la triple tiara— reinó en los países cristianos un obsesionante temor por el fin del mundo. Los pueblos y sus gobernantes se revolvían asustados entre lúgubres profecías.

Después de años de escasez y de grandes epidemias —como la peste de 1348— estallaron en todas partes discordias y querellas, y en muchas comarcas se originaron guerras de campesinos. Éstas fueron aplastadas una a una por el ataque de los poderosos, que en esa ocasión se apresuraron a

aliarse, pero tuvo que pasar muchísimo tiempo hasta que las heridas pudieran cicatrizar.

En el tiempo de los interregnos adquirieron gran prestigio las universidades, que comenzaron a multiplicarse. Al principio fueron Bolonia y París las favoritas. Pero luego, la universidad de Praga, fundada por la imperial voluntad de Carlos IV, así como el «Studium Generate» de la ciudad de Pécs, que Luis el Grande tuvo el valor de crear, difundieron el espíritu y hasta la forma de las dos grandes academias anteriores.

Italia aún era de los italianos, y en el tablero de ajedrez de la península no luchaban todavía las potencias extranjeras para conquistarla. Italia del Norte era compartida por dos poderes: el principado de los Visconti, en Lombardía; y en Venecia, la república de San Marcos, la «Serenissima». A causa de aquella ruptura de la Iglesia se había debilitado el brazo secular de los papas; y pequeños tiranos locales dominaban en la mayoría de las ciudades. Nápoles y Sicilia vivían bajo el reinado de la Casa de Anjou; en Toscana florecían las repúblicas de las cuates se destacó Florencia, entre cuyos gobernantes figuraban ya los Médicis.

En la Europa occidental, el reino francés pudo haber sido el poder dirigente, como lo fue durante siglos, pero su estructura feudal lo había vuelto tan frágil, su poder tan inestable que, en la guerra contra los ingleses, su mayor vasallo —el príncipe de Borgoña— se pasó al enemigo. Los países escandinavos no querían participar todavía en el juego de dominio de Europa; aquí era el reino danés el poder dominante, y su rey disfrutaría en Buda, aún por largo tiempo, de la hospitalidad a que tenía derecho por su parentesco.

No era por tanto alegre la imagen del imperio germano después de la muerte de Carlos IV. Margraves, príncipes y gobernantes, y las cada vez más fuertes ciudades imperiales libres, repartíanse entre ellos el poder —rara vez pacíficamente— con frecuencia en guerras civiles. Las interminables luchas fueron empobreciendo a los campesinos y multitud de gentes sin casa ni hogar vagaban en busca de comarcas más seguras. Y cuando con motivo de los esponsales de Nagyszombat se reunieron obispos y cancilleres, pudieron contemplar ante sí una Europa plena de vicisitudes, mientras en los castillos la fiesta continuaba día y noche.

El joven novio era sorprendentemente alto, un muchacho que ya auguraba al futuro galán. Sus cabellos eran de un rubio oscuro, la mirada azul, vivaz. Había perdido a su padre a los nueve años y desde entonces sufrió toda clase de adversidades por tierras bohemias, polacas, húngaras y a veces también en su propia región de Brandeburgo. En Nagyszombat sorprendió a todos desde

el principio, ya que, a pesar de carecer el joven novio de lengua materna, conversó con soltura en toda clase de lenguas y dialectos. Había pasado largos años en la corte húngara, lo mismo que en Polonia, a donde le llevó la voluntad de Luis el Grande. En Bohemia, vivió al lado de su hermanastro Wenceslao, en el Hradschin. Habiendo llevado una existencia tan errante, sorprendía que hubiera podido asimilar la dura pedagogía obligatoria en la educación de un príncipe. Segismundo se destacó rápidamente entre sus compañeros defendiéndose en latín cuando hablaba con los embajadores; con los venecianos empleaba el italiano y consiguió su mayor éxito con el brindis en húngaro. También dominaba el francés y en esa lengua se dirigió al canónigo de Dijon cuando éste llegó a las fiestas. La impresión de los invitados debió de ser la de que el novio —a quien su futura suegra Isabel, no podía precisamente querer— había ganado su primera batalla en la corte.

Esta Isabel, apenas descendido el rey Luis a la cripta de Fehérvár, empezó a tejer y a urdir los hilos en favor de un matrimonio franco-húngaro. Su intención era esperar la disolución del noviazgo entre María y Segismundo, y cambiar así los proyectos de su difunto marido; había tiempo para ello, ya que el príncipe francés elegido era mucho más joven que Segismundo, y de esa manera podría gozar Isabel de un largo y sereno período de regencia, dispuesta a reinar durante muchos años en nombre de su hija María. Segismundo, en cambio, pronto sería lo bastante mayor para tenerlo bajo su tutela; o dominado, si fuera necesario. El pequeño margrave se estaba moviendo con demasiada habilidad en Nagyszombat para que alguien pudiera asegurar a Isabel una administración femenina muy prolongada.

María, la novia, rondaba los diez años. Los embajadores la describían en sus informes como una niña esbelta y de cara bonita. En cambio el enviado de la Serenísima, no mencionó ni su apariencia, ni la fecha en que se planeaba la boda, pendiente de la madurez de María. Los embajadores de Venecia tenían que informar hechos auténticos, con amenaza de castigos graves si no respondían a la verdad.

La abuela manca sonreía con la seguridad de ser más sabia que las demás; ella se acordaba lúcidamente de todos, y de todo lo que había ocurrido en esta parte del mundo. Llamó, pues, ante sí a María, la nieta, y al novio, a quien ya conocía desde Cracovia. De pronto pensó en su hijo, Andrés, hundido en el mundo de las sombras desde hacía un cuarto de siglo…

La abuela alzó su varita de hueso e hizo un ademán, como le correspondía por ser la más anciana. El baile podía comenzar.

2

A LA mesa de la reina Isabel se hallaba el secretario de la embajada veneciana: Laurentius de Monacis, autor de varias obras célebres, entre ellas el famoso «Chronicon». La meridional belleza sureña de la viuda de Luis había sufrido con el paso de los últimos cinco años. Pero era todavía una mujer interesante, de cabello negro, con su nariz arqueada y sus cejas finas; era como si después de la muerte de su marido apareciera liberada de la tensión ejercida por la única voluntad del rey. Isabel ambicionaba manejar el timón con toda su fuerza de mujer, pero con un rigor que Luis jamás hubiera ejercido o hubiera querido ejercer.

En la primavera del año del Señor de 1386, habían empezado a florecer los frutales tempranos del jardín en la fortaleza de Buda, y una nube de flores blancas y rosadas llenaba de perfume la habitación abovedada del castillo. Isabel echó una mirada al jardín y habló en voz baja al veneciano:

—¿Continuamos, *messere*?

El señor Laurentius había abandonado ese año sus crónicas. No le interesaba escribir los acostumbrados anales sobre los acontecimientos del año anterior. Pero el objetivo de la reina era conseguir la exaltación de Isabel, y borrar alguna que otra sombra, por lo que había prometido al humilde funcionario de la república de San Marcos, la posesión de tres pueblos de la comarca de Tolna.

—Pensaba elegir como título de la obra, majestad, un concepto a la vez común y excepcional, general y particular, algo así como: «Sobre las cosas ocurridas a las ilustres reinas». Y me gustaría añadir: «… Y sobre la lúgubre muerte de Carlos el Pequeño», todo lo cual sonaría así en latín: «Carmen de *casu illustrium Reginarum et de lugubro exitu* Caroli Parvi…».

—¿Y por qué había de ser lúgubre la muerte de Carlos? ¿No respiró acaso el país entero cuando falleció?

—Toda muerte es lúgubre… Y si al muerto no le adornamos con algún atributo que después puede ocultar, como un sudario, todo lo que era deforme

o criticable en él, difícilmente podríamos rendir culto a la tradición de los antepasados, *De Mortuis*, mi señora.

—Carlos tenía tan sólo cuarenta años cuando falleció.

—Bueno, dejemos ese título, todo esto pertenece también a los acontecimientos del año pasado…

—El año del Señor de 1385 llegó revestido de alegría y de placer pero era engañoso. Segismundo cumplía sus diecisiete años, María se transformó en doncella: al mismo tiempo que los astrólogos, la naturaleza apoyaba su enlace. Pero esa boda no atraía en cambio ni a Wenceslao ni a los polacos. Ya había yo pospuesto dos veces la boda, por lo que, finalmente, no se podía postergar más.

»A pesar de que tampoco a mí me gustaba… Pero eso no lo escribáis, *messere*. Mientras María sea joven y no dé un paso sin su madre, nosotros seremos "La Regina". ¿Quién es ese Segismundo? No sabemos gran cosa de él. Acaso tan sólo que todos le contemplan admirados, sobre todo si las que le ven son mujeres. El margrave de Brandeburgo, o según su nuevo título, el Defensor de Hungría, coge siempre las flores cuando están al alcance de su mano. ¿Qué podría yo pretender de mi señor yerno? No, no había temor de que le vigilase con corazón emocionado en su noche de bodas. ¡Pero qué noche, Lorenzo! Bien sabía yo que debía aceptar que él me quitara las riendas; a Segismundo no lo puedo gobernar como a mi propia hija. Pero mi difunto marido lo quiso así: que los Anjou y los Luxemburgo se ayunten en un mismo lecho. Esos Luxemburgo no tienen patria ni lengua materna; uno es checo, otro alemán, los demás hablan francés. Segismundo ya está cortejando a María en húngaro… ¿Pero cuánto tiempo quedó junto a ella después de su unión? Fue llamado enseguida por su hermano Wenceslao. Y la tormenta de Hungría sorprendió a mi yerno en Praga.

»Quisiera contaros algunas cosas sobre Carlos el Pequeño, que en su obra figurará como príncipe; digna de lamentación fue su muerte: nosotros, los de Bosnia, no perdonamos ni en la tumba a los que nos han faltado. ¿Cuándo llegó por primera vez de Dalmacia la noticia de que Carlos de Durazzo había fondeado allí? Posiblemente en primavera… Dios mío, hace apenas un año, y ya parece una eternidad. ¿Puede asombrar, *messere*, que después de la muerte de mi marido se desmoronara tan rápido todo el oro del tesoro real? János Garai y Míklós Gara I eran mis mejores consejeros, pero ellos tampoco podían extraer el oro de las piedras. Sí, Carlos fondeó en Dalmacia con sus tropas italianas. No vino como un pretendiente al trono, con las manos vacías: trajo el oro de Nápoles y aquí les esperaban los rebeldes. Todo el clan de los

Horvátis, todo el clan de los Lackfis. Carlos, según esas noticias, anunció que se vengaría de nosotros, y de todos los que obedecían a Luis, por la muerte cruel de su padre, Carlos de Durazzo.

»Sabréis también lo que pasó con Juana. Cuatro años ha, Carlos envió a tres esbirros a la fortaleza de las rocas en que Juana estaba encarcelada. La cadena… ¡Qué larga cadena es ésta, Señor mío! Casi treinta años ya, desde que apretaron el cordón de seda al cuello del hermano menor de mi marido, en el castillo de Aversa… Los tres verdugos tuvieron aún bastante decencia para dar tiempo a Juana de rezar un Padre Nuestro antes de estrangularla. Sí… pasó hace casi cuatro años… Carlos, fue Carlos quien mandó a los verdugos para ejecutar a su propia tía.

»Carolus era pequeño de estatura sin ser enano, metía sus narices en todas partes husmeando intrigas, era malvado. ¿Qué más hubiera podido hacer yo, pobre mujer, despojada de toda mi fortuna, cuando llegó la noticia de que ya estaba en Zagreb, que se acercaba a las fronteras húngaras, que había llegado a la puerta en el Sur del país, engrosando siempre su ejército, uniéndose a Carlos en Tolna y en Baranya? Como una bola de nieve rodando desde la cumbre, así fueron creciendo sus fuerzas. Fue un invierno suave el del año pasado, no hubo borrascas ni nieve, no rondaban lobos en el bosque frío. Y Carlos llegó…

»¿Cómo olvidar aquellos días, ni yo, ni María? Naturalmente, envié enseguida un representante, con bellas palabras. Si no podía mandar tropas que cortaran la inundación, creía salvar mi vida y la de mi hija sometiéndome voluntariamente a Carolus, aunque no tenía muchas esperanzas. Era de Nápoles… empleaba venenos, estrangulaba con los cordones. Pero… mientras yo respire, puedo tener esperanzas. “Dum spiro, spero”… Aquel día… esperaba en un oscuro amanecer, confiando en que llegara Segismundo con tropas checas, alemanas… y quizá también húngaras, para librarme de esa prisión. No… no éramos, *messere*, prisioneros. Cuando Carolus llegó, se arrodilló ante nosotras, nos besó la mano, a María le dio un abrazo. Nosotras le abrazamos con asco, como a una víbora. Era feo, contrahecho, de mirada astuta.

»Convocó en Buda al parlamento. Los Horváti vigilaban quién podía entrar a la *“Dieta”* y quién no. Eligieron a Carolus Parvus gobernador y hasta le concedieron la corona de San Esteban. Entonces cayó una gran nevada. Cuando regresamos a Székesehérvár, ya nos habíamos olvidado de la Santa Navidad. Dos días antes de finales de año, Carlos recibió la corona de San Esteban. El parlamento exigió de mi hija que abdicara su título real, sin

oponerse, sino sometiéndose también ella a su generoso pariente. Carolus, amén, amén, querido hijo…

»¿Qué clase de coronación era ésa, en pleno invierno, en medio de una borrasca de nieve, en el penúltimo día de 1385? Carlos desplegó todo un ejército, dispuesto a ahogar en sangre la menor protesta, el menor lamento. Reinaba un silencio sepulcral, como si hubieran degollado a la gente. No se pronunció ni un "¡Viva!", el arzobispo dijo lo suyo solamente en latín, sin alegría. La corona de San Esteban era demasiado grande para el señor de Nápoles, sus orejas sostenían el gran aro de oro. Tan triste coronación no se había vivido jamás en Hungría. Nosotras tuvimos que estar presentes allí, en las sillas delanteras. El sillón contiguo al trono quedó vacío. Pertenecía simbólicamente a Margarita de Nápoles. Nosotras, con María… sí, nos sentamos en esas primeras sillas, pero no en los tronos.

»Dije a María: bajemos a ver a tu padre. Una única antorcha iluminaba la cripta, luego sólo dos candiles. Luis yacía en el sarcófago de mármol. ¿Qué clase de visita fue la nuestra? ¡Horrible! No nos dijimos ni una palabra, solamente acariciamos ese amarillento mármol funerario. ¿Sabrá o no el alma del muerto lo que sucede aquí, en la tierra? Le llamábamos, Luis, Luis… Teníamos miedo que Carlos bajara también, de que nos viera, que oyera nuestros rezos. No bajó sino al día siguiente. Ese día de hoy era de fiesta, no le atraían los muertos. Repartió tierras, títulos, elevó a magistrados que eran las aves de la traición. Estuvo presente en el gran almuerzo, en la gran fiesta, en el baile. "Domina Regina", "Domina Regina", de eso no faltaba… Pero a María ya sólo la trataba de princesa, y en habla latina. A su lado no quedaba sitio para nadie en el trono. Sobre todo para la hija de Luis…

»Días, días. No estábamos en prisión; cuando nos veíamos, nos saludábamos muy sonrientes, pronunciábamos palabras y expresiones cortesanas. Era de Nápoles, mezclaba las palabras latinas con las suyas, para poder andar con rodeos, a la italiana. Nos quedamos todo el mes de enero allí, en Buda. El castillo es bastante amplio, y en el ala de las reinas disponíamos de gran espacio. María pudo quedarse al lado de su madre. Había dinero para mantener también nuestra corte, con algunos fieles partidarios que permanecieron a nuestro lado. El mayor consuelo nos lo daba Nicolás Garai, pero él tampoco podía expresar abiertamente su afecto. ¡Si llevaban todas mis palabras a Carlos! Hasta las paredes tenían oídos… Entre mis partidarios estaba Balázs Forgách, el más impulsivo. ¡Si *messere* le viera! Era un paladín fuerte, de rancio linaje, pero pobre en posesiones. Un hombre tan… un

hombre tan… ¿cómo decirlo? Un hombre así necesitábamos para comprender el sombrío futuro.

»¿Y cómo olvidar luego aquel día? El 7 de febrero… Me asomé por la mañana, la niebla se fundía sobre el Danubio, un poco de sol se abrió paso entre las nubes, brillante, y allí enfrente, en Pest, la iglesia de Nuestra Señora. ¿Lo veis, Lorenzo? Me acuerdo de todo lo que ocurrió aquel día. Aún era de mañana cuando me anuncié a aquel hombre, a quien no podía tratar como “Regia Maestas”. No obstante, aquella mañana le envié un recado, pidiéndole que me honrara con una visita: había llegado un mensaje de mi yerno, el margrave Segismundo.

»Carlos vino. Le dije que me gustaría hablarle a solas porque no incumbía a los demás nuestros asuntos personales. Otras veces había ocurrido lo mismo, no había en ello nada de extraño. Las damas de mi séquito salieron también. Estábamos sentados, y yo le hablé de las cosas del Imperio, de las que Carlos no sabía mucho. Sólo le interesaban los sucesos de su reino: Italia. Así estuvimos platicando, dando rodeos y matando el tiempo con una charla superflua. Miraba a todas partes, las damas trajeron refrescos. Balázs no llegó, y eso también molestó bastante a Carlos. Después me preguntó: “¿Qué escribe nuestro ‘Segismundo marchio’?”. Naturalmente no le trató de “Protector de Hungría” o de “Defensor”, como hubiera debido. En ese momento se oyó un crujido en la puerta lateral, puerta que no solemos usar, pues no conduce al corredor sino a una cámara. Al parecer, allí se había introducido Balázs Forgách. Tenía en la mano una pica y no el sable, que colgaba de un costado. No dijo nada, su cara estaba roja, sus ojos ardían… No, no insultó a Carlos, no dijo nada, le hundió la pica en la cabeza. Así fue, ¡válgame el cielo! Digan lo que digan, nada ocurrió de otra manera. Balázs estaba solo, lo había hecho él solo.

»La princesa de Durazzo, al dar a luz a Carlos, trajo al mundo a un hombre endeble. Pero su cerebro funcionaba bien: con la rapidez de una serpiente cogió su espada, mientras se tambaleaba en dirección a la puerta. Quiso combatir todavía, la sangre manaba de su cabeza, de su frente golpeada por la pica, por todas partes sangre, sangre, horror, yo me precipité a un rincón, en mis manos tenía ya un puñal, una daga de Bosnia, con la que defendían su honor nuestras mujeres allá en el Sur. Pero no hice nada. Temblaba. Carlos se deslizó fuera del recinto. A Balázs le dio vergüenza perseguirle. Como afirmó después, no podía hundir su espada en un agonizante. Estaba allí parado, mirando con disgusto. ¿Qué podía preguntarle entonces? “¿Qué deseas como recompensa?” Y fue allí, en aquel momento

cuando le hice donación de Gimes y Gács… dos posesiones enormes y preciosas que los Forgách recibieron cuando llegó desde Visegrád la noticia de que Carolus —después de haber sufrido durante dos semanas— había fallecido por fin.

»¿Qué murmuraron en la Corte? ¿Que ya se estaba curando de su herida, que el cirujano confiaba en salvarle, y que yo entonces… entonces habría enviado a quien lo matara? Ya lo veis *messere*, ¿cómo hubiera podido hacerlo? Los croatas y los italianos de Carolus ocuparon Visegrád. Acampaban aquí, en Buda, alrededor del castillo. ¿Cómo hubiera podido organizarlo yo? Ese malvado murió a manos de la Madre Naturaleza, le consumían las fiebres, el ardor aumentaba, deliraba… Hasta que su corazón se detuvo. Así… así debéis vos describirlo en vuestro libro y no de otra manera. Yo no mandé ningún matón a Visegrád, y Balázs Forgách estuvo solo, con su pica. Noches, noches, siempre esa cara, el Balázs mudo, el grito del italiano… No es verdad que le prometiera a Balázs las dos posesiones antes de lo que pasó, ni cuando pasó. A pesar *de que os lo* cuenten de esa manera, como si se tratara de uno de esos a quienes los italianos llaman “bravos”.

»A los reyes no les afecta la ley; su palabra es la ley, mientras sea rey. Pero, ¿y después?… ¿Quién hubiera podido juzgar las infamias de Carolus Parvus, su manera de acaparar el país, el modo de despojarnos a mí, a María…? ¿Hasta cuándo hubiéramos podido vivir? Ya habíamos conocido el destino de Juana: tres mozos que se presentan con el cordón negro en la mano en el castillo de las rocas. “Mi Señora, tenéis tiempo para rezar un Padrenuestro…”

»Cuando Carlos sucumbió —como si hubiera caído una ráfaga de viento helado sobre la ciudad—, las gentes de Carlos empezaron de repente a escapar de Buda y de Visegrád. Por todas partes croatas, dálmatas, italianos… No intentaron entrar en las ciudades, porque ya estaban los hombres de Nicolás Garai junto a las murallas. Esparcieron con gran ruido la noticia de que las tropas de Wenceslao y Segismundo estaban cruzando la frontera para ayudarnos. ¿Pero dónde estaban? ¿Por dónde venían esas tropas? Cuando llegó Segismundo… con él venían unos trescientos hombres, no más. No había dinero para disponer de tropas…

»Pese a que Segismundo era esposo legítimo de María, era Wenceslao quien decidía cuándo podría volver a cumplir como marido de la reina. Sólo regresaría cuando María se hiciera cargo de las deudas que Segismundo amontonó en sus últimos años, al ir y venir errando por tierras de Bohemia,

tierras, sajonas, tierras austríacas y en Brandeburgo. ¿Y para qué le necesitaba ella? No, no lo escribáis, no lo escribáis, Lorenzo. Para rameras, mozas y mujeres… las sortijas. Pana cada puta una sortija de oro… No lo escribáis, Lorenzo.

»Pasaron dos meses desde la muerte de Carlos. Convocamos a la “Dieta”, reuniendo a la nación entera en una gran asamblea parlamentaria. No sólo a los barones y a los grandes nobles: cuatro de cada comarca, para que también vinieran de las ciudades y, además, para que estuvieran allí sentados los sabios del Studium Generale, de Pécs. Un consejo de grandes señores, corderos y lobos acechando la presa. Y las provincias de Gimes y Gács, ya las ocupaba Balázs.

»¿Rey? ¿Es que sólo María era el rey? También el señor margrave aspiraba a ser rey, empezando por abdicar de Brandeburgo, por voluntad de Wenceslao. Ahora disponía de un gran país, un país enorme. Y cómo se mueve, haciendo gala de su aspecto varonil, presumiendo, dejándose cortar la barba por un barbero, recubierto de lujosos brocados, como si dijera: “Yo soy el varón más guapo de vuestro imperio”, ¡Segismundo por la gracia de Dios! Ya se estaba desgastando el nunca usado título: “Defensor de Hungría”. Y cuando yo, no puedo oír, los vasallos le llaman ya Majestad, “Regia Maestas”. Seguramente lo será tarde o temprano, a costa de nuestra femenina debilidad. Cuando hablo con Segismundo le miro el rostro que parece revestido de una sombra. Se dice que su padre, el emperador, era hombre de estructura débil; Wenceslao, su hermano mayor, tampoco es demasiado vigoroso y parece más pequeño desde que se acostumbró a beber. Segismundo, derecho como un árbol… como pintan a san Ladislao, alto, esbelto, derriba a todos en los torneos. Pobre María… Siempre preocupada por dinero, siempre pensando en sirvientas… Basta ya, detened el dictado, Lorenzo. He recibido aviso de Nicolás Garai, que quiere hablar con nosotras.»

Todavía se mantenía joven el gran señor Nicolás Garai, el apoyo de Isabel, el compañero de Segismundo. De mente clara, poseedor de un bello lenguaje, con grandes dominios y una guirnalda de antepasados. Se había criado en la escuela que el rey Luis adoptó para educar a sus cortesanos. El mismo Garai escribía los textos, un maestro de Italia pulía las palabras latinas y le enseñó el italiano. Hablaba el alemán, el croata y decían que también el francés. En la cancillería, era él quien abría las cartas, quien enviaba los estafetas a caballo por todo el país. Cuando la tesorería real quedó vacía, los Garai participaron, aunque fuera de mala gana, para ayudar en lo más indispensable.

En el castillo de Buda, todo seguía aparentemente igual, como antes del desembarco en Dalmacia de Carlos Durazzo, y antes de su corto reinado. Pero las noticias se tornaban cada vez más lúgubres a medida que se acercaban al territorio del Sur. Los partidarios de Carlos cercaron a la familia Horváti y los grandes terratenientes, el obispo prior, todos, formaban parte de la sublevación oculta desde hacía tiempo.

Culpaban a la reina madre de instigación al asesinato de Carlos. Balázs Forgách, ahora ayuda de cámara de la reina, encabezaba la lista de los acusados a quienes querían ajustar las cuentas. Eslavonia, coronada de castillos reales, era considerada como una comarca fiel. Cuando la atmósfera se hizo asfixiante y se vivía el nacimiento de una lucha de partidos, Garai aconsejó a las reinas que salieran de Buda con un pequeño séquito, como si fueran a visitar el país. Fueron primero a Esztergom y de allí a Eslavonia, donde podían aguardar en su sólida fortaleza hasta que pasara ese tiempo inquieto, y llegaran por fin las tropas de Segismundo.

Más bien parecía una escolta de caza y no tropas de seguridad las que acompañaron a las reinas en su viaje. Cargaron los coches con un reducido equipaje, como si sólo se tratara de una corta visita veraniega a la vecina comarca. El viaje se realizó a mediados de julio, los caballos y los acompañantes desfallecían en el agobiante calor. Pasaron por territorios pacíficos, no había señal alguna de peligro. Pero nadie hubiera sospechado que el grupo era seguido por observadores que informaban de cada etapa del viaje a los Horváti.

Era un silencioso mediodía del verano meridional. En torno a los coches de las reinas, cabalgaban los nobles de la escolta: Nicolás Garai el padre, Balázs Forgách, István Kenisszi, János Keresztury, Miklós Deszi, Kristóf Deszi. Tras ellos los caballeros rodeaban un carruaje cerrado. Suponían que allí llevaba la reina Isabel un enorme tesoro. Es lo que aspiraban a conseguir los nobles croatas y eslovenos que habían desertado y jurado lealtad al rey Ladislao. La meta era el castillo de Gorián, al que los húngaros llamaban comúnmente el castillo de Gara, allá junto al Djakovár.

La tropa que surgió de pronto de los pantanos, mucho más poderosa que la comitiva real, estaba capitaneada por Palisznyai, el prior de Vrana y por Juan Horváti. Atacaron a la escolta con fuertes gritos, un terrible trueno croata, y maldiciendo derribaron a sablazos primero a los pocos guerreros y después a los señores que protegían el carruaje de las reinas.

Fue en ese instante que Nicolás Garai, hombre de edad avanzada, las defendió con su solo sable. Al minuto siguiente recibió una profunda herida y

cayó del caballo; un minuto después, su cabeza ya estaba clavada en una pica. Con Balázs Forgách no era tan fácil el triunfo: era un hombre gigantesco, muy fuerte y estupendo paladín. Y sabía lo que había en juego: no iba a caer vivo en las manos de los Horváti. Le rodearon, y también a él le cortaron la cabeza. Los otros señores fueron malheridos y capturados; luego los arrastraron ante el prior. Horváti arrancó la puerta del coche en que se hallaba sentada la reina con sus dos damas de honor. Cuando vio a Isabel, se le contrajo la cara por el odio; la sacó a tirones del coche y con los demás hicieron lo mismo. Arrastraron a las mujeres entre injurias y amenazas hasta sus propios coches, tratando acaso sólo a María con un poco más de consideración. Cuando Isabel echó mano de su puñal, le dieron un golpe, y luego, a una señal de Horváti, la ataron. Arrastraron así a los prisioneros al castillo de Krupa y allí separaron a la madre de la hija. Fueron semanas difíciles, comiendo el pan del cautiverio y encadenadas. ¿Cómo hubieran podido saber que sus destinos se decidían en Nápoles? Los Horváti enviaron un rápido mensaje a Nápoles, a la reina viuda y a Ladislao. ¿Qué había que hacer con las dos mujeres y su séquito? En Nápoles la corte aspiraba a saborear la venganza, por lo que no es extraño que Margarita exigiera la cabeza de ambas mujeres.

Sólo que los sublevados no contaban con los venecianos. También la «Signoria» estaba en contra del reinado de Ladislao, como antes se había empeñado en impedir el reinado napolitano de Luis el Grande. Los venecianos desembarcaron tropas en la costa, por lo que los rebeldes intentaron marchar a sitios más seguros. Llegaron así al castillo de Novigrad, donde se encerraron con sus prisioneras e intentaron recibir ayuda de otros sublevados leales a Ladislao. Pronto se cerró el cerco a su alrededor. La república de San Marcos se tomó en serio la campaña: necesitaba esos territorios para asegurar sus posesiones en Dalmacia y Friuli.

Aquí en Novigrad llegó a su fin la tragedia de Isabel, mujer ambiciosa que por su afán de poder absoluto, instigó, después de la muerte de su marido, varios asesinatos. Condujeron a Isabel y a María a un cuarto y allí estrangularon a la madre ante los ojos de su hija. Después volvieron a llevar a María a su celda. El cuerpo sin vida de la reina fue sacado al bastión, le cortaron la cabeza, y el cuerpo mutilado fue arrojado a trozos, ensartados en ballestas, sobre las líneas venecianas. El práctico había ya embalsamado las cabezas de Garai y Balázs Forgách; ahora tenía que hacer lo mismo con la cabeza de Isabel. Por el sendero que llevaba al camino de tierra, salieron del

castillo dos jinetes a caballo. Tenían que llevar a Nápoles los sacos que contenían las cabezas embalsamadas.

Nadie contó los días o semanas que transcurrieron hasta que fue abierto ante Margarita el macabro envío. Ella jamás había visto a Isabel, cuya perdición anhelaba, a quien odiaba mortalmente. En la fraternal lucha de la casa de los Anjou, Isabel no fue suficiente sacrificio para reconciliar a los dos Carlos de Durazzo, el padre y el hijo. También fue exigida la cabeza de María, así, con los ojos espantosamente abiertos, embalsamada. «Volved al castillo de Novigrad, o donde guardan a la reina… que regresen los dos jinetes…» Margarita ordenó que enterraran los restos mortales de Isabel en un hueco sin señales, y que las dos cabezas de los varones fueran clavadas en la punta de dos lanzas para que se secaran al sol, al viento, a la lluvia, en la torre de Castelnuovo.

3

EN BUDA sólo se enteraron de esas noticias después de pasados varios días. Si ya no existía Isabel entonces ya no había regente, ya no había reina, pero tampoco había un Carlos —todo eso en espacio de pocos meses—. El único ser viviente que se salvó en este cruel lapso, fue Segismundo, el margrave de veinte años, marido legalmente real, buen paladín. Los nobles señores se reunieron en la gran sala y sus indecisas opiniones se inclinaban como cañas. ¿Y si mañana llegase una nueva delegación del Territorio Meridional? Puede que también María esté ya muerta… Y si asimismo la reina está ya muerta, ¿quién es este Segismundo para subir a un trono al que dieron brillo y prestigio los decenios del rey Luis? Sin embargo, fueron llegando los nobles ante Segismundo, los barones de blancos cabellos que acaso habían servido de jóvenes al rey Carlos Roberto… También vinieron los jóvenes como Nicolás Garai el hijo, paladines del rey Luis. Pero todo ello sin precipitarse: que se conformara Segismundo con el título de Capitán Caudillo de Hungría. Es un título bonito. Ya había adoptado un título parecido Carolus Parvus antes de entrar en Buda…

El Capitán necesitaba tropas para liberar a la reina, su esposa. Los venecianos aportaron toda la ayuda; Novigrad fue cercada por los marineros que desembarcó Giovanni Barbarígo. El Capitán Caudillo no quiso esperar un solo día, ya se unirían a él las grandes masas de húngaros y sus escasas tropas checas.

Encabezaba el ejército el alto marido de la reina, montado en un enorme semental, un hombre de barba castaña, ojos azules, que sonreía al saludar con la mano. Nada altivo, su palabra era afable y hablaba cortésmente con todo el mundo. Sus ojos brillaban entusiastas cuando, al llegar a alguna residencia señorial, le daba la bienvenida algún ama de casa o alguna damita guapa. No se dirigía duramente ni a los campesinos, trataba de «Vos» a los mayores, lo que era un gran honor, insólito en la región. Los señores húngaros se miraban entre sí: ¿Qué clase de rey era éste, sonriendo a la cara de todo el mundo y conversando con todos? Es todo lo contrario de Carlos el Pequeño, quien

había alejado de sí con espanto a todo el mundo por su jactancia y su orgullo, durante su corto reinado en Buda.

Nicolás Garai (que sólo sería unos pocos años mayor que Segismundo), se dio cuenta con sorpresa de que este joven de palabra fácil, que buscaba la sonrisa de las mujeres y se divertía en los torneos, se volvía serio y concienzudo en el banco de la cancillería; leía los informes, reflexionaba, dictaba decidido sus resoluciones y cuando algo no le gustaba, no dudaba en negar sus propios conceptos. Además, resultaba sorprendente comprobar cómo conocía ya el mundo: Eso, a pesar de ser tan sólo un niño en la época de la muerte de su padre, el emperador, y que, de Wenceslao, su hermano mayor, sólo pudo aprender algunas cosas en las horas en que se mantenía sobrio. Prestaba atención a lo que el arzobispo decía de la amarga situación de la Iglesia, y enseguida expresaba alguna reflexión. Se ocupó a fondo del problema del «cisma» sabiendo de antemano a qué Papa obedecía cada príncipe.

A la hermana de María, Eduvigis, Luis el Grande le legó el reino de los polacos. Competían los príncipes de Occidente por la mano de la princesa, verdaderamente hermosa. Estaba casi desposada con el príncipe de Austria, cuando llegó a Cracovia el mensaje del gran príncipe lituano: si Eduvigis se casaba con él, estaba dispuesto a bautizarse con todo su pueblo; así sería junto a Eduvigis, el rey católico de Polonia y Lituania. Este sería el interesante idilio de Eduvigis y Ladislao Jagellón. Segismundo fue el primero en recibir la noticia cuando, con su escasa tropa, cabalgaba hacia Novigrad. Se había concluido el bello sueño polaco. María ya no podía heredar Polonia, después de la muerte de su padre.

Negros mensajeros, cartas siniestras. De la frontera con Eslavonia llegó la noticia sobre tropas turcas patrullando la región. En el país nadie lo sabía aún, ni siquiera hubieran creído en el mundo cristiano, que los guerreros del Profeta pudieran atreverse a venir hasta aquí. Pero no era con corazas de caballero que se les podía alcanzar —sólo pueden luchar contra ellos los veloces jinetes húngaros—, pero cuando éstos llegaban para avisar del peligro, sólo encontraban paredes calcinadas, habitantes fugitivos: las huellas de los turcos, de los otomanos.

En el ejército de Segismundo actuaban tropas húngaras cada vez más numerosas, junto a los guerreros polacos, checos y de Silesia. Al recorrer los campos esa tropa organizada para la liberación de la reina, se unían a ella hombres armados, soldados de las comarcas transdanubianas, terratenientes, pequeños nobles, siervos de los castillos. Y según iba engrosándose el ejército

de Segismundo y de Nicolás Garai, también se desmoronaba el dominio de los rebeldes. De Nápoles no llegaba la ayuda, el joven Ladislao vacilaba o bien su madre le prohibía participar en la aventura húngara. Los Horváti se dispusieron a huir a tierras dálmatas: continuamente se presentaban a Segismundo los delatores, los espías, los traidores.

János Horváti hizo llamar a la doceañera María, desde la prisión de la fortaleza. Y en ese momento llegó la nueva de que el arzobispo de Esztergom, János Kanizsai, había puesto la corona de San Esteban sobre la cabeza de Segismundo. Equilibrio de fuerzas, constelaciones de cielos y tierra.

En el patio del castillo, María podía ahora pasear libremente, pero por las noches la encerraban en su celda. El terrible fin de su madre la perseguía cual una sombra… María se encontró frente a los dos Horváti: uno era obispo, el otro, alto jefe del ejército. Flotaba una inquietud en el castillo, preparativos, amontonamiento de baúles, muchos carros ante las puertas.

El trato fue el siguiente: dejar en libertad a la muchacha, a quien el obispo nombró de nuevo «Domina Regina». János es más tozudo: se niega a reconocer el título; pero ahora no hay tiempo para disputas de cancillería. María presiente que está a punto de producirse un cambio… De acuerdo con lo tratado, se abre el gran portal para dar paso a la «Domina Regina», quien saldrá hacia Zagreb, escoltada por un honroso séquito. Pero antes ha tenido que jurar sobre el Evangelio que nunca alimentará ningún rencor ni deseo de venganza contra los hermanos Horváti, ni contra Juan Palisznyai. Contra nadie que directa o indirectamente hubiese participado en los tristes hechos del pasado. María prestó el juramento: «En cuanto esté liberada respetaré a János Horváti como si fuera mi propio padre». Sus palabras son anotadas por el escribiente entre las cláusulas del tratado.

La joven con quien Segismundo se encontró en Zagreb, en la casa del obispo, era totalmente una extraña. Los clérigos anotaron la fecha de julio de 1387 en sus anales como un hecho histórico: la entrada del nuevo rey de los húngaros, para abrazar a su esposa después de un año de mutua ausencia. María se había hecho mujer en la gran soledad de su prisión. Era alta y esbelta, pero las monstruosidades vividas recubrían su alma de negras nubes y el moho de la prisión del castillo carcomía su cuerpo. Todavía estaban demasiado cerca la prisión, el riesgo de la muerte, el miedo a que János Horváti complaciera a Margarita de Nápoles y fuera entregada a ella. Porque, allí, sería condenada como cómplice en el asesinato de Carlos el Pequeño. Como quien debe ofrecer un sacrificio útil a la campaña de Nápoles de su padre, hacía ya cuarenta años. Margarita se había convertido en una anciana,

no le quedaba otra satisfacción que la venganza… María se había enterado de todo eso durante su prisión. Muchas veces fue amenazada: «¡Prepárate para ir a Nápoles!».

Todavía se estremecía horrorizada cada vez que se abría la puerta. Aún le daba miedo hablar en voz alta, no se atrevía a dar órdenes. Su alma estaba trastornada por los largos meses sufridos, y por la imagen imborrable de su madre, atacada en su presencia, llevándose la mano a la garganta en un intento por quitarse el dogal, ahogándose, respirando con estertores, todo ante ella; el cuerpo sin vida cayendo, cogido y atado a una catapulta. Entonces no pudo ver María que Isabel ya no tenía cabeza.

Ahora era una mujer nueva junto al orgulloso Segismundo que brillaba en su espléndida belleza varonil: dos atrayentes reyes jóvenes. «¿Habéis visto qué bien habla en húngaro Segismundo? ¡Con él no se necesitan las muletillas de las palabras alemanas, latinéis o eslavas, para poder entenderse!» Era amable, de palabra suave; encargaba sus trajes en Buda, y joyas de Praga para compensar a su mujer de los horrores sufridos. Pero ni allí eran las paredes tan gruesas que no pudieran dejar pasar la noticia de los alegres días, y aún más alegres noches de Segismundo… La esbelta mujer de oscuros cabellos, con sólo diecisiete años, siente ya en su corazón la amargura del mundo entero. Y en sus primeras semanas en Zagreb, tuvo que esperar el regreso de su marido hasta altas horas de la noche.

¿Y cómo fue ese encuentro en Zagreb? El comandante de la flota veneciana había escoltado a María solemnemente. Era el cuatro de julio, brillaba el sol, grandes multitudes se habían agrupado para presenciar la comitiva. La carroza, tras cuyas ventanillas recubiertas de cortinas se encontraba la reina acompañada de dos damas de Venecia… ¿Cuándo habían visto los habitantes de Zagreb a un grupo de jinetes bajo el estandarte del León de San Marcos? Sonaban instrumentos extraños; en el aire brillaban ropas multicolores; los ballesteros portaban uniformes. Era también la primera vez que aquí veían aquellos cañones de asedio: espantosos monstruos sobre ruedas. Segismundo entró en la ciudad por el Norte, al frente de un ejército considerable: María y sus venecianos, desde el Sur: Dos personas se encuentran, marido y mujer, pálido recuerdo de algunas noches en el castillo de Buda, una evocación de la niñez, cuando, cogidas las manos, hacían una reverencia ante el magno grupo de las tres Isabeles. Segismundo con abierta sonrisa, brillantes los ojos azules, buscaba descubrir a su esposa entre las tres damas… Hace una reverencia ante la señora de Barbarigo, otra reverencia ante la señorita Tiépolo. Y sus ojos fulguran al contemplar a la veneciana: la

«Serenissima» había enviado a Zagreb a la doncella más hermosa entre las hijas de los patricios.

En el centro, la «Domina Regina», afuera, la muchedumbre ante el Palacio. Cantos nupciales, epitalamios: María tiembla. Siempre tirita al anochecer, desde que tuvo la fiebre en la prisión.

A pesar de que la corona ceñía ya la cabeza de Segismundo, los grandes nobles del país querían que ésta sólo representara los derechos de su mujer. Primero era María y Segismundo venía después, tras ella, como príncipe consorte. Pero María no estaba acostumbrada a reinar. Su madre, Isabel, sólo algunas veces la llevaba al consejo y raramente hablaba con ella de las cosas del reino. Isabel siempre creyó que le quedaban muchos años aún para ocupar el trono y sostener el cetro: ya se había librado de su dura suegra al fallecer su marido, junto a quien poco papel podía desempeñar Isabel. Y como regente creyó que podría disfrutar largos años de reinado. Junto a su madre, María no aprendió mucho el arte de gobernar. El cautiverio fue como una cruel *«caessura»*… Ahora era libre, reina, con un marido que la ligaba al mundo. Lentamente, tendría que aprender, saber qué es lo que pasó mientras ella vivía a la sombra de su madre, palideciendo en la prisión; por qué razón ya no aceptaban como rey romano a su cuñado Wenceslao y por qué los príncipes electores alemanes y la Dieta imperial, coronarían al príncipe Roberto en Aquisgrán. ¿Qué sucedió para que los campesinos suizos derrotaran el año anterior, en Sempach, al escuadrón de caballería de su señor feudal, Leopoldo de Austria? ¿Por qué razón hay que rellenar la gran hendidura del mundo cristiano, y por qué piensan celebrar un Concilio los obispos en Pisa, con cardenales y teólogos de las universidades? ¿Cuál era la importancia de que apareciera un nuevo sultán, enérgico y combativo, en las costas de los mares calientes; y cómo se tragó ya el infiel los principados franceses de Acaya y Esparta y saber que se han visto jinetes con banderas atadas a la cola de los caballos, a la distancia de una flecha de la frontera húngara?

¿De dónde sabía Segismundo todo eso? Por las noches bailaba, vaciaba las copas una tras otra; pero por la mañana resucitaba su enorme cuerpo, de un salto joven y vigoroso. Ya le aguardaban los mensajes, las gentes de la cancillería, los amigos, Nicolás Garai. ¿Piensa Segismundo siquiera un minuto en lo que roe de recuerdos el alma de María, los horrores de su cautiverio, la muerte de su madre?

A veces el joven cogía un papel y leía el texto latín en voz baja; su memoria era como una llama, lo que lee una sola vez queda ya grabado en su memoria. «¿Cuál es tu opinión sobre esto, Nicolás?» Como si fuesen amigos

y Nicolás Garai no fuera sólo un humilde súbdito. «¿Qué opinas, Nicolás?» Sus inteligentes ojos se dilataban: sólo menciona por etiqueta el «Regia Maestas». Borra los títulos como granos de polvo y explica: María va enterándose poco a poco en Zagreb, de las disputas gubernamentales de los hombres. Llega el arzobispo, celebran un consejo ocasional, el obispo de Zagreb está también presente. ¿Podría ser Segismundo ese marido suyo, ese mujeriego que había mirado con tanta avidez a Letizia Tiépolo? ¿El mismo que se bebe una copa de vino dulce antes de acostarse?… Necesita una cama aparte, para poder estirar sus largas piernas y brazos. Segismundo puede estar sentado horas y horas, sin necesitar intérprete ni escribiente que le presten palabras para sus pensamientos. Dicta sin repetir las frases, sin volver atrás, ya que redacta el «impurum» mismo en forma perfecta. Después le ofrecen retocar los pergaminos, Garai propone algún cambio, Segismundo ríe: «¡Eres más precavido que yo, Nicolás!».

Es éste un país inquieto. Cada vez se agregan nuevas piezas al ajedrez de la política europea: en Zagreb se enteraron de que el voivoda de Moldavia había quebrantado la fidelidad al rey húngaro aliándose al reciente rey cristiano de los polacos, a Ladislao Jagellón, con quien Segismundo no estaba concretamente en guerra, pero a quien no tenía en gran estima. Al recibirse la noticia, Segismundo se levantó de un salto y montó en una cólera impresionante: María jamás le había visto gritar con tanta exaltación, golpeó la mesa, amenazó con sus puños al voivoda, hubiera dado el alerta militar ese mismo día… Apenas logró Garai calmar su enojo.

No se le pasó la furia ni siquiera al día siguiente. Partió enseguida con la caballería ligera, a él se unieron algunos señores hambrientos de aventuras; después también se agregaron los vasallos de provincias. A los pocos días ya estaba en la frontera moldava. El voivoda Esteban no había contado con una campaña de esa rapidez, tampoco tenía convocado su ejército y su nuevo señor feudal, Ladislao, difícilmente correría el riesgo de una guerra con Hungría. Así que el príncipe de Moldavia no pudo hacer más que enviar sus embajadores a Segismundo, aceptando la capitulación y pidiendo perdón: volvería a ser fiel al rey húngaro y vendría personalmente a tributarle su homenaje.

La entrada del voivoda Esteban fue un alarde de la pompa bizantina, rodeado de sus curas y sus boyardos. Puede que ésta fuera la primera vez que se destacó la magia ceremonial de Segismundo: cuidó cada uno de los detalles de la pompa con la maestría de un perfecto director de escena. Colocaron en la tienda real un trono, su cuerpo joven fue recubierto con un largo traje de

brocado de oro. En la cabeza un gorro de piel de castor, en la mesilla lateral el cetro, descansando sobre una almohadilla de seda.

Esteban era mayor, habría podido ser el padre de Segismundo. Ahora se acercó, vestido con una dalmática entretejida con oro, borceguíes adornados con piedras preciosas, la cabeza descubierta y sin armas. Hizo una profunda reverencia, al tiempo que, tras de él, brotaba la voz del coro de frailes griegos. Después, hincando una rodilla, besó el borde del traje de Segismundo. Entonces se levantó del trono improvisado el hombre alto, esbelto, abrazó al voivoda y le besó en ambas mejillas, a diestra y siniestra. «Kyrie eleison, kyrie eleison, pax tibi, pax tibi.» Resonaba el coro bizantino… Ladislao, el polaco, quedaba empobrecido, por ahora, con la pérdida de una rica comarca común.

Fronteras de Bosnia: llega la noticia de la muerte del rey bosnio Tvartkó y de la muerte de Juan Palisznyai, jefe del grupo de los Horváti. Era como si se hubiera partido en dos el país: en las comarcas del Sur proseguía la lucha de los rebeldes contra Segismundo y María. El ejército de Segismundo se dirigía a combatir a los turcos —al menos ésa era su intención— pero los dos Garai desviaron las fuerzas para luchar contra los Horváti. El obispo Horváti logró huir y János Horváti cayó en manos de Segismundo.

Pécs fue elegida como escenario para el lúgubre drama medieval: la ciudad que era entonces la más poblada de Hungría, orgullosa de su universidad, con el obispo comarcal más rico del país y donde en Esztergom el prefecto tiene una verdadera cancillería. Aquí se escenificaría el juicio y el martirio de János Horváti. Su ejecución debía de ser digna del crimen que cometió contra Isabel y María: se prepararon las herramientas de tortura. Las crónicas de la época detallaron con pasión esas torturas tal como fueron. Finalmente llegaron a lo que llamaban «ser atado a la cola del caballo»: descuartizar el cuerpo martirizado, tirando de él desde cuatro caballos, atado por los miembros a sus colas. Los miembros así arrancados se expusieron luego al público, para escarmiento de todos. Las crónicas no mencionan si Segismundo estaba presente o no, en el juicio de Horváti.

El drama de Horváti fue una pausa en la guerra que entonces empezó. Al parecer, el todavía frágil poder real y la resistencia interior ya estaban consolidados, cuando de pronto retomó el mayor de los enemigos, el turco que acechaba en las fronteras. El ejército de Segismundo marchó hacia el Sur. Y en ese momento llegó la noticia de la muerte de aquella reina de veintidós años.

Un mensaje explicaba que la muerte de María se debió a una enfermedad de curso rápido. Otro —el más verosímil— informaba de un accidente hípico: el caballo de la reina se había desbocado, tirando a su amazona, que estaba embarazada. María falleció enseguida, llevándose a la tumba las buenas esperanzas del futuro. Su último deseo fue que la enterraran en Nagyvárad, junto a la tumba de san Ladislao.

La tragedia sacudió los pilares, ya de por sí débiles, del poder de Segismundo. Hasta ahora —siendo el marido de la reina— ocupaba el trono como «consorte». Gran parte de los nobles así le trataron, por carecer de todo vínculo de sangre con los húngaros.

Empezaron a acumularse las negras nubes de tormenta y ni siquiera en una sola dirección. El aviso más importante llegó de Polonia: la reina Eduvigis, al enterarse de la muerte de su hermana María, declaró que se consideraba a sí misma heredera de la corona húngara. Y que haría todo lo posible por ocupar el trono al que prestó gran brillo y autoridad la casa de los Anjou. Segismundo, al perder a su mujer de quien no le quedó hijo alguno, no tenía ya derecho a seguir reinando como rey húngaro.

La pretensión de Eduvigis no entusiasmó a los húngaros, pues significaba que el país pasara otra vez al cetro de un extraño —el ayer todavía pagano Ladislao Jagellón. Pese a todo, la noticia polaca fue suficiente para poner las brasas al rojo. Segismundo tenía que enfrentarse de nuevo con la oposición interna; algunos de los barones se volvieron contra él, encabezados por Kont, que era el símbolo de la rebelión y a cuyo alrededor se unieron muchos de los nobles de los territorios sureños. El núcleo de este movimiento, fue la alianza llamada de los treinta y dos señores. Sin embargo, la lucha amainó rápidamente: el final de Horváti fue un aleccionador ejemplo para comprobar que el poder real puede comprar siempre a mercenarios extranjeros, también para luchar; y que al final vencería sobre las tropas más débiles de los sublevados y sobre su desorganización.

A pesar de que las tropas de Kont cruzaron sin resistencia alguna las regiones del Sur del país, no por eso recibieron ayuda. Les faltaba el atractivo personal que hubiera representado un nuevo pretendiente al trono. El lejano Ladislao de Nápoles se limitó a enviar proclamas dirigidas al país. Eduvigis no se movió de Cracovia. Y aunque corrían rumores de que el príncipe austríaco también pretendía el trono, la región frontera del Occidente parecía por ahora tranquila.

Segismundo envió a luchar contra Kont a Jorge Vajdafi al frente de las tropas reales: en lugar de luchar, ambas partes manifestaron deseos de

negociar. Las tropas se asentaron en ambas orillas del río Save y así podían comunicarse los unos con los otros. Por fin, Kont y sus seguidores se manifestaron dispuestos a capitular si les garantizaban una total inmunidad; y siempre que Segismundo prometiera mejorar la desastrosa situación de la economía. Pero una vez que entregaron sus armas, Kont y sus treinta y dos, fueron encadenados, montados en carros y así les llevaron rápidamente con caballos de refresco y sin detenerse, hasta Buda.

Segismundo aguardó en el castillo el triste desfile. Si le hubieran manifestado los honores que corresponden al rey, si sus semblantes hubieran reflejado algún arrepentimiento, Segismundo, dado su carácter, hubiera respetado probablemente el pacto ultimado con Vajdafi y, de alguna manera, les habría concedido el perdón. Pero Kont, que seguramente venía dispuesto a morir, arremetió con toda su ira ante el gran Señor, por ese largo e indigno camino desde el río Save hasta el Danubio. Prorrumpió en palabras violentas y duras contra el perjurio de Segismundo, le echó en cara que era un don nadie: todo, menos un rey de las tierras húngaras.

Se puso de manifiesto un rasgo del carácter de Segismundo, oculto a veces durante largo tiempo: su crueldad, impulsada por su temperamento, que dominó siempre las consideraciones más razonables. Kont era un noble respetado, excelente jefe de armas, y los encadenados miembros de su séquito eran también en su totalidad personalidades notables del país. El juicio convencional que brotó de la real boca y que no se adaptaba a las formas, contribuyó en gran manera a que el personaje de Segismundo figurara desde entonces con mórbidos colores en la tradición del país.

Las cabezas de Kont y sus compañeros cayeron en la plaza de San Jorge. Según la leyenda, el paje de uno de los nobles —probablemente el paje de Kont— gritó encolerizado al rey: «¡Jamás serviría a un puerco checo!». La cabeza del joven rodó también en aquel triste día de Buda.

4

EL «OTRO» SEGISMUNDO —el rey que pudo imaginar una Europa íntegra y total, el diplomático que se anticipó a su época, capaz de usar toda clase de medidas para vencer a los enemigos internos— era el rey que los húngaros aceptaban poco a poco, pero firmemente, como su joven y verdadero soberano. A ello contribuyó también la extraordinaria personalidad del joven rey. Siempre quiso hacerse querer en su nueva patria, procuró agradar a los húngaros, prefería hablar en húngaro, nunca nombró a extranjeros en funciones de mando, y se empeñaba en hacer olvidar su desliz en el ilegal juicio de la plaza de San Jorge.

El péndulo húngaro se balanceaba desde el Asia Menor hasta llegar a París, la cancillería honraba aún la tradición de los Anjou, la orden de Luis el Grande; tenían observadores en todos los lugares, especialmente en Italia. Desde allí podían informar sobre campañas militares, o batallas relacionadas con el cisma eclesiástico. Para las potencias cristianas, en estos años que cierran el siglo XIV, el peligro turco sólo era todavía una oscura nube lejana. Gritos de alarma llegaban ya desde Constantinopla, de la desgastada corte imperial de los Paleólogos, pero en tierras latinas se consideraba a los cismáticos griegos tan enemigos casi, como a los infieles. Desde que tuvieron que huir de Bizancio los últimos latinos y volvieron a ocupar su sitio los «emperadores buenos» de la casa de los Paleólogos, en las cortes de Occidente no mostraban mucho interés por los griegos, peligrosamente amenazados por los turcos.

Bizancio había perdido ya en aquella época la mayor parte de sus dominios en Asia; y en los Balcanes, también, el sultán Murad había ocupado año tras año nuevos territorios, provincias feudales. El imperio romano del Este ya sólo consistía en la mayor metrópolis del mundo hasta entonces conocida, más algunas islas griegas y la parte Sur de los Balcanes. Todo esto no señalaba peligro alguno desde el punto de vista de los soberanos occidentales. En los sermones de los domingos se mencionaba

proverbialmente la plaga turca que el Señor mandó como castigo a la cristiandad.

Pero Segismundo debió de ver claramente el ataque más peligroso que podía llegar desde Asia. Las patrullas turcas alcanzaban ya las fronteras húngaras; el círculo de defensa de las provincias feudales y de los principados estaba hundido. Los mensajeros de los países sureños que pedían ayuda, prestaban un color lúgubre al alegre castillo de Buda. Bulgaria, Servia, Bosnia y los palatinos húngaros, estaban en directo peligro.

El 20 de junio de 1389 se libró la funesta batalla de Rigómezó. La noticia de la poderosa invencibilidad de los otomanos, impresionó con fuerza terrible a Occidente. La fatal derrota selló la suerte no sólo de un país cristiano, sino también de todos los Balcanes centrales y del Norte.

Trágico episodio de la batalla de Rigómezó fue el de Milos Kobilovics, el patriota servio, que simuló pasarse al turco y logró entrar en la tienda del sultán con la excusa de un informe urgente y allí matar a puñaladas a Murad. El moribundo tuvo aún fuerzas para hacer ejecutar al príncipe servio Lázaro «el déspota», a quien guardaban como rehén en el campamento del sultán. El nuevo sultán —Bayaceto— era un militar más activo que su padre. Bayaceto —casi durante la lucha— hizo las paces con el hijo de Lázaro, Esteban, y pactó con él contra los húngaros. El próximo paso turco fue Havasalfóld. El voivoda Mirkas no quiso someterse al turco, así que Bayaceto envió tropas contra él; y menos de dos años después de Rigómezó, conquistó también esa provincia.

El más fuerte de los castillos fronterizos era Galambóc. El capitán de la fortaleza enviaba mensajes alarmantes, uno tras otro, a Buda: cuándo y dónde aparecían las patrullas turcas, por dónde cruzaron el Danubio, qué tierras cristianas devastaban.

Segismundo decidió —apelando a la conciencia de Europa— colocarse él mismo a la cabeza del ejército destinado a rechazar al turco y, si fuera posible, echarlo de las tierras europeas. El primer intento (como la mayoría de las empresas bélicas de Segismundo) se saldó con un fracaso. El rey corrió peligro directo: un batallón turco que atacó inesperadamente, un caballo que tropezó, maniobras, confusas. Balázs Cserei salvó al rey; Pedro Perényi y Nicolás Gárai le ayudaron a llegar a un puerto más seguro, le dieron un caballo nuevo y lograron abrirle paso. Es seguro que el joven rey actuó con heroica exaltación caballeresca. Sin la menor prudencia táctica galopó hacia adelante, buscando singular combate con el jefe enemigo. Su enorme físico, su excelente manejo del sable y su impulso juvenil le incitaban a ello. Nada le

importaba el peligro de caer en la lucha o prisionero de los turcos. Su escolta tenía que preocuparse de frenar la sed heroica del rey. Pero seguramente, debido a la mentalidad de esa época, nada apaciguaba el combativo ánimo del aclamado príncipe. Acaso fuera él el elegido, el que puede atravesar las llamas del infierno… El reverso de la leyenda: un rey derrotado, culpándose a sí mismo y a otros, avergonzado y huyendo en su caballo cojo, la coraza hundida.

Las crónicas no dicen mucho sobre «la sencilla gente de la tierra», los campesinos que viven en pueblos y aldeas, junto a los castillos, en cabañas, establos y granjas. La ley, cuando habla de ellos, se conforma con mencionarlos al aumentar la muralla de las sanciones, de las limitaciones. Los siervos, en cuanto tienen la posibilidad, abandonan la tierra mala y el señor malo. Al fugitivo, al siervo evadido le persigue la ley, pero no es fácil reconocerlo, seguir su pista, devolverlo al dominio, porque ellos conocen mejor los ocultos senderos, el bosque, los caminos de escape. Algunos se incorporan a las guerrillas independientes, llegando así a otras comarcas donde ya no les busca nadie. Entra en una nueva esclavitud, o esperando un tiempo, ruega que le dejen entrar en lejanas granjas y no se conforma hasta que un nuevo camino le permita emprender viaje a la ciudad.

Es la época de las ciudades, las «civitas»; todos trabajan en construir murallas a su alrededor, aseguran con bastiones y torres su protección, los pueblos más ricos adquieren también cañones, morteros. Aquí hace falta siempre mano de obra; el campesino que llega se asimila rápidamente a los otros trabajadores. Sus hijos aprenderán una profesión. Así se ensancha la «civitas».

La mejor vida la tendrá el «fugitivus», si puede llegar hasta Buda. Las casas ya se construyen no sólo en el monte del Castillo, el Varhegy, sino también frente a él, en Pest y en las partes más lejanas de la ciudad, lo que hoy se llama Obuda.

El apretujado distrito del castillo de la época de Arpad, se iba ensanchando, sus casas se levantaban en la orilla de las antiguas cuatro calles paralelas, que llevan hasta el real castillo. Los dueños del castillo querían acelerar el ritmo de la construcción. Porque esperaban para primeros del próximo año, la visita de un torrente de caballeros, de paladines que vendrían de Occidente.

Segismundo envió al arzobispo Juan Kanizsai a las provincias francesas, a la residencia del príncipe borgoñón de Dijon. El eclesiástico húngaro debía de informar sobre las quejas del emperador romano-oriental Manuel Paleólogo:

el pagano se apoderaba de todo y lo devastaría por completo si no se creaba inmediatamente un ejército para destruirle.

Todo el mundo sabía en Europa que la emoción de los galos era como el fuego de la paja: su alma se inflamaba hoy, el feudal, el caballero se disponían a partir enseguida una vez colocada su coraza. Pero pasados unos meses nadie recordaba su juramento, el cual se reducía a reproches locales y pequeñas batallas. Las palabras de Juan Kanizsai buscaron las raíces más profundas. Por el momento, mil caballeros anunciaron su alistamiento, lo cual, junto a sus vasallos, escuderos, criados y guerreros, podía significar hasta siete veces aquella cantidad. El rey francés designó al condestable d’Eu para el mando.

Segismundo fue en aquellos meses un rey que viajaba continuamente urdiendo planes. Le encontramos en Bohemia, donde celebró consejo con su hermano mayor y, según anales dálmatas, a los pocos días recorría ya alguna ciudad litoral. En Spalato negoció con los venecianos sobre la inminente cruzada y por fin la «Serenissima» ofreció cuarenta naves para esos cristianos propósitos.

Pero el inquieto rey regresó inesperadamente a Buda. Halló montones de ladrillos, de piedras, paredes sin revoque; gran cantidad de casas, construidas como lo planeaban sus dueños, sin la autorización de la magistratura. Segismundo comenzó a actuar como si fuera el constructor de la ciudad, utilizando ahora sus experiencias adquiridas en el extranjero. Faltaban sólo tres meses para que llegasen las primeras tropas de los cruzados franceses.

Buda, en esos meses, palpitaba como el corazón de Europa. Las calles del lugar se poblaban de innumerables caballeros, por todas partes se escuchaban palabras francesas. La tropa más brillante —los de Borgoña, los «borgoñones»— implicaba una verdadera parada de soldados. Su comandante era el conde de Nevers, el hijo de Felipe, el príncipe borgoñón. A la cabeza de los franceses iba el almirante Jean de Vienne, y tras él más de diez mil guerreros, de los cuales mil eran caballeros de coraza pesada. Cada vez acudía más gente del Imperio germano: caballeros bávaros, checos, suabos, polacos. Se veían también caballeros hospitalarios e incluso cruzados de la Orden de los caballeros teutónicos.

Con ellos nació una vida alegre en Buda. Las tabernas, los albergues se mantenían llenos hasta la madrugada; los habitantes de los alrededores podían vender fácilmente sus mercancías. Segismundo acogió cordialmente a cuantos ahora poblaban la ciudad, no preguntaba a nadie de dónde había venido o de

quién había escapado. Buda era la ciudad defensora, el asilo de todos los faltos de hogar o de patria.

La corriente de cordialidad llegó también a la Europa del Sur. En los Balcanes, en cualquier parte donde había que temer la llegada del turco, se pudo contar con esa exaltación cordial. Vinieron asimismo muchos desde varias comarcas de Italia, para unirse a los cruzados. El ejército marchó a través de Transilvania. También el voivoda Mircha se enteró de que pronto llegarían las tropas a sus fronteras; y ya debía prepararse para engrosar con su ejército aquellas fuerzas.

Los cronistas han calculado el número de participantes de la expedición militar en unos ochenta mil; otros —para redondear el número— llegaban a los cien mil. Diez mil franceses, las tropas de Segismundo una vez y media más numerosas que aquéllos y compuestas por húngaros… Se calculaban en veinte mil los caballeros armados que se habían unido a las fuerzas cristianas.

Llegó información de cómo se preparaba el turco para detener el golpe: el informe de unos espías revelaba que los turcos habían sorprendido al correo del emperador griego, cuya carta dirigida a Segismundo —junto con los mapas— había caído en manos turcas.

Ello no impidió que cada día ocurriera algún suceso favorable en el enorme campamento. Los cruzados ocuparon Orsova y Viddin. En las cercanías de Nicópolis se unió el ejército con las tropas que llegaban a través de los Balcanes. Gran regocijo, alegría; todos esperaban ya la batalla decisiva, todos vivían en el delirio de la gloria y principalmente los franceses.

Hubo un consejo de guerra, mejor dicho, un diálogo entre Segismundo y el conde de Nevers; el rey, generalmente considerado como un imprudente, era quien aconsejaba cautela al señor borgoñón, citándole sus experiencias de Galambóc —cómo luchaba, qué tretas utilizaba el turco—. Nevers, según palabras del cronista, asumió una actitud de poco respeto, considerando al rey húngaro como miedoso, asustadizo. Contra la carga de diez mil caballeros franceses, ni el mejor ejército del mundo, ni el poder del infierno mismo, podría resistir. Se planteó también el problema de los prisioneros de guerra: los franceses no querían molestarse en hacer prisioneros.

Después de violentas discusiones se adoptó en un último consejo el estratégico plan de la batalla: tres columnas militares independientes —como alas de protección— lucharían, entrando en profundidad. Delante, ansiosos de entablar el primer combate, los franceses. Después, el ejército de los húngaros, y en la tercera fila italianos, polacos, alemanes y bosnios. A éstos los dirigía Nicolás Garai. Segismundo presidiría a los, húngaros; los franceses

quedaban bajo el mando de Nevers. Considerando las noticias de observadores, espías y fugitivos, el ejército turco podía doblar el de los cristianos, aunque también contaba con gente de toda laya. Los jenízaros eran a lo sumo, irnos diez mil. Hubo quien pasó la noche ocupándose de su salvación espiritual; y quien —principalmente en el campamento francés— se divertía.

La batalla de Nicópolis, el primer choque entre cristianos occidentales y turcos, empezó tal como lo había perfilado Nevers en el gran consejo: la primera columna turca se deshizo ante la irresistible carga de los caballeros franceses. Los jinetes, vestidos de metal de pies a cabeza, cruzaron galopando la tierra de nadie entre los dos cuerpos de ejército de los turcos, pero ya un poco desalentados. Allí se encontraron por primera vez frente al grueso de las tropas jenízaras, que eran cuatro veces mayores de lo que se había estimado, y mucho más numerosas que el ejército de los franceses; cuarenta mil guerreros selectos. Pero las primeras filas de los jenízaros tampoco eran capaces de detener el enorme embate de los jinetes. Los franceses, por otra parte, pretendían la gloria sólo para ellos, no buscaron ningún contacto con la segunda columna, la húngara, que en su mayoría se componía de infantería y de caballería ligera. Pretendían derrotar, aniquilar al ejército turco, aventajando a todos, a pesar de no conocer ni su composición, ni su fuerza, ni la profundidad de sus columnas. Los jenízaros empezaron a pasar al contraataque —aprovechando la superioridad numérica— contra los jinetes que se agotaban rápidamente dentro de sus pesadas corazas. Remataban a los franceses arrancados de sus caballos o que caían de sus sillas de montar, pero hacían excepción con los hombres principales, aquellos a quienes se les distingue por sus penachos, la nobleza de los caballeros. Así prendieron al conde de Nevers: Jean de Vienne estaba muerto.

Las tropas húngaras sólo se enteraron del resultado de la batalla cuando vieron galopar hacia ellos más y más caballos sin dueño, asustados, enloquecidos. El ángel negro de la batalla revoloteaba sobre las filas. No habían aún comenzado a luchar, cuando un oficial desalentado dio la alarma de la derrota de los franceses. Las tropas del voivoda Mircha aguardaban junto a un bosque. Unos minutos bastaron para que llegara la orden secreta, y los suyos, camuflados en el bosque, abandonaron sin lucha la llanura de Nicópolis.

Ahora eran sólo las tropas húngaras —en la medida de lo posible— las que podían contener el ataque de los turcos. Segismundo, a su vez, se dejó enmarañar en el corazón de la batalla, aunque luchando como buen caballero.

A su lado combatían el conde Hermann Cillei y Nicolás Garai, quien galopó hacia él desde la tercera columna al ver que se cernía el desastre. Apenas cabían allí unos diez mil jinetes que emprendieron combate contra todo el ejército turco. Así, luchando y retrocediendo, huyendo luego, llegaron Segismundo y sus acompañantes hasta el Danubio. Buscaron una barcaza lo bastante grande para que, apretados pero juntos, pudieran ocuparla el rey y parte de su séquito. Fue entonces cuando llegaron a la orilla las huestes turcas y arrojaron sus flechas contra los fugitivos.

Los que luchaban contra la corriente en el río veían cómo se cubría cada vez más la orilla con los millares de fugitivos perseguidos por los infieles. Quienes se arrojaron al río consiguieron librarse, pues la corriente les arrastraba hacia abajo, los que no tuvieron valor para luchar contra las aguas o no encontraron alguna tabla o rama mayor con qué poder sostenerse, cayeron prisioneros o murieron en silencio. El agua arrastró la barcaza del rey hacia el delta del Danubio.

Esa fue la batalla de Nicópolis, el 28 de septiembre de 1396.

Los cronistas de la época estimaron las bajas de los turcos en unas sesenta mil, los cristianos lamentaron unos veinte mil muertos. Indudablemente, el sultán Bayaceto tuvo también que pagar un alto precio por su victoria, en particular frente a los caballeros franceses.

Por la noche calcularon el funesto resultado de la batalla: doscientos nobles franceses quedaron muertos sobre el campo; el conde de Nevers fue arrastrado semidesnudo hasta el sultán. Bayaceto respetó la vida del comandante y de sus veinticuatro selectos compañeros. Al sultán también le convenía el mayor rescate pedido hasta entonces. Después comenzó la matanza de los prisioneros a que dio motivo la orden de Nevers del día anterior. Desde la mañana hasta el atardecer duró la ejecución de diez mil prisioneros franceses. Allí se perdió la flor de los caballeros de Occidente.

La barcaza siguió navegando hasta la desembocadura del Danubio. En el mar Negro aguardaba la flota del almirante veneciano Mocenigo, para enterarse del resultado de la batalla. Si la que llegaba era la noticia de la derrota del ejército turco, se iniciaría la acción desde el mar. Pero con las nuevas del fracaso, algunas barcas se acercaron a los combatientes en la orilla para que llegaran con los pies secos hasta las galeras de San Marcos. Mocenigo recibió compadecido al derrotado rey húngaro, quien había resistido todos esos días sin comer ni beber, pero agradecido, no obstante, a la buena suerte de Venecia.

Sin embargo, fue esa catástrofe de Nicópolis la que dio oportunidad a un monarca húngaro —después de Bela III— para ver por primera vez el maravilloso Bizancio, custodiado por los ángeles.

Segismundo, seguramente, no pudo ver ya toda la luz, el esplendor, el abundante fluir de la ciudad de un millón de habitantes que había recibido a los primeros cruzados tres siglos antes. Constantinopla sufrió gravemente el asedio de las tropas latinas, su devastación en aquellos terribles decenios. La dinastía de los Paleólogos, que ostentaba el poder, procuró mantener el antiguo lujo del Palacio Santo, y con sus cultos asegurar la maestría de su diplomacia. Pero a medida que se extendía el dominio turco, descendían los ingresos del puerto bizantino que significaban la verdadera base de su riqueza, la mayor fuerza nutritiva del Imperio que ahora sólo disponía de un pequeño territorio. A pesar de las evidentes penurias, recibieron a Segismundo con el fasto correspondiente a los grandes monarcas de la cristiandad.

Oficio religioso en Santa Sofía, en cuyo trono que sube hasta el cielo se sientan el emperador y la emperatriz, como dos policromadas y rígidas estatuas vestidas de oro; y allí el coro de castrados con sus voces angelicales y los salmos griegos. Después, la recepción en el Palacio Santo, donde se oían por medio de un mecanismo oculto los rugidos de los leones que guardan el trono de oro. Antaño temblaban ante el fenómeno los embajadores infieles…

Segismundo pareció haberse olvidado de la batalla perdida y ello también porque hubo menos bajas entre los húngaros en Nicópolis. El Consejo Nacional de Bizancio decidió proclamar a los habitantes de la ciudad, que los cristianos occidentales habían obtenido una brillante victoria sobre los infieles del Profeta. Y en el consejo Manuel Paleólogo confesó: «No se debe esperar —al menos por ahora— una ayuda occidental… para Bizancio».

El conde de Nevers, a quien la historia inscribió con el nombre de Juan Sin Miedo —Jean Sans Peur— pudo volver a presentarse con sus ropas principescas ante Bayaceto: capa de pieles, casquete con plumas de garza. El sultán recibió otra vez como comandante al prisionero de antes, una vez pagado el rescate. De nuevo volvía a ser un príncipe occidental, y como tal le despidieron.

El rescate consistió en doscientos mil ducados; y esa fue la herencia maldita de la batalla de Nicópolis. Segismundo asumió la pesada carga del fiador —la empobrecida corte de Hungría en lugar de la rica corte borgoñona —, y a esto se sumó que la corte húngara pagase a Venecia durante varios años el importe de la renta que, según el último tratado, se le debía por el uso

de los puertos dálmatas, pago que correspondía a la tesorería del rey. La suma destinada a ese pago, fue la que recibió el sultán por Nevers. La cruzada era una guerra de Segismundo para liberar su propio país y eso le obligaba, por caballeresca cortesía, a rescatar al infortunado caudillo aliado, al luchador valiente, de su prisión pagana. Cuanto más se prolongaban los regateos con Bayaceto, más pesaban las condiciones exigidas por el sultán. En esa oportunidad también los venecianos sintieron la fuerza de la solidaridad cristiana, dispuestos a adelantar la mayor parte del rescate.

Por fin llegó la enorme suma al campamento de Drinápol. Según lo requiere el decoro, el prisionero podía vestirse de nuevo con sus brillantes trajes, despedirse de su carcelero ante quien le habían arrastrado hacía más de un año, semidesnudo; de los «spahis» que le capturaron cuando estaba herido y que en el mismo momento se repartieron entre ellos su principesco traje, mientras esperaban la orden del sultán para matar al prisionero. Bayaceto pensaba en ese mundo lejano, el mundo de occidente, cuya oleada había detenido aquel día. Llegó a la conclusión de que las potencias cristianas podían formar un ejército poderoso, siempre que entre ellas pudieran llegar a un acuerdo…

Nevers no estuvo solo en su segundo encuentro con él sultán. En torno al soberano se hallaban los bajáes de su lujosa corte; con los borgoñones se reunieron los embajadores húngaros y venecianos. El espectáculo tenía un aire totalmente pacífico, porque en ese entonces habían llegado noticias de que resurgía de nuevo la intranquilidad en Asia: el príncipe de los mongoles atacaba a los turcos. Bayaceto no tenía ningún interés en dejar sus espaldas al descubierto. En ese momento le interesaba evitar todo cuanto pudiera provocar nuevos conflictos con el occidente cristiano. Lo cual ya se presentía desde hacía meses, especialmente por los venecianos, quienes hicieron lo posible por lograr que reinara la paz en los mares, sobre todo en los estrechos y en los alrededores de la capital griega.

En esa atmósfera se mantenía de pie frente al bajá, Juan Sin Miedo. De acuerdo con el ceremonial, aún debía de llevar bajo su traje, ampliamente ribeteado de pieles, una cadena simbólica pero de plata, no como aquella que le pusieron en aquel funesto fin de septiembre, en Nicópolis. Bayaceto levantó un dedo como señal al eunuco principal y éste dejó caer la cadena, colocándola a los pies del sultán. En ese momento sonaron con un exaltado chirrido las cometas turcas, embriagados todos con la victoria.

Nevers volvió a ponerse en pie y dobló una rodilla, luego, a una orden del sultán, el antiguo prisionero se dirigió a una sala más pequeña acompañado

del monarca, y allí solos los dos hombres, y sin cortejo alguno, dialogaron a través de sus intérpretes.

—Creemos que estarás harto ya para toda la vida del duro pan de la prisión. También has aprendido cómo hay que tratar a los presos. Y si no hubierais dado la orden de matar a nuestros prisioneros, todavía estarían vivos tus diez mil hermanos esperando el rescate. ¿Para qué sirve todo eso? Cuando me enteré de vuestra orden juré hacer lo mismo, a pesar de que el Profeta nos ordena ser misericordiosos con aquellos a quienes la suerte abandona. ¿Volverás a tu país?

—Me agradaría saber, mi señor, si, como pienso, tenemos ambos la misma edad. Bien sabes de qué modo caí en tus manos: mi caballo resbaló, la pesada coraza me tiró al suelo, estaba herido y en el barro cuando me hicieron prisionero. Me has dejado la vida: mi padre, Felipe, príncipe de Borgoña, te estará agradecido… Ya no tendrá que consumirse en su triste vejez porque sabe que estoy vivo. Me toca gobernar después de él. Las campanas de Dijon tañerán cuando llegue a casa… Pero antes debo visitar Buda, para agradecer al rey húngaro el haberme ayudado a abreviar mi cautiverio.

—Los tres somos jóvenes: tú, Segismundo y nosotros… ¿Por qué no podemos vivir en paz? ¿No podrías decirle al rey francés, que es pariente tuyo, que nosotros no atacamos vuestros países si vosotros no nos molestáis? Ya tenemos bastantes problemas en nuestro propio hogar… Y a Segismundo puedes decirle que su sable se mellará cada vez que ataque los ejércitos del Profeta. Pero su arma más bella será un año de paz, cuando no luchemos más los unos contra los otros.

—Entonces, ¿por qué quieres ocupar el país del emperador griego, mi señor? Ellos también son cristianos, a pesar de que rezan en otra lengua que nosotros. Ellos también son una rama del pueblo de Cristo. ¿Por qué les atacas, por qué les persigues?

—Eres mi prisionero todavía, ¡y ya me críticas! El país que ellos llaman el imperio romano, es un palacio de arcilla que se deshará frente al viento del desierto. Los habitantes de Constantinopla están ya bastante maduros para merecer gobernantes más vigorosos que los de ahora: esos que visten trajes de oro, los castrados, las mujeres de la corte imperial. Yo necesito una ciudad en el centro del mundo: señora de los mares, madre de continentes… Díselo a tus señores, diles a los húngaros, que no pueden salvar a Bizancio; tarde o temprano se cumplirá su fatal destino. Si tengo que morir como mi pobre padre bajo el puñal de un traidor, mis descendientes hallarán el camino hacia la Hagia Sofía, porque ese es el deseo del profeta. El primer sultán que entre

en esa ciudad, entrará en esa iglesia. Y atará el cabestro de su caballo al altar mayor. Ya está dicho. Ahora, puedes marcharte.

Cuando el conde de Nevers visitó Buda por primera vez, doscientos pajes iban delante de él con trajes de brocado verde, y detrás de él gente de la corte y caballeros. No había venido en su nombre: Felipe, el príncipe borgoñón, le envió a homenajear al que un día heredaría el trono. Aunque Borgoña era una comarca feudal del reino de Francia, el poder de Borgoña —su dinero, su ejército, el esplendor de su corte— superaba al de París. El ejército de los borgoñones, al pasar por el Imperio romano germánico, tuvo que pagar en plata cada pedazo de pan, cada gavilla de paja. Doscientos barcos transportaban por el Danubio las provisiones para alimentar sus tropas.

Cuando los caballeros llegaron al Monte del Castillo, se procedió a un Tedeum. Eligieron la iglesia de San Nicolás para que, según la costumbre de la tierra, dejaran sus escudos apoyados en la pared del edificio. La piedra de los muros estaba casi oculta por la gran riqueza de los adornos. Condes y caballeros se paseaban al sol de agosto. Los caudillos se reunieron a la sombra del jardín del Palacio Nuevo. Como si hubieran querido fundar un nuevo imperio latino, se distribuían entre ellos las comarcas turcas, intercambiaban las islas, las provincias del infiel. Arrojarían muy lejos, en Asia, al pagano; sí, tiene fama de muy peligroso, pero sólo hasta que entra en batalla y en lucha abierta con los caballeros de Cristo.

El Nevers que venía ahora a Buda para expresar su agradecimiento al rey de los húngaros, ya no era aquel hombre joven, de cabellos oscuros, que había hecho su entrada un año y medio antes. Había llegado de incógnito al castillo de Buda, donde fue fácil alojarle por su poco séquito. No trajo más regalos que algunas alfombras que colocaría a los pies de Segismundo cuando empezara la solemne audiencia.

Sorprendentemente fue el propio Segismundo quien recibió a Nevers la misma noche de su llegada, en el ala de huéspedes del Palacio de Buda: eran dos caballeros que se estrechaban las manos. En la barba castaña de Segismundo asomaban también algunos hilos plateados. La huida de Nicópolis hasta la orilla del Danubio y tras ellos los turcos, cada vez más cerca; tuvieron que tirar los escudos, porque era difícil llevarlos mientras huían sus acompañantes. La barcaza, como una generosa gracia de Dios, esperaba a la orilla. Tan llena que apenas se pudo lograr que no volcase. Los más jóvenes remaban, por fortuna río abajo. Se arriesgaron hasta el centro del río, aparentemente apacible. Las flechas de los turcos caían sin fuerza en el agua, próximas a la barcaza. Se salvaron… Una arruga bajo la boca, dos

arrugas en el ángulo de sus ojos. Mientras se estrechaban las manos, se contemplaron:

—Os estoy agradecido, majestad, por lo que habéis tenido la bondad de hacer por mí.

—Somos dos, Jean. Según el deseo de mi padre, que en gloria esté, he aprendido también vuestra lengua, no necesitamos intérprete. Yo soy mi propio idioma, yo soy mi propio escribiente. Así, como estamos aquí sentados los dos eres tú el anfitrión, y yo tengo que probar si el vino que te han servido es bueno. ¿Te dio algún recado Bayaceto?

—Paz, paz; es decir, que en adelante descansen las armas por los siglos de los siglos. Tú no puedes jurarles alianza; ellos no pueden pronunciar el nombre de Segismundo junto con la palabra paz. Pero sobre sus espaldas se arremolina la nube mongólica. Mientras yo viví allí en prisión, en celdas cada vez más cómodas, oí la noticia de la llegada del rescate, escuché muchas cosas. Seguramente Bayaceto y sus bajáes querrían que yo fuese vuestro mensajero cuando me quitaron las cadenas.

—¿Son muchos?

—Su primer soldado es Mahoma; también su profeta y les ordena mantener la lucha continuamente. Quien cae en la batalla, subirá a su Paraíso. Creen en ello… ¿Qué cuántos son los que llevan armas? Puede que ni ellos mismos lo sepan. Son pocos los que saben escribir, aún menos los que pueden hacer un cálculo. Pero hombres sí tienen, tantos como estrellas en el firmamento, como los granos de la arena. No hay mercenarios, sólo jenízaros, a ellos les anima la gloria. El botín, la presa, mujeres. Para ellos la grandeza dura una vida. Sus hijos empiezan desde el escalón más bajo, no tienen nobles. Entre los hijos del sultán, sube al trono el más fuerte. Algunas veces, el que el padre designe, si todavía le queda tiempo. En su mayoría son hermanastros, no existe entre ellos ningún vínculo familiar. Se matan entre sí, suelen huir los unos de los otros. Ya veis, mi señor, que durante mi prisión aprendí bastante sobre las costumbres de los turcos. ¡Dios mío, estar otra vez —en Dijon!…

—Poco faltó para que estuviéramos juntos en esa prisión. Si no llega a estar allí esa barca…

—Conozco la historia de la fuga de vuestra majestad. El sultán hizo cortar la cabeza a los jinetes que no pudieron alcanzaros. Hubieran recibido toda una comarca, de haber podido arrojar ante Bayaceto a uno de los primeros reyes cristianos. Como lo hicieron conmigo. Casi desnudo, descalzo, ensangrentado; no hubiera dado mucho entonces por mi piel… Nos conducían

atados. Si hubiera tenido aún mi puñal, lo hubiera usado para matarme por mi deshonra.

—¿Qué pasará mañana? ¿Y vosotros?

—Para otros países es suficiente con guardar sus fronteras. Para nosotros, los borgoñones, el príncipe de Orleáns es el mayor lobo sediento de sangre ajena. Pero el turco es también nuestro hermano. Porque la sangre de ellos está en nuestros abuelos, lo mismo que en el mío y en la sangre del rey más cristiano, incluso en la sangre del rey de Inglaterra. Y a pesar de esto, nosotros mismos somos nuestros Caínes. Si los hombres que me capturaron fuesen los del príncipe de Orleáns, no me hubieran dejado con vida como lo hizo Bayaceto. ¿Quién sabe si no me estarán tendiendo una trampa? ¿Si no me atacarán al llegar a casa? Pues vine hasta aquí sólo con algunos hombres fieles. Y ahora, me vuelvo a mi patria.

—Mis tropas te acompañarán a través de Hungría. Cuando alcances la frontera austríaca…

—No he olvidado aún lo que hizo antaño el príncipe Leopoldo a Ricardo Corazón de León. Encerró a quien le pidió ayuda. Preferiría atravesar el Imperio sin que nadie me reconozca…

Nevers se levantó al amanecer. En los meses anteriores se había acostumbrado a que le despertara de su sueño intranquilo él monótono y prolongado canto del muecín. ¿Hasta cuándo? Ahora el sonido era el de la campana de Budavár: las cuatro iglesias se quitaron la palabra una a otra. Su criado seguía durmiendo ante el umbral, tan profundamente, que pudo pasar sobre él y llegar así al corredor del castillo. Por una enorme ventana ojival, miró hacia el jardinillo poblado de césped y ribeteado con flores tempranas. Al final del corredor también había una ventana. Desde allí, una escalera llevaba hacia lo alto: mirador, baluarte. Nevers respiró el húmedo aire de la mañana. Todo era maravilloso, ser libre —llevar su puñal, tener un arma—, no ser prisionero de nadie. En lo alto había un guardia vigilando el horizonte del Danubio. Cuando el caudillo apareció por el fondo de la escalera, el centinela reconoció al huésped recién llegado y bajó su lanza con respeto. Era un húngaro de bigotes y cabello largo: seguramente, en el palacio de Dijon, ya se habría arrodillado ante él… ¿Sonreír? No… Santos y príncipes en las alturas casi celestiales, sobre los plebeyos.

Se dice que los basamentos del palacio de Dijon fueron colocados hace mil años por antepasados romanos. Era ya un edificio enorme durante la época de los antiguos príncipes burgundios. Desde que su padre recibió la comarca de manos del rey francés como regalo feudal, el palacio era cada vez

más bello y más amplio. Su padre Felipe, quien era más conocido por «El Atrevido» (así como a Juan Nevers le otorgaron desde la infancia el epíteto de «Sin Miedo»), vivía consumido por la fiebre de la construcción: hizo alzar palacios, abadías, iglesias y castillos. En la cancillería, los días de pago pasaron generaciones de maestros de obras y albañiles. Su Alteza de Borgoña no quedó nunca en deuda con nadie. El principado era rico, tenía muchísimo oro en la tesorería y en el fondo de varias cuevas, cuyos escondrijos sólo conocían los príncipes de la casa… Su padre otorgó el título de ujier de la corte al escultor Claus. Sluter, con cuya ayuda se convertiría Dijon en el hogar de las musas. Cerca de la capital no había minas ni canteras; fue necesario traer desde lejos el mármol negro para el pedestal del monumento funerario que aún en la flor de su vida había encargado el príncipe Felipe. Cuando hubiera terminado su destino terrenal, las pequeñas estatuillas recibirían las facciones de los familiares que vivieran entonces. Se les vería llorando la desaparición de su señor muerto, con sus cabezas de bronce cubiertas por un capuz, doblados bajo el peso del féretro: grandes señores que no estaban acostumbrados a llevar carga. «Podréis llevarme eternamente», decía riéndose el príncipe Felipe, cuando Sluter le enseñó la maqueta hecha de arcilla. Cuando Juan se vistió de hierro junto a los diez mil borgoñones armados, ya trabajaba Claus Sluter en el pozo de la Cartuja de Champmol, al que denominaron con el nombre del profeta: «pozo de Moisés». Su forma era hexagonal, rodeado por seis profetas del Antiguo Testamento: Moisés, David, Zacarías… ¿y los otros, en la otra fila? Forzó su memoria: ¿cuáles eran los otros tres? Contó con los dedos: faltaba uno. Daniel y Jeremías ya están… Miró indignado la ciudad. Hasta que surgió en su mente el sexto profeta: Isaías. Cuando regresara a Dijon, quizá se hubiera concluido la obra maravillosa, de la que su padre dijo que sería la perla de Borgoña…

Poco a poco se fue reanimando la vida en el castillo de Buda. Servidores y empleados de baja alcurnia rondaban una de las alas: sus trajes delataban al escribiente. Asimismo, había sacerdotes entre ellos. Pero la mayoría eran de estas tierras, porque no entendía ni una palabra de las que el viento desparramaba por allí: eran húngaros. Se podía alcanzar mayor altura recorriendo las escaleras de la torre principal. Era un paseo que le hacía sentir a uno como en un servicio religioso: se ensanchaba el alma, se dirigía uno al Señor que le había permitido ser libre de nuevo, aunque morara aún en tierras extrañas.

Miró hacia abajo: sus ojos, que se iban acostumbrando a las anchas e interminables perspectivas, veían continuamente bellas imágenes, en vez de

las paredes de su celda. El aire era singularmente limpio y sobre el Danubio tampoco había bruma, más bien algo azulenco, como una brillante nube. Bajo el castillo se construían dos torres: una aquí, la otra, allende el río. Fue Segismundo quien decidió mandar hacer una enorme cadena de hierro con la que podía aislarse del río en caso de peligro y las cadenas se engancharían solamente en ese caso. También esto había que agradecerlo a la experiencia en los horrores de la batalla de Nicópolis. Ahora el infiel no podría ocupar el castillo de Buda.

Mientras asomado contemplaba el río, vio las empinadas laderas que formaban las orillas abruptas del río. Y pensó que desde ahí hubiera sido imposible asediar los bastiones.

Llegaban ya los estudiantes en fila con el escudo de su universidad: «Sigillum Studi Budensis». La universidad no se divisaba aún desde ahí, cuando el rey, dos días antes le había enseñado el Studium Generale que fue ampliado por él y que para abreviar su nombre, los mismos profesores, así como los estudiantes, llamaban SUNDA, abreviatura de «Sigismundiana». Y otra vez le dolió el corazón a Nevers: porque era precisamente en su ciudad, en Nevers, donde se estableció la universidad de Orleáns, la castigada por la censura papal. Allí se cobijaban, modestos en apariencia, los profesores y los estudiantes. También él había frecuentado, siendo mozo, las frescas aulas del Alma Mater, donde vivió algunas noches con sus camaradas. Pero su padre le llamó a casa, a Dijon, y sólo se enteró ya estando allí, de las alegres noches de Nevers. Los piadosos, los burgueses, los que protestaban por los escándalos, se unieron entre ellos y una bonita mañana, cuando aún dormía todo el mundo después de la fiesta estudiantil de la noche pasada, penetraron en la universidad de Nevers, tomaron los textos y los pergaminos de los profesores y los arrojaron al agua del Loire:

«¡Por la voluntad del diablo,
»volved a Orleáns, de donde habéis venido!»

Desde la torre se observaban los adelantos en la construcción del castillo: abajo, rayas extrañas, las calles estrechas pero proporcionadas, paralelas, dirigidas hacia la plaza de San Jorge. Desde lo alto se veía claramente la plazuela cercada por un murete. Los habitantes evitaban pasar por ella: Nevers también conocía la pompa festiva de las ejecuciones. Había oído relatar la pérdida del palatino de antaño, de Kont y sus treinta y dos compañeros: no quedó tras ellos nada más que un crucifijo de madera. Desde arriba las casas multicolores resplandecían al sol; en sus fachadas destacaban

los adornos rojizos. Las calles se animaban en su ritmo diurno, gente que espera ante las tiendas, la corriente de los carros en dirección al mercado. Personas de variados trajes; sus vestidos delataban sus orígenes: italianos, con sandalias de puntas hacia arriba, sus sombreros de pico atestiguando que venían de la parte norte de Italia. Alemanes de capas pesadas, parecidas a togas. Judíos con la marca amarilla en el abrigo. ¿Cuántos habitantes podría tener Buda? ¿Cuántos Dijon?

Caminó por entre las escaleras y los bastiones del castillo. Era un paseo duro, había que trepar, subir al mirador de la balaustrada. Sus ojos de soldado observaban dónde podían estar los puntos débiles, por dónde habría que cargar para atacar en caso de guerra.

De pronto, pensó que un compañero suyo de prisión había comparado el castillo de Buda con el palacio del gran rey de Persia, que era inmenso. Nevers había estado en Avignon, en el castillo de los papas, cuando el santo padre Clemente IX, recibió en audiencia al futuro señor de Avignon. Pero Avignon se edificó en la llanura, detrás de ella estaba el río Ródano; el castillo era enorme pero, sin embargo, estaba emplazado en el centro de una plaza, se alzaba apenas sobre el anillo de las burguesas casas puntiagudas. Pero-aquí, en Buda, el río, la montaña y las rocas inspiraban a los maestros constructores, quienes —así se cuenta— estaban construyendo fortalezas en la montaña desde la época de Atila. Desde abajo no parecía tan fuerte, pero quien había estado dentro, entre sus bastiones, saledizos, galerías, y quien bajaba a sus fondos más profundos para llegar hasta la sala de los caballeros, podía ver que lo que Segismundo denominó con gusto «Palacio Reciente», era verdaderamente una de las mayores residencias de reyes cristianos. Tan enorme, que Segismundo podría convocar en Buda el planeado Sínodo de la cristiandad.

Cuando llegara a su casa… para contar todo lo visto a su padre… Pensó que se hallaría sentado en el palacio de Dijon, con el rostro envejecido y afeitado. Si es que resistía hasta el día en que estrechara contra su corazón al primogénito, al que creía perdido.

5

CUANDO SEGISMUNDO regresó de la desdichada batalla de Nicópolis, meditó largamente: ¿No se habría vuelto el destino o la Providencia, hacia él para probarlo? Había visto Bizancio: todavía en su estado actual era enorme, no se podía comparar con ninguna ciudad del mundo. El Circo, el Palacio, las murallas. ¿Por qué no la defendieron mejor los griegos contra los latinos? En las cancillerías de Bizancio ya estaban enterados de lo que sucedió durante las aventuras del infortunado Segismundo. Y en su casa, la desorganización y la deserción de sus príncipes. Juan de Simontornya, el pariente del voivoda de Transilvania, había jurado lealtad a Ladislao, el de Nápoles. Dalmacia se parecía a la clásica cabeza de Jano. Algunas de las ciudades estaban todavía de parte de Segismundo; Ragusa le recibió dignamente cuando le trajo la barca hacia su casa, desde Bizancio… Los recuerdos son chispas maravillosas: en su camino de regreso, visitaron en Rodas a sus caballeros. La cena del gran Maestre Filiberto de Naillac… En el palacio, junto a la enorme mesa donde todos eran varones, vestidos con las capas de la Orden, muchos con cicatrices en la cara, las manos mutiladas. Desde los tiempos de Andrés II, era la primera vez que un rey húngaro visitaba a los Hospitalarios de San Juan.

Por la noche había venido a verle el rector de Ragusa: le confesó el gran deseo de su vida, entrar en la orden de caballería, con nobleza hereditaria. Sus palabras parecían volar cuando mencionó que había propuesto en el magisterio dar al rey una donación de dos mil ducados.

¿Cuándo conoció a Hermann Cillei? Diez años antes se habían encontrado por primera vez en Pozsony. Las posesiones del enorme conde se encontraban en su mayoría en Stájer, Krajna, pero llegaban también hasta tierras húngaras e italianas. La madre de Hermann, Catalina, era la hija de Tvartkó, el rey bosnio. Al dueño del castillo, que pertenecía a la orden de los duques, el emperador Luis de Baviera lo elevó al rango de conde. ¡Cuán pobre era Segismundo, cuán ricos los Cillei! Sólo podían competir con ellos los de Borgoña…

Desde su primer encuentro, Hermann Cillei jamás flaqueó en su lealtad, siempre a su lado en los momentos críticos, ayudando con sus fuerzas a que el rey fuera capaz de contener la sublevación de la región sureña, atacando él mismo con su ejército a los Horváti. ¿Quién podría nunca olvidar la espantosa huida a la orilla del Danubio, cuando fue Cillei quien cubrió el camino hasta la barca? Todos los otros recuerdos se fueron esfumando: quedaba la imagen de Hermann quitándose la capa para ponerla en los hombros de Segismundo. El rey sufría entonces de fiebres, los vapores que subían desde los pantanos recalentaban sus venas, y tosía. La capa de Cillei… Le regaló el castillo y la posesión de Varasd, en agradecimiento a su ayuda, y ratificó la donación al llegar a sus posesiones. «Predilectus et fidelis», dijo en el documento. El mismo Segismundo dictó las palabras «muy querido» y también «fiel». Con ello Cillei había ascendido a la orden de los Duques húngaros. Todavía en la barca, cuando dijo Hermann que la batalla de Nicópolis había terminado, el déspota servio, Esteban Lazarevics, desertó en favor de los turcos. El voivoda de Havasalfóld también había desertado junto con sus tropas. Los franceses, en su irracional y egoísta pasión, aspiraban a la gloria, sólo para ellos. El condestable dio la orden de carga sin preocuparse de nadie más. La tierra pareció temblar cuando los colosos metálicos emprendieron el ataque. La segunda línea —el ejército de Segismundo— se encontraba lejos, a medio millar de pasos. Solamente los cojos caballos de los franceses, el espantado galopar de animales recubiertos de gualdrapas adornadas con escudos que sus dueños habían perdido, los gritos de algún fugitivo, fue lo que les hizo saber de la catástrofe. La voz de Hermann, tranquila, sosegada, fuerte. El rey, más joven que Hermann, se apoyaba en él. La capa de Cillei le cubría, no podía pasarle nada. Todo se esfumó, cual nieblas azules en la sombra del río. Fiebre. No era posible olvidar ese viaje por el Danubio.

Partir hacia Temesvár… En esa ciudad real habían convocado el parlamento que debía proclamar el anatema a Ladislao de Nápoles, pretendiente al trono, hijo de Carlos el Pequeño, quien había ya desembarcado en Dalmacia. Ladislao era más precavido que su padre. Todavía no daba señal alguna de que se atreviera a empezar una campaña para atacar a Segismundo. Allí estaba inmóvil, en las costas dálmatas, negociando con las ciudades, cuando ya más de la mitad habían vuelto a proclamarse leales a Ladislao. Éste trajo consigo dinero de la tesorería de su madre Margarita. El voivoda Lakfi también se inclinaba a la fidelidad hacia Ladislao. Avisó que vendría con la misma cantidad de guerreros armados a la dieta de Temesvár, como corresponde a un séquito real.

Había cierta intranquilidad cuando llegaron los mensajes a la cancillería: Segismundo leía cada línea, la comentaba, después dictaba. Debía ponerse en marcha hacia Bosnia, para reanudar los lazos familiares con los deudos de su difunta mujer. También debía de salir hacia Polonia para poder participar en Cracovia en las exequias de su desaparecida cuñada Eduvigis, a quien honraban como santa; funerales que durarían un año. De paso, iba a conocer a otro Ladislao, el *rey* polaco pagano, convertido a la fe cristiana. ¿Quién heredaría el trono de Eduvigis y Ladislao, si Jagellón no tenía descendencia de varón? ¿Y quién heredaría el trono húngaro, si Segismundo no tenía un hijo? Dos viudos jóvenes. ¿Pensaron acaso cuando Segismundo llegó a Cracovia, que por mediación de los Cillei serían cuñados por segunda vez?

La cancillería de Buda le presentó a las princesas ofrecidas al trono del viudo rey húngaro, después del fallecimiento de la reina María. De entre los retratos pintados sobre marfil y en tablas, destacaba Margarita, la princesa de Brieg. El padre no era una potencia en materia de gobierno, pero era príncipe del Imperio. Bien, que fuera Margarita la elegida. De todas maneras jamás contempló el rostro de las mujeres ofrecidas.

Días hermosos en Cracovia. Los polacos ya habían olvidado cómo era en vida su reina Eduvigis. Pero quedaba el recuerdo de la milagrosa, de la patrona de los polacos. Como todos los reyes que inesperadamente se quedan viudos, Ladislao también tejía sus proyectos matrimoniales: Segismundo leyó sus pensamientos. Ladislao buscaba una novia rica; en la corte polaca no abundaba el dinero.

La corte no era muy brillante, pero en las residencias de los nobles y en los castillos se ostentaba una pompa tal como no existía en la residencia real. El poder polaco vivía ahora sus años de crisis. Ladislao centraba su atención en el único enemigo temible: la Orden de los caballeros teutónicos que devoraba una tras otra las comarcas polacas occidentales. En Pomerania se libraría seguramente la batalla decisiva contra los teutones. ¿Hacia dónde se inclinaba Segismundo? Por su persona —siendo margrave de Brandeburgo— era príncipe electo del Imperio. Como cuñado, partidario polaco. ¿Qué pasaría —se preguntaba Ladislao— si la Orden aceptaba como árbitro al rey húngaro?

Hasta el mediodía permanecían inclinados sobre pergaminos, leían cartas, informes del espionaje en las cancillerías. Luego, la gran comida requería una siesta de varias horas. En los resquicios del sueño, a través de la cortina, pasaban hacia Segismundo algunas bellezas escogidas. Dedicaban las tardes a los torneos. ¿Cómo podían transcurrir sin que el rey, que era el más alto y

robusto de todos, no rompiera lanzas, por lo menos una vez, con el mejor de los caballeros? Las damas de la corte se apasionaban por él. ¿Dónde encontrar otro caudillo extranjero que hablara con tanta perfección el polaco? ¿Dónde encontrar otro hombre en plena juventud que fuese capaz de imponer en esta parte del mundo los buenos modales de la corte de los príncipes de Borgoña? Era gentil con todos, nada altivo. Bebía vino en abundancia, pero nadie le vio nunca borracho como a los otros grandes del país, que solían olvidarse de su dignidad. Cuando se presentaba en alguna parte, todo adquiría vida y el atractivo de su persona, su amable sonrisa, cautivaban a las mujeres, así como a los jóvenes caballeros polacos. En cambio, los burgueses de Cracovia no se entusiasmaban tanto por el rey que amontonaba deuda sobre deuda y cuando veía una burguesa bonita no tardaba mucho en cortejarla y en mandar a buscarla con una carroza para llevarla a Wawel.

El papa de Roma, Bonifacio IX, proclamó un año santo. La Santa Sede derrochó sus tesoros para convertir la Ciudad Eterna en digna meta de los peregrinos, en el año 1400. El Capitolio resucitó de sus ruinas, el Castillo Sant' Angelo se convirtió en una verdadera fortaleza. Pero todo eso fue poco para remediar los males del gran cisma. Después de Clemente VII, vino el antipapa español Benedicto XIII, en el extremo occidental del mundo cristiano.

Cuando Segismundo salió de Cracovia hacia Praga para saludar a la nueva mujer de Wenceslao y presenciar la coronación de la cuñada, ello sirvió de pretexto para consultar con su hermano el grave estado del Imperio germánico. Wenceslao había recogido la sucesión de su padre, cuando los príncipes electores germánicos le proclamaron rey romano. Mucho cambio el Imperio desde entonces: el tan deseado título de rey germánico, que no ofrecía poder verdadero, se esfumaba cada vez más. Wenceslao se sentía checo por los cuatro costados y en realidad no se preocupaba mucho de los asuntos germánicos. Rara vez iba al Imperio, y se dejó representar a menudo por delegados en las conferencias imperiales. Todo eso tuvo sus consecuencias.

El partido del elector Roberto del Palatinado se había fortalecido y en el regateo de los príncipes, el negligente Wenceslao representó una pequeña parte ante el ambicioso Roberto, que pretendía el poder real. El recién elegido rey romano germánico, procuró prepararlo todo para poder ir a Roma al año siguiente y pedir, según la costumbre de los antiguos emperadores, la corona imperial al papa. Al lado del brillo de la corona palidecería el «status» actual

con todas sus grietas. De los siete príncipes electores, sólo cuatro dieron sus votos a Roberto del Palatinado.

A Wenceslao le interesaba poco el carismático atractivo de la corona imperial. Poco a poco se fue convirtiendo en esclavo del vino, y tan sólo se preocupaba de los asuntos de gobierno cuando sucedía algo importante en Bohemia o en la misma Praga. Llegó a ser un hombre de humor sombrío, colérico, con inesperados accesos de rabia. Estando sobrio se le apreciaba como un caudillo de sagaz juicio, capaz de llegar hasta el fondo de las letras, o de las cosas. Su biblioteca crecía continuamente, y en sus días más animados, cuando se libraba de su enfermiza apatía, hacía llamar a los mejores profesores del «Carolineum» para charlar con ellos; y hasta acudía a la universidad, penetrando en alguna de las aulas.

Hacía ya varios años que no se habían visto el hermano mayor y el joven hermanastro. Segismundo había madurado; había recibido heridas, y se cernía aún sobre él la sombra de la batalla de Nicópolis. En la habitación de Wenceslao discutieron los dos a solas sobre las posibilidades de mejorar los asuntos del Imperio.

Segismundo tenía conciencia de que era difícil formar ejércitos húngaros para llevarles a cubrir las necesidades de su hermano mayor, para luchar por el Imperio. Según la ley, la nobleza armada solamente acompaña al rey —montado a caballo— hasta las fronteras, principalmente hasta las fronteras amenazadas. Desde allí, desde los ríos fronterizos, desde las grandes montañas, sólo seguían a su señor aquellos a quienes atraían las aventuras; o aquellos a quienes el rey pagaba. ¿De dónde y cómo podría pagar él a los mercenarios? Era el rey de un país donde el dinero era la más rara de las aves. Mientras la guerra turca permanecía lejana, los húngaros nobles se establecían como si el país fuera una república de aristócratas. Y aunque en los consejos, las decisiones se tomaban en nombre de su majestad, no se hallaba presente ningún miembro de la familia real que pudiera representar a Segismundo. Los dos regentes, Nicolás Garai y el arzobispo Juan Kanizsai sostenían conversaciones, negociaban, amenazaban, sobornaban, servían a sus intereses y egoísmos y procuraban el bien del país según sus propios pareceres. Y cuando invocaban al rey, lo hacían sólo cumpliendo una mera formalidad.

Y así se fue acumulando la amargura en la nobleza húngara. Todos habían vivido antes en el mundo del rey Luis, cuyas costas eran bañadas por tres mares. Luis vivía generalmente en Visegrád, en el centro del país. Cuando salía con alguna expedición militar o hacia Polonia, quedaban allí su madre o su f esposa. Ambas se iniciaron en el ejercicio de la regencia y les gustaba

pelear entre sí. Eran reyes, y los demás súbditos… Pero de pronto, cayó allí Segismundo y ciñó la corona de San Esteban. Debía tener siempre presente que el trono oscilaba f de continuo bajo su persona. Era de la sangre de los Arpád; su esposa había fallecido; no tuvo descendencia en su matrimonio, para hacer de un hijo su heredero del trono. Vivía en tierras húngaras como un extraño. No era más que un joven de figura esbelta, de voz dulce, de carácter impulsivo, a quien le gustaban las mozas y el dinero.

6

EN AQUELLOS años el destino arrojó un salvavidas a la civilización cristiana. Si hubiera sido posible unir a Europa en aquel momento crucial, los efectos de la derrota de Nicópolis hubieran cristalizado en una nueva cruzada contra los turcos, capitaneada por un jefe competente y destrozando así el poder osmanlí. El pueblo turco del Profeta se hubiera dispersado en las llanuras monótonas, grandes cementerios de los pueblos asiáticos.

El sultán Bayaceto se vio amenazado por un peligro mayor que todos los anteriores: el imperio mongol de Tamerlán. El heredero de los planes de conquista de Gengis-Khan se encontró enfrentado con el sultán que se acercaba a la plenitud de su poder. Dos conquistadores chocaron en Oriente: y los mongoles resultaron ser los más fuertes.

Se acababa de levantar la tienda del Gran Mongol un atardecer de julio, cuando ya era indudable que Tamerlán había ganado la batalla de los dos pueblos. El gran príncipe había visto la luz hacía sesenta y seis años, en la Ciudad Verde, no muy lejos de la capital de su inmenso imperio: Samarcanda. Sobre la falda de la montaña, las legiones de artesanos ya habían construido la tienda cuando Tamerlán regresó de la batalla ileso, al frente de su guardia. Sólo entonces le dieron la nueva: el sultán Bayaceto había caído prisionero junto con su hijo. La batalla, comenzada por la mañana, duró hasta el atardecer y concluyó al llegar la noche con la completa derrota de los turcos. Entonces, el sultán, con algunos fieles acompañantes, salió del cerco; pero los caballos de los mongoles eran más rápidos y alcanzaron al sultán. Atacaron con flechas a sus seguidores y a los caballos. Aprisionado bajo el caballo derribado, Bayaceto no pudo salir para luchar por su vida.

Como si por arte de magia se hubiera alzado la enorme tienda forrada de seda amarilla, según oscurecía el día, en su torno se fueron encendiendo las mongólicas antorchas. Es posible que exageraran los cronistas al estimar en un millón el número de combatientes por ambas partes; pero a decir verdad, ninguno de los jefes podía abarcar de una sola ojeada toda la extensión del campo de batalla que se extendía hasta quince leguas.

En la lucha intervinieron más de cien elefantes capturados en la India, los mismos animales gigantescos que transportaban bloques de piedra al mausoleo de Tamerlán, en Samarcanda. Algunos elefantes fueron heridos y sus barritos llegaban hasta la tienda. A los caballos malheridos y sin posible curación los sacrificaban, pero para los enormes paquidermos se había enviado un regimiento de médicos. Merecían todo el cuidado esos compañeros de lucha que marchaban en cerradas filas contra el centro de la infantería turca, allí donde se unía la flor y nata de los regimientos. Las flechas turcas no dañaban gran cosa a los elefantes protegidos por la coraza de su piel y que marchaban al son de los tambores, aplastando toda resistencia. Desde las sillas de sus lomos, los guerreros arrojaban flechas en llamas y vasijas de barro llenas de fuego griego; de azufre, pez, etcétera.

Pero sobre todo fue la sed abrasadora la que arrastró a los turcos a la derrota. Tamerlán se dejó perseguir por su enemigo, que veía ya una brillante victoria sobre los mongoles. Cuando Bayaceto intentó combatir en las colinas entre el río grande y Ankara, para poder aprovechar las ventajas de su aguerrida infantería, Tamerlán cayó sobre la trampa con sus elefantes y dominó enseguida la llanura, con su veloz ejército de jinetes.

Sivas era una fortaleza mongol que aprovisionaba a Tamerlán y a sus tropas. Los riachuelos de los alrededores le suministraban agua, especialmente aquellos cuyos cauces fueron desviados del camino de Bayaceto. El ejército turco debió caminar cuatro días y cuatro noches, sedientos y en busca de pozos u oasis, arrostrando el peligro de que los mongoles los hubieran envenenado.

Bayaceto envió como avanzada en la batalla a su hijo predilecto, Solimán, con una caballería turca menos resistente que la de los mongoles, y cuya mayor fuerza consistía en el apoyo de lo§ servios. Parte de la táctica de los turcos era el estrépito, el alboroto ensordecedor de tambores, trompetas, címbalos. Los mongoles esperaban silenciosos a los atacantes y a una orden de Tamerlán emprendieron la carga casi al mismo tiempo, derribando las brigadas de Solimán. El guerrero preferido de Tamerlán era su nieto, Mohamed. Cuando fue evidente que el ala izquierda mongol avanzaba, Mohamed llegó galopando hasta su abuelo, saltó de su caballo, se arrodilló en el polvo y pidió permiso para el ataque final. Tamerlán se negó: esperaba todavía. Aunque él tampoco podía abarcar con su mirada la gigantesca extensión de la batalla, aguardaba con su instinto de militar y estratega el instante definitivo para montar a caballo. Porque la aparición repentina del

jefe multiplicaba el impulso del ataque. Al mismo tiempo comenzó también el de los elefantes contra los jenízaros.

Tamerlán creía en Alá; era un caudillo que supo escribir y leer desde su tierna infancia y habituado a leer el Corán. La naturaleza no le había favorecido demasiado, pero a pesar de su rostro pálido y su piel de tonos claros, tenía rasgos armoniosos. En su niñez, la enfermedad se había apoderado de sus articulaciones, y por eso cojeaba. Así se originó su sobrenombre —Hierro Cojo—, como llamaban en el mundo de Occidente a Tamerlán. El miedo y el horror que galopaban tras sus tropas y a menudo delante, no eran la finalidad de Tamerlán, sólo un medio para tomar las ciudades con menos lucha. En todos los lugares exterminó a los que se resistían y muchas veces aplicó la misma suerte para servir de ejemplo, a los que ya se habían sometido.

Sus tropas le aseguraban un enorme botín y con su férrea disciplina, los centenares de carros llegaban intactos a Samarcanda, a Sivas y después a Ankara. Sus jinetes, no llevaban equipaje innecesario y eran capaces de recorrer cien leguas en tres días; como antes de la batalla de Ankara, escapando de esa manera al abrazo turco.

Cuando Bayaceto se enteró del avance de Tamerlán y de que sometía uno tras otro a los príncipes del Asia Menor, estableciendo más tarde su cuartel general en Sivas, comenzaba a preparar ya el asedio de Bizancio. Nadie dudaba, y menos aún el emperador griego, de que se acercaban los últimos días del Imperio romano oriental. El emperador mendigó personalmente ayuda, especialmente en Italia: se intercambiaron bellas palabras, se ofrecieron calurosas acogidas, incluso le proporcionaron algún dinero, pero faltó la verdadera ayuda militar. Bizancio estaba sujeta a Italia por muchas redes en los últimos decenios: el barrio de Galata lo habían edificado los genoveses como fortaleza propia, mientras que los venecianos (en mortal rivalidad con los genoveses), se habían establecido en otros barrios de Constantinopla, ciudad que aún tenía casi un millón de habitantes. Ya todos consideraban perdida la «ciudad defendida por los Ángeles», especialmente después de la victoria de los turcos en Nicópolis. En las costas asiáticas del Bosforo, ya estaba construida la fortaleza de Anadolu Hissar que tendría que defenderles del asedio pronto iniciado.

Bayaceto había sido designado sultán en el campo de batalla de Rigomezó, cuando en el momento mismo de la victoria, su padre, Murad, fue apuñalado en su propia tienda por el servio Milos Kabilovics. Desde entonces, la suerte le acompañaba siempre a donde iba.

Las distancias entre los enemigos asiáticos eran enormes y el sultán no se había percatado de ese peligro, hasta que el caudillo mongol amenazó ya a los vasallos otomanos.

Tamerlán llegó a enfrentarse con el poder turco, después de la campaña hindú: embajadores occidentales —como el magnífico Clavijo— cuando volvieron sanos y salvos de sus misiones en Asia, pudieron informar sobre la tensión de la que surgieron los enfrentamientos entre ambos conquistadores del mundo. Este era un conflicto extraño para los reyes cristianos de occidente, quienes no tenían siquiera los más elementales conocimientos geográficos: sólo se ocupaban de sus propias cosas y nunca les interesó la rivalidad mongólico-turca, que era, sin embargo, de importancia vital para toda Europa.

Cuando Bayaceto llegó a enterarse del avance de Tamerlán en Anatolia, terminó abruptamente con los preparativos del asedio a Bizancio. Envió a todos los turcos armados y a las tropas de refuerzo extranjeras a los estrechos, y desde allí les transportó a Asia. Servios, búlgaros, macedonios, bosnios, tuvieron que unirse al grueso de las tropas del sultán. Bayaceto llevó consigo a los emires de origen mongol que gobernaban las regiones conquistadas por los turcos. La caballería de estos príncipes participó también en la batalla de Ankara, con sombrío resultado para el sultán. Cuando estos mongoles que luchaban en formaciones turcas se olieron que Bayaceto podía ser derrotado, volvieron la espalda a los turcos y se unieron a sus hermanos mongoles, tan rápidamente como les fue posible por la rapidez de sus caballos.

A Bayaceto sólo le quedó su guardia personal, formada por mil jenízaros, y a pesar de que aquí no llevaban los mongoles sus elefantes, los repetidos ataques de la caballería destruyeron a los *spahis*. No le quedó la posibilidad de vencer ni tampoco la de salvarse. Todos cayeron allí. Intentaron incluso proteger al sultán que procuró salir del fatal cerco, con su pequeño grupo de jinetes.

Tamerlán abrió el *Corán*: nadie se atrevía a acercarse al viejo en esos momentos de triunfo. Éste se inclinó sobre el enorme libro profusamente iluminado, con su barba blanca y larga. Como un anciano decrépito, como un sabio oriental meditativo, a quien no llegan ya los ruidos del mundo. Alzó su cabeza y ordenó con lentitud, suavemente, que cuando cayera la noche, condujeran ante él —vestido con dignos ropajes— a Bayaceto. La tienda se alzaba ligeramente sobre la llanura; surgían gritos de dolor y después un clamor de muerte. Allí acabaron los verdugos sarracenos de Tamerlán con los que cayeron prisioneros.

Bayaceto no estaba herido gravemente, pero al caer del caballo sufrió un desmayo. Caminó apoyándose en dos nobles mongoles —sin ninguna ceremonia especial— y entró en la tienda de Tamerlán. El príncipe mongol se puso en pie y sonrió al ver a su derrotado enemigo. Los mortales enemigos se contemplaron: el único hilo entre ellos debió de ser acaso el respeto por Alá. Bayaceto observó la sonrisa irónica en el rostro de Tamerlán.

—No puede ser del agrado del Señor la burla sobre Alá… —opinó gravemente.

Hablaron en árabe, única lengua en que podían entenderse. Tamerlán se acercó a su prisionero:

—Sonrío porque pienso que Alá repartió el mundo entre un cojo y un ciego, como inválido que soy yo, y como cegato que eres tú.

Mientras, afuera, en los confines del pueblo de Chibukabad continuaban las ejecuciones de los prisioneros, Tamerlán ordenó la celebración de un festín. Sentó a su lado al prisionero, quien tuvo que colocarse un turbante cubierto de brillantes y piedras preciosas, que sacaron por orden del príncipe mongol de los tesoros, producto del saqueo en su tienda. A continuación, se oyó una música solemne y aumentó la luz de las antorchas recién encendidas. Condujeron por lo menos a cien damas del harén hacia el gran campamento: eran las mujeres de Bayaceto, sigilosamente guardadas y ocultas de las miradas de hombres extraños, entre ellas la princesa servia, la favorita principal.

Tamerlán suspendió para esta fiesta la profética prohibición de beber vino. Hicieron rodar los barriles del campamento, los recipientes se fueron llenando con vino de las islas griegas. Los vasos pasaban incluso por las manos de las odaliscas.

Así se abrió la noche después del sangriento día. A pesar de que a Tamerlán se le consideraba un anciano que ya tenía nietos, su pálido rostro estaba enrojecido. Dio una orden a uno de sus comandantes, se apagaron gran parte de las antorchas y en la penumbra que inundó la tienda, las odaliscas tuvieron que quitarse primero sus velos, después sus diademas y finalmente sus vestidos. Comenzó una salvaje orgia. A los guerreros mongoles —que durante todo el día vieron solamente sangre— empezó a hacerles efecto la extraña embriaguez. Veían ante sí el jardín de flores del sultán llamado el Señor del Mundo y las jóvenes cuidadosamente elegidas, conquistadas en los países vencidos. Bayaceto debió de intuir que si hacía el menor movimiento, ni el propio Tamerlán habría podido salvar su vida. Así pasaron ante él algunas siluetas, recuerdo de sus noches, el hechizo de las inolvidables

ceremonias nupciales del sultán. Mayor insulto no habría podido recibir un príncipe mahometano…

La imagen de Tamerlán que se conocía en Europa —que sólo tenía ojos para el peligro turco— era de un matiz noble, casi caballeresco. De él esperaban los gobernantes cristianos que refrenara la ola otomana que simbolizaba Bayaceto. El príncipe mongol envió de vez en cuando algunos mensajes a los distantes soberanos. Principalmente el obispo Juan se encargó de las delegaciones mongolas que llegaron. Carlos, el rey francés, recibió al eclesiástico oriental y mandó con él una amistosa carta a Tamerlán.

Frente al peligro mahometano en la Europa Occidental, el mayor interés lo demostraron los españoles. En sus continuas guerras contra los príncipes moros, el éxito de sus expediciones, militares dependía, en su mayor parte, de la ayuda que Granada la árabe podía recibir del sultán turco, o de los soberanos islámicos de África del Norte. Se comprende que Enrique III, rey de Castilla, buscara contactos directos con Tamerlán, para saber de sus campañas contra los turcos. Por eso envió a dos de sus cortesanos, Pelayo de Sotomayor y Femando de Palazuelos, con la misión de entrar en relación con el príncipe del país tártaro y traer una información sobre el poder de turcos y mongoles. Los dos españoles llegaron al campamento de Tamerlán y pudieron presenciar la batalla de Ankara. Así los castellanos pudieron ver con no poca satisfacción, allí donde les colocó el destino —y la voluntad de Tamerlán—, cómo se enfrentaban con odio sin límites los dos ejércitos más fuertes del Profeta. Al día siguiente de la gran victoria, Tamerlán recibió a los embajadores que se hallaban en el campamento y escuchó, sus solemnes felicitaciones, que también Bayaceto tuvo que soportar. Llegó a su vez la audiencia de Pelayo de Sotomayor y Femando de Palazuelos: la tarea de ellos era más fácil, porque fueron enviados al Asia Menor para saludar al poderoso príncipe de los mongoles. La audiencia tuvo lugar entre solemnes formalidades y Tamerlán —demostrando su satisfacción— regaló una odalisca a cada español, procedente del harén de Bayaceto. Los cronistas anotaron el nombre de una: se llamaba Angélica y «fue raptada cuando era la hija del conde húngaro, Juail». La otra era también una muchacha cristiana de padres griegos; Bayaceto tuvo que presenciar la entrega. (De lo que pasó después con las dos muchachas —y de si pudo Angélica volver a su patria— lamentablemente no dicen nada las crónicas.)

Bayaceto no se dio totalmente por derrotado. En cuanto se curaron sus magulladuras y se sintió capaz de montar de nuevo a caballo, empezó a tramar su fuga. Las joyas de su turbante ya valían en sí mismas una fortuna,

así que logró adquirir un caballo y ganarse también —eso creía— a algunos vasallos mongoles que le proporcionaron algo más: armas y esperanzas, ya que el sultán, sólo podía contar con su fuerza y agilidad. Intentó la huida durante la noche: cortó la parte trasera de la tienda y con la ayuda de los vasallos sobornados, intentó huir en la oscuridad de la noche. Tamerlán debió de enterarse de los preparativos, porque sólo dejó a Bayaceto una corta ventaja. El prisionero le fue devuelto y Tamerlán no le dejó ni presentarse ante él: ordenó que hicieran una jaula enrejada, que se pudiera subir a un carro o a lomos de una mula. En esa jaula metieron a Bayaceto. Las crónicas posteriores anotaran en forma variada los diálogos entre Tamerlán y su prisionero, encerrado entre rejas como un animal salvaje. Según otros relatos de origen mongol, el soberano, asiática trató dignamente hasta el final a su colega, intentando mejorar su destino. Así dejó también que la favorita servia del sultán compartiese el cautiverio durante los últimos meses de Bayaceto.

La prisión comenzó a consumir las fuerzas del sultán, a quien además amargaban las noticias que a él llegaban sobre las sangrientas guerras fratricidas entre sus hijos. Sólo diez meses después de la batalla de Ankara, Bayaceto, a quien el destino no dejó morir en el campo de batalla, como un héroe del Islam, acabó su vida. No hubo pruebas ni comentarios de que Tamerlán hubiera apresurado la muerte de su prisionero. (En las crónicas posteriores apareció a menudo la jaula dorada de Bayaceto, y se habló de las continuas pesadillas de la «noble fiera», describiendo al odiado enemigo, el mongol cojo, paseándose ante las rejas.) ¿Quién de ellos fue más cruel y más sediento de sangre? Es algo difícil de determinar para el cronista moderno…

Cuando los caballeros españoles regresaron a su patria, a Castilla, Tamerlán les hizo acompañar por su propio enviado —«el caballero tártaro»—. Según algunos cronistas, viajaban con ellos las odaliscas cristianas obsequiadas. Llegaron con fortuna a Toledo y el rey Enrique informó en carta confidencial a sus amigos soberanos, de los planes de Tamerlán y de todo lo que el embajador mongol informó sobre las intenciones de su señor. Tamerlán —según esos comentarios— no quería volverse contra Europa y garantizó a los soberanos cristianos sus pacíficas intenciones. Los objetivos de guerra movían al príncipe mongol contra el Celeste Imperio: «pone sus ojos en China». Consideraba destruido al imperio turco, no temía ya nada de los islámicos, preparando con tranquilidad el largo camino hacia la Gran Muralla.

En el umbral de sus setenta años, el 17 de febrero de 1405, Tamerlán volvió al mundo de sus antepasados: llevaron su cadáver hacia la ciudad fúnebre, construida ya durante su existencia. Según el cronista, «perfumaron

sus restos mortales con hierbas aromáticas y agua de rosas, los envolvieron en las telas más finas, le colocaron en un ataúd de ébano, y así fue transportado a Samarcanda». El cadáver del jefe mongol fue acompañado por una embajada de Castilla, compuesta por tres nobles de la corte española. El jefe de esta misión era el chambelán de Enrique, Clavijo, poseedor de una estupenda pluma y a quien podemos agradecer la historia de la epopeya mongol.

El tranquilo entendimiento entre Tamerlán y la Europa cristiana fue inesperadamente interrumpido por el asedio de Esmima. La ciudad y la fortaleza, integradas en comarcas turcas, estaban ocupadas ya desde hacía más de medio siglo por caballeros de la Orden de San Juan, que seguramente recibieron ayuda para sus hospitales de los caballeros de Rodas. Bayaceto había asediado durante siete años Esmirna, con más o menos entusiasmo, pero sin ningún éxito. Cuando todo ese territorio de Anatolia cayó en manos de Tamerlán, éste ordenó la ocupación de la ciudad dominada por los caballeros. Esta lucha entre los mongoles y los caballeros hospitalarios franceses, duró en tierras del Asia Menor sólo tres semanas. La superioridad de fuerzas de los mongoles, el arte del asedio a los castillos, el cruel sacrificio de los esclavos obligados a cavar túneles subterráneos, todo señalaba el fin de los días de los caballeros de Rodas en Esmirna. Fueron prometidas ayudas desde la isla madre, pero nunca se divisó en el horizonte ninguna galera de la Orden de San Juan.

Cuando los tártaros amenazaban ya el último camino entre la ciudadela y el puerto, los caballeros efectuaron su última acción de guerra: pusieron una cadena a la entrada del puerto y contuvieron cruelmente a todos los ciudadanos fieles, cuando intentaron escapar de las barbaridades del dominio de Tamerlán. Tuvieron lugar terribles escenas y la cadena fue arrancada. Los caballeros lograron llegar a los barcos anclados en el puerto con ayuda de sus barcazas y huyeron hacia Rodas. La ironía de la historia consiste en que la flota cristiana de socorro llegó al día siguiente a las aguas de Esmirna, cuando Tamerlán celebraba ya su victoria sobre los cristianos. La flota francesa dio la vuelta sin luchar. Dejó a su merced a la gente de la ciudad, que bajo el dominio de los caballeros comerciaba tranquilamente, cuando ya reinaba allí el ángel mongol de la muerte.

El joven Ladislao de Nápoles había querido sellar una alianza secreta con Bayaceto. El pretendiente al trono húngaro —el «contra-rey»— llegó hasta pedir la mano de la hija del sultán y prometió cuanto quiso para persuadir el soberano: ante todo, que comenzara una acción bélica contra Segismundo. Naturalmente, la cancillería húngara se enteró rápidamente de esto y fue un

motivo más para que el rey húngaro se interesara por la tensión mongolo-turca y procurara llegar a una relación amistosa con Tamerlán. Segismundo, como mediador, intentó frenar a los turcos, organizando la ayuda del agonizante Imperio bizantino y su relación con el emperador Manuel Paleólogo fue todo lo amigable posible. Bizancio emergió de la oleada turca como un último bastión. Los intereses de Segismundo eran de todas maneras que el joven Bayaceto, preparando sus conquistas —y aliado a Ladislao de Nápoles— no pudiera ocupar la ciudad «vigilada por los ángeles». Los años anteriores de Segismundo, muestran una política caprichosa, oscilante, lo que se podía atribuir a los cambios de la situación, exterior e interior. Recibió con alegría los informes del rey de Castilla en la cancillería húngara sobre las crecientes fuerzas de los mongoles y después, ya de fuentes directas, se enteró del fatal resultado de la batalla de Ankara. Pero sólo pudo enviar sus primeros cortesanos húngaros a las regiones del Asia Menor mucho más tarde, ya reforzado el poder de Segismundo en su patria y sus experiencias de soberano ampliadas de tal manera, que pudo colaborar en la política cristiana de esos territorios.

El triunfo de Tamerlán sobre Bayaceto, dio un descanso de medio siglo a Bizancio. Pero las fratricidas luchas turcas surgidas después de la prisión y la muerte de Bayaceto, qué tantas esperanzas despertó en Occidente, sólo se calmaron después de diez años. De entre los hijos de Bayaceto, Mahomet I sobrevivió a sus hermanos y fue aceptado como heredero de Bayaceto. El sucesor de Mahomet, Murad II, se interesaba más por Asia Menor que por Europa y sólo más tarde inició sus campañas hacia el Norte, hacia Grecia y hacia las comarcas húngaras del Sur. En la larga vida de Segismundo, el también longevo Murad se convirtió en su mayor, enemigo. Los mongoles, después de la muerte de Tamerlán, se anulaban en sus propias discusiones sobre la sucesión del trono. No llegaron a derrotar definitivamente al Islam y tampoco llegaron a iniciar la campaña contra los chinos.

La historia no puede contestar a la siguiente pregunta: ¿Qué hubiera pasado, si…? Y no obstante: ¿Qué hubiera pasado si. Europa y principalmente Segismundo hubieran reconocido la vital importancia de la batalla de Ankara y se hubieran vuelto contra el imperio turco en el preciso momento en que los islámicos disponían de pocas fuerzas y aun desmoralizadas, esperando un ataque? ¿Qué hubiera sucedido si… si allí se hubiese iniciado la solidaridad general de Europa o por lo menos con Hungría, después de la batalla de Ankara, después del 20 de julio de 1402…?

7

ESA UNIÓN, esa solidaridad de Europa quedó destruida por una sola razón fatal: el cisma de Occidente. Parecía un problema desesperado y sin solución, que obligó a tantas concesiones a los príncipes de la Iglesia, pendientes a su vez de los soberanos, que tuvieron que faltar a la obediencia jugando con su lealtad, de un papa a otro papa.

Para el santo padre que residía en Roma, el Reino Napolitano era un apoyo político, como 10 fue durante un cuarto de milenio, pues sus príncipes estaban en relaciones feudales con la Santa Sede. Juana pasó durante la etapa principal del cisma, de la lealtad al santo padre de Roma, al apoyo al papa de Avignon. El resultado de este paso tuvo malas consecuencias para la reina: la subida al trono de Carlos el Pequeño y el destino de Juana en el Castillo del Muro.

La rama Durazzo de los Anjou, vuelta a la fidelidad al papa de Roma, pudo contar así en las relaciones de la política exterior con el papa de origen-napolitano quien, en su lucha contra el español Benedicto XIII, hizo todo lo posible por convertir a la reina viuda Margarita en su aliada y también a Ladislao, que alimentaba ambiciones políticas, en aliado suyo.

Este Ladislao era un joven precoz, listo, audaz, sediento de aventuras, príncipe mimado, soberano italiano sin el menor escrúpulo. Ya de muy joven la sombra de su padre, el lúgubre recuerdo de las tragedias de Buda y dé Visegrád, le hicieron un fanático de la venganza. Ladislao de Nápoles recordaba a Hungría como un nido de serpientes conspiradoras y de traidores asesinos, y la evocaba con profundo odio.

Pero el joven rey aprendió también, mientras aseguraba el poder en su propio país, que la monarquía era una barca frágil y el palacio una guarida de asesinos mientras no dispusiera del dinero suficiente para armar una guardia de valientes soldados extranjeros que le protegieran fielmente. Si era preciso, sembrando el terror entre sus súbditos.

Bonifacio IX hubiera querido preparar al hijo de Margarita de Nápoles como a su propio hijo, acostumbrándole a la obediencia. Pero el joven

príncipe —como un ave de rapiña— escapó de sus manos piadosas y emprendió su propio camino. Ambos napolitanos se pusieron de acuerdo en un solo punto: había que anular la coronación de Segismundo. Hungría debía pasar a manos de Ladislao. La apresurada ceremonia podía ser vetada por varios defectos de forma, y cuando fue suficiente el número de los conspiradores, cuando ya los nobles y los obispos del territorio del Sur podían celebrar el Consejo, entonces llegó el momento de proclamar la caída de Segismundo; y anunciar que, por entronque con los Arpád, era Ladislao el único digno de ocupar el trono húngaro.

El hilo de Ariadna, el hilo que conducía la trama desde Roma, era el de la jerarquía episcopal húngara. A los privilegiados que disfrutaban de grandes posiciones en esa Iglesia, seguramente no les unía una incondicional lealtad al rey. Podían advertirle, criticarle, y si sus intereses lo exigían, incluso negarle obediencia. Cuando los informes episcopales húngaros fueron lo suficiente firmes para la Curia romana, la Santa Sede ordenó a los eclesiásticos húngaros el destronamiento de Segismundo y la proclamación de Ladislao de Nápoles como rey.

El arzobispo Juan Kanizsai a quien se creía leal, se puso al frente del movimiento episcopal para el destronamiento, y la mayoría de los prelados húngaros —obligados por la obediencia, a pesar de la disconformidad de muchos de ellos— tuvo que unirse a Roma.

Aparecieron los primeros planes, bastante aventurados: ¿cómo librarse de Segismundo? Unos hablaban de atacarle por sorpresa, otros querían prescindir del «Hombre de Brandeburgo», con un decreto del Parlamento. Cuando este movimiento llegó a su madurez y se dispuso la entrada en acción, los más importantes seguidores de Segismundo estaban ya fuera de Buda. Segismundo envió a su excelente comandante del ejército, el voivoda Stibor, estadista de origen polaco, en busca de su novia elegida, la princesa Margarita de Brieg. Nicolás Garai luchaba con el turco en las batallas de la frontera, Cillei se hallaba en Alemania del Sur. A finales de abril, los obispos convocaron en secreto una reunión en Buda, que tenía que decidir, de acuerdo con el plan, sobre asuntos internos de la Iglesia. Allí no tenía que intervenir para nada la autoridad secular.

Los arzobispos y obispos llegaron —por medio de comunicados secretos — a la cabeza de grupos armados. Una débil guardia hacía la ronda, más bien descansaba, en torno al palacio real, ya que el tesoro pasaba por una situación precaria. Las campanas repicaron cuando los príncipes de la Iglesia entraron en Budavár. Tras ellos se acercaron los capitanes de los regimientos de

caballeros, cobijados bajo escudos de peregrinos. A una señal dada se acercaron al castillo, la plaza de San Jorge fue ocupada y desde allí marcharon hacia arriba en formación de guerra. Los guardias del palacio se dieron cuenta con sorpresa que, sin lucha alguna, habían sido completamente rodeados. Las gentes de la Iglesia tranquilizaban a todos con frases adecuadas dichas en húngaro: «no den un solo paso», «nadie use las armas». Todo ello, bien preparado de antemano.

Segismundo se hallaba en el castillo jugando al ajedrez, su entretenimiento favorito, en el jardín del palacio cuando irrumpieron los guardias con su teniente al frente y le informaron de lo que había pasado. A Segismundo le quedó apenas tiempo para quitarse su sencillo traje de diario y ponerse una capa digna del rey, sobre su traje de gran gala. Colgó su sable junto al puñal, se calzó los guantes, y se cubrió con un sombrero la cabeza. Así, en compañía de su escasa guardia del castillo, se dirigió a la inmensa sala gótica donde le aguardaban ya los eclesiásticos y sus partidarios laicos.

Hay una información del cronista, explicando la destitución en Budavár, el 28 de abril de 1401:

El clérigo superior, en corta y dura alocución, reprobó a Segismundo sus pecados, su despilfarro, su comportamiento frívolo, su modo lujurioso de vivir. Le invitó entonces a abdicar ante la presencia eclesiástica: si accedía a quitarse de buen grado la corona, no le ocurriría nada y podría volver con un séquito decoroso, sin ser molestado, a la comarca de donde había venido, a Brandeburgo.

Como siempre, en los momentos decisivos de su vida, resucitaron en él las sombras de sus antepasados que siempre ayudaron a Segismundo. Ahora, con el don de su oratoria, habló, primero en latín, rechazando las acusaciones en la lengua clásica. Después, volvió al húngaro y con palabras duras, directas, dignas de un juez, echó en cara a los presentes las traiciones de cada uno. Entonces los eclesiásticos y los caballeros se acercarón, estrechando cada vez más el cerco en torno a Segismundo. Al cabo de un instante surgió el forcejeo, los guardias sacaron sus sables, éstos volteaban a diestro y siniestro. Lorinc Tary luchó valientemente junto al rey, pero recibió una herida; además, le cortaron la nariz. Segismundo fue acorralado; el peligro era tan inminente que no tuvo más remedio que rendirse. Suponía que al abdicar salvaba su vida, que seguramente respetarían. Pero de pronto en el último momento, afirmó con voz firme, que era una infamia levantar la mano contra el rey ungido. Ya fuera el traidor un siervo de Dios o un caballero, estaba obligado a servir lealmente al soberano…

No prometía nada bueno la forma en que metieron en un carruaje al rey en ese hermoso día de finales de abril, cuando los jinetes se marcharon con el rey prisionero hacia Visegrád. ¡A saber cuántos años habían pasado desde que, en este mismo camino intentaron salvar a Carlos el Pequeño cuando, en presencia de las dos reinas le aplastó los sesos Balázs Forgáchl No prometía nada bueno… no lo prometía…

Las eminencias de la Iglesia regresaron al palacio; allí mismo formaron un Consejo de Gobierno, compuesto, naturalmente, por ellos mismos. El primado Kanizsai actuó como cabecilla del movimiento. Decidieron pues hacerse con el-poder, declarar destronado al rey y poner a Ladislao al frente del país. Pero entretanto, hasta que llegara ese día, podrían gobernar a su manera, «more theocrático». Lo más importante era, para empezar, perseguir en todo el país a los incondicionales del prisionero, los sospechosos de lealtad a Segismundo, en el caso de una sublevación contra Ladislao. Partieron las órdenes de detención a las aulas clericales y a los palacios del feudo. Se inició una «bellum omnium contra omnes» —una guerra de todos contra todos— aniquilación mutua, persecución, denuncias, como no hubo igual ni al extinguirse la última rama dorada del árbol de los Arpád.

Si Ladislao de Nápoles se hubiera puesto en marcha al recibir las primeras noticias, si hubiera salido entonces de Dalmacia, seguramente hubiera tenido éxito, por lo menos al comienzo, ya que su derecho al reinado era discutible: dependía del «placet» o conformidad del papa Bonifacio, ya que ese reinado se oponía a las leyes del país. Las eminencias religiosas que ocupaban los cargos de la universidad, habían reconocido como rey al joven de Nápoles. Pero justamente, por haberse proclamado con esa rapidez y en nombre de su santidad, brotó la indignación y seguidamente la sublevación. Las piezas del ajedrez continuaron siendo las mismas: el primado Juan Kanizsai obedeció las órdenes del papa, pensando seguramente que de paso aumentarían también sus posesiones. Pero después de la indigna escena de la destitución, empezó a pensar en las ventajas de una mediación. Debía de temer que sin su conocimiento, por alguna orden secreta, en Visegrád quitaran la vida al rey, anteriormente ungido y que no había abdicado: la sangre de Segismundo podía así caer sobre su cabeza.

La república de San Marcos fue la que primero se enteró de los acontecimientos de Buda y se apresuró a reunir su armada en Dalmacia: Ladislao no podía venir a Hungría como rey. Venecia se dispuso a cumplir el pacto que había sellado la amistad entre Venecia y la Hungría de Segismundo. Rápidamente se pusieron de acuerdo los nobles con Venecia y entre ellos

abundaban los que tuvieron alguna participación en el asesinato de Carlos el Pequeño. Pasaron semanas hasta que, a lo largo y a lo ancho de Europa, se supo lo sucedido con el rey de los húngaros. Comenzó tras de un Segismundo «vivo», la gran carrera por la corona de San Esteban. Si Ladislao no podía llegar, a Wenceslao le quedaba cerca el país y la posibilidad de acceder al trono con los derechos de Eduvigis, aunque Eduvigis no fuera ya una reina viva, sólo una santa que flotaba en el mundo de los recuerdos polacos.

Mientras tanto, hizo acto de presencia el primo de Segismundo, el margrave de Moravia, Jodok, que envió sus agentes al territorio del Norte. Pero hasta ese momento ningún pretendiente al trono había puesto sus pies en suelo húngaro. En el palacio de Visegrád vivía Segismundo solo, cómodamente servido por sus viejos sirvientes, paladines puestos por los clérigos para su vigilancia, a quienes Segismundo conquistó, con su amabilidad, compartiendo con ellos su vino y tratándoles cómo sus iguales. Con estos alabarderos, con estos arqueros no hubiera sido posible quitarle la vida a Segismundo. Le trataban con todo cariño, como si hubieran sido guardianes-de su guarnición, como si fuese el huésped y hasta le saludaban aclamándole!

El voivoda Stibor regresó con noticias inesperadas y que no eran precisamente buenas: Margarita de Brieg había muerto tempranamente. Las manos de Segismundo quedaron libres de nuevo. Ahora, contemplando el paisaje por las ventanas del palacio de Visegrád, meditaba en la búsqueda de una novia. Para un rey cautivo.

El cautiverio de Segismundo duró apenas cinco meses. Cuando le trasladaron de Visegrád al castillo de Siklós que pertenecía a las posesiones de los Garai, ya presentía su próxima libertad. Tenía fe en Nicolás Garai: sabía también que Hermann Cillei haría todo lo posible para libertarle. Había que enfrentarse con el partido de los clérigos, y luchar contra los obispos. La madre de los Garai, la viuda de Nicolás Garai, el mayor, fue la primera en ir a visitar al rey cautivo, por su derecho al ser la señora del castillo. Era la hija del príncipe bosnio, acostumbrada desde pequeña a la inseguridad de los destinos reales. Debió de ser seguramente una matrona serena la que habló, «ad hominem» —como hombre— con Segismundo. También debió de poner cariño, porque después del diálogo, Segismundo declaró solemnemente que en lo futuro consideraría a la madre de los Garai como a su propia madre.

La viuda de Nicolás Garai había venido como embajadora de paz a Siklós: tuvo que averiguar qué pensamientos ocupaban el alma del prisionero. Tres o cuatro meses de cautiverio no son muchos, pero para quien tiene que temer

día tras día a cada persona que entra, que tiene que estar atento a cada ruido, solo y sin armas, la prisión puede convertirse en una trama de días inquietos y noches angustiosas. En vano vaciaba sus copas junto a los alguaciles: los asesinos a sueldo vienen más bien de lejos.

Garai, Stibor, Cillei, eran las tres fuerzas que lograron la liberación de Segismundo. Llegado el día de la ceremonia, el rey liberado debió jurar que no guardaría rencor a nadie, que no deseaba venganza alguna, proclamando una amnistía general para final del año. Quien hasta entonces se presentara jurándole lealtad, podía volver a la sede real y ser amigo suyo. Los otros serían considerados rebeldes a quienes esperaba la decapitación y la confiscación de los bienes.

Pocas palabras bastaron ya en este amargo intermedio para que se desmoronara el país. Los nobles ocuparon posesiones; las eminencias eclesiásticas, junto a la aparente fidelidad a Bonifacio, se encarnizaban entre sí, los más débiles encontraron el camino hacia Esztergom o Fehérvár. Juan Kanizsai, quien actuó, sólo convencido a medias, al frente de la sublevación de los obispos, se presentó junto a su numerosa familia a Segismundo. Estaban ya a finales de octubre cuando llegó al palacio de Fehérvár. Segismundo le abrazó, y ni antes ni después le culpó jamás de traición. Nunca le mencionó la reunión convocada en secreto en Nagyvárad, cuando bajo los escudos de un peregrinaje y ante el sarcófago de San Ladislao, dos arzobispos, tres obispos y Detre Bebek, el palatino del país, destronaron en aquel santuario a Segismundo, proclamando allí mismo a Ladislao como rey de Hungría.

El acto de Várad fue escrito en el agua, en aquel tenebroso mundo. Cuando Segismundo llegó cautivo a Visegrád un rápido mensajero llevó la noticia a Dalmacia y de allí a Nápoles; «cito, cito, citissimo», rey de Nápoles, montad lo más rápido que podáis a toda vuestra gente armada de a caballo, acudid enseguida a las orillas dálmatas y, de allí, irrumpid rápidamente en Hungría. El arzobispo os esperará en Fehérvár… con la corona de San Esteban en sus manos.

Era la sombra de su padre la que acobardó al caprichoso y suspicaz Ladislao: Carlos el Pequeño había entrado del mismo modo en el país; y sin dar un solo lanzazo, llegado a la coronación. Residió en el castillo de Buda, hasta que le clavaron la pica en el cráneo. Ni un dedo movieron para salvarle, incluso los guardias italianos escaparon en todas direcciones cuando apareció Balázs Forgách enarbolando el arma ensangrentada.

Venecia —como tantas veces— utilizaba las dos caras de Jano: los nobles del Consejo no apoyaron a Ladislao. Invocaron los tiempos pasados, cuando se opusieron al plan de Luis el Grande, alegando que no era lícito que una sola persona sostuviera las coronas de un país italiano y del reino húngaro al mismo tiempo; porque en ese caso era posible atacar a la república de San Marcos en dos frentes, por tierra y por mar. Pero Ladislao era también italiano y usaba las mismas estratagemas políticas de los señores de la Serenissima. El objetivo de Venecia era la conquista de Dalmacia. Ladislao estaba dispuesto a vender las ciudades una a una con la isla de Corfú incluida, a pesar de que la guardia de Nápoles ocupaba solamente unas pocas ciudades dálmatas, las demás siguieron leales a la corona húngara. Así podía Ladislao obtener mucho dinero, y Venecia podría considerarse dueña para siempre de la otra orilla del Adriático, la orilla dálmata.

Pero la sublevación de las eminencias clericales se desmoronó rápidamente: cuando Segismundo ocupó de nuevo el palacio de Buda, pudo tomar ya sus medidas. A Bebek le depuso de su cargo en la corte; contra el príncipe Hervoja de Spalato, una de las columnas máximas de la sublevación, mandó un ejército. El obispo de Zagreb, Eberhardt siguió como siempre leal a Segismundo, lo cual facilitó la situación del rey en el Sur.

Ladislao salió finalmente de Nápoles, pero sólo a mediados del verano llegó a Zara, donde recibió el tributo que le rindió Hervoja, el «ban», el príncipe bosnio. Cada día llegaban más y más eminencias eclesiásticas a Dalmacia, entre ellos Szepes, el arzobispo de Calocsa, el obispo de Veszprém y finalmente el prelado que el papa colocó a la cabeza de la comarca de Zagreb, en lugar de Eberhardt. A los pocos días tuvo lugar en Zara el espectáculo de la coronación. Los prelados y nobles húngaros presentes proclamaron rey a Ladislao, el arzobispo de Calocsa le colocó una corona en la cabeza, aunque fue inútil esa grotesca ceremonia. Las leyes ya estaban dictadas con una tradición de cuatro siglos: «Sólo puede considerarse rey de Hungría a quien lleve la corona de San Esteban». Y esa corona estaba guardada en el castillo de Visegrád, por los guerreros de Segismundo.

Coronado rey, Ladislao permaneció en Zara, principalmente para asegurarse a Venecia, es decir, para cumplir las condiciones del pacto secreto. En su cancillería rellenaron enorme cantidad de documentos sobre donación de bienes y nuevos títulos. Ratificó los privilegios dé las ciudades dálmatas, reforzó con un juramento la transferencia de Corfú a la república de San Marcos. No obstante, al observar que día a día seguían llegando cada vez más húngaros refugiados, deseosos de demostrarle lealtad, aunque con las manos

vacías y expulsados de su patria, debió darse, cuenta Ladislao que, pese a todo, no era tan fácil que Hungría cayera en sus brazos. Había que enviar una expedición militar, había que combatir contra el remozado poder de Segismundo. Y después de haber vencido, construir todo un aparato administrativo sobre cimientos muy frágiles; y después, mentirse a sí mismo que se podía confiar en la lealtad de los húngaros…

«Rex Hungariae» y rey de las comarcas anexas, tal era el título que incluyó entre sus otros títulos de Nápoles. Al partir, se llevó consigo en su galera a los dignatarios de la Iglesia y a algunos nobles húngaros, despidiéndose de la peligrosa «aventura húngara». Era justamente tres meses después de la coronación de agosto cuando se despidió de Dalmacia, rumbo a Nápoles.

La cancillería de Segismundo no era en los primeros años de su reinado de un gran aparato, y en Buda se fijaron pronto en esto: por poco dinero, con buen entendimiento, cualquiera escribía sus cartas según el estilo legal exigido. Más aún si aparte del latín, se entendía también otro idioma, el italiano o el alemán. Así atrajo su atención un joven burgués de Florencia llamado Filippo, que había llegado junto con unos mercaderes de Toscana. Al pasar por las comarcas del Imperio germano aprendió la lengua alemana, y el latín lo manejaba con tanta facilidad como si hubiera vivido en la época de Cicerón.

Por el momento se había instalado en la casa de messere Luca Del Pecchia. Le encantaba esa ciudad en crecimiento, la gran variedad de las gentes, la cordialidad de sus habitantes, lo que representaba un fuerte contraste con las tierras germánicas. Sobre todo en el Castillo, era un placer oír cómo resonaban a lo largo de las calles las palabras italianas. Comerciantes, artesanos, buscadores de fortuna, dueños de caravanas en tránsito, todos se entendían en los diversos dialectos de Italia.

Filippo Scolari, decía de sí mismo que procedía de una antigua familia toscana llamada Buondelmonte, y disponía, además de la lectura y la escritura, de un don muy especial en esa época: y el rumor corrió velozmente hasta llegar a la cancillería real. Filippo, a quien llamaban simplemente Pipo, entendía con especial agilidad el mundo de los números y los clasificaba, como un comandante al distribuir sus batallones. Si hubiera tenido enemigos, seguramente hubieran propagado la especie de que estaba en tratos con el demonio. Y aunque no fue él precisamente el inventor de la contabilidad por partida doble (que fue obra de un compatriota suyo de Siena, dos siglos más tarde) era indudable que Pipo ponía en orden con magistral habilidad la suma

de los bienes de sus dueños ocasionales. Siempre y en cada momento sabía cuánto debía cada uno y a quién, y cuánto debía reclamar.

La noticia corrió velozmente y Pipo fue invitado por doquier para arreglar las cuentas de los mercaderes, artesanos, constructores, con quienes ganaba abundante dinero. Destacó de tal manera con ese don, que hasta el arzobispo de Esztergom le llamó a la corte; allí enseñó Filippo ante el asombro de todos, cómo colocar las cuentas en dos columnas, las del debe y las del haber. Y los entendidos en contabilidad se maravillaban de la claridad con que surgían de los cálculos, los tristes resultados de la realidad financiera húngara.

Cuando el arzobispo Demetrio le despidió —recompensándole— ya le esperaban en Buda, donde se dirigió directamente a la corte. También Segismundo había oído hablar de él: examinó sus conocimientos cuando el rey —después de haber recuperado su libertad— pasaba sus días en la cancillería, llevado por un deseo de laboriosidad extraordinario.

Pero el éxito de Pipo no se debió a sus números. Siguiendo la costumbre de los príncipes de la época, Segismundo tenía guardias y centinelas extranjeros, en su mayoría italianos. Entre ellos abundaban ya los jóvenes descendientes de italianos que vivían en Buda. Segismundo hablaba el idioma del Dante con soltura y le gustaba contemplar los ejercicios de sus guerreros. Todos utilizaban arcos, pero ya se habían encargado cañones a Pisa (las llamadas bombardas) y los mercaderes de Augsburgo ofrecían —a cualquiera que pagase un elevado precio— fusiles.

Los guardias realizaban sus ejercicios en el patio interior, cuando el rey les echó una mirada desde la galería alta. Y lo que vio, fue a Pipo, con los dedos manchados de tinta, a cargo del mando y al oficial de la guardia, escuchándole con atención. Filippo enseñaba a los soldados otro tipo de maniobras: dentro de un denso cuadrángulo, con las lanzas hacia afuera, la tropa parecía un enorme erizo que se arrodillaba a una señal que les daba. Y de pronto, los arqueros, a esa voz de mando, enviaron sus flechas a los cuatro vientos. Inmediatamente se levantaron los lanceros que adelantaron sus lanzas mientras los arqueros cargaban de nuevo sus arcos de acero, para dar en el blanco con mortal seguridad.

Llamó a Filippo. Segismundo era un agudo observador y le encantó ese juego marcial: «¿Dónde lo aprendiste?». Pipo habló de libros que había leído sobre las artes marciales. Su padre estuvo durante mucho tiempo al servicio de la Signoria en Florencia y allí le fue posible enterarse de muchas cosas. Él mismo había servido en la milicia de la Comuna cuando era joven; de ahí su experiencia.

—¿Te atreverías a mandar un regimiento?

De manera parecida debió de tener lugar ese primer diálogo con el que Segismundo, futuro emperador y rey de numerosos países, por la gracia del destino, pudo hallar al militar posiblemente de más talento de toda su vida.

Las posesiones de las familias que no tenían descendencia volvían a pertenecer a la corona, pero si había una heredera doncella podía llevarse consigo sus bienes, como dote: esa era la ley. El dueño de la enorme posesión de Ozorai había fallecido dejando solamente una hija, Borbala. En la cancillería figuraban los dominios de Ozorai, como una región plena de riquezas y su difunto dueño había sido un importante señor de la parte suroccidental de Hungría. Para proteger los intereses reales, había que pensar en que alguien vigilara esa parte del país, alguien capaz de rechazar un posible ataque del Sur.

Después de pensarlo sabiamente, su majestad decidió con graciosa benevolencia, que Borbala de Ozorai diera su mano al hijo de comerciantes de Florencia, Filippo Scolari. Y así, Pipo Spano se convirtió en Filippo de Ozorai, después, conde permanente de Ozorai. Pero antes Pipo tuvo que ganar algunas otras batallas…

8

UNA TRAS otra van surgiendo durante los siguientes años las figuras que actuarán en el escenario europeo. Nunca tuvo Hungría que enfrentarse con tantos problemas internacionales, a través de la persona de su rey. El otoño de la Edad Media estaba compuesto de capas muy solidificadas; la cruda ley de la fuerza se abrazaba a las brisas renacentistas que llegaban de Italia. La catástrofe de Nicópolis era el anuncio de la agonía de la época de los caballeros.

El extraño rey del Imperio romanogermánico, Wenceslao, hermano mayor de Segismundo, fue destronado en agosto de 1400 en la reunión imperial, por orden del arzobispo y príncipe elector de Maguncia, Juan. Pasado medio año, fue coronado el rey «romano» Roberto del Palatinado, a quien sus contemporáneos pusieron el atributo de «Clemens», el Clemente.

Segismundo, justo después de sacudirse el polvo del cautiverio de Siklós ya tenía que enfrentarse —en favor de su hermano— con el decreto imperial, si no quería que se escapara de las manos de los Luxemburgo el poder real germánico y el imperial románico para siempre. Para lograrlo sólo habría una forma: llevar a Wenceslao, que había perdido ya sus ambiciones, a Roma, y que el papa Bonifacio le ofreciera la corona imperial. Si ello ocurría, Wenceslao ascendería a mayor altura que todos sus rivales. Y como Wenceslao no tenía hijos, su hermano menor heredaría —si no el título— por lo menos la aspiración al trono germánico.

Para la marcha greco-romana que se preparaba, Segismundo apenas pudo reunir algo más de dos mil jinetes. Durante la marcha de los caballeros húngaros, su tropa mercenaria se fue reforzando poco a poco, hasta llegar a Praga. Wenceslao, en su precaria posición, cedió en su ausencia el título de virrey de Bohemia a su hermano menor, mientras él permanecería en la Ciudad Eterna. Así el plan se fue transformando, de modo que al acompañar al futuro emperador a Linz, el mando de la delegación pasaría a las manos de Hermann Cillei. En tierras de Italia, en Lombardía, se ocuparía de orientar al futuro emperador Gian Galeazzo Visconti, señor de Milán, en calidad de

vasallo imperial hasta llegar a la Urbs, al papa Bonifacio. En este plan sobresalía un único factor sólido: Milán. Gian Galeazzo ya había comprado hacía tiempo a Wenceslao el título de príncipe lombardo, al precio de cien mil ducados. Esta fue la única acción afortunada del rey checo-germánico, que siempre andaba, escaso de dinero. Pero los dineros de Lombardía se evaporaron en el torbellino del palacio de Hradschin para sobornar a los cortesanos alemanes, a los nobles, para las elecciones. Como todos los ingresos de Bohemia, desaparecían en las manos del tesorero real.

En una hora cambiaron las cosas en Praga; ya por la mañana, la noticia que esperaba a Segismundo de su hermano Wenceslao, había trastornado todo su plan. No tenía el menor deseo de arriesgar su vida, al abandonar la seguridad que le daba Praga. ¿Para qué irse, marchando durante meses a través de mil peligros hasta Roma, que estaba ya destrozada, por las guerras entre los diversos partidos, sólo para dejarse coronar por Bonifacio, del que desconfiaba? No tenía heredero a quien preparar para el futuro Imperio. En cuanto a Segismundo, hasta ahora no le había mostrado excesivo amor fraternal y no le apetecía dar por él el menor paso. Le bastaba con ser el rey de los bohemios y no aspiraba a títulos mayores.

Segismundo mandó ensillar los caballos. ¡Disponeos húngaros, austríacos, moravos, croatas! Se trataba, ni más ni menos, de que Segismundo había hecho prisionero a su hermano, rodeándole con su propio séquito y amenazando al monarca; pero Wenceslao perdió la paciencia y además estaba ya bebido desde la mañana. Se disponían a marchar cuando irrumpió Procopio, el sobrino, con la noticia del inesperado acontecimiento, y protestando por la actitud no sólo atrevida, sino sacrílega, de Segismundo. Así también cayó prisionero el margrave Procopio junto a Wenceslao. Mientras tanto esperaban ya los carruajes de la corte, rodeados por los guerreros de Segismundo. Ocuparon el castillo de Praga, donde hubo alguna resistencia —que ahogaron en sangre—. Ya sólo faltaba asegurar para Wenceslao aquel tesoro vigilado por el tesorero bohemio, y que hubiera servido para los gastos de su coronación imperial. Llevaron el oro, la plata y todas las riquezas halladas; Wenceslao recriminó a todo el mundo en checo, en alemán, en latín, especialmente a sus propios seguidores, incapaces de librarlo de esa incómoda situación de viajar contra su voluntad. Pero nadie levantó la voz, Praga quedó silenciosa a la salida del extraño cortejo. Llevaban al «emperador a la fuerza», como titularon burlonamente a Wenceslao.

Pasaron por Moravia dirigiéndose a las Tierras Bajas de Hungría. Wenceslao se obstinaba, no discutía, maldecía a su hermano menor apelando

al recuerdo de su padre, pese a que nunca experimentó el menor sentimiento por su difunto progenitor.

Llegó un jinete con el mensaje de Hermann Cillei. Roberto ya estaba enterado el mismo día de lo sucedido con su derribado contrincante. Si lograban arrastrar a Wenceslao a Roma y Bonifacio lo consagraba con corona y todo, se estropearían los planes de Roberto y jamás sería posible borrar los santos óleos imperiales de la cabeza de Wenceslao, con lo que Roberto habría perdido su campaña. Por eso dejó que su gente armada montase sus caballos para cruzar en apresurada marcha las comarcas alemanas hacia Linz, donde debían de llegar Wenceslao y Segismundo, con la pequeña tropa. Según el consejo del conde Hermann, sería mejor que Segismundo eludiera la batalla… Roberto «el Clemente» no estaba ahora de buen humor: de llevarse a cabo la trampa de Segismundo, destrozaría los planes del nuevo rey germánico, concebidos durante largos años.

¿Para qué provocar una guerra entre Segismundo y Roberto? El improvisado consejo de guerra no recomendaba luchar. El ejército de Segismundo era más un séquito que una formación militar de combate. Lo que todos esperaban era sólo la soldada, porque ya no había esperanzas de obtener el botín de la ciudad. Con esos militares no existía ninguna posibilidad de vencer a los aguerridos luchadores de Roberto.

Segismundo era ahora su propio consejero. ¿Sería suficiente la reflexión de una sola noche para cambiar sus decisiones? Al amanecer salía ya un jinete llevando un mensaje al príncipe austríaco Alberto, que apoyaba a Roberto, invitándole a un encuentro urgente.

Mientras la carroza de los prisioneros traqueteaba hacia Austria, Segismundo se adelantó con una pequeña tropa al séquito para llegar a tiempo de sellar un pacto con Alberto. Según el acuerdo, en el caso de que Segismundo no tuviera descendiente varón, Alberto de Habsburgo heredaría el trono de Hungría. Para darle más valor a su decisión, notificó a las autoridades húngaras el acuerdo. Y para dar mayor peso a su propósito y convencer a Alberto de su benevolencia, le confió la custodia de su hermano Wenceslao. Y así efectuó la entrega del rey romano-germánico-bohemio, que continuaba protestando e incluso insultando por el ultraje.

Al parecer, Alberto no quería arriesgarse demasiado, ni en pro ni en contra. Semejantes contratos de sucesión entre soberanos eran frecuentes en esa época. ¿Quién sabe lo que sería de esa letra escrita que puede desvanecerse como la misma tinta, con el correr de los años? Segismundo tenía treinta y cuatro años. Estaba prometido —ya que Margarita de Brieg

había bajado a la tumba en la flor de la vida— con su tercera novia, Bárbara, la hija de Hermann Cillei: Bárbara acababa de cumplir diez años. Así que, en el mejor de los casos, sólo se podía hablar sobre la sucesión del trono pasados unos cinco o seis años y hasta entonces el destino podía aún dar muchos tumbos en Europa…

Tal vez no hicieran falta por ahora los tesoros traídos de la tesorería bohemia: ya nadie hablaba de la coronación papal. Roberto se había retirado también, y entre tanto había recibido el mensaje de Segismundo; por lo menos tenía la certeza de que, en el futuro, los austríacos mantendrían prisionero a Wenceslao. Cada pieza se empeñaba en avanzar un poco en el tablero de ajedrez de la Europa Central. Segismundo, al tiempo que arreglaba sus problemas austríacos, reclutaba tropas con todo su dinero, para dar la vuelta, directamente hacia Bohemia.

Este inesperado plan de guerra asustó a las cancillerías. Era verdad que Segismundo se había convertido en el virrey de Bohemia, según la orden que obligó a dar a su hermano cautivo, pero nadie lo había tomado muy en serio salvo el mismo Segismundo y sus mejores comandantes: Nicolás Garai, el voioda Stibor, Hermann Cillei y Pipo Ozorai. Por lo que se refiere a las tropas —los cronistas de la época distinguen entre los disciplinados húngaros, los kunos y los szekelys, todos «amigos del diablo»—, ocuparon de improviso Bohemia, la Bohemia que se había quedado sin dueño.

Wenceslao tuvo que soportar en el cautiverio toda su amargura: si abdicaba de sus derechos reales podía conservar su título real —como «nudum jus»— y así cederían las cadenas de su prisión. Le permitían cabalgar diariamente —para que fuera recuperando las fuerzas— por los alrededores de Viena, ya que al parecer tenía la salud quebrantada. Más tarde pudo obtener una casa y con ella un trozo de tierra: esta finca fue después denominada por el humor vienés, «La pequeña Praga». Al parecer, el exsoberano bohemio ya podía instalarse allí hasta el fin de sus días: viviendo la vida menos peligrosa de los reyes destronados.

Mientras tanto, Segismundo no permaneció inactivo en Bohemia. Principalmente puso sus manos sobre las insignias de la corona checa, las costosas preseas: cetro, corona, joyas, cotizados ya en aquella época en sumas increíblemente altas, al menos un millón de ducados. Pero sus hermosos días de virrey se vieron pronto amargados por las noticias que llegaban de Hungría: un decreto del Parlamento acreditado con ciento doce sellos, que notificaba el pacto de sucesión hecho con el príncipe Alberto y sus debidas garantías. Noticias confidenciales le informaron al mismo tiempo de la

enorme oposición reinante en el país a causa de ese pacto y de que, en ausencia del rey, se había reforzado de nuevo el clan que apoyaba a Ladislao de Nápoles.

Por unanimidad no querían ver a ningún austríaco en el trono húngaro. Era en lo único que estaban de acuerdo nobles, autoridades comarcales y ciudades.

Lo ocurrido en torno a Wenceslao desanimó bastante a la curia romana. El santo padre, Bonifacio, estaba ya preparado para la coronación imperial, ya que en ella veía el reconocimiento de su propio poder. Y de pronto estallaba la burbuja: ya no había gran ceremonia de coronación romana, Wenceslao estaba preso, llegaban noticias de que Segismundo intercambiaba mensajes con el antipapa español, Benedicto. La Curia podía dar aún algunos pasos contra Segismundo: se podía reanimar el partido de Ladislao, incitar al rey de Nápoles para que procurara ocupar la herencia húngara, especialmente ahora que Segismundo faltaba de Hungría hacía años la respuesta sería dura también: Segismundo prohibió a los obispos húngaros que obedecieran cualquier orden de Roma, cualquier instrucción, ni siquiera una carta. Sería castigado con la pérdida de sus bienes el prelado que osara infringir esta orden. Segismundo era dueño de la voz más dura, más dominadora de los últimos dos años.

¿Cuándo pudo enterarse el príncipe austríaca de que el enfermizo y débil Wenceslao preparaba su marcha, mientras cabalgaba por los territorios de su «Pequeña Praga»? Fue un día nublado de noviembre, cuando Wenceslao partió al galope, sobre su silla de montar. Le acompañaban solamente sus dos camarlengos, Seidlitz y Wesemisl. Cabalgando velozmente, abandonaron los alrededores de Viena y llegaron al Danubio, donde les esperaba Juan Liechtenstein, a la cabeza de cincuenta arqueros. El príncipe austríaco no le hizo perseguir ni siquiera cuando le informaron oficialmente de la fuga del prisionero. Seguramente a Alberto tampoco le gustaba el papel de carcelero que le endilgó Segismundo.

Fue cuestión de días para Wenceslao llegar a la frontera bohemia. Segismundo, el virrey, no se encontraba ya en el país, pero sus jefes reinaban y saqueaban todavía en Praga, atrayéndose el odio de la gente: Bohemia se sacudía agitada por el descontento. En ese momento regresó el rey Wenceslao, entusiasmado por su hazaña, componiendo una leyenda de su propia huida, y exhibiendo su imagen más benigna. Sonaron las campanas y en el palacio de Hradschin se instaló un rey otra vez. Sólo faltaban los tesoros y las joyas de la corona que se habían quedado en manos del virrey…

En la época en que Segismundo confiaba todavía en el viaje a Roma para la coronación de Wenceslao, tuvo que asegurar el paso de su hermano por tierras italianas. Venecia y Lombardía estaban en guerra entre sí, por lo que se necesitaba un tacto excepcional para que el séquito alemán lograra pasar a través de la Italia del norte, sin molestar ni ser molestado por ninguna de las dos partes. Le preparación del viaje le había sido encargada a Hermann Cillei, pues era quien mejor conocía la situación y los cambios entre los territorios fronterizos germano-eslavo-sureño-italiano.

Segismundo, intranquilo, cuando se convenció de que Wenceslao era razonable en su prisión de Viena, y de que en Hungría reinaba también la calma, decidió entonces marchar a Estiria para visitar a Hermann.

Desde la prematura muerte de Margarita de Brieg, ya se había hablado de las posibilidades de terminar con la viudez de Segismundo. Especialmente, después de firmado el tratado de sucesión con el príncipe austríaco Alberto. Aunque Hermann mantenía relaciones amistosas con Alberto, tampoco tenían éstas la forma habitual entre feudal y vasallo. Los condes de Cilly actuaban bajo la soberanía feudal —en este caso, la de Alberto de Habsburgo— y la mayor ambición de los condes imperiales, como Hermann, era la de librarse de la superioridad del señor feudal y depender solamente del rey romano germánico, cuyo poder era más o menos imaginario. Ese estado era el anhelado por Hermann Cillei, un noble de grandes aspiraciones, ambiciones irresistibles, que anhelaba tener un principado.

La hija mayor, Bárbara —a la que los húngaros llamaban Borbala—, que pese a las normas podía ya participar en la cena celebrada en honor de Segismundo, cumplía en aquellos días sus diez años. Su hermana menor era un año más joven, pero su prima, que también se educaba allí, Ana, hija de Vilmos Cillei, tenía dos o tres años más que ellas.

Cuándo y dónde nació el plan matrimonial entre Segismundo y Bárbara Cillei, nadie lo sabe y las crónicas no lo dicen. Hermann desempeñó un importante papel, cuando formó su ejército para atacar el castillo de Siklós, donde estaba prisionero Segismundo y liberar así a su señor y amigo. La acción de Hermann, en las horas aciagas de la batalla de Nicópolis, salvó la vida de Segismundo. Cada palabra suya, una intención, una acción, reflejaban una fidelidad incondicional hacia Segismundo. Los dos hombres casi de la misma edad, contrajeron con los años una profunda amistad. Hermann era más juicioso, más sereno que su amigo real, pero también más violento. Aspiraba a fomentar una dinastía, un principado independiente de los Habsburgo en la región del sudeste, entre eslavos e italianos. Esa ambición

era la causante de su dureza, a veces hasta de su crueldad, incluso con la propia familia, principalmente con su hijo mayor, Federico. En cambio rodeó del mayor amor a sus dos hijas.

El tercer miembro del trío reunido en Cilly era Nicolás Garai, a quien las crónicas de la época nombran como «Gran Duque» de Hungría. De la visita a Estiria salieron dos esponsales: Segismundo se prometió con Bárbara Cillei, Nicolás Garai, con Ana. La otra hija de Cillei fue propuesta por el mismo Segismundo al rey polaco Ladislao que había enviudado con la muerte de Eduvigis, y de esta manera la familia de Estiria, que dos generaciones antes era casi desconocida, entró en el remolino de la gran diplomacia de Europa, Todas las cancillerías fijaron su atención en el conde de Cilly, calculando un probable título de Cillei como príncipe; con ello Hermann podría librarse de los lazos que le hacían depender del señor feudal.

Bárbara era una chiquilla de atractiva belleza, precoz, esbelta, pelirroja. No era nada tímida, se desenvolvía en Ja mesa, decorada con costosa plata, como si fuera ella Ja verdadera señora de la velada. Esos personajes acostumbrados a no fijarse siquiera en los niños, se sintieron también atraídos por la gracia y el aplomo de Bárbara, y a la niña le gustaba ser el centro del espectáculo. Siguiendo la costumbre de la época, vestía una versión reducida del traje de las damas de la corte; brocado, terciopelo, camisola de seda que asomaba por la abertura del vestido. Segismundo contemplaba encantado a su pequeña novia, posiblemente un cuarto de siglo más joven que él.

Según la ley y la costumbre, tenía, naturalmente, que esperar la pubertad de la novia-niña. Los linajes enlazados en relaciones de familia —siempre que no surgieran diferencias personales— se mantenían hasta la muerte. Se sellaban alianzas de intereses; la estructura familiar funcionaba, por lo general, correctamente en los casos de urgencia, como por ejemplo, la perspectiva de alguna conquista o cuando amenazaba algún peligro. Por esa razón, cuando Ladislao Jagellón pidió la mano de Ana Cillei para convertirla en reina de Polonia, se dio un paso importante para el acercamiento de los dos hasta entonces antiguos rivales: Segismundo y Ladislao. El rey húngaro se fue distanciando poco a poco de la Orden de los caballeros teutónicos. Esos caballeros notaron también el enfriamiento y entonces buscaron, por su parte, un nuevo aliado contra los polacos.

Todo esto era asunto de las cancillerías, trabajo rutinario: reuniones de aliados, el rey húngaro con Garai y Hermann con los íntimos de los Cillei, quienes traían y llevaban los mensajes de los embajadores —espías según el deseo del dueño de casa—. Pero cuando Segismundo abandonó la cancillería,

dejó atrás sus preocupaciones de soberano. Montaba a caballo o se escondía en el fondo de su carruaje; no le importaban los privilegios de nobleza cuando una doncella le interesaba. El «rey guapo» atraía a las damas con sus vestidos muy bien cortados: de todo esto se murmuraba en los aposentos de las damas y sospechamos que Bárbara lo había podido oír, pese a sus diez años. No era ningún secreto que al rey le gustaban las mujeres, principalmente las jóvenes. Le encantaba verse rodeado de ellas, bromeando, procurando halagarlas con su gentileza y tampoco era tacaño con sus regalos. Preferiblemente repartía anillos de oro entre días, desesperando a los funcionarios del Tesoro.

Y por la noche empezaba una nueva juerga. El enorme cuerpo del rey húngaro resistía cualquier efecto de las bebidas. Nadie jamás le había visto olvidarse de su dignidad de soberano, rebajándose a familiaridades excesivas. Después de haber ingerido ocho o diez copas, seguía estando derecho como un árbol y propenso a discursear con toda retórica. Y despertaba al día siguiente sin resaca y como después de un ligero sueño.

Según calculaba Segismundo, le quedaban cinco años para disfrutar de todos los placeres. Cuando Bárbara tuviera quince años, podían celebrar la boda.

«Así que —pensaba al saltar de la cama a la mañana siguiente del festejo de los esponsales en Estiria—, Hermann será mi suegro, y Nicolás Garai mi cuñado; cuñado-primo y más lejano, Jagellón.»

Recordó la turbulenta noche: cómo bailaron, la pequeña novia con su ritmo grácil y espontáneo, el baile del pañuelo; cómo vació la copa de plata de acuerde con la ceremonia del esponsal. Y cuando Segismundo se dirigió al padre llamándole «Illustrissimus comes» todos advirtieron que el título de «Illustrissimus» era más de lo que le correspondía al conde imperial, lo que señalaba ya la próxima ascensión de rango de los Cillei. Todos escucharon con gran admiración a Segismundo y el rey era feliz. Habló como un orador nato, pronunciando sus brindis con fluidez, capaz de adornar todas sus frases con palabras en latín.

Cuando pidió a Cillei la mano de la hija, no olvidó alabar la fidelidad del futuro suegro, su constancia, su sabiduría, su coraje. Según la costumbre, a la petición de mano, tenía que contestar el padre de la novia: estaba emocionado por el honor, que hacía posible que la biznieta del capitán del castillo de Krajna pudiera ocupar, al lado de su marido, uno de los tronos más distinguidos de Europa.

Sucedió entonces algo inesperado: después del gran «¡Vivat!» que merecía el señor Hermann y a pesar de los intentos de la dama de compañía

para impedírselo, la niña se puso de pie. Su silla estaba recubierta de almohadones para que pareciera más alta; naturalmente al levantarse, no se veía más que a una chiquilla, a pesar de que su figura esbelta la hacía parecer mayor de lo que era. Como suele ocurrir en esas solemnes ocasiones, ella también habló en latín. Es posible que hubiera redactado las bellas frases con la ayuda de su capellán: la pequeña princesa expresó su placer por poder ofrecer su mano a un hombre tan heroico, tan estupendo. El aplauso, después de sus palabras, fue atronador. Bárbara inclinó la cabeza majestuosamente; en su sonrisa no apareció ninguna pueril humildad y también ella aplaudió hacia su futuro marido. Hermann, antes de retirarse a dormir, se detuvo frente al árbol genealógico, pintado sobre un pergamino: en verdad, su madre era ya princesa, y él vio la luz en el palacio de madera del primer soberano de los bosnios. La cabeza de su hija se tocaría ahora con la corona de San Esteban y puede que se convirtiera también en la reina de Bohemia… Y si a Wenceslao lo llevaba a la tumba su vicio de beber, Segismundo podría ganar la mayoría de los votos de los electores germanos contra Roberto. Ante el nuevo rey germano estaría así asegurado el camino que no quiso emprender el hijo mayor de Carlos IV. Entonces, Bárbara sería la primera dama del mundo cristiano.

Wenceslao volvió a Praga de distinta manera a cómo le habían secuestrado allí: cual si se hubiera librado del círculo de su apatía. Las pruebas a que le había sometido el destino y que apenas habían pasado, le convirtieron en un verdadero soberano y su vuelta no dejó de tener consecuencias. El príncipe Alberto —después de su fuga— reclutó tropas y comenzó el asedio de Znaim. Según el cronista, causó asombro el que los austríacos se atrevieran a atacar los muros con balas de cañón. Entonces ocurrió que envenenaron al príncipe Alberto durante una cena. Ya agonizaba cuando el médico austríaco, le aplicó la particular terapia de colgarle cabeza abajo «para que saliera todo lo malo». No sobrevivió Alberto a ese tratamiento. Su sucesor, el príncipe Guillermo, interrumpió el asedio. Guillermo era rival de Segismundo, más aún: su esposa Juana era princesa de Nápoles y entre sus títulos llevaba con orgullo el del reino de Hungría.

El rey de Bohemia, vuelto al poder, odiaba ahora mortalmente a un solo hombre: a su propio hermano. No pudo perdonar a Segismundo que le hubiera eliminado de su autoridad como mayor de la familia; y que le hubiera amenazado con encadenarle. Con un violento viraje, Wenceslao firmó un pacto con Guillermo: si fallecía sin heredero varón, esta rama de la casa de los Habsburgo heredaría toda Bohemia. La respuesta de Segismundo fue un

tratado con otro Habsburgo —el príncipe Leopoldo— contra Guillermo. De esta manera, se entabló el juego por el poder centroeuropeo, con sus numerosos personajes…

Alberto de Austria, el mayor, había muerto: su hijo (también Alberto como su padre) tenía entonces siete años. Segismundo tomó especial afecto al niño, despierto y guapo. Cuando llegó a Pozsony la noticia de la muerte de su padre declaró que lo aceptaba como hijo suyo. No se hablaba de una adopción formal, así que nada les incumbía a las cortes húngaras: ésta era una de las efusiones repentinas, propias del carácter de Segismundo.

La esposa de Guillermo, el nuevo soberano Habsburgo, era la princesa Anjou de Nápoles. Desde el comienzo surgió la enemistad entre Segismundo y Guillermo: cuestiones de frontera, las relaciones con Wenceslao, el cisma; en su mayoría esas cuestiones incumbían a la brillante legación que, en 1406, marchó de Viena a Pozsony. Segismundo no pudo contener su cólera y recibió con violentos reproches a los nobles vecinos. A lo que los austríacos respondieron marchándose indignados, con excepción de dos participantes, seguramente más comprensivos. Éstos lograron entenderse con Segismundo y pudieron aún salir tras los otros en caballos rápidos, con lo que alcanzaron al carruaje de los prelados para hacerles regresar a Pozsony.

El príncipe Guillermo era un adversario duro. Parecía que la paloma de la paz intentase rehuir las orillas del río Lajta. Como la muerte, esa «Mors Imperator», segó a Guillermo en la flor de su vida, la bella princesa, con sus grandes ambiciones, quedó viuda y obligada a volver a su casa de Nápoles. Después de su hermano Ladislao, la coronarían reina de Nápoles y Jerusalén. Sería soberana con el nombre de Juana II casi un cuarto de siglo después de que anudaran la cuerda fatal al cuello de su tía, Juana I. (A esta Juana II la imaginamos como la inmortalizara Rafael, en una miniatura: es un retrato con sombrero, en colores purpúreos. La figura de la mujer refleja una belleza interesante, enigmática.)

Nápoles es un constante peligro que se repite en el destino húngaro. Ladislao había alcanzado ya la edad viril, y a pesar de que no intentara todavía meterse en el laberinto húngaro con sus débiles armas, consideraba a Dalmacia como la clave de la situación. Allí las ciudades y una parte de las costas (las que todavía no habían sido ocupadas por Venecia) estaban bajo su soberanía, por lo menos nominalmente. Designó un representante en la persona del almirante siciliano: en adelante Aloisio Ademarisco representaría a Ladislao ante el Imperio húngaro.

Pronto llegó la noticia de que el nuevo representante había ocupado después de un asedio a Zara, Trau, Spalato y Sebenico; éstas se sometieron a la bandera de Ladislao. Al mismo tiempo se formaba el núcleo de una sublevación en torno al arzobispo de Egcr, y por fin, el capitán de Buda, Makra, se unió con sus tropas a las de los partidarios de Nápoles. Estos disidentes se reunían en Pozsega: allí se proclamó la decisión definitiva del papa Bonifacio, reconociendo a Ladislao como rey de Hungría. Llegó como legado el purpurado Acciaiuoli. Cuando Ladislao se enteró en Nápoles de la decisión papal, emprendió la marcha con un discreto ejército; en julio llegaba su flota al puerto de Zara, donde fue recibido con los honores de rey, el soberano que cuida de los vientos, buenos y malos… Por parte húngara, había llegado para recibirlo el prelado de Váma.

A Segismundo —como durante toda su vida— Bohemia le atraía con particular hechizo. El trono del Hradschin era un sueño nostálgico, hubiera querido estar allí cuando su hermano exhaló el último suspiro para poder poner sus manos sobre el reino sin dueño. Verdad es que Bohemia está muy lejos de Dalmacia, los mensajeros de la costa llegaban con retraso. Y cuando rodaban las bolas de nieve de la información, tuvo que abandonar Bohemia para volver a Hungría.

El ejército de Ladislao (naturalmente no era él quien lo mandaba), llegó sin encontrar resistencia hasta la orilla del Transdanubio. El mérito fue del voivoda Stibor que organizó en el Norte un contraataque de ritmo acelerado. Indudablemente, Ladislao de Nápoles no tenía en el país un partido verdadero y tampoco era popular. Su padre, Carlos el Pequeño, había conquistado también su trágico trono con el poder de la violencia y a su muerte nadie se apenó por él. A Ladislao se habían unido aquellos nobles que se sentían defraudados en algo, a los que alguna vez ofendió Segismundo y sobre todo, los que esperaban algún título nuevo, «Stallum» del rey del partido napolitano.

Stibor se marchó hacia el Transdanubio. Con su ejército, cada vez más fuerte, logró liberar al asediado Gyór y derrotó luego a las tropas del rey napolitano. Ladislao no residía aún allí, pues había partido para pasar por Dalmacia y preparar su entrada en Alba Regia y de allí dirigirse a Buda. Cuando se enteró de que habían derrotado a su ejército, se apresuró a retirarse en dirección a las ciudades dálmatas, que parecían más seguras.

La historia atribuye a Pablo Perényi el triunfo de Nagypatak. Stibor movilizó también sus tropas —acercándose con rápidas maniobras a Buda— para reemplazar al ejército del capitán que traicionó a los suyos. Desde allí

había que conquistar de nuevo a Esztergom, en nombre de Segismundo. Al arzobispo Kañizsai le sorprendió ese inesperado giro, mientras aguardaba la llegada de Ladislao: los que vinieron fueron los soldados de Stibor. Así, por segunda vez en su vida, cayó prisionero el rebelde Juan Kanizsai.

Si hubiese ocurrido un siglo más tarde —cuando la formación de las monarquías absolutas— habrían sido decapitados los nobles y las eminencias eclesiásticas, después de un levantamiento vencido. Pero en el ocaso de la Edad Media se toleraban los pactos de los nobles contra sus soberanos. Era únicamente cuestión de poder, una relación entre intereses opuestos. Por eso pudo llevarse a cabo la amnistía sugerida por los moderados, principalmente por Hermann Cillei y Stibor. Al cabo de un mes (si el rebelde vive en Transilvania, le corresponden tres meses) debe presentarse para rendirse y esperar el perdón real. Quien se sometía entonces, podía salvar su vida conjuntamente con sus bienes, y tampoco perdía las donaciones reales anteriores. Era una curiosa amnistía, generalmente amplia; con ella todo el país rindió homenaje a su rey, la popularidad de Segismundo estaba en alza, se exaltaban en todas partes sus triunfos. El «ban» de Hervoja, como príncipe de Spalato, inició el contraataque de Dalmacia. Y cuando los ejércitos húngaros se acercaron, Ladislao se apresuró a dejar las tierras dálmatas y a volver a su propio país. Segismundo convocó en Buda al Parlamento, al cual sólo se abstuvieron de ir el arzobispo de Eger y algunos de los nobles, aquellos que habían renunciado a la amnistía, huyendo a Polonia. Como esa parte de la frontera era fácil de atacar, Segismundo, siguiendo el consejo de Stibor, mandó reforzar las murallas de las ciudades de Eperjes y Késmark.

Llegó también el turno de poner límites al poder del papa de Roma. Segismundo redactó una ley nueva, en la que se decidía que sólo el rey era quien nombraba a los ocupantes de los cargos eclesiásticos, sin que la Santa Sede pudiera intervenir. El Papa Bonifacio, al ponerse al lado de Ladislao de Nápoles, había perdido a Hungría.

9

AL POCO tiempo se despidieron del mundo dos grandes enemigos de aquella civilización: el sultán Bayaceto, después de un año de cautiverio había muerto de pena. Pronto le siguió Tamerlán: el conquistador más grande casi, del mundo, fue arrebatado por la «Mors Imperator» en la flor de la vida. Los tres hijos de Bayaceto, Isa, Musa y Mohamet, desencadenaron una lucha feroz entre ellos por el dominio del sultanato. Los gobernantes y reyes cristianos pensaban que a Segismundo, el monarca más afectado por la cercanía pagana, le había llegado la hora histórica de liberar los países balcánicos y echar al pagano de todos los lugares de Europa en que puso el pie.

En 1406 inició Segismundo (reaccionó rápidamente, según los cálculos de la historia contemporánea) su campaña contra los turcos. Decían las crónicas que el rey disponía de un ejército de sesenta mil hombres, en el que se incluían asimismo numerosas tropas polacas. Ese ejército que, sin ser grande parecía fuerte, sólo alcanzó mediocres resultados; su capacidad de ataque fue disminuyendo y la liberación de Bosnia —primer objetivo fijado— costó tres años de lucha.

De nuevo reapareció el carácter cruel de Segismundo: mandó ejecutar de una vez a ciento veinticinco nobles bosnios, mandando arrojar sus cabezas desde el bastión del castillo y ordenó llevar encadenado a Buda, al príncipe Esteban Tvartkó II. La desobediente Bosnia fue dividida en cuatro partes; la más cercana a sus tierras, la recibió el fiel Hermann Cillei. Entre los húngaros, destacó en esta campaña Ladislao Szilágyi. Junto a los dos Garai —Nicolás y Dénes— obtuvieron todos sustanciosas recompensas. En la última etapa de la campaña, se rindió también el «ban» Hervoja (que mientras tanto había vuelto de nuevo al clan de Ladislao de Nápoles). Sus dominios se vieron reducidos, pero por la gracia de Segismundo, pudo mantener su título de príncipe de Spalato. Zara fue la única región que permaneció leal a Ladislao, porque estaba rodeada de tropas napolitanas.

Los planes bélicos de Venecia contra Segismundo llevaron a una ruptura definitiva. La república de San Marcos adquirió Zara de manos de Ladislao,

conjuntamente con algunas islas dálmatas por cien mil ducados de oro. Esto significaba que en Venecia consideraban a Ladislao como legítimo rey húngaro y a Segismundo como usurpador. Y ésta fue la causa fundamental de la guerra entre Hungría y Venecia, que pronto hubo de iniciarse.

A medida que parecía aliviarse el cerco turco, la corte bizantina procuró también recuperar sus posiciones perdidas de los Balcanes. El emperador Manuel envió el título de dictador al jefe servio Esteban Lazarovics. En respuesta, el sultán nombró a Jorge Brankovics —nieto del fallecido príncipe Lazar— gobernador de los servios. Esteban Lazarovics se inclinó —naturalmente— hacia la lealtad por Segismundo y le aceptó como señor feudal, junto al emperador bizantino.

Aún continuaban las batallas en los territorios servios y bosnios, cuando comenzó a asomar por Occidente otro peligro. Las distintas ramas de los Habsburgo luchaban en sangrientas guerras fratricidas; se había renovado la discordia austríaca con el príncipe Leopoldo. En los territorios fronterizos con Hungría, pequeñas guerras devastaban la región, hasta que Segismundo se decidió a dar un paso enérgico contra Leopoldo. Finalmente —en 1408 y en Pozsony— los dos vecinos soberanos se pusieron de acuerdo y llegaron a una avenencia.

En la Orden de los caballeros teutónicos se eligió a un nuevo Gran Maestre en la persona de Ulrich Von Jungingen. Evidentemente debió de tener alguna relación personal con Segismundo, porque pronto se llegó a un pacto entre el rey y la Orden. Este acuerdo fue considerado como una agresión contra Polonia, el enemigo inveterado de la Orden. Con ese tratado, Segismundo esperaba recibir como recompensa, cuarenta mil ducados de oro, de aquellos caballeros.

Cuando llegó el momento de liquidar la suma convenida, los «teutones» pagaron solamente la mitad pero mandaron decir por medio de un mensaje del Gran Maestre, que pronto *completarían* te cantidad que faltaba. Semejantes regateos no eran extraños en esa época entre los príncipes, Las expresiones de carácter de Segismundo como monarca se hicieron evidentes aquellos años; imprudente, inseguro, alteraba a menudo sus decisiones, aspiraba a entrometerse en la diplomacia europea se apasionaba con la idea de pacificar unas veces, y de crear nuevas tensiones y discordias, otras. Leía personalmente cada documento, no necesitaba escribientes para redactarlos. Su cuerpo era fiel a este espíritu activo e inquieto.

Después de juergas agotadoras, torneos caballerescos y cacerías; tras pasar horas enteras en la cancillería olvidándose hasta de comer y de las

mujeres, dictaba, negociaba, escuchaba a los embajadores, consultaba con los agentes. Dictaminaba con una sola palabra en las discusiones del momento, proyectaba viajes.

Uno de ellos le llevaba ahora hacia Késmárk. Hermann Cilleí debía de atravesar la frontera húngaro-polaca considerada como línea de batalla, para hacer creer a Ladislao que el pacto con la Orden de los Caballeros era sólo una maniobra engañosa: Segismundo esperaría con amistad al rey polaco para un encuentro urgente. Le pidió que trajera consigo a su sobrino Vitold, gran gobernador y príncipe de los lituanos. Allí fue tomando forma la idea de una gran liga de la Europa del Nordeste.

La corte polaca se retiró a Nuevo Sandec. Segismundo residía en Késmárk, Nicolás Garai desempeñaba ahora el papel de embajador, acompañando a través de la frontera húngara a Ladislao y a Vitold, Mientras tanto, Segismundo había ampliado los privilegios de algunas ciudades de las Tierras Altas, Todo tiene su precio: lo sabían los patricios y se conformaban con ello; la libertad ciudadana es un artículo caro y la vida del «civís» bien sencilla, mientras no amenaza a la ciudad ningún peligro y no hay que prepararse contra ningún asedio. Si hubiera sido posible derretir el hielo que existía siempre entre húngaros y polacos, podrían partir de nuevo los mercaderes y los carros repletos de mercancías.

Al mismo tiempo partió el voivoda para encontrarse con el Gran Maestre de los Caballeros; principalmente para tratar de recibir la cantidad que todavía no había sido pagada. Por otra parte, le hubiera gustado allanar las dificultades entre polacos y caballeros teutones, en nombre de su señor. ¿Para qué luchar? Bastante sufrimientos y gastos habían causado ya. Si se calmaran los ánimos y no aumentaran cada vez más las exigencias, ¿por qué no vivir en paz los flacos y los caballeros germanos? ¿Por qué no utilizar toda tu fuerza y su oro, contra los paganos? ¿Hacía quién sentía sincera inclinación el rey húngaro? ¿Hacía los alemanes o hacía los polacos? Probablemente envidiaba la fuerza de la Orden, el encanto de esa república militar que le hechizaba. Por lo visto no apreciaba a Ladislao; para el criterio de Segismundo, descendiente de emperadores, de familia cristiana milenaria, con la cultura humanista exigida a los príncipes en el umbral del renacimiento, el rey polaco era un bárbaro. Jagellón colocó su propia cabeza en el agua bautismal, junto a sus lituanos, para poder convertirse en d marido dé Eduvigis, hija de Luís el Grande, soberana de Polonia, nación cristiana desde hacía medio milenio. Posiblemente era un gobernante duro y listo el longevo Ladislao, con muchas virtudes reales; pero Segismundo se sentía distante de su vecino.

Que el rey húngaro se inclinaba más hacia la Orden, se supo en el momento mismo del conflicto. Cuando —tras algunos años— se procedió a la lucha decisiva entre la Orden teutónica y el reino de Jagellón, después de la batalla de Grünewald, Segismundo envió su ejército al mando del voivoda Stibor, en apoyo de los alemanes derrotados.

Esa tropa fue repelida hasta Bartfa por el triunfante rey polaco. En esta importante batalla en que la Edad Media iba llegando a su fin, a mediados de julio de 1410, participaron por parte polaca y lituana unos 150,000 hombres: los caballeros de armadura constituían posiblemente la mitad y la mayoría de estas tropas fue conducida por 600 caballeros vasallos que se unieron al grupo. Cayeron prisioneros más de 15.000 hombres, pero las bajas de los polacos victoriosos se calcularon en más de 60.000 hombres por los cronistas de la época.

Esa batalla decidió la suerte de la Orden de los Caballeros y quebró para siempre la política de los teutones, que antes estaba en su cénit. La Orden, cuyas raíces estaban en las cruzadas y en el reino de Jerusalén, quería, después de dos siglos, seguir dominando la Europa del Este: no comprendió que los tiempos habían cambiado, que era una época nueva. La bala de los nuevos cañones pudo derribar incluso a los colosos acorazados germanos.

En aquellos años Segismundo vivía en Hungría y se comportaba como si todas sus ambiciones hubiesen sido satisfechas, incluidas las del bienestar de su país. Tomó en serio y cumplió la amnistía proclamada: nadie sufrió daños cuando se rendía. El turbulento primado —posiblemente con sinceridad— volvió a ser leal a Segismundo y se convirtió en uno de los mejores diplomáticos del rey. Sobre todo después de algunos años, cuando comenzó la mayor prueba de la existencia de Segismundo: preparar el Sínodo que iba a terminar con el cisma. Juan Kanizsai y Nicolás Garai participaron juntos y separados en múltiples misiones, dando pruebas de su capacidad y fidelidad. Según costumbre feudal obtuvieron abundante recompensa en forma de títulos, dominios, latifundios y otros privilegios.

Segismundo conocía a fondo la situación del Imperio y sus relaciones internas. Sabía que el núcleo más valioso del Este —partido en cien comarcas pequeñas— era la ciudadanía. Las ciudades alemanas ya comenzaban a coincidir en sus privilegios. A la primera oportunidad se rodearon de murallas y se unieron a alianzas de mutua protección. Así, poco a poco se alejaban del poder de los feudales de la región y se fueron convirtiendo en dueños directos de las comarcas. Para orillar sus conflictos podían recurrir hasta el emperador. En la etapa del desarrollo que siguió, pertenecían directamente al monarca las

ciudades libres más destacadas, a quien debían de pagar los impuestos. Todo este proceso sólo pudo ser fruto de luchas durante siglos, y su efecto también se sintió en el Imperio germano. El objetivo de los soberanos era debilitar el poder de los boyardos y caudillos de las comarcas. Y este proceso se repitió en forma variada en los países franceses, ingleses y españoles.

La tradición de la vida en los núcleos urbanos debía de ser aún débil en Hungría en la época de Segismundo. La existencia se iba configurando de manera distinta a la de las comarcas alemanas o italianas. Los magiares se agrupaban en las ciudades durante las épocas de guerra y luego se apresuraban a volver otra vez a los pueblos y campos, al cambiar sus condiciones de seguridad. A pesar de esto existían ya ciudades en las Tierras Altas, Transilvania y Transdanubio. Su vida transcurría monótona regida por los magistrados (con los que se entendían en dos o tres lenguas). La preocupación de los Anjou se había extendido a los núcleos, y muchas ciudades libres obtuvieron entonces sus cédulas reales. Pero Segismundo fue el primero en comenzar conscientemente a desarrollar las ciudades de Hungría, como contrapunto para mantener un equilibrio frente a los señores feudales y sus ocasionales conspiraciones contra el rey. Su frágil destino, los amargos años de su juventud, los duros conflictos para retener el trono, le sirvieron de lección. Los nobles sin riqueza y los hidalgos se multiplicaban, con su forma particular de vivir en un cerrado código de leyes. El peligro se presentaba en los grupos de los grandes, los barones, cuya mayoría era alimentada precisamente por el rey con abundantes donaciones de bienes; y él fue precisamente quien les abrió el camino a los Consejos del Estado. Estos grandes húngaros no se comportaban de todas maneras como los de las comarcas del Imperio, que vivían como soberanos y se dedicaban a reñir y luchar entre sí. En realidad, esas dificultades debilitaban la posición del rey, como sucedió en el primer decenio del reinado de Segismundo y aún después: en realidad se dirigían «ínter pares» a su propio soberano, reclamando con palabras violentas y sin respeto y con críticas. Ya hemos visto que incluso le encarcelaron durante meses para hacerle reflexionar sobre sus reclamaciones…

No era fácil olvidarse de Visegrád y Siklós. Pero a medida que fue aumentando la fuerza de Segismundo durante los últimos años más pacíficos, y cuando parecía desvanecerse el continuo peligro que amenazaba desde Dalmacia —por la aspiración al trono de Ladislao— la vida del país se desarrolló en calma y sin que a él le hostigaran los enemigos del exterior. Se forjaba una sólida armonía en los principios de la «pax hungarica» y se asistía

a una transformación conjunta de la situación general y de la ética del poder real.

Entre los grandes consejeros del rey, tres eran extranjeros: Pipo de Ozorai, que ya traía consigo el aliento del recién llegado renacimiento y que con su inteligencia sobrepasaba a los otros nobles. Hermann Cillei era un roble gigantesco: creó toda una región uniendo las débiles posesiones de los alemanes del Sur, «sudetes», y estirios, carintios, húngaros y bosnios. Sus ojos vigilaban a los Habsburgo; los príncipes de Austria eran a veces sus adversarios y otras sus aliados, abierta o secretamente. El conde Hermann se comportaba, en realidad, como un soberano aliado y no como un consejero real con devoción de súbdito. Stibor era un estratega cauto: el mundo de las Tierras Altas pasó a la esfera de sus intereses, casi en su totalidad. Esos tres consejeros introdujeron desde distintas partes del mundo las corrientes de la nueva Europa. De los húngaros sobresalía Nicolás Garai quien, al parecer, no iba retrasado respecto a los otros en su preparación humanística. Juan Peréñyi, Maróthy, el arzobispo Kanizsai, eran más o menos los que integraban el Consejo interior de Segismundo. Lo raro en esta época y en las cortes extranjeras, era que estos consejeros de dilatada vida y largo servicio, no se alejaran ni antes ni después del lado de Segismundo, resistiendo hasta el final junto a él; conservando sus puestos.

Sus mejores conductores fueron Pipo y Garai —éste de antigua familia palatina— y Kanizsai como jefe de la Iglesia. No existen indicios de que hicieran reclamaciones relacionadas con sus problemas o conflictos ni manifestado insatisfacción alguna como era costumbre en la época —y en todas las épocas— ni ante el rey ni ante el Consejo. De entre sus partidarios íntimos nadie traicionó al rey Segismundo a pesar de sus a veces variables decisiones.

El Parlamento se convirtió en estos años en una institución que celebraba frecuentes sesiones y en donde las ciudades también tenían su representación. Una ley proclamaba que la ciudad que se rodeara de murallas tenía derecho a enviar un delegado a la «dieta» o Parlamento, pues la muralla servía asimismo para la defensa del país… Simbólicamente significaba ello que la ciudad no dependía de la provincia, era independiente si tenía capacidad para defenderse, si podía pagar los gastos propios de la defensa de su ciudad, y proveerse de cañones. Y con esto se enriquecían las instituciones militares.

El Parlamento consistía formalmente en una sola cámara, como se pudo reconstruir en la actualidad. Pero también llegó a existir una segunda

«Cámara» —el grupo de los nobles y prelados— que sin duda se situaban apartados de los pequeños hidalgos y de los delegados de las ciudades.

Segismundo se preocupó también en aquellos años pacíficos por el destino de los campesinos. El Consejo real hubiera deseado organizar la unión de ciudades fuertes, especialmente en territorios peligrosos. Pero las «civitas» se desarrollaron lentamente, era difícil la formación de nuevos ciudadanos. Segismundo facilitó por medio de una ley que el siervo pudiera abandonar a su amo, mudándose libremente a la ciudad pero sólo hasta poder elegir a un nuevo dueño, después que pagase sus deudas. Con esto —esperaba— se formaría una nueva corriente hacia las ciudades circundadas de murallas que necesitaban mano de obra, gente trabajadora. Después se multiplicaron los descendientes que crecían en las ciudades y que se mezclarían más tarde con los «cives» antiguos.

Los cumanos también se calmaron a pesar de que cuando luchaban, todos los cronistas extranjeros mencionaron por separado a los húngaros de los cumanos, que superaban en fiereza y destrucción a todas las demás tropas. Dentro del país se arraigó en ellos la fe cristiana, si no tanto la moral. El rey eligió a su capitán entre los cumanos y reforzó sus privilegios. Para ello rompieron el antiguo sello, y el capitán legalizó con un sello diferente los nuevos decretos.

Noticias del mundo de los Cillei: mujeres, ayas, hombres de la cancillería, vigilaban preocupados el crecimiento de la pequeña Bárbara. La petición de mano fue una pura formalidad mientras a los esponsales no siguiera la boda, la ceremonia, la consumación. El conde Hermann se convirtió en el jefe militar y diplomático de Segismundo. En su estado de viudez el rey no vivía precisamente en piadosa soledad. Pero se abstenía de conquistar a las mujeres de sus seguidores fieles, como era costumbre entre los príncipes imperiales, o entre los soberanos franceses. Segismundo, con su acusada virilidad, se movía muy a gusto entre las mujeres, no exigía ambientes aristocráticos ni hacía sentir su soberbia real por donde pasara. Entendía el lenguaje de las doncellas, cantaba con agrado, declamaba sus brindis cuando felicitaba a uno u otro de los convidados a quien favorecía la gracia real del momento. En esta alegre segunda juventud le llegó la noticia desde Cilly, de que la novia se había convertido en una «real» moza. Ya se podían iniciar las conversaciones sobre esa boda de importancia europea.

La Orden del Dragón fue creada casi como regalo de boda: se inició la moda entre los príncipes de Europa, de asociar con símbolos de fábulas y fantasías los escudos de las nuevas Órdenes. Así se creó una Orden de la que

el rey era miembro «primus inter pares». Los miembros de las órdenes estaban unidos en la devoción al soberano, mucho más que en la relación feudal: era la fidelidad varonil, y esta relación estrechaba también la amistad entre los miembros de la Orden: se apoyaban en lo bueno y en lo malo, pero principalmente en la defensa de su señor. Estas estrechas confederaciones rivalizaban entre sí: la Orden de la Jarretera inglesa o los caballeros del Toisón de Oro de Borgoña, adquirieron con sus insignias especial respeto en el extranjero cuando atacaban en delegación ciertos países o durante sus campañas guerreras.

Los principios de la fundación de la Orden del Dragón, su objetivo, y el nombre del creador de sus cánones, son desconocidos. Es seguro que Segismundo, como soberano de una de las más considerables monarquías de Europa, no quiso quedarse atrás en la carrera de los otros príncipes. A la tendencia ya sociable de su carácter, también le agradaba este tipo de reuniones.

Los clérigos no podían pertenecer a la Orden, lo que permitía que los caballeros del Dragón pudieran hablar sin freno en sus reuniones, y beber sin medida el vino de la Orden que procedía de las bodegas reales, como cuando algún caballero invitaba a los otros veintitrés. Aquí todos eran iguales. Porque la Orden húngara fue calculada para veinticuatro caballeros; y éstos tenían que ser todos de origen húngaro. Gozaban del privilegio de presentarse ante el rey en cualquier momento, participar en las sesiones del consejo, y cuando surgía alguna discordia entre ellos, decidía el tribunal de la Orden, cuyo jefe era el propio rey. En la placa de oro de la insignia de la Orden, los orfebres colocaron el siguiente lema: «*O, quam clemens et misericors est Deus*» (Cuán clemente y misericordioso es Dios) y en el reverso continuaba así: «O, *quam pius et justus…*» (Cuán piadoso y justo). La insignia colgaba de una doble cadena de oro y a la cruz de la insignia la rodeaba una figura de dragón.

El hecho de ser húngaro para poder ingresar en la Orden no dependía del origen, ni de la lengua materna, sino de la posesión y el título. Por eso entre los primeros caballeros de la Orden figuraban Hermann Cillei, Pipo Ozorai y también Stibor, los dos Garai —Nicolás y Juan— al lado de los dos Maróthy y Perényi. Por otra parte según los estatutos, el soberano podía otorgar libremente una insignia menor —sin los mismos derechos— también a extranjeros.

La fundación de la Orden del Dragón, empezó con ceremonias brillantes: en ella se procedía a la iniciación de los caballeros entre complicados símbolos y lemas. Estos banquetes —también de amor natural y en secreto—

duraban hasta el amanecer, siguiendo más o menos fielmente las costumbres de las cortes occidentales, principalmente las de Borgoña, que era considerada como la cumbre de todas las virtudes caballerescas. La comarca del príncipe Felipe había salido del estado feudal y el rey francés buscaba la alianza con su pariente más rico y poderoso.

El castillo de Buda —después de los inquietos e inseguros años y de las luchas entre los partidos— se había convertido de nuevo en una suntuosa residencia. Aún se mantenían las tradiciones formadas durante el largo reinado de Luis el Grande. Los cortesanos, si bien envejecidos, podían animar aún la vida de la corte, a punto ya para cuando llegara la nueva reina. El recuerdo de María se había ya esfumado. Los viejos se acordaban más de los tiempos de la Isabel joven. Era como si se coronara de flores el Monte del Castillo para cuando llegara la señorita Cillei…

Seguramente hubiera sido más digno para el rey húngaro, como vicario del Imperio germano y heredero pretendiente de la corona de Bohemia, una princesa más distinguida que la hija del conde de Estiria. Pero Hermann Cillei demostró sobradamente su lealtad, cuando ayudó a liberar a Segismundo del castillo de Siklós y después de la derrota de Nicópolis. Muchas negociaciones, muchos éxitos diplomáticos guardaban relación con la amistad de los dos hombres. Mayor premio no hubiera podido dar su majestad a su vasallo más fiel, que pedirle la mano de su hija. En las cortes de la época, todavía no era tan rígido el criterio de la igualdad de rangos, que fue tomado después de modo tan riguroso durante el Imperio, y que ocasionó tantas tragedias. El punto de vista aristocrático equiparaba como un «casi semejante» al noble, incluso cuando no poseía en el mundo más que su escudo y su sable.

Todas las cortes enviaron sus plácemes por el enlace; todas las felicitaciones destacaban que la nueva relación familiar reforzaba la paz del sudoeste. La nueva dinastía sería el foco fortalecido de la defensa de toda Europa. Eso decían los embajadores que llegaban uno tras otro a la boda; eso versificaron los poetas de la corte, en sus «epitalamios».

Ya desde hacía años llamaban a Bárbara «principessina», así, en italiano: la niña de deslumbrante belleza, educada en el mundo de los Cillei, vivía rodeada de una atención particular que no solían recibir las otras jóvenes. Bárbara tenía que prepararse, desde los diez años de edad, para ser la reina de un gran país cristiano y acaso en un próximo futuro, la emperatriz del Imperio romano. Pasaba largas horas con sus profesores de idiomas quienes alababan su agudeza, su excelente don de la palabra. En cambio, su padre espiritual no

estaba tan contento con el fervor religioso de su alumna. A Bárbara —saltaba a la vista— no le interesaba demasiado la teología. Pero sí tomó con mucho más agrado sus lecciones de esgrima y además resultó ser una espléndida amazona. Después fue introducida por el «magister elegantiarum», en el complicado mundo de las ceremonias. Así creció Bárbara, mimada, aunque recargada de estudios, sintiendo sobre sus hombros de niña el peso de la capa púrpura, todavía invisible. Tuvo que prescindir de los juegos de niños, seleccionaban cuidadosamente a sus compañeras, a sus pajes. El señor Hermann —que conocía bien las costumbres húngaras, el orgullo de los nobles, su señorío sin límites— enseñó pronto a su hija cómo sostener en sus manos el cetro del mundo, para cuando llegara la ocasión.

Los deberes reales llevarían a Segismundo a tierras lejanas, como bien sabía Cillei que era quien mejor conocía su inquieto temperamento, su afición a viajar, su vanidad de que en todas las ciudades y en los países nuevos le rindieran homenaje; y las espectaculares llegadas, con abundantes repartos de privilegios. La reina tendría que hallarse preparada para reinar, tendría que convocar el Consejo del reino y presidirlo. Hay que pensar también que Segismundo, un cuarto de siglo mayor que su novia, partiría antes de este mundo y entonces la reina viuda, enfrentada a ese enorme país, sería el propio soberano. Especialmente, si un hijo que estuviera creciendo, no hiciera demasiada sombra a su regencia…

Bárbara contaba, pues, apenas diez años, cuando comenzó su educación de futura reina, que duró casi seis años, hasta fijarse la fecha de la boda. Mientras tanto, Segismundo no pudo ver con demasiada frecuencia a su novia; sus problemas de gobierno, las continuas campañas, los viajes a Polonia, a Bohemia, se lo impedían. Estuvo algunas veces en Cilly en ocasión de las cacerías. En esos momentos presentaban a su majestad la esbelta y bonita niña pelirroja, con sus brocados de cola, con sus sombreros de pico, como suelen presentarse las verdaderas damas. Esos encuentros eran ceremoniosos, sin la menor intimidad. Además, ¿qué hubiera podido proponer ese hombre enorme, sensual, a una chiquilla cuyos gestos y sonrisas demostraban que era una niña mimada, una florecilla bien guardada por su padre? Los regalos que traía el rey a su futura esposa eran seleccionados por su camarlengo en la tesorería. Trajeron un pequeño caballo «poney» de pura sangre y con los arneses acostumbrados de la época.

En este jardín florido que era Estiria creció una niña consciente, radiante en su grandeza. Su bisabuelo por parte de padre no era más que el capitán de una fortaleza, su abuelo ya era rey de los bosnios. A Segismundo le gustaba

también alardear, especialmente ante los campesinos, de que un antepasado suyo había labrado los campos con un arado. Con ello se refería a un abuelo de su madre, Isabel de Pomerania, quien ascendió desde su clase de campesino —según leyendas familiares— hasta el puesto de jefe de clan. Sin embargo, era la corona imperial del padre el galardón máximo, lo que más podían desear las dinastías europeas: el emperador romano sobrepasaba en carisma a todos los otros reyes.

Cuando Bárbara llegó a su nueva patria, Segismundo había dejado de verla por lo menos tres años. En ese lapso, la existencia europea se hacía difícil: si se miraba más allá de los bastiones del propio castillo, se apreciaba ya la acumulación de las nubes que preparaban la tempestad. El peligro turco no inquietaba todavía a los países occidentales. Las distancias eran inmensas, nadie sabía exactamente —por falta de mapas— cuáles eran los territorios en peligro. A pesar de todo, algunas veces salieron los jóvenes caballeros a revivir el mundo de recuerdos de las antiguas cruzadas. En cambio, la desintegración opuesta al nuevo carácter de la estructura europea, era el gran cisma.

El papa, como sucesor de Pedro, se consideraba a míticas alturas por encima de los príncipes terrenales. Por esa potencia que superaba a todos, se convirtió en sembrador de discordias en cuanto discutieron dos, y después tres papas, sostenidos por las simpatías de unos príncipes. Y cuando se enfadaba un monarca con su papa, como sucedió con Wenceslao, faltando a la obediencia y pasando a la del otro papa, entonces el papa abandonado, excomulgaba al rey infiel.

El ejemplo de Wenceslao, ese rey bohemio de gran inteligencia pero convertido en un eterno borracho, aparecía a los ojos de las cancillerías como el caso similar del rey de Francia cuando dejó de obedecer al papa español, Benedicto XIII. Principalmente, eran los purpurados quienes sentían la responsabilidad de estas ingratas situaciones. Ellos, los príncipes de la Iglesia, procuraban encontrar en ambos bandos algún «modus vivendi» y más tarde, alguna solución definitiva para esa grave enfermedad de la «Ecclesia». La nave de la Iglesia era zarandeada en mares procelosos. (Esta fue la metáfora más usada, la que apareció en sus formas más variadas entre tantas frases.) Y a esto se unía el peligro del infiel. Buena parte de los habitantes de las comarcas de los Balcanes pertenecían a la iglesia oriental: vivían, pese a todo, en la creencia de Cristo. En cambio, los bogumiles, los extraños herejes que se ocultaban en las montañas durante siglos, se pasaron al lado de los turcos —según se informaba— convertidos en masa en seguidores del Profeta.

Los príncipes de la Iglesia se reunieron en Liorna, para estudiar la forma de evitar el cisma. El papa romano Gregorio, sucesor de Bonifacio, parecía ser más transigente que Benedicto XIII quien, a su avanzada edad, se hacía cada vez más duro. Desde Hispania regañaba a gobernantes, purpurados, jefes de la Iglesia. El próximo paso fue Pisa: allí se reunieron en mayor número no sólo los dos colegios cardenalicios, sino también los obispos, notabilidades mundanas, príncipes, y lo que tema más importancia, los delegados de las grandes universidades europeas —principalmente las de París y Bolonia—, como también los delegados alemanes del Consejo imperial. En Pisa se había formado ya casi el gran «consensum» europeo, la alianza de los que intentaban reconciliarse; que recibiría en Constanza, después de algunos años, su redacción definitiva.

La suerte de Wenceslao preocupaba a los padres de Pisa: el rey de Bohemia había renegado del papa romano, aceptando al Sínodo reunido a la sombra de la torre inclinada. Los padres, en compensación, le proclamaron único rey romano-germánico legal, en lugar de Roberto, el «antirey», que se había comportado agresivamente con el Sínodo. En Pisa duró la negociación de los padres desde marzo hasta agosto de 1409. Por los informes de observadores y cronistas, se podía apreciar que el fondo ideológico de las conferencias dependía decisivamente de los trescientos doctores de la Iglesia, los delegados de las Universidades. El peso de las decisiones políticas lo llevaban en cambio los veintidós purpurados; pero desde un segundo plano procuraban dirigir a esos cardenales los delegados de los reyes: los del rey polaco, el francés, el portugués, el siciliano y el inglés.

La cuestión era si debían o no declarar herejes a los dos papas en el poder. Si haría falta o no convocar al cónclave. Los dos santos padres, naturalmente, no querían llegar a ningún acuerdo con los de Pisa.

Segismundo todavía no había intervenido en los acontecimientos durante el período de las negociaciones del Sínodo: a él le interesaba principalmente la persona de Wenceslao. Los dos hermanastros se odiaban mutuamente, pues Wenceslao nunca perdonó a su hermano menor que lo arrastrara ignominiosamente al cautiverio. Pero les unían los mutuos intereses de la casa de Luxemburgo, el recuerdo del padre emperador y también el hecho de que Wenceslao, que era mucho mayor que Segismundo, no tenía heredero. Y la tradición y las costumbres exigían que se designara como sucesor de sus títulos y de su corona, al rey húngaro. El prestigio de Wenceslao aumentó con el acuerdo de Pisa, al declarar al rey checo jefe otra vez del Imperio germano. Naturalmente, sólo se trataba de un título —del «nudo derecho»—, es decir:

que el Imperio germano le aceptaría o no como su rey, según dependiese del equilibrio de siempre, del juego combinado de los príncipes.

Segismundo, pues, no envió delegado a Pisa. Esperaba. Ante todo a su esposa, a Bárbara, que llegó con un brillante séquito a Székesfehérvár, para que el arzobispo Juan Kanizsai celebrara la ceremonia del matrimonio y de la coronación. El novio de cuarenta años y la novia con sus dieciséis, se encontraron en las brillantes pompas propias de los años finales de la Edad Media. Borbala (según los húngaros) o Bárbara (según la familia), no se parecía en nada a la niña de Estiria, de quien Segismundo guardaba ya sólo recuerdos brumosos. Se encontró con una joven alta, de singular belleza, que recibía los honores consciente de su dignidad. Los esperó de todos y principalmente de su esposo, quien se acercó a ella cubierto de un manto real entretejido en oro, sobresaliendo con su altura sobre todos los demás. Segismundo detuvo su caballo, como si hubiese llegado a una línea divisoria invisible y le ayudaron a desmontar los notables del país; se quitó el gorro de pieles y así el pálido sol marcó el brillo de sus cabellos en los que abundaban ya las vetas plateadas; y de sus barbas entrecanas cortadas en dos partes. En contra de la costumbre, extendió las dos palmas de sus manos —lo que simboliza así el respeto— hacia la dama sentada en las altas jamugas. Bárbara, sonriente, paseó su mirada sobre la gente que la rodeaba y pisó sobre las manos enguantadas de Segismundo. Dos enormes manos de hombre enlazaron los tobillos de la joven y la colocaron en el suelo, justamente en el borde de la alfombra de púrpura, como símbolo de que la condesita de Cilly, seguiría en adelante el camino de las esposas reales. Que durante largos años serán pocas veces alegres y más a menudo penosos.

La una, dieciséis años, y cuarenta el otro… Recuerdo de amantes amadas, reminiscencias pálidas, los cuarenta años —«aetatis suae», como solían escribir debajo de los retratos o en el marco— ya no significaban solamente la flor de la vida varonil, sino también el umbral de la vejez. A los cuarentones acostumbraban a rodearles ya los nietos en las fiestas familiares; Segismundo era la excepción. No había nadie que pudiera llamarle padre o abuelo. Se comportaba y se movía como si aún ahora se dirigiera hacia el cénit de su carrera real. ¿Y cómo no manifestar alegría bañado en brillante sonrisa, cuando abrazaba a esa flor casi recién abierta…?

Bárbara pasó sus dedos con superioridad por la capa dorada y casi saltando con pasos de baile alrededor de su señor, para pronunciar —haciendo una gran reverencia— las palabras de saludo a las que Segismundo contestó con un improvisado discurso: en tono amable y en latín, dióle la bienvenida a

la manera latina. Era el país de los magiares, pero Bárbara chapurreaba apenas ese idioma duro; además, le habían aconsejado que no hablara jamás en alemán en público: desde la época de Gertrudis, no les agradaba a los húngaros escuchar esa lengua en boca de su reina.

Al arrodillarse ante el arzobispo, muchos testigos de la coronación de María se acordaron de ella, si bien admitiendo que no era tan bella ni tan graciosa. La «Principessina» se movía consciente de su atractivo, en su traje entretejido con hilos de plata, recogiendo a un lado, con una de sus manos, el manto que caía en forma de cola adornada de joyas, y viviendo enteramente el momento grandioso. No estaba nada excitada, era como si todo ese universo cortesano viviera solamente para ella. Y la corona de San Esteban la sentiría al tocar su frente y sus hombros como una joya enorme, pesada: esa materia misteriosa sin la cual el rey, no es el rey. Ahora, arrodillada, veía la cara severa y afeitada del arzobispo. Era una ceremonia sacra, pero en los ojos del primado Juan relucía una sonrisa: no era posible contemplar sin una sonrisa a la niña que seguía arrodillada con majestad prematura, tomaba la comunión, bajaba la cabeza pero sólo un momento, para señalar el milagro que tuvo lugar dentro de ella. El rey —ese enorme varón— con sus brocados y con sus pieles que lo envolvían como nubes doradas, no tenía ya en la ceremonia gran papel.

Ya estaba celebrada la boda, dieron el sí los dos esposos, se proclamó el «amén» de la Iglesia a las nupcias tan bien vistas por la cristiandad. El sermón de la boda fue breve y le siguió la ceremonia de la coronación. Hermann Cillei se había colocado un poco más lejos, al lado del altar; la reina separada de su padre se convertía en majestad, su padre, el conde, figuraba aquí como caballero de la Orden del Dragón, grande del *país* húngaro, dueño de enormes dominios transdanubianos y así llevaba el traje nacional húngaro.

Segismundo seguía todos los movimientos de Bárbara, su aspecto era deslumbrante, con los adornos de piedras preciosas en su cintura y en el puño de su sable y en sus manos sostenía el cetro del país. Hermann, el padre, vigilaba con gran atención a su hija, controlando cada palabra, cada movimiento, lo que pudieron notar los embajadores presentes y principalmente los venecianos. Ese día fue una cadena de grandes pompas, no debía de ocurrir nada que pudiera ensombrecer la euforia de ese majestuoso mundo. Como si en este enorme país todo marchara sobre ruedas sin el menor inconveniente, como si los regalos para la reina, que muchas veces tuvieron que ser obtenidos por la fuerza, significaran realmente la alegría y el entusiasmo de los súbditos. El árbol de la casa real se llenaría otra vez de

hojas, de descendientes, como en la época de los reyes antiguos. ¿Quién se acuerda de Carlos el Pequeño, de Ladislao de Nápoles? Segismundo, con su barba grisácea, envuelto en su manto de oro, está allí, como futuro dueño de la cristiandad.

10

EL JINETE llegó de Italia. El príncipe de Milán envió hacia el Norte las noticias de Pisa. En el cónclave, los cardenales habían elegido como papa —claro que por necesidad— a Baldassare Cossa, capitán de mercenarios de Bolonia. Cossa, sorprendiendo a todos, no aceptó el cargo y propuso en su lugar a un purpurado anciano: Alejandro V, quien terminó su vida a los pocos días. Según la información de origen italiano, habían envenenado su comida…

—Es un aviso del Señor —dijo Cossa bajando su cabeza con humildad. Y cuando tuvo que elegir nombre, ya decidido a ser papa, eligió el de Juan. Así Baldassare Cossa, cuya reputación estaba lejos de ser intachable, que tampoco procedía de familia aristocrática, pero al que en cambio llamaban todos «capitán de bandoleros», adoptó el nombre de Juan XXIII. Ahora la «Ecclesia», tenía ya tres papas en vez de dos: el romano, el español y el de Pisa.

El otro mensajero trajo una triste noticia del Imperio: Roberto, el «antirey» de los germanos, había ido a reunirse con sus antepasados del Palatinado. De esta manera, quedaba por ahora retrasada la guerra civil alemana. En nombre de Wenceslao, Segismundo la había proyectado para intervenir en los asuntos imperiales, como vicario del Imperio. El mensajero llegado de Frankfurt dijo tan sólo que el arzobispo de Maguncia había convocado en Frankfurt, para principios de septiembre, el consejo que debía de elegir al nuevo rey. El arzobispo de Colonia, el otro príncipe elector, se unió en su propio nombre a la sugerencia. La carta que le acompañó, fue escrita por el magistrado de Frankfurt, un consejero de Segismundo que estaba a sueldo del rey. El magistrado elevó su queja: la ciudad imperial teme los tumultos que puedan estallar cuando los electores se reunieran. Llegaría hasta quién sabe dónde la fiebre de las elecciones, podrían producirse serias desavenencias entre la gente armada de los distintos partidos. El consejo municipal tomó pues la decisión de que cada príncipe elector, fuera civil o

eclesiástico, podría traer consigo hasta doscientos jinetes. El resto deberían quedar fuera de las murallas de la ciudad.

Había que escribir con la mayor urgencia a Wenceslao. ¿Cabía la posibilidad de que aún no hubiera llegado a Praga la noticia de la muerte de Roberto? Según Segismundo, el *rey* de Bohemia y elector en persona, no debía de mover ni un dedo. Ahora él era el único, el legalmente elegido rey «romano». La muerte de Roberto contribuyó a aclarar más aún ese «statu quo»: si no quería reinar (como si un rey germano pudiera reinar sobre los doscientos príncipes y las ciudades) podría abdicar en favor de su hermano menor, por ejemplo… En este caso Segismundo, que ya poseía el título de virrey, podría suceder a su hermano y las tropas húngaras ya se preocuparían de que esta decisión se cumpliera.

En la cancillería quedarían hoy encendidas las velas hasta medianoche, mientras se traducía al lenguaje de la corte todo lo dictado por Segismundo.

Fue justamente en el día de su boda, en el día de la coronación de la pequeña reina: era una suerte que se hubieran reunido los consejeros del Estado. En el intervalo del almuerzo, pudieron entrar en la cancillería, a cuya entrada pusieron un centinela y así estaría rápidamente terminado el documento para Wenceslao y también la carta para el príncipe de Milán. «¡No bebáis más hasta la cena, señores!»

La Orden del Dragón adornaba el pecho de todos, lo que hacía más fácil el negociar, pues se trataba ahora de un «concilliabulum» de la fraternidad, de una negociación confidencial. Realmente no se trataba sólo de los problemas del país, se cruzaban además cuestiones que sobrepasaban al Imperio. Hermann conocía a fondo los intrincados problemas de la Italia del Norte, pero Filippo añadió asimismo a todas las noticias los informes recibidos de Pisa en torno al avispero de los cardenales. Se trataba de que Hungría pudiera anular la obediencia al papa Gregorio y aceptara al papa de Pisa, Juan XXIII, quien excomulgaría inmediatamente a los otros dos santos padres, si al cabo de algunas semanas no declaraban su abdicación.

El santo padre Gregorio era un anciano piadoso, humilde, pero el papa español —el Papa Luna— era en cambio un viejo obstinado, intransigente. Cuando se reuniera en septiembre el Consejo imperial, tendría que votar a uno de los tres papas: ¿Al lado de quién se pondría el Imperio? Pipo se inclinaba al de Pisa, ya que Benedicto XIII no tenía partidarios en Fehérvár. Segismundo esperó el fin de la improvisada reunión y después resumió los «succus» —el fondo— de los discursos. Todos se expresaban en un lenguaje sencillo, sin artificios, ahora no hacían falta las frases brillantes. El rey

tomaría la decisión de que el país decidiera «por ahora» la obediencia al papa Gregorio, sin darse por enterados de la elección de Baldassare Cossa. Hasta que no se disiparan las nubes sobre la nueva resolución de la «Ecclesia», hasta que no se aseguraran de que la elección del papa Juan había sido inspirada verdaderamente por el Espíritu a los «capelos purpurados de Pisa». «¡Llamad al arzobispo Juan!» No era caballero del Dragón, pero él debía de enterarse también de lo que así habían dispuesto, y sin copas de vino, los hermanos de la Orden que gobiernan la nación.

¿Adónde se había ido Segismundo, por qué había desaparecido asimismo el padre de la novia? Las noticias trascendieron hasta la mesa nupcial. La sala era lo suficientemente grande para poder albergar a toda la gente de la corte, además de la escasa familia que estaba presente. Segismundo no tenía casi parientes con los que mantener relaciones. ¿Quién podía esperar que Wenceslao mandara una delegación y le colmara de regalos de boda?

Entre los príncipes imperiales era Federico el más idóneo según el punto de vista de Segismundo. El conde de Nuremberg suspiraba no obstante por Brandeburgo; pero Federico Hohenzollern, sólo podía recibir esa comarca —que le daría derecho al título de príncipe elector— si Segismundo fuera elegido como rey germano, y así renunciara a esta comarca, que sería su herencia. Todo estaba ajustado como dos ruedas dentadas…

De ese modo llegó la noche. Los señores sabían que Segismundo estaba en pie desde el alba; sólo la brillante fachada de la coronación era capaz de disimular las emociones de la cancillería. Todos admiraban a su señor que entre los sonidos maravillosos de los «epithalamius» cruzó corredores, hizo un ademán a los escribientes para que siguieran con su trabajo, buscó a Nicolás Garai que estaba hojeando los documentos en la sala del virrey, junto a Pipo.

—Pipo —dijo en voz baja, hablando en italiano con el de Ozorai—, ¿habrá una guerra italiana?

Al príncipe lombardo le hubiera encantado hacer una incursión para castigar a los de Pisa. ¿Había alguna posibilidad de que Milán se colocara del lado de Baldassare Cossa?

Música, música, el conde Hermann había traído a sus músicos estirios. Seguramente pensaban que el palacio de Fehérvár debía de estar construido en mármol y no podía derrumbarse con tantos acordes de trompetas. Su estruendo penetró en la sala del virrey por entre las bóvedas. Basta, basta, reía el rey secándose el sudor de la cara; y mandó transcribir un pasaje de la carta para Wenceslao, escribió una colorida frase en la parte inferior del pliego de

papel, en letras caligráficas. Luego se puso de pie. Ahora alzó por primera vez su copa y como no había allí ningún camarero, Stibor escanció el vino. Sólo los cuatro sabían por qué-brindaban. Y aún quedaba por delante toda esa noche singular…

A la «principessina» no sólo le habían enseñado el latín y la sumisión religiosa, sino también que debía cumplir obedientemente los deseos de su marido para con todos los que se acercaban a ella. Así lo exigían el orden, la moral, la tradición. Junto a los «espejos de reyes» que representaban la piedad para edificación de los príncipes, existía también un espejo más pequeño y más secreto: el que refleja a las jóvenes cuando llegaban ya a la edad de la copulación, cuando llegaban a ser núbiles y casaderas. Mujeres experimentadas, viejas consejeras, a veces únicamente las antiguas nodrizas, eran las que explicaban el catecismo de esta secreta transformación en mujer.

Él era un hombre guapo, así como estaba con su dalmática, ya que ni siquiera había tenido tiempo de ponerse un traje cómodo para la ceremonia de la coronación y el almuerzo. Ya le reclamaban de nuevo en la cancillería; tuvo que volver dos veces y la tercera se tomó tanto tiempo, como para firmar un «purum» y hacer que partieran lo más pronto posible los correos a caballo, los mensajeros urgentes ahora, realmente, hacia los cuatro vientos.

Contempló la frágil y extraña flor: Bárbara se había quitado ya su tocado, sacado la aguja de diamantes, ahora se quitaba la redecilla de perlas. De repente cayó su espeso cabello rubio rojizo como el oro a la luz de las velas. Era maravillosa en esa noche llena de cantos nupciales, surgiendo de sus formas pueriles, transformada en una mujer esbelta que ya resplandecía en toda su belleza y haciendo gala de ello ante su marido, un poco en son de mofa pero con curiosidad. No tenía miedo, no se notaba la menor expresión de alarma en su rostro, no era como si se encontrara con algo monstruoso, contra lo que hasta entonces la habían puesto en guardia en cada sermón; y ahora de pronto resultaba que la provocación del Malo se había convertido en un juego agradable, que no sólo podía sino que debía practicar hasta que… hasta que se fecundara su matriz, según las leyes de la naturaleza y diera a luz preferentemente un heredero varón, para dicha de su esposo y de sus dominios. Así… así… Bárbara estaba de pie, envuelta en su bata de seda, que había comprado para esta ocasión a comerciantes persas, hacía años, cuando viajaba por el Oriente, Hermann, su padre… El padre cuyo único deseo era colocar sobre los hombros de su hija un manto de príncipes…

Quizá había algo burlón en esta niña que se mueve, se vuelve, se quita la ropa de otra manera, con más coquetería que aquellas mujeres a quienes «la

sangre del rey no ensucia» y que al tercer día, cuando se despiden del monarca que continúa su viaje, llevan ya su sortija de oro en los dedos.

No se apagaron las velas, no se cubrió el candil que estaba debajo del baldaquín del lecho. Contempló ella con curiosidad al hombre que podía ser su padre, muy poco más joven que el verdadero. ¡Qué grandes eran sus manos! Se quitó las sortijas, le habían untado los cabellos con perfume de nardos después de quitarse el gorro. Aquí ya nadie la oía, podía hablar con palabras estirias, alemanas, mientras ese hombretón la estaba abrazando; siguió sus movimientos obedientemente como cuando —casi de niña— la sentaba en su regazo. Los antiguos recuerdos retornaban a Segismundo, figuras centelleantes de su juventud apasionada, minutos, noches. Jamás se había vuelto hacia él un rostro de jovencita, tan bonito, tan… tan extraño. Jamás había abrazado un cuerpo tan esbelto, tan terso, tan singular. No se rehusaba, más bien se oprimía contra él, no era la entrega de una sola vez. Ya son iguales en esta hora nupcial, cuando Bárbara rompiendo en risas jugaba como si continuara la ceremonia; baja, hace una reverencia, se acerca, se rinde y otra vez escapa. «Todavía no»…

Mientras la abrazaba, mientras la convertía en su reina, oye cabalgar a los jinetes que corren hacia los cuatro vientos en la noche de Székesfehérvár. Con cartas hacia todo el mundo.

11

SEGÚN la Bula de oro del Imperio germánico, se necesitaba una mayoría simple para que los príncipes electores pudieran designar al rey romano. Al principio faltaban tres de los siete «Kurfürsten». A mediados de septiembre, en la iglesia de San Bartolomé procedieron a la famosa elección. Después de haber aceptado a Segismundo, margrave de Brandeburgo, como príncipe elector, la mayoría de los presentes votaron al rey húngaro. En nombre de Segismundo hizo la declaración el conde de Nuremberg, Federico de Hohenzollern, según la autorización convenida. En territorio eclesiástico, como era el patio de la catedral donde todos esperaban, se proclamó a Segismundo, rey de los húngaros, como el nuevo rey romano-germánico.

También se reunieron los descontentos. De ellos hubo cinco votos, según noticias de Jobst, el margrave moravo.

Cuando las novedades llegaron a Buda —donde residía la corte de Segismundo y su joven esposa— brotaron alarmas de guerra en todo el castillo. En aquel momento las tropas de Segismundo estaban inmovilizadas, al país no le amenazaba ningún peligro. ¿Qué más natural que el hecho de que el rey se marchara al Imperio con sus tropas, poniendo en juego, además, el peso de sus armas y celebrara a la vez la ceremonia de la coronación?

Pero cuando la alarma llegó a Buda y se hablaba ya de la pronta campaña militar, no sólo por los grandes del país sino también por los que entendían algo de las cosas del mundo, en las salas del castillo seguía oyéndose música y no se observó el menor preparativo militar. Segismundo no mandó celebrar ningún «Te Deum» en homenaje a su nuevo título, vivía y reinaba en el castillo como si no hubiera otros países «Extra Hungariam».

¿Había recibido informes confidenciales sobre la enfermedad de su pariente Jobst, o pensaba dejar pasar las emociones de la elección? Mientras tanto, esa deliberación había causado un acercamiento entre Wenceslao y Segismundo. La actitud de Jobst disgustó a) rey de los bohemios y por eso proclamó que él, como uno de los electores imperiales germanos, votaría a Segismundo.

Según una antigua tradición, el consejo municipal de Frankfurt estaba destinado a reconocer legal y válida la elección del rey alemán. Porque el nuevo soberano debía de acampar ante Frankfurt —claro que fuera de sus murallas— y allí destejer el tiempo durante seis semanas y tres días, sin ser molestado: entonces el magistrado municipal podía proclamarle sin la menor duda y definitivamente rey romano-germánico.

Cuando Segismundo se disponía a la lucha contra su primo, llegó la noticia de la muerte de Jobst. El margrave moravo sólo pudo ostentar poco tiempo el discutido título de «Rex». Con su fallecimiento quedó Segismundo solo en la arena, pues Wenceslao no deseaba mezclarse ya en las cosas del Imperio.

No obstante, los príncipes que no estuvieron presentes pusieron en duda la validez de la antigua elección; por eso debieron de reunirse en una nueva sesión: tres arzobispos y cuatro soberanos. A mediados de julio se presentaron cinco electores en Frankfurt y los arzobispos de Maguncia y Colonia también anunciaron su pronta llegada. De nuevo se reunieron los electores el 17 de julio, bajo la cúpula construida en honor de San Bartolomé. Como apuntó el cronista, en la tradicional primera fila se hallaban el arzobispo de Maguncia, Ernesto de Suabia, y en nombre del rey de Bohemia el arzobispo de Colonia; la silla del Palatinado quedó vacía, el príncipe sajón envió un delegado; también estaba presente el margrave de Baden. El arzobispo de Tréveris no quiso participar en principio en la sesión, pero los otros príncipes de la Iglesia lograron persuadirle; por lo que una vez abierta la sesión se sentó en el banco de los electores.

Extraño colorido era el de la delegación lombarda; Filippo Maria Visconti, como Vasallo imperial, no quiso quedar fuera del espectáculo europeo, pese a que el caudillo de Milán sólo se acordaba de esta relación feudal, perdida en los viejos tiempos longobardos, cuando con ello obtenía algún honor o beneficio.

En Frankfurt no había candidato para oponer, Segismundo había sobrevivido a los otros pretendientes al trono, Wenceslao no tenía interés en ser propuesto. Así que en una única sesión solemne, Segismundo, rey de los magiares, fue elegido como rey romano. Los presentes juraron sobre la antigua fórmula, plena de reservas. De nuevo podían galopar los jinetes hacia los cuatro puntos cardinales. Entonces se inició otra carrera: cada elector consideraba el resultado como obra de sus propios méritos. El margrave de Nuremberg impuso el juramento de fidelidad a los príncipes, representando a la persona de Segismundo.

Así fue cómo llegaron casi al mismo tiempo tres jinetes al castillo de Buda. Por la mañana repicaron las campanas, pero los señores de la corte que se dirigían a festejar al nuevo rey germano, en vez de sonrisas mostraban más bien una expresión preocupada. ¿Para qué tenía que mezclarse Hungría en los confusos asuntos del Imperio? Ya era un rey bastante intranquilo Segismundo; en unas semanas, y a veces en días, se cansaba de los lugares en que fijaba su residencia. ¡Bastante viajaba en su reducido imperio! ¿Cuándo se quedaría en casa, en Hungría, si ahora se le abrían las fronteras del Imperio al ser rey romano y le rendirían los homenajes propios al primer soberano de Europa; y más aún, cuando el papa le colocase la corona imperial en la cabeza?

Al menos por lo que se refiere a la corte húngara, no se celebró entonces ningún «gaudium magnum», ninguna fiesta, ningún asado de buey gratuito. Los que vivían cerca de él estaban habituados a Segismundo con tantos años pasados a su lado; estaban encariñados con él. Los consejeros de más experiencia conocían sus puntos débiles, las repentinas ideas, los planes precipitados, sus derroches, su manera de dejarse llevar por el torbellino de una aventura de faldas, su volubilidad, su vanidad, su hábito de pavonearse. Con la misma facilidad se convertía en víctima de su propio temperamento, su irritabilidad, en cuyos casos se esfumaba toda su cordura, le vencían sus instintos, crueles y brutales. Pero comparando su temperamento con el de los caudillos de la época —la misma persona, también vestido de rey, en su vida cotidiana más tranquila— era afectuoso, nunca altivo, condescendiente, también generoso hasta donde era ello posible, casi un ejemplo de soberano, digno del «espejo de reyes».

Mientras vivía en Buda o en Fehérvár, empleaba la lengua húngara, como si no supiera hablar en otro idioma. Era buen compañero de fiestas, no contaba las copas. Después de las juergas le encantaba galopar al amanecer, para despejarse y al poco tiempo estaba ya en la cancillería, leyendo las cartas, los informes. En cuestión de fe era un hombre devoto; no había sacerdote que pudiera afirmar haberle oído poner en duda las verdades, como se murmuraba tantas veces del rey Wenceslao. Pese a todo, Segismundo no era ese hombre que podían imaginar cómo rey los aristócratas húngaros. Muchas veces le sostuvieron ellos con sus manos; otras veces se deslizaba de ellas. En intenciones, deseos y planes, era más grande que los demás…

Aquel Segismundo a quien pusieron en el trono los consejeros por comodidad, ese Segismundo que no tenía ni dinero ni soldados, ni siquiera esposa húngara, de quien sólo quedaba el recuerdo de su padre imperial, se

fue alzando, casi imperceptiblemente, por encima de ellos. Observaban con disgusto que el rey que habían elegido ellos mismos, se iba convirtiendo en el soberano del Imperio que tantas veces fue enemigo de los húngaros y al que sólo le faltaba un paso, el paso «romano», de la corona imperial. Segismundo el destronado, el prisionero del castillo de Siklós, llegó a ser el señor de toda la cristiandad en cuanto el «siete-veces-elector» dio el sí en la iglesia de San Bartolomé, en Frankfurt. ¿Para qué les serviría Segismundo después de esto a los húngaros? ¿Cuánta sangre y oro intentaría sacarles para poder quedarse con su nuevo Imperio germano, en el cual no tenía ninguna comarca propia? Porque ahora tenía que transferir Brandeburgo al conde de Nuremberg, Federico de Hohenzollern, por sus fieles servicios y por haber obtenido el éxito de la elección.

Bárbara se hallaba en una ventana del castillo, contemplando el Danubio, que aquí era como el mar, visión de un agua sin fin. Aún no había visto el mar, pero el Danubio era el río más grande que hubiera conocido jamás. Se enteró de las luchas de Frankfurt; sus camarlengos la informaron sobre las intrigas de la corte. Ahora que había ascendido definitivamente, sin un solo voto en contra, a la altura de todos los tronos con su marido, le parecía pequeño el castillo de Buda; como resultaría estrecha su casa natal de Cilly, donde creció, en comparación con la corte húngara. Como reina germana y emperatriz romana, podía dejar crecer ahora sus alas para volar sobre reinos e imperios; en todas partes la festejarían vertiendo a sus pies telas, especias, perfume, oro.

Si el derroche a manos llenas de Segismundo se convirtió en un amargo proverbio en Hungría, la pequeña reina se ocupó también de sobrepasar a su marido. Hermann, el padre, *la* previno desde el principio: no tendría buen fin ese derroche femenino de dinero. Aludiendo a Esopo dijo: los que viven en pareja deberían ser, uno cigarra y el otro hormiga. Tampoco los reyes y las reinas como seres humanos son una excepción. Segismundo era un derrochador nato, pero no sin objeto. Con su generosidad se logró un partido, con ella se le abrieron las puertas de la fortaleza de Siklós, así recuperó su casi perdida soberanía. Ladislao de Nápoles había concebido el plan de casarse con la hija del sultán Bayaceto, y muchos pretendían saber que había enviado una delegación a la corte del *Padisah* para pedir su mano. Segismundo se hubiera odiado, caso de ser capaz de tamaña profanación cristiana. Él prefería distribuir dominios, reducir impuestos, suprimir derechos de minería. Derrochaba, era verdad, pero en general, con algún propósito. Eso

lo sabían muy bien los aristócratas, a quienes también debió de echar algunas veces unas migajas más o menos importantes.

12

EL DIÁLOGO se inició después de las grandes manifestaciones de júbilo, después de la cena en que llovieron las felicitaciones. Los dos estaban fatigados por las ceremonias del día. Segismundo, según su costumbre, evocaba a media voz una síntesis de los acontecimientos del gran día. Bárbara le escuchaba, era una alumna atenta —cuando se lo proponía— y siempre añadía alguna observación (por encima de su pueril criterio); era lo que su marido llamaba «la llave de las cosas». Pero ahora permanecía callada. No hizo comentarios, su cara reflejaba su preocupación por algo, las palabras no aparecían. Segismundo acabó por darse cuenta y también calló de pronto: Miró con atención a la mujer niña.

—¿Ocurre algo?

—Mi padre…

—¿Qué le ocurre? Me pareció el más feliz de los hombres, cuando llegaron las noticias de Frankfurt…

—Se lo auguró una vez una adivinadora: «¡Serás siempre el conde de Cilly, nada más!». Lo ves, todos se alegran por la elección, todos recibirán algo de ella… Pero el conde de Cilly… nada, mi padre, nada.

—Debes comprender, si separo a Hermann de la orden de los condes imperiales para nombrarle príncipe en sus actuales posesiones, convertiré en enemigos mortales a los tres príncipes Habsburgo. Ellos verían una ofensa en el hecho de que yo, el rey húngaro, elevara a un vasallo suyo convirtiéndole en noble, creando aristócratas similares a ellos. Tienes que comprender, Bárbara, sólo sería posible esto sobornando de alguna manera a los austríacos.

—Ahora ya no eres solamente el rey húngaro, llegaste a ser el dueño del Imperio, puedes conseguirlo todo…

—No puedo ostentar todavía la corona germana, todo lo que ha ocurrido es la llegada de las noticias de Frankfurt… Si hubiera sido necesario, podía intervenir también ahora en los asuntos del Imperio, como vicario electo que he sido. La reunión Imperial aceptaría el nombramiento de tu padre sin mayores tormentas; pero los Habsburgo dominan todavía la región occidental

del país. Si estuviera luchando en el extranjero, si algo se debilitara en el país, entonces podrían atacarme. Y me acusarían pérfidamente de todo cuanto pudieran: principalmente Alberto. Tienes que comprenderlo…

—¿Entonces, qué puedes hacer? Mi padre no suspira por dominios lejanos, son comarcas bosnias las que tiene que defender cuando venga el turco… ¿Qué puedes hacer?

—Tu padre seguirá siendo conde, pero yo le aseguro un «status» igual al de un príncipe. Podría, en el Imperio, ser sin mayor obstáculo el dueño de un ducado principesco. Acaso esto… Pero antes debemos esperar a que me hayan colocado la corona germano-romana…

Anhelaban un heredero varón; llegó una niña. Por las tradiciones húngaras, en el bautizo debía recibir el nombre de Isabel. El parto fue difícil, la reina sufrió enormemente. En la corte, entre las mujeres corría el rumor de que Bárbara no podría tener más hijos.

Segismundo celebraba consejo en Nagyvárad con sus colaboradores; ya se había convertido en hábito esa repetida peregrinación de cada año a la tumba de san Ladislao. El rey era especialmente devoto del santo guerrero y aspiraba a parecérsele también en su aspecto exterior: también él era alto, valiente y tenía ante sí la misión de cuidar de la cristiandad universal, como Ladislao. Y así lo repetían en cada solemne ocasión los oradores de la corte, cuando se les presentaba alguna oportunidad para felicitar al soberano.

La montería que organizaron después de las negociaciones, no tuvo buen final. El caballo del rey dio un tropiezo, tiró a su jinete; Segismundo se desplomó en el suelo sin sentido, un estrecho hilo de sangre apareció en su boca. Así le llevaron con cuidado a la cabaña más próxima en una camilla improvisada; sus más leales seguidores estaban con él: Nicolás Garai y Cillei, también el arzobispo Juan, esperando todos el momento en que Segismundo abriera los ojos. Entonces se podría hablar con él, ya como padre espiritual o si fuera preciso, con las palabras de un último consuelo. Se hallaba así tendido, mientras los señores consejeros permanecían en la puerta abierta para decidir entre ellos la suerte del país, murmurando breves palabras. ¿Qué pasaría si el rey no despertara de su sueño? Se acordaron de que su primera esposa, María, también falleció a causa de un parecido accidente de caballo; quizá el embrión que entonces llevaba en sus entrañas hubiera sido varón, dando así un heredero al huérfano trono húngaro de aquel momento.

Se preguntaban con voz susurrante quién pudo echarles mal de ojo, si la culpa no sería de ciertas profecías, del presagio de las estrellas. ¿Acaso les habrían embrujado en algún sitio, con algo, con fórmulas de la magia negra, a

María como a Segismundo, para que ambos fueran víctimas de accidentes parecidos? ¿Qué ocurriría con Hungría si ahora moría el rey? ¿Y que fuera a caer en manos de Bárbara ese enorme Imperio, pleno de tan variados problemas? ¿Podría ser el regente Cillei, el conde extranjero, que esperaba su elevación al rango de príncipe? Empezaban a odiarse ya; Nicolás Garai ya no veía en Hermann al suegro del rey sino tan sólo al forastero.

Permanecieron así, estrujando sus pensamientos, hasta que llegó el físico —el médico— y preparó sus instrumentos para la sangría. Del desmayo fue saliendo lentamente; poco a poco fueron llegando a sus oídos algunas frases desde las tinieblas de su aturdimiento. Cuando escuchó los ruidos del sangrador y los instrumentos para la sangría, se sentó repentinamente. Tocó con la mano sus sienes y pidió vino. Contempló a su alrededor los rostros asustados. «No me pasa nada.»

Al tercer día salieron a caballo para regresar desde Várad a Buda.

Había que reavivar el recuerdo ya palidecido de los grandes encuentros de soberanos en Visagrád, buscar en las cancillerías los documentos de medio siglo atrás. ¿Quiénes iban a la corte de Carlos Roberto y de Luis? ¿Buscaban justicia, venían por curiosidad, por algún real entretenimiento, persiguiendo relaciones nupciales? Las invitaciones fijaron la fecha para finales de mayo y estaban firmadas por Segismundo como rey húngaro y como rey romano.

El rey polaco Ladislao aceptó, y también el gran príncipe lituano Vitold. Wenceslao no tenía el menor deseo de ir al país de su hermano menor, abandonando su Praga dorada. En cambio agradecieron y aceptaron la invitación a Buda los príncipes austríacos Ernó y Alberto, el rey bosnio Tvartkó, y el déspota de Servia. Por lo que se refiere a los grandes del Imperio, anunciaron su llegada dos príncipes bávaros y hasta el momento, 47 condes imperiales. El número de caballeros que llegaban fue estimado en la cancillería en medio millar. Había que buscar alojamiento para todos: naturalmente no se pudo albergar a todo el mundo en el castillo pero, a su vez, el que no tuviera sitio en él, podría sentirse marginado al quedar fuera del círculo íntimo de los destacados nobles que se alojaban en el castillo.

Cuando fue llegando la larga lista de los que irían a comienzos de la primavera, hubo que ocuparse de aquellas potencias que estarían representadas por delegados en la reunión de Buda; contaban con embajadores ingleses; de Italia vendrían no sólo los milaneses, sino también los de la República toscana, los de Florencia, Siena, Génova. La Serenissima estaba presente en todas partes, a pesar de que las relaciones eran frías entre

Venecia y Hungría desde que la República de San Marcos compró Zara y las islas de sus alrededores, a Ladislao de Nápoles.

La presencia del polaco Ladislao anticipaba un previo tratado secreto. Segismundo devolvió las insignias de la coronación polaca y las joyas que fueron guardadas en Hungría, en tiempos de Luis el Grande. En segundo plano de la gran reunión, se planteó como problema difícil y espinoso, la relación, otra vez tirante, entre Polonia y la Orden de los Caballeros teutónicos. Segismundo había actuado hasta entonces como «justiciero», mientras fue solamente el soberano húngaro. Pero al ser elegido rey germano, los dados mostraron otra cara. Como soberano que representaba los intereses imperiales tenía que inclinarse —de acuerdo con su juramento— hacia los germanos. Esto lo sabía muy bien el mismo Segismundo; hasta ahora había honrado mucho más a la Orden de los Caballeros, por su natural simpatía hacia ellos, y aceptó raras veces las razones de Ladislao cuando llegaba algún informe sobre un abuso excesivo de los caballeros. Ahora debía de actuar en Buda de nuevo como árbitro. El representante de la Orden era el embajador del Gran Maestre, mientras que Ladislao era, en persona, el huésped más aristocrático del castillo.

El encuentro de los príncipes se inició con una cacería que duró una semana, en los bosques cercanos. Clérigos, doctores de las universidades, consejeros mayores de edad, negociaban mientras tanto en las salas del castillo, procurando encontrar alguna fórmula para salir de la crisis de Europa en torno a los tres papas. En la imaginación de todos los presentes se iba creando la imagen de la convocatoria para un Sínodo universal, al que asistirían los reyes de la cristiandad, los príncipes de la Iglesia, los tres santos padres, y también los doctores y los teólogos de las universidades más célebres.

A las cacerías siguieron los torneos. El trofeo fue ganado —con gran sorpresa de todos— por los campeones bosnios. Las mañanas se destinaban a las negociaciones, conforme transcurrían los días y se acercaba el tiempo de partir. Los consejeros húngaros habían querido resolver principalmente los asuntos de su propio país. ¿Qué pasaría si el Señor no bendecía de nuevo el seno de la reina y el destino del país dependiera de la vida o el agostamiento de una sola y única niña? La criatura, Isabel, había llegado a sus dos años, rebasando así el círculo mortal de las primeras enfermedades.

El destino de la corona húngara era una cuestión demasiado importante para que los soberanos y sus delegados no procuraran hacer valer sus influencias con anticipación. El rey había superado los cuarenta años, lo que

ya señalaba un límite; y así (según lo exigía la humildad cristiana) habría podido preocuparse de las cosas finales, del óbito, del desenlace de la sucesión. A Segismundo le unía una sólida amistad con el príncipe austríaco Alberto, el mayor; en su hijo Alberto, el menor, parecía ver a su propio hijo. Así ocurrió que durante las célebres negociaciones, nació un convenio relacionado con la Isabel de dos años de edad. Los nobles húngaros aceptaron a regañadientes la idea de una sucesión por la rama femenina. Si el rey no tuviera heredero varón quedaba entonces la corona de San Esteban para Isabel. Y si los dos herederos alcanzaban la edad de una posible boda, sería el príncipe austríaco el marido de la reina; y reinarían juntos, para el bien de Hungría.

Todo esto anunciaba naturalmente, un futuro algo brumoso. Los consejeros húngaros alegaban que Segismundo disfrutaba aún de excelente vigor, no mostraba señal alguna de envejecimiento. Mientras proseguía el embarazo de la reina, la naturaleza seguía teniendo sus exigencias, y las habitaciones traseras del castillo se poblaban con noticias sobre aventuras reales, a saber quiénes eran las mujeres veladas que desfilaban por allí cautelosamente. Nadie tampoco sabía si había nacido o no algún hijo bastardo del rey, en alguna casa lejana. También esto fue sopesado por los aristócratas mientras contemplaban sombríamente el horizonte: un nuevo reinado de niña, un reinado de mujer… Un nuevo extranjero en el trono húngaro. Por lo menos, a Segismundo lo había invitado a Visegrád el rey Luis, para aprender el húngaro. Pero Alberto tenía bastante con su propia patria austríaca. Además, la reina podía ser extranjera, pero el rey varón tenía que hablar la lengua del país. Este principio lo había ya intentado aplicar Ladislao de Nápoles, que procuró siempre, aunque con mucha dificultad, expresarse en un húngaro bastante confuso.

En cuanto a las desavenencias entre la Orden de los Caballeros teutónicos y Polonia, no terminaron hasta el año 1413, con una justa decisión del tribunal de electores.

Mientras se celebraban en Buda las grandes tiestas, llegaron a la corte real dos refugiados. Eran patricios expulsados de Verona y de Padua y tanto Carrara como Della Scala habían llegado con sus magros séquitos, a fin de pedir ayuda contra Venecia al soberano del Imperio. Desde que en 1410 eligió el gran Consejo a Michele Steno como príncipe de la República de San Marcos, se reafirmó el espíritu de conquista de la «Signoria» sobre la tierra firme de Italia: Verona, Vicenza, Treviso, Padua, cayeron una tras otra en el regazo de la Serenissima; las antiguas familias reinantes —en su mayoría

despóticas— tuvieron que huir. Parecía desmoronarse el orden tradicional de Italia: la armonía de las cinco grandes potencias, Milán, Florencia, Venecia, Roma y Nápoles, a las que eufóricos oradores denominaron «el violín de las cinco cuerdas». El ansia de dominio de la Serenissima —decían— era insaciable. Estos fugitivos creían saber que ahora le tocaría el tumo de ser devorada a la comarca de Friul, ya los ejércitos venecianos avanzaban hacia la frontera en el Adriático —donde poseían buena parte de los puertos dálmatas — y dentro de poco acabarían por dominar toda la república. Los italianos pedían a Segismundo, como rey romano y principalmente como rey húngaro, que frenara la codicia de los venecianos, que recuperara las ciudades conquistadas y sentara en el sillón de los «signori», a Carrara y a Della Scala.

Primero dialogó con sus compatriotas Filippo Ozorai. El espiritual italiano del dominio de Ozora se había convertido, con el correr de los años, en un húngaro poderoso. La fuerte influencia que debía de ejercer sobre la política de Segismundo en el Sur era originalmente italiana, pero también relacionada con el poder papal; así como el voivoda Stibor conocía los asuntos polacos y bohemios, y Hermann era el maestro de las relaciones con la Europa del Sudeste. Pipo no debió ser hombre de grandes emociones; su infancia en Italia, su cultura, la forma particular y extraordinaria de su ascensión, su talento, lo mismo en asuntos de guerra que en los de paz, le fueron curtiendo notablemente. No se sintió especialmente conmovido por el llanto de los patricios expulsados, pero de sus palabras extrajo el conocimiento de todo cuanto hacía falta para entrar eficazmente en negociaciones. Si éstas no resultaran fructuosas, entonces Carrara podría ser un excelente comandante del ejército de Segismundo, especialmente si se tratara de la campaña para recuperar con la ayuda del rey sus propias comarcas.

Los que aseguraban estar bien informados, conocían la personalidad dominante y la inflexible voluntad del «Dux» Steno. Pipo lo predijo con anticipación: «Los venecianos no cederán». Y por lo que se refería a la cuestión de Zara —ésa era la espina dálmata que tanto les dolía a los húngaros— el «Consiglio Maggiore» no cambiaría su manera de ver la cuestión: ellos habían comprado por cien mil ducados el puerto y sus alrededores, incluidas las islas, directamente a Ladislao a quien el papa había admitido como rey húngaro. Esto naturalmente ocurrió antes de ser elegido Segismundo en Frankfurt como rey, y substancialmente como emperador romano-germánico. Contra ello nada podía hacer el santo padre desde Roma, apenas si podía arriesgarse a que los príncipes alemanes se arrepintieran de su lealtad. Se decía ya, por otra parte, que los delegados de Segismundo iban

demasiadas veces a la «Curia» de Juan XXIII, y por lo que se refería al dilema de la obediencia, seguía siendo tema de discusión; dependiendo además de cómo se comportara el papa Gregorio hasta el momento en que realmente se reuniera el Concilio universal.

La balanza de la guerra oscilaba peligrosamente. La Serenissima, maestra de negociaciones, de intrigas, invencible en el mar, necesitaba en tierra firme comandantes no venecianos, los bien pagados mercenarios. Dominaba con la fuerza de su dinero los puntos claves del destino europeo.

Segismundo, para colmar el mayor de sus deseos, debía de llegar hasta Roma a fin de que el santo padre pudiera coronarle como emperador. Pero para eso tenía que asegurar —por medio de triunfos pacíficos o bélicos— el libre acceso a Italia desde Friul hasta la Ciudad Eterna. Los venecianos cerrarían el camino en caso de discusión o tirantez. Sin embargo, sólo así podría llegar al país del príncipe lombardo, su aliado: a través de territorios dominados por el león de San Marcos.

Hasta que se fue cumpliendo lo que más temían los consejeros húngaros, cuando día tras día pudieron comprobar cómo crecía y tomaba vigor en su señor la idea de la inevitable guerra. Zara era la perla de la corona húngara, pero la suerte de esta república dálmata había cambiado ya con frecuencia. Zara y sus alrededores habían caído fuera de la dependencia húngara y estaban dominados por la férula de Venecia. Y por ello, de toda la comarca de la costa, éste era el sitio más delicado. No obstante, el propósito firme era no declarar jamás la guerra a la Serenissima por culpa de Zara. Pero Segismundo ahora pensaba y planeaba más como futuro emperador de los germanos que como rey húngaro.

Día tras día fueron llegando los embajadores al castillo de Buda, con sus insignias imperiales. En las infinitas negociaciones emprendidas, casi no había lugar ni tiempo para los intereses húngaros. Cuando Segismundo sopesaba la posible guerra, ¿pensaba acaso emplear todas las divisiones, los ejércitos de la reserva y también los guerreros de la facción nobiliaria? Era obvio que los aventureros, los hambrientos de botín, acompañarían gustosos a su rey, también a las tierras lejanas y desconocidas de Italia: pero, el grueso de las tropas no acostumbraba a salir de las fronteras del país. Cada terrateniente, cada simple hidalgo, en llegando al «limes» húngaro, decidía personalmente si quería o no proseguir la marcha. La ley húngara era obligatoria tan sólo mientras sintiera la tierra húngara bajo sus pies, o bajo las patas de su caballo. Además, si cruzaban la frontera, le correspondía un sueldo a cada guerrero húngaro. Sin embargo —bien lo sabían todos, no

solamente los informados de Buda— el rey nunca tenía dinero suficiente para mantener todo un ejército internacional, con alimentos, forraje y sueldos hasta Roma, y atravesando países extranjeros. Los más ancianos habían oído todavía de boca de sus padres y sus abuelos, cosas sobre la campaña de Nápoles de Luis el Grande. ¡Cuántos marcharon y con qué entusiasmo! ¡Y qué pocos regresaron! Sobre todo los húngaros fueron diezmados cuando acamparon en Nápoles por la «Mors Imperator», el horrible recuerdo de la peste, la Muerte Negra.

La verdad es que los reclutadores no sentían demasiada emoción cuando iban en nombre del rey recorriendo las comarcas. No podían llevar el sable ensangrentado, porque nadie había atacado todavía el país. Se trataba de una guerra que se iba encendiendo a causa de un lejano chispazo. Zara estaba lejos del mundo húngaro. ¿Cómo saber a quién pertenecía la razón, a San Marcos o al rey?

Por fin, Segismundo pudo marchar con diez mil guerreros bastante bien equipados, en el tardío otoño de 1411; hasta entonces hubo que estar disponiendo los pertrechos, recogiendo el dinero en forma de impuestos, préstamos, rescates, empeñando aduanas, subsidios imperiales, ayudas amistosas. La otra parte del ejército la alistó el duque Hermann con sus propios medios: se unían a él numerosos caballeros imperiales, jóvenes nobles, sedientos de aventuras, esperando fama, botín y mujeres, como era costumbre en parecidas campañas.

Segismundo nombró a Pipo Ozorai comandante en jefe, y en esta campaña, el chico de los comerciantes de Florencia, se destacó como uno de los mejores estrategas de la época. Superaba a los condotieros en su conocimiento, en la cultura y en su manera de juzgar la situación europea: conocía la tierra que tenía que transformar en camino para sus ejércitos. Contaba con los medios de persuasión, y en el mismo ejército sabía restringir con métodos draconianos las libertades y exigencias, en cuanto cruzaron la frontera húngara. Aquí ya no eran, señores cabalgando al frente de sus divisiones —«señores si-me-gusta-sigo-adelante»— con los que tenía que tratar, sino mercenarios duramente disciplinados, independientemente de su nacionalidad y de su lengua materna.

Una guerra tempestuosa estalló en cuanto las tropas de Pipo comenzaron a actuar. La Serenissima estaba todavía al comienzo de sus preparativos, cuando el llamado ejército húngaro irrumpió a través de Friul en el Norte de Italia, ocupando a los pocos días Udine y avanzando el centro del ejército hasta Treviso. Uno de los comandantes de Venecia era Taddeo Dal Verme, el

otro era Carlo Malatesta. Dal Verme mandó construir un complicado sistema de trincheras en las líneas defensivas. Los húngaros pusieron en evidencia su fuerza de ataque en Trevigliano. En irresistible carga la caballería ligera quebró el sistema de trincheras, evitó las trampas y fosos que habían construido especialmente para atrapar a la caballería pesada que no podía girar, detenerse, ni maniobrar en cuanto se ponía en movimiento. Carlo Malatesta, el señor de Rimini, estaba aún reuniendo sus tropas cuando —según las crónicas de la época— ya fueron ocupadas setenta y siete ciudades y fortalezas por los húngaros.

Al comenzar la campaña militar, se tuvo la impresión de que el avance del ejército de Pipo no se detendría hasta Roma. Pero los capitanes que combatían bajo el hechizo de su impulso, pronto comprobaron que el caudillo frenaba el avance. Ordenó descanso durante algunos días, mandó hacer movimientos militares equívocos, haciendo mover casi en círculo a sus hombres. Después estrechó la línea de su frente, demasiado ancha, dio la vuelta y dirigió su ejército hacia Udine. Algunos cronistas manifestaron su sorpresa porque los términos italianos sonaban demasiado familiarmente en boca de Pipo, ya que su idioma debió de ser el «véneto», puesto que procedía de la ciudad de las lagunas. Hablaron también de dos enormes jarrones de cristal, llenos hasta los bordes de oro veneciano, recién traído de la Zecca… La historia no pudo formarse juicio en el dilema entre Pipo y la verdad, pues nunca se encontró ningún documento que demostrara el soborno a los comandantes enemigos. La moral de esta época era de manga ancha para ciertas estratagemas; y a pesar de que Pipo pasaba por ser un militar húngaro, en el fondo de su corazón seguía sintiéndose italiano.

Lo más probable —y también lo más simpático— pudo consistir en que Filippo, superando en perspicacia a la mayoría de los estrategas de la época, consideraba demasiado larga y estrecha la línea defensiva italiana. Si Malatesta conseguía atacar con diez mil mercenarios y con una importante artillería a los húngaros, podía cortar la retirada en los territorios de Trevigliano. Udine se mantenía firme en manos húngaras, y allí podría estabilizarse y volver cuando quisiera a casa, atravesando Friul bajo la custodia de los Cillei.

La campaña militar gozaba también de un colorido político: Segismundo, como soberano jefe de la cristiandad, devolvería a Carrara y a Della Scala los señoríos de Padua y Verona —por el momento en cesión jurídica solamente— sin que en realidad pudiera hacer efectiva esa cesión en la práctica. De todas maneras las ciudades interesadas lo supieron. En consecuencia, los decretos

imperiales romano-germánicos llegaron a convertirse en elementos de agitación, a espaldas de los venecianos.

La guerra no había terminado cuando comenzó una nueva batalla en la cual, según las noticias llegadas, los venecianos per dieron casi diez mil muertos. A la cabeza del ejército húngaro se hallaba en esta ocasión el voivoda transilvano Nicolás Marozali, quien perdió allí su vida.

La guerra fue terriblemente devastadora, ambas partes se agotaron y así acabaron aceptando la intervención del papa Juan XXIII, quien dio importantes pasos en favor del alto el fuego. El capitán de los mercenarios, antes comandante en jefe de Bolonia, conocía muy bien la situación de ambos ejércitos. Para las negociaciones llegó a Buda una delegación de Venecia, dirigida por los senadores más distinguidos, Mocenigo y Loredano. Pero el ambiente se alteró cuando las gentes de Buda, ante los delegados, pisotearon en el barro cinco banderas venecianas conquistadas… (Se habló de una provocación.) Pero con seguridad no fue este incidente el motivo de que no llegaran a un acuerdo; así que en 1413 se reanudaron los combates.

Como si hubiera cambiado la suerte de los dados, Carlo Malatesta resultó ser un enemigo digno frente a Pipo. En la segunda etapa de esta güera, al lado de Molla, en Friul, triunfó Malatesta sobre los húngaros. También en Dalmacia se vigorizó el ataque veneciano, logrando ocupar la ciudad de Sebenico, que hasta entonces estaba en manos de los húngaros.

Al enterarse de estas funestas noticias, Segismundo decidió súbitamente colocarse él mismo al frente del ejército. Naturalmente no le aprobaron ni sus consejeros ni los estrategas húngaros. La persona de Segismundo era el único punto firme en el caos europeo, el país podía llegar al derrumbe si en el trono sólo había una niña de tres años, bajo la tutela como reina, de una regenta de diecinueve años. No tenía ningún objeto —dijeron— ni valía la pena que su majestad corriera con los riesgos incalculables de una carga de caballería con su habitual vehemencia. Los capitanes también temían a Segismundo, conociendo sus precipitados planes de guerra, sus cambiantes intenciones, con los que sorprendía a sus comandantes en los minutos decisivos de una batalla. Ni Pipo ni los otros capitanes necesitaban un soberano imprudente en el campo de lucha. Pero la presencia del monarca respondía, sin embargo, a las tradiciones húngaras, aumentando la emoción del choque y era costumbre que el héroe de alguna hazaña importante recibiera en el mismo campo de batalla su premio, de manos del soberano.

De nuevo faltaba *dinero* para que Segismundo pudiera marcharse a Italia, al frente de un nuevo regimiento. Por eso, a finales de 1412 se decidió

empeñar a los polacos dieciséis ciudades de Sepes por la suma de 36.000 monedas de plata, con el consentimiento de los nobles húngaros. (Los polacos dominaron durante más de tres siglos estos territorios que se habituaron a la vida polaca y a su lengua; sus estudiantes frecuentaban la universidad de Cracovia. Hungría jamás pagó la garantía en dinero y las ciudades de Sepes volvieron solamente al «corpus» del Estado húngaro, al repartirse y desmembrarse Polonia.)

Mientras tanto Segismundo buscaba aliados. El antiguo enemigo de Venecia y Génova, se ofreció a ayudar por mar a Segismundo, principalmente en la zona dálmata. Además, el príncipe austríaco —como sucesor designado del rey húngaro— se unió también a la nueva alianza.

La campaña prosiguió con probabilidades inciertas. Cerca de Molla Segismundo logró sobreponerse al ataque de las tropas de Malatesta: 180 italianos fueron capturados. Algunos cronistas cargaron a la responsabilidad de Segismundo, lo que otros atribuyeron a la crueldad de Pipo Ozorai: una acción represiva en que les fue cortada la mano derecha a los ciento ochenta prisioneros de guerra, devolviéndoles, mutilados así, al campamento de Malatesta. Fue una acción muy cruel. Si la propuso Pipo, también pudo Segismundo modificar la resolución. La historia cargó a Segismundo con esta monstruosidad. Otras fuentes pretenden saber que todas las veces en que Segismundo se decidió a cometer semejantes crímenes, siempre en el fondo, aparecía aquel hombre de Florencia… En la desgraciada batalla (al menos según las apariencias) quedó, por otra parte, malherido Carlo Malatesta, que no pudo seguir mandando su ejército.

Hermann Cillei intentó intervenir otra vez entre las partes contrarias, pero nuevamente sin éxito. Pipo se adelantó en las llanuras de la Italia del Norte y los caballeros húngaros alcanzaron Vicenza. Las torres y murallas de Vicenza eran fuertes, evidentemente preparadas para el asedio. Pipo intentó varias veces el ataque sin resultado. Sus fuentes de alimentación agotadas, debió de retirarse de aquellas fortalezas.

Pascua en Trieste: en 1413 firmaron el armisticio por cinco años, los dos fatigados y exangües adversarios. La cristiandad fue la que más sufrió los daños causados por el fratricidio, pues como por arte de magia, se reforzó repentinamente la presión turca en los Balcanes. De acuerdo con las condiciones del armisticio, ambas partes podían permanecer en los territorios ocupados.

Vivían bajo el hechizo del dinero veneciano cuando, al firmar el tratado, 200.000 ducados de oro pasaron de los venecianos a la tesorería de

Segismundo. Además, la república de San Marcos aseguraba el paso del rey romano en dirección a la Ciudad Eterna, pero sólo para la coronación y con una escolta más bien modesta, y de ninguna manera con un ejército… Los Carrara y Della Scala no podrían volver a sus ciudades. Pero a Francesco Gonzaga, señor de Mantua, ambas partes le confirmaron en el dominio de su comarca. Después de firmar el armisticio, que se consideró en realidad como un tratado de paz, Segismundo se marchó a Friul para visitar el país causante de todos esos conflictos; y de paso dejarse festejar en Belluno como el soberano de la paz.

13

EL «MAGISTER» se enderezó después de su reverencia como si se alzase sobre el rey, recogido en el enorme sillón con la corona. Junto a Wenceslao, en la mesita, reposaban una copa y una jarra de vino, por ahora sin tocar; el rey señaló la puerta al paje de tumo y quedaron solos los dos. La cara de Wenceslao había cambiado. Nadie podía conocer el camino de su alma a través del espejo de la mirada de este hombre extraño, Wenceslao. El «magister» podía leer todo ello: las metamorfosis de su carácter, sus cambios temperamentales. Cuando le invadía uno de sus frecuentes ataques de ira, se deformaban sus arrugas, sobresalían sus ojos saltones, sus venas se hinchaban, su voz saltaba a un ronco diapasón, sonando como un grito. En estas ocasiones, como si el Hradschin se hubiera despoblado, los criados, los chambelanes se apartaban mientras prevenían al físico o al sangrador por si hiciera falta, puesto que antes o después podía sobrevenirle un ataque de apoplejía.

Pero en este momento su majestad parecía tranquilo y sobrio, dispuesto para el diálogo. No tronaba ni gemía, pero tampoco se recostaba en el trono con apatía, pese a que éstos eran los dos extremos, entre los que se movía. La cara de Juan Hus estaba pálida, sus ojos rojizos por las vigilias y las lecturas. «Ad audiendum verbum regium» rezaba la invitación —ven a mi palacio a escuchar las palabras regias—. Anteayer le había entregado la carta un oficial del palacio, en la galería de la universidad. El camarlengo había venido acompañado, porque de acuerdo con las reglas del Alma Mater, sólo tres personas armadas podían estar entre las paredes del Carolineum y eso, con autorización del rector. Naturalmente, al minuto se había difundido la noticia de que el «magister» había recibido una citación para ir al palacio, cuyo motivo intentaban adivinar estudiantes y profesores. —¿A quién? ¿Para qué? —. El mismo Hus al recibir la citación renunció a sus clases de aquel día y del próximo, abandonó el edificio y se encerró en su casa. Para preparar la entrevista, limpiar el alma, dejando fuera las cosas de este mundo.

No era la primera vez que se encontraban el rey y el profesor posiblemente más famoso de la universidad de Praga. Pero había ocurrido hasta ahora en ocasión de alguna solemnidad, en la inauguración del «Studium Generate» al que asistió Wenceslao como patrocinador del Carolineum. Pero así, frente a frente, citado especialmente en horas de la mañana, era sorprendente en la vida de Praga y de la corte, y no había precedentes de que su majestad —por su propia voluntad— hubiera querido dialogar con un «magister», en lugar de un súbdito noble; y ni siquiera en solemne audiencia, sino en reunión secreta.

Con cierto resentimiento, el rey Wenceslao recibió la reverencia de Hus; no le hizo sentar, naturalmente, ni le estrechó la mano. Pero la expresión del soberano no era agresiva, el «magister», doctor de muchas almas —pues durante algún tiempo fue también confesor de la reina Sofía— sabía leer el temperamento en el rostro humano. Posó en él una mirada meditabunda, melancólica, casi era guapo en este minuto el señor supremo. Seguramente fijó para la audiencia esa hora de la mañana (conociendo su propio carácter) para poder estar en pleno dominio de su sobriedad y competir así con el «magister», que poco a poco se había convertido en una personalidad famosa de Praga. Hablaban de él no sólo en los laberintos de la universidad, sino también en la corte, en el mundo de la ciudad antigua y nueva, entre los nobles y los caballeros. Porque cualquiera podía escucharle los domingos, en la iglesia de Belén, siempre que estuviera dispuesto a colocarse allí ya al amanecer para poder conseguir un sitio, por lo menos, dentro de la nave. ¿Se habría enterado Juan Hus de su propia fama, habría rondado la vanidad humana al profesor con más de cuarenta años, notable asimismo en teología y lingüística? Aquí se hallaba ahora el «magister», el conocedor de los laberintos de la ciencia, con su negro hábito sacerdotal, sin cadena de oro. Llegó angustiado, como un funcionario más que va al encuentro de su gran señor, de poderes ilimitados. La palabra del rey es la propia ley, había afirmado el antaño doctor en derecho; este «quod princeps vultum legis habet vigorem» era hasta entonces sólo una frase vacía en la infinita serie de estudios; y ahora, de pronto, se había convertido en una temible realidad viva, en la sala de audiencia adonde condujo el camarlengo al «magister». Wenceslao podía hacer con él lo que quisiera. Era el poder de este rey de cara enrojecida que en la segunda mitad del día estaba ya siempre bebido, el primogénito del ingenioso emperador antiguo, educado él mismo por excelentes profesores. ¿Qué podría hacer Hus contra Wenceslao? Se inclinó

respetuosamente ante quien a sus quince años ya había sido aclamado con el título de rey romano. Y esperó respetuoso:

—Tú, magister Juan y tu amigo Jeremías, vosotros sois en Praga los verdaderos conspiradores. Sois vosotros quienes sembráis las doctrinas del hereje de Oxford, Juan Wycliffe, a quien siguen maldiciendo después de su muerte, cuyos huesos quieren desenterrar y quemarlos. Y tú proclamas su verdad no solamente ante los estudiantes, que después de todo son gente inteligente y saben a qué atenerse sobre teología y filosofía, sino que ofreces también sermones y en ellos mencionas el nombre del canónigo herético. Así lo dijiste: «Wycliffe, que en gloria esté»… ¿No temes Juan Hus, que a ti también te quemen? Si nosotros no estuviéramos aquí, con todo el peso de nuestra persona, ya te hubiera cazado el arzobispo… ¿No te da miedo seguir por un camino tan peligroso? Te mandé llamar para decirte: todavía estás a tiempo de volver al camino seguro, tranquilo, apacible. Entonces podré defenderte. Pero si… déjame oír tus palabras. Puedes hablar.

—Las palabras vuelan, majestad. Ni nosotros somos capaces de cortar sus alas. Es posible que en la iglesia de Belén, la gente interprete mal algunas de mis palabras. Puede ser que yo mismo no me haya expresado lo suficientemente bien para que los que escuchen puedan oír de mis labios la expresión de la humildad. Pero en lo que se refiere a la síntesis, al «logos», majestad… Cuando Wycliffe murió en paz, según el deseo del Señor, yo no tenía más de quince años. ¿Cómo hubiera podido saber de él? ¿Cómo hubiera podido leer en vida de él, el *De civili dominio*? Sus libros, majestad, fueron traídos a Praga por aquellos sacerdotes que llevaron a la princesa Ana a Londres, a su futuro marido, el rey Ricardo; y estando en Oxford, se hicieron con los escritos de Wycliffe.

—Pero tú sabes también que Wycliffe renegó del poder del papa y discutió el derecho de los obispos sobre los creyentes.

—Majestad, entre los libros de la universidad puede encontrarse la *Summa Theologiae*, una antología de las obras maestras de Wycliffe. ¡En ninguna parte se habla en ella de que haya que negar la obediencia al rey! Ha sido justamente lo contrario, él mismo apeló al señor de Inglaterra…

—Tú bien sabes lo que pasó. Es demasiada coincidencia la manera como tú instigas a la revuelta, y la manera cómo las enseñanzas falsas o no falsas de Wycliffe instigaron a la gente en aquellos tiempos. Los campesinos se sublevaban, entonces, hace treinta años, quemaban los castillos, y a los señores, donde los atraparan… Por todas partes los caballeros se referían a Wycliffe. También sabes que el caudillo de esa sublevación, confesó ante los

jueces que a él, las palabras de Wycliffe le llevaron a la rebelión. ¡Qué sabes tú, Hus, dónde pueden caer los gérmenes sembrados por ti, en tu Belén! Ten cuidado…

—Majestad, jamás hablé ni hablo del poder terrenal. A eso no podría referirme. Y si en la Iglesia reina ese enorme caos, ese desorden, si hay ya que repartir entre tres papas el mundo de los creyentes y entre los príncipes la obediencia a ellos, esto prueba que no existe ahora la armonía de la Iglesia del Señor. ¿No es acaso tarea nuestra, facilitar el camino hacia la luz y la claridad?

—¿Quieres sermonearme también a mí, a pesar de que ya, no seas el confesor de la reina? No te llamé para eso. Te advierto que si persistes en esos sermones, excitando a los habitantes de Praga, no podré hacer nada por ti. El arzobispo Zbynek ya exige que deje paso al proceso, que él no llama inquisición, pero que en el fondo sería muy penoso para ti, si pasas a su jurisdicción. Procura reconciliarte con el arzobispo, hijo mío. Y aunque no lo he oído, barrunto que tampoco te caen bien los alemanes, cuando alabas la belleza de la lengua checa… Sé que dijiste que supera en mucho a la lengua de los alemanes. ¿Lo ves, hijo mío? A mí me da igual hablar en alemán o en checo. A mi padre, que en paz descanse, también le daba igual. A cada uno, en su propia lengua… ¿Para qué forjar más armas, fomentar el odio entre las paredes del «Alma Mater», entre estudiantes alemanes y checos? ¿Por qué elogiar tanto la superior belleza por encima de todos, de la lengua checa? Tengo la impresión de que también aquí quieres convertirte en reformador. ¿Les enseñas a escribir a los checos, «magister» Hus? ¿A que pongan pequeñas señales, comas, adornos, sobre las letras latinas, para que se pueda leer el texto de nuestra propia lengua, tal como la hablan? ¿Para qué sirve todo eso? Si hasta ahora estábamos satisfechos con el latín, sigamos pues con él. No por ello pasará nada…

—Majestad, vos también utilizáis la lengua de Bohemia, igual que yo. Si este idioma es digno de que lo hable el rey con los súbditos, entonces el que sirve en el Alma Mater ¿no es digno acaso de escardar la mala hierba entre las flores de la lengua, así como el pastor de las almas también cuida constantemente de los tropiezos en el carácter humano?

—Eres un hombre obstinado, contigo no llego a ninguna parte. «Quod dixi, dixi»: lo que te dije dicho está, hijo mío. Si no quieres que en Praga o fuera de sus murallas enciendan una hoguera… ten mucho cuidado. Date por advertido. Ahora puedes irte en paz, no serás molestado. Vuelve en ti, y habla con ese otro turbulento, tu amigo el padre Jeremías. Vale.

Afuera los camarlengos ya esperaban en la antecámara junto a los consejeros. La audiencia se prolongaba, no se oyeron los gritos acostumbrados cuando su majestad montaba en cólera. Todos sabían que no se trataba de cualquier cosa. Juan Hus era una atracción de Praga, como lo es la estatua ecuestre de san Jorge. Para nadie era un secreto que el rey y el arzobispo reconocían al Sínodo de Pisa y al papa allí elegido. Y justamente ahora aparecía Hus con sus aspiraciones a las grandes reformas universales, lo que haría imposible la solución del cisma. Todos creían saberlo todo en torno a Hus. Nadie se hubiera sorprendido de verlo salir del cuarto del rey, entre guardias. Y tampoco de ver a Wenceslao abrazándole, llamándole «hijo mío querido». La audiencia era larga, el «magister» salió con el rostro blanco como la tiza. En sus ojos no se veían relámpagos de odio, no apretaba sus puños. Era tan pálido, tan ascético el hombre vestido de negro, entre la pompa multicolor de la corte, que nadie se atrevió a detenerle, y mucho menos a interrogarle. Tampoco se atrevieron a demostrarle públicamente su simpatía —pese a que apreciaban al reformador, como le llamaban ellos—. Nadie sabía qué podía ocurrir en los próximos días o meses, en la dorada Praga.

En la capital del emperador Carlos, el Carolineum era —según las actas— como el carbón vivo. El fundador de la escuela había elegido sus estatutos entre las escuelas superiores de París y de Bolonia, que le parecieron las mejores. Por un lado la universidad de los profesores, por el otro la universidad de los estudiosos: la disciplina de una era más severa, la de la otra más moderada. Ni en París ni en tierras italianas se enfrentaron el latín —idioma de la ciencia— con el checo —idioma de los estudiantes. En París hablaban la lengua gala mientras en Italia se hablaba el «volgare», que desde Dante también se escribía de esa manera. Pero en Bohemia, y más aún en Praga, no era todo tan sencillo: en las aulas, en los «prelegacios» utilizaban también el latín, pero los germánicos lo pronunciaban con acento más duro que los otros, los de la casa. Y en cuanto salían a las galerías, comenzaba la gran disputa. Al principio había más estudiosos germanos que checos, que eran más pobres y no podían pagar sus pensiones y apenas el coste de los estudios. Pero a medida que iban cambiando los tiempos en los últimos años del emperador Carlos, también invadieron el Carolineum los hijos de patricios y caballeros, checos en su mayoría. ¿Acaso intentaban sustituir a los alemanes? El acta de la fundación había creado cuatro grupos nacionales de enseñanza: checos, sajones, bávaros y polacos se establecieron según sus propias leyes. Eligieron conjuntamente al rector, quien tenía nacionalidad

alemana o checa. Y durante largos años dominó la paz, pero en la época de Wenceslao, también el orden de las universidades fue trastocado.

¿Dónde se ocultaba el «magister» a los ojos de los curiosos? ¿Habría dicho realmente que «el anticristo residía en Roma»? ¿Era por eso que quería procesarle el arzobispo? ¿O bien la severa acusación sería la de haber traducido al checo la obra más atacada de Wycliffe, el *Trialogo? ¿O* sería que había logrado modificar las leyes universitarias, en el sentido de que la parte checa tuviera tres votos durante las elecciones, mientras que las otras seguían teniendo un voto cada una? ¿O… porque incitaba a los estudiantes checos para que no se humillaran ante sus compañeros llegados del Imperio, que hablaban abiertamente y sin temor alguno en la lengua de su patria? El idioma checo era por lo menos tan refinado como la lengua alemana que hablaban los bávaros, los sajones, los turingios.

El rey le había llamado porque de acuerdo a su carácter cambiante y caprichoso, quería igualar a pesar de todo, la importancia de Hus y la del arzobispo Zbynek. A su majestad le aburría el mar de papeles, raramente leía documentos. Pero tenía un instinto especial para sentir de dónde y en qué dirección venía el peligro, y cómo podría neutralizar con algunas palabras paternales, tranquilizadoras, el comienzo del mal., Praga parecía entonces estar al borde de algún volcán, continuamente humeaba con destellos y truenos, desavenencias entre los habitantes más adinerados —los alemanes de la ciudad antigua— y los pobres checos de la ciudad nueva. Por las noches se enfrentaban los jóvenes, antes de que cerraran los portales que separaban los distintos barrios. Al magisterio llegaban diariamente noticias sobre los alborotos. Los alemanes acusaban a los estudiantes checos por sus disputas, en las sesiones del consejo municipal se mencionaba cada vez más el nombre del predicador de Belén. Realmente esta de Belén era una iglesia más bien pequeña: en la administración de la vida religiosa ni siquiera podía ocupar un sitio, por poco importante que fuera. No obstante, eran cada vez más los que consideraban esta pequeña casa de Dios, donde Hus dictaba los domingos sus prédicas, como un lugar de peregrinación para los checos. Los estudiantes procuraban obtener ya por las mañanas, algún rincón tranquilo donde situarse con los útiles de escribir. Como si el «magister» dictara sus clases, el discurso era anotado y después se reunían comparando, recopilando entre ellos los textos y copiando lo que llamaban «succus» —resumen— hasta llegar así a obtener las copias. Al final de la semana, ya podían leer todos aquellos a quienes interesaba —sacerdotes, notabilidades de la provincia, a veces también barones— el sermón predicado por Hus.

La gran acusación, el mayor cargo, no era que Hus fustigara los abusos de la Iglesia y a los prelados juerguistas, con su ardor ascético. El «punctum saliens», había surgido por las enseñanzas de Wycliffe, quien descansaba ya desde hacía decenios en su tumba, adonde fue llevado con la bendición del Señor. Pero con sus cenizas no estaba concluida su obra, como es el destino de todos los mortales. El papa Alejandro prohibió las doctrinas del difunto profesor de Oxford. Se encontraran dónde fuera sus escritos, éstos debían de ser arrojados a las llamas y su cadáver —sin consultar siquiera al rey inglés— debía ser sacado de la tumba y arrojado su féretro con los huesos que quedaban a una hoguera, como habría debido ser arrojado el mismo Wycliffe si aún hubiese vivido en ese día. Por suerte, la Iglesia inglesa no se apresuró a cumplir la orden papal sobre esa exhumación.

Todo esto era necesario dado lo simbólico de la época, y los que ignoraban las letras y sólo conocían las historias de la Biblia por los comentarios en las iglesias —lo que los pedantes llamaban «el evangelio de los pobres»— éstos comprendían su sentido por la fuerza de los símbolos. Por eso el filósofo inglés, fallecido hacía ya un cuarto de siglo, el teólogo apacible, debía ser excomulgado después de su muerte, proclamándole hereje, impenitente, y más aún, porque la muerte había cortado el camino al remordimiento, hacia la conversión.

«¡Comburantur!» Que fuera entregado a la destrucción, a la llama ardiente todo cuanto el hereje inglés había creado a instigación del Malo…

El arzobispo de Praga fijó en domingo la fecha para la hoguera de Wycliffe, que encendería él mismo echando a las llamas todos aquellos códices, rollos de papel y pergaminos que guardaban las ideas del hereje inglés, potencialmente contagiosos. Sobre Juan Hus cayó un «interdictum» más ligero: los que se colocaran a su lado, recibirían la misma sanción. «Si hace falta —dijo el arzobispo en su prédica, llamando al remordimiento— excomulgaré, anatematizaré a toda Praga, enmudecerán las campanas, y los sacerdotes no oficiarán bodas ni bautizos en la capital checa.»

La universidad se preparaba para nuevas elecciones. Hus ya ocupaba el cargo de decano y también de rector, desde hacía años. El profesor que era elegido una vez y que había desempeñado el alto cargo, sólo podía ocupar de nuevo ese puesto a finales de su vida, antes de retirarse. Los estudiantes y los profesores más jóvenes lucharon de nuevo, no obstante, por Hus; los ancianos profesores de la facultad de teología, cobijados en las frías alturas, eran partidarios de mantener la autonomía del Carolineum, pero tampoco se atrevían a oponerse al arzobispo. Los más enterados, esperaban tener noticias

del Hradschin —qué se había decidido en la corte, especialmente lo resuelto por la pareja regia—. Era sabido que la reina Sofía tuvo al «magister» durante mucho tiempo como confesor suyo; y sólo se deshizo de él cuando las nubes comenzaron a acumularse sobre el predicador que proclamaba la reforma de la Iglesia.

Puesto que los sermones dominicales de Belén fueron difundidos a todo lo ancho y lo largo de Bohemia, los sacerdotes más jóvenes citaban en sus púlpitos frases de los discursos de Hus. El caliente torbellino se formó sobre Praga, especialmente desbordó en el mundo de los intelectuales, pero también afectó a la gente baja y, en forma más cruda, más apasionante, a los alemanes.

El arzobispo, revestido con los símbolos del *Into* y con una antorcha en la mano, se dirigió al patio de la iglesia. La hoguera, de tablas fáciles de quemar, desechos de madera y virutas, era naturalmente más pequeña que las que servían para quemar brujas o herejes. Los dominicos habían hecho ya una pila con los libros y recogido en una gran cesta los manuscritos. Revisaron otra vez minuciosamente todas las obras para no mezclar algún cordero inocente entre los ponzoñosos lobos. A pesar de que la acción destructiva del arzobispo Zbynelc se extendió a todas las obras de Wycliffe, hizo resaltar no obstante en su prédica, que duró dos horas, los libros más peligrosamente extraviados. El llamado *De civili dominio*, en el cual el hereje de Oxford atacó peligrosamente la organización de la cristiandad; el *De Eucharistia* que sojuzgaba los pilares más devotos de la fe. Estas obras se parecían peligrosamente a los credos herejes que fueron eliminados hacía ya muchos siglos.

Finalmente las escrituras reunidas en el *Summa Theologiae*: ¡Fuera con ellas! La llama de la antorcha encendió las virutas de los bordes; la gente rodeaba en gran número la plaza de la Iglesia a respetuosa distancia de las llamas. Sabían que cuando hacía viento, bastaba una chispa para hacer cundir el pánico entre la muchedumbre. Pero no todos podían saber que aquí, sólo se estaba convirtiendo en pavesas la obra de un muerto; mientras que el auténtico, el real culpable vivía allí al cobijo de la universidad, y no se le podía poner la mano encima, ni siquiera los guardias del arzobispo. Hasta que no decidiera de otra forma el mismo rey, se extendían sus manos protectoras y de alguna manera invisibles, sobre la cabeza del «magister». Que cuando cayesen las pavesas sobre esta cabeza, también podría quemarla.

Se logró descubrir unos doscientos libros para traer a la hoguera. Los primeros tomos, los más abultados, que sacaron de las bibliotecas de los monasterios y residencias de los obispos los obedientes feligreses, fueron

arrojados al fuego por el propio arzobispo con un ademán solemne, como si se tratase de un exorcismo a las llamas. Era un hombre fuerte y logró lanzar lejos el primer volumen: el tomo cayó en el centro mismo de la hoguera, sus cubiertas de piel no se entregaron a las llamas, pero éstas se apoderaron de las hojas de papel. Se esparció un hedor agrio, el viento llevó hacia la gente el olor a piel quemada. No se parecía al olor de cuando se quema un hombre, era el olor a tostado el que atraía y espantaba a los mirones que vagaban por allí durante horas. Zbynek tiró algunos tomos más al fuego, después, ya cansado de esa acción, dejó la quema a sus clérigos. El fuego progresaba elevándose sobre el vientre de la hoguera abrasadora y en las costosas tapas saltaban los cierres, crujían las correas, se fundían los cantos de plata. Los dominicos echaron después los pergaminos y los rollos de papel al fuego hasta que todo se redujo a cenizas, a polvo y cenizas…

Después, cuando terminaron los salmos, habló de nuevo el arzobispo. Ahora sí mencionó al subordinado vivo llamándolo por su nombre, habló del hijo perdido y malogrado, del legado herético de Wycliffe… y de los seguidores de Juan Hus. La hoguera apagada era una advertencia del castigo que amenazaba. Pero la Iglesia jamás quita a todo ser viviente la esperanza —mientras le quede un aliento— de poderse reformar aceptando su culpa, retractándose de todo lo proclamado en aquella maldita confusión de sus ideas descarriadas. Amén.

La universidad eligió a los pocos días a Juan Hus como «rector magnificus».

En el Carolineum sabían, como en la corte real y en la ciudad, que el Sínodo de Pisa había elegido a Juan XXIII como papa, en la persona del purpurado Baldassare Cossa, antes capitán de Bolonia. De los miembros del colegio cardenalicio, se habían desvinculado siete de ellos, igual que con el papa Gregorio XII, así como con el papa Benedicto XIII y proclamaron un Concilio universal en Pisa. Destronaron a los dos papas, eligieron al anciano y enfermizo Alejandro, quien imperó durante un año a la sombra de Cossa. Después de su muerte, el cónclave de Pisa eligió a Baldassare Cossa. Se decía que todos los purpurados habían votado por él; en la ciudad y en los alrededores del edificio rondaban amenazadores los arqueros boloñeses de Cossa.

Todo esto ya se sabía cuándo el arzobispo Zbynek proclamó, todavía en nombre de Alejandro V, la excomunión y el anatema, castigos de la Iglesia. Wenceslao y Sofía pensaban ya entonces que pronto cambiaría el viento, tomando la dirección de la reunión de Pisa. En Bohemia nadie había pensado

en el Benedicto español pero en cambio no podían ignorar la elección de Gregorio XII; y el papa procedente de Venecia —todo un santo— no estaba dispuesto a lo que hasta entonces no había hecho ningún papa (excepto un anciano de leyenda): quitarse voluntariamente la tiara y renunciar al título papal.

Wenceslao y su esposa presentían peligrosas emociones en su entorno, estaban por otra parte cansados del odio implacable del arzobispo; consideraron innecesaria y excesiva la quema de libros con lo que sólo lograban irritar a los intelectuales. ¿Y si el nuevo papa, Juan XXIII, resultara ser el más fuerte? Muchos indicios parecían confirmarlo. Había que saber hacia quién se inclinaba Segismundo, y buscar en el lado opuesto la solución. La maldición del arzobispo tenía sólo un alcance que se podría llamar «regional»: tenía importancia mientras alguien viviera en Bohemia. Pero más allá de las fronteras a nadie interesaba el «interdictum» —la prohibición— del jefe de la iglesia checa. Pero, «Hic et nunc» —aquí y ahora— en ese momento se tensó el ambiente y en Praga empezaron a ir y venir los delegados entre el palacio arzobispal, el Hradschin y la universidad. Era lo mismo: nadie se sentía capaz de hallar la fórmula de la conciliación.

—Dos hombres obstinados —comentó Wenceslao a su esposa Sofía—. Cada uno de ellos se dejaría quemar con tal de no renunciar a su postura.

Fue entonces cuando llegó la noticia de que Juan Hus se dirigía a Juan XXIII personalmente, para pedir al santo padre que hiciera justicia al difunto Wycliffe injustamente excomulgado y que permitiera la difusión de sus doctrinas. Era una petición formal: «la Curia debía de anular la sentencia pronunciada contra Wycliffe». Mayor ofensa no se habría podido inferir al arzobispo de Praga. Un sacerdote corriente, un «magister» de la universidad, un intelectual inquieto, se sublevaba contra su autoridad eclesiástica. Bastante ingenuo de su parte el creer que cualquier religioso podía dar crédito a sus palabras subversivas y rebeldes, a sus tesis oscuras.

En la gran ciudad, en Praga, el ambiente estaba que ardía, todos se habían convertido en lobos contra todos. Wenceslao debió sentir que su trono podía vacilar, incluso lo hubiera presentido seguramente, si no hubiera caído sobre él uno de los peores períodos de su vida.

El embajador y observador de Venecia, había informado a la Signoria: no había sido posible proclamar el decreto de excomunión del arzobispo contra Juan Hus en la catedral de Praga, porque la gente la había invadido y obstaculizado la ceremonia con sus gritos, cortando la palabra al mismo arzobispo, como también a los sacerdotes que le reemplazaron.

Aquella misma noche desfilaron ciudadanos unidos a los estudiantes, a través de la ciudad antigua, donde en su mayoría los habitantes eran alemanes, gritando a coro: «¿Por qué quemó Zbynek los libros?». La respuesta era: «¡Los quemó para ofender a los checos!». El embajador informó también que el jefe eclesiástico de Praga fue apodado por toda la ciudad como el «arzobispo Abecé», destacando así su ignorancia y su consabida torpeza en la cultura de los clásicos.

Se dice —informó el relator de Praga— que, al parecer, también se dividió la opinión de la pareja real: Sofía —junto a Hus— apoyaba el criterio de dirigirse en lugar de al «papa mal informado», al «papa mejor informado», a Juan XXIII. Wenceslao prefería obedecer al mayor, al respetable Gregorio «romano». Hus, que era muy respetado en la ciudad por su forma ascética de vivir, no economizaba reproches a la corrupción que reinaba en las cancillerías de Juan XXIII. No obstante, el «magister» escribió al nuevo papa pidiéndole ayuda contra el arzobispo que le estigmatizaba como hereje —sin ninguna justificación seria— sin comprobación e incluso sin una preparación teológica. Se podía fácilmente desmentir cada palabra del «interdictum» de Zbynek. Hus invocó además el veredicto de la universidad de Praga que le dio la razón a él, al «magister».

La carta del «magister» fue pronto ampliamente conocida por todos aquellos a quienes interesaba. El arzobispo fue el primero que advirtió enseguida que el ataque iba dirigido contra él. Se decidió ver al emperador, a Segismundo: a pedirle una justicia ejemplar.

La célebre reunión tuvo lugar en Pozsony. Aquí nada influía sobre la competencia del rey húngaro, a pesar de que seguía siendo bastante oscuro el motivo de la intervención del rey romano-germánico en un proceso que concernía al poder eclesiástico y en el país de su hermano. Pero como Zbynek había llegado a la corte real, le recibió con el respeto debido a su categoría. No fue difícil guardar el secreto de la entrevista ya que dialogaron sin intérprete, en checo. Segismundo, que tendría que iniciarse en el conocimiento de los dogmas durante sus años de Constanza y Basilea, aún no había leído las obras de Wycliffe, no había hablado con Hus, no podía sentir como suyas la agitación y la intranquilidad de los habitantes de las ciudades antigua y nueva. Procuró tranquilizar al alto prelado, le hizo dar una residencia y una corte dignas, y dejó para el día siguiente las conversaciones propiamente dichas. Le pareció una afortunada ocasión que el arzobispo se hubiera dirigido a él, como miembro gobernador del Imperio, con el pretexto de que el reino checo era también miembro del mismo Imperio. El paso del

arzobispo significaba sin duda la aceptación absoluta de la jurisdicción de Segismundo. Cuando terminó ese diálogo, Segismundo comentó con los suyos que Zbynek le parecía un sacerdote devoto y entusiasta —aunque era un alma demasiado simple para decidir por su cuenta en una cuestión tan compleja, que necesitaba tanta paciencia como conocimientos y que se vinculaba con varios países—, que se dejaba llevar por sus emociones, y acaso con demasiada precipitación. El rey se sintió un verdadero árbitro en Pozsony, en el proceso de Zbynek contra Hus.

Además, según Segismundo, estaban demasiado crecidos los cuernos con que atacaban las universidades. Mandó sacar de las cancillerías copias de los juicios que merecía a la universidad de Oxford la excomunión de Wycliffe, después de su muerte; del partido que tomó la Sorbona de París sobre las disputas de Praga. Poco a poco era más alta la voz de los doctores de ala de cuervo, que la del papa o la de los príncipes —dijo el rey.

La conmoción provocada por esa polémica sobre Hus, por la oculta inseguridad de la corte de Praga y por el dudoso éxito del viaje y de la audiencia real, perjudicaron bastante al arzobispo de Praga. Pronto debieron suministrarle los santos óleos; y el inquieto y rencoroso prelado falleció al poco tiempo.

Con la muerte de Zbynek cambió la situación en la capital checa. Ya estaban en marcha las batallas electorales en el aula arzobispal, cuando surgió por parte del rey la sorprendente decisión: el rey Wenceslao nombró como arzobispo a su antiguo médico de la corte, Albik, que era profesor de la universidad y a quien consideraban sabio conocedor de las «realia», y que además tenía fama de ser rico, aunque avaro. Jamás había tomado las órdenes religiosas y hasta su viudez vivió en una larga unión matrimonial. Ya era mayor, no tenía más ilusiones que disfrutar lo que le quedaba de vida en silenciosas investigaciones, retirado del mundo. Gozaba de la reputación de hombre erudito como buen médico alemán, cuando llegó a su morada la llamada de su majestad. ¡Qué podía ser más incómodo para el doctor Albik, que tocar aquel avispero de Praga! Era colega de Hus, aunque éste le superaba como rector. Pero según las reglas del juego no tenían relaciones entre sí, no podían ser ni amigos ni enemigos. A Hus le interesaban, además de la teología, los problemas del idioma checo, su gramática, su desarrollo y era seguro que se ocupó escasamente de las llamadas ciencias naturales.

Wenceslao suplicó prácticamente al anciano comodón que aceptara el alto cargo eclesiástico para el que le consideraba digno por su respetable vida y su

humilde devoción. Era el único capaz de dar término a las lamentables condiciones del momento.

El papa Gregorio XII excomulgó al enemigo de Segismundo, a Ladislao de Nápoles. El pretendiente al trono húngaro se unió inmediatamente a Juan XXIII, y así se destruyó bruscamente la relación tradicional «de padre a hijo», entre la Santa sede de Roma y el reino de Nápoles. El santo padre Gregorio hizo un llamamiento a todos los príncipes cristianos para un escarmiento contra Ladislao. Según la acusación, el impenitente y ateo Ladislao, no desdeñaba enviar delegados al sultán turco y pedir la mano de la hija del «padishah». Pero Praga estaba bastante lejos de Nápoles y el caso de Ladislao no hubiera despertado mayor interés. Pero en ese tiempo, los mercaderes de almas llamaban la atención al llevar consigo sus cajas de dinero —pues vendían documentos de absolución— para librar a las almas del Purgatorio. Hus atacó ferozmente este comercio de la piedad y lo consideró indigno del respeto cristiano. En sus discusiones fustigó duramente estos abusos, con lo que amplió el número de sus enemigos, ya que se jugaban serios intereses económicos en el tráfico de esas cédulas de absolución.

Había en Praga una delegación papal llegada de Roma, para la investidura del nuevo arzobispo, pero los más influyentes entendían que su papel era también el de investigar cuánto peligraba la unidad de la fe con el movimiento reformista de Hus y que había surgido en la universidad de Praga. El nuevo arzobispo citó cordialmente al «magister» y después de su primer y más bien solemne encuentro, incorporó también a la discusión a los delegados de la Santa Sede. El tono era más prudente, más humano también de lo que estaba acostumbrado Hus por parte de Zbynek.

Pero bajo la influencia de los delegados, pronto el ambiente se hizo agresivo. Hus explicó que seguía siendo el hijo obediente de la Iglesia, nada estaba más lejos de él que sembrar la herejía o fomentarla. Pero así como no podía considerar hereje a Wycliffe, tampoco podía condenarse a sí mismo ni retirar sus afirmaciones, a menos que le probaran que sus doctrinas se enfrentaban con las palabras y el espíritu del Evangelio. En este caso estaba dispuesto a retirar sus palabras, a renunciar solemnemente a ellas.

Cuando se oyó esta declaración propia de un comportamiento irreversible, debieron de sentir los delegados papales, así como Albik, que estaban chocando contra una roca. Era inútil todo elemento de persuasión, toda convicción. Juan Hus no era el hombre a quien se le podía conceder favores prometiéndole cualquier halago mundano o el «stallum» eclesiástico; pero también le tenían sin cuidado las amenazas cada vez más claras, que recibía

de parte de los prelados romanos. Cuando el arzobispo cerró el debate, todos tuvieron la sensación de que era la última oportunidad que virtualmente le daban para eludir el fatal peligro: un amenazador movimiento eclesiástico del Norte. Ya no era siquiera la herejía, era la crisis universal de la Iglesia.

A esas polémicas le sucedió una gran discusión pública en el aula de la universidad. Aquí ya no le hicieron cargos solamente a Hus, sino también a su compañero y amigo Jerónimo, más mordaz aún al atacar las cédulas de absolución.

Jerónimo iba de un barrio a otro y bajo su influencia, los estudiantes arrancaron las bulas de los traficantes y las quemaron con gran solemnidad, en el mismo lugar en que fueron echados a las llamas los escritos de Wycliffe.

La residencia de Hus se convirtió en una verdadera base militar, después que pareció definitiva la ruptura con el «ala romana». Por lo visto el nuevo arzobispo tampoco podía obsequiar con una buena noticia a su rey… Hus rechazó abiertamente la llamada del papa. La Curia romana quería enviar tropas contra Ladislao, y las sumas cobradas por las cédulas de penitencia y absolución, servían a los objetivos de esta campaña. «Dinero cristiano para derramar sangre cristiana, ¡eso sí que no!». Fue la última palabra de Hus relacionada con las «indulgencias». La cancillería real tuvo que darse cuenta de que el «magister» no daba tregua en cuestión de teología y además no se guardaba su opinión sobre todas las discusiones referentes al mundo cristiano, al gran imperio del pueblo de Cristo.

La comisión que investigaba la causa de Hus, falló mientras tanto contra el «magister», basando sus acusaciones en 54 puntos. Presentaron su veredicto al rey y Wenceslao —de mala gana y después de grandes vacilaciones— ratificó la sentencia de la Iglesia.

No obstante, cuando el caso se presentó ante las autoridades civiles, es decir ante el magistrado del municipio de Praga, resultó que la mayoría de los consejeros y también los nobles de la corte, tomaron partido a favor de Hus.

En el Ayuntamiento se veían los acontecimientos desde otro punto de vista. La quema de los libros, las manifestaciones, las polémicas de los estudiantes y sus violentas discusiones, creaban un ambiente agitado en la capital. Los de lengua germana no se entrometían aún en la batalla municipal, pero entre los estudiantes crecía la impaciencia. Los investigadores llegados del Imperio que además del alemán, comprendían solamente el latín, se sentían extraños en esta gran ciudad donde les costaba ímprobos esfuerzos hablar con la gente sencilla: con los hospederos, los taberneros, los mercaderes. Y cuando los estudiantes salieron a las calles de la ciudad

antigua, a sus plazas, se aconsejó a los germanos que se retiraran a sus casas, ya que los checos jóvenes tomaban a mal que los de la ciudad antigua hablasen su lengua materna en voz alta. Así que se fueron despidiendo cada vez más estudiantes alemanes de Praga, que regresaban a las universidades alemanas de Colonia o Heidelberg. Éstas no eran tan famosas como el Carolineum, pero por lo menos —bajo la custodia de las autoridades de la universidad— podían vivir y estudiar tranquilamente, hablando su propia lengua. El alejamiento de los estudiantes, de los extranjeros adinerados, afectó mucho a los negocios de los ciudadanos. Se perdía ánimo para pagar los impuestos, se vaciaban los cuartos de los estudiantes, se despoblaban los comedores, las tabernas, las cervecerías… Los checos eran generalmente más pobres que los alemanes. Los estudiantes checos llegaban en su mayoría de los pueblos, contando con poca ayuda paterna, muchos se mantenían de la caridad y de pequeños trabajos, con ayuda de la universidad. Muchos de ellos ayudaban a estudiar a los estudiantes alemanes; ahora este ingreso se había desvanecido también. Los ancianos del consejo municipal, en su mayoría respetables artesanos y comerciantes, sentían en la propia piel el peligro de la escasez en la ciudad.

La intranquilidad se extendió al comienzo en Praga, pero desde allí —en su mayoría gracias a las alas de los clérigos— pasó a las mayores ciudades checas y moravas. La gente del pueblo recibió información de los feriantes sobre los hechos del mundo de las ciudades, y sus sacerdotes —cada uno, según sus ideas— explicaban lo que había pasado. Principalmente se comentaba la difícil situación, al proclamar el arzobispo la excomunión de Juan Hus. De esta manera —por lo menos según los primeros síntomas— empezó el fermento entre las gentes del campo, después entre los siervos, más tarde aún entre los campesinos libres. La gente analfabeta comprendía a su manera, sencilla pero sabía, que no se trataba ya sólo de la cuestión de los dogmas, ni tampoco tan sólo de la crisis interna de la constitución eclesiástica, sino de cómo se distribuían las riquezas de la tierra entre los ricos y los pobres en este valle de lágrimas. Nadie dudaba de cuál era la opinión del reformista de la iglesia de Belén, y el campo de sus partidarios era cada vez más amplio.

A pesar de que en sus escritos y discursos, Hus se dirigía especialmente contra los dueños de las mayores fortunas eclesiásticas, había también bastante privilegiados, descendientes de notables, segundones, e hijos terceros de grandes familias, a quienes la gracia real les proveía de obispados, cargos en abadías, canonjías. Algunos monasterios se habían enriquecido también,

frente a los humildes frailes de otras órdenes, principalmente los franciscanos más pobres, que mantenían en sus casas comunes el espíritu de Asís.

Frente al pueblo se fueron abriendo muchas puertas hasta ahora cerradas. Los partidarios de las doctrinas de Hus, usaban cada vez más a menudo la pluma, traducían al checo los escritos esenciales, principalmente los del Evangelio. Cuando la escritura llegó a manos del pueblo en su propia lengua y por obra de copistas voluntarios, se vio enseguida la consecuencia: que los laicos también empezaron a explicar la Biblia, cada uno según sus razones, su entendimiento.

Mientras tanto aumentó la intranquilidad en Praga por un nuevo y cruel acontecimiento: los guardias de la ciudad habían detenido a tres estudiantes, que protestaban de la manera más vehemente contra las cédulas de absolución. Cuando se enteraron de esto en la universidad, el mismo Hus se puso al frente de los estudiantes. Según testigos, marcharon así dos mil universitarios al palacio del Magistrado de Praga, pidiendo la libertad de los detenidos. Era esta la primera ocasión en que el «magister» Hus salió del mundo privado de las ideas y se colocó a la cabeza de esa demostración.

En la sala del cabildo los consejeros, alemanes en su mayoría, intentaron tranquilizar al profesor. Sólo investigaban lo ocurrido, era mejor no precipitar el trabajo de las autoridades municipales. Por lo visto se esperaba una sentencia moderada…

Hus volvió a la plaza mayor, aconsejó calma a los estudiantes. Poco a poco se fueron dispersando, abandonando las calles cercanas mientras descendía sobre Praga, junto a la llovizna, una tranquilidad silenciosa. Pero el juez quería sentar un precedente riguroso. En las horas de reposo se abrió una puerta lateral del Ayuntamiento y sin el acostumbrado y lúgubre ceremonial, sacaron a los tres estudiantes con los que el verdugo —llamado en secreto al Consejo— cumplió su sangriento deber. En la plaza mayor sólo había unos pocos testigos de la sentencia, pero la noticia se expandió en minutos, principalmente en la ciudad nueva, ocasionando indescriptible agitación. Los compañeros de los ejecutados arrebataron los tres cadáveres y los llevaron a la iglesia de Belén. Al mismo tiempo crecía la multitud ante el palacio. Exigían a gritos ser también ejecutados, puesto que compartían las creencias de los alevosamente muertos. Se descubrió entonces que los tres sentenciados habían sido considerados como agitadores responsables por los jueces del Consejo, pero en realidad había detenidos muchos más estudiantes, que se consumían en los calabozos. Cuando el griterío de la muchedumbre se hizo ya peligroso, el alcalde pidió ayuda al Castillo, lo que fue inútil porque no

llegaban refuerzos; esto decidió a los concejales a poner en libertad a los estudiantes, como medida de precaución. Pero éstos, ante las puertas abiertas se colocaron en círculo, cantando y negándose a dejar la cárcel, desafiando a que les trataran como hacía sólo unas horas hicieron con sus compañeros.

La multitud se preparaba a atacar el edificio, cuando los guardias lograron sacar casi a la fuerza a los estudiantes liberados, con lo que la gente pareció apaciguarse.

Al día siguiente se esperaba, con cierta expectativa, la palabra real; Wenceslao, severo, aprobó la actitud de las autoridades. «Si es necesario —dijo— que los ejecuten por miles. Y si no hay bastantes verdugos en tierra bohemia, los traeremos del extranjero».

Hus aborrecía el participar y el mezclarse con la multitud, por lo que ya era bastante esa única ocasión: encabezando a los dos mil estudiantes pidió justicia para los detenidos. Después se retiró a refugiarse entre los frescos muros solitarios, e hizo venir a Jerónimo quien, con palabras ardientes y a veces desenfrenadas, invocó la necesaria justicia en la vida terrenal. Hus no debía ponerse más al frente de inquietud alguna, bastará con que se ocupe del alma, que las cosas de este mundo seguirán en manos de los laicos… Estaban enfrentados el uno al otro: Hus y el más joven, Jerónimo. El «magister», desalentado, dejó irse a su amigo al frente de la multitud. Junto a la iglesia de Belén, la gente esperaba afuera la llegada de noticias. Reclamaban a Hus, querían que hablara también él. Pero el «magister» permaneció encerrado en su habitación. Presentía ya que, alguna vez, en su propia patria, en Praga, podía ser apresado.

14

LOS ADMINISTRADORES de Ladislao, pagaron en el castillo de Nedec a los enviados de Segismundo la cuota final de los 37.000 escudos de plata, con lo que trece ciudades de Sepes pasaron a depender del dominio polaco. Los nobles y los prelados habían accedido a este traspaso de territorios, a petición del rey. En un suspiro el dinero se esfumó en la guerra contra Venecia, contienda que no tenía casi interés para Hungría. Al mismo tiempo, Pipo llegaba hasta Vicenza, y al regresar —porque el ejército no tenía suficientes provisiones— se apresuró a firmar en Trieste una tregua de cinco años.

Al poco tiempo se anunciaron nuevas agitaciones en los Balcanes. De la operación de las ciudades «empeñadas» de Sepes, se habían salvado algunas fortalezas de Friul y Trieste que seguían en manos de Segismundo. No obstante, la embajada veneciana al mismo tiempo que negoció la tregua designó al señor consejero Tommaso Mocenigo, quien mantuvo diálogos secretos y personales con el rey húngaro y romano, oficialmente su enemigo. Se trataba de llegar a la terminación del cisma para lo que ofreció el apoyo de la Serenissima, si Segismundo estaba dispuesto a dar los pasos necesarios para solucionar el problema de la Iglesia y de sus tres papas. Era como si conversaran amistosamente dos pacíficas delegaciones, mientras en el campo de batalla croaban todavía los cuervos, volando sobre los cadáveres de miles de soldados.

El inconstante vaivén de los delegados venecianos cambió el rumbo de las barcas reales: como si nunca hubiera amenazado peligro alguno desde Italia, Segismundo se fue del país, marchándose al Tirol, para desde allí viajar a Suiza. Mandó celebrar un gran baile en Innsbruck donde, por deseo de Segismundo, participaron al lado de la nobleza de la ciudad y sus alrededores, también las familias de los campesinos más acomodados. Si tenían que pagar al tesorero por cada visita real, tenían también derecho a participar en las fiestas. Pero este baile dio ocasión a un amargo episodio: un grupo de enmascarados rodeó a una de las más bellas burguesitas —así informaron a Venecia—, la arrancaron del grupo de su gente y la llevaron a un cuarto

sombrío. Con su nombre se alimentó un tiempo la crónica de los escándalos. Sucedió en aquel caso, poco común en esa época, que la señorita de Innsbruck perdió allí su virtud. No se pudo descubrir quién fue culpable del atropello, porque la damita sólo vio a unos encapuchados; después recordó que en la oscuridad sólo hablaban en alemán. De las barbas del violador brotaba un dulce olor a nardos, la joven perdió el conocimiento y ya no recordó más.

Era la hija de un padre muy respetado: hubo un momento en que pareció que la gente de Innsbruck convertiría el baile en un sangriento carnaval. El interés de Segismundo era el de calmar como pudiera a los tiroleses pues necesitaba contar con su ayuda, pedía dinero y soldados, derecho de paso, un apoyo de aliado y amigo. Así que pagó con mucho dolor cuatrocientos ducados de oro como precio por la virtud perdida y devaluada como dote. Pero jamás se supo lo que ocurrió entre bastidores. Al día siguiente brotó un violento y desagradable diálogo entre Segismundo y el príncipe austríaco: ambos se acusaron de lo sucedido la noche del baile.

Los historiadores supusieron que los sentimientos agresivos para con el príncipe Federico se originaron allí, prolongándose durante los siguientes años, en el juicio de Constanza… De lo que pasó después con la joven, si pudo casarse y con quién, ya que Segismundo debía de proporcionar además un novio digno —según su promesa— nada dice la crónica.

En Innsbruck se comentó también mucho otro episodio: al decir de las gentes, se había pretendido envenenar a Segismundo; su cocinero fue quien dio parte de la frustrada tentativa. Aquí surgían de nuevo como excelentes envenenadores —según criterio de la época— los venecianos. Pero justamente la Serenissima —habiendo firmado el pacto de Trieste— no mantenía disputa alguna con Segismundo, más bien la mayoría de los «Dux» se inclinaban a favor de la alianza. Pues decían que del rey húngaro —y así lo experimentaron ellos— se podía comprarlo casi todo con bellas palabras y bolsas llenas de monedas, así que jamás se supo la verdad de aquel atentado. Como todavía estaban frescos los rumores sobre aquel altercado entre el príncipe austríaco y Segismundo, buscaron allí sus posibles cómplices.

La próxima etapa de Segismundo era Chur, la capital del cantón de los Grisones. Esta pequeña y preciosa ciudad, oculta en el seno de las montañas, se convirtió en el lugar de un célebre hecho: allí fue donde se dieron cita y se encontraron las dos grandes potencias de la cristiandad, aunque ambas con séquito discretamente moderado. Juan XXIII y el rey romano se vieron por primera vez, frente a frente. Debían de tener la misma edad: dos caballeros, de los cuales uno llevaba la corona real y el que fue y volvería a ser

Baldassare Cossa, llevaba la tiara con su largo ornato blanco. De los dos, el mejor estratega era Juan, ya que hacía poco había tenido un triunfo, demasiado sangriento pero definitivo, sobre su mayor enemigo, Gregorio XII y su aliado Ladislao de Nápoles junto a Roccasecca. El papa de Pisa conquistó las banderas de sus enemigos, abatió a sus prisioneros y luego hizo su entrada en la «Urbs», como los antiguos emperadores: organizando una marcha triunfal como en la antigua Roma, arrastrando en el polvo de la Ciudad Eterna las banderas napolitanas.

Pronto cambió la suerte: el enemigo excomulgado, Ladislao, volvió —mediante un pacto secreto— a la obediencia de Juan abandonando a Gregorio, de quien no podía esperar apoyo contra su nuevo rival, el francés Luis de Anjou. Y como Juan estaba dispuesto a su vez a abandonar a Luis de Anjou, los antes mortales enemigos se aliaron solemnemente. Ladislao prometió convocar un Concilio en Roma y en éste proclamar a Juan XXIII como único y verdadero santo padre. Pero este Concilio no le dio ningún éxito a Baldassare Cossa: pocos fueron los cardenales de las tres obediencias que se presentaron. Este Concilio cojo —y que presintió su propia impotencia— se aplazó prontamente a sí mismo. Era en este momento, con un Juan XXIII perdida la esperanza en el futuro y que sentía tambalearse su poder, que le llegó la llamada de Segismundo: nada podía satisfacerle más y así se mostró dispuesto a encontrarse en territorio suizo con el Emperador.

Había también aspiraciones terrenales —naturalmente— entre los objetivos de Segismundo, principalmente los preparativos para su coronación en Aquisgrán. A pesar de que el título de rey romano-germánico no dependía ya de ninguna ceremonia, la coronación confirmaría su dignidad real sobre todos los soberanos y las ciudades libres del mismo origen alemán. El otro objetivo sólo podía promoverlo Juan XXIII: ahora se trataba de Lombardía. Había que estrechar las relaciones del príncipe Visconti con el Imperio, reanimando los ancestrales lazos longobardos y con los mismos derechos de regir los otros principados. A Segismundo le preocupaba sobre todo terminar ya con el gran Cisma. Invocó el recuerdo de san Ladislao, a quien sólo su pronta muerte le impidió ponerse al frente de las cruzadas unidas. Cuando renaciera la unidad de la Iglesia, Europa podría emprender de nuevo la lucha para la liberación de Jerusalén.

Así pues, Juan y Segismundo se encontraron en Chur. El papa —a pesar de su ropa severa y respetable— no parecía ni un anciano ni un devoto con aspecto de ermitaño. Rodeaba su rostro una barba oscura, sus gestos y ademanes eran los propios del capitán mercenario que había sido, su voz era

sonora, su latín sufría por influencia del dialecto boloñés, sobre su amplio pecho se estiraba el blanco peto. Las manos que distribuían las bendiciones, eran tan fuertes que habrían podido romper cadenas y hacer crujir los grilletes.

El emperador y el papa parecían surgidos de una misma cantera del mundo caballeresco, y así se contemplaban. Segismundo era más alto, imponente y lujoso, envuelto en su capa entretejida de oro. Esta reunión de Chur, era por ahora sólo una negociación secreta. Todo se hubiera hecho largo y fastidioso si se hubiera confiado a los inevitables tratamientos entre prelados y cancilleres, expertos diplomáticos y cardenales.

Después de haberse abrazado, el papa eludió el beso de la mano imperial, se sentaron en un cuarto interior del Ayuntamiento de la ciudad suiza, comenzando con las naturales e insignificantes preguntas: la comodidad e incomodidad del viaje, el estado del tiempo, y ambos saboreaban el idioma de cada uno, escogiendo entre lenguas vivas y muertas. Pronto Juan se refirió directamente a lo que le interesaba:

—¿Para qué tuvo que venir él —que en este momento era el triunfador entre los tres papas— hasta las montañas de los Grisones con su séquito, y por qué quería Segismundo encontrarse justamente allí, con él?

—Vuestra Santidad conoce mejor que nadie el tablero de ajedrez que son los campos de batalla italianos. En este caso el mejor «peón» es el lancero suizo, sobre todo porque entiende de armas de fuego. Los Cantones —según su interés— admiten que también forman parte del Imperio. Pero no están dispuestos a dar soldados y dinero. Por eso tuvimos que venir aquí, para advertir a la Confederación Suiza, que se mantienen los vínculos de los siglos pasados que les unían al Imperio.

—El tablero de Italia es útil en las campañas de guerra… ¿Os estáis preparando a luchar contra Filippo Maria Visconti? Soy de Italia. No me gustan las tropas extranjeras sobre la llanura del Po. Y menos aún los mercenarios de Suiza, que tienen fama de ser peores que el demonio, cuando les dejan actuar libremente.

—La campaña de Nápoles de mi predecesor el rey Luis, que en paz descanse, demostró que con la caballería húngara, tampoco era fácil sitiar a los castillos italianos. Esa caballería es muy adecuada para guerrillas, para batallas abiertas, pero aprenden con mucha dificultad las reglas italianas del arte de la guerra: las largas marchas, la táctica del cerco, la indulgencia para con las tropas enemigas, aun cuando éste sea a menudo el deseo de los comandantes mercenarios.

¿Acaso era ésta una alusión a la antigua profesión de Baldassare Cossa? ¿O es que por azar hallaron justamente aquí, en la comparación de armas y ejércitos, su tema común?

—¿Pudo llegar su majestad a un acuerdo con los suizos? ¿No se aferran demasiado a los antiguos privilegios?

—No ponen reparos para enrolar a mercenarios en los Cantones, pero la Confederación Helvética no aporta soldados. A petición de ellos hemos consultado algunas cartas antiguas de privilegio. En cada una de ellas pueden encontrarse fallos, reservas, excepciones. Pero estarían dispuestos a reforzar los privilegios…

—Con lo que podría reunirse en la tesorería de su majestad, el dinero para la campaña.

—No puedo bajar hacia Roma, santo padre, sin evitar que el príncipe de Milán pueda cortarme el camino de regreso en cualquier momento. Desde que Filippo Maria se convirtió en príncipe de Lombardía, tenemos que contar con un enemigo importante. Su predecesor, Gian Maria Visconti, sólo se erigía en déspota cuando se trataba de enemigos pequeños, con él hubiéramos podido entendernos. Pero a Filippo le gusta definirse a sí mismo como rey de Italia.

—Igual que a Ladislao de Nápoles…

—Pero vuestra santidad ha reconocido de nuevo a Ladislao.

Esta es una de nuestras mayores quejas. El de Durazzo se llama rey de Hungría y tiene gente armada en Dalmacia.

—Los dos habéis tomado el título de rey de Jerusalem vos y Ladislao. Es un título hueco. La ciudad del Redentor está ocupada por el pagano. ¿Hasta cuándo tardaréis en llegar a un acuerdo vosotros, los poderosos de la tierra?

Las palabras y el tono se hicieron universales, ahora hablaba como «Servus servorum Dei», el servidor de los siervos de Dios. Segismundo miró a Cossa asombrado. ¿Cree? ¿Cree en su propio Estado papal, actuando como pastor de la Iglesia, cuyos trajes viste, cuyas palabras dice? ¿Era posible hablar con Juan como si no hubiera alcanzado el trono pontificio gracias a la fuerza y a las intrigas; cada vez más cerca del caos, en la incertidumbre, como si no hubiera tenido que intimidar a los cardenales en la elección? ¿Acaso se habría posado sobre él la paloma de la gracia? ¿Acaso este Cossa, con él que hace cinco años ni se hubiera entrevistado el rey húngaro, es ahora el enviado del Espíritu Santo, el que ha de llevar al pueblo de Cristo hasta las torres de Jerusalén?

—Primero hablemos de Lombardía. Cuando el año pasado apuñalaron en la iglesia a Gian María Visconti, Filippo Maria logró atrapar la «Signoria».

Los otros dos Visconti —Astorre y Gian Cario— acamparon contra Filippo en Monza. Vinieron a pedirme ayuda, me ofrecieron el feudo de Milán. Pero yo no me fiaba de ellos… ni de que cumplieran lo prometido si lograban vencer a Filippo: entonces podían arrojarse el uno contra la garganta del otro: son todos unos Visconti. A Filippo le considero —a pesar de que ahora sea enemigo mío— como el más dotado, no solamente para tomar el poder sino también para hacerlo más grande.

Sin darse cuenta Segismundo había cambiado del plural principesco a las palabras del estadista que medita y argumenta, que trata los asuntos del mundo con otra persona de su propio rango.

—¿Vuestra majestad no recibió aún aviso de Filippo?

—Guardadme el secreto, santo padre: ofreció veinte mil monedas de oro si me decidía por la paz. Yo necesito ese dinero: los suizos son pobres, pagan difícilmente, esperan sus sueldos a cada instante. Son campesinos libres de los que es difícil recaudar los impuestos. El príncipe de Milán —se dice— es uno de los soberanos más ricos, él y el príncipe de Borgoña… el otro Felipe. Ni Astorre ni el tercer Visconti tienen tanto dinero para reclutar mercenarios, por lo menos para la defensa de Monza…

—¿Para qué os metéis en los problemas de Italia, mi Señor?

—Es un nido de avispas. Si yo desciendo hasta Roma para que me coloquéis la corona, no puedo cruzar como si me paseara, el pantano de Lombardía. Si me marchase con sólo algunos centenares de caballeros, que es lo que los venecianos desean, Filippo podría tenderme una trampa… No sería la primera vez, ni en su historia ni en la de los Visconti.

—¿Qué deseáis de mí, majestad?

—Vos también lo sabéis, papa Juan. Proclamad el Concilio general de la Cristiandad. Invitad también a los griegos que ahora, en su precaria situación, acogerían con mayor facilidad la unión total.

—¿Qué pasará con los checos?

—No son malas las noticias que tengo de Praga…

—En Praga todo el mundo es el lobo de todos, majestad. Ya el rey y la reina difieren entre sí en la cuestión del apoyo a prestar. Sofía está al lado de Hus, el nuevo arzobispo de Wenceslao aceptó la obediencia de Gregorio. Es mi enemigo. ¿Pero puede Hus ser mi amigo? El «magister» es peor que los herejes, niega, no por escrito, pero sí desde el púlpito, el poder apostólico de los sacerdotes… los prelados. Desea una nueva organización… y puede que ni él sepa cómo la quiere. Se están matando en las calles de Praga, decapitan a

estudiantes. Hay que terminar también con el «magister». ¿Qué desea la romana majestad? ¿Que el juicio tenga lugar aquí?

—Como rey alemán, puedo tener intervención en los asuntos checos. ¿Pero, cómo hacerlo cumplir? ¿Contra mi hermano? Toda Praga se levantaría enseguida. Acaso todos los checos. Pero si proclamáis un Concilio, que vengan todos ante el Sínodo. Hus y el arzobispo, los alemanes y los checos, los príncipes del Imperio… los tres papas. ¡Todos!

—¡Luna no vendrá!

—La palabra del Sínodo es más fuerte que el credo de este español. Le destronaremos.

—El Sínodo de Pisa acordó lo mismo; pero Benedicto ni siquiera prestó atención al «Pisanum». ¿Quién le considera como papa? El rey de Castilla y el de Aragón, un conde francés, Escocia. ¿Qué haréis, majestad, si no viene Benedicto al Concilio?

—¿Vendréis vos?

—Si Gregorio también se humilla, sí: yo no tengo ningún rival con un derecho más fuerte que el mío.

—Benedicto es hoy día el único cardenal que recibió su capelo cuando sólo había un papa universal en Avignon. Entonces era joven, hoy ya es un anciano. Pero es él el único santo padre…

—¿Pues entonces por qué le negáis la obediencia? ¿Por qué no os apresuráis a ir a los Pirineos para arrodillaros ante él? ¿Por qué?

—En política sólo podemos avanzar con mucho cuidado, decían los antiguos, acaso Séneca. ¿Qué puedo esperar yo de Benedicto? Sus ojos de anciano no ven más allá del horizonte hispano. Nosotros dos, papa Juan, abarcamos el universo entero.

—¿Y cómo puedo tener yo la seguridad de que os ponéis a mi lado de verdad? ¿De qué el soberano de la cristiandad no reconocerá a otro papa, solamente a mí? ¿No retrocederéis ante la reunión de los cardenales, obispos, doctores, que gritarán «¡Fuera Cossa!» y querrán deponemos a mí, a Gregorio, a Benedicto, para elegir un nuevo papa, según sus propios gustos?

—¡Lo mismo pasó durante el Sínodo de Pisa! ¡Así os convertisteis en vicario de Cristo! ¿Qué sucedería con la Iglesia, si no se reuniesen los príncipes para negociar, si no trajesen sabios decretos los padres de la Iglesia?

—¡Podemos hacer un trato nosotros, majestad!

—¿Un trato a propósito de qué?

—Os ayudaré a reconciliaros con Filippo Visconti. No os excomulgaré si llegáis a una guerra entre los dos. Organizaré el Concilio general donde

queráis, aquí en Suiza. Os daré dinero.

—¿Y a cambio de eso, qué deseáis vos?

—Que me protejáis, que me defendáis. Si los cambios del destino contasen en la edad de un hombre, yo sería más anciano que Benedicto. He visto muchas cosas. No era muy recto el camino hasta la silla de Pedro, pero me gustaría terminar mi peregrinación terrestre en ella… Triunfé sobre las tropas de Gregorio y marché en triunfo a Roma, como antiguamente los emperadores o cónsules. Pero ¿hasta cuándo? Sería suficiente que la agitación que brotó en Praga y en la universidad, envuelva a Europa. En ese caso barrerá a todos los poderosos del mundo, a vos también, mi Señor. Si reunís a todos los díscolos de la federación de pueblos de Cristo, ese «unísono» podría cortar la acción del Demonio… podríamos decir, cortar la acción de Juan Hus. El mío es el poder espiritual… ¿Me defenderíais, con la espada del poder temporal?

—El emperador no puede someter al Concilio.

—Todavía no sois emperador. La corona sólo yo puedo colocárosla.

—El santo padre reside en Roma, vos tenéis hoy en las manos a la Ciudad Eterna. Pero mañana os podrán expulsar fácilmente de ella, entonces no os podré considerar como el sucesor de los Apóstoles. El objetivo es que haya un solo redil. Sí: incluso junto con los griegos, y en este redil, un pastor único. Creedme, cuando hablamos de la unidad de la «Ecclesia», del «unísono», no me mueve ninguna pretensión de poder. Podría quedarme en mi poderosa Hungría, que he dejado por vosotros desde hace años. Puedo llevar con todo derecho el título de rey de los romanos, como mi hermano mayor. ¿Para qué necesitaría también la corona imperial? Todo sería más sencillo… podría vivir con mi mujer, podría ver a mi hija. ¿Podéis creer que cuando vine a Chur, seguía la intuición que me dio el Señor? «Márchate, inténtalo todo, todo lo que puede llevar a la unidad. Humíllate, ruega, amenaza, lucha. Haz todo, Segismundo, para que haya un solo redil, con un solo pastor.»

—Tengo que creer lo imposible… Por eso, mirémonos frente a frente, majestad. ¿Será que os creo porque me parece imposible? ¿Me prometéis protegerme si me destrona el Concilio que, acaso, proclamaré por vuestro deseo?

—¿Acaso, Juan? ¿Termina así la negociación de hoy?

—Decid que seguramente, sí, señor. ¿Pero me protegeréis también si alguna vez tengo que abandonar el nombre de Juan XXIII?

15

LOS GRIEGOS pedían como sede del Sínodo una ciudad que estuviese cerca del Mediterráneo, a la que pudieran arribar sin el peligro de un encuentro con los turcos. El papa Benedicto XIII propuso que tuviese lugar en una sede episcopal vecina a los Pirineos. Los príncipes eclesiásticos del Imperio sugirieron alguna ciudad imperial, que estaba dispuesta a soportar el peso extraordinaria de este congreso, pero también la gloria de haber dado lugar al encuentro más esperado de la cristiandad. Surgió también el nombre de Buda pero hasta allí era demasiado largo el camino por tierra, y los Balcanes eran ya intransitables para los griegos.

Segismundo visitó durante las semanas siguientes la mayoría de los cantones suizos. Esas cabalgadas de su majestad no eran totalmente desinteresadas: no era porque las ciudades —rivalizando entre sí— pretendían ofrecer hospedaje al emperador. Pero en todas partes podrían hallarse privilegios para vender, autorizaciones para ferias y comercios, franquicias diversas. Por los privilegios nuevos o por su ampliación, el futuro emperador no exigía mucho dinero, por lo general bastaban los cálices llenos de oro y pesados objetos de plata, para demostrar el homenaje del funcionario agraciado. Estas visitas a las ciudades aliviaban las preocupaciones diarias de la corte real. De entre todas las ciudades suizas, la que más agradó a Segismundo fue Constanza. Los grandes de la ciudad incluyeron al rey en su Consejo. Le explicaron con qué facilidad se llegaba desde Italia a la ciudad amurallada, lo bien protegidos que estaban los caminos. La ciudad mantenía formalmente el orden y estaban en disposición de poner en servicio a mil guardias que cuidarían la calma, la moral de la ciudad entera. Había suficiente hospedaje para los componentes del Concilio; y los que tuvieran que acampar fuera de los muros, como los caballeros acompañantes de príncipes y cardenales, también tendrían vigilada la disciplina y cuidado el campamento.

El clima de Constanza era templado, raras veces llegaban a la ciudad los vientos nórdicos, más molestos. Segismundo no lo pensó mucho; por su parte se había decidido por Constanza. Rechazó la oferta de Basilea, desoyó la

petición del papa Juan, a quien le hubiera gustado más organizar el Sínodo en alguna ciudad italiana: en tierras de Italia se habría sentido más seguro.

El rey húngaro de germanos y romanos, descansó finalmente en Como, después de su largo recorrido. Allí publicó un edicto convocando en Constanza, para el 1.º de septiembre de 1414, al Concilio general. Prometió salvoconductos para todos los que deseaban participar, ya sea por devoción, por deseo de los padres del Sínodo o para exponer algún caso.

El encuentro «oficial» del papa Juan y Segismundo se había registrado en noviembre de 1413, en la ciudad de Lodi, en la Italia del Norte. El santo padre volvió a presentarse en ropa de ceremonial, Segismundo vistió el traje de diácono que correspondía a los soberanos romano-germánicos. Juan intentó disuadir nuevamente al rey de escoger la ciudad helvética para este solemne acontecimiento, pero Segismundo, que ya había aceptado la oferta de la ciudad, no se desvió de Constanza. Así, a principios de diciembre, firmó también el papa la bula convocando el Sínodo.

En Lodi, negociaron y también cazaron juntos los dos soberanos más grandes de la cristiandad en el comienzo del tibio invierno. Llegaron a conocerse a fondo, si bien no les unía una gran simpatía.

Al igual que en la visita suiza, Segismundo planeaba marcharse de gira después de la fiesta del nacimiento del Redentor, a las ciudades de Italia del Norte, para convencerlas y recuperar así la lealtad al Imperio. Esta obediencia se basaba en algunos oscuros decretos reales, perdidos ya en los tiempos longobardos. En su mayoría faltaban los documentos auténticos relacionados con éstos, en la cancillería alemana.

El final del viaje hubiera sido Génova: en este rico puerto y república del mar, le hubiera gustado a Segismundo ligarse con vínculos más fuertes al Imperio germano, reverdeciendo algún antiguo título. En los palacios de las ciudades de Italia, residían en su mayoría grandes patricios, también tiranos los güelfos o los gibelinos en alianza o en lucha con uno u otro santo padre. (Se decía que Teodoro di Monferrato, era el más poderoso señor de toda una comarca y nieto de un emperador griego.) La universidad de Turin se dirigió asimismo a Segismundo para solicitarle que la elevase al mismo rango que tenían las universidades de París o de Bolonia.

Después llegó el principal soberano de la cristiandad a la pequeña ciudad de Asti. En realidad arribó con una reducida comitiva militar: algunos centenares de jinetes formaron su fuerza armada. Pero sobrevino el inesperado hecho de que un feudal de la región había preparado una trampa: en mitad de la noche cayeron sobre el séquito real, ocho mil mercenarios

armados rodeando la residencia donde Segismundo continuaba un festín en alegre compañía.

Al iniciarse el ataque, los que acababan de acostarse sólo pudieron dormir el primer sueño. «La noche de Asti» quedó como un recuerdo del valor heroico de Segismundo. Puesto a la cabeza de sus jinetes, atacó a los mercenarios —que no esperaban esta carga— «con terribles pero para nosotros incomprensibles palabrotas», según relato de los cronistas, espantándoles y obligándoles a huir en la oscuridad de la noche. A los que pudieron capturar, les condenaron a duras sentencias al día siguiente.

Después de cruzar Monferrato, visitó en Saboya a los condes Ludovico y Amadeo. Durante la visita amistosa los Saboya pidieron a Segismundo que elevara a los condes al rango de príncipes, para obtener así los mismos derechos que los «Reichfürst», los príncipes alemanes. Ello hubiera significado un gran ascenso y habría aclarado definitivamente las relaciones entre los Saboya y el Imperio. Pero el hecho de que los condes de las comarcas de Italia del Norte pasaran a ser príncipes, podría volver contra Segismundo a los intrigantes y celosos nobles de las ciudades italianas. Negó el privilegio a los dos Saboya, pero Nicolás Garai, quien durante todo el tiempo estuvo en la comitiva de Segismundo como consejero confidencial, dejó caer la observación de que el cumplimiento de la petición costaría «lo suyo». Su majestad tenía que comprar primero el favor de algunos príncipes imperiales, principalmente a los electores civiles. «Amontonad un poco más de monedas de oro, laboriosos Saboya…» Esta fue la semilla de su visita a Turin, que duró varias semanas. Había que ser muy prudente en la preparación del gran ascenso, que por lo visto había de durar, hasta la firma del decreto imperial, algunos años todavía.

Mientras tanto, ¿cómo podía mantener la tesorería real a la corte de Bárbara? La reina, a pesar de su corta edad, había conquistado una fama particular, no sólo en Hungría sino en todas partes por donde andaba, sola o en compañía de su majestad, su esposo. Bárbara ansiaba no tanto los costosos vestidos ni los lujos, como las alhajas y el propio dinero. Su corte siempre andaba escasa en lo que se solía llamar «nervus rerum», lo que por ejemplo en Borgoña abundaba ostentosamente: el gasto familiar principesco. Los beneficios de Segismundo nacían en su mayor parte de la situación, próspera o no, de los dominios reales. Si la cosecha era mala, los impuestos llegaban con retraso de todos los puntos de la región. En esa ocasión y si como también hubieran sufrido las inclemencias del tiempo, también las minas producían menos oro, plata, cobre. ¿Qué sabía de todo eso la hermosísima

reina, con su gracia ondulante, con su sonrisa? Pero los que tenían ocasión de observar el papel de regente de Bárbara mientras Segismundo se ausentaba de su país, y de cómo llevaba el consejo los asuntos bajo la dirección de la reina, escucharon sorprendidos las justas observaciones y críticas de la joven soberana. Sin fatigarse ni dar muestras de cansancio en largas horas, discutía mostrando que ella era ahora el primer personaje en el Imperio húngaro. Esta severidad sólo duró hasta que comenzaron sus quejas por recibir poco dinero, porque su corte no era la digna de una reina de tan grande país. Reprochó a los grandes señores y especialmente al arzobispo Kanizsai, que como prelado habría podido intervenir, añadiendo su opinión lo mismo en los asuntos del cielo que en los de la tierra. Pero el arzobispo pronto se percató de sus deseos de lujo, y los religiosos a su servicio le confiaron que la devoción de la reina dejaba mucho que desear. No compartía la religiosidad de su marido que, a pesar de sus errores y de su vida desenfrenada, fue durante su larga vida un sincero creyente.

La gente de palacio sabía que la reina presenciaba los cultos sólo por cortesía y buena educación, y nada más que lo imprescindible según las reglas de la corte. No abría casi nunca su libro de oraciones, nunca meditaba sobre las Sagradas Escrituras. No le interesaban las noticias que llegaban de Bohemia, tampoco estaba muy enterada de quién podía ser Wycliffe, ni de qué quería en Praga el maestro Hus, o por qué luchaba el arzobispo de Praga, o qué diferencia había entre la opinión del rey Wenceslao y la de la reina Sofía, sobre el vaivén de los asuntos de la Iglesia.

Bárbara amaba fervorosamente una cosa: el dinero acuñado, brillante. Por él lo daba todo, sonrisa, cordialidad, gracia de reina. Los poderosos se percataron de esa pasión, del hambre profunda que sentía por el oro. Por lo tanto podían conquistar la magnanimidad de Bárbara con joyas, riquezas, promesas de dinero. Cuando Bárbara, durante las sesiones, leía en alta voz y en alguna instancia los nombres de lejanas posesiones que, solicitadas por uno u otro grande, prometían a la reina bonitas sumas de dinero por su donación, los enterados se miraban entre sí como sabios augures. Lo que hacía Bárbara con el dinero, eso sólo podían saberlo sus más cercanos servidores. Acumulaba y guardaba —no derrochaba como su marido, quien mezclaba los intereses reales con sus propios caprichos—. A Bárbara no le interesaba nada ni nadie; le atraía el dinero en sí, por su misma riqueza a la que era insaciable. Y pronto aprendió que por dinero se podía comprar todo, y a casi todos.

¿Qué era lo que mantenía unidos a los dos, a Bárbara y a Segismundo? De eso algo sabían también los grandes que vivían en la corte. En Hungría el

signo de la reina era el rigor en lo que se refería a moralidad, fidelidad, devota religiosidad. Pero en lo referente a política, a las ambiciones, ya no era tan acertada la relación.

Isabel —cuando murió su marido, Luis el Grande— quiso reinar, dominar, representó bien su papel de reina regente. Sabía orientarse, lo mismo en las intrigas que en la política. Quienes se acordaban de la Isabel mayor, la madre de Luis el Grande, recordaban con grandes elogios a la reina que quiso traer a su hijo a la casa de Nápoles. Cuando el rey Luis creció, su madre siguió siendo durante muchos años su principal consejera. Pero todas esas damas vivían en el clima de un intachable honor, según las severas reglas de una moralidad cristiana. Pero Bárbara —pese a que nadie hubiera podido acusarla categóricamente en relación a su moral— era coqueta, caprichosa, frívola, la encantaba divertirse y al mismo tiempo era una bella que sólo buscaba su propio placer, anhelante siempre por nuevos vestidos, coches, caballos, joyas.

Segismundo tampoco podía reprocharle que no llevara la corte con la seriedad digna de una reina de Hungría. La verdad era que el mismo rey fue siempre bien conocido por su temperamento lujurioso, derrochón del dinero. Era un varón juerguista, preferido por las mujeres, de palabra dulce y sonrisa amable, que se destacaba valientemente en los torneos y que trajo consigo de Italia el brillo de la vida renacentista. ¿Cómo podía exigir Segismundo que la joven Bárbara le fuera totalmente fiel a él, cuando los comentarios y murmuraciones hablaban continuamente de las aventuras de su majestad? No hubo grandes amores, las crónicas tampoco supieron nunca de favoritas. Pero que hubiese llevado consigo en sus viajes una amante, que en todas las ciudades, acaso en todos los castillos y palacios, pudiese encontrar alguna dama —acaso sólo una sirviente— que saciara sus deseos varoniles para llevar después con orgullo la sortija, el regalo de Segismundo por su derecho a pasar con ella una semana o acaso sólo una noche, todo ello era evidente. Segismundo hubiera podido ser el padre de Bárbara; Hermann y Segismundo se inclinaban sobre los mapas imperiales o nacionales, como dos compadres o dos buenos amigos, de la misma edad. Los esponsales fueron una acción de agradecimiento por parte de Segismundo al conde de Cilly por su fidelidad y valentía. Cuando ya se fundieron en un solo cuerpo sobre el lujoso lecho, acaso pudo sentir Bárbara amor por el hombre tan experto en el arte de amar y cuyo pecho ya estaba cubierto por una espesa pelambre canosa.

Así proseguían los interrogantes en la corte húngara.

En Berna le esperaba a Segismundo una fiesta regional. El rey se entremezcló con la muchedumbre, sin escolta. Los mozos tocaban el «orlo», y la sencilla melodía del instrumento de diez pies de largo, producía un eco entre las altas casas. Su majestad estaba de buen humor, satisfecho, pues había recibido del magistrado dos mil monedas de oro. Se las ofrecieron gustosos, voluntariamente, ni siquiera hubo que pedírselo, y no quisieron nada a cambio. Le recibieron solemnemente y lo que más le gustó fue el coro de quinientos niños. Llevaban trajes iguales y a todos les gustaba mucho cantar en el coro: «Crece un nuevo mundo ante nuestros ojos», dijo Segismundo mezclándose con la gente que bailaba, sobresaliendo por una cabeza sobre las parejas, su cara abierta en amplia sonrisa. «Jamás me había sentido tan bien como aquí, entre los de Berna.» Sin esfuerzo entendían su lenguaje alemán aunque él se acostumbraba difícilmente al dialecto suizo: «Vuestra lengua también queda encerrada entre vuestras montañas». La joven con quien bailaba llevaba cadena de oro; vino al baile de la plaza desde una casa de burgueses. Era joven. Su nombre: Susana. El rey puso a prueba su virtud con una cita de la Biblia, la joven se ruborizó, también a causa del desacostumbrado vino y, naturalmente, todos miraban a la extraña pareja. Seguramente estaría también el padre vigilando, pues los ojos de Susana buscaban al burgués todavía joven y de buen vigor. «¿Quiere convertirse tu padre en noble?» La doncella apoyó su cabeza en el traje de brocado, sus lágrimas humedecieron la tela real. Se sentía bueno, generoso, soberano del mundo —un rey que se mezcla con sus súbditos—, todos le admiran, el baile ondea entre almas encantadas.

Amadeo, el conde de Saboya le visitó al día siguiente: las cancillerías habían concluido su trabajo. El señor de la comarca italiana prestó el juramento de fidelidad a Segismundo, como emperador del Imperio romano. Era éste el primer paso, acto imprescindible para el ascenso de su rango. Amadeo distribuyó obsequios, dio algo asimismo a la tesorería, pero confesó que no podía reunir aún la enorme suma exigida por Segismundo para convertir a Saboya en un principado. Será el próximo año…

Los encantados habitantes de Berna, entre ellos el padre de Susana —el nuevo noble—, decidieron despedirse con un séquito en honor del soberano. Mientras tanto proseguían las negociaciones en la casa consistorial de Berna. Ratificaron la cédula real de los privilegios del cantón de Uri: tres mil ducados de oro. El séquito de honor condujo al rey entre músicas, tambores y banderas, hasta Basilea.

También le indicaron el camino a seguir: desde Basilea por el río podía llegar Segismundo hasta Colonia y de allí a Aquisgrán. Cuando salieron de Basilea —donde le recibieron más fríamente que el amable pueblo de Berna — dijo a Garai entre sonrisas:

—¿Ves, Nicolás? Diez meses no es mucho tiempo, durante este plazo, hemos ido por toda Suiza y buena parte de Italia. Todo eso sin dinero ni ejército… ¿Quién otro hubiera podido imitarme?

Le atraía el agua; el barco del rey romano se deslizaba por el Rin, hinchado por las lluvias, entre castillos y ruinas. Como si continuara el largo diálogo entre el destino y él mismo:

—¿Lo ves, Nicolás? El precio para que se pueda reunir el Sínodo en Constanza, era este largo viaje…

—Vuestra majestad falta ya hace mucho de Hungría… No se debe dejar tanto tiempo sin rey a los de casa. Yo vengo de allí…

Y las noticias de casa, redactadas por el arzobispo, prudentemente, como suelen hacerlo los sacerdotes, no parecían tan malas como las que se reflejaban en las palabras de los delegados del Imperio germano: un verdadero caos, constantes discordias. Cada caudillo era rey en su comarca, capturaba por la fuerza, hacía la guerra, maltrataba a los más débiles. Forjaban alianzas ocasionales, ninguna cancillería del mundo podía precisar qué es lo que tramaban, en un momento dado, las casi doscientas dignidades del Imperio: príncipes, margraves, magistrados. Hacía ya cuatro años que los príncipes electores habían convertido a Segismundo en rey alemán, aunque no esperaban mucho del de Brandeburgo. Pero no había otro candidato mejor, ni más poderoso.

Cuando el rey se aproximó a los territorios del Imperio, sabía que podía tocar un nido de víboras. Ya no podía pensar en Suiza, en la noche de Berna, en la marcha triunfal hacia Basilea: graves problemas del Imperio se amontonaban sobre la mesa que le habían puesto en la cubierta del barco, en el Rin. Después del mundo aparentemente pacífico de los cantones de Suiza, tenía que acercarse a la sartén caliente del Imperio, a los electores, a príncipes eclesiásticos y laicos, con eternos conflictos entre sí.

Su devoto y mayor agente en el Imperio era el conde de Nuremberg, Federico. Existía un antiguo pacto entre ellos, por el que Segismundo pasaría el dominio del margrave de Brandeburgo a Hohenzollern, porque como rey húngaro no podía ocupar esa comarca. Pasaría pues Brandeburgo a Federico, pero quedándose con el privilegio de seguir siendo el príncipe elector de la región.

Se acordó gustoso de los días de Estrasburgo: allí, una dama del castillo compartió las noches con él. Tres noches pasó en la maravillosa ciudad. Durante el día ceremonias, regateos y discusiones tras las puertas cerradas, sobre la ratificación de privilegios municipales y comarcales; y por la noche festines, con los mejores vinos del Rin. «La sangre del rey no ensucia»… Francia estaba cerca, el país cuya casa real había inventado ese refrán tan cómodo para los soberanos… ¿Qué podría haber dado a esta Catherine cuyo padre pertenecía a los «libres», a la clase de los «Freiherren»? No pudo nombrarle conde imperial, sólo por el derecho a pasar tres noches con Catherine; y además no se hallaba presente su padre. Tampoco podía invitarle a entrar en la Orden del Dragón húngara. ¿Una sortija a la bella doncella? Tuvo que pedir a Garai una joya digna de reflejar en su valor esas noches de Estrasburgo…

La primera desilusión le esperó en Spira. La recepción en tierras estrictamente imperiales, era verdaderamente muy solemne. Recibió todo cuanto pudo imaginar el cortejo alemán para recibir al soberano del Imperio: una ceremonia así marcaba ya el perfil del reinado. No podían faltar los caballeros de armadura sobre estupendos caballos, las cofradías, los campesinos vestidos de fiesta, mineros con sus picos y por fin los eclesiásticos, con todos sus ornamentos. El núcleo del festejo lo constituyó el banquete que duró hasta la cena, con innumerables platos y vinos y con las presentaciones de tartas de los gremios. Durante la pausa después del gran almuerzo, su majestad se retiró por unos momentos. Después debió continuar con la comida nocturna. Los brindis dejaban entrever ya las raíces de los resentimientos locales y la manera en que había que cortar la cabeza de la hidra. Se debía de responder a cada brindis: el mal orador repetía en esas ocasiones calurosas frases, promesas que jamás se cumplirían. No obstante Segismundo, que gozaba fama de orador brillante por sus improvisaciones, conocía los temas que se trataron e intentó contestar con verdadera lógica, aunque quitando malicia a los rencores, a las desavenencias, dando un toque de humor al discurso, de otra manera seco y áspero. En esas ocasiones Segismundo se suavizaba, deslumbrando con el uso de varios idiomas, capaz de dirigirse a cada pueblo en su propia lengua.

Cuando el festejo llegó a su fin, quedaba la agria verdad tras el humo volátil de las bellas palabras. Entre los electores imperiales llamados a Spira, sólo anunciaron su llegada el arzobispo de Tréveris y el príncipe sajón. Los demás se excusaron, unos de manera cortés y los otros de manera enérgica. Al

parecer, nadie quiso cargar con el peso de la responsabilidad en la cuestión fundamental: por qué camino empezaría el Imperio a componer Europa.

En el Imperio se decía que Segismundo había cometido un gran error al no reunir el futuro Concilio en alguna ciudad alemana, en vez de que su sede fuera Constanza, ciudad de la Confederación Helvética a la que sólo débiles lazos la unían con el Imperio. Por supuesto, era posible celebrar esa famosa reunión siempre que realmente acudieran los tres papas, las universidades, las principales dignidades eclesiásticas, los electores. En Spira todavía nadie se atrevía a considerar un hecho real la realización del Concilio.

El rey romano vaciló: ¿Dónde debía organizar la nueva reunión de los «Kurfürst», en Coblenza o en Maguncia? El arzobispo elector de Maguncia no era amigo suyo y —según noticias confidenciales— era posible que se ausentara de su obispado si se llegase a efectuar allí la visita real. Finalmente tuvo que decidirlo él mismo, en ausencia de sus otros electores: la reunión imperial se celebraría en Nuremberg. La tarea más importante sería la «Landfriede» —la paz de tres años del Imperio germánico—, para que no molestara al Concilio ninguna guerra alemana y fratricida en las cercanías.

Segismundo no podía ocultar su mal humor: los electores no dieron ninguna importancia a su llegada. Se sentía tratado como si estuvieran en la época de Wenceslao o de Roberto, pudiendo escoger entre un rey u otro. Se desahogó con sus fieles: estaba harto de ese ambiente muchas veces verdaderamente hostil. Le emocionó el ruego de sus fieles húngaros que le aguardaban: «Descabalga y deja el Imperio». Sí: durante años no volvería a pasar por allí.

Federico de Nuremberg (ahora ya de Brandeburgo) sería nuevamente el prudente intermediario. Sugirió su propia ciudad como sede de las negociaciones, y con su personal esfuerzo logró atraer a los notables de las regiones. Los numerosos y repetidos llamamientos —casi súplicas— al parecer dieron resultado. Nicolás Garai —el cuñado— advirtió a Segismundo que tampoco podía desatender sus deberes maritales. Se envió enseguida un mensaje a Bárbara: no tardaría en venir a Nuremberg.

A Segismundo le encantaban las grandes ceremonias y sobre todo la organización previa de éstas. Era un maestro en el arte de dar brillo a las recepciones, a las marchas de llegada y partida, conocía todas las melodías de los cornetas de torre, erudito en los símbolos de las banderas, las reglas ceremoniosas de los festines. Se valió de todos estos dones: cuando llegase la futura emperatriz, el Imperio se vestiría de fiesta, al menos Nuremberg, gracias al benévolo Federico.

El viaje de la reina pasaba por Viena. La relación con los príncipes austríacos variaba con facilidad. En ese momento eran de fría neutralidad, lo que no impedía que se repitiesen batallas más o menos importantes, lo mismo en uno que en el otro lado del río Lajta, refriegas entre las tropas fronterizas, húngaras y austríacas. Pero Bárbara no prestaba la menor atención a esas pequeñeces: iba a pasar por Viena como una reina, aceptando —acaso esperándolo— los bellos obsequios, dejándose festejar por la capital de Austria. Se sentía cómoda, más que en su casa o en Visegrád, sin tener que suprimir las palabras en alemán, propias de su lengua natal.

Después de una semana dejó apenada Viena: las etapas del viaje serían Salzburgo y Ratisbona. En cada posada se presentaba un mensajero de Segismundo, para decirle que su majestad esperaba intranquilo a su esposa. No por eso Bárbara dejó de ser la hija de Hermann Cillei, como para creer todo lo que le decían los avisos reales. Llegaron suficientes aunque vagas noticias a Hungría, sobre los viajes de Segismundo; de los labios de embajadores, cortesanos y sirvientes, siempre lograba una enterarse de la verdad, aunque fuera una verdad algo coloreada o adornada. Las noches de la bella damita de Estrasburgo, tampoco fueron ignoradas en Buda. «¡Lástima de sortija!», comentaba riendo Bárbara al comandante de la Orden teutónica, el anhelante y guapo caballero que con esa noticia intentaba conquistar también el corazón de Bárbara.

La reina, naturalmente, no podía desplazarse con la austeridad de una novicia a punto de tomar el hábito. ¿Pero quién podía procurarle los enormes gastos que costaban esas marchas reales? Venían bien los grandes aristócratas húngaros, ricos y vanidosos y que no dependían de la tesorería real: despilfarradores del oro de su propia tesorería, si así lo exigían sus bravatas. ¡La reina no debía de viajar como una pordiosera! Sabían demasiado bien que Segismundo no enviaba ni un ducado a su esposa. No obstante logró formarse el séquito húngaro, tan suntuoso como hacía mucho no lo habían visto en la capital austríaca. Y si Bárbara no recibió en Austria dinero, por lo menos quedaron allí deslumbrados por el esplendor húngaro. Pero al llegar a Nuremberg, también se les acabó el dinero a los grandes nobles. Y regresaban los hombres al galope al país de San Esteban, por nuevas monedas de oro…

Aquella Bárbara que ahora se acercaba a Nuremberg con el esplendor del mundo feudal húngaro y a la que salía naturalmente a esperar su esposo, era otra, más admirable aún que aquella joven dama de Estiria a quien su marido dejó hacía un año en Buda. Se había convertido en mujer, embellecida con la maternidad.

Faltaban todavía tres semanas para la coronación de Aquisgrán. Bárbara tenía que adaptarse hasta entonces a las exigencias del Imperio germánico. El marido contemplaba con nuevo y distinto interés a la joven dama que paseaba sus encantos en la plenitud de su belleza, ante las señoras de los patricios de Spira. Como quien no puede prescindir de su esposa ni un instante, esa esposa de quien le habían apartado sus asuntos imperiales y las guerras de Italia, así la retenía ahora a su lado. Tuvo que permanecer junto a él en la cancillería, controlando los negocios del Imperio. El Imperio germánico era enorme; llegaba hasta las fronteras de Francia y de Borgoña, limitado por el mar, extendiéndose bajo las alas de la Orden hasta terminar en Austria, en la frontera oriental junto al río Lajta. Segismundo necesitaba a cada uno de los siete electores, para poder ejercer el dominio de su nuevo Imperio.

—Nuevas noticias, Bárbara: ayer llegó el arzobispo de Maguncia que hasta ahora se resistía… También él asistirá a la coronación; la corona nos la colocará, en ambas cabezas, el arzobispo de Colonia, Teodoro.

Faltaban todavía dos semanas, hasta Aquisgrán. Ya se había consumido todo el dinero en la corte de Bárbara que no podía ni pagar a sus sirvientes, a sus mercenarios. Ayudó Coblenza: la suma aquí reunida con los tributos, era justo la suficiente para llegar con gloria y poder hasta Aquisgrán para la coronación.

Cuando en Lodi se habían reunido las dos potencias más grandes del mundo cristiano para negociar, se habló naturalmente de la crisis de Bohemia. Entonces llegó Segismundo a la conclusión de que convocaría también en el Sínodo a Juan Hus y así le daría ocasión de exponer sus tesis libremente, sin ninguna presión. Juan XXIII mencionó aquel «interdictum» anterior que anatematizaba ya al «magister» de la comunidad cristiana. Pero Segismundo explicó al papa que él conocía mejor a Praga y el carácter de las turbulencias bohemias; no había otro modo de apaciguar a sus habitantes más que persuadiendo al mismo «magister» de que él solo no podía atacar a la Iglesia romana unida.

A Segismundo le llegaban casi diariamente noticias de Praga. Contra Hus se había proclamado el arzobispo, también las dignidades eclesiásticas, que en su mayoría eran alemanas. La facultad de teología de la Universidad, vacilaba, se enfrentaban con el «magister» la mayoría de los concejales. A su favor estaban buena parte de los estudiantes, los pequeños burgueses de habla checa, las capas más bajas de la nobleza checa: los «hidalgos». El nuevo obispo Conrado de Westfalia intentó al principio intervenir entre Hus y sus contrincantes. Le ofreció un «stalum» de canónigo además de la total

absolución, si dejaba de enseñar públicamente y se enclaustraba entre las paredes de su Orden. Pero pronto se puso en evidencia que, en la corriente de las pasiones, no era posible calmar la tempestad. Los partidos se enfrentaban, llegaban a burlarse de los seguidores de Hus llamándoles «los wicliffes» mientras que el partido de la reforma llamaba «mahometanos» a sus adversarios.

Para Hus fue esa época la más provechosa, a pesar de que hubiera tenido que retirarse, exiliado de su Alma Mater, a su propio pequeño mundo. Publicó sus escritos, sus ensayos —uno tras otro— pues ahora no le absorbía el trabajo de la universidad, el peso de la administración. Era libre, podía trabajar todo el día, sólo por las noches venían a visitarle sus partidarios. Si le apetecía, podía dar un paseo y charlar con los campesinos checos. Estos encuentros le comprobaron que los siervos vivían en condiciones inhumanas: era una de las cosas que habría que resolver en el orden *nuevo*. Atrajeron también su atención, los principios fundamentales del idioma materno. Así, cuando se cansaba de sus problemas de la fe, se apoderaba de él el entusiasmo del lingüista, ansioso de reformar también el idioma.

En el verano de 1414 arribó al castillo de Cracovec, en Bohemia, un pequeño grupo de jinetes anunciando con cornetas su llegada, según la costumbre. Cuando el heraldo llegó a la puerta del castillo, desplegó la bandera colgada de su lanza, con el escudo luxemburgués. Y al abrirse el portal principal (el puente levadizo estaba bajado, pues era tiempo de paz), la gente del castillo sabía ya que el noble Mikes Divoky traía el aviso de su majestad romana para el «magister» Juan Hus, que residía en el castillo.

El diálogo entre ambos bohemios fue corto, casi cordial. El mensajero transmitió el deseo de Segismundo: que el «magister» se preparara para ir al Concilio que se celebraría en Constanza, a principios del otoño. Su majestad le garantizaba la escolta adecuada hasta Constanza y aseguraba que no le pudiese ocurrir nada molesto, para lo cual le firmaría un salvoconducto.

A la entrega del mensaje siguió un almuerzo en el castillo, con la participación de otros miembros del círculo de Hus, como los caballeros Chlum y Duba. El mensaje llegado al castillo no fue una sorpresa, pues ya sabían ellos que Segismundo ansiaba terminar con el gran Cisma de Occidente, y al mismo tiempo quería resolver el conflicto entre los reformistas checos y la Curia, cuya consecuencia había sido la excomunión de Hus y sus compañeros. Se podía entender a través de las palabras de su majestad, que Segismundo deseaba la reconciliación y que haría todo lo

posible para que el convenio abarcara todas las tendencias, sin la menor dificultad y con el espíritu de la cristiandad.

El parecer de los señores bohemios presentes, como el de la mayoría de los teólogos, era que Hus no debía exponerse a peligros desconocidos. La promesa de Segismundo era amplia y de general alcance, pero nadie había visto aún el escrito del monarca. ¿Firmaría él mismo el salvoconducto? ¿Llevará el sello imperial? Los presentes sugirieron que Hus postergara más bien la marcha, mientras no llegaran noticias más seguras desde el Concilio. Hus escuchó todas las opiniones forjadas en el ardor del momento. Después empezó a hablar muy lentamente, con las expresiones habituales entre sus partidarios checos:

—No penséis que ignoro el peligro y me marcho a Constanza con la ciega esperanza de poder regresar con vosotros. Pero es la *única* oportunidad de hablar ante el foro universal de la cristiandad, de explicar todo cuanto está madurando entre nosotros desde hace ya dos decenios. Tengo que aceptarlo porque, si desaprovecho esta ocasión, si me dejo dominar por el miedo humano, tendría remordimientos durante toda mi vida. Vosotros tenéis que considerarlo: juzgo menos importante la seguridad de mi existencia física que esa posibilidad de salvación… La que acaso pueda lograr en Constanza y en favor de nuestra santa fe. Por eso me iré.

El señor Mikes vino a despedirse de Hus poco después del almuerzo. Se hallaban los dos solos. El delegado del rey se acercó al «magister», miró prudente a su alrededor, bajó la cabeza y dijo muy bajo:

—Debes de saber que irás hacia tu perdición…

Esas palabras fueron recordadas por Hus muchas veces, durante los días y las noches de su trágico proceso.

Cuando en pleno agosto de 1414 llegó Hus con sus amigos y acompañantes, desde Cracovec a Praga, se celebraba entonces el Sínodo checo. Se sabía que tanto el arzobispo como la mayoría de los obispos, guardaban sentimientos hostiles hacia Juan Hus y sus partidarios, e intentarían anular la actividad de él, principalmente en Bohemia. Por las noches, emocionados seguidores se llevaban las proclamas de Hus en tres idiomas —latín, alemán, checo— a la ciudad antigua y nueva, donde, según la tradición, las clavaban en los portales de las iglesias. En Praga el «magister» exigió que le permitieran presentarse ante el Sínodo nacional. Deseaba exponer sus tesis a través de una polémica pública. Si el Sínodo no lo aceptaba, Hus publicaría por toda Bohemia, el modo en que había sido tratado.

Para que los seguidores de Hus pudieran enterarse del criterio de la Curia romana antes de entrar en relaciones con el arzobispo, varios doctores y nobles de su grupo fueron a ver al obispo Nicolaus Condemone, inquisidor papal de toda Bohemia. Se dirigieron al obispo con el interrogante más directo: «¿Consideráis a Hus un hereje?».

El «monsignore» de Roma contempló asombrado a los señores presentes y contestó sin vacilar:

—Me he encontrado varias veces con Juan Hus y no por breve tiempo. Almorcé con él, también hemos tomado vino juntos. Escuché sus prédicas, tuve algunas discusiones con él sobre las Sagradas Escrituras, pero jamás pude notar el menor extravío en sus discursos. Hasta ahora nadie ha podido probar ninguna herejía suya. Al contrario, justamente al contrario. Siempre le conocí como un recto católico…

El caballero Jesenic solicitó al notario municipal que estaba con ellos, que levantase acta de las palabras del inquisidor papal… Cuando Hus se enteró de estas declaraciones —durante los intranquilos días del Sínodo, en la Praga agitada— a las cuales se agregaron otras no menos tranquilizadoras, consideró que era el tiempo apropiado para dirigirse directamente a la persona de Segismundo. Su carta tenía fecha del 1.º de septiembre de 1414, día en que hubiera tenido que inaugurarse el Concilio de Constanza, según decía la citación:

«Mi deseo es no ser escuchado en secreto sino públicamente, y así deben de ser consideradas mis palabras. Deseo predicar y dar a todos la respuesta con la ayuda del Espíritu Santo, y sean quienes sean los que me acusan. Espero no tener miedo y cuando lo necesite, imploraré la protección de mi Señor, Jesucristo. Estoy dispuesto a sufrir también la muerte, en defensa de la verdadera ley de Cristo… Me entrego a las manos del juez más justo y por eso espero que su majestad me hará posible disponer de una audiencia pública y segura, para poder exponer mis alabanzas a Él.»

A mediados de octubre salió Juan Hus de Praga con el caballero Chlum; algunos compañeros le aseguraban la escolta armada. En todas partes adonde llegaba, le recibían como al delegado del Señor, y se podía decir que le obligaban a desmontar y a conversar con los habitantes del lugar. Después, cuando pasaban ya por territorios del Imperio, se adelantaba a su llegada la proclama, clavada en los portales de las iglesias: «El “magister” Juan Hus cruzará la ciudad en su viaje hacia Constanza para atestiguar allí su convicción, la misma que confesará toda su vida, hasta la muerte. Antes de

proseguir el viaje para llegar a la sede del Concilio, desea responder a todos los que puedan tener alguna duda sobre las tesis. Pero si alguien desea acusarle de alguna herejía o algún error, debe de ir a Constanza, a la sede del Concilio, porque Juan Hus está dispuesto a dar testimonio de su fe allí, ante todos sus oponentes.» Durante una de las principales etapas del viaje, Hus envió al caballero Duba desde Nuremberg a la ciudad de Spira, donde en aquel momento se hallaba Segismundo. Su acompañante debía traerle el salvoconducto real prometido. El mismo Hus proseguía su camino a orillas del lago de Constanza. A su paso, también aquí le recibieron con cariño: los habitantes salían a verle pasar, en algunos lugares incluso festejaron al «magister». En las condiciones de viaje de entonces —a pesar de las obligadas detenciones— se caminaba con relativa rapidez y así el pequeño grupo de Praga llegó a Constanza el 3 de noviembre de 1414, dos días después de la inauguración del Sínodo.

La ciudad se había henchido ya, no sólo con los delegados al Concilio, sino también con el número cada vez mayor de los espectadores. Nadie de cierta importancia quería faltar a ese acontecimiento único, de suma trascendencia para toda la cristiandad. Solamente la organización y el diligente trabajo del Magistrado de la ciudad, hizo posible que todos encontraran alojamiento rápidamente.

El cronista local, al relatar la llegada de Hus, precisó que el grupo del «magister» y su séquito era bastante grande —contando según la costumbre de la época en número de caballos— y había que procurar alojamiento para treinta animales y naturalmente para sus dueños. El mismo cronista dio cuenta también de que Hus y sus más estrictos acompañantes se alojaban en la casa de Frida Pfister, «una viuda virtuosa». En ese ambiente agradable, lleno de atenciones, pudo pasar su tiempo Hus hasta los últimos días de noviembre, que fue cuando los alguaciles se lo llevaron a la cárcel.

La llegada de Hus no fue el único episodio interesante del Concilio en la ciudad, donde pronto se calculó en treinta mil almas a los forasteros. Fuera de las murallas, se levantó una enorme ciudad de madera, eh la que aparecieron freidurías y tabernas, para cuidar de las buenas condiciones físicas de los huéspedes. La ciudad tuvo que ocuparse de abrir sus puertas, ante suficiente número de prostitutas para servir al demonio de la carne —en defensa de las doncellas y mujeres burguesas—. Su número fue fijado por el intendente en setecientas. La mayoría vivía en Peterhausen, pero muchas permanecieron también en la ciudad improvisada, más allá de los muros de la ciudad.

16

TRES días después de haber recibido Juan Hus el salvoconducto, el arzobispo de Colonia coronó en Aquisgrán a Segismundo y a Bárbara. Con esa antigua ceremonia propia de los reyes germánicos, se abría el camino a Roma y hacia el título imperial. Las crónicas dieron cuenta de los que estaban presentes en Aquisgrán; y de los que faltaron. No estuvo allí el enemigo de Segismundo, el cardenal de Maguncia, faltó su propio hermano, el rey checo, y uno de los electores; el príncipe bávaro se limitó también a enviar a sus delegados. En el santuario se encontraban siete obispos, ocho príncipes —de ellos, tres electores—, cien condes y seiscientos caballeros llenaban la nave de la iglesia.

La próxima parada fue Frankfurt, gran ciudad: si Segismundo no se hubiera aferrado al paisaje más suave de Suiza se hubiera podido celebrar allí el Concilio. A principios de diciembre cayó la primera nieve e hicieron en trineos una parte del camino. Frankfurt estaba preparada para un enorme festejo: su visitante era sin duda ya un rey romano, coronado. El Ayuntamiento fue generoso y con los regalos de la coronación sobraba para llegar a Constanza. En los caminos se veían carruajes de sacerdotes con sus séquitos de armados caballeros; bajo las alas protectoras de la proclamada «Pax Imperial», viajaban burgueses, damas, buscadores de fortuna y curiosos. A todos los rincones del mundo cristiano llegó la noticia de que se reunían los príncipes civiles y los religiosos, para discutir el estado de la «Ecclesia».

Todos los que veían más allá de la torre de su ciudad, sabían que Constanza se convertiría en la sede de un acontecimiento que jamás tuvo parangón en los recuerdos del mundo cristiano. Las tareas más importantes eran las de encontrar la solución en una Iglesia dominada por tres papas, terminar con el Cisma que duraba casi cien años, apaciguar a los rencorosos papas y a los príncipes que los apoyaban. Figuraba también la reforma de la Iglesia, condenar los abusos de los sacerdotes y ponerles fin. Se iba a reavivar la otra herida que duraba ya cuatrocientos años —el Cisma de la Iglesia oriental—; las esperanzas dejaban suponer que después de la llegada de los

emisarios griegos, acaso se pudiera realizar esa unión de los occidentales y los orientales. Finalmente se había presentado también Juan Hus a invitación del rey, y se podía tener por seguro que iban a terminar asimismo con la herejía surgida en el corazón de Europa. Nadie podía prever hasta cuándo debía durar el trabajo del Concilio. Los que no pudieran aguantar económicamente —o con la tenacidad de sus propias almas— tendrían que volverse a casa.

Las caras alegres se ensombrecieron al enterarse en las cancillerías de los peligros que amenazaban al Sínodo. La ley del más fuerte era más poderosa que la escrita. Posiblemente donde la vida de los hombres estaba más asegurada, era en las ciudades amuralladas. Los turcos amenazaban los límites del sureste de Hungría. Bizancio —el Imperio romano-oriental— se reducía ya casi solamente a la ciudad y sus alrededores. Polonia luchaba mortalmente con la Orden teutónica. En Inglaterra se estaban matando entre sí los miembros de la dinastía. En Francia, una de las monarquías más bellas y más fuertes de Cristo, gobernaba un rey débil, Carlos IV. Las desavenencias entre Castilla y Aragón habían detenido la Reconquista, la recuperación de Hispania la católica; y los árabes se hacían fuertes en Granada. En Nápoles, Ladislao se había vuelto al mundo de sus antepasados, siendo joven todavía: un intrigante menos en el escenario italiano. Ante esa noticia, el papa Juan decidió apartarse de su fiel Bolonia e ir en dirección al Concilio. El santo padre sólo podía contar con un aliado en Austria: con Federico de Habsburgo, príncipe del Tirol. El otro fiel vasallo era Juan —príncipe borgoñón—; Juan XXIII no se fue con las manos vacías. Quienes conocían a Baldassare Cossa hablaban de sumas enormes; él sabía siempre a quién comprar y cómo. ¡Siempre tenía dinero! Los príncipes alemanes eran pobres comparados con los príncipes de Italia. En el gran caos que se formó alrededor del Cisma, era recomendable que el papa encauzara la mayor cantidad posible de príncipes a su obediencia. Juan hizo su entrada en la ciudad del Concilio casi dos meses antes que Segismundo y entre toques de campanas, con el poder y la gloria del pontífice. Le acompañaron seiscientos hombres armados, él mismo cabalgando un semental de combate; según los entendidos, ocultaba una coraza bajo su traje blanco. Le acompañaban nueve cardenales y veintitrés obispos se unieron a su séquito de honor. Cuando llegó a Constanza, nadie podía dudar de que él fuera el único vicario de Cristo. Había noticias de que pronto llegaría el patriarca de Constantinópolis, y que de Rodas venía ya el barco del Gran Maestre de los caballeros de la Orden de San Juan.

El papa tuvo mucho interés en ser él quien debía de sostener en sus manos el destino del Sínodo, y no el rey de los romanos. No había duda de que se

trataba de un hecho eclesiástico: la inauguración del Concilio correspondía al papa; el rey romano sólo podía asistir si así lo deseaba, pero no tenía voz entre los príncipes de la Iglesia. Entre las lujosas ropas de los prelados, casi se perdían los doctores en sus negros talares. Ello a pesar de que las grandes universidades, principalmente la Sorbona, habían demostrado ya su peso al enviar a sus mejores teólogos, entre ellos a Gerson.

—Aquí les echaremos la trampa a las raposas —dijo después de su entrada el papa Juan, y este «sic capiantur vulpes» no prometía nada bueno para Hus y sus adeptos. Las primeras semanas transcurrieron entre tanteos, esperando a los que habrían de llegar más tarde, se formaban los grupos, se poblaba el marco de la vida cotidiana; los forasteros ocuparon todos los rincones libres de la ciudad suiza. Y pese a que las autoridades municipales controlaban severamente los precios de los hospedajes y de los alimentos y perseguían a los aventureros y a las mozas fáciles, Constanza se convirtió en una metrópoli inquieta, ruidosa y desordenada, que hablaba mil idiomas, como si el corazón de Europa estuviera latiendo allí y cambiando su ritmo de hora en hora.

Los hermosos días de Juan XXIII —en pleno poder y gloria— se fueron haciendo cada día más oscuros. Al despedirse de Bolonia le rodeaba la multitud de sus devotos: era el único entre los tres santos padres que iba a Constanza, era pues el representante de la universalidad del Concilio. El papa Gregorio se limitó a avisar que se preparaba para ir y que esperaba llegar pronto, pues su avanzada edad le impedía viajar deprisa. Las noticias de Hispania eran contradictorias, pero nadie esperaba ver en Constanza a Benedicto XIII. El papa español había sugerido otras ciudades emplazadas en la costa, censuró formalidades y en suma no se esperaba que viniese, a pesar de todas las invitaciones.

Casi por sorpresa —durante los primeros días, cuando los magistrados de la universidad redactaban el orden del día del Concilio y su complicada reglamentación— llegó con un brillante séquito de imponente aspecto, el cardenal Pedro D'Ailly, como legado del papa Gregorio XII. Con ello se vino abajo el orgullo de Juan y los descontentos con él merodeaban la residencia del legado. Después se habló de la llegada de otro delegado, el cardenal Dominici, arzobispo de Ragusa, que representaría al papa Benedicto.

Así pasó noviembre; el rey romano y Juan XXIII, convocaron el Concilio general para los primeros días del mes de diciembre y destinaron los días sobrantes del mes anterior a los preparativos. Éstos avanzaron sin dificultad y ya en diciembre, estuvieron en condiciones de fijar la fecha del siete, para la

solemne sesión de apertura. No obstante, el parlamento de la cristiandad seguía pareciendo incompleto, a pesar de que el grupo mayor de los cardenales ingleses y franceses estaba ya en camino; pero no podían llegar a Constanza hasta mediados de diciembre. Se sabía que estos cardenales eran contrarios a Juan… A comienzos de diciembre llegó también la delegación húngara. Su gran empaque contrastó con los grupos de otras naciones, porque al frente de los húngaros cabalgaba el suegro de su majestad, Hermann Cillei y su cuñado, el palaciego Nicolás Garai.

A mediados de diciembre habían llegado ya a Constanza las delegaciones de casi todas las potencias europeas; la mayoría de los príncipes vinieron en persona. En la apertura del Concilio participaron tres patriarcas, veintinueve cardenales, treinta y tres arzobispos, ciento cincuenta obispos, trescientos catedráticos de universidades, cantidad que superó con enormes creces el número de los que habían asistido al Concilio de Pisa. En lo que se refiere al trabajo de los organizadores, aquí la tarea mayor era la de alimentar a las delegaciones y sus comitivas, en pleno invierno y con dificultades de transporte. Según las cuentas guardadas en la casa consistorial, había que procurar diariamente forraje para treinta mil monturas.

Juan Hus andaba libremente en estos primeros días, en la ciudad del Concilio. (Había llegado poco después de la entrada del papa Juan.) No teniendo nada que hacer —pues le fue prohibido el derecho a predicar— paseaba por Constanza como turista interesado, observaba los hechos diarios, escuchaba las noticias. En su casa, ante pequeños grupos de sus adeptos, expresaba sus puntos de vista. Era evidente que se habían infiltrado soplones en torno a él, porque tanto los hombres de la Curia como el consejo municipal, conocían perfectamente cada hora de su actividad. Así se enteraron de que, pese a la prohibición, seguía hablando en público, es decir, predicando. A Hus no le preocupó esa actitud, pues ya en Praga estaba acostumbrado a que, fuera donde fuera, sería observado. Es decir, vigilado.

Cuando Hus se enteró de que le seguían los pasos, debió pensar que posiblemente la investigación de sus doctrinas sería la primera labor del Concilio. Entonces se recluyó en su hogar, y gran parte de su tiempo lo dedicaba a preparar su defensa. Su situación empeoraba sin saberlo, porque empezaban a verse sus mayores enemigos, sus propios compatriotas dispuestos a ajustar sus cuentas con él. En torno a Hus también se iba ampliando el grupo de sus incondicionales. La lucha entre ambos grupos checos, las acciones mutuamente agresivas, perturbaron el solemne orden de Constanza y llamaron la atención a los de Praga. Todos estaban enterados del

problema de Hus, también los laicos, a pesar de que acaso ignorasen todo sobre las ideas de Hus. Al Sínodo habían sido invitados sólo los cardenales opuestos a Hus, por lo que éste y sus partidarios se iban aislando cada vez más y sólo podían moverse en su cerrado círculo, mientras el Concilio no decidiera cuándo citar al «magister» a declarar.

Entre los enemigos de Hus destacaban dos —en parte por su rango eclesiástico, en parte por la autoridad de que disfrutaban en el mundo de los teólogos—: el cardenal D'Ailly y Jean Charles de Gerson, doctor de París. El cardenal pisaba ya sus sesenta y cinco años, lo que para esa época, era acercarse a la ancianidad. Al cardenal francés lo describían sus contemporáneos como hombre misericordioso, sosegado, que sinceramente deseaba la paz de la Iglesia. Gerson se convirtió pronto en jefe de «la nación francesa» (así actuaron separadamente en el Sínodo). Le definía un enorme talento y una fuerte voluntad. Gerson que representaba a la universidad —la famosa Sorbona— opinaba que las enseñanzas de Praga no eran útiles a la reforma, pero llevaban hacía la revolución. (Gerson ya se había dado cuenta, antes del Concilio, de la fuerza descomunal de Hus. Presentía los acontecimientos cuyo símbolo será el Monte de Tabor.) La universidad de París delegó en el doctor el informar y convencer de que las enseñanzas de Hus estaban minando la disciplina de la Iglesia. Sí estos principios se hacían valer, no se podría luchar contra la desintegración, ni contra el cisma, ni por la organización de la Iglesia.

El papa Juan XXIII, uno de los protagonistas del enorme drama medieval (durante un tiempo que fue breve era realmente el más importante de los «dramati personae») bacía fijado su residencia en el palacio del obispo. Recibió en sus aposentos a las delegaciones que llegaban al Sínodo. Aquí fue a verle el caballero Chlum, con la petición de que asegurara la protección al «magister», hasta que el rey llegara de Spira y decidiera cuál era el destino terrenal de Hus. Todo esto lo pidió en vista de que sus acompañantes observaban siniestras señales: la sombra del peligro se extendía sobre el predicador. Una parte de los padres y doctores del Concilio querían empezar su labor liquidando a sangre y fuego lo que ellos llamaban «la herejía de Praga». Ya habían intentado rodear la casa de la viuda Pfister, donde se hospedaba el maestro. Era gente armada por orden de los obispos de Tréverís y de Augsburgo. Chlum protestó contra esa amenaza, pero lo que no pudo impedir fue que se llevasen a Hus el 28 de noviembre, con el pretexto de interrogarle. En vano reclamó el caballero de Praga:

—El rey de romanos, nuestro señor, nos ordenó cuidar del «magister» Hus, según indica su salvoconducto. ¡Tened cuidado: estáis ofendiendo el honor de su majestad!

La respuesta fue que se trataba simplemente de una formalidad, tan sólo de un interrogatorio. El mismo Hus estaba dispuesto a marcharse, acompañado del representante del Concilio. Mientras sacaban su caballo, se despidió de su huéspeda: la viuda Pfister rompió en llanto. Así se fue Hus, todavía en libertad, acompañado de sus amigos. Al llegar al palacio arzobispal, vieron que esperaban a Hus varios cardenales. Todavía se le trataba como a un personaje de la Iglesia que discute, pues el objeto de su presencia, decían, era sólo aclarar ciertos puntos de sus enseñanzas. Comprobaron satisfechos que el maestro —según su propias palabras— se prestaba gustoso a la discusión. Después de lo cual los cardenales se despidieron, pero Hus —con el fiel Chlum— siguió en el palacio, aunque ahora bajo la custodia de hombres armados. Pasaron largas horas, su tensa espera fue sólo interrumpida por un padre franciscano, que pretendió discutir con el «magister» sobre sus dogmas, pero sin que lo supieran los del Sínodo. Después, regresó el representante del Concilio: Hus fue separado de Chlum. El caballero volvió a su albergue, mientras el maestro quedaba en palacio.

A Chlum no se le asustaba con facilidad: como Juan XXIII residía bajo el mismo techo, el caballero checó entró —con sus armas— para ver al santo padre, protestando indignado por el vergonzoso atropello hecho con Hus. «Publicaré por todas partes que se ha infringido el salvoconducto del soberano romano.» El papa intentó evitar la discusión con el excitado noble: «No fuimos nosotros quienes ordenamos su detención —dijo— sino los cardenales. Debes de saber que mi caso también se desenvuelve bastante mal ante el colegio de los cardenales…»

Era casi imposible imaginar mayor contraste humano que el del capitán mercenario, procedente de una familia noble de Italia, que había recibido las órdenes sacerdotales y también el capelo cardenalicio en Bolonia, y el del profesor y predicador Juan Hus. El papa era un político de físico vigoroso, de mente aguda, prototipo de los dominadores de la Italia de esa época. Aventurero infatigable que no se detenía ante nada, que sufría por su hambre insatisfecha de oro y que al mismo tiempo era un alma atractiva, campeón inquebrantable de la Iglesia, nada inculto ni tampoco cruel. Había venido angustiado pero voluntariamente a Constanza: nada ni nadie le obligó a cumplir el deseo de Segismundo. Frente a él, el «magister» checo, educado en un ambiente de campesinos, que había pasado su vida en la tierra natal en su

mayor parte, después en el Carolineum, en el ambiente de la universidad. El único idioma en que podían entenderse el papa y el acusado, era el latín. Hus (según testimonios de la época) hablaba un latín tosco, eslavizado, pero con una redacción impecable; acaso para los oídos italianos su pronunciación debía de parecer mala. El papa Juan hablaba la lengua de sus antepasados romanos, más parecida al italiano que al latín pero con la fluidez atractiva de quien está acostumbrado a tratar con caudillos, prelados y, más tarde, príncipes. Sin duda Juan vio en Hus al enemigo más peligroso de la Iglesia. Como «condottiero» en el pasado, quería liquidar a su enemigo como si se tratase de un combate. Pero sabía que Hus tenía el salvoconducto del rey romano. No se podía saber cuánta vigencia atribuía Segismundo a su propia firma, hasta dónde deseaba proteger al gran insubordinado. Que le trajeran ante él, que trajeran a Hus ante el papa Juan XXIII.

Después de la primera disputa entre Hus y el inquisidor que representaba al Concilio, se presentó el camarlengo pontificio para conducir ante su santidad al «magister». Primero se trataron las pequeñas ofensas: el «magister» había infringido la prohibición, predicando en todos los sitios en que se detuvo durante el viaje, y luego allí mismo, en Constanza.

Pero el papa Juan no aprobaba el plan de que el Concilio, aún en los preparativos para su constitución, condenara ya a Hus —y que le quemaran incluso— antes de que Segismundo, después de su coronación en Aquisgrán, llegase a Constanza. Porque así toda la responsabilidad hubiera recaído sobre el papa como supremo caudillo de Constanza y quién sabe si Segismundo —aunque sólo en apariencia— no le hubiera acusado abiertamente de atacarle, con la ratificación de la sentencia. No… ¡Que primero llegue el rey de romanos! ¡Que esté presente! Juan XXIII no debía dejar tras de sí acusaciones que se podían agravar en cualquier momento, cuando tanto necesitaba de la benevolencia de Segismundo, en situación tan apurada como la suya. Si empezaba a enumerar los pecados de Hus, como éstos se sumaban en la acusación, podría entablarse una polémica. Y en ésta llevaría probablemente la peor parte el papa. Ni sus conocimientos, ni su don de la palabra eran suficientes para convencer al «magister» de que debería renunciar a sus doctrinas.

De modo que el papa se limitó a expresar en términos breves y solemnes su desaprobación, pero ésta también en forma impersonal, como quien no quiere entremezclarse con la labor de la justicia eclesiástica. Se trataba tan sólo de una advertencia para los dos: uno, el sucesor de san Pedro; el otro, profesor de teología bajo el peso de una excomunión. Cuando, sin el benigno

beso de su mano, despidió con breves palabras a Hus, hizo una señal: tras la puerta se formó una comitiva armada. Desde este momento hasta la tragedia final de Constanza, Juan Hus estaba considerado ahora como un hereje prontamente sentenciado, un preso que espera su última hora.

A Chlum le pareció que se hundía entre declaraciones místicas, solo y desamparado, en Constanza. Volvió a su alojamiento y con el secretario de actas de la delegación checa, el bachiller Pedro Mladenovic, envió a Hus un abrigo de invierno y algunos objetos de uso personal, para que el maestro pudiera pasar la noche lo mejor posible. En los ocho días siguientes hospedaron a Hus en la casa del chantre de la basílica, bajo adecuada custodia. Su siguiente y triste estación sería el convento de los dominicos: mientras tanto prepararon allí su cárcel, La celda estaba justamente al lado de las cloacas; le construyeron una verdadera jaula de madera donde tenía que dormir en un camastro. En la oscuridad de la celda apenas alumbraba un pequeño candil. Tampoco pudo pues leer casi, o escribir. Fue como si la muerte misericordiosa se hubiese acercado en ayuda del maestro, porque en este agujero de aire viciado y maloliente, se carcomía su salud y también su fuerza vital. Le atacaron dificultades respiratorias junto con una fiebre alta, y también cólicos biliares. Era evidente que si no recibía ayuda, podían terminar antes de lo pensado con uno de los puntos fundamentales del Concilio…

Al enterarse el papa del estado de Hus, envió enseguida a su médico para atender al enfermo. Entonces mejoraron las condiciones de su celda y también su alimentación. Mientras tanto se creó una comisión de investigadores formada por diecinueve miembros. Esta «comisión de herejía» tuvo que preparar el proceso contra Hus. Participaron en ella doctores, profesores, obispos, generales de las órdenes. Todos eran enemigos de Hus, principalmente su antiguo amigo y colega Stefan Pralec, de Praga. El mes de diciembre pasó mientras el convaleciente enfermo debía de responder a las preguntas, solo, sin el apoyo de sus libros teológicos, ante los acusadores más expertos en la persecución de los herejes.

Así prosiguió esa penosa investigación hasta la noche de Navidad. El sonido de la campana mayor de la ciudad y los gritos de júbilo, llegaban hasta la celda de Hus. Esa noche hicieron su entrada Segismundo y Bárbara en la ciudad del Concilio.

Aislaron a Hus del mundo exterior; a la celda de los dominicos no podía llegar noticia alguna sobre el destino del maestro. Y ello pese a que ya al día siguiente de la llegada de Segismundo, el rey tuvo contacto con el papa Juan y empezó exigiendo la liberación de Hus. Pero el antiguo —y otra vez futuro—

Baldassare Cossa «se lavaba las manos» y pasaba toda la responsabilidad (también la de una supuesta desobediencia al rey), a los cardenales que buscaban la pérdida de Hus; Segismundo conocía bien los laberintos de la Curia, por los que erraban en busca de la verdad sin dar con ella. Un duro diálogo se inició entre los cardenales y el rey. Los cronistas tomaron nota de los improperios y protestas desatados por Segismundo y, más aún, las maldiciones en que estalló al reprochar a los miembros de la comisión cardenalicia que se burlaran de él, del rey de romanos, así, públicamente, menospreciando desde el comienzo su salvoconducto.

Amenazó a los padres del Concilio con abandonarlo por culpa de ellos. La respuesta de los cardenales y de los doctores, fue no obstante que si su majestad dejaba libre al «pseudo magister y hereje», entonces se marcharían ellos de Constanza y en ese caso los abismos que separaban a la cristiandad, quedarían abiertos para siempre. La herejía jamás podía incumbir al caudillo laico; en este problema sólo podían decidir los eclesiásticos competentes. Si no había proceso contra Hus, no tendría lugar ni la liquidación del Cisma, ni la reforma general de la Iglesia.

En los primeros días del nuevo año —1415— por fin entregó Segismundo a Hus al destino de los cardenales, dando como razón que, efectivamente, en asuntos de heréticos debían de proceder las autoridades eclesiásticas. Pero para aliviar la conciencia de Segismundo, uno de los expertos del Sínodo afirmó que «la palabra de honor dada a un hereje no tiene validez y sólo ata a Su Majestad en tanto que a él le parezca razonable, y está bien así».

De esta manera, en este primero de enero quedó sellada la suerte terrena —en su más cruda realidad— de Juan Hus. No obstante, Segismundo hizo varios intentos para aliviar la situación del «magister» y más aún; hasta procurar después de su condena el hacerle escapar, pero los señores del Concilio le dieron a entender cada vez, que la liberación de Hus, en la forma que fuese, llevaría consigo el lúgubre final del Concilio cuya convocación tanto había costado durante tan largos años. Sobre todo fueron los doctores de París —con Gerson a la cabeza— quienes insistieron en esta homicida alternativa.

A mediados de enero se hizo más grave el estado físico del acusado. Le torturaban momentos de asfixia, tenía siempre ataques y ahogos, los médicos resultaban tan ineficaces como los inquisidores. A pesar de la severidad carcelaria de esa época, pusieron un banco en el patio del claustro y allí dejaban sentarse al maestro, para que respirara el aire puro en la nieve recién caída. El papa Juan se enteró también del precario estado del «magister».

Ordenó que le trasladaran de la terrible celda junto a las cloacas, a un cuarto un poco más cómodo, más sano, y envió de nuevo a su médico italiano para que ayudara a restablecerse al «magister».

Cuando se lo permitía su estado, Hus se preparaba para la defensa. Pensaba que podría pronunciar varios discursos expuestos continuadamente, ante el gran público del Concilio, defendiendo su verdad. Comenzó por redactar cuatro discursos, el primero de los cuales se refería a la paz. Por otra parte su prisión no era tan severa como para no encontrar enseguida pequeños resquicios: uno de los tres guardias le ayudó a mantener relaciones con el mundo exterior, traía y llevaba las cartas. Así pasaron las semanas del invierno. Una llave de la celda de Hus —cumpliendo su símbolo de entonces— fue puesta enseguida en manos del rey Segismundo por los miembros de la comisión del Concilio. Cuando se enteró de ello el caballero Chlum acudió a su majestad: ahora tenía una ocasión para liberar enseguida al «magister» y su majestad podía asegurar su salida Dues en la confusión existente entonces en el Concilio, la liberación de Hus no provocaría las esperadas amenazas.

Segismundo retrocedió ante las exigencias de Chlum, e hizo llamar al cardenal d'Ailly, uno de los jefes más importantes del movimiento contra los husitas. El cardenal amenazó de nuevo al soberano con la desintegración del Sínodo si Hus se libraba, del modo que fuera, de la condena de sus jueces. Cuando D'Ailly se fue frenando apenas su cólera, Segismundo decidió que la llave de la celda de Hus debía de ser entregada al obispo de Constanza, para que éste tratara al preso según su parecer, pero impidiendo todos los intentos de fuga.

El obispo, a quien se consideraba como adversario de Hus, no tardó mucho en actuar: juzgaba caótica la situación reinante en Constanza y decidió que había que trasladar al acusado fuera de la ciudad, lo más pronto posible. En la ciudad, ya ni a los forasteros se les podía garantizar la seguridad. En cualquier momento podía aparecer un grupo de hombres armados que atacara el monasterio dominico y sacara de allí al prisionero. De modo que el obispo mandó trasladar a Hus esa misma noche a su propio castillo, en Gottlieben. Pocos andaban por las calles en la noche de Constanza, ni siquiera pudieron ver ni menos percatarse, de cómo llegó ante el convento un cortejo formado por el obispo, los hombres del Sínodo, el gobernador de la ciudad, más los guardias. Metieron al preso en un carruaje que partió hacia el sombrío edificio de Gottlieben.

Durante dos meses y medio consumió allí Hus el amargo pan de los presos con acusaciones graves. Durante el día llevaba pesados grilletes en los

pies, de noche dormía encadenado a la pared. Le prohibieron escribir y la mala calidad de la comida mermaba aún más su fuerza física. Además de sus antiguos dolores, le atacaron nuevos cólicos biliares, hemorragias, dificultades de respiración. Se estrechó más aún el estrecho cerco a su alrededor; pero la noticia pudo llegar a su amigo y colaborador, Jeremías. A pesar de la estricta prohibición de Hus, Jeremías había llegado a Constanza para ayudar a su amigo y maestro. Los caballeros Chlum y Duba hicieron lo imposible para que Jeremías pudiera entrar en Gottlieben y hablar con el maestro. Pero no pudieron dar con la menor grieta en el muro de acero del Concilio. Ante la inutilidad de sus gestiones, Jeremías regresó a Bohemia pero al llegar a la frontera germano-checa, en Hirschau, le alcanzó un grupo de mercenarios y le devolvieron a la ciudad del Concilio, acusado de ser el más íntimo devoto de Hus. (Sobrevivió sólo durante diez meses al «magister». Jeremías de Praga sufrió el 30 de mayo de 1416, la muerte en la hoguera.)

17

COMO mariposa al borde de la llama, despreocupada, Bárbara revoloteaba alegremente en Constanza. El alojamiento no era digno de la «Primera dama de la cristiandad», pero era sin duda el mejor que pudieron ofrecer a Segismundo. Los príncipes de la Iglesia y los civiles, también debían de hospedarse en salas estrechas, celdas de los monasterios, casas particulares cedidas a petición de las autoridades. La gente de armas acampó más allá de las murallas, en el invierno naciente en que ya atinaban las campanas de la Navidad y se anunciaba la llegada del nuevo año.

No podía decirse que la joven reina se aburriera: muchos aristócratas, así como el «pair» francés, habían traído consigo a sus esposas. Y cuando corrió la noticia de que la reina recibía complacida las visitas, una corriente de damas aristocráticas se lanzó hacia la residencia real. En el paisaje nevado, las amazonas con trajes multicolores, acompañadas de jóvenes caballeros, debieron ser una brillante imagen en la ciudad suiza de moral tan severa. Los prelados meditaban y discutían sobre el destino de Europa y el mundo. No obstante, parecía que el alegre universo de Bárbara prestaba a Constanza un sello casi carnavalesco. Sobre los distinguidos huéspedes que se encontraban allí, se extendió un feliz sentimiento vital. La ciudad no permitía bailes, pero nadie habría podido prohibir que las fiestas de todas las noches se repitiesen en salas aristocráticas o principescas. El magistrado de Constanza autorizó a setecientas muchachas para ejercer el oficio del amor, pero este número crecía asombrosamente y las mozas que querían evitar el pago del impuesto de tolerancia y se resignaban a ser echadas vergonzosamente y a escobazos de la ciudad, imitaron a las nobles damas, desplumando a los que llegaban a Constanza acosados por el gozo de vivir.

Segismundo no podía ser acusado en esos tiempos de abandonar sus tareas como soberano jefe del mundo cristiano. Como la mayoría de los monarcas de la época, entendía bastante de teología, conocía el motivo que provocaba los choques; y también sabía los límites en que se encontraban los problemas civiles y eclesiásticos. Pero no podía llegar a dominar tantos conocimientos

como para navegar a través de las disputas intelectuales de realistas y nominalistas, y conocer a fondo sus astutos razonamientos. Tenía naturalmente un consejero religioso que le explicaba en términos comprensibles el contenido de esas discusiones. Pensaba que el Concilio era su propia creación, no podía quedarse atrás en su camino, tenía que conocer detalle a detalle todo el proceso. En ciertas cuestiones fundamentales tuvo que decidir personalmente, empeñado en hallar los hombres y los medios para alcanzar su meta: la liquidación del gran Cisma occidental.

Cuando Segismundo firmó de propia mano en Spira el salvoconducto de Juan Hus, evidentemente no pensó en la trampa que le tenderían al «magister» en Constanza. No dio mayor importancia a los sucesos de Praga, dispuesto a responsabilizar por la gravedad de la situación a su hermano: por no ser capaz de poner orden —entre checos y alemanes, conservadores y reformistas— en su propio país. Las palabras de Hus criticaban ferozmente también el sistema civil, determinante del destino y los deberes de cada uno. El maestro discutía el derecho de los señores sobre sus campesinos, el poder absoluto de los príncipes, la riqueza de los prelados, sus «simonías», los abusos en torno a los cargos eclesiásticos. Todo esto —supuso Segismundo— debía de ser sólo la palabrería sin sentido de un sacerdote ignorante. Pero que en Praga hubiera brotado una fatal herejía, de ninguna manera podía creerlo el rey. No consideraba una aberración el que Hus y sus partidarios exigieran la comunión de los laicos sin diferencias especiales, puesto que en el fondo representaba el deseo de borrar distinciones entre sacerdotes y civiles en la santa ceremonia. (Aparte de que, en lo que a sacerdotes se refiere, las críticas entre monjes y frailes de Praga, se fueron haciendo cada vez más agudas, más hirientes. Pero de esas discusiones de orden doméstico, sólo llegaban rumores a la corte real.)

Durante su viaje y ya antes de llegar a Constanza, Segismundo había intentado la discusión, principalmente con altos prelados, con influyentes obispos del Concilio. El rey tenía excelentes dotes para apreciar enseguida la gravedad de una situación, para conocer a fondo el carácter de las personas importantes, para apartarse de los detalles e ir al fondo substancioso y generalmente con una brillante redacción. Estas conversaciones y luego las que sostuvo en Constanza, así como las negociaciones recién iniciadas, informaban al rey del ambiente de los miembros del Concilio allí reunidos. Se percató rápidamente de que el mayor problema que llevó a la organización del Concilio —la Reforma— no podía ser discutido mientras el Sínodo no discutiera la herejía, es decir, las enseñanzas de Wycliffe y Hus.

Wycliffe estaba muerto: sólo había que cuidar de no herir la susceptibilidad de los ingleses, ver qué debía hacerse con sus cenizas. Pero por lo que concernía al «magister» de Praga, Hus se encontraba allí mismo, por ahora, en la celda de los dominicos. Era dueño de un salvoconducto que declaraba que, cualquiera que fuese la sentencia, Hus podía regresar a su casa indemne. Lo que le pudiera ocurrir después en Praga, de eso nada decía el salvoconducto. La intención de Segismundo era la de llevar al maestro ante el Concilio. Su destino' posterior, no le preocupaba. Cuando ya en los primeros días de su llegada, se dejó enredar en el «caldero de brujas» de Constanza, recibió más y más advertencias: no sólo de los cardenales del lado del papa Juan, sino también de los prelados partidarios de Gregorio, que le aseguraban que, si aquí y ahora no cortaban la cabeza de la hidra, la herejía de Hus se propagaría por toda la cristiandad. Hubo cardenales que amenazaron abiertamente al rey: si dejaba libre al «magister», de cualquier manera causaría la muerte del Concilio. La mayoría de los prelados abandonarían el Concilio, sin más… Y era dudoso que dentro de esa generación, se pudiera reunir de nuevo tan importante asamblea.

Que Segismundo tuviera o no remordimientos por ceder ante las garantías de su propio salvoconducto, es algo a lo que ahora no es posible responder por falta de documentos, y sólo a través del análisis de la persona y de la situación creada se puede suponer. Al rey le esperaba, de todas maneras, un buen conflicto con el doctor de Praga, en su situación humana y social; así que Segismundo no pudo dudar: sería mejor que se le considerara como un pérfido (ya se encontraría alguna forma adecuada para que lo explicasen los sabios), y no que se desintegrase esa enorme creación, el Concilio, por el que había apostado su propia vida. Si la pérdida de Hus era el precio por la solución del Cisma, no era dable vacilar ni un momento: era mejor que ardiese la hoguera, pero que siguiese reunido el Concilio.

Segismundo brillaba en el resplandor de la entrada de Navidad, a la cabeza de los miles de caballeros llegados para recibirle, en la interminable columna que surgía del nevado paisaje. Al día siguiente tocaban solemnemente las campanas en las calles soleadas cuando Segismundo cabalgaba junto a Bárbara, sobre las alfombras de homenaje.

Participó con la corona puesta, pero en traje de diácono, en la solemne misa que fue oficiada por el papa. Leyó él mismo y en voz alta el Evangelio: «… y vino el decreto del emperador…» Bárbara a su lado era tan hermosa como las bellas mujeres de los cuadros italianos de entonces. Hermann Cillei sostenía el cetro de oro, el príncipe Rodolfo de Sajonia la espada imperial.

Juan le obsequió después de la ceremonia con una espada papal. Monarcas y cardenales le acompañaron a su residencia, fijada por el municipio en el convento de Petershausen, del que se desalojó a los frailes. En esos días navideños reinaba aún buena armonía entre Segismundo y Juan XXIII. Los íntimos veían ya casi una amistad verdadera…

La primera grieta puede que hubiera aparecido entre ellos cuando Juan —después de tantear el terreno— insinuó que estaría dispuesto a regalar al soberano civil de la cristiandad doscientas mil monedas de oro. Si existía realmente tan enorme suma en su poder o si sólo contaba el papa con su tesorería particular italiana, nunca se puso en claro, pero —y quizá por primera vez en su vida— ahogó el rey su santo apetito de oro y rechazó la oferta. La meta del Concilio era terminar con el Cisma. La manera más práctica parecía ser que los tres papas abdicaran ante el Sínodo y luego, a través de una nueva elección, que los cardenales consagraran a un nuevo santo padre. Que éste pudiera ser Gregorio o Juan, era dudoso pero posible. Las probabilidades de Benedicto eran menores, ya que estaba enfrentado al Concilio, pese a haber enviado un delegado. Si Segismundo aceptaba del papa ese «mar de oro», quedaría obligado, sin duda, a la obediencia a Juan XXIII. La noticia hubiera corrido como un rayo en el mundo cristiano; y al futuro emperador sólo podrían considerarlo como a otro vulgar príncipe sobornado, sin ninguna autoridad moral.

El comienzo de enero anunciaba «el gran mes». Llegaron una tras otra todas las delegaciones a Constanza, después, incluso los mismos príncipes de todo el continente. Filippo Maria, príncipe de Milán hizo su entrada; después, la suntuosa delegación del rey de Francia, Carlos VI, y finalmente llegó el elector bávaro. Los escribientes del municipio calcularon, a finales de enero, en setenta mil a los recién llegados, además de que cada día arribaban nuevas dignidades; y en los séquitos —según sus rangos— acaso algunos centenares de jinetes. A éstos también había que proporcionarles alimentos, a los caballos forraje. La guardia municipal se aumentó a dos mil hombres armados.

Durante la primera semana de enero se establecieron las tendencias del congreso. El papa Juan se proponía iniciar la actividad con el proceso a Hus. Por su parte, Segismundo veía en el restablecimiento de la unidad de la Iglesia, la tarea principal. Los franceses insistían en comenzar por la Reforma, aunque el objetivo actual era también la liquidación del Cisma. Esa prudente fórmula requería antes la abdicación mundial de los tres papas.

Los allegados al rey parecían creer que Segismundo aprobó el que Hus siguiera detenido; en realidad no había contradicción literal con el alcance del salvoconducto. Puede incluso suponerse en él, su deseo de salvar la vida de Hus, dejándole huir de alguna manera, a pesar de las permanentes amenazas de que se desintegraría el Concilio, si Hus «desaparecía».

En la densa corriente de los acontecimientos, hubo un momento en que pareció pasar a segundo lugar el asunto de Hus: el cardenal D'Ailly logró que ante todo se tomaran decisiones sobre el Cisma. El Concilio decidió enviar salvoconductos para Gregorio XII y Benedicto XIII, junto con la urgente invitación, cuando inesperadamente llegó el delegado del papa Benedicto. Traía el mensaje del papa español: esperaba reunirse en Niza para negociar, a solas, Segismundo, Benedicto XIII y el rey aragonés Femando de Antequera. A los pocos días llegó también el delegado de Gregorio, un prelado que ostentaba el título de patriarca de Constantinopla. La esencia del mensaje de Gregorio XII era que estaba dispuesto a abdicar dada su avanzada edad, siempre que los otros dos papas hicieran lo mismo.

El papa Juan tuvo que llegar a la conclusión de que cada vez eran menos los que apoyaban la prolongación de su papado.

Comenzaba a entreverse una nueva fuerza: el mismo Concilio. Día a día se agregaban nuevas personalidades a la asamblea; *el* mismo Concilio repetía ahora con toda naturalidad la importancia de terminar con el Cisma, sin tomar partido por ningún papa. Pero Juan, único pontífice presente en Constanza, político italiano que atravesó en su vida por duras tempestades, presentía en su entorno el amenazador peligro. Sobre todo cuando los padres del Sínodo se dividieron por naciones. No había ninguna duda por el respeto de sus miembros a las naciones italiana y francesa; a los alemanes se agregaron las delegaciones polacas, húngaras, bohemias y escandinavas. Los españoles no recibieron el derecho como «nación», porque se descontaba que se alinearían uniformemente junto a Benedicto. Esta distribución tenía su importancia para cuando se votara por «naciones». Y en su sentido más oculto, marchitaba las esperanzas de Juan: como se le consideraba el más poderoso de los tres papas, la intención era reducir en lo posible su poder.

La desgracia de Juan se hizo pronto evidente y en ella se intuía, tras los acontecimientos, la mano de Segismundo: su primordial enemigo era Juan, su principal deseo terminar definitivamente con él. Comenzó a circular por las manos de los padres del Concilio un documento procedente de fuentes italianas, en el que el desconocido autor ponía al descubierto con pruebas legales y con asesina certeza las infamias del Baldassare Cossa de antes del

papado, sus perfidias, los pecados cometidos en sus años laicos. Cuando este panfleto llegó finalmente a las manos de Juan, tuvo que comprender que, en Constanza, no era sólo Hus el acusado; también a él podía el mundo cristiano colocarle en la picota y en el peor de los casos, enviarle a la pira.

El papa hizo otro intento por salvar su situación: convocó para mediados de febrero una conferencia en su propio palacio, en la que también participaba Segismundo. Era evidente que antes hubo meditado amargamente, pero allí proclamó que estaba dispuesto a dimitir, si los otros dos papas también lo hacían.

A los participantes en la conferencia no les satisfizo mucho la declaración del papa —mejor dicho, desconfiaban de su sinceridad, y tenían derecho a desconfiar— por lo que organizaron una nueva reunión, en la que procuraron redactar un texto que reflejara la opinión colectiva. Incorporaron a la conferencia a los más eminentes juristas de la Iglesia, hasta que por fin —después de prolongadas discusiones nocturnas— nació el texto que parecía definitivo. Fue leído por el propio Segismundo ante el Concilio, demostrando así la importancia que él también daba a la reunión, como asimismo su deseo de participar personalmente —a pesar de la naturaleza laica de su reinado— en cada etapa del Concilio. El texto sólo contenía la constancia de la dimisión que estaban dispuestos a aceptar los padres del Concilio, formulada por parte de Juan XXIII. Esta declaración papal decía:

«Yo, Juan XXIII, declaro como ayuda para la salvación de la cristiandad, y expongo ante Dios, mis deseos de ganar la paz para la Iglesia. Para ello y sin ninguna condición, abdico de mi rango papal y esta decisión mía será cumplida, como es deseo del Concilio, en cuanto Petrus de Luna y Angelus Corrario, quienes en sus propias obediencias se llaman Benedicto XIII y Gregorio XII, renuncien también a los pontificados por ellos ejercidos. Esta renuncia pueden hacerla personalmente, o a través de sus delegados o por fallecimiento de alguno de ellos o en cualquier otra forma que la hicieran. Así, mi abdicación devolverá la paz a la Iglesia y terminará con el Cisma.»

A la declaración siguió una escena dramática: los padres se pusieron en pie, las campanas tañeron, y todos colmaron de agradecimientos al rey, como promotor indiscutible del gran acto.

Al día siguiente, dos de marzo, el papa repitió su renuncia de forma más solemne aún. El propio Juan celebró la gran misa en la basílica. Después, arrodillóse y vuelto hacia los padres del Concilio, repitió su declaración. Cuando le tocó el tumo a las palabras «expongo ante Dios», Juan se alzó, cruzó los brazos sobre el pecho y proclamó en voz inesperadamente alta:

«Juro que lo cumpliré». Una emoción solemne se apoderó de todos. En el fondo y como primer paso parecía que la Verdad Divina descendía hacia ellos. Corrieron las lágrimas por las mejillas de Segismundo, se quitó la corona y arrodillándose ante Juan, le besó los pies. Lo mismo hizo el patriarca de Antioquia de blancos cabellos, que ocupaba provisionalmente la presidencia del Sínodo. El coro de la basílica entonó el Tedeum.

Segismundo solicitó a Juan que él mismo firmara la bula de su dimisión. No obstante, pronto pareció esfumarse la emoción del gran momento, cuando en las horas siguientes aparecieron indicios de que la intención de dimitir del papa no era totalmente sincera, actuando así sólo porque según informaciones confidenciales, era de temer algún atentado contra su vida o su libertad, en caso de persistir en su negativa.

La tensión fue aumentando. El papa envió la Rosa de Oro a la pareja real. Segismundo la agradeció pero no se quedó con ella sino que la entregó a la catedral, bajo la advocación de la Santísima Virgen. Al día siguiente, once de marzo, el propio rey presentó la moción para elegir nuevo papa. Esta fue la primera fórmula que llegaba allí, desde lo más alto, reconociendo que desde el día de su abdicación, no podía considerarse ya a Juan XXIII como papa. Como si de pronto se hubiera desencadenado la corriente de los sentimientos antipapales, hasta ahora reprimidos. Fueron principalmente las dignidades eclesiásticas occidentales las que atacaron a Juan. Durante el debate se alzó el obispo de Salisbury y gritó: «¡Juan, hace ya tiempo que estás maduro para la hoguera!» En el palacio del obispo, el pontífice, angustiado, no se atrevía siquiera a defenderse, así estaba de acalorado el ambiente. Los partidarios íntimos de Juan, habían esperado hasta entonces, confiados en que al efectuarse la dimisión de los tres santos padres, el cónclave, que se reuniría enseguida, elegiría de nuevo a Baldassare Cossa, como único papa aceptado por todos. Apenas unas horas después, había cambiado de tal forma la rueda de la fortuna, que Juan debía ya de temer por su propia vida.

No obstante, todavía hubiera podido dar Juan un paso decisivo (y era lo que temían los padres de la congregación): que mientras dominaba aún en Constanza, podía ejercer su autoridad disolviendo el Concilio. Con lo que naturalmente se hubiera venido todo abajo, todo lo hecho durante años en el mundo cristiano para liquidar el Cisma. Especialmente los ingleses —doctores, juristas y obispos de Oxford— insistían en arrestar al papa Juan, si no designaba inmediatamente, con acreditados poderes, a los miembros del Concilio para tratar sobre el «cessio».

Inglaterra y Francia estaban aún en guerra: el odio recíproco lo mantenían también los religiosos en el Concilio, ya fueran de tierras francesas, ya de allende el mar. En el torbellino de las discusiones se decidió el futuro del papa Juan; los cardenales, obispos, juristas de Italia se inclinaban por él, que les hablaba en su idioma, considerando como tierra natal a la península. Abiertamente nadie hubiera tenido el valor de desafiar a los antijuanistas, pero en secreto planeaban la fuga de Juan. Abiertamente no le hubiera sido posible abandonar Constanza: la huida del papa hubiera significado el derrumbe del Concilio. Bastaba detenerse en cualquier lugar y con una única y tormentosa bula, echar por los suelos al Sínodo: podía declarar su disolución con el solo argumento de que había estado obligado a dimitir por la fuerza.

Era la noche del 19 de marzo. Segismundo —muy concisamente— avisó al papa: quería visitarle inmediatamente. El rey dijo ser simplemente el abogado del Concilio, pero siendo monarca laico (por lo menos de palabra), procuraba tener en cuenta los intereses de todos con la proclamación de la «universalidad». Ese fue su comentario a los acompañantes en el camino a la residencia papal, que sostuvo el rey de los romanos, los germanos y los húngaros.

Segismundo —refiriéndose a rumores que se oían— pidió a Juan que no se metiera en ninguna aventura nueva. No quería ausentarse de Constanza manteniendo el caos del mundo cristiano, ahora que podía salir de su confusión. Segismundo habló «como si el buen espíritu de su padre Carlos IV, hubiera dictado sus palabras». Habló como árbitro de la cristiandad. El papa, después de escucharlo atentamente, quedó en silencio. Y cuando el rey llegó al final de sus palabras, mencionó de nuevo los doscientos mil ducados de oro, que ya una vez había ofrecido al rey. Enseñó el arcón enorme en un rincón, con los candados echados. Con lo cual bastó para que Segismundo comprendiera que toda la humanidad hacia la «Ecclesia» que afirmaba sentir Juan, era puro disimulo. Intentaba de nuevo sobornar al rey para tenerlo de su lado y buscar una fórmula que permitiera a Juan XXIII seguir sosteniendo la tiara. Segismundo se marchó disgustado y con inseguros sentimientos del palacio obispal elevado ahora a residencia del pontífice.

18

EN LOS intervalos de las sesiones del Concilio, se entretenía a los convocados con fiestas mundanas. En ellas participaban como espectadores los miembros del Sínodo. Cada príncipe intentaba con un brillante banquete, recepción o baile, dejar en la sombra a sus aristocráticos rivales. De manera que el 20 de marzo, el contrincante de Segismundo, príncipe Federico de Austria, convocó fuera de las murallas de la ciudad, un torneo de caballería, al que invitó a parte de los miembros del Concilio, además de los habitantes de Constanza. A primeras horas de la tarde se había despoblado la ciudad, nadie quería perder el gran espectáculo, el torneo, en el que lucharían distinguidos caballeros de la cristiandad.

Cuando hacia el mediodía comenzaron a dirigirse allí las delegaciones, la mayoría de los guardias municipales condujo a la muchedumbre hacia el portal de entrada, con lo que se debilitó la vigilancia. ¿Quién se hubiera preocupado por el jinete que atravesaba la puerta en un caballo flaco, de oscura capa y con un arca sobre el hombro? (Evidentemente no fueron los italianos sino el príncipe austríaco quien respaldó al papa Juan, queriendo vengarse así de Segismundo, por no haberle apoyado antaño en su guerra contra los suizos, y porque le había vuelto a quitar territorios fronterizos húngaros, en litigio.)

Juan volvió a ser de nuevo el caballero Baldassare. El caballo que parecía mal cuidado era realmente un estupendo corcel. Bajo la capa el jinete llevaba una coraza y, en la cintura, sus antiguas y bien probadas armas. A su lado y sobre una mula, cabalgaba un niño que al pasar a través de la cadena de alguaciles de la ciudad, decía al jinete y en voz alta: «Padre mío».

El intento de fuga fue, pues, logrado. El infatigable jinete llegó la misma noche a Ermstingenig. No estaba lejos el Rhin donde debía de esperarle una barcaza, según el mensaje de Federico. No hubo tiempo para descansar en aquel prolongado día, había que llegar por agua hasta Schaffhausen: allí estaba el castillo del monarca austríaco. Allí podría sentirse por primera vez

seguro, allí Juan XXIII podía tejer planes para los próximos días, después de esa angustia de largas semanas, allí podía vestir otra vez su traje blanco.

En mitad del gran torneo en el que el mismo príncipe Federico hubo de participar, llegó un mensajero al asiento del príncipe, entregándole un mensaje escrito. El organizador del torneo se puso de pie al poco tiempo, como si participase de algún duelo funerario. En realidad, le esperaba oculto un caballo ensillado y guardado por las cortinas del atardecer; finalmente el príncipe marchó también hacia Schaffhausen. Al poco tiempo corrieron las noticias por la ciudad: Juan había podido salir del palacio del obispo, por una puerta cuya llave guardaba en su cinturón. Los sirvientes del palacio debieron darse cuenta por la noche, al llamar a la puerta del santo padre y no recibir respuesta como en otras ocasiones, cuando le avisaban para cenar. La puerta estaba cerrada y el sirviente de Bolonia al que había traído consigo el papa, también había desaparecido. La noche fue muy larga en Constanza. Al enterarse todos de la feliz huida del papa, pareció que la ciudad entera cogía sus armas. Los vecinos de Constanza consideraban al Concilio como un asunto personal: tenían interés en hospedar a más y más forasteros que pagaban buen dinero. La huida del papa —a juicio de muchos— significaba el final de la reunión. Estalló una enorme indignación y aprovechando la protección de la noche, muchos italianos y austríacos se marcharon, temiendo que la cólera popular se volviese contra ellos.

La inquietud de los delegados fue creciendo de tal manera que Segismundo recorrió la ciudad a caballo, para tranquilizar personalmente a la gente de las calles y prometiéndoles que nada le ocurriría a nadie, él lo garantizaba. Citó en su residencia a los monarcas y delegados presentes en la ciudad para una urgente conferencia. Les tomó juramento de que no se marcharían y que el Concilio proseguiría con sus trabajos. Ya al anochecer se habían tranquilizado los ánimos, no hubo matanzas ni saqueos. Cerraron por prudencia las tabernas y ante ellas vigilaban los alguaciles municipales. Un decreto proclamó en nombre del rey que nadie podía ausentarse de Constanza sin permiso, y al mismo tiempo se colocó una fuerte vigilancia en los caminos que conducían a Schaffhausen.

Al día siguiente se celebró la tercera sesión del Sínodo en la que sólo participaron dos cardenales. Declararon la universalidad del Concilio y el principio de que el Concilio se hallaba colocado más alto que el papa.

Quienes conocían bien a Segismundo —principalmente su séquito húngaro— vieron sorprendidos cómo se transformaba en las horas de peligro en un excelente organizador, negociador y si era necesario también en

estratega. Obligó a trabajar duramente al *Sínodo* con densos programas, para que nadie tuviera ni tiempo ni pretextos para abandonar el lugar de las negociaciones. Todos tenían que vigilar al compañero que tenían a su lado. Una vez terminadas las conversaciones, clausuraron la sesión y se dispusieron a preparar la nueva reunión, de la que era presidente Andreas Láskaris, el obispo de Poznan, descendiente de sangre imperial griega. Fue él quien dio lectura a la sentencia del Concilio sobre el destronamiento de Juan XXIII.

No se tardó mucho en conocer la respuesta: el papa no se sentía seguro ni en el castillo ni en la ciudad. Y Federico, si bien admitía (aunque a regañadientes) ser su vasallo, no parecía dispuesto a emprender una lucha contra sus hermanos helvéticos, en favor de Cossa. Por lo que Juan-Baldassare tuvo que huir también de allí. Llegó el viernes santo al castillo de Laufenberg, que pertenecía ya a las verdaderas posesiones de Federico. Allí, por fin, entre los muros aparentemente fuertes del castillo pudo sentirse otra vez en seguridad. Allí redactó la bula con la que intentaba echar por tierra el Concilio. Declaró nulas todas las sentencias del Sínodo y canceló todas sus futuras reuniones. Declaró que todos sus pasos hasta ese momento le habían sido impuestos por la fuerza y las amenazas, principalmente su dimisión.

En otras partes los acontecimientos rodaban con más lentitud, con el ritmo de los granos del reloj de arena. Pero en Constanza, Segismundo (que se consideró el único capaz de dominar y hacerse dueño de la situación) impuso un ritmo veloz y desacostumbrado. Para la captura de Juan y Federico, formó un ejército con la gente armada que paseaba sin saber qué hacer en Constanza, y nombró jefe del regimiento a Federico de Nuremberg. Las cosas de Federico de Austria eran mal vistas, en general, en Suiza. La Confederación no olvidaba al que fue su mayor enemigo. Por eso agradecieron las medidas de Segismundo y su autorización para que pudieran recuperar cuanto les parecía de los Habsburgo, siempre que apoyaran la campaña contra Federico y, voluntariamente y por su cuenta, enviaran gente armada bajo el mando del príncipe de Nuremberg. De esta manera, pronto se reunió un ejército de magnitud desacostumbrada: cuarenta mil hombres. Lamentablemente no había dinero suficiente para mantener a tantos hombres; ni Segismundo ni los helvéticos, ni los monarcas presentes lo tenían. Y como el papa había logrado sacar sus arcas con los tesoros de Constanza, si éstos llegaran a manos del príncipe austríaco, cubrirían sobradamente los gastos de la defensa del castillo. En Cossa nació de nuevo el «condottiero» de antaño: dirigía el asedio de las fortificaciones con perfecta profesionalidad, a la manera italiana.

Federico era un noble acostumbrado a alterar la paz, y odiaba especialmente a los suizos. Todavía no se había borrado en él el recuerdo de la batalla perdida de Sempach: unos dos mil campesinos espantaron la caballería de los Habsburgo y el príncipe austríaco Leo, cayó muerto en el campo de batalla. Hacía treinta años que esto había ocurrido; desde entonces la mayor parte de la Confederación helvética, con sus importantes cantones, le había negado la obediencia. Segismundo, el rey de los germanos, hubiera tenido el deber de lograr la reposición del vasallaje, con las debidas precauciones. No obstante, la marcha triunfal del rey en Suiza y sus visitas a las ciudades, demostraban que consideró de gran importancia la relación amistosa con las ciudades suizas. Recibía dinero de ellas, podía contratar mercenarios. Que la chispa del antiguo odio entre los cantones y los Habsburgo no se había extinguido, quedó demostrado entonces, con esa campaña militar que emprendieron Segismundo y los suizos para humillar a Federico y terminar con esa maldición imperial, en su persona.

En realidad, Federico no se preocupó demasiado por Juan XXIII: fue sólo una buena excusa para él, para poder jugarle una estratagema. Cuando vio que la ruptura iba en serio y el ejército sitiador se ponía rápidamente en marcha contra las torres de Laufenberg, envió sus confidentes a Constanza a que tantearan la posibilidad de tejer el hilo de oro de la paz entre él y Segismundo. El rey húngaro aprobó asimismo que no corriera la sangre fraterna, especialmente cuando en tiempos del Concilio se había proclamado la paz imperial, el armisticio general. La principal condición fue que el príncipe se presentara de nuevo en Constanza, pidiera perdón al rey y solicitara la anulación del «Reichsacht», la mayor maldición imperial. Ya habían llegado bastantes informaciones a Federico de que los suizos sí que actuaban con la autorización del rey, destrozaban las posesiones del príncipe, se apoderaban de sus rebaños, despojaban los edificios, los lujosos palacios de los Habsburgo.

Así que se le hizo urgente la reconciliación. Segismundo, como si hubiera olvidado el pasado —los tiempos en que vagabundeaba como un desterrado, huyendo de las tropas de Carlos el Pequeño y más tarde de las de Ladislao de Nápoles, a través de las fronteras austríacas— ahora en Constanza, sentado en el trono, entre nubes, monarcas y cardenales, exigió que aquí fuera donde se debía de arrodillar ante él el vasallo y pronunciar la súplica de la clemencia, la frase de la humillación. Nadie tomaba en serio estos actos, pero el acatamiento de esa servidumbre fue comentado en todas las cortes europeas. Por ello había vacilado Federico entre la guerra y la sumisión, mientras su

pariente, el príncipe bávaro Luis, le sugirió en lugar de esa sumisión, ser él el valedor de Federico, durante la gran representación.

La ceremonia se realizó según las ideas de Segismundo, quien puntualizó los detalles de acuerdo a su propio capricho. Cubrieron el suelo del refectorio con alfombras púrpuras, el rey y su esposa esperaban sentados en el trono, cuando llegó con todas las pompas reales Luis de Baviera, Federico Hohenzollern —margrave de Brandeburgo— y Nicolás Garai, a quien titulaban generalmente en Constanza, como gran duque de Hungría. Luis de Baviera, como príncipe elector imperial, solicitó permiso de Segismundo para acompañar a Federico de Habsburgo, castigado con la maldición imperial. A la complacida señal de Segismundo se retiraron los tres y por otra puerta que fue ostentosamente abierta, se presentó Federico el desobediente, con capa blanca y el principesco sombrero de plumas. Se arrodilló, después se puso de pie, exactamente a cinco palmos de Segismundo y de Bárbara, sentados en el trono; luego volvió a arrodillarse:

—¿Ofrecéis esta sumisión libremente, por vuestra voluntad, o acaso por presión?

—Por mi propia voluntad, majestad. Nadie hubiera podido presionarme.

Segismundo se puso de pie, dio un paso adelante, alzó a Federico que permanecía todavía arrodillado y cogió su mano diciendo:

—¡Nos dolió mucho que cayerais en tan grave falta!

Esta era la parte solemne del acto: los presentes se echaron a llorar llenos de feliz emoción, según los cronistas. La parte secreta de la gran ceremonia, se llevó a cabo después, en el cuarto del rey: aquí tenía que prometer Federico que entregaría al Concilio su hasta entonces protegido Juan XXIII. El príncipe aseguró a Segismundo que mandaría traer al papa a Constanza. Después volvieron a la sala, donde Segismundo tomó asiento en el trono y se dirigió a los delegados de Italia:

—Conocéis la grandeza del príncipe de los austríacos, pero desde ahora no podrá quedar oculto para vosotros todo cuánto es capaz de hacer el rey de los romanos, si quiere.

Esta declaración fue hecha especialmente como advertencia para el príncipe de Milán, Filippo María, aunque también podía darse por aludido el embajador de San Marcos. Segismundo podía sentirse ahora el supremo monarca de la entera cristiandad universal.

El papa Juan no podía ya hacerse ilusiones, desde el momento en que se enteró de que Federico, pese a la excomunión imperial, había ido a Constanza. Era cierto que hasta ahora sólo había entregado al príncipe tres mil

monedas de oro, sólo una pequeña parte de su tesorería, pero de todas formas se sentía vergonzosamente traicionado. Deambulando entre las torres del castillo, vigilando al enemigo que se acercaba, Juan meditaba rememorando su juventud y —según los cronistas enterados— escribiendo poemas en italiano o latín, según la tradición de los italianos en desgracia.

El expapa se fue reanimando lentamente de su decepción. Sus incondicionales le ayudaron a sobreponerse en su circunstancia actual, que más parecía la existencia en una cárcel. Finalmente, escapó de Laufenberg y llegó a Friburgo de Brisgovia. Al parecer, se tomó allí un descanso y fijó su existencia, hasta entonces errante. Escribió al rey fijando sus nuevas condiciones. Al recibir la carta, Segismundo se encerró inmediatamente con algunos de los jefes del Concilio. Todos opinaron que las condiciones de Juan eran inaceptables. Decidieron que en la sexta sesión, que se abriría dentro de pocos días, expondrían la causa de Juan XXIII —ahora ya definitivamente Baldassare Cossa— a fin de procesarle y sentenciarle. Así ya eran dos los acusados, los enemigos mortales en espera de su suerte: Hus y Cossa. Mientras tanto el papa Juan intentó atar de nuevo los hilos antes cortados. Se apoyó principalmente en el príncipe de Borgoña, posiblemente el más rico de los monarcas occidentales. Pero Borgoña no le invitó, pese al deseo del pontífice acosado y errante, a encontrar en Dijon un refugio seguro con objeto de salir de allí con tiempo para instalarse en el castillo papal de Avignon.

A mediados de abril se inició la nueva asamblea. El cardenal Brogli fue designado presidente, por ser el de más edad. El Concilio dictaminó que Juan debía de abdicar sin condiciones, si quería eludir el proceso. Para entregar el mensaje se formó una delegación que partió enseguida hacia Friburgo. Mientras tanto llegó una carta del príncipe de Borgoña asegurando su fidelidad al Concilio, pues no se sentía obligado a Juan XXIII. Para los de Constanza fue una victoria importante. La delegación se dio cita con Juan en Breisach. En el ínterin de la negociación, el pontífice había desaparecido; por lo visto tampoco allí se sentía seguro. Al mismo tiempo llegaba el mensaje del príncipe Federico para el papa, rogándole que pudieran encontrarse a los pocos días en Friburgo.

Como no llegaban noticias de la delegación, y por lo tanto se ignoraba si Juan había aceptado las condiciones, Segismundo, en la siguiente sesión del Concilio dio lectura a una propuesta para procesar al expapa si no se presentaba ante el Concilio, en el plazo de nueve meses. El Sínodo extendió un solemne salvoconducto y ofreció trescientos jinetes para acompañar desde

Friburgo hasta Constanza, al que ya designaban «el de antaño», refiriéndose a su condición de papa.

El 14 de mayo —como no hubo ni rastro de Juan— la décima asamblea proclamó por unanimidad el destronamiento de Juan XXIII. Entre las acusaciones contra él figuraban la herejía, complicidad en el Cisma, simonía y otros pecados menores. Cuando se escucharon esas acusaciones en lenguaje jurídico, sólo protestó el cardenal de Venecia, defendiendo a Juan de la acusación de herejía. Pero sólo por eso… Ninguna otra voz se elevó en defensa del «quondam papa» cuya lista de crímenes —obra conjunta de juristas importantes— superaba los setenta puntos. El hombre que ocupó durante cinco años la silla de los sucesores de san Pedro, fue ahora sentenciado culpable de crímenes terribles. La comisión suprimió algunas acusaciones demasiado vulgares, por lo que consideraron finalmente la culpabilidad del papa en «sólo» cincuenta y cuatro cargos. Lo que no obstaba para que, mientras tanto, prosiguiera el diálogo secreto entre Juan y el Concilio. Juan se acercaba lentamente hacia Constanza. Le asustaba el desarrollo de esas sesiones, más graves de lo esperado y por eso declaró estar dispuesto a poner su destino en manos del Concilio. Y para demostrar su buena voluntad, entregó a los delegados su sello y algunos símbolos papales.

La solemne declaración del destronamiento se efectuó en los últimos días de mayo, en presencia de Segismundo y de los príncipes asistentes en Constanza. Rompieron el sello de Juan XXIII y su escudo —de acuerdo con leyes medievales— y decidieron elegir un papa en sustitución de los tres destronados. Al instante surgieron controversias entre el grupo de los cardenales y la totalidad del Concilio. Finalmente se conformaron con declarar que no era posible elegir por un nuevo cónclave a ninguno de los antipapas.

Hicieron entrega del decreto a Juan, conformándose ya con enviarlo sólo al «señor Baldassare Cossa». Durante el acto de entrega, Cossa se comportó humildemente y con modestia; se dejó vigilar por los jinetes del Concilio y acompañar a la fortaleza de Gottlieben, cerca de Constanza, allí precisamente donde también Hus estaba cautivo. Hasta que no le llevaron a Heidelberg, a la custodia de Luis, conde del Palatinado, podía correr el mismo destino que el «magister», con la diferencia que en las manos de Juan no se pusieron esposas y durante el primer período de su cautiverio, pudo ir y venir libremente por los pasillos de la fortaleza-monasterio.

Hubiera sido sorprendente el enterarnos de la posibilidad de que Hus y Juan XXIII se hubieran encontrado a pesar de todo en el claustro de

Gottlieben. El «magister» de vida ascética habría podido ver al anticristo en el suntuoso pontífice, al que su comportamiento apartó siempre de los padres del Sínodo. Y sin embargo, Cossa había gobernado durante medio decenio la nave de la «Ecclesia», como sucesor de san Pedro. Creyó siempre que era el único papa legítimo y él también se propuso sinceramente liquidar el Cisma. Y fue el único que hasta el final se mantuvo en su sitio, entre los tres pontífices. El ataque de Hus se había dirigido también contra él. Es verdad que Praga estaba lejos y ningún poder civil protegía al predicador. No obstante, el resultado de las tesis de Praga había llegado muy lejos, las tendencias desintegradores hacían ya su efecto en el sacerdocio humilde, entre burgueses j campesinos que volcaban su odio contra sus terratenientes. Pero antes del comienzo del Sínodo, fue Cossa quien más hizo por sentenciar a Hus a la hoguera, posiblemente antes aún de que llegara Segismundo a Constanza, y firmara el salvoconducto.

¿Es posible que se hubieran encontrado en Gottlieben estos dos hombres que simbolizaban entonces los dos polos del mundo? No ha quedado comentario alguno. Pero no era imposible que, pese a la estricta vigilancia, se hubieran podido encontrar. Los guardias, que poco podían saber de la disputa entre ambos, hubieran podido llevar a la celda de uno, el prisionero de la otra celda.

En Heidelberg, después de la pesada prisión de Gottlieben, que sirvió para quebrantar a Cossa, el «papa de antaño» pudo vivir con más libertad. Su corte estaba formada por dos sacerdotes y algunos camarlengos. Rezó mucho y escribió poesías:

Cedat in exemplus cunctis, quos gloria tollit
Vértice de summo qui ego, Papa, cedo.

Así se lamentaba el pontífice, caído desde las alturas hasta el abismo, a causa de la disipación de su gloria o, mejor dicho, de su fortuna.

El guerrillero de fuerte voluntad, capaz de ascender desde capitán de mercenarios hasta la soberanía de la cristiandad, que ocupó durante cinco años la silla de Pedro, que demostró poseer inteligencia, elasticidad de criterio y sostuvo esas condiciones durante los días más críticos de Constanza, ahora se derrumbaba. Algo se había quebrado en él: la voluntad de luchar, la fe en su propio destino, el sueño por un destino mejor. Estaba deprimido… Baldassare Cossa a quien llamaban en el Concilio «scandalisator Ecclesiae», vivía en la prisión del conde del Palatinado como quien acepta la verdad de sus enemigos. No hay huella alguna de que hubiera intentado alguna acción

nueva, que hubiera querido recuperar su papado, con la ayuda del príncipe borgoñón o de otro monarca, o acaso durante las tempestades previstas del Concilio. Ello a pesar de que Cossa seguía en poder de la única arma con que se pueden ganar las guerras: cambiando la voluntad de las cabezas coronadas. Se quedó con su dinero: este «nervus rarum» estaba todavía a su disposición. Dónde y cómo lo había ocultado, lo cubría el velo del secreto. Posiblemente no lo había llevado consigo durante las semanas, los meses de sus vicisitudes a través de castillos, prisiones, girando en el remolino de su huida. Sólo cuando ya se hubo hartado de los tres años de su cautiverio que Luis, príncipe elector, denominaba «hospitalidad respetable», sólo entonces cogió sus doradas reservas y pagó a Luis treinta mil ducados, para que le dejara marcharse sano y salvo, abriéndole la puerta del castillo.

Cossa pudo cumplir otra vez sus deseos: reanudar las negociaciones con el Sínodo, rotas hacía más de cuatro años, pero nunca más emprendió alguna acción agresiva. Lo aceptó todo, todas las doctrinas; el Concilio era infalible en todo, igual que Martín, el único papa. El Concilio como institución, se hallaba por encima del pontífice. Podían destronarle, pero sólo si le encontraban culpable de herejía. Esto fue lo proclamado durante la prisión de Juan por el Concilio de Constanza. Y nadie podía probar que Baldassare Cossa hubiese sido realmente un hereje, mientras llevó los ropajes de Juan XXIII. Nadie creyó en su herejía, lo cual era imprescindible como base de acusación para sentenciarle. Ese era el objetivo: y fue Segismundo en primer lugar quien hizo lo posible por apartar a Juan —dentro de las formas legales — del campo de batalla.

Es evidente que el príncipe Luis tomó a Cossa juramento de que no se desviaría de la obediencia a que se había comprometido hacia el Concilio, ni siquiera cuando se abrieron las puertas del castillo, ni cuando pasó el tiempo sobre el Juan de antaño. Entonces gobernaba ya Martín V, elegido reglamentariamente por la voluntad del Sínodo. La cristiandad cubrió para siempre el foso del largo Cisma. Un hombre se asomaba después de tres años, al mundo libre. Tenía que comprobar el cambio del tablero de ajedrez europeo, en el tiempo en que estuvo encarcelado. ¿Quién podría ser mayor censor del papa depuesto, que el nuevo pontífice, Otón Colonna, de cincuenta años, que como cardenal fue uno de los más duros enemigos del antiguo papa?

Cossa llegó a Florencia anciano y caduco. Quizá le ayudaron los ducados que le quedaban, aunque según los documentos, llegó «desgastado» a Toscana, donde residía el nuevo papa. Roma seguía ocupada por la gente de

Nápoles: tras la muerte de Ladislao, reinaba en la Ciudad Eterna Juana II. Hasta que no renació la paz, la silla de Pedro se encontraba en Florencia, donde Martín V recibió al antiguo Juan XXIII. Éste, vestido con la ropa de los penitentes, se arrodilló ante su sucesor. Afirmó en voz alta que abdicaba de todos sus títulos por su propia voluntad —«motu proprio»— aceptaba como correcto y justo el castigo que había recibido, no negó haber cometido todos los pecados de que se le acusaba. Se ponía en manos del santo padre y esperaba serenamente la absolución.

El gran espectáculo hubiera merecido los pinceles de Rafael. El papa Martín se puso en pie, levantó al que había sido Juan, le abrazó, le cubrió con su capa blanca. A ese gesto se aproximaron los cardenales —había entre ellos más de uno a quien el humillado había otorgado el capelo cardenalicio— imitaron al papa y besaron con besos de paz a Cossa, quien lloraba a lágrima viva: era el abrazo que había anhelado Cossa entre los muros de su prisión. El vigoroso Martín V, descendiente de las generaciones patricias de los Colonna, habría contemplado con pena a Cossa, cuya fuerza y audacia fueron abatidas en los últimos años. A una señal del papa trajeron un capelo de cardenal. Martín puso a Cossa en la cabeza el símbolo cardenalicio. Dio lectura a la fórmula solemne del nombramiento, según el cual designaba a Baldassare cardenal de Tusculum. Siguió la ceremonia de investidura; cayó el traje gris del errante y el «quondam papa» pudo salir fie nuevo, con su capa de cola, purpurada, del palacio papal.

Así actuó Baldassare Cossa durante su última aparición en el escenario de la Iglesia. Se había convertido en un hombre anciano, decrépito, y ni siquiera alcanzó a llevar la púrpura y disfrutar la paz de sus últimos días, durante más de un año. Falleció dos días antes de la Navidad de 1418. Pero quedó un extraño recuerdo de su destino, de su imborrable existencia: Donatello esculpió su monumento funerario, que logró esquivar la destrucción del tiempo en la capilla bautismal, que se halla delante de la catedral de Florencia. Si se encienden las grandes luces del Baptisterio, el rayo de luz cae sobre el texto: «Johannes XXIII, quondam papa»…

19

SI SE pudiera creer en los apuntes de la época —pues de la larga existencia del Concilio de Constanza quedaron muchas notas y crónicas— la huida del papa Juan, oculta tras el torneo de los caballeros, conmovió sinceramente al rey de los romanos. Acaso se hubiera inclinado a dejar libre o a que huyera Juan Hus, pensando que los padres del Concilio estarían ocupados principalmente con los asuntos del papa. Acaso pensó que el inesperado cambio no hubiera causado mayor indignación si la cabeza de la herejía hubiera desaparecido del campo de batalla, con la ayuda del rey. Indudablemente Segismundo había contado con esa posibilidad. Personalmente no guardaba rencor alguno contra el predicador, además de sentirse atado a él por el salvoconducto. Pero sabía que pondría en entredicho la razón de ser del Concilio, si dejaba libre al «magister» de Praga, pues según muchos era él la fuente de todos los problemas. Cuando al día siguiente de la huida de Juan, recibió a la delegación del Concilio, los padres que se presentaron llamaron enérgicamente su atención sobre la responsabilidad personal, que debía de aceptar, para que pudiera crearse la unidad de la «Ecclesia». Allí mismo, en presencia del rey, siguió una disputa sobre esta postura. Formaba también parte de la delegación el doctor Gerson, y cuando el profesor de París, con su sencilla ropa de sacerdote, expuso esta opinión, los demás guardaron silencio. «Succintus» Gerson resumió otra vez las acusaciones contra Hus. Su herejía, estaba fuera de dudas, se podía demostrar, no como las acusaciones de herejía cargadas al papa Juan, que ciertamente eran bastante flojas. Hus era realmente el perturbador de la paz de la Iglesia. Tenía que caer.

Nadie conocía aún el contenido de la carta que había recibido dos días antes Segismundo, del rey aragonés Femando. El monarca español, al mismo tiempo tutor del rey de Castilla —menor de edad— y en realidad soberano de toda Hispania, era el único protector serio de Benedicto XIII. Su palabra podía ser decisiva en el problema de cómo conseguir la abdicación del «papa español», después de la de Gregorio y Juan. Si Femando se mantenía en la

obediencia a Pedro de Lunar el Concilio tendría que enfrentarse a nuevas dificultades. El tozudo anciano no estaba dispuesto a abandonar ni un momento su posición actual, él era el *único* e indiscutible cardenal nombrado aún por el que era el *único* papa. Su derecho era inatacable: cualquier persona que le sucediera sería un antipapa. El apoyo para Benedicto eran los países españoles. Si Femando renunciaba a su obediencia disminuiría gravemente su importancia, le declararían un viejo terco a quien debía destronar el Sínodo proclamando su «depositio». Así pasaba el rey Femando a ser una figura clave desde el punto de vista del Concilio, por eso la carta que había escrito a Segismundo tenía tanta importancia: le pedía —de rey a rey— que no demostrara ninguna benevolencia, ni con la persona de Hus ni con sus doctrinas: «¡Mande ejecutar al hereje!». Escribió que hasta que el caso de Hus no estuviera resuelto de esa manera, tampoco se podía tratar la abdicación del papa Benedicto. Sobre esta carta de Zaragoza sólo sabían algo sus más íntimos cancilleres, principalmente Nicolás Garai. A él le hizo saber Segismundo que pensaba ir a España personalmente, para convencer a Femando. Le persuadiría que rompiese con Benedicto por el bien universal de la cristiandad y ayudara —decisivamente— al trabajo del Concilio. Nicolás Garai, como palatino húngaro, tenía que acompañar al rey romano al lugar del encuentro de los dos reyes.

Nicolás Garai era seguramente el mejor abogado de los intereses húngaros en la corte cosmopolita de Constanza. Como cuñado de Segismundo, gozaba de mayor respeto que los otros cortesanos, que le consideraban un miembro de la familia real. Era un hombre listo, experto en guerras y en diplomacia, jamás alejado del horizonte húngaro. Procuraba influir sobre su cuñado y su rey, para que nunca dejara de contemplar los intereses húngaros. Garai prestó atención angustiosa a las cada vez más graves noticias sobre la agitación checa, relacionada con el destino de Hus. Sabía que el rey Wenceslao era casi un títere en Praga, y que Sofía recibía casi con benevolencia las enseñanzas de los «reformistas». Si una vez saltase la chispa en el polvorín checo, el fuego podía extenderse a tierras húngaras; Garai era un terrateniente de enormes posesiones, que servía con fidelidad a su rey, pero cuidando a la vez de obtener sus frutos. La base del poder de los Garai, residía en sus posesiones grandes como comarcas y situadas en los puntos más variados del país. A consecuencia de la ejecución de Hus, podía producirse una tempestad: si la tormenta se volvía contra los alemanes, tampoco se librarían los húngaros Las contradicciones entre germanos y eslavos eran conocidas por todos, pero las alas del odio de los de Praga, podían volar a las provincias

húngaras del Norte si los seguidores de Hus formasen un ejército —como amenazaban— e irrumpiesen en territorios alemanes o húngaros.

Nicolás Garai difícilmente podía haber aconsejado a Segismundo que dejara escapar a Juan Hus del monasterio (que estaba escasamente vigilado, más bien por simple fórmula), pero advirtió a su cuñado de los posibles peligros.

El 29 de mayo fue proclamado el destronamiento de Juan XXIII. Dos días más tarde dio comienzo oficialmente el proceso de Juan Hus. La relación de los dos acontecimientos era clara. El Sínodo se había hecho todopoderoso, no había un papa sobre el Concilio que frenara u obstaculizara sus decisiones. Ahora podían ocuparse del más grave de sus problemas.

Así que el gran proceso de Constanza comenzó «*legé artis*». Primero debían excomulgar las ideas y doctrinas de Wycliffe —y al mismo maestro ya reducido a cenizas— para poder presentar los cargos contra Juan Hus, como discípulo checo del hereje inglés. La sentencia del Concilio decía también que era preciso desenterrar el cadáver de Wycliffe convertido hacía años en polvo; y quemar sus huesos en la pira de los herejes, para luego dispersarlos al viento. En los últimos días de mayo llevaron al monasterio de los franciscanos de Constanza al papa Juan, prisionero. Y el primero de junio fue llevado Hus desde Gottlieben al mismo claustro franciscano.

El penoso camino del predicador siguió haciéndole cambiar de prisión: también aquí fue puesto bajo vigilancia estricta. Segismundo vivía sumergido en el torbellino del Concilio, como si se hubiera encorvado su enorme cuerpo bajo el peso de las horas difíciles que se sucedían unas a otras. El mismo día que llevaron a Hus a su nueva prisión, Segismundo tuvo que recibir a la delegación de los aristócratas checos: los de Praga, intranquilos, deseaban unánimemente la libertad del predicador y su regreso a Bohemia. Mencionaron dos veces el salvoconducto real. La respuesta del monarca sólo expresó que el «magister» Hus se presentaría el cinco de junio ante el Concilio y tendría todas las oportunidades para defenderse. La delegación checa pudo tener la impresión de que Segismundo procuraba personalmente liberar a Hus y que no deseaba su muerte. El rey procedió a leer ante los checos la declaración de Hus, según la cual estaba dispuesto a someterse a la decisión del Concilio y retiraría sus declaraciones, si se había equivocado en algo.

Sólo que Segismundo dejó de leer la última frase: «… si sus conclusiones fueran opuestas al Evangelio». Lo que traducido al idioma del Sínodo,

significaba que el «magister» seguía siendo motivo de proceso: si era hereje, el Concilio tendría que declarar su juicio sobre el predicador.

Era el 5 de junio. Por primera vez se presentaba Hus en la sala grande del convento de los franciscanos, ante el Sínodo. Un asistente dijo en la sala, cuando vio entrar al «magister» con talar negro y el rostro pálido de la prisión —ahora sin guardia— que éste era el momento crítico de Europa. Hus se inclinó ante el cardenal que presidía. En la sala reinaba un silencio sepulcral, todos contemplaban mudos al herético, quien respondió a las preguntas dando su nombre y aceptando que los escritos presentados, procedían de él en su totalidad.

—¿Qué es entonces, lo que has de abjurar?

—Todo lo que sea un error en ellos: en cuanto se pueda probar que he pensado erróneamente, que me encuentro en contradicción con las palabras y el espíritu del Evangelio, único, correcto e infalible.

Era un debate público el que se efectuó dentro del Concilio, en la catedral. Cuando el acusador principal D'Ailly interrogó a Hus, planteó su acusación de manera que las respuestas tuvieran que referirse a las «tesis» universales, principalmente al prestigio real. El cardenal reprochó a Hus el que afirmara que vino a Constanza sin ser presionado y por su propia voluntad; porque de ser así, no sería posible utilizar fuerza alguna contra él, ni por parte del rey checo ni por la del rey romano. Hus se levantó entonces:

—Sí, es verdad lo que dije, pues en mi patria existen varios poderosos señores, capaces de defenderme.

El rey estuvo a punto de contestarle, cuando Juan Chlum le interrumpió. Era un hombre impulsivo, sanguíneo, que no temía a nada ni a nadie:

—¡Es verdad! ¡El maestro Hus ha dicho la verdad! Pese a que yo sea realmente uno de los nobles menos importantes entre los checos, yo también estaría dispuesto a defender a Hus en mi propio castillo y contra cualquiera. Pero existen señores mucho más poderosos que yo en Bohemia y que respetan a Juan Hus lo bastante para defenderle incluso contra dos reyes…

Como un trueno resonaba ese lenguaje laico y duro, propio de un soldado, bajo las bóvedas del templo, y eso sirvió a D'Ailly para indisponer al rey contra Hus. Segismundo estaba sentado en su trono como de costumbre, con la corona en su cabeza, cuando gritó colérico:

—¡Escúchame, Juan Hus! Yo también te aconsejo lo mismo que te dijo el cardenal: sométete al santo Concilio sin condiciones. Si lo haces, los padres serán moderados en su juicio y podrás liberarte con una insignificante condena. Pero si te obstinas en tus errores, esos hombres del Concilio

cumplirán con su deber. Y yo les he dicho ya, que no estoy dispuesto a defender a ningún condenado hereje. Una vez más te aconsejo: sé obediente e inclina tu cabeza.

Hus respondió con mucha calma:

—Bien sabe su majestad que vine aquí por mi propia voluntad, no deseo comportarme con obstinación y me alegraría poder entrar en razón, si me demuestran que estoy equivocado.

D'Ailly le respondió impetuoso:

—¡Lo que vos llamáis «entrar en razón» significa que debéis renunciar a vuestras ideas heréticas!

Su voz sonó con enfado, puesto de pie, y no se decidía a abandonar la sala, porque ello significaría la cancelación del interrogatorio hasta el día siguiente, en un mal momento para el Concilio.

Brotó en el recinto una inquietud ruidosa: algunos bancos crujieron, y en los púlpitos, los doctores y los padres del Concilio se volvieron hacia él. Era un día muy caluroso en Constanza: caras ardiendo enrojecidas, puños levantados. Hus contemplaba perplejo ese recibimiento. Era un predicador experto que siempre sentía, desde el comienzo de sus discursos y sermones, el contacto con los feligreses. Aquí se sentía hundido en un océano de odio. Esos centenares de hombres a quienes sólo unía un idioma muerto y un propósito final. El ruido siguió aumentando, el martillo se lanzó contra la madera, como si sólo sirviera para excitar la multitud.

Hus estaba de pie, erguido, su rostro se había embellecido: era un hombre frágil, enfermizo, que se dirigió hacia sus auditores, pero sin la menor humildad. Ni una sola sonrisa alentadora, no se oyó una sola palabra de defensa. Los checos, sentados en el palco izquierdo, destacaban como sus más feroces enemigos, pese a que eran los únicos que le conocían personalmente.

El alboroto y el odio crecieron de tal manera que el cardenal hizo una seña: dos sacerdotes cogieron a Hus y le llevaron entre ellos fuera de la sala, sin dejarle enfrentarse siquiera con la ola de rencor. En medio del ruido el presidente se puso de pie, haciendo en el aire la señal de la cruz y pese a que los padres no se calmaban, anunció que dentro de dos días se reanudaría la sesión.

Hus pasó la noche escribiendo cartas en su celda del convento. Tenía fiebre, un ataque de vesícula biliar, que aumentaba en el curso de sus interrogatorios. Esa misma noche, escribía en una de sus cartas dirigidas a Praga:

«El rey me ha prometido una audiencia privada, pero me temo que no mantendrá su palabra, como ha pasado con el salvoconducto. El rey ha dictado sentencia antes que mis verdaderos enemigos. Al menos pudo mantener el ejemplo de Pilatos que después de dictar su acusación, agregó: “Yo no encuentro falta ninguna en este hombre…”».

Los optimistas esperaban que al pasar dos días y dos no ches pudiera cambiar la suerte de Hus. El delegado checo visitó de nuevo al rey. A petición suya, Segismundo prometió también estar presente en la sesión próxima.

Así empezó el día séptimo de junio. ¿Era posible que los astrólogos se propusieran que el eclipse solar de aquel día oscureciera el cielo de Constanza durante el proceso? Poco a poco la sala se iba oscureciendo, los presentes se sentían invadidos por presentimientos amargos, pensando involuntariamente en aquel viernes, cuando el cielo se oscureció sobre Jerusalén… Esperaron todos juntos el final del eclipse solar y sólo cuando empezó a disolverse la penumbra del gran ámbito trajeron al acusado de nuevo.

Hus contemplaba a la gente sentada en la sala y sus ojos encontraron finalmente algunos rostros amistosos. Allí estaba sentado Juan Chlum: la atmósfera era esta vez más sosegada, decididos todos a no repetir escenas como las ocurridas la vez anterior. Se iniciaron las acusaciones, sobre todo las del dogma de la Transfiguración, que Hus negaba. La respuesta de Hus fue precisa: «Acepto en todo y sin ninguna reserva el dogma eclesiástico». El cardenal Cambrai habló reforzando la acusación, al decir que no estaba convencido de la declaración del acusado. La réplica de Hus fue más exacta todavía que la de antes.

El representante de la acusación asintió en silencio, como diciendo: «Dejad caer está acusación». Al parecer, un clima de alivio había invadido el recinto, quizá fuera posible llegar al festejo, un triunfo estaba en camino, un momento de grandeza, el instante en que el hereje reniega de todos sus dogmas equivocados y ante el mundo se humilla frente al Concilio.

Pero entonces el acusador se desvió de la línea dogmática y formuló una pregunta:

—¿Sabéis vos, vos que sois el causante de los desórdenes de Praga, que no sólo amenazáis la calma de una ciudad cristiana, sino que amenazáis la tranquilidad de toda la población de Cristo?

—Estos acontecimientos no se han referido a la fe y a la vida espiritual. Se relacionan con el reinado de Wenceslao, con los rumores que corren de que el rey quiere renunciar.

El arzobispo Cambrai se levantó:

—¿Es verdad que vos habéis declarado que, si no hubieseis venido a Constanza por vuestra propia voluntad, el honorable Concilio no hubiese podido obligaros a venir?

—Es verdad.

Segismundo levantó su mano: la palabra del César tenía entre los eclesiásticos un peso extraordinario.

—Existen quienes dicen que vos habéis recibido el salvoconducto solamente cuando llevabais ya dos semanas en la ciudad. Pero nosotros y otros soberanos podemos atestiguar que nuestra carta llegó a vuestras manos antes de haberos marchado. Y la habéis recibido de las manos del señor Chlum y del señor Duba. Así que conocisteis ya de antemano el texto del salvoconducto. De esta manera podéis ver que hasta ahora hemos cumplido nuestras palabras reales y nadie os ha causado ningún daño corporal. Muchos eclesiásticos opinan que ningún salvoconducto vale para un hereje. Por eso os aconsejamos que no os defendáis obstinadamente, sino que inclinéis obediente la cabeza. Y si actuáis de esta manera haremos todo por dejaros de una vez que cumpláis una penitencia. Y podáis regresar de Constanza a Praga. Pero en el caso de que no actuéis así, que os obstinéis en vuestras opiniones, entonces será pronunciada sobre vuestra cabeza y sin más dilación, la sentencia. En lo que se refiere a nuestra persona, podéis figuraros que no nos es posible defenderos, os mantenéis tozudamente en vuestros dogmas equivocados. Más bien esta contumacia vuestra podría llevarnos a encender la hoguera con nuestras propias manos. ¡Juan Hus! Nosotros conocemos bien el veredicto que está por pronunciarse sobre vos. Os llamamos de nuevo con nuestras reales palabras y una vez más os rogamos en nombre de Cristo, como a nuestro hermano, para que cambiéis enteramente vuestras ideas y os sometáis a la merced de los padres sin ninguna condición.

—Majestad, es esta buena ocasión para que pueda daros las gracias por dejarme venir a Constanza y a que pudiera estar aquí a salvo. Ninguna acusación es tan infundada como la de que soy incorregible en mis errores. Sí: he venido a Constanza por mi propia voluntad para expresar mis opiniones como hombre libre. Y por eso estoy dispuesto desde ahora mismo a cambiar esas opiniones, en el caso de que estuvieran verdaderamente equivocadas.

Mientras las palabras reales fueron escuchadas en silencio, un intenso rumor brotó en cuanto Hus inició su respuesta sin esperar a que el cardenal diera su consentimiento. Pero también tenían interés en escuchar si estaba dispuesto a reflexionar, entrar en razón y renegar, en suma, de sus conclusiones y pronunciar las esperadas palabras de arrepentimiento. Pero

como Hus, en cambio, se limitó de nuevo a repetir la fórmula anterior —limitarse a renunciar a algunos de sus dogmas si se podía demostrar la incorrección de los mismos, en su presencia— y a querer mostrarse como un combatiente del mismo rango que el Concilio y no como un maestro equivocado, volvió a aparecer como un acusado de herejía, convocado para sufrir su proceso.

El resultado fue una violenta explosión que resonó en las bóvedas del templo. El presidente hizo un gesto interrogativo, como el del verdugo en el tormento cuando consulta al inquisidor: «¿Debo continuar?». El arzobispo asintió con la cabeza: podían llevarse del recinto a ese terco acusado.

¿Hizo Segismundo realmente cuanto le dictó su conciencia para salvar a Juan Hus tal como lo prometió en el salvoconducto?

¿O es que todo formaba parte del teatro de Constanza, incluso la proclama real, la declaración que aseguraba en el salvoconducto?

Durante el reinado de Segismundo, en medio siglo, no había existido una traición comparable al drama de Hus. Los casos en que el rey se había comportado con crueldad, fueron de desahogo de su ira irreprimible, que probablemente era una herencia paterna. Y los historiadores tenían anotados frecuentes accesos de furia, de los que también fue víctima su hermano Wenceslao. Pero nunca se había presenciado un hecho tan calculado y vil en la historia de Segismundo: violar el espíritu del salvoconducto, anular su validez con un engaño jurídico, es cosa difícil de explicar.

La única justificación lógica que pudiera tener la conducta de Segismundo, era la difícil situación en que se encontraba. La única ambición real era la de mantener unido al Concilio —presionar en su labor—, esa era la meta de Segismundo. Si hubiera dejado libre a Hus o le hubiera ayudado a huir durante el período culminante del Concilio, se hubiera arriesgado a que éste se volviera contra él y que los eclesiásticos abandonaran Constanza.

La dura labor de obtener la unidad del cristianismo, hubiera sido un fracaso. Seguramente influyó también en él, el mensaje del rey de Aragón: o conseguía quemar a Hus o no haría el menor esfuerzo por la abdicación del tercer papa. Frente a esto, se oponían los laicos checos de Praga, que habían venido para exigir la libertad de Hus. Wenceslao se mantenía en absoluto silencio, Segismundo sólo estaba enterado de que la reina Sofía era tan partidaria de Hus como el mismo arzobispo de Praga. Más al fondo del templo, estaban los realistas de la universidad de Praga, que habían declarado la guerra a los nominalistas de París, como D'Ailly y Gerson.

Era un espectáculo impresionante: en la plaza, en torno a la catedral, los curiosos —una inmensa muchedumbre de laicos— que sólo podían aproximarse hasta las cadenas que sostenían los alabarderos de Constanza. A los eclesiásticos, en cambio, les estaba permitido el paso hasta más adentro, como a los futuros sacerdotes, con cara de forasteros, que tenían derecho a interrogar a los jóvenes prelados del Concilio. ¿De dónde venían? ¿Y para qué habían venido? Diariamente se repetían esos interrogatorios: ¿Qué sitio recibían los acompañantes de reyes y príncipes, dónde se colocaba la guardia personal? Era fácil imaginar las luchas y discusiones, el ambiente tan denso, los ánimos tan exaltados que sólo faltaba una chispa para que también se atacaran entre sí los eclesiásticos; y quién sabe cuántos de ellos no llevaban un cuchillo entre los pliegues de sus hábitos…

El ocho de junio —un mar dramáticamente agitado— el odio de los checos era el fruto amargo de ese día. La delegación arzobispal debía de presentar las acusaciones del país contra Chlum y Duba, conjuntamente con todos los patriotas de Praga, unidos en torno a ellos. Varias veces hubo que apartar los diferentes grupos que se odiaban entre sí y se gritaban en sus distintos idiomas.

Bajo la bóveda de la iglesia, frente a los bancos en que estaban los arzobispos, cruzaban algunos hábitos cardenalicios. Se dirigían a la sacristía donde, en bancos recién traídos, reposaban los príncipes de la Iglesia, meditando o bien discutiendo. De las tres «oboedientias», desgarrados del frondoso árbol de tres papas: Gregorio, Juan y Benedicto, discutían sus probabilidades. ¿Sería verdad que su majestad se disponía a viajar a Hispania, para hacer entrar en razón al papa Luna? Con la ayuda del rey de Aragón… ¿Sería verdad que Fernando sólo ayudaría a Segismundo cuando estuviera encendida la hoguera debajo del «magister»?

Cuando trajeron a Hus desde el claustro franciscano, ya estaban esperando varios centenares de almas, a la expectativa de que la vista de hoy iba a ser la decisiva. Ellos mismos participaban no sólo como espectadores sino con el derecho de todos los miembros del Concilio para interrumpir, pedir explicaciones o dar su opinión. Así se formó el peculiar orden conciliar, basado en el «consensum». Ni siquiera era necesario el sombrero cardenalicio para que fuera escuchado el interrumpido o el nuevo orador. En el arte de la elocuencia iban por delante los doctores con experiencia oratoria; hablaban un latín distinguido, el idioma de las cátedras universitarias, con el que citaban pasajes, tesis, argumentos para arrollar a sus contrincantes. Todo cabía en esos discursos magistrales: persuasión, ironía, amenazas, sentimientos,

empleados con tal maestría que los oponentes, simples y asustados, no se atrevían a replicar. Tampoco se sentían bastante preparados en sus conocimientos del latín, que no hablaban con fluidez y cuando lo empleaban, hacían taparse los oídos a los habituados al elegante lenguaje de la Sorbona o Bolonia. También brotaban las sospechas: ¿De dónde habrán venido, qué príncipe les protegía, cuál era su propósito secreto? ¿Quién pagaba su estancia en Constanza y cuánto tiempo podrían quedarse? Amistades y odios brotaban en esa atmósfera ardiente y probablemente ya no era Hus su preocupación, puesto que se daba como seguro su destino terrenal…

Un joven teólogo meneó la cabeza:

—No habéis dejado hablar al maestro. Sólo le habéis dejado limitarse a responder a las preguntas, a veces preguntas insidiosas, pero nunca obtuvo autorización para expresarse con continuidad, exponiendo durante horas, si fuera necesario, sus puntos de vista. ¿Y qué derechos corresponden al acusado? ¿Y cuáles son los derechos que no le corresponden al individuo, que pudo vestir la indumentaria eclesiástica, y al que llaman todavía con el nombre de «magister»?

Estaban los rencorosos, pero también aquellos que hablaban con piedad de Hus, el hombre que quizá no fuera tan culpable, que más bien habría caído en el centro de ese remolino que pasaba por Europa, simplemente por ser un cabezota. Si votaran con el corazón, muchos se habrían abstenido de votar su muerte. Pero nadie pensaba aún en votaciones, la orden en el Concilio era otra: varias comisiones se ocupaban del caso, jueces ya designados trabajaban para pronunciar la sentencia después de las numerosas acusaciones, y allí nadie podía mediar. El Concilio se limitaba a designar culpable a Hus de herejía, y después a castigarle. Entregaba el culpable al poder civil, que en ese caso sería el propio rey romano. Teóricamente, Segismundo disponía aún de poder para aligerar la sentencia, pues lo que no estaba permitido era recargar la pena. El castigo más duro para un hereje, era la hoguera. Se decía que en muchos sitios, si el condenado se arrepentía en su última hora, tenía derecho a una muerte más benigna, el verdugo terminaba con él por medio del lazo corredizo y sólo el cadáver era arrojado a la hoguera. Pero en el caso de Hus no se podía aplicar parecida clemencia, tal como estaban las cosas: el «magister» era un hereje. Este hereje, llegado de Praga, parecía mucho más temible que cualquier hereje anterior en la historia de la Iglesia. La atacaba en sus fundamentos, era capaz de derribar sus milenarios muros. «¡Pereat!». Que Hus pierda la cabeza, dijeron los padres que creían incluso en sus propias bondades.

En la audiencia del 8 de junio, D’Ailly expuso durante la acusación lo que Hus afirmaba sobre la esencia del sumo pontífice, en el espíritu de los 39 puntos censurados. Le fue echado en cara que, en su obra titulada *Sobre la Iglesia*, confirmara que «en el caso de que el papa no viva y actúe en el espíritu de Cristo, sólo será el vicario de Judas Iscariote». La respuesta de Hus brotó en el fervor de la discusión:

—Sí… así es, y no estoy solo, en este dogma: Juan XXIII dice lo mismo y Baldassare Cossa lo demuestra de nuevo y muy claramente. ¿Vais a decirme entonces que acaso no era un papa verdadero, que acaso era un vulgar ladrón?

Algunos empezaron a reír, muchos gritaban: «¡Cuando era papa, era un verdadero papa!». Hus se mostró ese día en todo su vigor mental y su polémica fue extraordinaria. Cada una de sus afirmaciones e interrupciones causaban tempestades de indignación entre sus acusadores, hasta el punto de que el presidente D’Ailly tuvo grandes dificultades para restablecer el orden.

La intención de los acusadores era la de encolerizar a Segismundo contra Hus, cuando le fue reprochada aquella declaración suya en que dijo: «… si suponemos que un rey vive en pecado mortal… ¿sigue siendo rey?».

—¿Mantenéis esa declaración, Hus? —preguntaron.

La excitación aumentó y el maestro dijo:

—He repetido una frase bíblica que figura en la historia del rey Saúl.

Todos empezaron a gritar: «¡Llamad al rey!», porque Segismundo hacía un momento que había dejado su trono y charlaba con Federico Hohenzollern. Es probable que no hubiera escuchado nada de aquella batalla de palabras, porque D’Ailly tuvo que repetírsela. Todo el mundo sabía que esa denuncia iba dirigida contra Segismundo. Las sombras de la vida privada del rey eran bien conocidas en una pequeña ciudad como Constanza. Todo el mundo en el Concilio contaba con que la vanidad herida del soberano, haría explosión. Pero Segismundo —inesperadamente— inclinó la cabeza y se limitó en decir en voz baja:

—Juan Hus, afirmo que no existe hombre sin pecado.

D’Ailly quiso darle la vuelta a la pregunta para que Hus cayera en la trampa, diciendo que Hus intentaba destruir la institución monárquica. La discusión —pro y contra entre Hus y D’Ailly— continuó durante horas. Al final, el cardenal intentó cerrar la disputa, dificultando el deseo de Hus de conducir su exposición con calma y sin interrupción, hacia los padres presentes:

—Magister Hus, tenéis que comprender que debéis elegir entre dos caminos: ¿Vais a someteros a la merced del Concilio, vais a aceptar nuestra

decisión? Si deseáis defender vuestras doctrinas no os privaremos de ello. ¡Pero pensadlo bien! Aquí están sentadas personas de gran renombre y mentes privilegiadas que serán capaces de desmentiros con argumentos serios. Por lo que me temo que, discutiendo con ellos caeréis más todavía en graves equivocaciones, llevado del deseo de defender vuestras enseñanzas. Os digo esto con buena voluntad, y no como vuestro juez.

Cuando D'Ailly clausuró de nuevo la sesión, se fue con otros cardenales a visitar al rey. En el rincón del recinto discutieron los sucesos del difícil día, mientras Chlum y Duba, sentados en otro rincón, les escuchaban disimuladamente. Según Segismundo, existía el peligro de que, en el caso de que Hus renegara de sus enseñanzas y recobrara su libertad regresando a Bohemia, no sólo provocaría levantamientos en su país sino también en Polonia. Y era ésa la razón por la que tenían que actuar contra él y sus seguidores, con toda severidad, particularmente contra Jerónimo.

Al salir de la sala los dos caballeros checos, contaron lo sucedido al historiador y cronista Mládenovic, quien anotó, ya para siempre, esas terribles palabras de Segismundo.

Llevaron a Hus a su celda. Ya sólo cabía esperar la condena y prepararse muy pronto para la muerte. No le dieron ocasión de expresar con libertad lo que intentaba decir; todo el juicio pareció limitarse a una apasionada acusación. Hus debió enfrentarse en solitario a más de cien inquisidores irritados que le interrumpieron a cada momento.

El calvario se prolongó todavía durante largos días. El gran éxito hubiera sido obtener que Hus actuara según las normas del Concilio. En ese caso los padres hubieran podido meditar el castigo que podía recibir el converso como penitencia. Unos hablaban de dos años de cautiverio en un convento, con una penitencia muy severa. Algunos se preocuparon de hacer llegar esos rumores al procesado, deseosos de aliviar su situación. En cambio, Hus no se ablandó y en ningún momento pensó en rendirse: redactó una *Carta a todos los checos fieles* escribiendo: «Esta carta está escrita por Juan Hus, mientras espera la condena para morir en su cautiverio. Dios dará fuerzas a Juan Hus y esta fuerza le sostendrá hasta que se cumpla su voluntad».

Por la tarde se presentó una delegación en el monasterio a la puerta de su celda. Eran ocho: dos arzobispos, dos cardenales y cuatro doctores de la Iglesia. Le propusieron un texto más suave de arrepentimiento, para que el «magister» lo firmara. Hus pidió que le dijeran por escrito exactamente de qué era acusado y qué pruebas tenían. De sus palabras dedujeron que estaba dispuesto a retractarse y le dieron cuatro días para meditar. Mientras tanto le

visitaron dos cardenales: D'Ailly y Zabarella, a petición de Segismundo. También estuvieron presentes Chlum y Duba y esa reunión tuvo lugar en la sala grande del monasterio y no en la celda.

Era una visita formal pero se fue convirtiendo de nuevo en una áspera discusión. Amargado, Hus no cedió ni un ápice en sus puntos de vista: estaría dispuesto a renunciar a sus doctrinas, si podían demostrarle con textos de las Sagradas Escrituras, que estaba equivocado. Uno de los cardenales exclamó:

—¡Ya podéis ver cuán impenitente se mantiene. Y cómo persiste en sus herejías!

Cuando llevaron de nuevo a Hus a su celda, el condenado empezó a escribir la que él pensaba que sería la última de sus cartas: «No dejéis que ocurra que el señor Jan Chlum, ese caballero tan bravo que siempre fue un buen protector, corra peligro por mi culpa. Escribo esta carta desde mi prisión y esperando mi sentencia de muerte. Lo sufriré todo por Cristo… Querido Pedro, maestro medallista, mi verdadero amigo, permíteme que te deje mi abrigo de pieles, como recuerdo mío. Dale mis saludos a la reina Sofía, mi querida señora, por todo cuanto me ha beneficiado… Y tú, "magister" Nicolás, confesor de la reina, predica sólo en nombre del Señor».

Otoño. El cardenal saludó sonriente y en términos húngaros, al rey de los húngaros y de los romanos. Brando Castiglioni permaneció durante cuatro años en Buda, como encargado de la provincia eclesiástica de Veszprém. El papa Juan XXIII le había nombrado cardenal de San Clemente. Antes llevaba el título de arzobispo de Piacenza. Pero en el Concilio, su nombre era conocido en traducción latina como Placentinus, así como el cardenal Otón Colonna era llamado De Columna. Y en estos meses y años que los padres del Concilio pasaron juntos, llegaron a guerrear y a odiarse entre sí.

Brando Castiglioni era posiblemente uno de los más atractivos personajes del Concilio: sorprendentemente mundano, hacía poco que había cumplido setenta años, se movía con masculina frescura, luciendo sus bellos rasgos y sus alegres ojos azules y desde el primer momento se ganó a la mayoría de sus compañeros. Fue uno de los mejores diplomáticos de su tiempo, su mirada penetrante observaba a la gente y su relación con las cosas. No le gustaban las condenas graves, más bien escondía tras sus palabras el deseo de perdonar. Nadie pudo acusarle de exageración o de ascetismo desmedido. Le gustaba el buen comer y era uno de los mejores conversadores de sobremesa. Había venido de Italia del Norte, «natione italicus» de gente «longobardus». Había sido un joven noble de una familia numerosa y de poca fortuna. Al elegir la

carrera eclesiástica, identificó su destino con el destino de la Iglesia: cisma, caos y todas las conmociones de los combates fraternos de Italia.

Brando era también un gran señor de su región y cuando fue capturado en Pallavicino, quiso obtener el rescate para el obispo de Piacenza. Fue la misma época de la acción de guerra en Venecia de Segismundo. «Placentinus» debía al rey húngaro su liberación. Así, por agradecimiento, como también por interés, se puso al servicio de Segismundo, lo que era justo. Cuando los electores germanos eligieron como heredero de san Esteban al rey romano, Segismundo llamó al obispo a la cancillería de Buda y le nombró administrador de la provincia eclesiástica y también se convirtió en canciller de la reina. Todos esos cargos iban acompañados de generosos sueldos, tanto más cuanto el futuro cardenal de San Clemente apreciaba también las devociones mundanas. Tuvo caprichos caros, le gustaban los libros bellos, los códices, coleccionaba folios y antífonas, gastó mucho en pintores; estos caprichos hicieron a Brando Castiglioni el más notable de sus contemporáneos. De «homo politicus» se convirtió en un mecenas de las artes. Por eso era normal que en la corte de Segismundo las relaciones entre los dos italianos, él y Pipo Ozorai, fueran muy estrechas. El joven burgués de Florencia y el descendiente de nobles italianos del Norte, se unieron contra la influencia de los Cillei.

Pipo apoyaba siempre que podía a su compatriota Brando, aunque tampoco Jo hacía por puro altruismo. El cardenal tenía la mejor información desde los lejanos horizontes de Europa, de los que recibía abundantes noticias. Personalmente nunca peleó contra los venecianos, por lo que los embajadores de la «signoria» tampoco vacilaron en comprar los favores de Brando.

Brando había recibido el capelo cardenalicio de manos de Juan XXIII, como culminación de su carrera En el truncado Concilio de Pisa, cuando fue elegido papa Baldassare Cossa, Brando figuraba como uno de los agentes electores de Bolonia. Al llegar a Constanza, pudo probar enseguida cuánto habían cambiado los vientos de Europa. Con rostro sonriente y palabras bellas, se fue alejando muy pronto de su anterior patrono Juan XXIII, antes que los demás cardenales. Como ya entonces permanecía en la corte de Segismundo como diplomático, no era difícil referirse a la voluntad del rey para cubrir aquellos pasos que significaban el fin fatal de Juan XXIII.

Todos quedaron agotados en aquellas interminables horas de las declaraciones de Hus; intervención real, réplicas, alborotos incesantes desde los bancos de los doctores. Hubo individuos que se arrodillaban allí mismo,

rezando el rosario, cerrando los ojos y oídos al mundo. Se fijó un descanso para la sala, pero todos tuvieron el presentimiento de que en los pasillos se estaba preparando el destino del mundo cristiano. Segismundo hizo una seña a Castiglioni y momentos después se encontraban en una habitación que unía el pasillo al refectorio.

El rey constituía una figura considerable, especialmente porque todos los ojos se habían vuelto a él, al tiempo que vivía según los privilegios del ritual. Sus andanzas iban acompañadas por la fanfarria y las cornetas, vestía siempre el manto real y en ocasiones importantes se ceñía la corona. En otras, llevaba el gorro de piel, con lo que parecía más alto aún. Todo lo cual era una pomposa «Cesares Maestas» para las apariencias, fuera del Concilio. Dentro de la sala y en los pasillos, Segismundo discutía, argumentaba, procuraba convencer a sus partidarios como a sus oponentes. En esto se diferenciaba de los otros príncipes presentes en Constanza, sobre todo de los príncipes alemanes que no se igualaban a su rey ni en las cuestiones eclesiásticas, ni en el terreno de la gran política. Para dar su opinión en los diversos asuntos, necesitaban el consejo de sus cancilleres. En cambio, Segismundo se movía en los pasillos como si en sus hombros llevara el peso de toda la crisis mundial. Sabía que en el caso de que el Concilio se disolviera sin solucionar el cisma, probablemente quedaría paralizado el pueblo cristiano, para provecho de los ateos.

—Así que —había dicho Brando Castiglioni, a Segismundo— bien mirado, el Concilio tiene una tarea triple, y sólo estamos en el principio, majestad. Por una parte, en lo que se refiere a la «causa unionis», a la abolición del cisma, hemos hecho progresos, pero sólo hemos llegado a la abdicación del papa Gregorio. Eso ya está arreglado, aunque Cossa esté en prisión, pero el caso es que *«dum spiro, spero»* —mientras respire, espero— y en cualquier momento podría escapar y retirar su renuncia. Y por lo que se refiere a Benedicto, si su majestad no es capaz de hacer un milagro, nosotros, padres del Concilio, tampoco. Aquel español obstinado es capaz de vivir cien años blandiendo sus amenazas.

—Vosotros los dogmáticos… Ya habéis repetido bastantes veces que la decisiva es la segunda causa, la que llamamos vulgarmente el juicio de Hus; la tercera tarea será la de la Reforma, que ni siquiera habéis empezado a tratar. Tampoco sería afortunado seguir hablando de ello, hasta que lleguemos a tener nueve pontífices en lugar de los tres de ahora. Los tres problemas mencionados están tan unidos entre sí, que no veo la posibilidad de apartar la herejía de Hus sin que hablemos de la sublevación de los maestros de Praga.

¿Acaso os habéis figurado, Brando, que los checos son peores cristianos que nosotros? Ellos viven hace medio millar de años con el Verbo de Cristo, igual que nosotros los húngaros. Ya ves, todos nosotros nos desesperamos con el cisma; porque cuando hay tres corrales y en cada corral un pastor, entonces cada pastor intenta atraerse las ovejas hacia su propio corral… Hubiera sido imposible para Hus, predicar en el templo de Belén contra el poder terrenal, contra los bienes eclesiásticos, contra los impuestos y servidumbres a Príncipes y Señores, si a la vez no hubiera ocurrido esa confusión del cisma en el orden milenario del cristianismo.

—Entonces, ¿qué sucederá con el «magister»?

—Yo tengo que marcharme de Constanza, me esperan los suizos. Después intentaré que Benedicto vuelva a razonar, si eso es posible, con la ayuda de Femando. No podré estar aquí cuando lo lleven para…

—¿Y por qué no pedís, mi señor, que vuestro confesor os libre de esos negros pensamientos? En caso de que no recibáis la absolución por haber violado la promesa del salvoconducto, idos entonces de Constanza para terminar por vuestra parte con lo que vaya a ocurrir aquí. Volved a vuestra patria, al único país donde verdaderamente sois el rey. Bastantes quejas y malas noticias os llegan ya desde Hungría; una sola bastaría para que decidierais volver al Este. Pero si vuestra conciencia os dicta otra cosa, mandad dos docenas de hombres armados a la cárcel y que liberen al maestro, ponedle sobre un caballo y mandadlo a la frontera de Bohemia; desde allí encontrará manera de llegar… Es también una solución…

—Ya veo, vosotros los italianos habéis aprendido bien cómo mirar y juzgar las cosas, de ambos lados.

—Somos del mar, gente de barcos y el hombre del timón tiene que prestar atención a los cuatro vientos. Cuidado con el sureste, cuidado con el noroeste, de todos lados puede soplar el viento. Y también tenemos que defendernos si lo que viene es una tempestad.

—¿Dejar libre a Hus? ¿Ahora? ¿Y qué pasaría entonces con el Concilio? Vos mismo formáis parte de él. ¿Qué ocurriría si llegan a saber que el protector no sólo ha infringido la primera norma del Concilio, sino también sus propósitos? Vos vivís entre ellos, sois uno de los padres cardenales. Vos lo sabéis mejor que nadie…

—En el caso de que ayudarais a escapar a Hus ahora, realmente parecería una desgracia. Sería la anulación del Concilio. ¡Pero quién sabe si así no podría lograrse que se calmara la tempestad! En cambio, en el caso de que mañana aten al «magister» sobre la hoguera Hus morirá. ¡Y ya no hay

retomo! En Bohemia brotarían las llamas, de eso estamos seguros, pero serían llamas y fuegos mucho más duraderos que los que el Concilio encendería en Constanza.

—¿Y por qué no habláis con los del Concilio?

—Porque no quiero tener la responsabilidad de ser el causante del gran fracaso de la cristiandad.

—¿Creéis en la culpabilidad de Hus? ¿Vos que le contempláis con la mirada y los ojos del teólogo?

—Mi señor, vos mismo habéis oído que el «magister» no ha negado ninguna de nuestras doctrinas. Todo lo que parece pecado tiene su origen en su ruda naturaleza campesina. ¿Y de qué otra forma podría comportarse entre tantos soberanos y entre treinta cardenales? Hoy Hus podría salvarse, sólo con que repitiera lo que dijo ayer por la mañana, quitando aquella horrible frase contradictoria… esa en que sólo admitía sus errores si le fuera demostrado que sus doctrinas contradicen el Evangelio y eso todo el mundo lo sabe, es abjuración. ¿Quién es capaz de demostrar con palabras de la Sagrada Escritura, que ellas se oponen a las afirmaciones de Hus? Claro, si Hus renunciara, olvidando aquellas palabras…

—¿Hablaréis con él? Os doy permiso.

—¿Y cómo haría yo una cosa así? ¿Despojarle de su única vanidad para sufrir en cambio la muerte en la hoguera, en homenaje a su verdad? Señor mío, en el caso de que Hus fuera culpable sobre las Santas Enseñanzas, yo sería el primero, simbólicamente, en encender la hoguera. Pero este hombre está pecando al juzgar sólo cosas mundanas, y expresa con una crueldad excesiva todo lo que nosotros ocultamos entre fórmulas suaves; No hablo de que quiera que los aldeanos comulguen bajo dos especies. Eso ya no es dogma. Quizá en la «trans substantia», haya alguna diferencia entre la concepción de Hus y la Iglesia. Pero él ya se había rectificado de esa equivocación suya: es la estructura de la Iglesia, mi señor; la Iglesia no puede ser tan débil como para aceptar críticas. Por eso es que…

—¡Decidlo! Pronunciad las palabras, Brando. ¿Por eso tiene que morir?

—Esa palabra nunca será pronunciada por mi parte. Nunca… ¡Y voy a emprender viaje al mismo tiempo que su majestad!

En los círculos más íntimos estaban todos enterados de que Segismundo bajo ningún pretexto quería liberar dé la cárcel al «magister» y tampoco que pudiera llegar a la ardiente trampa checa. En cambio, para guardar bien las apariencias, Segismundo tenía interés en dar a Hus la ocasión de una libre defensa, para poder expresar su opinión ante el Concilio. Pero esa supuesta

indulgencia no sirvió para nada. Los padres, como si fueran estudiantes rebeldes, gritaban, golpeaban en sus bancos cada vez que Hus iniciaba una respuesta. Y de eso era responsable el mismo rey desde que habló con tanto orgullo y desprecio con el maestro, sin intentar luego facilitarle nunca la palabra para expresar sus propias razones.

Nada se supo sobre qué hizo y qué dijo Hus, desde que le volvieron a llevar a la prisión, sin que se hubiera pronunciado sentencia. La única cosa que se supo de él fue que no dirigió más la palabra a nadie, profundamente ocupado en preparar su defensa como si sólo se tratara de una polémica en la universidad.

El obispo no pudo negarse, cuando pidió libros de los Santos Padres de la Iglesia como autores. Pensaba que tendría libertad para expresar su discurso de defensa, sin ninguna interrupción. Todos los que no tenían nada que ver con el Concilio, criticaban apasionados la sesión pasada: «¡Vaya libertad que se ha tomado al hablar de esa manera al cardenal Castiglioni, el presidente!», «Claro, en tu celda estabas más callado…».

Hus respondió con rapidez:

—Es que en mi celda nadie me gritaba mientras que aquí, todos me amenazan.

A las seis de la mañana se reunió el Concilio en la catedral. En el centro habían colocado un arco de madera con una mesa. Estaba presente Segismundo con la corona puesta y alrededor de él los príncipes con sus insignias del Imperio, que aún permanecían en Constanza.

El arzobispo de Gnes celebró la misa grande. Hus apareció entre guardias armados, sus manos esposadas. Al «magister» no le dejaron entrar en el templo y durante la misa sólo pudo permanecer en la entrada, como un hereje.

El texto del sermón había sido tomado de las *Epístolas de Pablo a los romanos*: «El cuerpo pecador debe ser destruido».

Después de la misa plantearon los cargos de culpa; ahora Hus podía estar presente en el estrado. Bien sabía que sería la última ocasión en que pudieran escuchar su voz. Así, a pesar de todas las prohibiciones, interrumpió el discurso del consejero papal. D’Ailly gritó a Hus:

—¡Callaos ahora, más adelante podréis contestar a todo!

Hus le interrumpió:

—¿Cómo queréis que lo haga, guardándolo todo en mi memoria?

No pudo continuar, los futuros verdugos le hicieron callar. Entonces se arrodilló, como si no quisiera escuchar el resto de las acusaciones. Quedó mudo; al final se incorporó y gritó:

—Tres veces mandé mi mensaje al papa. Tiene que defenderme o instruirme en el caso de estar yo equivocado. Como no cumplió, vine a Constanza, al Concilio, por mi propia voluntad.

Además, el rey, que está aquí presente, me dio el «salvus conductus», con la promesa de que me defendería contra todos los poderes. Vine aquí con una sola intención: Demostrar mi inocencia y dar crédito ante todos, de mis convicciones.

Al decir esto último, miró fijamente a Segismundo. Un testigo, Mládenovic escribió: «Las mejillas del rey enrojecieron de vergüenza».

Los enterados ya sabían que, en la madrugada y cuando el rey se estaba vistiendo, irrumpieron dos checos en su habitación: Duba y Chlum. No sólo rogaron sino que también amenazaron a su majestad romana: debía de pensarlo bien sobre lo que podría ocurrir en Praga, cuando se supiera el tratamiento que se había dado a ese hombre que estaba bajo la protección de Segismundo. A raíz de ese encuentro el rey llegó iracundo al juicio. Porque como su naturaleza era muy influenciable, lo veía todo ahora con los ojos de los checos.

Al comienzo el ambiente era frío. Se ocuparon de los principios de Teología, como son tratados en las discusiones sobre religión. Entre los cargos de la acusación, destacó el dogma de Wycliffe sobre la «presencia». Hus se puso de pie y dijo que no estaba de acuerdo con el dogma de Wycliffe. Brotaron ruidos de protesta: era un punto importante, con el dogma se podía demostrar mejor la herejía de Hus. Un doctor inglés que no estaba de acuerdo en dar la razón a su compatriota y colega lejano y difunto, insistió en defender a Hus. El ambiente se hizo apacible pero Hus expresó su opinión sobre Wycliffe, analizando su dogma así como sus propias interpretaciones y sólo estaba dispuesto a cambiarlas en el caso de que demostraran ante él, que ambos estaban equivocados. Fue como echar nuevamente aceite al fuego. La atmósfera, que al comienzo era pacífica, empezó de nuevo a agitarse: Hus repetía obstinado que había venido a Constanza por su propia voluntad. Y en el caso de que se hubiera negado a venir, nadie habría podido obligarle. Era un hombre terco, muy terco… Brando Castiglioni balanceaba su cabeza. Nunca un italiano hubiera actuado así para excitar a sus enemigos.

Inesperadamente —sin pedir la palabra al cardenal presidente— el caballero Chlum intervino en la discusión. Dijo en un latín bastante malo, que a pesar de que él no era un gran señor en Bohemia, si Hus hubiese querido, lo habría aceptado en su castillo y puesto bajo su protección. Tampoco esto le

gustó a su majestad: intentó en checo hacer callar a Chlum, pero el público alabó mucho a su compatriota; y ya nadie habló de la «trans substantia».

De pronto, el cardenal D'Ailly reprochó a Segismundo que, aunque no formalmente, en realidad estaban protegiendo al hereje de Praga: su majestad romana estaba obligado a defenderse. Dijo que lo que él pretendía era dar la oportunidad de que Hus se expresara libremente, con la misma libertad de todo el mundo, pero que se había equivocado al pensar que esto salvaría su pellejo. ¡El rey romano de ninguna manera sería capaz de salvar a un hereje!

La sesión de este día terminó con el triunfo de los «nominalistas» sobre los de Praga. Unos hablaban de los checos fieles al rey como Duba y Chlum, y el rey personalmente se inclinaba hacia ellos, de eso no había duda…

Gerson era el líder espiritual de los teólogos. Ese doctor de París tuvo que buscar durante semanas hasta poder encontrar entre los escritos de Hus, la figura de una herejía. Era difícil, porque la mayoría de los escritos del magister se habían difundido en Praga, en lengua checa. Ante todo estaban obligados a traducirlos al latín, a veces mal y poco exactos, para uso de la acusación. Y allí se trataba de irnos análisis dogmáticos donde la mínima desviación contaba. Estas imperfectas traducciones causaban incertidumbre en Gerson que no sabía por dónde atacar, cómo poner el dedo en la llaga de las cosas, saber cuándo podía equivocarse.

Tampoco estaban los padres de acuerdo con el comportamiento humano de Hus. El «magister» actuaba frente a sus jueces como un igual y no como un acusado despojado de todos sus derechos y desamparado ante el veredicto.

Al día siguiente los ánimos se hallaban en el colmo de la excitación, ante la lectura de los 39 puntos de la acusación. Hus interrumpió a menudo al «prelatus» que criticaba, censuraba, rebatía. A la cuarta vez que Hus interrumpió, D'Ailly pidió al acusado que terminara con la sofística empleada. Debía de someterse sin ninguna condición a las órdenes del Concilio. Hus replicó, con la misma energía, que su mayor deseo era que desvirtuaran o destruyesen sus dogmas. Sería el primero en reconocerlo, si así fuera.

D'Ailly no quiso profundizar los conceptos y rápida e inesperadamente anunció que las palabras de Hus, significaban que Hus se inclinaba ante el Concilio:

—¡El Concilio, después de vuestras palabras, os conjura a que declaréis públicamente el arrepentimiento de vuestros pecados!

—Lo declararé sin tardanza: me arrepiento en el momento mismo que demuestren que cualquiera de mis dogmas contiene herejía. Pero no podéis

pedirme que renuncie a unos dogmas que nunca he pronunciado, y que debéis leer ante mí.

Segismundo, irritado, le interrumpió:

—¡Tu obstinación te perderá!

El cardenal presidente se incorporó señalando un descanso. De antemano habían acordado no llevar la discusión demasiado lejos. Durante el descanso, el cardenal de Florencia, Zabarella, se comprometió a preparar unos dogmas equivocados, que el mismo Hus podía admitir bajo juramento sin humillarse demasiado, y que al mismo tiempo podían satisfacer a la mayoría del Concilio. En ese punto, los padres ingleses se unieron a ese pacto secreto, con el pretexto de que Oxford quería servir de intermediario. Por otra parte, resultaba dudosa la prolongación de la polémica llevada de aquella manera; sobre todo a causa del mismo Hus que perturbaba el orden de la causa, para obligarles a llevar las cosas por la vía contenciosa. Personalmente el acusado estaba bajo la custodia del obispo de Riga: el clérigo principal se inclinó hacia la Orden de los Caballeros teutónicos, que odiaban a los polacos y también a los checos.

El Concilio —según el acuerdo tomado en el descanso— decidió que realmente habían interrogado bastante al acusado: ya era tiempo de pronunciar sentencia. Nadie lo dudaba ya en la sala: la sentencia era esperada.

Segismundo no entró en la sala. Se retiró al alféizar de una ventana para hablar con Federico de Hohenzollern. El rey debió de sentir que Hus le acusaba a él y que, cuando atacó, era sobre él que su mirada se había detenido fijamente.

—Vosotros mismos podéis ver —dijo el rey a dos obispos cercanos— cuán obstinado és… Habéis, de sentenciarle y publicar la sentencia en todos los países donde sus dogmas se hayan difundido.

Formaron un círculo alrededor de Gerson; todavía no se había reanudado la audiencia. Según el criterio de París, la herejía de Hus estaba ya sin duda totalmente probada; pero sólo se podía condenarle una vez demostrada su culpabilidad. Por ejemplo, lo que Hus afirmaba sobre la necesidad de una reforma de la Iglesia era correcto, ¿qué otra cosa quería el Concilio? Pero eso sí, sin fomentar inquietudes ni rebeliones, con calma, con cálculo. Todo el mundo debía de saber que los parisienses eran los luchadores más fervorosos para poner al día una Reforma.

De entre los acusadores, representaba un papel importante Stefan Palee, que condenaba a Hus en nombre de la Curia municipal de Bohemia. Palee no se refería a sus dogmas sólo en latín, sino también en lenguaje checo. Y de

esa forma, además de los 39 fundamentos de la acusación oficial pudo añadir una lista accesoria de 26 puntos más. A pesar de todo, el Concilio, después de una larga discusión, decidió continuar con el interrogatorio del acusado, esperando todavía lograr su conversión. Pensaban que la noche es larga, pensaban que los caminos de Dios, con su gracia y con la ayuda de un buen consejo, le inducirían a ser razonable. Sólo podía ayudarle una rendición humilde, la que sería suficiente para salvar su vida. Sería el gran triunfo de la Iglesia… ¿Y después? ¿Qué es lo que ocurriría con el «magister»? Bueno, qué más daba… La noche es larga.

Y al día siguiente —como quien se despierta fresco y renovado— Hus, con nuevas fuerzas y con todo su temperamento comenzó a discutir de nuevo. Dijo que muchos dogmas no eran suyos. Pero cuando eran otros los que los mencionaban, movía su cabeza afirmativamente, reconociendo así los suyos como propios.

—Renunciaré a ellos solamente en el caso de que se nos demuestre que están equivocados, confrontados con la palabra de Dios.

—Se mueve en un círculo vicioso —dijo Brando Castiglioni al obispo de Perusa que estaba sentado a su lado.

La polémica invadía de nuevo territorios peligrosos, sobre el dilema de si el sacerdote pecador sigue siendo sacerdote o no, aun en el caso de que se tratara del mismísimo papa.

—Pero el rey pecador, tampoco es rey ante Dios…

Hus volvió a mover afirmativamente su cabeza: Así es, «ita est». Segismundo interrumpió irritado:

—¡Nadie está libre de pecado, ni yo ni vos!

El arzobispo de Cambrai se dirigió a Hus:

—¿No es suficiente con que afirméis que el papa es un pecador, ya que no le estimáis como papa, sino que también queréis derribar del trono a vuestro propio rey?

Hus calló. Después de un silencio, continuó el arzobispo:

—En el caso de que renunciéis a vuestras doctrinas y os sometáis obediente al Concilio, podéis contar con un juicio misericordioso, tomando en cuenta la buena voluntad de los reyes Segismundo y Wenceslao. Pero si os mantenéis obstinado, ¡en ese caso ya podéis prepararos a lo peor!

—No he venido a Constanza para enseñar mi obstinación, según vuestras propias palabras. ¡Cómo podría yo renunciar a todas mis doctrinas, sobre todo si una parte de ellas jamás han sido pronunciadas por mí! Por otra parte,

repito de nuevo lo que ya he dicho: que estoy dispuesto a renunciar a todo, cuando me demostréis que mis doctrinas no son correctas.

Segismundo habló entonces, con voz muy suave:

—¿Y qué miedo te da renunciar a unas expresiones que, según tus propias palabras, nunca has pronunciado? Por lo que a nosotros concierne, estamos dispuestos a admitir nuestros errores reales. Si no actuamos así, ¿cómo podríamos creer que jamás has pronunciado aquellas frases? Tenemos que suponer todo lo contrario…

—Majestad, hay una diferencia enorme entre renunciar a unas doctrinas, o renunciar a todas.

—Te lo repito una vez más: si eres inteligente, tienes que someterte al Concilio. Y en el caso de que no lo hagas, habrá que dejar que la ley siga su curso.

El ruido empezó a crecer en los bancos de los doctores. Se oyeron unos gritos agudos:

—¡Condenáis a un condenado!

Hus repitió tozudamente, aunque con serenidad:

—No me considero un obstinado. Tenéis que comprender que no puedo renunciar a mis doctrinas por entero.

El obispo Palee se levantó para hablar:

—No estoy acusando a Hus solamente como cristiano, sino también como súbdito checo, y mi acusación es la de que está perturbando la paz del país. La Praga de hoy parece una colmena enloquecida; más bien, un nido de avispas. ¡Ayudadnos, padres, a escardar la cizaña! ¡Y tenéis que apresuraros!

El cardenal indicó que retiraran de la sala al acusado. Después del alboroto, el silencio y luego la voz del rey:

—Son muchas las acusaciones que penden sobre la cabeza de Hus. En el caso de que no renuncie a sus doctrinas, merece la hoguera. En caso de poder convencerle todavía y de que se incline ante el Concilio, habrá que prohibirle de todas maneras el ejercicio de la enseñanza, el regreso a Bohemia.

Los que podían apreciar los cambios del ambiente en el Concilio, notaron cierta incertidumbre en la voz de Segismundo, como si el mismo rey no estuviera seguro del juicio, como si tuviera miedo.

Llegaron a Segismundo unas líneas desde la prisión del convento, escritas por el puño de Hus, con su letra perfecta y su bella caligrafía: «¿Por qué me condenáis antes que mis enemigos?».

Después, las palabras definitivas de Segismundo ante el Concilio:

—Era yo joven todavía, cuando la secta empezó ya a extenderse por Bohemia. No es sólo Hus quien significa un peligro; padres, debéis prestar asimismo la mayor atención a Jerónimo de Praga.

Chlum, Duba y Mládenovic, que representaban a las órdenes checas, abandonaron la sala cuando se llevaron a Hus fuera. Lo cual significaba que no querían presenciar los hechos del recinto. ¿Pronunció realmente Chlum aquellas palabras o fueron sus enemigos los que las han puesto en su boca? «El comportamiento del rey romano en la sesión de hoy le costará un día el trono de Bohemia.»

Pasó todo un mes y ya se estaba disponiendo oficialmente el veredicto. El juicio estaba cerrado sin que el acusado hubiera retrocedido. La fórmula condenatoria que el cardenal italiano propuso pudo ser menos severa, lo que los mismos enemigos de Hus hubieran deseado, si no fuese porque el mismo «magister» no lo aceptó.

Contenía un texto que decía: «Yo, Juan Hus, declaro haber sido acusado de hacer varias declaraciones que nunca he pronunciado y que ni en mis pensamientos se me hubieran ocurrido. Por lo que todas aquellas afirmaciones que me culpan de haberlas expresado, según lo declaran los testigos, estoy dispuesto a renunciarlas según el deseo del Santo Concilio. Repito que estoy dispuesto a abjurar todo cuanto el Concilio me pide para obtener la salvación de mi alma».

Pese a que el «magister» habló más duramente en la cárcel que en la sala del juicio, ni allí quiso renegar de sus enseñanzas; pero en el curso de tantas turbias discusiones, ese hombre martirizado por varias enfermedades, ese asceta amenazado se sentía cada vez más débil. Sobre su rostro se imprimían las variaciones de sus sentimientos, desde la palidez mortal hasta el rojo colérico.

En su soledad tuvo que familiarizarse con la idea de la hoguera. Supo que ante el Concilio no tenía otra alternativa: la renuncia a sus doctrinas o el veredicto sin piedad.

Inesperadamente le visitó en su celda su enemigo Palee. Hus y Palee, dos checos —que hablaban checo entre sí— colocados en ambas orillas de un gran abismo. Y a pesar de todo, estaban unidos en esa hora decisiva por el lazo de una infancia compartida, años de la universidad pasados juntos, los lazos del idioma natal. Palee abrazó a Hus y llorando le pidió que dejara de actuar con esa obstinación y aceptara una fórmula modera, da: con ello todo el mundo estaría satisfecho, aunque les preocupase el destino terrenal de Hus en el futuro.

El mismo Palee se retiró destrozado, después de aquella hora amarga y prolongada: no pudo conmover a ese hombre en aquel instante suyo de soledad. Después sería tarde —se encontrarían frente a frente en el Concilio — y Palee sería su enemigo más peligroso… ¿Es que no podía comprender? Si el Concilio no destruía el foco del incendio, el Mal se apoderaría de todo el cristianismo. Pero si el pontífice de Praga hubiera sido capaz de obtener de Hus el texto de su rendición, Palee hubiese sido el héroe del día en el Concilio, y hubiera podido esperar incluso el capelo de cardenal. Por eso, seguramente, salió tan desesperado.

La próxima vista pública estaba fijada para el 15 de junio. Se decidió quemar todos los escritos de Hus que encontraron en Constanza o en cualquier lugar que se hallaran, todos sin excepción. Fue una decisión que proyectaba simbólicamente la sombra del veredicto que el hombre podía esperar.

Inesperadamente, Segismundo comunicó que no participaría en las próximas sesiones. Tenía que emprender viaje para el bien de la cristiandad, intentando ablandar el terco corazón del papa español. Consideró el tiempo apropiado para marcharse —con un séquito pequeño— hacia los Pirineos. Los entendidos sabían que había elegido justamente la partida en esa época, en mitad del verano, para evitar estar presente en esas últimas sesiones, definitivas en el proceso de Hus. Antes de su viaje envió a Hus una delegación, no solamente a petición de los señores checos, sino también para calmar su propia conciencia.

La delegación rogaba a Hus, en nombre del rey, que cesara de actuar tan obstinadamente. Esta vez, la negativa del «magister» fue dura y rotunda. Era como si ya estuviera preparándose para la muerte. Con palabras breves e inconfundibles repetía. «No renunciaré».

A pesar del cautiverio, a Praga pudo llegar una carta escrita por él. Circuló entre sus colegas más queridos, entre sus amigos, quienes la copiaban e incluso la divulgaban entre los estudiantes. Su parte básica repetía que Hus no estaba dispuesto a renunciar en una sola línea a sus enseñanzas.

A petición del Concilio, Duba y Chlum convocaron a una reunión solemne en un último intento para que el «magister» entrara en razón. Acaudillada por cuatro obispos, entró la delegación en la habitación del prior, porque eran tantos que no hubieran podido entrar todos en la celda de Hus. Al llegar Hus allí se dirigieron a él de nuevo para convencerle de que salvara su alma. Le rogaron que aceptara la fórmula de la renuncia. Pero esa misión era imposible y bien lo sabían de antemano; se trataba más bien de una

formalidad, un intento por la salvación de un alma perdida. Regresaron sin éxito. Los dos checos, al salir, saludaron en silencio al «magister». Hus hizo lentamente el signo de la cruz, en la dirección de sus compatriotas.

Todos los que pudieron hablar con él en estos últimos días, tuvieron la impresión de que se había resignado con el pensamiento de su muerte. En su soledad rechazó todo cuanto consideraba temporal, signo de la debilidad humana. Hablaba como si ya no viviera en este mundo y sólo cuando alguien se refería a Segismundo volvía a ponerse furioso:

—El rey no ha tenido siquiera la precaución de Pilatos: Segismundo ha acusado a la persona que tenía que defender. No sólo no mantuvo su promesa de inmunidad, sino que incitó a todos contra mí.

Los últimos días estuvo preparando un mensaje para sus partidarios de Praga. Este último mensaje logró salir de su celda: y en los años que siguieron, los ejércitos husitas mencionaban esa carta, cada vez que iban al combate.

Brogli presidía. Juan Hus se arrodilló esperando el veredicto. Pero se incorporó indignado, al escuchar que un obispo leía los cargos como si estuvieran ya demostrados. Después de lo cual el cardenal presidente mandó llevar al magister fuera de la iglesia. La sentencia fue rápidamente pronunciada:

—Es evidente que Juan Hus es un hereje y de ello no queda ya ninguna duda. Por esta razón debe ser despojado de su cargo y título de sacerdote y de todos sus privilegios.

Entre los no religiosos —sobre todo entre los caballeros que estaban presentes en el recinto— levantó gran indignación el modo en que Hus era tratado y muchos se manifestaron violentamente saliendo de la catedral. Estaban presentes asimismo los príncipes de toda Europa. Todos sabían que eran los últimos momentos del drama; un último momento en que Juan Hus podría renunciar aún.

Segismundo, que estaba preparando su viaje, no quiso en un principio estar presente, pero fue advertido de que el Concilio consideraría su ausencia como si el rey se opusiera a la condena del acusado.

La sesión comenzó con una misa. Hus no pudo presenciarla por ser considerado hereje, y le fue negada la entrada hasta después de la lectura del veredicto. Pero el cardenal de Ostia puso un reclinatorio para el acusado y allí fue llevado el magister. Pronunció el sermón el obispo de Lodi, quien dirigió sus palabras a Segismundo: «Majestad, destruye las herejías, sobre todo

destruye al obstinado hereje». Después del sermón, el magister tuvo que salir de la iglesia.

Con esto, el cardenal presidente quiso evitar, probablemente, que en la lectura del veredicto brotara alguna discusión entre el acusado y sus jueces; no faltaron las comparaciones con la Pasión bíblica. Puesto en marcha el veredicto, antes de entregar a Hus a las autoridades civiles, tenía que ser despojado de todos sus atributos eclesiásticos y había que restregar el santo óleo que un día se colocó en su frente y en su mano.

Segismundo se había ya comunicado con Luis, duque del Palatinado: «Te lo transferimos en nuestro nombre, para que actúes con él como un hereje se merece». El duque no quiso ser personalmente verdugo, así que traspasó el encargo al duque de Pappenheim, mariscal del emperador, y al alcalde de Constanza, a Ulrich von Ulm.

Llevaron al magister al patio, donde sus libros se estaban quemando en la hoguera. Una gran muchedumbre rodeaba el fuego: nobles, guardias, estudiantes, transeúntes. Mientras Pappenheim acompañó a Hus de regreso a su celda, trató de convencerle: aún había tiempo para renunciar a sus dogmas. El magister repetía mecánicamente sus propias palabras:

—Si demuestran que estoy equivocado, renuncio a todo.

—Es la muerte —dijo Pappenheim.

—Estoy dispuesto a renunciar a todo, mi Señor, si me demuestran con el Evangelio que yo he cometido herejía… Pero no voy a renunciar a nada de lo que nunca he afirmado. Amén.

Detrás de Pappenheim destacaba la sombría figura del verdugo y sus dos ayudantes. El mariscal vaciló con un movimiento espontáneo: hubiera querido abrazar al magister, a un hombre que iba a morir pero se contuvo e hizo un gesto de renuncia, señalando al verdugo. El traspaso estaba hecho: el condenado era suyo.

Todo tenía un valor simbólico: el corro mundano, el verdugo con su negra capucha y con las manos sobre sus hombros. Ceremonia temible. Los elementos tradicionales del verdugo: los ojos centelleantes bajo la tela de la capucha, los alabarderos, todo preparado para esperar que en la debilidad de la naturaleza humana el condenado exclamase: «¡Voy a renunciar! ¡Renunciaré a todo cuanto he dicho, pronunciado, escrito, pensado! ¡A todo por lo que he luchado en Praga, en el púlpito de Belén, en Constanza! ¡Sed misericordiosos conmigo, a vuestras manos me someto, padres del Concilio!».

Eso era lo que esperaba Pappenheim de la presencia del verdugo: un espectáculo duro y desnudo, ajeno al hombre de estudios. No es lo mismo cuando uno escribe repitiendo, jugando con la palabra: hoguera. ¿Acaso no había visto cómo devoraron las llamas las obras de Wycliffe en Praga, por orden del arzobispo? Pero no es igual que un hombre vivo, atado, sometido a la tremenda agonía. Hacía mucho que en Praga no habían quemado a un hereje…

Le llevaron de nuevo: empezó la solemne ceremonia del vestido. Para ponerle el hábito de comulgante le desataron las manos, una vez vestido tuvo que coger el cáliz en su mano, como para la misa, y así le llevaron al altar de la catedral, para escuchar la sentencia. El arzobispo de Milán era el encargado de dirigir la terrible ceremonia. Antes de leer el texto oficial, se dirigió a él con fuertes palabras: tenía que arrepentirse de sus pecados, renunciar dócilmente y ponerse en las manos del Concilio. Hus contempló la luz de las velas, sin decir una sola palabra. Allí estaba de pie, inmóvil, descubierto.

Tenían que quitar el cerquillo de la tonsura de su cabeza. La gente discutía la manera de hacerlo y con qué: ¿Con una tijera, con un cuchillo? Inesperadamente pronunció el magister unas palabras con extraordinaria calma y mirando directamente a Segismundo, que estaba presente:

—Hasta en una cosa tan pequeña como mi pelo, tampoco estáis de acuerdo…

Finalmente, una vez eliminada la tonsura, le pusieron sobre la cabeza una gran coroza de papel donde estaba escrito en grandes letras: «Heresiarca», el más grande de los herejes.

El arzobispo de Milán concluyó el acto del despojamiento de sus atributos eclesiásticos y después llevó al condenado a presencia del rey:

—Pido a su majestad clemencia para su vida, y que cambie la condena por la de cautiverio perpetuo, para que pueda reflexionar y arrepentirse de sus pecados.

Todo lo cual eran palabras convencionales, pues el único que podía indultarle era el mismo arzobispo. Pero hasta el último momento seguían todos esperando que el magister se arrepintiese; esperaban verlo retroceder cuando el sudor de la muerte cubriera su frente. A ver si entonces exclamaba por fin aquella única frase, la que podía dar vuelta a los dados: «¡Estoy arrepentido!».

Luis, el duque del Palatinado, ordenó que llevaran al condenado al juez de la ciudad de Constanza:

—Dejo en vuestras manos a Juan Hus a quien tenéis que quemar en la hoguera por hereje, según la orden de nuestro señor clemente, el rey.

Constanza era una ciudad cerrada y murada; sus habitantes habían podido ver decapitaciones, ahorcamientos, pero nunca se había encendido una hoguera intramuros, quizá por miedo a los incendios. Decidieron que ante la probable muchedumbre que viniese y por temor al viento que pudiese levantar el gran fuego, el acto tuviese lugar afuera, más allá de los muros. Luis, el duque del Palatinado, ordenó a sus ochocientos guardias armados que rodearan el lugar con gruesas cadenas. Aunque no hubo noticia de ningún movimiento y los habitantes parecían tranquilos, nunca se puede saber si no brotará de pronto algo turbulento, además de que podían haberse infiltrado en la ciudad hombres de Praga.

El bosque de lanzas de los soldados, servía de escolta al magister, que avanzaba con la coroza sobre su cabeza, y el hábito grotesco de los condenados al fuego. Entre tantos guerreros, entre tantos nobles y eclesiásticos caminaba él, solo —un solitario— con pasos firmes, sin miedo sobre el rostro. Le seguía un fraile que iba rogándole en voz baja que dijera las palabras de arrepentimiento: era ya la única manera de que le pudieran dar la absolución de todo cristiano.

Hus rezaba en voz alta, como alguien poseído del éxtasis celestial. Cuando llegó ante el enorme poste de madera colocado en el centro de la hoguera, hizo a la gente ademán de querer hablar. Pero el duque Luis hizo rápidamente una señal, antes de que se oyeran sus palabras. A pesar de todo, las palabras de Hus llegaron: perdonaba a sus enemigos, daba gracias a los guardias de la prisión por su humana conducta. Del rey y de su falso salvoconducto, no dijo una palabra. Después empezó a cantar en voz baja un salmo, pero a medida que cantaba, su voz era más fuerte. Ya estaba encadenado al poste, sobre los troncos. El verdugo y sus ayudantes, aguardaban la señal con teas encendidas para prender fuego en la leña que se alzaba rodeando a Hus hasta la altura del mentón: era un acto de piedad, para que le alcanzara antes la muerte por asfixia, Luis y Pappenheim se acercaron una vez más al magister y le rogaron:

—Ha llegado el último momento, todavía estás a tiempo de salvar tu alma y tu vida. Estás en condiciones de hacerlo… Una sola palabra bastará… ¡Solamente una palabra!

El canto de Hus ascendió con nueva fuerza: estaba dispuesto a salvar sus enseñanzas con su propia vida. Pappenheim hizo un ademán con sus manos enguantadas. Desde tres direcciones pusieron fuego a la leña que no tardó

apenas un instante en inflamarse y las lenguas azuladas y luego rojizas de las llamas subieron y le rodearon.

Una viejecita avanzó separándose de la gente con una rama en la mano que echó en el fuego. Hus la vio: «Santa inocencia…» dijo y reanudó el interrumpido salmo recomendando su alma al Señor. Caía una llovizna sobre Constanza, pero sin tormenta, y reinaba un calor bochornoso. Y luego, el humo ascendiendo en espirales, la leña convirtiéndose en brasas, la Voz.

Juan Hus tenía cuarenta y nueve años cuando murió extramuros de la ciudad de Constanza. Era el día 6 de julio. Cuando se consumieron las maderas, cuando la hoguera se hubo enfriado, los verdugos retiraron las cenizas del centro, donde antes estuvo el gran poste de madera… Según la norma, dispersaron las cenizas en el agua del lago.

Segismundo no se quedó a presenciar el final de la ejecución y sólo unos pocos cardenales y príncipes estuvieron allí. Se dijo que el doctor Gerson esperaba la noticia en la residencia de los franceses, en donde vivía. Toda la gente de buena voluntad tuvo hasta el fin la esperanza de un milagro: que el magister, a pesar de todo, pronunciara finalmente las palabras salvado, ras, aunque ellas destruyeran sus enseñanzas.

Cuando los franceses que presenciaron la quema, regresaron y contaron lo visto, Gerson se arrodilló y empezó a llorar, acusándose violentamente y tirándose de los pelos. Se dijo también que muchos de los padres del Concilio se encerraron en sus casas. Ese día no hubo fiesta en ninguna parte. El humo de la hoguera se fue posando en la noche. Constanza se había convertido en una ciudad de fantasmas.

20

LA RESIDENCIA de Segismundo y Bárbara era entonces el convento de Petershausen. Al finalizar el suplicio del hereje el rey ordenó colocar una guardia reforzada en torno al convento: sólo se podía entrar en él con un permiso. Por la cantidad de bestias de carga y de carros, se podían adivinar los preparativos para un largo viaje. Los enterados sabían por sus confidentes que su majestad romana iniciaba un viaje a Hispania.

El tratado secreto entre Segismundo y Femando se había iniciado en Navidad, cuando la pareja real entró en Constanza. El mensajero del nuncio papal había llegado ya durante las fiestas, anunciando que Benedicto XIII estaba dispuesto para un encuentro con el rey en Niza. Pronto llegó también el embajador de Fernando con los consejos del rey de Aragón: había que exterminar la herejía de Hus; sólo así había una posibilidad de que el papa Benedicto se retirara. Después de lo cual, en una reunión secreta en el convento de los Minoristas, Segismundo pidió una autorización a los jefes del Concilio, para continuar las entrevistas con Benedicto y así dar fin al cisma.

Segismundo declaró que estaba dispuesto a sacrificar su vida si así podía contribuir a hacer efectiva la unidad. La respuesta fue positiva y la propuesta para encontrarse en Niza o en Villafranca con el papa y con el rey Fernando, tenía como condición que el conde de Saboya cedería a Femando el derecho soberano sobre Villafranca durante este período. Después, su majestad aragonesa renunciaría al feudo además de gratificar al anfitrión.

En marzo llegó hasta Benedicto XIII la noticia de que Juan XXIII había anunciado su propósito de presentar su abdicación, con la exigencia de que los otros dos pontífices lo hicieran al mismo tiempo. Benedicto expresaba además el deseo de que su renuncia fuera presentada personalmente durante su encuentro con el rey.

Entre otros enigmas que flotan en el mar de la Historia, hay un extraño documento. El rey Femando había enviado un salvoconducto para Peter Lévai Cseh, embajador húngaro, para ir a Granada. El porqué de ese extraño viaje de un diplomático húngaro para entrevistarse con el gobernador morisco del

reino nazarí de Granada, ha quedado como un misterio más de la historia. Peter Lévai Cseh y sus tres hermanos Ladislao, Elias y Balázs recibieron sus salvoconductos —los pasaportes de entonces— en los que se les trataba de «Mariscal mayor de Hungría». El hecho histórico es que los hermanos Cseh efectuaron el viaje con sus guerreros y familiares, de ida y de regreso al reino de «Granada y Norte de África». Y este viaje sería ratificado y creído en su patria, como algo exótico para un creyente cristiano.

Peter Lévai Cseh pidió al rey Fernando que concediera un símbolo para su escudo, según costumbre de la época. El escudo que recibió del gran rey de Aragón fue el de una pantera negra con un conejo en la boca.

Mientras los húngaros emprendían su largo periplo hasta Aragón, muchos se fueron agregando a sus caravanas de carros y caballos. Y entre todos ellos un hidalgo, señor del castillo del Tirol. Este noble era ante todo poeta y músico, casi el último de los trovadores de su época, los «Minnesánger». Oswald von Wolkenstein, de quien se conservaron para la posteridad no sólo sus poemas sino también su música, destacó sobre todo por sus canciones de amor —también por sus motetes—. Era un caballero andante que sólo tenía quince años cuando se incorporó como voluntario en el campamento de Segismundo. En los versos que aparecen en sus canciones alemanas, hay una espiritualidad exquisita y una formidable calidad, que además tienen el valor de una exacta crónica. En ellos menciona frecuentemente a Hungría y a su rey, pues disfrutaba del esplendor de la vida cortesana. Presumía con mucho orgullo —entre los diez idiomas que dominaba— de conocer también el magiar. Después de muchos años de ausencia, cuando Segismundo regresó a Hungría, el poeta Wolkenstein pudo participar del brillo de su corte en Pozsony.

¿Qué fue lo que modificó la intención inicial de Segismundo de celebrar el encuentro en Pamplona en lugar de Niza? Seguramente el camino era mejor y más corto hacia Niza… Fernando había recibido a los embajadores de Segismundo en Valencia en los últimos días de junio y en cama, enfermo. A finales de julio, cuando ya el Concilio se apresuraba a terminar el juicio de Hus, se pusieron de acuerdo en que el rey aragonés, a pesar de su enfermedad, partiría para encontrarse con los soberanos en Perpignan.

Fernando se encargó de aconsejar al papa Benedicto XIII para que también él se encontrara allí, con Segismundo. ¿Qué enfermedad padecía Femando, cuál podía ser su dolencia? Las opiniones contemporáneas estaban divididas: según unas fuentes, el soberano había tomado narcóticos en cantidad excesiva y eso perjudicó seriamente su salud. Lo que no se sabía, era

de qué clase de narcóticos se trataba. Los soberanos aragoneses mantenían una estrecha relación con la corte mora de Granada, y el camino entre ambos reinos estaba libre, sobre todo para los filósofos y los médicos. De modo que era probable que éstos hubieran traído algún tipo de narcótico del mundo árabe de Granada hasta Valencia. El consumo de opio o de hachís pudo dañar la salud de Femando hasta tal punto —junto con otros males propios de la época— que la corte de Aragón contaba casi con la muerte inmediata del rey.

Diez días después de la muerte de Hus, comenzó el viaje de Segismundo desde Constanza. Previamente, el Concilio había decidido que ninguno de los padres del Concilio podía ausentarse de la ciudad hasta que se eligiera un nuevo papa. Para que pudieran actuar según esta decisión y sin ninguna presunta oposición, era necesaria la abdicación o la destitución del papa Benedicto. De modo que el viaje de Segismundo de pronto se hizo esencial para interés del Concilio. Y a pesar de que la partida del rey no se acompañó de solemnes festejos, en el último día antes de su marcha se presentaron ante él varios príncipes de la Iglesia para desearle suerte.

Aquella Hispania que el rey romano quiso conocer, no era todavía más que un concepto geográfico latino heredado de los antepasados, y estaba lejos de ser una sola nación unida. En el extremo suroccidental de la península iba disminuyendo el poder moro, tras las luchas por la liberación que duraron siete siglos. Cada vez se iba desalojando más allá a los principados árabes quienes mantenían guerras intestinas, luchando entre sí. La que se conservó en todo su brillo y esplendor, fue la corte de los reyes nazaríes —el reino de Granada—, que desafiando a su fuerte enemigo, combatió con intensidad intentando la recuperación de sus dominios hasta finales del siglo.

Entre los países que se hallaban en tierras de Hispania, destacaban Aragón y Castilla. Barcelona y Valencia pertenecían a Aragón; a Castilla la mayoría de las tierras, sus provincias más habitadas.

La expectativa por el viaje de Segismundo, pareció aliviar la enfermedad del rey de Aragón. El príncipe, poderoso y astuto, era el tutor del joven rey de Castilla, y por esa razón la decisión de Femando podía ser definitiva en la abolición del cisma. En el caso de que los países hispánicos retiraran también su apoyo a Benedicto XIII, el poder del anciano papa español se vería entonces reducido a una estructura hueca, a un vacío. En el caso de que el plan de Segismundo tuviera éxito, sería el ducado de Armagnac, comarca francesa, la única región fuera de Escocia que aún honrara a Benedicto en el continente. El papa —o su persona— parecía intocable. Vivía en su propio castillo, en el nido de águilas que era residencia de los Luna, en una diminuta

península bien defendida: Peñíscola. No había poder terrenal que pudiera sitiar allí al obstinado anciano.

El único soberano capaz de obligar a Benedicto a abdicar era Femando. Por esta razón Segismundo necesitaba la ayuda de Femando para convencer a Benedicto, por el bien del mundo cristiano, para que renunciase a la tiara. De no conseguirlo, entonces tenía que convencer a Femando para que lograra que los países españoles negaran su obediencia a Benedicto XIII.

La situación se veía con cierto optimismo desde el punto de vista de Segismundo. Gregorio XII había renunciado por propia voluntad, sin resistencia. La abdicación de Juan XXIII también era válida ante el Concilio pese a que Baldassare Cossa quiso a toda costa retirar más adelante su renuncia, hecha ante el altar.

Hacía sólo días que fueron arrojadas al lago las cenizas de Hus, y esa fue la condición exigida por Fernando: que fueran aniquiladas a hierro y fuego las herejías de Praga.

15 de julio: era la última vez que Segismundo recibía visitantes en Constanza. Tres días después, en la madrugada, emprendían el viaje manteniendo en secreto la ruta. El rey viajaba con cuatrocientos hombres de escolta, la mayor parte de la caballería húngara: de ninguna manera podía llamársele un ejército. En aquella época y en aquel mundo turbio, cualquier margrave estaba dispuesto a atacar a un príncipe y a exigir después un buen rescate. Que su persona significase ahora algo importante para las esperanzas de la cristiandad, poco importaba a los interesados. Pero al mismo tiempo no era un secreto que el rey andaba escaso de dinero y no podía llevar escolta armada y demasiackj numerosa. Era la última vez que la ciudad de Berna ayudaba, con 500 libras de oro…

Bárbara acompañó hasta Aarburg a su marido. De allí reemprendería ella su largo viaje de regreso a Hungría; también llevaba la escolta digna de la primera dama de la cristiandad. Hubiera sido un viaje inútil y caro el llevar a la reina hasta la frontera de Hispania. Y Segismundo se iba para participar en debates largos y pesados, sin bailes, sin alegres recepciones que pudieran divertir a Bárbara.

De la manera cómo vivían la reina húngara y su marido en Constanza, no ha quedado información. Las crónicas fueron escritas en su mayor parte por hombres de la Iglesia, que no estaban dispuestos a gastar la tinta en cosas de mujeres cuando no se trataba de milagrosos ejemplos de piedad. Y de Bárbara poco podían decir en ese sentido. La «Regina» no se comportaba con excesiva humildad cristiana; sólo presenciaba las ceremonias en los días de grandes

festejos —y si podía, con el menor pretexto se perdía la misa diaria— ayunaba de mala gana, se aburría durante los sermones. En cambio, sus ojos brillaban en cuanto se trataba de torneos caballerescos, sobre todo si ella tenía que otorgar la corona de laurel al vencedor. Pese a que nadie en Constanza supo en concreto que distinguiera a alguno de los príncipes caballeros con sus favores, no era ningún secreto —incluso en los círculos clericales— que a la reina no le hubiera disgustado disfrutar de alguna alegre aventurilla. Era bella, deseable, inteligente, agradable en sus maneras, pero muy ligera e irresponsable en cuanto se trataba de préstamos. Las deudas pesaban sobre ella. Y la palabra «préstamo» era un rodeo con el que Bárbara estaba dispuesta a cualquier compromiso, si le pagaban en oro bien sonante.

Era desconfiada y pronto aprendió el precio que debían pagarle por patrocinar a alguien. Era frecuente que pasaran por sus manos pequeños privilegios: conceder o suprimir cartas de tolerancia para los judíos, derechos de algún gremio. Es probable que Segismundo lo supiera: la «gestio» real tampoco carecía de cosas parecidas. Es probable también que el rey disimulara así acciones de su mujer, y de esta manera no tenía que preocuparse por los excesivos gastos de la corte de la reina. Después de todo, él también vivía siempre rodeado de preocupaciones materiales. Era evidente que las esposas de los otros príncipes resolvían de igual forma sus deudas. Sólo que los arreglillos de las otras, no brillaban en primer término como los gastos de Segismundo y Bárbara.

Todos envidiaban a esos soberanos ricos que cobraban impuestos de las tierras, las minas, por la pesca en el mar, y obtenían lo suficiente para sus gastos y los de las cortes. Soberanos ricos, como el de Borgoña, el de Milán…

La vida en Constanza había sido dura para Segismundo y su mujer. Por falta de corte apenas había lugar para las mujeres, sin vida social ni bailes. Los extranjeros que se reunían para el Concilio, eran en su mayoría hombres; los príncipes alemanes rara vez traían a sus mujeres y en una ciudad tan pequeña, ni para ellos mismos había lugar adecuado a sus rangos.

El centro mundial del Concilio era una ciudad de hombres. Y paraíso de las rameras. Sin embargo, Bárbara permaneció allí hasta el viaje a Hispania de Segismundo; y era por falta de dinero. Estos desplazamientos, estos viajes regios con su obligada etiqueta, consumían una fortuna. Además, Bárbara se interesaba también en los sucesos de Constanza —toda la atención de la cristiandad estaba puesta en la ciudad del Concilio. Si hubo también una razón personal por ese empeño de la reina en seguir allí, nadie supo nada cierto en Constanza: sólo rumores.

Segismundo era mayor que su mujer, con una generación de las de entonces, pero el rey destacaba todavía por su vitalidad sobre los otros caballeros del país y de la época. Bárbara tampoco era ya la mujercita-niña de la época en que Segismundo la trajo a su casa, al castillo de Buda. En Bárbara se acumulaban buenas y malas cualidades. Era bella, frívola, dispuesta a aventuras ligeras, nada orgullosa y, cuando se lo proponía, incluso respetable. Cuando el matrimonio marchaba bien, sin los frecuentes enfados y discusiones, Segismundo se enorgullecía de su bella mujer. Ambos gustaban de los vinos finos; en los descansos del Concilio salían juntos para montar a caballo y emprender pequeñas cacerías, escoltados por algunos suizos. Bárbara galopaba veloz mientras sus cabellos rubios y rojizos flotaban liberados de su cofia de perlas. Segismundo, con su enorme caballo corriendo a gran velocidad, acosándola, y la alegría de la pareja real sobresalía sobre los agudos sonidos de los cuernos de caza. En estos momentos eran felices, buenos camaradas, raros instantes de armonía real.

Quizá Bárbara deseara aún más que su marido la coronación romana. Italia estaba cerca de ella; en la comarca sur de los Cillei vivían gentes meridionales, «welsch». Su padre, además, la incitaba a que aprendiera el idioma del Dante y ella lo utilizó tiempo después siendo reina en Buda, sobre todo cuando hablaba con Pipo, o con Brando, o con algunos de los miembros italianos de su corte. Ir a Roma y ser coronada como emperatriz entre brillantes festejos era para esa mujer bella la meta de su ambición de poder en los tiempos de Constanza.

Cuando ella fuera también emperatriz, nadie podría menospreciarla; ni Eudoxia, la pálida y oronda reina —«basilissa»— de Bizancio, que se creía la única emperatriz verdadera. Sueños de rivalidades de mujer llenaban el corazón de Bárbara. Pero el camino hacia la ciudad eterna no estaría libre, mientras no se arreglaran las tiranteces entre los tres papas y no se eligiera un pontífice universal y único, y hasta que el nuevo papa no regresara a Roma y con solemne gloria recibiese junto a la tumba del Apóstol, a la real pareja romana. También jugaba sus cartas en torno al título de emperador, el padre, Hermann Cillei; y su sobrino Ulric Cillei que iba creciendo a la vez que sobrepasándole en ambiciones. Reyes, había más de una docena, pero coronado por el papa como «Imperator» de Europa, sólo uno…

Por eso acompañó Bárbara a su marido en ese largo camino, compartiendo sus dudas y sus esperanzas. ¿Cedería Femando? ¿Cedería Benedicto?

Nicolás Garai era el comandante de la escolta: siendo un ilustrísimo señor palatino, era quien sabía que en las venas de Fernando corría sangre húngara, cosa que ignoraba Segismundo… Yolanda, la hija de Andrés II y de Gertrudis, era antepasada de la dinastía aragonesa. Así, esta relación familiar, casi perdida en las tinieblas, y cuyas huellas sólo podían seguirse a través de los árboles heráldicos de las cancillerías, facilitaba la misión de Segismundo. Por eso Femando había invitado, tratándolo como «pariente querido», al rey de los húngaros. Y rey de los romanos.

Hasta la frontera del Imperio, Segismundo pudo viajar como señor supremo del Imperio. A pesar de las pretensiones de algunos vasallos, de las discordias entre los diversos tronos, pese a que hubieran caído en las nieblas de la legitimidad los títulos de posesión de ciertas comarcas, de todos modos era la tierra del Imperio. Pero al abandonar la comarca en que ejercía el derecho imperial, se convirtió en un soberano en viaje de tránsito y como cualquier príncipe extranjero que intentara viajar amistosamente, tuvo que pedir permiso del señor de cada territorio.

Al acercarse a Francia no le fue indiferente a Segismundo, la recepción que el pueblo otorgó al rey romano: era feliz en la embriaguez de los grandes festejos. Sentía que ahora debía de olvidar aquellas semanas tristes, los días del juicio de Hus, aquellas eternas horas encerrado en el convento, cuando hizo cerrar las ventanas de sus aposentos en pleno calor ardiente de julio, para no escuchar los ruidos, los gritos que los vientos de Constanza le traían, con el olor amargo de los humos de la hoguera.

Llegó el último día de julio a Lyon. El magistrado de la ciudad le esperaba con el esplendor adecuado y sin la acostumbrada evocación de los derechos feudales: ofrecer el pan y la sal sobre una bandeja o entregar las llaves de la ciudad. Un caballero en su armadura tuvo que montar encabezando el desfile del rey y llevando la espada del Imperio hacia abajo, como símbolo de que el rey no reclamaba derechos feudales. El caballo de Segismundo entró pisando una larga alfombra roja, entre las filas de mozas de Lyon ricamente vestidas, que le arrojaban flores, hasta que llegó a su alojamiento. Nunca y en ninguna parte Segismundo había visto tantas muestras de riqueza y bienestar y de lujo ciudadano. Convidaron ricamente a todos los caballeros que integraban el cortejo húngaro, quienes se fueron de mala gana de aquella ciudad de la abundancia, donde ya la primera noche podían juguetear con las muchachas francesas. Al venir de la rigurosa Suiza, Segismundo se dejó perder, feliz en este refugio de su aventura diplomática.

Por la mañana, Nicolás Garai tuvo que advertir al rey que fuera moderado con los regalos, sobre todo con los anillos, que acostumbraba regalar a las damas preferidas. Aquí, en la dulce Francia, no podía conceder privilegios ni aceptar recompensas por dispensar favores. El rey romano no tenía ninguna jurisdicción en el territorio de Galia.

Diez días más tarde, el desfile en Narbona fue todavía más fastuoso. Hasta parecieron exagerar la recepción a un rey extranjero, seguramente llevados de algún rencor hacia la casa real francesa. Segismundo vio colocado el escudo del Sacro Imperio romano germánico sobre la puerta de su alojamiento, símbolo que en Lyon no era frecuente. Había pedido a Fernando que le contestara en Narbona, para disponer el día de su marcha. Tuvo que esperar allí al enviado que debía venir de Valencia. Sabían que Femando estaba enfermo; era de esperar que el caballero que llegara vistiese de luto, la visera del yelmo bajada y con la noticia de su muerte. En ese caso se presumía disturbios que llenaran el interregno español, sin ninguna esperanza de solución para este viaje tan cuidadosamente preparado. El papa Benedicto le enviaría seguramente un recado —diciendo que a él no le corría ninguna prisa — y habría que esperar una nueva coronación aragonesa. No tenía ninguna prisa, claro, contaba ya noventa años.

De modo que Segismundo no tuvo otra cosa que hacer que disfrutar lo mejor posible de estos bellos días de Narbona. Hubo un baile de los ciudadanos en el jardín de flores de la nobleza local; y su majestad romana pudo elegir a la más bella. Todos estaban encantados de los atractivos y alegrías del rey. Sin la presencia de Bárbara, nada pudo impedirle que cortejara a quien le placiera. Es verdad: «La sangre del rey no mancha»… Era un dicho popular en Galia. ¿Pero podía referirse por igual a todas las personas, todos los reyes, vinieran de dónde viniesen?

Segismundo participó en las cacerías, bebió a rápidos tragos sus copas, para olvidar por unas horas los negros asuntos eclesiásticos que pesaban sobre él. Rejuvenecido realmente en aquel templado otoño francés, tanto, que al enviar un segundo mensajero a Femando dijo a sus hombres que se sentía tan fuerte, que sería capaz de cabalgar hasta Valencia con una escolta de sólo quince caballeros. ¿Pero quién podría conocer las distancias hasta la capital aragonesa en aquellos tiempos?

En Narbona le aconsejaron que fuera prudente en el camino. Garai hizo venir desde Constanza unos cuantos nobles del cortejo del rey; cada uno de ellos llegaba seguido de unos setenta u ochenta caballeros, con lo que la pequeña escuadra de Segismundo creció hasta unos setecientos húngaros

armados. Los soldados, como sus señores, se incorporaban felices; ya estaban hartos del mundo alemán y encantados de poder ver las provincias españolas, desconocidas para ellos.

Narbona era maravillosa, con su hechizo provincial… Final, mente, el rey decidió enviar una delegación a Perpignan, encabezada por Nicolás Garai, el palatino; la otra cabeza de la delegación fue Andrés Bebek, condestable mayor del rey.

Llegaron a comienzos de septiembre a Perpignan. Ya en tierras españolas, los delegados se presentaron enseguida para la audiencia en el castillo papal, donde el anciano Benedicto tenía su residencia. El conflicto hasta ahora planteaba el sí o el no de Juan XXIII, en el microcosmos de Constanza. La existencia del papa español estaba envuelta en una opaca tiniebla, todo el mundo esperaba noticias de la muerte del apéndice español del cisma. Pero cuanto más se acercaban a Perpignan, mayor sensación tenía la delegación real —compuesta en su mayoría de húngaros— de que el reinado de Benedicto XIII realmente existía, y la lógica de Pedro de Luna era irreprochable. Era el único entre los cardenales vivos, que había sido ordenado por el papa antes del cisma. Benedicto no había cumplido los treinta y seis años cuando el santo padre Gregorio X concedió al profesor de Montpellier el capelo de cardenal. Por esta razón, la actuación de Luna era legalmente indiscutible frente a los otros papas. ¿Para qué abdicar si él era justamente el único que podía sentirse pontífice máximo, según la ley y el poder más autorizados?

Andrés Bebek inició el coloquio en presencia del santo padre. Al llegar al castillo de Perpignan se encontró con los soldados papales, con las banderas, con los escudos de Luna. Los prelados observaban con curiosidad a los húngaros que habían venido como delegados del rey alemán. A la delegación y a primera vista, Benedicto no parecía precisamente la sombra de un papa —como un pontífice en el exilio— como por ejemplo Juan XXIII en sus cinco años de papado, o como Gregorio XII que tuvo que huir vergonzosamente ante su rebelde vasallo, Ladislao de Nápoles. Benedicto XIII reinaba en su mundo como un papa —sólo un pontífice en el exilio— como por ejemplo de su estática seguridad, para introducirlo en el hervidero de Constanza, en aquel mundo equívoco y mudable.

El delegado había venido más bien con el objeto de anunciar la inminente llegada de Segismundo. El coloquio del condestable mayor del rey se desenvolvió con mucha elocuencia y en un perfecto latín, explicando los

increíbles sacrificios que costó el viaje que su señor realizaba por el bien de la cristiandad.

El papa estaba ya muy cerca de los noventa años. Era un «rara avis» por haber llegado a una edad digna de Matusalén con un aspecto tan joven: el escaso cabello blanco encuadraba un rostro vivo y atento, masculino, de mirada aguda con la que contemplaba a los que estaban arrodillados ante su imponente sillón:

—¿Sois húngaros? Ya veo que nos han enviado al lejano Perpignan sus seres preferidos; y el rey romano…

La contestación era adecuada a la ceremonia; Benedicto derrochó elogios al rey húngaro por su misión cristiana, al emprender viaje tan fatigoso y tan lejano de su patria. El delegado estaba sorprendido de que el papa casi siempre se refiriese a Segismundo como «Rex Hungarorum», como si no reconociera en él al elegido soberano germano y rey romano. Evidentemente, el papa no había preparado ningún discurso cuando terminó su alocución el delegado. Su voz era fuerte, no temblaba como la de un anciano que era. «¡Amén —decía— amén! ¡La paz sea con vosotros! ¡Quedo esperando al rey!»

Al día siguiente, los delegados tributaron su respeto a Fernando. El soberano aragonés había hecho el largo recorrido en carruaje, alternando con mulas, según lo exigía el camino. Recibió en cama a Garai y Bebek, los delegados; su rostro era pálido. Su médico tenía que secar a menudo el sudor de su frente y mientras hablaban, darle de beber. Era un hombre vigoroso, de piel oscura; el rey de Granada había enviado su propio médico al soberano de Aragón como prueba de amistad. Entre guerras y batallas, la relación de los soberanos cristianos y moros seguía siendo amplia en favores.

Femando habló en voz muy baja y la audiencia fue corta, sólo se trataron temas generales: Segismundo, naturalmente, sería bien recibido en tierra aragonesa y Femando declaró que esperaba del Señor fuerzas para combatir su enfermedad y poder abrazar varonilmente y con buena salud, al gran rey de los cristianos.

Cuando los delegados regresaron, Segismundo tuvo también su baile de despedida en Narbona. Su última noche en la amable ciudad. El rey concedió su permiso para que la damita con quien compartía esa última noche pudiera llevar hasta su muerte el valioso anillo de diamantes, como recuerdo de un hombre inolvidable.

El 13 de septiembre, el séquito real cruzó la frontera. Los mensajeros informaban a Segismundo de cuán numerosos eran los delegados aragoneses,

y en qué lugares le esperaban. Para reponer fuerzas aceptaron las invitaciones de los señores aragoneses de la comarca para una cacería que duró tres días. Lo que agradecieron las gentes de Perpignan, para ganar tiempo en los preparativos de los festejos de bienvenida.

Era extraño que numerosos miembros de la delegación que les recibían, mencionaban con orgullo que por sus venas corría sangre húngara. Por una parte, con Constanza de Aragón había llegado una escolta española a la tierra de los Arpád, y se quedaron definitivamente asimilados a los húngaros. Por otra parte, la mayoría de las damas de la corte de las hijas de Andrés II se habían casado en Zaragoza; y varios de los caballeros húngaros habían echado raíces en tierras de Aragón. Recordaban con orgullo su ascendencia húngara y durante una temporada mandaron incluso noticias suyas a las familias de la patria. Esta visita ahora, despertaba antiguos recuerdos familiares. Evidentemente fue bien seleccionado el delegado que enviaron a Segismundo para que pudiera referirse al parentesco húngaro, y complacer así al rey huésped. También Segismundo pudo observar ese gesto: que en tierra española fue recibido sobre todo como soberano húngaro. A los ojos de los españoles, el Imperio parecía más un artilugio convencional, en el que la vida transcurría lo mismo con rey que con emperador, e inclusive con el trono vacío. Pero para los españoles, Hungría era el más poderoso país cristiano. Conocían muy bien las luchas de Segismundo contra los turcos. El Islam era el enemigo común de la Península Ibérica y de las brumosas fronteras húngaras. La llegada de Segismundo empezó con el emblema de la amistad húngaro-aragonesa; y estaba mucho mejor vista y era más calurosa que si hubiera venido con escolta de señores alemanes o checos.

El magistrado de Perpignan se presentó con gran pompa. El infante Alfonso —príncipe heredero del trono— cabalgaba como adelantado, en nombre de su padre y con dos cardenales a su lado para expresar el poder pontificio. En el camino por donde venía la escolta real desde las puertas de la ciudad, los caballos avanzaban sobre alfombras rojas y los eclesiásticos sobre mulas con bridas de oro. Aquí se repitió la escena alegórica de la espada y del caballero recubierto de armadura, que cabalgaba ante la escolta llevando la espada con la punta hacia abajo, indicando que el invitado de alto rango no haría ninguna reclamación sobre tierras de Aragón. Pronto se propagó la noticia de que aquel caballero armado, el «harold», era en realidad un príncipe turco, que Segismundo había cautivado.

El rey era maestro en estos juegos teatrales: él mismo había proyectado días antes los detalles de su entrada. Un joven noble actuaba como paje, los

soldados desfilaban llevando los escudos de las diferentes comarcas de Hungría y del Imperio. Casi todos los caballeros eran nobles húngaros con trajes costosos, joyas abundantes, con arneses muy caros para deslumbrar a los españoles, bajo un cielo limpio y caluroso, pero agradable.

El alojamiento designado para el rey fue el convento de los franciscanos, muy adornado y lleno de flores, hasta en todas las celdas; en el mayor refectorio de la ciudad se colocó una mesa con adornos de flores que llevaban los colores del rey. Según la costumbre, desearon que él comiera solo —o con la reina, cuando la había— en una mesa que estaba más alta, que la escolta y que los invitados, como si fuera un trono. Pero Segismundo se opuso a ello: se sentó en el centro de la mesa grande y de numerosos comensales, donde no sólo tuvo ocasión de charlar con sus vecinos a derecha e izquierda, sino con los de enfrente. Así estaba en su elemento, como rey popular y verdadero. Su amabilidad no conocía límites, bromeaba, revelaba supuestas confidencias del mundo del Concilio.

Recordaba a todos los comensales, sobre todo porque conocía de antemano quiénes eran sus compañeros de mesa, por parte aragonesa, lo que le permitía dirigirse a cada uno por su nombre y según su rango. Comprobaba con el rabillo del ojo cómo aumentaba su popularidad. ¿Era posible que llegaran a disolverse en amabilidades estos españoles adustos, barbudos, de ropas negras? Era una cena de hombres en un convento; el rey buscaba en vano entre ellos a las bellezas de Aragón. Bien: había que esperar, sería para mañana… Así terminó la primera y larga jomada de Perpignan.

Antes de la comida había recibido solemnemente los obsequios enviados por Fernando: le esperaba delante de su puerta un hermoso caballo árabe, una espada bellísima, entre otros regalos. Naturalmente, los obsequios fueron mutuos. Por su parte entregó ricos trajes húngaros y joyas en abundancia.

Era la segunda vez en la vida de Segismundo que acudía a un encuentro entre papa y emperador. En Lodi tuvo que enfrentarse con un aventurero: convencer a Cossa para que abdicara su nombre de Juan XXIII. Juan había cambiado mucho en sus cinco años de pontificado. Pero se redujo a su papel de «condottiero» cuando intentó dar dinero al rey para sobornar, le y contar con su favor en las discusiones papales. El rey tenía la misma edad que Juan y el recuerdo de los campos de batalla podía servir de acercamiento. Hablaban el mismo lenguaje de los soldados, podían entenderse en pocas palabras. Con Cossa no tuvo necesidad de fingir ni hacerse el piadoso; a solas podía ser franco con él.

Con Pedro de Luna sería diferente. En la honradez eclesiástica y humana del anciano, nunca había caído mancha alguna. El mal fue la causa de su obstinación: jamás se doblegaba, no era nada diplomático, más bien un déspota. Cuando se trataba de su propia persona, no guardaba la menor humildad. El bien de la cristiandad era un concepto real para él. Los males —según Benedicto— no se remediaban por la decisión de una sola persona. Así lo declaraba el heredero de Pedro.

Cuando Segismundo penetró en el castillo y entró en la sala del trono, se arrodilló cuando el papa se levantaba de su sillón. Benedicto rehusó el beso de mano y le abrazó, besándole en ambas mejillas. Era un recibimiento cálido y amistoso, por lo que el rey se dispuso sonriente a iniciar su bien preparada alocución. Contó que su deseo de muchos años había culminado en ese instante. Hacía tiempo que quería ver al santo padre, pero las tempestades que sacudieron los años anteriores, no le dejaron cumplir ese deseo de ver a la única persona que tenía en sus manos la decisión del futuro de la cristiandad, el destino del pueblo de Cristo.

La primera audiencia no fue pues más que una solemne presentación; las negociaciones se realizarían a puerta cerrada en los próximos días. De todos modos, Benedicto XIII respondió asegurando al rey sus sentimientos paternales. Segismundo se levantó y exaltado, cogió ambas manos del papa y las besó con fervor. Los dos afirmaban lo mismo: ante todo, el bien de la Iglesia —una frase clave.

Eran adversarios en el proceso más grave de la cristiandad y sin embargo, el rey salió impresionado del castillo del papa en Perpignan. Había una grandeza natural en el anciano: en su rostro tallado como el mármol no pudo observar la menor astucia. ¿Qué puede uno prometer a un anciano de casi noventa años? ¿Qué interés podía tener por «una nueva purpura que recibiría de un nuevo papa» —de un desconocido que sería probablemente italiano— como premio por su abdicación? ¿Uno que seguramente no había nacido cuando él ya vivía en Avignon, el único español entre tantos franceses? ¿Qué se puede prometer a Benedicto XIII en este mundo, del que sin duda era el único pontífice?

Por la tarde acudió Segismundo, desanimado, al encuentro del rey Fernando. Estaba enterado de la enfermedad del soberano aragonés, a pesar de que los médicos se contradecían sobre la naturaleza de la enfermedad. Alimentaban las esperanzas del enfermo, prometiendo que pronto se curaría, pero Fernando se preparaba para una muerte inminente. Tenía ya menos interés en las cosas del mundo; pero Segismundo no había hecho ese largo

camino sólo para consolar a un rey desconocido: tendría que luchar con sólidos argumentos para convencer al señor de Hispania. Sólo con su ayuda y apoyo sería posible la abdicación del terco santo padre. En los países que recorrió durante su viaje, Segismundo se sentía muy seguro frente a los soberanos cuando negociaba en todas las reuniones; sabía hablarles en los diferentes idiomas de sus pueblos y cortes, utilizó con provecho su talento para los idiomas y los soberanos se sentían encantados de lo bien que hablaba el latín, comparándolo con los propios tropiezos. Ellos no sabían expresarse con libertad, sólo podían utilizar frases hechas, aprendidas en su juventud de los tutores eclesiásticos. Segismundo hablaba un latín casi correcto, incluso podía charlar además de orar. Pero no estaba preparado para hablar español. En España, ese rincón del sudoeste de Europa, el rey romano-germánico llegado accidentalmente, fue traído por la Historia a una tierra a la que nunca había llegado un soberano húngaro.

Femando estaba en cama, y la ceremonia transcurrió en esa situación. Femando tenía fama de ser un rey decidido, que no tenía necesidad de consultar a su cancillería; él mismo era su propio consejero. El médico rogó a Segismundo —en la antecámara— que no fatigase demasiado al monarca. Que no se quedara más tiempo que el de los granos de arena que bajaran del reloj transparente, aun cuando el mismo rey Femando se lo pidiese.

Segismundo conocía la palidez de los que van a morir, señales que Hipócrates ha descrito tan bien al hablar de los moribundos. Su rostro era pálido, tenía ojeras, los párpados hinchados. Cuando se incorporó para abrazar a Segismundo, éste pudo observar que era un hombre robusto y en su mejor edad. Se contemplaron en silencio. A causa de la enfermedad del soberano aragonés, la ceremonia fue muy simple: en lugar del abundante almuerzo, se sirvió una comida ligera sobre una mesa puesta entre los dos monarcas. Femando «in medias res» —sin rodeos— empezó a hablar: su tiempo era limitado y quería saberlo todo. Todo, no era más que el relato de lo que Segismundo había hablado aquella mañana con Benedicto.

El latín de Femando era rápido, seguro, Segismundo tuvo que acostumbrarse a él pero pronto pudo comprenderle claramente, del mismo modo que el rey aragonés se acostumbró al latín más duro de Segismundo. Su latín provenía de la escuela germana.

Benedicto le había recibido muy bien y con muy buena voluntad; por su parte y hablando junto a su trono de Perpignan, reconoció que llegó a olvidar que existían otros dos papas en el mundo, aunque llevaran el mismo título. De la personalidad de Benedicto se desprendía la unidad universal, «urbi et orbi»,

en ese castillo rocoso del norte de España. Benedicto sólo había visto una vez Roma, cuando era un joven cardenal; junto al papa francés había abandonado con repulsión el ambiente intranquilo de la «urbs» romana que parecía más un nido de serpientes que el escudo y corazón de la Cristiandad.

Esa fue la primera impresión que tuvo Segismundo de Benedicto XIII. Al día siguiente estaría obligado a convencer al intransigente pero respetable anciano, para que se quitara con sus propias manos la tiara de la cabeza, según la resolución de Constanza.

El médico entró, Segismundo se levantó de su sillón y pidió que le llevaran a ver a la reina Leonor, a quien ya habían entregado los regalos del monarca romano. Fernando dio las gracias por la atención de Segismundo y dijo que su hija y su esposa le esperaban en las salas contiguas. Además, le pidió perdón porque, a causa de su estado, no podía invitarle a su palacio real de Zaragoza, como hubiera sido su deseo. Al darle la mano, Segismundo percibió la fiebre a través de su palma.

Charló amablemente con las dos damas. La reina guardaba todavía cierto encanto de su anterior belleza, pero la vista de la princesa alegró los ojos de Segismundo. Era como una rosa, y hablaba un francés fluido con el que sirvió de intérprete a su madre, que continuaba con su español. De todos modos fue divertido. Y para las damas una rara ocasión de recibir tan gran señor como era el rey romano.

Segismundo era buen conversador; habló de su país, de Bárbara, de su hija Isabel, a quien hacía ya tiempo que no veía. Elogió la majestad del papa Benedicto, lo bien conservado que estaba y cómo había sabido afrontar las duras pruebas de su vida. Las damas tenían curiosidad por conocer cómo era la vida en Constanza. Y el Concilio… La reina expresó su gratitud por los valiosos trajes que envió Bárbara como regalo. Ignoraba la lucha que sostuvo Segismundo contra Nicolás Garai, quien se opuso a que colocaran tantas piedras preciosas sobre las ropas, encargadas a un famoso sastre de Lyon, cuando ya era seguro que Femando y su esposa iban a recibirle en Perpignan, acompañados de su hija.

Volaron los minutos en el reloj de arena, discursos en latín, mezclado de francés, con el sabor particular del español… Fue una hora dichosa. Pero cuando Segismundo preguntó en voz baja por el estado de la salud del rey, la reina se persignó; «Todos estamos en las manos de Dios».

Antes de marcharse, volvió a entrar todavía en el cuarto de Femando. El rey apoyó la jarra de cerveza de la que estaba bebiendo alegremente:

«Mañana…» murmuró con un suspiro, saludándole con la mano, como si ya fuesen amigos.

—Aquí nunca estuvo un húngaro y menos un noble palatino. En otros tiempos se hablaba de que un nieto de Arpad asoló con sus guerreros húngaros estas comarcas. ¿Es cierto, majestad?

—No lo sabemos. Pero han pasado doscientos años sin que ningún compatriota nuestro viniese a estas tierras. Con la hija de Andrés vino la reina Yolanda, y con ella quedaron aquí unos pocos.

22 de septiembre: en España todavía era verano. Fueron las tres horas más angustiosas que Segismundo, Nicolás Garai e Imre Bebek pasaron con el santo padre. Hoy Benedicto no se expresaba en su estilo paternal como en la primera audiencia: era un polemista terco y resistente y sólo se notó su vejez durante unos minutos apenas, al cerrar sus ojos. Al instante siguiente su voz recobraba todo el vigor al exponer su razón. «Soy el papa verdadero, el único indudablemente legal. ¡El único!» Después, en un giro inesperado, confirmó que quizá abdicase, con la condición de que en el próximo cónclave, él, y únicamente él, actuase como cardenal verdadero entre los «papables»… ¡Con sus noventa años!

Segismundo no había venido con las manos vacías. En Constanza había elaborado varias fórmulas para redactar el texto de la abdicación: incluyendo en el texto estimación y reconocimiento, con el que rodear al gran anciano en caso de que aceptara el enorme sacrificio. La cuestión era qué fórmula sería aceptable para el santo padre de Perpignan.

Con gran sorpresa de ellos, Benedicto dictó ocho proposiciones; entretanto el tono de su voz fue cambiando, no quedaba nada del pacífico anciano; al pasar las horas se fue convirtiendo en un ser duro, combatiente, atacando obstinadamente, repitiendo que él defendía lo que era suyo. Segismundo también iba cambiando el tono de su voz de hijo humilde, al que se fue mezclando una mayor determinación y hasta una amenaza:

—Pues bien, el Concilio se verá obligado, aunque con el corazón dolorido, a destronar al papa como ya hicieron con Cossa. Y en el caso de que no esté de acuerdo, como expapa puede ser excomulgado.

Bastantes acusaciones se acumulaban ya en la sombría ciudadela de los doctores… Benedicto se pronunció contra él Concilio con voz apasionada, tratando a los santos prelados de herejes, cismáticos, asamblea de inútiles. En el mismo momento prohibió a todos los eclesiásticos de Perpignan administrar los sacramentos a todos cuantos participaran en el Concilio de Constanza, incluyendo al mismo rey. La conversación amistosa del comienzo

se hacía cada vez más dura; Benedicto, en esos momentos, no sólo gobernaba en las cuestiones celestiales de su territorio legal, sino, al parecer, también en los problemas del mundo entero.

Eran dos diplomáticos combatiendo entre sí: Segismundo llegó a prometer que discutiría la validez de aquel Concilio de Pisa, donde llevaron a Cossa sentado sobre el sillón papal. La validez había sido aceptada por la mayoría de los eclesiásticos. Sin embargo, se hablaba de corregir el Concilio pisano, pero hasta entonces nadie lo había anulado. ¿Abdicaría Benedicto con esa condición?

Finalmente, el papa propuso postergar las negociaciones hasta el 15 de octubre. Mientras tanto ambos bandos podrían aclarar sus puntos de vista. Por su parte, prometió meditar sobre el problema de la «cesión» y era posible que diera una respuesta positiva. Cansado y con las manos vacías salió el rey romano del castillo papal, seguido de sus consejeros húngaros.

¿Cuántas semanas seguiría así en Perpignan? Lo que Segismundo no tenía era tiempo, ni paciencia, ni dinero para esperar la incierta respuesta del papa: el sí o el no de la abdicación, y por lo tanto, en ese tiempo, tampoco podía firmar ningún acuerdo con Femando. La situación podía haber cambiado si se conociesen las intenciones de Benedicto XIII. ¿Abdicaría? Era probable que no renunciara, repitiendo sus eternas razones. En ese caso, Femando tendría que dar su palabra de seguir sujeto a la unificación del mundo cristiano. ¿Y cómo complacer la sugestión de Benedicto: trasladar todo el Concilio de Constanza, si no a España, por lo menos a tierra francesa? ¿A Lyon, a Avignon? Costaría meses de retrasos y dudas el mantener unido al Concilio… En un punto se fijó la obstinación del papa: dijo que renunciaría, si el Concilio fuese celebrado en tierra francesa y él siguiese siendo cardenal, «legatus a latere».

¿Qué hacer? ¿Regatear? El cardenal acompañó a su alojamiento a Segismundo. Se reunían para un consejo íntimo: pero ¿qué podía hacer, quién era él? ¿Constantino o Carlomagno, para ser el único en resolver problemas tan delicados como los derechos eclesiásticos? ¿Tendría Segismundo que entender de todo esto? Eran precisos enormes conocimientos de teología para orientarse en aquel laberinto; Segismundo había resultado ser un firme parlamentario —reconocía el cardenal—. Nunca se fatigaba ni perdía el ánimo, tampoco se ofendía al no aceptar inmediatamente sus propuestas. ¿Sería posible encontrar una solución? Él prometía en nombre del Concilio. ¿Y realmente, tenía el rey poderes del Concilio como para hacer promesas, en nombre del futuro papa del Sínodo? Y prometía… Prometía que, en caso de

renunciar, Pedro de Luna sería el primero de los cardenales y sería honrado casi como un papa durante toda su vida, hasta que Dios quisiera.

Se podía percibir en las discusiones a que llegaba el cardenal español, el espíritu de la escuela de teología de París. En el castillo de Perpignan, Benedicto consultaba todo el tiempo con los doctores que llegaban de París. El rey tendría que esperar… hasta mediados de octubre. Si su santidad ha señalado esa fecha, por algo será… Él lo sabe… el pontífice máximo, siempre ha cumplido con sus fechas, hasta ahora.

Femando continuaba enfermo, el rey comenzaba a aburrirse; no había muchas distracciones en Perpignan. Las cacerías —de poca importancia— eran la única forma de pasar esos días de tensión. ¿Qué habría ocurrido en casa? ¿Y dónde estaba la lejana casa? ¿En Constanza o en Buda? A los húngaros les hubiera gustado regresar a la patria. Tampoco eran muy alentadoras las noticias que llegaban de las cancillerías de su país. Daban la imagen de un país inquieto, lleno de luchas partidistas. Juan Kanizsai, el arzobispo, intentaba contener los insensatos despilfarros de la reina regente. En las fronteras del Sur —próximo el otoño— resucitaban las incursiones turcas. En esa frontera había que fortificar Galambóc; la guardia del castillo era escasa, el turco se movía veloz con sus cañones de desplazamiento rápido, la artillería era muy cara, las bombardas había que importarlas de Italia, junto con sus servidores. Faltaba dinero. Dinero…

El dicho latino «Detrás del jinete quedan las penas», se había convertido en realidad. Durante varias semanas Segismundo participó en las cacerías. No se habla en las crónicas de ninguna aventura femenina, en esos tiempos de Perpignan. La escolta y ante todo su cuñado Nicolás Garai le vigilaban, en esa tierra de moral rigurosa; además cercana al papa. Su majestad romana no podía enredarse en ninguna hazaña de ese tipo que pudiera escandalizar a los padres del Concilio.

15 de octubre: Perpignan es una ciudad pequeña. Los muros de piedra rodeaban el gigantesco castillo. Los arcos de la capilla del castillo eran un recuerdo del tiempo de los moros. La catedral llevaba el nombre de San Juan; pero el rey romano no podía oír misa allí. De acuerdo con el decreto del santo padre, sólo podían recibir los sacramentos en las afueras de la ciudad, puesto que eran unos «cismáticos». Tenían que cabalgar hasta el próximo pueblo, para aproximarse a la misa dominical del Señor.

Perpignan tenía su propia «Alma Mater»: hacía más de setenta años que la Universidad había abierto sus puertas ante todo para estudiantes aragoneses. Al comienzo, aún escuchaban las lecciones de los filósofos, también moros y

judíos. Cuando cundió la noticia de que la ciudad sería la sede del encuentro de los soberanos, vinieron muchos forasteros. El problema era alojar al séquito real en Perpignan, desalojar a los estudiantes para dejar lugar a los soldados húngaros, alemanes, polacos y croatas que componían el séquito de Segismundo; y al mismo tiempo albergar a los innumerables aragoneses que llegaban.

El ritmo de vida de la ciudad se animó extraordinariamente: grandes señores llegaron a Perpignan en lugar de los estudiantes, de poco dinero, para pasar unas semanas.

15 de octubre: «Cum per Serenissimum», titulaban la bula que trajeron del castillo al alojamiento real, la cual estaba firmada por el papa Benedicto —con una firma vigorosa— sin el menor temblor. En resumen, estaba dispuesto a renunciar, en el caso de que el Concilio de Constanza anulara todas las disposiciones del Concilio de Pisa. Aconsejaba que hubiera seis delegados de cada parte. Detalles: el rey Fernando debía ser el mediador, negando —en el manifiesto papal— el concepto de «electio canónica», cosa bastante oscura como podía deducirse, ya que Benedicto sería el único cardenal en el cónclave que podría tener el «derecho a la elección», es decir, el derecho de elegirse a sí mismo. Además, el cardenal no perdía su título y en el caso de que renunciara como papa, quedaría entonces en lo que era antes, un cardenal.

Segismundo pidió estar solo para abrir el documento papal y mandó salir a todos de la cancillería. El fundamento de su misión se fundaba en la decisión del Concilio de que la renuncia de Benedicto era directa, simple, *sin condiciones* —«pure, simpliciter et absolute». En el caso de que el Concilio se enterase de la voluminosa carta escrita —sin ninguna voluntad de obediencia hacia el Concilio— Benedicto sería simplemente empujado para sacarlo de su trono. Y así todos los intentos, gastos, viajes y esfuerzos de Segismundo, habrían sido vanos.

Segismundo no fue otra vez a ver al papa; y dio las órdenes para un viaje inmediato. Al mismo tiempo llegaban noticias de que se había notado mayor presencia de hombres armados en el castillo del papa —eran los guardias y soldados del conde de Armagnac—: Su santidad había pedido una respuesta. Y una respuesta hubo que darle.

Por parte real el delegado era Luis, duque de Brieg. Por parte eclesiástica era el arzobispo de Tours, que había ido como orador al Concilio. Al llegar a la entrada de la ciudadela, tuvieron a la vista la fortaleza poblada de guerreros, cañones y soldados con armadura, que se ejercitaban en el patio de armas. Seguramente Benedicto quiso dar una muestra de su poder. El interés

del papa por ese espectáculo disminuyó al escuchar, a través del príncipe Luis, el mensaje de Segismundo:

—Los conceptos expuestos por su santidad no sirven para adelantar la causa de la cristiandad…

Durante el mensaje, Benedicto conversaba con sus dos cardenales; por lo visto no prestó la menor atención a lo que sucedía ante él. Después, el arzobispo de Tours tomó la palabra: explicó los razonamientos del papa con la dialéctica de la escuela de París y su voz se endurecía más a cada frase. Al concluir, Segismundo expresó que ningún aplazamiento tendría lugar, no valdría ya formar ninguna nueva comisión y tampoco el cambio de lugar para el Concilio: «Sólo valdrá una única palabra, el sí o el no». Renunciar… Sin besarle la mano, se inclinó con sencillez y el delegado se marchó del castillo de Perpignan. Salieron, pero sintiendo cierto temor: no estaban preparados para una defensa en el caso de que no les dejaran salir y el puente levadizo estuviera levantado antes de llegar a la puerta principal. Pero no ocurrió nada: sólo encontraron a la gente armada y los camarlengos papales escoltaron con frialdad al delegado.

Después de tantos desengaños, llegó el mensaje de Femando: su majestad no se decidía a hacer el viaje; pero era necesario que hablaran una vez más. Aunque no estaba totalmente recuperado, su majestad aragonesa se sentía mucho mejor. Segismundo estaba convencido de que el papa en el ínterin se había comunicado con Fernando. Después de todo, era en quien el papa español confiaba como intermediario, en el gran proceso del Concilio…

De nuevo tuvo lugar el íntimo consejo entre los dos soberanos. Femando vino con nuevas ideas: al parecer intentaba hacer lo posible para que Segismundo postergara su viaje. Evidentemente no sólo saldría perjudicado el papa español, también sería dudoso el papel del rey a los ojos del Concilio. Pero nada de lo que Femando propuso, daba lugar a un acuerdo posible que Segismundo o el Concilio pudieran aceptar. El rey romano llegó a ser un duro adversario durante los últimos tiempos. No se desanimaba cuando tropezaba con la adversidad, pero sentía que la inflexibilidad del anciano no era posible modificarla con palabras amables.

Segismundo padeció una de sus mayores crisis interiores: al regresar a su alojamiento después de hablar con Femando, hizo llamar a todos los miembros de su escolta y dio la orden de que nadie abandonara la ciudad. Decidió bruscamente que, durante la oscuridad de la noche, marcharan de Perpignan. Sin despedidas ni festejos; como sabía que no tenía que esperar obsequio alguno del gobernador, sólo le envió una carta asegurando su buena

voluntad, y dando las gracias por haberle permitido efectuar las negociaciones.

La salida sin despedidas del rey, hizo polvo todos los cálculos de Femando. El soberano aragonés esperaba más discusiones y contaba con que las intervenciones de su parte, podían aproximar los puntos de vista del papa y del rey. Quedó tan desesperado que mandó estafetas a Segismundo pidiéndole que se quedara dos o tres días más en tierra aragonesa y poder así entrevistarse de nuevo. Por su parte, él estudiaba el caso con sus doctores en leyes y con los profesores de la Universidad. Pero por parte de Segismundo fue un paso afortunado esa salida repentina —lo que fue fácil deducir del rápido mensaje de Femando. El rey aragonés pedía tres días de retraso, porque durante ellos (3 días era el número mágico de la caballería) pedía, en varias cartas, al papa Benedicto una aclaración de sus planes para resolver el conflicto. En las tres cartas incluía una advertencia: para el caso de que su santidad no diera una respuesta satisfactoria, en su nombre y en el de su hijo pupilo, rey de Castilla, y en nombre de todos los condes y vasallos, anularía la obediencia a Benedicto.

Con el segundo llamamiento vino la respuesta: el papa se refería al hecho de que, por desgracia, frente a las numerosas proposiciones que hizo a Segismundo, nunca recibió una contrapropuesta del rey… En el mismo documento y refiriéndose seguramente a las amenazas recibidas, el papa anunciaba que ya no se sentía seguro en Perpignan y pronto dejaría también él la ciudad. En realidad, en el caso de que el rey de Aragón no mantuviera el lazo de fidelidad al papa, tenía derecho a ejercer su voluntad, incluso a detenerle y mandarle a prisión. Sería inútil que los guerreros que defendían a Benedicto, hicieran frente al rey aragonés, que era más fuerte: pronto caería en su poder el único, el verdadero pontífice y sería posible entregarlo a sus enemigos, a los padres del Concilio.

Al tercer día, con rapidez inesperada, el papa se marchó. No se detuvo hasta llegar a Colliure. Allí llegó a sus manos el pedido de renuncia de su título pontificio, por parte de los soberanos que habitaban a ambos lados de los Pirineos, del rey de Aragón, Castilla y Navarra, además de sus vasallos, los duques de Armagnac y de Foix.

Desde aquel día el papa ya no se sintió seguro en tierra firme. Hizo colocar sus tesoros en tres galeras, junto con una escasa pero fiel escolta; y llegó con los vientos de noviembre a Peñíscola, que estaba rodeada por el mar casi como si fuera una isla. Fue en el antiguo castillo de la estirpe de los Luna donde buscó refugio. Allí todo hablaba de la familia, todos los habitantes del

pueblo estaban atados por el lazo patriarcal, al señor del feudo. El párroco de la comunidad recibió con el «Venti Sánete», la llegada del «Príncipe de la Iglesia» a quien no quedaba más que un puñado de hombres armados y tres galeras… Y a quien ya no obedecía nadie más en el mundo cristiano que el duque de Armagnac, cuyo nombre fue puesto involuntariamente en el documento preparado en la cancillería de Perpignan: «Armagnac —escribía el señor feudal— será fiel hasta la muerte». Fue el único que continuó obedeciendo a Benedicto.

Entretanto el estado de salud de Fernando había mejorado. Aún guardaba cama por consejo médico, confiando a Alfonso —el heredero del trono— el cargo de representarle en el importante consejo que reuniría a los soberanos españoles y el duque de Foix. Un consejo de señores mundanos, sin miembros eclesiásticos… Los asistentes discutieron durante tres días, hasta dar a luz una triple conclusión: delegados de Castilla, Aragón y Navarra viajarían a Constanza, de la que estuvieron ausentes hasta ahora. Los reyes actuarían contra el papa Benedicto, aunque para su destitución seguían necesitando una actitud más concreta.

El mensaje fue respondido con una agresiva réplica desde Peñíscola: «se convocaba para un Concilio Universal, al año siguiente». Femando ahora estaba convencido: nunca se llegaría a un pacto con el obstinado anciano.

21

DESDE lo alto del castillo de piedra pudo contemplar la llanura hasta los olivares, hasta el infinito horizonte de los viñedos: Peñíscola, aldea pequeña y sin embargo histórica. Solamente un estrecho sendero les unía a la llanura de Benicarló y ni eso quedaba al cubrirlo la marea. Entonces se hacía imposible llegar con las piernas secas; era totalmente inconquistable. Eso ya lo habían comprendido los moros cuando edificaron la primera fortaleza, sobre la colina. Hacía un siglo que el rey Jaime de Aragón les había sitiado con ayuda de los caballeros templarios. Ellos fueron quienes recibieron del rey, como posesión, la península para que, con los mejores técnicos militares, edificaran una fortaleza, según el modelo de los castillos de Tierra Santa. Al final de los días de los Templarios, una orden militar española recibió Peñíscola como feudo, y de allí pasó a las manos de la estirpe de los Luna.

El papa, al sentirse en su propia casa, respiró aliviado, como el que encuentra al fin su residencia definitiva. En cambio los cardenales, a quienes cogió por sorpresa el fracaso de Perpignan, consideraban este refugio, esta península, como un cautiverio. Fugarse de Peñíscola hubiera sido arriesgado, sólo posible por mar y durante la noche. ¿Y quién podía adivinar hasta cuándo ardería la llama de la vida de este anciano? ¿Y si se apagaba, qué valor tendrían los cardenales consagrados por el papa «cismático»? En cambio, si ahora llegaran a Constanza, serían recibidos con los brazos abiertos, como partidarios de Benedicto XIII, ¡pero ahora convertidos! Debían pues apresurarse a llegar, porque en muy pocos meses se habrían transformado en excardenales, sin casa, ni hogar. Y se fueron fugando poco a poco, a la primera ocasión.

Segismundo estaba ya en Narbona cuando le llegaron las cartas de Femando. Narbona era una ciudad que estaba cerca de la frontera; un lugar agradable, cómodo, vendimia abundante en un otoño cálido. Mientras esperaba las respuestas de la corte de Perpignan, se dedicó a los acontecimientos de Europa. Segismundo seguía creyendo que la atención del

mundo cristiano residía en el propósito de terminar con el Cisma, cuando le llegó la noticia inquietante de una batalla perdida: bastaron unas semanas para tener noticias de la batalla de Azincourt.

Las noticias fueron traídas por los refugiados de la batalla, a través de feriantes y frailes peregrinos: apenas ocho mil ingleses al mando de Enrique V avanzaban hacia Calais, chapoteando en el barro. D'Albret, el condestable francés, les hizo frente con un ejército que era cuatro veces mayor y casi todo formado por caballeros de armadura.

La batalla tuvo lugar a finales de octubre y, desde el punto de vista de los ingleses, era demasiado arriesgada. Enrique se limitó a repetir la táctica de la batalla de Crécy. Los franceses formaron en tres cordones sucesivos, pero no hubo manera de enseñar a los mandos —pese a su numerosa ventaja— a andar por las tierras pantanosas, donde sólo los soldados de infantería podían pisar tierra firme. Los jinetes debieron desmontar, pero entonces las pesadas armaduras les hundían en el barro, en el que además les dificultaban las espuelas. La fortaleza de los ingleses residía en sus arqueros: solamente mil jinetes se vieron obligados a dejar sus caballos. Los ingleses tenían los mejores arqueros del mundo: apuntaban al aire con tal exactitud, que las flechas, al llegar al final de su recorrido parabólico, caían del cielo sobre el enemigo, como rayos.

Los franceses, aplicando el aprendizaje de la batalla de Crécy, disponían de artillería bastante pesada, pero avanzar con los morteros por esa superficie fangosa era imposible. Por eso las tres líneas francesas desaparecieron: cayeron muchos prisioneros. Entre ellos figuraba el duque Carlos de Orleáns que, durante su largo cautiverio inglés, se convirtió en el maestro de la poesía francesa contemporánea. El comandante francés consiguió hacer un intento definitivo durante la culminación de la batalla, para llegar con sus soldados a efectuar un último ataque. Enrique no tuvo más remedio que ordenar la muerte de sus prisioneros, ya que le faltaban hombres para guardarlos. Según los que lo presenciaron, quedaron seis mil cadáveres franceses en el fango, entre ellos el mismo condestable, tres duques e innumerables caballeros. Los franceses enloquecían tratando de atacar de nuevo al enemigo. Pero montados a caballo o a pie, su principal enemigo era el fango.

Así los franceses perdieron la batalla: ahora los ingleses mandaban en Normandía. Enrique V llegó ileso hasta Calais. Todas esas noticias llegaron a Narbona en un bello día de otoño. La ciudad se inquietó: los ingleses estaban lejos de allí, no les conocían siquiera; pero como miembros de la comunidad cristiana, recibieron una triste lección: la de aprender cómo luchaban entre sí

dos antiguos países cristianos. Y mientras no hubiera paz entre ellos, ¿cómo se podía preparar una guerra universal contra los otomanos?

Había que discutir todo esto, no sólo a causa de la batalla de Azincourt, sino porque el rey había recibido inquietantes noticias también de las fronteras del sur de Hungría: el turco se estaba acercando a Szendró y a Galamboc. Y la tesorería húngara estaba otra vez vacía. El país parecía moverse entre violentas luchas por el trono, sin rey. A pesar de que en el «regnum» no luchaban entre sí, bastaba tener a un vecino enfadado para que otro, con una fuerza mayor, le quitara la posesión. Y no había autoridad a la que uno pudiera acudir con la esperanza de obtener justicia. Desde que Segismundo se convirtió en rey germano-románico no se preocupaba por Hungría, como no fuera para pedir más impuestos, cada vez más tributos de los pobres, en tanto que estrujaba a los poderosos.

Por noticias de Hungría, Segismundo se enteró de muchas cosas que seguían ocultas a los otros soberanos. La palabra «tártaro» significó durante dos siglos, horror, salvajismo, matanzas en todos los países. Por un nuevo giro de la historia, los tártaros empezaban de nuevo a representar su papel en el destino húngaro. Hacía cuatro años que Ladislao, el rey polaco, deseaba pedir al papa Juan una cruzada contra los tártaros que estaban amenazando a su país, así como los otomanos a Bosnia, al país de los Horváti y a los croatas.

Hacía tres años que Segismundo había invitado a una delegación de los tártaros, justamente en ocasión de la visita de Ladislao. Enseguida se firmó en consejo un tratado secreto entre tártaros, húngaros y polacos, ¡contra los turcos! Confidencialmente Segismundo informó de ello en Constanza a los soberanos y cardenales amigos. El rey romano les explicó que era el monarca capaz de conducir la lucha hacia un gran conflicto entre turcos y tártaros, con lo que podrían desangrarse las dos distintas raigas mahometanas. En realidad habían ya pasado meses desde que llegara Tamerlán, el más grande de los príncipes mongoles, a Samarkanda, embalsamado por sus súbditos y colocado sobre un trono, para disfrutar de un eterno descanso. El recuerdo de su victoria ante Ankara contra el sultán Bayaceto, todavía se conmemoraba en Oriente; fama que había llegado hasta Hungría.

Durante los años anteriores, los turcos no habían molestado en las fronteras húngaras. Los húngaros mantenían relaciones con los tártaros (a los que de vez en cuando mencionaban como mongoles) y con todos los príncipes orientales que estaban en secreta relación con el círculo mongólico. Jülük Kara, el «Señor de Mesopotamia», hijo de Tamerlán, y el khan de la Horda de Oro, eran los jefes más importantes durante esas relaciones.

Los consejeros húngaros apresuraban al rey para clausurar cuanto antes las reuniones del Concilio, que ya duraban años. Era necesario que volviera al país para ocuparse de los asuntos de la patria; y ante todo, prevenirse contra un inminente ataque turco.

Con razón tenía Segismundo la sensación de que debía de estar siempre pendiente de resolver todos los problemas, como si sólo él cargara con todo el peso del universo: mirar atento más allá del Canal, y al mismo tiempo observar cómo el Oriente prepara la lucha entre dos poderes: asiáticos y cristianos. Sus luchas podrían ser decisivas desde el punto de vista húngaro. Todos estos problemas nublaban su estancia en Narbona, entre dudosos éxitos y falta de dinero. No podía reclamar rescate de las ciudades francesas; tampoco podía el rey romano pedir préstamos.

Vientos fríos en la tarde otoñal de Francia. Fue en las primeras semanas de diciembre cuando los dos reyes firmaron el pacto de Narbona. Segismundo supo festejar el tratado: hizo sonar durante mucho tiempo todas las campanas de la ciudad. En la catedral cantaban él *Te Deum*, desfilaban los gremios y los señores de la comarca por la calle mayor, llena de nieve. Femando también había firmado en nombre de Castilla. Decidieron fijar la fecha del fin del poder de Benedicto: dentro de dos meses, en el caso de que el santo padre no les diera una respuesta satisfactoria. Los españoles retirarían la obediencia en un plazo de ochenta días. Y ninguna palabra que aludiera al título de cardenal de Pedro de Luna, que sería intocable. El santo padre recibiría una invitación del Concilio de Constanza, que de ningún modo sería una severa citación sino una petición. El salvoconducto estaría asegurado por el rey romano.

En cuanto los consejeros tuvieron preparados en la cancillería —mejor dicho, en una de las habitaciones del hospedaje de Narbona— los tres ejemplares del documento, Segismundo llamó a su aposento a todos los que viajaron y trabajaron con él. El rey había rejuvenecido, las arrugas se borraban de su rostro, sus ojos reían y el cuerpo enorme recobraba su ritmo juvenil:

—Ahora podéis ver, los que habéis dudado de mí y de vosotros mismos: podéis reconocer ahora que, cuando salimos de Constanza, no teníamos grandes esperanzas de vencer a los españoles. Pero no seamos negativos: sí, hemos sido pesimistas en nuestro trabajo, pensábamos regresar fracasados a Constanza, donde nos hubiésemos expuesto, no sólo a las críticas sino también al ridículo. Podemos decir que hemos emprendido este viaje con el corazón oprimido. En realidad no hemos disfrutado ni de un solo día bueno. Ahora podemos descansar. Queridos hijos: sois libres de hacer lo que os

plazca, durante tres días. En el caso de que alguno tenga un deseo personal, puede recurrir a Nos; lo único que no puede, es pedimos dinero… Gracias por vuestros esfuerzos, os dejamos marchar con nuestra gracia. Idos.

Una de las cláusulas secretas del tratado de Narbona establecía que el Concilio reconocía a España como la quinta nación, con lo que ascendió en forma considerable el prestigio de los españoles ante las demás naciones, las que acostumbraban a unirse para formar un país dentro del Concilio. Además, se incluyó otro requisito secreto, aunque en documento aparte: Segismundo no se oponía a que cuando se cumpliese el término de sesenta u ochenta días sin que Benedicto renunciara, el rey Fernando podía echar mano a todas las entradas, rentas y haberes relacionados con el santo padre. De otra manera, este dinero llegaría a la cámara apostólica. El famoso documento fue elevado personalmente al rey de Aragón por Vicente Ferrer: orador religioso, confesor real, algún día sería canonizado. Era uno de esos seres apasionados que ponían toda su energía en mantener unido el gobierno de la Iglesia… Según aseguraban, fue él quien logró convencer a Femando para que aceptara el punto de vista del rey romano.

Día de Reyes. El padre Vicente celebraba en la catedral de Narbona, con una prédica, la decisión definitiva de poner fin al Cisma. Comparó a los reyes de Roma, Castilla y Aragón con los Reyes Magos, trayendo sus regalos al mundo cristiano. Después, leyó el famoso documento desde el púlpito, primero en su texto latino, después en lenguaje del pueblo.

Segismundo envió el texto del tratado, con una solemne delegación, al Concilio de Constanza. Estaba redactado de tal modo, que daba la impresión de que el resultado era obra personal del rey. Sonaron las campanas no sólo en Narbona, sino también en la ciudad del Concilio.

Llegaban de Valencia noticias importantes para Segismundo: el estado de salud del rey mejoraba. Supo entenderse bien con Fernando. Alfonso, el heredero, no tenía los mismos conceptos; era seguro que en caso de que el rey de Aragón hubiese muerto antes de sellar el tratado, el destino de Europa pudo haber seguido otro rumbo bien distinto. Fernando sobrevivió cuatro meses al acuerdo de Narbona: fue suficiente para que los prelados españoles ocuparan sus lugares en los bancos del Concilio. Después transcurrió entre negociaciones el comienzo de febrero.

Al tiempo que aún nevaba, Segismundo y su escolta emprendieron viaje hacia París para visitar al rey francés. Segismundo deseaba servir de intermediario en la guerra que durante medio siglo enfrentaba a franceses e ingleses. Si se llegaba a un acuerdo entre ellos, entonces el Concilio y la parte

oriental de Europa podrían anunciar una cruzada contra los turcos, a la vez que Segismundo —con la ayuda de sus embajadores húngaros— renovaría la lucha contra los mongoles. Interviniendo como mediador entre Francia e Inglaterra, el futuro emperador cumplía con su deber, al ser árbitro de una guerra entre dos reyes. Una ocasión poco frecuente para que el señor del Imperio, no se limitase sólo a reverdecer los títulos de emperador, sino que pudiese actuar para sellar una paz entre dos soberanos cristianos.

La actuación de Alfonso de Aragón fue una agradable sorpresa: el heredero del trono español era quien encabezaba su delegación en Constanza y ya en la primera actuación mostró su voluntad de seguir las huellas de su padre. Para la Casa Real era esencial el ingreso de las rentas del Tesoro papal español. El joven Alfonso dio la impresión de ser un soberano con sentido común y emprendió rápidamente los pasos necesarios —reemplazando a su padre moribundo— para asegurar esos ingresos.

Mientras el tesoro aragonés no sufría así la menor merma, el presupuesto de viaje de Segismundo estaba ya totalmente agotado. Tuvo que pasar más tiempo del calculado en Narbona y sin otro medio que endeudarse hasta con el magistrado de la ciudad. Al fin, Luis —el conde de Baviera— vino en su ayuda con un préstamo de dos mil florines. Su condición fue que el documento de pago debía de ser firmado por Segismundo y también por Bárbara. Eso significaba que en caso de que pasara algo con Segismundo, la reina regente sería también responsable de la deuda. La suma no cubría siquiera sus necesidades: Segismundo hizo un llamamiento a las órdenes húngaras para que vinieran —con una oferta extraordinaria— en su ayuda. Garai iba y venía como un péndulo entre Narbona y Buda hasta que pudo conseguir el dinero de esa última ciudad. El rey premió su éxito dándole el dominio de Dévény, en las fronteras húngaras, con título y carta de donación; la dinastía de los —Garai transformó luego ese castillo en una fortaleza.

Al hacer el presupuesto final del viaje por Occidente, los gastos ascendían a cien mil ducados. Para que Segismundo pudiera terminar su tarea, tuvo que pedir prestados, o mejor dicho, recibir cuatrocientos mil ducados de Federico de Hohenzollern —la mayoría, por ahora, en documentos— por el acto de cesión que el rey había hecho con el nombramiento como margrave de Brandeburgo a su amigo. Le prometieron entregar la mitad de esa considerable suma durante su viaje.

Constanza estaba en fiestas: finalmente, cuando llegaron los cardenales y embajadores de la tercera «obediencia», parecía no quedar obstáculo alguno para preparar la universal elección papal. Estaban ya de acuerdo en retirar

mutuamente las excomuniones, todas las maldiciones que se habían arrojado sobre sí los hostiles y rivales santos padres, durante aquellos últimos años.

Convocaron a los soberanos y eclesiásticos que estaban todavía bajo la obediencia de Benedicto, para que se presentaran dentro de los tres meses en Constanza. Aceptaron un acuerdo por el que todas las disposiciones de Benedicto XIII, de los tiempos anteriores, y que aún figuraban en Colliure antes de su encierro en Peñíscola, seguirían en vigor. Era una concesión sensata en favor de los cardenales y nobles españoles. Por un decreto afirmaron que en el caso de que los cardenales de Benedicto se presentaran en Constanza, serían considerados como verdaderos cardenales. En cambio todos los actos —y ante todo una eventual elección papal que los cardenales pudieran hacer en Peñíscola— «a limine», serían ilegítimos.

Sobre la situación del papa español, el príncipe Alfonso estaba de acuerdo en la prohibición de embargar las provisiones y armas destinadas a Peñíscola.

Ya sólo quedaban en obediencia hacia Benedicto, los reyes de Escocia y Portugal, además del duque de Armagnac. Pero en los últimos días de enero, los dos soberanos coronados se unieron al deseo del Concilio. La réplica tronó en el castillo de piedra: Benedicto XIII excomulgó al rey de Aragón y a todo el Concilio: Fernando debió de tomárselo muy a pechos. Pocos días después —antes de la llegada de la primavera— dejaba de existir el rey aragonés.

22

NAVIDAD en Avignon, Había pasado un año desde que desfiló en Constanza, entre campanadas y nieve: Bárbara montaba a caballo a su lado, con manto de brocado con oro y los copos de nieve adheridos a sus largas pestañas, mirando sonriente hacia los balcones de las casas de tejados en pico, en donde ondulaban los pañuelos, y sonaban estridentes las cometas de los suizos. ¡Cuántas cosas transcurridas en sólo un año…! La renuncia del papa Gregorio, la renuncia del papa Juan, su fuga, su cautiverio, el gran proceso de Juan Hus, el humo de la hoguera que el viento de julio había llevado hasta su ventana; su partida de Constanza, problemas oscuros y, más tarde, la primera moza francesa a quien pudo abrazar. Malas noticias de Buda y Perpignan. Después, sentarse frente al anciano, sentir desde las primeras frases que estaba hablando con una roca, que la gota no podía taladrar la piedra. Era un hombre que creía en su mandato, en la pureza de su elección. Nunca renunciaría: había que llevárselo por delante y borrar al honrado anciano de la lista de los papas. Las campanas de Perpignan…

Estar sentado durante tres meses frente a Pedro de Luna, con el profesor de leyes de la famosa Universidad de Montpellier; con el mismo Luna, que ya una vez pudo escapar del cerco de los cardenales franceses, quienes le dieron un ultimátum y le encerraron durante tres años en el castillo de Avignon. Que conoce bien la amargura de los pontífices exiliados en lejanos castillos de piedra. Ahora tendría que condenar a este anciano puro con la acusación de herejía, en el caso que retornara a Constanza. Nadie más que el duque de Armagnac respaldaba a Benedicto XIII, nadie más le era fiel. ¿Habría que quemar simbólicamente a Luna en una hoguera, extramuros de Constanza?

Las campanas de Avignon… ¡Qué inmenso era el castillo de los papas, asentado en el corazón de Avignon, con la ciudad edificada alrededor! Intacto como estaba, ya que nunca tuvo que aguantar asedios, todos los pontífices que residieron allí, fortalecieron cada vez más sus murallas.

A Segismundo le encantaba conocerlo todo, visitar castillos, iglesias, cuadros: anduvo de sala en sala por el castillo. Hablaban de los papas de otras

épocas, historias que le había contado en su niñez Wenceslao, su hermano; recordaba que también su padre había mencionado los problemas que tuvo con Avignon. La sala grande… Segismundo paseaba viéndolo todo, como huésped que era en el castillo de los papas.

La sala grande. La tradición de la rama húngara de los Anjou había hecho de Juana de Nápoles una ramera, asesina de su marido; Pero según los verdugos de Carlos el Pequeño, solamente obedecían órdenes venidas de otro castillo. Y treinta años después, estrangularon a Juana durante su cautiverio… Entre los muros de esta sala grande, adornada con frescos, dictaminó justicia el santo padre Clemente VI, que envió una rosa de oro a Juana, después de pronunciada la sentencia. Juana no tuvo parte alguna en la muerte de Andrés, en Aversa. Después de lo cual, Juana regaló Avignon y sus alrededores a la santa Iglesia. (¿Antes o después del juicio?) ¿Qué había prometido al papa? El mayordomo francés le acompañaba de una sala a otra. Se detuvo en la Sala de las Audiencias: aquí estaba el trono de Clemente, a su derecha y a su izquierda estaban sentados los cardenales, allí, a la derecha los embajadores de Luis y en el centro la reina, sentada —bajo los cargos de la acusación—, y ahí estaba el banquillo para arrodillarse, del que la reina se incorporó para defenderse en latín, durante dos largas horas. ¿Hubo algún clérigo testigo o algún guardia, que hubiera oído las palabras de Juana de Nápoles? Segismundo escuchaba con gran interés al mayordomo. El francés habló de «la bellísima Joanna» y no pareció importarle mucho el que los húngaros la despreciasen por asesina —de su esposo; Segismundo, entonces un adolescente en la corte húngara, había aprendido ya de sus maestros que no se debía mencionar el nombre de la mujer perjura ante el rey Luis. Juana, a pesar de todo, seguía reinando con su dudoso poder, en Nápoles. Sobrevivió a Luis el Grande; sólo más tardé apretaron el dogal de seda en torno a su cuello, debido a las intrigas de Carlos el Pequeño.

De Juana I pasó a recordar a Juana II, que tendría entonces alrededor de cuarenta años y según las descripciones de los delegados, debía de ser muy hermosa todavía. Cambiaba de amantes con frecuencia; el general más famoso, Sforza, estaba a su sueldo y la Ciudad Eterna seguía bajo su mandato. Por esa razón no pudo ir a Roma el papa nuevo elegido por el Concilio, mientras no se reconciliara con Juana II. El mismo Segismundo no podía ir a la Urbe, para que el nuevo pontífice le coronara emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, hasta que no firmaran la paz con ella… Juana descendía de la misma rama de los Durazzo que el pretendiente al trono, Ladislao, fallecido hacía apenas un año… ¡Qué de sombras, en el instante mismo de su

triunfo, encontrarse con los fantasmas de sus antepasados, los Anjou, en el castillo de los papas!

Azincourt. Cuando llegaron los detalles de la derrota los cadáveres estaban ya helados hasta los huesos, en los campos, hacia finales de octubre. ¡Qué seguros de sus propias victorias estaban los franceses! (No era la primera vez: ya habían brindado por la victoria, también antes de la batalla de Nicópolis.) Pero esta vez no quedaron tan orgullosos de sus triunfos, como antes de Azincourt. Comentan que Enrique V se había retirado con sus ingleses a Calais, sin perseguir a los guerreros que quedaban. Carlos de Francia había enviado a Segismundo un mensaje, invitándole a ir a París como prueba de su buena voluntad; y le había ofrecido trescientas monedas de oro diarias para sus gastos, mientras permaneciera en tierra francesa. ¿Era mucho o poco? Mas sí la primera vez que recibía dinero de un soberano por cruzar sus tierras, desde que comenzó su viaje. Los gastos eran muchos, había que pagar por todo lo que su ejército consumía.

¡Por fin llegó una buena noticia! Era un mensajero de Lyon: el conde Amadeo de Saboya llegaba desde su pequeño país a Francia, para reunirse con el rey del Imperio. Amadeo quiso estar entre los primeros señores de las ciudades de Italia, para pedir el título de duque: después del «Dux» de Venecia y del soberano de Milán. ¿Significaría esto que Amadeo estaba dispuesto a renunciar a los señoríos de Mantua, Ferrara, Urbino y Parma? Todos los que ascendieron, desde simples soldados de fortuna o desde una rica burguesía hasta lograr la señorial nobleza, todos aspiraban a obtener la grandeza del «Dux». No importaba el precio que tuvieran que pagar por ella. La casa de Saboya tenía fama de ser muy rica: si se decidían a venir a Lyon —el provinciano señor italiano— era porque sabía que le costaría mucho oro. El título de duque es muy caro, y unido a su consagración imperial, tendría que ser aceptado por todos los duques alemanes. Entonces el señor italiano podría acceder al rango de los príncipes imperiales. Valía más que cualquier título que un güelfo recibiera como «duca», del mismísimo santo padre. «Vamos a ver… conque ha venido Amadeo, a pesar de todo. Y habrá venido con dinero…»

La entrevista de Lyon obligó a Segismundo a viajar a Turin para presenciar la ceremonia italiana de esa elevación de rango. No fue mucho lo que Amadeo prometió por el momento —doce mil monedas de oro— pero era dinero limpio, que nunca habría que devolver, y que no pesaría ni sobre Hungría ni en el Imperio. En la misma visita, pudo robustecer al mismo

tiempo los privilegios de la Universidad de Turin. Sería una modesta suma la que percibiría por ello. Pero el «Alma Mater» paga enseguida.

Por el momento, faltaba París. A su llegada, Segismundo estaba convencido de que para reconciliar a los soberanos de Inglaterra y de Francia, tendría que navegar hasta Londres. Llegó con un millar de caballeros a la capital francesa, la mayoría húngaros. Éstos eran los más fieles, los más humildes, siempre de buena voluntad, señoriales, todos nobles. Al llegar el rey a las puertas de París, desmontó del caballo para arrodillarse en el barro frente al primer crucifijo de piedra, para que ésta fuera una hora bendita en la reconciliación de los cristianos. Y si todo salía bien, Europa entera ya podía disponerse para la lucha contra los turcos, y reconquistar Jerusalén de manos de los paganos.

Pero cuando por primera vez habló con el canciller francés sobre los paisajes del sur del Asia Menor, de una Constantinopla amenazada, le miraron sin comprenderle. «Majestad —leyó en sus miradas— no se trata ahora de Jerusalén, se trata de los ingleses…»

¿Qué intuición dictó a Segismundo cuando en los primeros días de marzo entraba en París —cubierto con coraza negra, sin yelmo, con ropaje negro adornado con una gran cruz delante y otra en la espalda— la noción de que en la capital francesa el único poder absoluto era el de la Universidad? Al segundo día de su llegada habían venido a saludarle los profesores de la Sorbona, apreciándole en su justo valor. No pidieron nada. Tampoco prometieron dinero.

En realidad, no encontraría en París otro poder verdadero. A las primeras horas se percató de que no pisaba tierra firme. Todos eran enemigos entre sí, los príncipes de la corona libraban una continua lucha con el príncipe de Borgoña como pilar de los enemigos. Un caos general sin ninguna excepción entre los grandes de la Iglesia, era la verdadera fuente de los males. La otra carga del país era que el rey Carlos VI no siempre tema la mente en sus cabales y el regente que le sustituía, parecía partidario de los ingleses.

Invitaron a Segismundo a una sesión del Parlamento, donde se debatía un problema que los supremos jueces debían de resolver: dos súbditos de diferente rango estaban enfrentados: un noble y un comerciante. ¿Cómo había que distribuir la justicia y sus privilegios? Allí se puso de relieve el típico carácter de Segismundo, su intuición para las manifestaciones teatrales. Al contemplar la desesperación del comerciante, se levantó de su sitial de honor y ordenó al demandante burgués que se arrodillase: el rey romano desenvainó su espada y allí mismo en la sala, golpeó con ella en el hombro del

comerciante que, con el típico espaldarazo real, quedó armado caballero. Era un acto espontáneo del que debió de arrepentirse, puesto que despertó críticas y agitación política contra Segismundo. El partido de Orleáns, que desde el principio estuvo contra los intentos pacificadores de Segismundo, protestó en forma vehemente —y organizó demostraciones contra el rey romano— explicando que con el acto de ordenar a alguien caballero, Segismundo estaba ejerciendo un derecho de soberano en el corazón del territorio francés.

¡Ah *la douce France*! En París, el rey romano fue ante todo sensible a la belleza de las mujeres francesas. Fueron invitadas ciento veinte damas de la nobleza para cenar en la residencia real del Louvre. A cada una puso en el plato un anillo, para hacer así la invitación más apreciable todavía. Segismundo —el rey hermoso— se convirtió rápidamente en el héroe de la noche, centro del entusiasmo de toda la ciudad.

Permaneció cuatro semanas en París, pero sólo encontraba disturbios en ella: los Armagnac —contra el partido de los borgoñones— apoyaban el nombre de Bernard d’Armagnac como condestable, y sus guerreros dominaban en París, como en ciudad conquistada. Carlos VI, con sus frecuentes desvaríos no reinaba verdaderamente: era el juguete de sus tíos y primos.

Segismundo veía con bastante desesperación el camino que le conducía a Saint Denis, al rey Carlos. Pero verse frente al soberano francés —quizá habían nacido el mismo año, bajo la misma estrella— le hacía sentirse como si fuese su propio hermano. En estos últimos días Carlos no había dado ninguna señal de sufrir sus repetidos ataques de demencia. Conversaron los dos reyes entre sí, discutiendo los posibles cambios del destino europeo. Ante todo, el problema del Cisma: Carlos había desobedecido varias veces a Benedicto, después había vuelto a su «oboedientia»; y al final rompió con el santo padre español. Con satisfacción aprobó que faltara poco para la nueva elección papal. Por lo que se refería a la situación anglo-francesa, creía muy difícil solucionarla, después de la derrota de Azincourt. El inglés —Enrique V — parecía sentirse el verdadero dueño de Francia. Y seguramente sus exigencias serían difíciles de cumplir.

A pesar de lo cual, Segismundo pensaba que después de las tempestades de marzo, podría intentar la travesía del Canal. Recordó a Carlos que cuando no tenía más que dieciséis años, en Roosebeke, triunfó sobre las fuerzas flamencas. Y cuando Segismundo estaba encarcelado en el castillo de Siklós, Carlos VI era el soberano glorioso del mundo cristiano… ¿Y ahora? En St. Denis era un hombre prematuramente viejo el que estaba sentado frente a él,

cogiendo con frecuencia la copa de vino, su pasión continua… Por unos instantes reaparecía algo de su anterior grandeza, y entonces actuaba como si realmente reinara.

Juan Kanizsai llegó a París para contar lo que pasaba en Hungría. El arzobispo de Esztergom era el primer funcionario —después de la reina— para juzgar los sucesos desde lo alto. Durante la conversación salieron a relucir pequeñeces, rencillas locales, Segismundo tuvo la certeza de que su trono en Buda era más seguro que el de la mayoría de los soberanos de entonces. El primado habló con franqueza, como acostumbraba a hablar con Segismundo durante años. Hacía tiempo que en Hungría no hubo una guerra verdadera. Todo se andaría si no existieran las querellas intestinas entre los señores: había que frenar a los pequeños reyes. En vano se había dictado la ley por la que el campesino era libre de abandonar a su amo malo para buscar uno mejor. ¿Pero dónde encontrarle? Los «paisanos» se habían encerrado entre sus muros: en caso de que su coronado rey les pidiera dinero para sus viajes, se negarían invocando sus propios problemas. Apenas era posible exprimir algo de ellos y cuando lo aceptaban era a cambio de algún privilegio. En cuanto a la reina… Kanizsai bajó la mirada: él era un hombre de la Iglesia. ¿Para qué acusar a Bárbara? Se sentaban juntos en el consejo —eran camaradas— a veces se unían para atacar a un tercero. El arzobispo Juan era un hombre listo, conocía muy bien el mundillo en que se movía. Asimismo —y no sólo por rumores— la vida ligera que la «Regina» llevaba. ¿Piadosa? No, ninguna virtud reinaba en el ala del castillo de Buda donde la reina vivía.

Kanizsai contó que se había interrumpido la ampliación del castillo de Buda, nadie se preocupaba de pintar las salas; además, había que reforzar las murallas, coleccionar más libros para la biblioteca real. Segismundo había observado Hammente, durante su estancia en París, que las guerras internas no favorecían el arte: en toda Francia, los artesanos no recibían encargos.

Por eso Segismundo, con la ayuda de Kanizsai, pudo contratar artistas famosos y maestros que estaban dispuestos —con la promesa de doblar sus sueldos de París— a viajar con el arzobispo a Buda y a Fehérvár. Las paredes estaban muy estropeadas, ya habían pasado cuatro años desde que se presentaron ante ellas en Buda. Recordándolos desde el palacio del Louvre, todos eran sombras: Ladislao, Vitold de Lituania, los príncipes de Baviera, de Austria, el déspota de Servia, el rey de Bosnia, el cardenal Brando, los embajadores de los tártaros, veintiún obispos, mil quinientos caballeros, tantos extranjeros… ¿Por qué mencionó Juan Kanizsai, dos veces por lo menos, al señor Juan Walmerode, de la Orden de los Caballeros Teutónicos,

como alguien a quien se había visto frecuentemente con Bárbara? Cuando, hacía un año, la reina se había despedido de él para emprender su viaje de vuelta al país, ya estaba en su escolta ese caballero. Era rubio, joven, insignificante. Una figurilla de la corte, según recordaba Segismundo. ¿Sería él quién había endulzado los meses de soledad de Bárbara? Realmente, ¿significaba tanto para ella aquel Walmerode?

Kanizsai contó también que el «lector regius», Esteban Balkei, procuró reunir numerosos libros y códices, y principalmente había recibido excelentes obras, desde Venecia.

Se edificaron nuevos castillos: Pipo Ozorai hizo preparar los planos al maestro Manetto; ya estaba terminado el castillo de Beckó, del voivoda Stibor. Ya estaba construido el nuevo castillo de Dévény, de la familia Garai, y también los castillos de Gyula, Diosgyor y Kismarton. Y cuando se terminase el palacio nuevo de Buda, deslumbraría a todas las otras residencias reales. Pero esto no era todo: se estaba edificando a través de todo el país: en Koloszvár, Brassó, Kassa. Su majestad encontraría su propio escudo, en el que su persona figuraba matando al dragón. Y la iglesia de Nagyszómbat se había transformado en algo muy bello…

Mientras escuchaba el relato de Juan Kanizsai, Segismundo pensaba que en París la cristiandad florecía desde hacía mil años, mientras en Hungría no había transcurrido ni la mitad de ese tiempo, desde que se pronunció por primera vez el nombre de Cristo. Sin embargo, como el primado dijo, el país estaba construyéndose a sí mismo con pasión.

El rey estaba deseando preguntar y preguntar: ¿Qué pasaba en Buda, quién más construía casas en el barrio del castillo? Al parecer, Kanizsai sabía todo cuanto pasaba entre las grandes familias.

—Majestad, los hermanos Garai han construido la casa entre las calles Támok y Uri, por once mil ducados de oro. También allí poseen casas el príncipe de Servia, Brankovics; el palacete de Brando Castiglioni: una casa hermosa. Pedro Cseh y el voivoda Stibor tienen una residencia casi terminada; también está ya lista la confortable casa de Hermann Cillei.

Segismundo quedó pensativo:

—Arzobispo Juan, ¿sería posible mantener un Concilio en Buda, para el caso de que los padres se fueran de Constanza? ¿Sería bastante grande, la Buda de hoy, para hacerlo?

—Quizá más adelante, majestad. El rey tendría que regresar primero. Haría falta contratar más obreros, conseguir más canteras, más morteros. Por ahora —y no recuerdo bien la cantidad de casas de los magistrados— los

edificios no bastarían, su número no alcanza en Buda a los mil. Y no creo que pudiéramos reunir establos para más de cuatro o cinco mil caballos. Tenéis que regresar a casa, majestad.

Los problemas y las preocupaciones del hogar siguieron al rey romano a la abadía de Saint Denis, donde reposó unos días. En la cripta, vio los sarcófagos de los antiguos reyes franceses.

Entonces tuvo la idea: ¡Varad! Allí tendrían que enterrarle, junto a la tumba de Ladislao el Santo.

Las etapas después de Saint Denis fueron Amiens, Montreuil, Boulogne. Al parecer, esta última ciudad ya estaba harta de desfiles y de reyes; no recibieron amistosamente al delegado de Segismundo: la ciudad padecía carestía de todo. Él se ofendió; no estaba acostumbrado a este tipo de recepción, de manera que decidió armar un campamento de tiendas fuera de la ciudad, para disponer los preparativos de la travesía. Después cambió de idea y decidió no detenerse hasta Calais. Recibió un mensaje: la invitación del rey inglés había llegado a Calais; en la otra orilla ya estaban esperando *a su* majestad, el rey romano.

Segunda mitad de abril: por lo que concernía al Concilio, las noticias eran poco importantes. Al parecer el Concilio se había acostumbrado a que el rey no estuviera presente, quizá se sentían más cómodos los prelados, sin un soberano universal sobre el trono.

En el mensaje inglés apareció por primera vez la palabra mágica: Londres. Allí iban a encontrarse los dos reyes; los barcos ingleses esperaban desde hacía tres días en el puerto de Calais. Eran los que el soberano inglés había ofrecido a Segismundo y a su cortejo. Todavía no se había establecido la forma de organizar la recepción al señor del Imperio romano-germánico, cuando atravesara el Canal. Desde el tiempo de los antiguos romanos no había venido a Inglaterra, según Segismundo, ningún emperador.

Durante los últimos días de abril, el cielo se despejó, terminaron las lluvias, sopló un viento favorable desde la orilla francesa, así que un mediodía embarcaron. Se levaron anclas, se desplegaron las velas y el viento, cada vez más fuerte, llevó velozmente los barcos a la orilla inglesa. El Canal tenía mala fama, muchos eran los que habían de «bailar» y los vientos acostumbraban a zarandear a las embarcaciones. Segismundo dio las gracias a su estrella de la buena suerte que, después de pocas horas —no más de cinco— le permitió ver aparecer los blancos farallones de Dover, a la luz de un sol crepuscular. El rey se mantuvo todo el tiempo en cubierta, disfrutando con el jugueteo de las gaviotas, el fresco olor salino de las olas, los cantos de los marineros. Por

primera vez comió pescados ingleses, de sabor extraño, y bebió la fuerte cerveza negra de la isla.

Al llegar a Dover, mientras se preparaban para desembarcar, llevóse a cabo una curiosa ceremonia: el enviado del rey —el príncipe de Gloucester— se detuvo en la cubierta de la nave, acorazado en su armadura, se inclinó —pero no se arrodilló— preguntando en voz alta: «¿Reclamáis, majestad, la tierra que pretendéis pisar?». Segismundo, enterado previamente de esa costumbre, replicó sin ninguna vacilación: «¡No!».

Entonces Gloucester dobló su rodilla, y en solemne ademán, invitó al rey a desembarcar; en este momento sonaron los cañones de Dover. Inglaterra fundía más cañones que los otros países de Europa y también molía más pólvora, según escuchó en medio del «tormentum» de los cañones que disparaban desde las fortalezas del puerto.

La primera etapa fue Canterbury: hizo una solemne peregrinación hacia la tumba de Tomás. Una muchedumbre oró fervorosamente ante la catedral.

La visita de un soberano era un hecho extraño en Inglaterra. A lo sumo, durante las repetidas etapas de las guerras con los franceses, fue el duque de Borgoña quien vino a visitar Londres. Así pues, la llegada del señor del Imperio despertó la curiosidad de los habitantes de una de las más grandes ciudades cristianas. Segismundo estuvo en lo cierto al calcular su propia importancia y ahora procuró explotar el efecto previsto.

Llegaba a Londres casi al mismo tiempo la delegación francesa, por primera vez después de la derrota de Azincourt; lo cual aumentó la importancia de la llegada de Segismundo. El rey romano sabía siempre qué traje había de ponerse, qué emblema de soberanía había de ostentar para expresarse así en el idioma de los símbolos, y lucirse como debía.

No era ningún secreto que los franceses se negaban a aceptar las condiciones de paz, muy rigurosas, de Enrique V y traían una contraoferta, aunque temían de antemano a lo que pudiera responder el rey inglés. Enrique era un soberano decidido, no le detenían los derramamientos de sangre, como cuando ordenó pasar a cuchillo a los prisioneros franceses. Estaba tallado en una madera mucho más dura que Carlos, con sus periódicas locuras.

La aspiración de Segismundo fue la de ofrecerse como árbitro en la desavenencia anglo-francesa: Enrique presentía ya la seguridad de su triunfo final, que veía muy cercano, y en el caso de que cruzara el Canal en una nueva operación, sólo un milagro salvaría a los franceses… (En Domrémy, una niña jugaba con los otros niños campesinos. Cuando la visita de

Segismundo a Inglaterra, esa niña, Juana de Arco, no había cumplido todavía cinco años.)

Inesperadamente, Segismundo tuvo que resolver un problema como soberano del Imperio. Fue a verle a Londres Guillermo de Holanda, quien gozaba de gran prestigio, no sólo entre los soberanos alemanes, sino también en Inglaterra. Sus numerosos puertos y barcos, la riqueza de sus ciudades le conferían notoriedad. Pero Guillermo sufría una contrariedad: no tenía descendencia masculina, sólo una hija. Su deseo era legalizar la situación de esa hija como su heredera, y pensaba que Segismundo le ayudase. Su mensajero mencionó a Segismundo: «Mi rey no es avaro, sabrá recompensar tal servicio a través de la tesorería de Holanda». El obstáculo eran las leyes del Imperio —la ley sálica— según las cuales, no estaba permitido a las hijas el gobernar, con la sola excepción de ejercer su derecho como regentes, y eso sólo como viudas del rey. Hasta ahora había sido imposible modificar esa ley. Segismundo consideró el caso profundamente, pero sabía que iba a ser imposible conceder la petición holandesa en la asamblea del Imperio. En el caso de que quisieran elegir a Jacoba como su heredera, Holanda tendría que separarse del Imperio. Pues bien: ¿por qué no aconsejar a Guillermo que pidiera ese consentimiento a su santidad el papa, cuando finalmente se contara con uno?

Guillermo era un hombre colérico: por toda respuesta cerró la bolsa y decidió no renovar su voto de fidelidad a Segismundo. Le envió un mensaje —que le dolió bastante— informándole que no iba a serle posible mandar barcos para el regreso real de Inglaterra al continente. Lo peor era que Segismundo volvía a quedarse sin dinero. No iba a ser posible pagar a los patronos de los barcos ingleses —una suma enorme— por el transporte de su persona y de su séquito. Después de dos meses de estancia en Inglaterra desde su desembarco en Dover, Segismundo tenía la impresión de que estaban sometidos a un cautiverio inglés. No era posible hablar de su retorno con Enrique y menos pedirle un préstamo. Sabía que Enrique estaba economizando todo su oro, para su guerra con los franceses. Sólo pensaba en una única meta: batalla-victoria. Sin embargo y pese a todo, el rey de Inglaterra fue quien resolvió el problema de los barcos: sin llegar a ser un «ultimátum», tenía con éste cierto parecido. El traslado sería gratuito en caso de que Segismundo se mantuviera del lado inglés. Firmaron un convenio secreto —si no quería firmarlo como «rey romano» podía suscribirlo como rey húngaro— manteniéndose a su lado en caso de conflicto.

Era un compromiso difícil, pero no pudo evitarlo. Se sentía como prisionero en la isla, no había otra forma de salvarse. En esos momentos comprendió Segismundo la gran seguridad que el mar prestaba a Gran Bretaña.

Un pájaro extraño llegó, trayendo un agradable mensaje de Hungría: Pipo Ozorai envió un mensajero con la noticia de su victoria sobre los turcos. Cayeron muchos prisioneros en la frontera y reunieron un gran botín. En vano quiso Segismundo impresionar a Enrique en los últimos días de su estancia. Al rey inglés no le interesaba lo que estaba ocurriendo en el mundo cristiano. Su interés se reducía a la Galia, quizá mostrando un poco de curiosidad por Constanza, sobre todo si el papa romano pudiera ser un cardenal anglosajón.

La travesía fue agradable, como si Segismundo hubiera hecho un trato con Poseidón, el dios de los mares. Atravesaron el Canal en un solo día, entre vientos suaves. Llegaron en el barco principal de su majestad británica y en los demás veleros, al puerto de Calais que estaba bajo mando inglés. Segismundo regaló al almirante sus últimos tesoros para testimoniarle su gratitud. Y no se atrevió a darle el espaldarazo al súbdito inglés, por estar pisando tierra ajena.

Llegó al puerto europeo sin una moneda, y a pesar de los mensajes urgentes de Constanza, no pudo decidirse a un viaje inmediato… ni tampoco revelar los motivos de su retraso. Lo sabían los mercachifles de las ciudades holandesas —que le esperaban en Calais. Los mercaderes de Amberes, Gante y Brujas, se alineaban para ofrecerle dieciocho mil florines mediante elevados intereses, como préstamo al soberano necesitado. Estos préstamos con interés eran bastante frecuentes en esos tiempos: los soberanos poseían inmensos bienes, castillos, ciudades, pero andaban siempre escasos de dinero que tenían que pedir a los tesoreros de las ciudades.

Días difíciles, hasta que se realizó el préstamo. Pero Segismundo no perdió los ánimos ni un momento y negociaba alegremente con los de los Países Bajos. Eran súbditos del Imperio, gracias a lo cual cargaron menos los intereses a los que firmaron las tres cartas, para tres plazos de pago.

En el momento en que recibió Segismundo la primera suma del préstamo, suspendió su propósito de ir directamente a Constanza. Como se enteró de que Enrique venía también a Calais, el rey romano quiso aprovechar esta ocasión para improvisar un encuentro y discutir tres importantes temas: terminación de la guerra anglo-francesa, clausura del gran Cisma y la ayuda a Hungría en una guerra contra los turcos.

Además de Enrique V, vino a Calais Juan Sin Miedo, príncipe de Borgoña, el margrave de Hainaut y varios príncipes alemanes. Lástima que no hayan quedado escritos de aquella reunión. Tampoco sirvió mayormente para que Segismundo mostrara su superioridad sobre los demás soberanos. Tampoco estrechó allí su amistad con Enrique, decidiendo Segismundo y su séquito proseguir el viaje en barcos de pesca hasta Maastricht, en lugar de hacerlo en las galeras inglesas. Desde allí convocó a una conferencia en Aquisgrán, no sólo con los señores alemanes, sino también con los de los Países Bajos. Esta conferencia dio mejores resultados que la de Calais, debido a la ausencia de los franceses.

En Aquisgrán se estableció la paz para los tres años siguientes en todo el territorio del Imperio. Durante este tiempo se esperaban cambios decisivos en Europa. Se lograría el éxito en la lucha para cortar la cabeza del Cisma, sería posible expulsar al turco de Europa, liberar los territorios ocupados de Hungría, de Bulgaria, de Bosnia, de Moldavia. Tres años… ¡Cuántas cosas pueden ocurrir en tres largos años!

23

EN CONSTANZA las pasiones no se calmaron con la muerte de Hus: los jefes del Concilio decidieron que Jerónimo de Praga debería de sufrir el mismo castigo. Los enterados sabían que la idiosincrasia de Jerónimo difería de la de su maestro Hus. Real, mente no era un cura famoso ni dejó a la posteridad ninguna obra teológica; pero su personalidad tenía algo mágico, era un excelente orador que animaba y arrastraba a la lucha a los estudiantes de Praga.

Hus era demasiado modesto y reflexivo, un científico que meditaba en exceso. Jerónimo pertenecía más a la especie de los políticos; por la fe en su éxito era capaz de emprender lo imposible. La amistad entre Hus y Jerónimo prestó una enorme fuerza al movimiento. El «magister» era incapaz de cualquier acción violenta, mientras que su amigo se inclinaba a una lucha sin frenos. Después de su muerte en el martirio, le dieron en su país el apodo de «san Pablo de la Reforma». La formación de Jerónimo era más internacional que la de Hus: estudió en Heidelberg, Colonia, París, Oxford; estuvo presente en todas las universidades a excepción de las italianas. Cuando se produjeron las primeras discusiones sobre las enseñanzas de Wycliffe, Jerónimo participaba en una peregrinación a Tierra Santa y llegaba entonces a Jerusalén.

Este largo viaje, inmenso en aquella época, fue posible entonces porque Jerónimo descendía de una familia checa, noble y rica, mientras que el «magister» era de origen humilde y plebeyo. Lo que en un comienzo reunió a los dos hombres fue la lucha contra las bulas de indulgencia que vendía la Iglesia. Ante Jerónimo se abrían las puertas de la nobleza; con su elocuencia consiguió ganarse la mayoría de los caballeros en favor del movimiento para los intentos reformistas.

Jerónimo era de naturaleza apasionada, su ira no conocía límites. Durante sus viajes recorrió Hungría en muchas ocasiones, predicó también en Buda, despertando inquietudes que le llevaron hasta la cárcel. Entre la nobleza, y aprovechando la ausencia de Segismundo, algunos simpatizaron con las

enseñanzas de Hus, y éstos le liberaron. Jerónimo, otra vez libre, regresó a su Praga. Lo mismo le ocurrió en la capital austríaca: fue encarcelado de nuevo pero también logró ser liberado. Se había convertido en un predicador ambulante, recorriendo toda la Europa Central: su fama le precedía; decían que era una chisporroteante llama capaz de inflamar en pocos días a toda una comarca. Jerónimo congeniaba también con la Iglesia ortodoxa oriental. Hurgando hasta las raíces mismas de la «ecclesia» checa, se inspiraba en la iglesia bizantina como fundamento cristiano. La nostalgia por una Iglesia a la manera antigua se reflejaba siempre en las oraciones de Jerónimo.

La cercanía de la catedral en Constanza la convertía en un hormiguero durante el proceso a Jerónimo. El predicador pasó meses y meses en su celda solitaria sujeto con pesadas cadenas. Al enterarse de la muerte de Hus su entereza flaqueó: ante la delegación de los acusadores checos y el arzobispo checo juró que estaba arrepentido de sus acciones y que volvería al camino de la obediencia. Cuando vio cerrarse de nuevo la puerta de su celda en la prisión del claustro, Jerónimo supo que no terminaba allí su proceso. En el mundo del Concilio y sus tendencias, soplaban vientos buenos y malos, según mandaban las luchas entre los partidos; y era difícil saber adónde llegaría la gracia o la severidad en el caso de Jerónimo.

Mediaba mayo de 1416, cuando inesperadamente Jerónimo pidió que le llevaran ante el Concilio: eran normales estos arranques emocionales —el ambiente en aquellos momentos era favorable a Jerónimo— los padres, que eran también sus jueces, dejaban que soplaran esos vientos…

Un prelado italiano que presenciaba la asamblea —Poggio, el autor de las crónicas— contó cuán delgado encontró a Jerónimo: los ojos inflamados, aunque fuerte y sin visos de rendición alguna ante sus jueces. En lugar de negar sus doctrinas habló en voz bien alta, negando su confesión anterior. Su torpeza de antes no había sido dictada ni por las torturas ni por los sufrimientos corporales, fueron su debilidad humana y su miedo a la hoguera, los que le llevaron a la cobardía. Pero durante esos dos últimos meses, había recobrado su vigor y su voluntad. Negó totalmente su declaración de arrepentimiento manteniéndose en sus doctrinas anteriores, con todas sus consecuencias.

En el embarazoso silencio que le rodeaba escucharon todos espantados la palabra del hombre de Praga: el impresionante efecto del mártir que tiene que morir, aplastaba a la asamblea. Era evidente que Jerónimo ya no podía retirar su postura anterior después de haber jurado decir la verdad. Los padres no

habían visto nunca que un prisionero condenado a muerte, tuviera todavía el valor de encender la mecha de la bomba que sostenían sus enemigos.

El silencio del principio se convirtió de pronto en un griterío del que sobresalían las invectivas apasionadas y las maldiciones amenazadoras que caían como un chaparrón sobre Jerónimo; éste seguía atacando con vehemencia a los grandes sacerdotes acusándoles de lujuria, pompa y ausencia de toda virtud. Los padres del Concilio estaban de pie entre los bancos dé la catedral: los doctores parisienses gritaban furibundos, en cambio los padres italianos callaban, acostumbrados a ver soplar vientos muy variados. Por lo visto, admiraban el coraje de Jerónimo, que defendía con valor apasionado sus propias razones. Pocos eran los que podían combatirle con el arte de la oratoria; con toda la fuerza de su dialéctica, Jerónimo juró su fe en los dogmas de Wycliffe y de Hus.

Jerónimo de Praga —casi un año después de la muerte de Hus, dos semanas después de su famoso interrogatorio— terminó su vida en el mismo lugar. Su vida de predicador ardió en la hoguera, con el mismo ánimo espiritual de su querido «magister».

De nuevo Navidad. El rey, de regreso, pasó la fiesta en Lieja, con menos alegría que antes en Constanza: estaba cansado, desgastado por el largo camino del invierno. Ante todo, se había propuesto visitar la tierra de sus antepasados: Luxemburgo. Allí recuperó sus energías a la vez que procuraba arreglar sus dificultades financieras. La siguiente parada fue Estrasburgo. De allí, casi sin detenerse, llegó a finales de enero a la ciudad del Concilio.

Había pasado más de año y medio alejado. Era difícil imaginar la velocidad con que visitó tantos países occidentales. Todos los problemas de la cristiandad pesaban en su equipaje, pero ahora los compañeros de Constanza sonreían de nuevo al verle desfilar solemnemente sobre su caballo enjaezado, con la corona sobre su cabeza, los escudos de la Orden del Dragón y la Orden de la Jarretera inglesa, y escoltado por los jinetes húngaros que le habían seguido por el mundo y sus caballeros de armadura.

En el Ayuntamiento, el obispo de Salisbury le esperaba con su discurso en el que destacó la importancia del viaje de Segismundo. En esta ocasión le habían reservado hospedaje en el Freiberger Hof, que era más cómodo que el monasterio. Con la llegada de Segismundo la vida volvió a cambiar; ya al día siguiente de su llegada el rey dio una fiesta para cien personas en la que los invitados principales comieron con cubiertos de oro. En las crónicas se destacó que fueron servidos ocho platos en tres turnos, sin mencionar los acostumbrados entremeses y postres. En los intervalos de las comilonas se

representaban obras sacras y escenas con moralejas, para divertir a los presentes. De los discursos dedujo el rey el poco ánimo que reinaba entre la gente del Concilio y una insatisfacción general. La verdad era que nada importante había ocurrido durante la ausencia de Segismundo para una resolución final. Sólo el hecho de que el Concilio —como institución— había triunfado sobre los tres papas.

Para Segismundo, Constanza parecía cambiada: a pesar de que el Concilio no avanzó mucho, había llegado a ser el centro de toda Europa: era una antigua ciudad suiza junto al lago de su nombre, con obispado desde hacía más de mil años.

Cerca de la residencia de Segismundo se hallaba un edificio que llamaban la Casa Barbarossa: era el lugar en que firmaron la paz el emperador Barbarroja y las ciudades italianas del Norte. Todo hablaba de recuerdos al emperador de hoy: en la isla del lago estaba el monasterio de los dominicos. Allí estuvo aprisionado con sus pesados grilletes Juan Hus.

Gerson, doctor de la Sorbona, era la luminaria del Concilio: su fuerza era inquebrantable, uno de los inquisidores más severos actuando con el máximo rigor cuando se trataba de la herejía en cualquiera de sus formas. Previnieron al rey que, ante todo, tendría que ganarse a Gerson —para tenerlo de su parte — en los preparativos para la elección del nuevo papa.

El arzobispo de Kalocsa —representante de Hungría en el Concilio— aportó noticias checas: no sólo referentes a Praga sino también a Moravia. Después de la ejecución de Hus no se produjo inmediatamente ninguna rebelión. Pero a medida que se extendió la noticia, aumentó la desesperación. La figura del predicador no sólo se fue rodeando de la gloria del martirio sino que se hizo símbolo de la fe sobrehumana. Esa desesperación aumentó con el juicio de Jerónimo, se hablaba en todas partes de su valor suicida. A todo eso, las noticias que llegaban directamente del castillo de Hradschin, hablaban de un rey Wenceslao de doble faz en lo que se refería a los hechos de Hus, dando la razón a todas las partes y peor aún, mostrándose indiferente a todo. Unas veces declaraba apoyar al partido nacional, otras elevaba sus quejas por el martirio de Hus, acusando a su hermano menor Segismundo, como autor espiritual de la trampa tendida a Hus y como virtual ejecutor del fúnebre castigo.

La capital checa estaba agitada, toda actividad se había paralizado en los barrios de Praga; nadie trabajaba, todos discutían los informes que llegaban de Constanza. Cuando llegaron las primeras noticias de que Jerónimo había renegado de sus enseñanzas, sometiéndose al Concilio, aumentó entonces la

amargura y la desesperación. Cuando se supo luego de su nuevo y heroico enfrentamiento y más tarde, de la condena y la muerte en la hoguera de Jerónimo, ya nada pudo frenar la inquietud popular. No hubo nadie que pudiera calmar la ira del pueblo, dirigida ante todo contra los alemanes, después contra los curas, los habitantes de los claustros, los monjes; sobre todo los que vivían en los conventos alemanes. Por las noticias recibidas se enteraron de que Jean Gerson fue quien dirigió la última etapa del proceso de Jerónimo y con su influencia se nombró a los más severos inquisidores para ocupar los bancos del juicio eclesiástico.

Los que presenciaron la última sesión del proceso, decían en sus cartas que sólo Gaspar Schlick protestó contra la condena de Jerónimo en nombre de la caballería checa, pero no dieron lugar a su protesta. Posiblemente comenzó entonces la interesante carrera de Gaspar Schlick como conciliario principal.

Entre los procesos de Hus y de Jerónimo se habían mandado cerca de cuatrocientas citaciones durante meses a los arzobispos, a los profesores de Praga, a diferentes personajes de la Iglesia y también a famosas personalidades mundiales. A nadie entusiasmaba ser citado al Concilio de Constanza. Pero si en el término de noventa días no se presentaba la persona citada, el Concilio excomulgaba a los ausentes. Los nombres de los excomulgados se exponían, para vergüenza de todos, en la puerta de la catedral. Allí se podían leer los nombres respetables de gente del foro de Praga, la mayoría de los profesores de la universidad y de la Iglesia.

Llegaban noticias de Hungría no menos inquietantes: el peligro turco aumentaba, el ejército del sultán había invadido casi todo el territorio griego. Probablemente el mismo Segismundo ayudaba a difundir esas noticias para tener oportunidad de ganar una alianza con la gran Europa contra los turcos.

El Concilio invitó, ante todo, a la reina de Nápoles, Juana II, para que cooperara en los preparativos bélicos. Ella estaba personalmente interesada: después de haber mostrado ya su infidelidad a Benedicto XIII, también tenía necesidad de enseñar a los demás qué significaba para ella la alianza del mundo cristiano. Sus regimientos podían despoblar la Ciudad Eterna; tuvo que despedir a Francesco Sforza de su servicio. Habría que añadir que hizo bien en mejorar su virtud, pues no era prudente tener que mandar a una delegada del Concilio algunas advertencias morales, por otra parte muy necesarias para la bella aunque ya no tan joven soberana.

Llegaron también noticias de que Manuel Paleólogo, el emperador griego, había enviado sus embajadores a Constanza, evidentemente impulsado por el peligro turco. Todavía estaban a tiempo para sellar la unión entre las Iglesias

de Occidente y de Oriente y ayudar así al Imperio bizantino. También allí le tocó desempeñar un papel importante a Segismundo: sin dinero, estando en Suiza, en una ciudad ajena y superpoblada y debiendo confiar sólo en sus propios valores como diplomático… Los principales personajes eclesiásticos no aceptaban de buen grado el papel preponderante que le estaba permitido representar en asuntos de la Iglesia. Sólo en el antiguo imperio romano, los emperadores podían decidir convocar un Concilio, y los sacerdotes debían de considerar las intenciones del «César». La palabra del «basileo» en Bizancio siempre fue decisiva. El mundo occidental había perdido la costumbre de un tutor soberano. Bastaron los veinte días de ausencia de Segismundo, para que el Concilio se convirtiera en una institución independiente: a pesar de todo, los príncipes de la Iglesia, sobre todo aquellos que tenían una visión más amplia, reconocieron que había sido capaz de lograr los resultados prometidos por el rey romano. ¿Quién más hubiera sido capaz de un acuerdo con Juan XXIII, de convencerle con elocuentes palabras y con trampas, luego con la fuerza, hasta alejar a aquel aventurero de la silla de san Pedro? ¿Y quién otro hubiera conseguido que el papa Gregorio, por su propia voluntad y la sonrisa de los humildes, se quitase la tiara de su cabeza, sino el rey romano? Fue el único capaz de convencer a los hispanos para que dejaran de seguir fieles al papa español, capaz de negociar entre ingleses y franceses, pues no sólo intervino en la guerra de ambos, sino en la paz europea, y logró descubrirles el peligro de una lucha contra los turcos.

La importancia de Segismundo se vio aumentada con la llegada de los embajadores aragoneses a Constanza y con ellos los cardenales españoles: ahora sí parecía verdadera la gran armonía cristiana. Los españoles lograron prontamente tener voto —derecho nacional— igualdad junto a las otras naciones, injerencia en los asuntos del Concilio y ante todo, la elección papal. Habían transcurrido tres meses hasta que Segismundo pudo ayudar al Concilio en su trato con los españoles. Era el mes de junio de 1417 cuando se pudo aclamar la conformidad entre todos los partidos y naciones del Concilio.

Pero todavía quedaba un último obstáculo: el obstinado anciano de Peñíscola. Como último paso, el Concilio envió una delegación a Benedicto XIII pidiendo una vez más que vaciara la copa de la amargura en interés de la Iglesia.

Cuando la delegación de Constanza pisó la lengua de tierra de su castillo, les esperaba un espectáculo inesperado: era todo un pequeño ejército el que estaba en armas, desde la fortaleza de Peñíscola hasta el cerco del castillo. En la sala grande chambelanes a cada paso, tres cardenales en torno al «Pontífice

Maximus» —el santo padre de rostro afeitado y cabello blanco— sentado en su trono, vestido con toda la pompa, bajo las bóvedas góticas. Una imagen tan solemne que los embajadores, llevados por su disciplina eclesiástica, se arrodillaron espontáneamente, cumpliendo con la ceremonia tradicional de besar las manos y los pies.

Lo que después ocurrió fue uno de los momentos más oscuros de aquel tiempo: los embajadores expusieron el deseo del Concilio.

Benedicto —allí mismo, «urbi et orbe»— excomulgó al Concilio y a todos sus componentes. La pompa papal, la natural dignidad del Pontífice, los tres cardenales, los guardias y los chambelanes, hicieron su efecto.

No podían declarar los embajadores que su misión había tenido éxito, así que aún en ayunas, con los estómagos vacíos, abandonaron Peñíscola antes que la marea ascendiera. Olvidando incluso la dignidad de sus altos cargos, intentaron cruzar la lengua de tierra mojada por el mar para llegar cuanto antes a tierra firme. Mientras estuvieran en territorio del papa Benedicto y según sus leyes, también los miembros de la delegación estaban excomulgados. Y ningún salvoconducto tendría valor para protegerlos: dependía de la voluntad de Benedicto el celebrar o no un juicio contra ellos.

Los delegados refirieron en Constanza sus tétricos encuentros. Era el último paso por parte del Concilio para evitar la tempestad que se cernía sobre la cabeza del obstinado papa. En noviembre, en presencia del soberano romano, el Concilio destronó solemnemente al papa Benedicto XIII. Le despojaron de sus altos cargos, le volvieron a nombrar Pedro de Luna, cismático y herético. Desde entonces estuvo prohibido referirse a él como «el papa Benedicto».

Nadie se levantó en defensa del expapa entre los cardenales, arzobispos y doctores españoles: proclamaron que todos los que apoyaran en algo a Luna, serían excomulgados. Y en cuanto el Concilio tuviera ocasión, se preocuparía de castigar al tozudo hereje por sus graves errores.

Toda una época acabó de borrarse así en Constanza. De nuevo la marcha real, y el soberano con cetro del Imperio, espada y la manzana de oro, presenció el desfile de las autoridades. Así se puso fin a una época, y ahora le tocaba al soberano de Aragón obligar a Luna —si era necesario, por la fuerza — a que abandonara su castillo roqueño y se sometiera a la decisión del Concilio expresando profundo arrepentimiento por sus pecados. Los soberanos de Castilla y de Aragón le enviaron un mensaje más respetuoso que el original. La respuesta del señor del castillo de Peñíscola, fue una serie sonora y repetida de grandes maldiciones. Las galeras aragonesas cercaron

Peñíscola desde el mar, pero nadie pudo impedir que los carros que trasladaban víveres durante la bajamar, viajaran por la lengua de tierra hacia el castillo. Todo el mundo sabía en Aragón que el nido de los Luna era una fortaleza inconquistable. ¿Y quién tenía además deseos de atacar a un anciano de noventa años?

24

ERA UN gran día: el rey romano-germánico elevaba al conde de Cleves al ducado. En el Concilio intentaron adivinar cuánto había pagado el nuevo «Reichsfürst» por el cambio de rango… Para la ceremonia vinieron los Wittelsbach a Constanza. Actos de esa importancia aumentaban el esplendor de la ciudad: desfiles de gran brillantez, el magistrado saludando y guardias de uniforme por toda la ciudad, para mantener el orden. Al parecer, el nombramiento del de Cleves no era suficiente para cubrir las necesidades de la tesorería, faltaba bastante por pagar a los usureros de Amberes. Por eso tuvo lugar también la elevación de rango del conde Rodolfo de Hessen, a pesar de sus doce años. Todos sabían que la familia era muy rica y que pagarían muy bien para que el joven descendiente, elevara su condición ante los señores de las comarcas alemanas. Y como ya estaban unidos así los asuntos del Imperio, Segismundo hizo prestar también el juramento feudal a una condesa mentecata, la condesa de Borgoña. Con este acto obtuvo una doble ventaja: hizo valer el discutible derecho del Imperio a ciertas comarcas de Borgoña, además de recibir una bonita suma por declarar «Reichsmittelbar» a la ñoña señora. Porque eso sí dependía directamente del emperador…

Los húngaros no sufrían esas enfermizas apetencias de jerarquía que hacían estragos en esa época. Preferían más bien dominios, aunque no fueran condes ni duques. Algunos señores de Dalmacia, de Croacia, como los Frangepan, los Blagay y los Zrinyis tenían títulos de conde; los que recibieron esos títulos extranjeros estaban autorizados a usarlos también en la corte húngara. Pipo Ozorai había recibido el título de conde definitivo, a Nicolás Garai le llamaban el gran conde húngaro (en las crónicas extranjeras), pero Segismundo no hizo nunca feria de títulos en su patria.

En la corte real, cuando llegaban inesperados ingresos llamados «lucrum camerae», los consejeros y los empleados sólo podían retener unas pequeñas sumas en lugar de sus pagos que casi siempre pasaban al olvido. Era el mismo Segismundo quien confidencialmente o después de duras discusiones, cobraba

los intereses de ciertos privilegios. Le gustaba el chalaneo mundano y sentía un verdadero placer cuando un privilegio real se transformaba en la fuente de unos miles de ducados.

Cuando Segismundo regresó a Constanza, estaba ya por concluirse el Burgfriede: la paz interna del Imperio. Con un decreto real prolongó la tregua a todos los súbditos del Imperio. A pesar de lo cual no pudo evitar una situación grave: la Orden teutónica y Polonia. Antes había actuado como juez en este mismo pleito fronterizo; pero ahora, al ser rey germánico, tenía que tomar partido por la Orden de los Caballeros. Al mismo tiempo le interesaba evitar discordias con Ladislao a quien le ataban ciertos lazos, como ser su cuñado por parte de los Cillei. Además, los dos reyes simpatizaban —hasta se tenían cierto afecto— con lo que la discordia germano-polaca aumentaba.

Un nuevo dilema había en Constanza que dividía a los miembros del Concilio: qué asunto terna la prioridad: la reforma eclesiástica o la elección de un nuevo papa. Segismundo era partidario de la reforma, porque si se elegía antes un nuevo santo padre que encabezara el mundo cristiano, era seguro que no comenzaría su reinado con una reforma de la Iglesia. La palabra «reforma» significaba en realidad una limitación de la influencia de los príncipes eclesiásticos, también en sus despilfarres y en su mundana manera de vivir; establecer reglas más rígidas para nombrar los obispos y cardenales. El Concilio habría querido instituir en Constanza dogmáticamente el principio de que «el Concilio manda al papa». Por esa razón había que aprovechar el tiempo hasta que se nombrara el santo padre, para llevar a efecto la reforma.

El otro bando, en cambio, repetía que el mundo cristiano necesitaba ante todo de un papa: el cónclave, allí y en ese momento, podía reunir a todos los cardenales: todos ellos eran los mismos cardenales de la anterior «oboedientia», eran miembros de la cofradía, conocían y aceptaban las ideas fundamentales. Esperaban que para la elección papal no necesitarían mucho tiempo y que el nuevo santo padre comprendería las intenciones del Concilio, para facilitar así el cambio de la estructura dentro de la Iglesia.

Segismundo era partidario de la Reforma, pero como siempre, actuaba con elasticidad: en el mismo momento en que Benedicto perdía su trono, en el Concilio todo el mundo podía ya expresarse libremente sobre el futuro cónclave. Ante todo, cada vez se hacía más fuerte el deseo de una elección papal. ¿Cuándo podrían contar de nuevo con una asamblea tan numerosa y tan en armonía, con tantos príncipes de la Iglesia juntos? Sólo faltaban los tres cardenales de Peñíscola y otros cuatro que Benedicto había nombrado

después de la excomunión y que de todos modos no asistirían a la elección papal.

Era también sabido que muchos de los cardenales pensaban abandonar Constanza, en el caso de que no se iniciaran enseguida los preparativos del Cónclave. Era natural, los gastos que los príncipes de la Iglesia debían de soportar, eran muy superiores a sus ingresos. Para prevenir ese éxodo, Segismundo dictaminó que el magistrado de la ciudad se haría responsable de la permanencia de los cardenales. A los dos cardenales de Castilla que se disponían a partir, les convencieron con buenas palabras para que se quedaran. Todos los embajadores y la mayoría de la gente estaban de acuerdo en realizar el Cónclave. Finalmente, Segismundo se inclinó ante la mayoría, con la condición de que el nuevo papa se obligara a realizar la reforma antes de ser coronado.

El obispo de Winchester, tío de Enrique V, arbitró entre el Concilio y Segismundo. Juntos formularon varios proyectos y el prelado inglés recorrió varias veces el camino entre la catedral y el real alojamiento. El resultado fue que Segismundo —en uno de sus días variables— decidió que sin ninguna demora, tuviera lugar la elección papal. Pero que se fijase al mismo tiempo la obligación de celebrar, en el futuro, un Concilio general cada diez años, para poner al día las reformas e impedir así cualquier nuevo cisma.

La buena noticia se podía leer en el rostro del obispo de Winchester, al llegar éste a la puerta de la catedral. Los padres estaban reunidos en una de sus diarias discusiones, cuando el obispo inglés llegó con la buena nueva, como un mensajero del cielo; y ello a pesar de que no era fácil entender sus palabras anglo-latinas, pero lo que valía era su expresión feliz. Por lo que todos repetían al mismo tiempo que él: ¡Tendremos papa!

Horas después llegó la noticia a la corte de Segismundo: el rey, a pesar de haber cedido, se sentía humillado ante el Concilio, por lo que anunció que saldría para un viaje de peregrinación con sólo doscientas gentes de escolta, para visitar sus queridas ciudades de Suiza. Al marcharse, unos mensajeros del Concilio lograron alcanzarle para preguntarle cuánto duraría su ausencia. Eludiendo la respuesta, dijo: «Estuve demasiado tiempo envuelto en los problemas del Concilio, ahora siento necesidad de estar solo para profundizar en mi propia alma. El Señor juzgará al César, como a cualquier otro mortal».

Al llegar a las puertas de Zurich había recuperado su ánimo normal. Una enorme recepción y un desfile entusiasta de las corporaciones, mozas de vestidos coloridos, arrojándole flores. En el festejo, el magistrado le regaló una enorme copa de plata, tan pesada, que el juez supremo de la ciudad tuvo

que hacer grandes esfuerzos para colocarla ante el rey sobre la mesa: la copa estaba llena de ducados de oro. Segismundo la levantó con gran facilidad y con una sonrisa de placer la señaló a su camarero para que la vigilase. Pasó tres días en Zurich: hubo bailes en su honor y como siempre, bailó con las mujeres y las jóvenes de la burguesía. Nadie pensaba que el rey pudiese refugiarse en un monasterio, vistiendo un sayal oscuro.

Fueron luego a la ciudad de Lucerna, donde el magistrado antes de recibirle rogó que le aceptaran una condición: se había comentado mucho que en Zurich —la ciudad hermana— el rey expresó inesperadamente el deseo de visitar la cárcel de la ciudad. En aquellos tiempos la cárcel era más bien una antesala del patíbulo, la horca, la picota y, en el mejor de los casos, del exilio. A los presos con condenas leves les hacían cumplir trabajos forzados, por ejemplo, limpiar la ciudad de las basuras. Como no quisieron negarse al deseo de su majestad, decidieron acompañarle el juez supremo y varios consejeros. Segismundo pidió las llaves del guardia principal: eran precisamente las llaves de la capilla de los condenados a muerte. El rey solemnemente y con sonrisa gloriosa, llegó y ordenó que abrieran las puertas, bajando las pesadas traviesas. En un recinto oscuro estaban los prisioneros encadenados, esperando las últimas horas de su condena. El rey dijo entonces: «En nombre de Cristo, sois libres. ¡Idos y no pequéis nunca más!».

La mayoría no comprendió el alemán que hablaba el futuro emperador, pero sí vieron a los señores de la justicia a sus espaldas, a los guardias que cumpliendo la orden del rey fueron librando a cada preso, quitando los grilletes que los clavaban a los muros. Era aquel un espectáculo horrendo, de un hedor insoportable. El rey les dijo:

—Yo mismo fui una vez liberado en esta misma fecha. Y por eso la conmemoro…

Fue un inesperado milagro: los cautivos lo miraban como un prodigio proveniente de un mundo místico. Los carceleros abrazaban a los condenados que esperaban su ejecución dentro de horas y cuando reaccionaron procuraron desaparecer lo antes posible, por miedo a que la locura de su majestad cambiara de rumbo. Nunca hubo ejemplo de que un monarca ejerciera su derecho de soberanía de aquel modo. Los burgueses de Zurich quedaron descontentos por esa gracia del rey. Elogiando el buen corazón de su majestad, temblaban al mismo tiempo por miedo a los ladrones y sus bandas de todo el cantón. Los burgueses ricos se encerraban por las noches en sus casas… Esa fue la merced que pidió Lucerna: el soberano sería bien recibido, con la condición de que no ejerciera allí su derecho de gracia. «Habrá cosas

más serias que discutir», dijo el magistrado, «estamos dispuestos a sacrificios materiales para obtener privilegios en mercancías y en mercados, preferimos sea ésa la gracia de nuestro soberano».

La delegación del Concilio alcanzó a Segismundo en Lucerna: los obispos le pidieron con lágrimas en los ojos que volviera. Se había llegado a la etapa final del Concilio y era muy necesaria su sabia palabra, su esfuerzo para consolidar la paz mundial. Había que coronar la gran obra. Sólo podía ayudar, quien ciñera la corona a su cabeza Los que conocían los vaivenes del carácter caprichoso de Segismundo y su vanidad, estaban seguros de que finalmente cedería.

No se equivocaron: su rencor, su frialdad del principio, se deshicieron como el hielo. Los príncipes le tocaban, ponían sus manos sobre la preciosa tela de sus ropajes, señalándole que todos labraban en la huerta del Señor. Al fin se sintió comprometido y dijo:

—Vuelvo, vuelvo. Está bien…

Los sacerdotes se miraron entre sí y uno de ellos empezó a entonar el Te Deum.

25

COMO el caballero Walmerode residía en el castillo no precisaba solicitar, cada vez que visitaba el palacio real en Buda, que le dejaran pasar ante la reina. En el palacio se habituaron al alto y rubio caballero de pelo rizado, que llevaba en su capa la gran Cruz Teutona, como enseña de que pertenecía a la Orden de los Caballeros Teutónicos. Venía acompañado de un alguacil de la Orden a quien despedía a la entrada siguiendo solo, sin mirar a nadie, sin darse por enterado de los saludos, para ver a Bárbara.

No era el castillo el sitio más apropiado para los amoríos de una reina. Todos la vigilaban: ¿cuáles serían los chismes del día? En los pasillos los cortesanos tejían su charla —también los sacerdotes— y con ellos sirvientes, ujieres, damiselas. A la hora, ya se sabía en los palacios de Buda que —¡vaya frescura!— hoy también se había presentado Walmerode.

La tradición caballeresca de la época consentía el empleo de la *Minne*, el suspiro amoroso en su forma más poética: acercarse a la dama con intenciones puras, lanzarse a la batalla invocando su nombre, llevar sus lazos en la lanza del torneo —todo ello no sólo estaba autorizado sino también dosificado por el espíritu de aquel tiempo. De estos sentimientos vivían los poetas errantes creando poemas de ocasión, cuyas recitaciones daban trabajo asimismo a los músicos. En la calle de los Orfebres se labraban sortijas en abundancia, pulseras, collares —estos últimos eran los regalos de menos importancia— para los acompañantes o las damas de honor. Para las alhajas de más valor había que cruzar a la calle vecina, a los enrejados talleres de los joyeros.

Era el juego acostumbrado del arrullo y el jugueteo, la flor pronto marchita, los pétalos deshojados en el suspiro. Lo que se ocultaba tras todo ello, sólo lo sabían acaso los cómplices y confidentes, ya que para que dos enamorados se pudieran encontrar en secreto, debían de contar con algunos colaboradores, servidumbre baja, damiselas, pajes. Y no era posible atarles la lengua a todos. Cuando se trataba de un personaje de alto rango, los rumores de palacio llegaban incluso a Obuda, donde los estudiantes del «Studium

Generale» recogían las habladurías de la corte —ya ampliadas— para lanzarlas a su vez a la parte más alejada de la ciudad.

Ocasiones permanentes fueron siempre las cacerías, las excursiones a caballo que permitían a los enamorados desaparecer en la espesura del bosque; en estas ocasiones, el jinete acompañante vigilaba, para que nadie pasara por allí. Bárbara y Walmerode rendían frecuente tributo a su afición hípica, sin preocuparse del pábulo que aportaban a los corrillos del palacio. En la cara del caballero alemán lucía la cicatriz de un golpe de espada: «Tannenberg», explicó cuando los ojos de la reina se volvieron hacia la rojiza herida que se perdía bajo el cabello rubio. Se destacaba su belleza varonil, las profundas marcas del rostro eran el recuerdo de una aventura polaca, el galopar por las orillas de los lagos masurianos, ataques, cabalgadas, rescates, la preparación de un último ajuste de cuentas entre caballeros polacos.

Bárbara estaba enamorada de la aventura más que del hombre cuya frente se iba ampliando con los años. Hablaban la misma lengua; Borbala de Cillei había nacido casi en la misma tierra. A los ojos de Walmerode Bárbara no tenía igual; ni sus cabellos rubio rojizo; su cutis terso, el resplandor de su semblante le hubieran perseguido sin tregua, si Bárbara fuese sólo la señora de un castillo lejano, al que llama el caballero teutón para pedir albergue por hallarse de camino… Bárbara podía llevar cinco coronas, ser la regente de Hungría; pero estaba alejada de Segismundo aun antes del viaje a España —seguramente era una mujer sedienta, hambrienta de besos, todo lo cual habría aumentado la pasión de Walmerode. Pero, ¿cómo ocultar ese deseo con los hipócritas suspiros de la *Minne*, cuando todo hervía en ambos seres? Al salir del bosque, disminuyó el ritmo del trote ligero; ahora iban al paso sobre la hojarasca; Walmerode hizo una seña al alguacil, éste al jinete escolta de la reina. Bosque de octubre en las montañas de Buda, velado por la bruma y cruzado por los rayos del sol; colores y fragancias flotando en el aire, todo humedecido por el rocío, manchas de sombra, pequeños rumores en el claroscuro, bayas silvestres, azules y rojas.

Los dos sabían que no serían muchos los ratos deliciosos de aquellos paseos; ninguno de ellos murmuraba las palabras decisivas. El caballero, al arrodillarse, sostenía a la mujer de espléndida figura, cubriendo el suelo con la capa echada del revés para no ver la cruz bordada en ella, la maleza ocultando el rostro de Bárbara. Walmerode puso a un lado el sable desenvainado, por si acaso, como acostumbraba a hacerlo en sus encuentros. También Bárbara sabía el riesgo que corría para calmar su sed de mujer —«carpe diem»— ya no era la *Minne*: ya no había sonetos ni madrigales.

Labios apasionados se buscaban y bajo el abrigo de la inmensa capa femenina, se unían los dos cuerpos.

Amor sobre la hojarasca acompañado de la voz del bosque, con su diminuta resonancia sólo apreciada por los oídos de los amantes; aterciopelado juego de pasiones, crujir de bellotas, hojas que caen con el viento. Todo se mezclaba. Walmerode olvidaba su juramento de caballero-sacerdote, Bárbara disipaba las sombras, la nube errante, el rey siempre ausente. Así permanecerían entretanto no bajara el último grano de arena en el reloj del amor campestre. Vámonos… Unos pocos pasos hasta los caballos que pastaban apaciblemente; después buscaron agua más allá de las hierbas aplastadas; un paso más, Bárbara rompe una rama cargada de bayas. Endrina azul que salpica su zumo sobre la palma de su mano. Mojó con cuidado un dedo en las gotas espesas, untó luego con el jugo la frente del caballero: «Te has convertido en mi príncipe, Clemens», dijo en voz muy baja. Cuando los dos montaron en sus caballos, de nuevo era la Bárbara de antes, con su misteriosa sonrisa.

Comenzó la «sessio» número cuarenta, en Constanza. La inercia que había durado meses, se convirtió ahora en una extraña tensión, una emoción nueva. Junto a los españoles, ya eran cinco las naciones con función decisiva en la elección del papa. Cada nación designó seis delegados, y esa comisión debía ponerse de acuerdo con los cardenales, que formarían entre sí otro cuerpo señalado. Ya se habían borrado los recuerdos de antiguas luchas: a qué obediencia pertenecía, de qué papa había recibido la púrpura; el fondo de la cuestión era que el Sínodo quería participar también en la elección del papa de la Reforma. La propuesta era que la delegación papal —compuesta por los miembros de las cinco naciones— procediera a la elección *junto* a los purpurados: pero el nuevo papa debía salir de este cónclave por una mayoría de dos tercios. Así que había que formar un cónclave compuesto por treinta padres conciliares y veintitrés cardenales.

Constanza no era una ciudad grande, el magistrado no disponía de muchos lugares para que los electores pudieran reunirse apartados del mundo, aislándose uno a uno. Lo más adecuado pareció ser la Galería de los Mercaderes, un edificio nuevo que proporcionaba la posibilidad de vivir casi prisionero, entre los muros rodeados de guardias, hasta que se conociera el resultado de la elección. Y como había que contar con tantos electores, era necesario prever un cónclave de varias semanas de duración, si no de varios meses en caso de opiniones y candidatos opuestos. Mientras tanto tendrían que marchar más lentamente los trabajos del Concilio.

Las ceremonias fueron organizadas en su mayoría por Segismundo, ya que ningún poder eclesiástico o laico se había encontrado en situación parecida. Al iniciarse la sesión el rey juró respetar y ordenó hacer respetar la pureza del cónclave. Después desfilaron ante el palacio episcopal, detrás del emperador: allí esperaron a los electores. La multitud se emocionó, muchos lloraron. Los padres —acaudillados por Segismundo— fueron hasta el Ayuntamiento; el anciano patriarca de Antioquia ofició el culto y se entonó un solemne «Veni Sánete Spiritus». Se reanudó la comitiva, acompañando a los electores a la Galería de los Mercaderes: en el portal se destacaba la figura de Segismundo. Saludó a los que habían venido y pidió la bendición para la labor del cónclave. Cuando todos los electores cruzaron el umbral de la Galería, Segismundo, como representante del poder laico, dio orden de cerrar el portal. La primera guardia se formó con personalidades y príncipes, nadie podía entrar sin el permiso del capitán jefe de la guardia, ninguna persona podía salir de allí. El Consejo Municipal encomendó a los tres médicos más respetados de Constanza el examen de los alimentos destinados a la mesa de los electores.

El cónclave comenzó enseguida su tarea mientras afuera, ante el edificio, continuaban las procesiones y las súplicas por el buen resultado de la elección: era como el palpitar del corazón de la cristiandad, en la humilde Galería. Casi no se filtraban noticias, los médicos permanecían mudos mientras los mozos portadores de alimentos, oían a través de las paredes, las voces de los que discutían.

Las procesiones eran incesantes, como impregnadas de una exaltación religiosa que bañaba la ciudad y a los allí reunidos. Frailes errantes predicaban en los idiomas más diversos en el cruce de los caminos, aparecieron peregrinos, grupos portando cruces invadieron los alrededores. Constanza se preparó para el Cónclave, como para cubrir así todo el hueco del apacible otoño, por lo menos hasta la Navidad. Y todo era a la vez indefinido, inseguro; mientras no se llegara al resultado final nadie podía planear nada, ni dentro del microcosmos del Concilio ni fuera de él. Y menos que los otros, Segismundo.

¿Quién sería el elegido? Se rumoreaba el nombre de algún cardenal papable, también corrían los rumores de los doctores en torno a tres o cuatro candidatos. Nadie se marchaba ahora de Constanza; por el contrario, como a la espera de un gran acontecimiento, llegaban cada día más y más forasteros a orillas del lago, aumentando la aglomeración casi insoportable de la ciudad. Pero los visitantes dejaban grandes sumas en ella, los burgueses alquilaban

todos sus rincones a muy elevados precios para los que podían pasar bajo techo las frescas noches del otoño. Los crecidos impuestos entraban puntualmente en las arcas del Consejo Municipal. Se necesitaban por cierto esos ingresos pues los gastos del magistrado aumentaron bruscamente. Bien es verdad que la guardia municipal aumentó hasta dos mil personas, asegurando el orden con firmeza, previniendo toda desavenencia entre las naciones, evitando choques e incendios y organizando la alimentación de la ciudad. Como la hacienda municipal pagó bien y en moneda contante y sonante, de toda Helvecia llegaron los campesinos con sus reses. Codo a codo se movían los habitantes de la ciudad, pero todos se sentían compensados por la importancia del suceso en que podían participar.

El edificio de la Galería estaba rodeado totalmente por una pesada cadena de hierro, más un fuerte cordón de vigilancia; y ahora no eran los aristócratas los que estaban de guardia —como durante las primeras horas— sino severos alguaciles que aseguraban el carácter secreto del Cónclave. Ellos también estaban preparados para una vigilancia de varias semanas, y que corría el rumor de que duraría hasta Navidad.

Pero ocurrió inesperadamente y con la rapidez de un milagro; al cabo de pocos días, después de una sesión relativamente corta, pudieron los de afuera observar grandes movimientos. Nada se parecía, tras el silencio de la tensión, a la voz que comenzaba a elevarse al unísono, desde el fondo del edificio. Nadie sabía nada todavía; pero los que estaban al otro lado de la cadena vigilante, también notaron que algo había sucedido en la Galería, algo extraordinario.

Dentro de la sala se habían arrodillado los cardenales, uno tras otro, besando la mano de un hombre alto, de mediana edad: era el cardenal Colonna, cardenal de Juan XXIII, prelado de Roma, cuya candidatura había corrido ya de boca en boca porque realmente había sido uno de los más papables. ¡Pero no era él solo! Tenía que avanzar ahora con los otros tres cardenales, quienes habían recibido en el escrutinio anterior casi los mismos votos. De entre ellos se había destacado Otón Colonna, cuya situación se afirmaba más a cada nueva votación, hasta llegar a la mayoría de los dos tercios. Aquella sesión de la mañana había sido necesaria para redondear el número de los que le habían votado. El cardenal más anciano preguntó —según costumbre— a su compañero elegido, qué nombre quería: la elección se había efectuado el día de san Martín. El nombre seleccionado solía señalar ya de alguna manera la forma de pensar del nuevo santo padre —a qué predecesores deseaba seguir, el recuerdo de a quién deseaba honrar. La

situación era delicada por haber tres papas anteriores: Gregorio, Benedicto, Juan (y los tres nombres habían sido utilizados por papas respetables), por lo que no se podía contar con ellos pues hubiese significado seguir su programa, además de que aún vivían los usuarios anteriores de los tres nombres. ¡Y Benedicto reinando aún en el castillo de Peñíscola!

La utilización del santo del día fue una idea feliz y política, apreciada por todos. Cuando el decano de los cardenales proclamó el nombre del papa, empezaba efectivamente su reinado. Los cardenales más viejos recordaban aún los Cónclaves romanos de tiempos atrás, cuando en la Urbe la gente emocionada clamaba en derredor y los gritos llovían sobre el palacio de Letrán, donde se celebraban los cónclaves: *«Romano lo volemo!»*. ¡Lo queremos romano! Los estruendosos gritos contenían toda la pasión del «populus romanus», pero también el deseo de que el papa fuera un cardenal con palacio propio en la Ciudad Eterna. De acuerdo con la antigua tradición, inmediatamente después del Cónclave, invadirían la residencia cardenalicia para expoliarla totalmente, porque quien quedara cubierto con la tiara, no necesitaría ya las riquezas terrenales que había adquirido en su cardenalato.

En la Galería de los Mercaderes de Constanza todo parecía en el fondo más fácil: no se hallaban dentro del enorme esqueleto que era la ruinosa y triste Urbe, aprisionados en los espacios de los muros aurelianos, entre casas de patricios derribadas y ocasionales chabolas. Constanza era una ciudad bonita —también encerrada entre muros— pero totalmente distinta a Roma, siempre sumergida en el doloroso hechizo de su eternidad. Si la elección se hubiese celebrado en Roma, el pueblo también se habría alegrado pues no hubieran podido encontrar nada más romano que el cardenal de la «Columna». El linaje de los Colonna provenía de la «gens Julia» —así lo sabían en Italia— y floreció en el anonimato de los siglos más oscuros, conservando el parentesco familiar con el glorioso antepasado: Julio César. Les decían «los Julius», pese a que dentro de la familia existía quien no creía en la leyenda de tal origen. También en el escudo dominaba la columna; los padres del Sínodo llamaron asimismo «De columna» al cardenal con fama de gran organizador y profundo jurista. Cuando su nombre surgió en el alambique de la mayoría de los dos tercios, consideraron ya los votos como una elección inspirada por el Espíritu Santo. Los cardenales se observaban: todos los rostros debían de resplandecer, sus devotos movimientos eran los de tiempos inmemoriales: manos extendidas, beso sacerdotal, brazos elevados al cielo como símbolo de alegría, satisfacción, el orgullo de afirmar: «yo también voté así, me puse a su lado». Cuánta amargura interior debía de

ocultarse tras las sonrisas forzadas… Los papables de la esperanza perdida pensaron: ya no existe la posibilidad de otro Cónclave: Colonna es un hombre de buenas condiciones físicas, sano, descendiente de una estirpe en lucha constante, curtida en todos los embates librados contra el linaje de los Orsini. «¡Lo queremos romano!». Ya no podían gritar en Constanza con pasión amenazadora los eternos impacientes. Y no obstante, la persona de Colonna era casi una promesa de que el papa no quedaría mucho tiempo en el extranjero y elegiría como sede definitiva únicamente Roma, la ciudad de los Apóstoles.

Terminaron de celebrar el breve homenaje en la entrada de la Galería. Cuando los purpurados y los conciliares concluyeron la ceremonia de la felicitación, se preparaban ya para la investidura del nuevo santo padre, Llevaba por última vez la purpura, que ahora cambiaría por el símbolo de la Paloma, En aquel momento —como por arte de magia— desapareció el carácter secreto alrededor del edificio. Las barras de hierro fueron quitadas a martillazos —a una voz de mando— por los mozos: la enorme cadena no obstante quedó allí y rodearon el edificio con lanzas usadas como mástiles con enseñas y banderas, mientras el tumulto iba aumentando. En toda Constanza se extendió la noticia del gran acontecimiento, los vecinos de la ciudad y los forasteros afluían a la Galería; el cronista calculó en ocho mil a los que componían la multitud que aún parecía, mayor, pues toda la ciudad no tenía más de veinte mil ciudadanos, 'iodos los que lograban un lugar eran felices. Las caras se iluminaban como si se hubieran resuelto todos los problemas del mundo: angustia, guerras, peste, exterminio, turcos. La gente abrió camino a algún cardenal, alguna notabilidad mundial, pero los que llegaban tarde quedaban apresados por el tumulto y ya nadie podía adelantarse, inmovilizados donde estaban. Por suerte era un suave día de otoño, no llovía ni hacía calor. Del lago llegaba una brisa fresca, acogedora, otoñal; apenas media hora más tarde abrieron el balcón, hasta entonces bien clavado con tablas de madera. Salió el cardenal más anciano y proclamó en voz alta y en latín, Ja elección del cardenal Colonna, presentándole al pueblo como el santo padre Martín V.

Segismundo se preparaba para el almuerzo, cuando invadieron su residencia con la noticia de «habemus papam». No probó bocado, y con la ropa que llevaba puesta salió precipitadamente, sin preocuparse de séquito ni ceremonias, hacia el edificio donde ya terminaba la investidura de Martín. Conocía bien a Colonna —era uno de los prelados más respetados del Concilio— un ejemplo de vida severa, virtuosa, respaldada por sus posesiones

en Roma. Debía de tener la misma edad que Segismundo: dos hombres fuertes en la flor de la vida, y ambos con el mismo atractivo caballeresco. Segismundo ni se preocupó por sus modales: «Ahora el César era más que el Concilio» —dijo sonriente, cuando su amigo, el anciano Brando Castiglioni, le abrazó, conduciéndolo al centro de la reunión. El nuevo papa se hallaba rodeado de prelados y nobles, emocionado; nadie suponía que el Cónclave le eligiera tan pronto y con tanta suerte. Se disponían a disputar largos regateos, repetidos escrutinios. Segismundo se arrodilló ante Martín V y le besó la mano.

Aquél era el acto final con que concluía la ceremonia de la entronización. Los poderes del emperador y del pontífice se vieron así fundidos en una síntesis grandiosa con el beso en la mano, allí, en la Galería de los Mercaderes de Constanza. (¿Y quién recordó en aquellos momentos a Benedicto, oteando constantemente el horizonte desde su castillo, esperando la llegada de los barcos del Concilio excomulgado, junto a la lengua de tierra?)

Por la tarde se celebró en la catedral el acto solemne de la entronización. Segismundo quiso ofrecer lo mejor de su arte como organizador de ceremonias, utilizando a todos los chambelanes, camarlengos y prelados, para bordear el camino que recorría el papa desde la Galería hasta la catedral. En la ciudad las distancias eran cortas, así que los príncipes reunidos en la residencia del rey decidieron partir junto con Segismundo —ya en traje de fiesta— y a pie.

Sólo el santo padre iba montado en un corcel blanco porque no se pudo encontrar en Constanza una mula blanca, que es lo que señalaba la tradición litúrgica. Así que Colonna se destacó realmente, erguido como una «columna» que era, sobre sus acompañantes. La rienda dorada de su caballo la llevaba por el lado derecho Segismundo —que pronto sería coronado también como emperador— y por el lado opuesto Federico, el nuevo elector de Brandeburgo. La costumbre de llevar el animal por las riendas era una antigua tradición romana, cuando había que guardar a los ancianos santos padres de los caballos de montar, rebeldes o caprichosos. Pero Martín V montaba con gran seguridad envuelto en su ropaje blanco, acariciando con su mano enguantada —que lucía ya la sortija del Pescador— el esbelto cuello del caballo que, asustado por la presencia de tanta gente, alzaba inquieto la cabeza.

Desmontó con soltura en el portal del Ayuntamiento rechazando toda ayuda, sonrió cordialmente y estrechó las manos a los príncipes que le

rodeaban, con gracia aristocrática y sencilla al mismo tiempo. Comenzó la ceremonia que por su fervor y el grado de emoción, parecía superar todas las consagraciones anteriores. Los padres del Concilio, igual que los príncipes, habían recibido de antemano sitios determinados, pero nadie quería apartar ni al pueblo de Constanza ni a los huéspedes del acontecimiento universal, así que la catedral quedó rodeada de una ola humana y los guardias municipales sólo podían abrir camino con dificultad, en el portal principal. El mismo obispo de Constanza hacía de relator a la multitud que quedó fuera, de todo cuanto ocurría adentro.

Del Ayuntamiento Martín fue a su nueva residencia, el palacio cardenalicio, cuya ala papal había sido últimamente la sede de Juan XXIII, durante su breve estancia, su quebrada gloria. Martín V, que no creía en supersticiones, no se dejó influir por el hálito maligno del lugar; y ocupó las mismas estancias donde había vivido Baldassare Cossa.

A los pocos días se celebró la coronación papal. Para que pudiera asistir el mayor número de invitados al trascendental acto, Martín dispuso ser coronado en el patio principal del Ayuntamiento bajo el cielo del Señor. «Sic transit gloria mundi» —dijo al maestro de ceremonias— «Piensa, Santo Padre, que la gloria del mundo pasa con la misma rapidez de la estopa que arde».

La liturgia de la coronación fue oficiada por tres cardenales, a los que ayudaba Filiberto, el gran maestre de los Caballeros de San Juan. Seguidamente se inició la solemne marcha, en el centro iba el papa con ropas blancas, cubierto con la tiara, delante ciento doce cardenales, arzobispos y abades, todos montados a caballo, detrás otros veinte cardenales montados en mulas. Segismundo caminaba junto al papa, sosteniendo las riendas. En el camino se produjo algo inesperado, con lo que nadie había contado: apareció el grupo de los judíos de Constanza, llevando su gorro de punta tradicional, la capa oscura con la inscripción amarilla incluida. Se detuvieron cuando llegaron ante el papa y Segismundo preguntó en voz alta al rabino que los encabezaba, con qué intención se presentaban así, inesperadamente. ¿Querían acaso estropear la fiesta? El rabino se dirigió al nuevo santo padre pidiendo que asegurara sus privilegios y el respeto a los cinco libros de Moisés. Martín les contestó improvisando en latín: «Debéis aprender a entender la Ley. Que el Todopoderoso os quite la venda de vuestros ojos para que podáis ver también vosotros la luz de la vida eterna. Id en paz».

Llegaron así, entremezclándose todos en las calles estrechas, al palacio cardenalicio. Rodearon al papa, que sobresalía por su alta estatura, cardenales, dignatarios eclesiásticos, príncipes. No había todavía un orden establecido

para las actividades de la Curia, había que crear en Constanza las oficinas papales, las cancillerías, constituir también la red para el ingreso de los beneficios. Los obispos de Constanza eran, desde hacía mil años, los pastores de toda la región, pero el palacio construido por el antiguo príncipe eclesiástico, no era nada amplio ni tenía el menor lujo. Había que empezarlo todo de nuevo, hasta que pudieran regresar al Letrán de Roma.

Martín V había sido canciller papal en sus tiempos de cardenal, durante los años felices de Juan XXIII. Por ello no necesitaba de nadie, no tenía que apoyarse en consejeros que hubieran ejercido una tutela sobre sus dictados. Lejos de Roma, en inseguras circunstancias, dependiendo del Concilio, tenía que empezar su labor desde el comienzo, desde el inminente día de su coronación, y después trazar el camino que le llevaría de nuevo a la Ciudad Eterna.

El Concilio cumplió con la elección su cometido, por lo menos en su primera parte. Ya sólo quedaban por celebrar las sesiones de clausura. Quedaba el compromiso de la Reforma, pero al parecer el nuevo pontífice tomaba muy en serio sus obligaciones y cumpliría seguramente, como papa elegido en Constanza. Entretanto llegó una triste noticia, casi al día siguiente de la elección del papa: Gregorio XII había fallecido en Recanati. Otra tarea, decidir qué ceremonia fúnebre correspondía a un cardenal que llevó durante tantos años la tiara papal…

El carnaval de 1418 se inició con más brillo que todos los anteriores, el Concilio se hallaba presente aún, pero el carnaval podía ya considerarse como el festejo de la labor concluida. Se organizó un torneo con asistencia de dignidades eclesiásticas y mundanas, y la participación de los mejores caballeros. En el palco mayor Segismundo, destacando por su altura y corpulencia sobre todos los demás, aceptó que le tratasen de emperador, su ademán de rechazo era cada vez más débil. «Habemus Papam» —ya había quien le pusiera la corona— pero sólo en Roma. Cuando Martín cruzara los límites de la urbe para llegar a la tumba de Pedro, presidiría allí la misa de coronación…

De pronto, Segismundo desapareció de su palco en el torbellino del gran torneo. A la siguiente vuelta del ataque de tacos y lanzas, apareció compitiendo un caballero de enorme estatura: era un secreto a voces que se trataba del rey de los romanos y de los húngaros, quien medía sus armas —se le había reconocido por su talla— con un caballero inglés de figura más pequeña, pero que atacaba con valor y pericia. La lucha abarcó varios turnos pero por fin el gigante de yelmo cerrado, logró echar a su contrincante fuera

del recinto. La celada subió *descubriendo el rostro:* Segismundo rechazó sonriente las felicitaciones. Se preparaba en este torneo para otro combate, donde también pretendía vencer: «Si no tuviese justamente cincuenta años, volvería a comprometerme en otro lance». Los ojos de las mujeres se clavaban en él. Se murmuraba que cada noche ponía en juego su vigor varonil.

26

LOS FESTEJOS no habían terminado aún; Segismundo, al promediar el carnaval, consagró caballero al burgomaestre de Constanza, premiándole así por el orden ejemplar con que controló e hizo posible el funcionamiento sin alteraciones del Concilio. Luego se celebró un acto solemne en el palacio papal: Segismundo juró fidelidad a Martín V. Dos huéspedes españoles llegaron de lejos —dos antiguos cardenales del papa Benedicto. Lograron escabullirse del castillo roquero y vinieron a rendir tributo al nuevo papa; con lo que aumentó el número de componentes del colegio de cardenales.

Al cabo de unos días y sin esperar a semanas, ya se notó la eficiente labor del nuevo pontífice, la Curia ya pudo ejercer gran parte de sus tareas. Supo eludir, unos tras otros, los obstáculos más molestos. Juana II de Nápoles se había sometido, Roma estaba —en aquel momento— libre para recibir a su señor.

También llegó una delegación del Este, encabezada por el «otro» emperador del mundo cristiano: Manuel Paleólogo. La Iglesia ya había destinado al arzobispo Jorge de Kiev, para mantener los lazos de la unión. Se agregaron a la delegación de Bizancio otras representaciones orientales, además de príncipes extranjeros y el hermano menor del «khan» tártaro. Sorprendentemente, el emperador griego mantenía cierto parentesco con el nuevo papa: algunos parientes de los Paleólogos habían tenido relaciones familiares con él, a través de la unión de los condes de Monferrato con los Colonna.

Lentamente se fueron desatando los nudos: la unión eclesiástica greco-latina se removía aún en el laberinto de pasadas negociaciones, pero había fundadas esperanzas de llegar a la unidad. En lo que se refiere al otro grave conflicto —la discusión entre la Orden Teutona y Polonia— por el momento se había logrado prolongar el armisticio entre ambas partes.

Pero la nube del Este de Europa se cernía amenazadora: desde hacía año y medio llegaban noticias cada vez más inquietantes de Praga. El Concilio fijó en sus reuniones la misión de arreglar «la situación», pero en realidad estaban

postergando la abierta intervención, hasta que la autoridad del nuevo papa no estuviera bien probada. Los funcionarios del Sínodo y los príncipes occidentales, consideraban «caso enterrado» el movimiento bohemio, con la ejecución de Hus y Jerónimo, pero los que vivían más próximos a ese país (como también Hungría) notaban cómo iba en aumento la tensión, día tras día, evidenciando una agitación que preparaba la guerra.

Cuando a principios de septiembre llegó a Praga la noticia de la muerte en la hoguera de Hus, y después de casi un año, el martirio de Jerónimo, la indignación estalló con fervor desconocido para Europa, extendiéndose a toda Bohemia esa sublevación nacional. El palacio real y el arzobispado se elevaban como dos lúgubres torres sobre el mar de la desesperación. Al principio —antes de la quema de Hus— los próceres checos y buena parte de la nobleza media, contemplaron asombrados e inquietos a los «universitarios», las violentas agitaciones de los estudiantes; y veían en ellos a unos agitadores que alteraban el orden público. Los nobles, en su mayoría, vivían en sus posesiones, casi no mantenían relación con los habitantes de las ciudades y menos aún con ese círculo intelectual que atraía cada vez más a las gentes de la capital. Pero cuando llegó la noticia de la sentencia de Constanza aumentó el peso del «mártir de la iglesia checa» —como llamaron desde los púlpitos a Juan Hus— y su figura se agigantó.

El proceso de Jerónimo cautivó el interés público, que asumió entonces la forma de una unidad nacional. Jerónimo pertenecía por su nacimiento a la nobleza; su papel y su lealtad hacia el «magister» Hus, sus duras pruebas en Constanza y después su muerte en la hoguera, aumentaron también la indignación entre los nobles. La lucha se fue incrementando, el arzobispado intentó en vano emplear los recursos de la disciplina eclesiástica, pues se comprobó que no había forma de aplicarla. La Iglesia comenzaba a sentirse incapaz, frente a esa torre de la resistencia en donde dominaba la Universidad. Allí seguían vividos los recuerdos de la presencia de Hus, sus enseñanzas, pues los estudiantes de entonces la escuchaban todavía a través de otros labios; sus colegas, los otros profesores, habían discutido con él, habían conocido sus pequeñas manías y al terminar las clases le habían acompañado junto a los jóvenes, en regresos llenos de apasionadas discusiones, pese a que el apacible maestro era más propenso al silencio que a las luchas.

La oposición al Concilio de Constanza adquirió forma cuando sesenta nobles y quinientos caballeros firmaron la constitución de una liga. El movimiento comenzó a inflamarse cuando la Liga quiso inducir al rey Wenceslao a que firmara él también el célebre documento. Wenceslao se

dirigió con benevolencia a la delegación y hasta les alentó, pero no se dejó persuadir, así que al final se marcharon los checos nobles sin lograr resultado alguno del Hradschin.

Al poco tiempo hizo su entrada en Praga el más impopular de los prelados de Bohemia, el obispo Litomsyl, a quien el Concilio había enviado como legado para apaciguar el espíritu de los más perturbados. A Litomsyl le conocían como íntimo de Wenceslao: por eso el malhumor público se desvió hacia el monarca, mientras los estudiantes y los burgueses se aliaban con la nobleza, en la unidad común de sus sentimientos checos.

«Sub utraque specie» —bajo ambas especies, el pan y el vino— tomaban la comunión los adictos a Hus. La Iglesia romana autorizaba sólo a los sacerdotes la comunión bajo las dos especies. Los laicos tomaban pan, es decir la Hostia. Las dos especies se convirtieron en el símbolo del reformismo de Hus, y sus partidarios se denominaban en lo sucesivo los «utraquistas» en el mundo cristiano. Ese concepto volvió a transformarse en los años siguientes; los «utraquistas» formaron la rama más moderada, los derechistas del husismo. Quienes pertenecían a ella se mostraban dispuestos a ponerse de acuerdo, rechazando toda violencia, todas las acciones sangrientas; querían sólo documentar su nacionalidad y su fe bajo los signos simultáneos del pan y del vino. Esta forma de comulgar no se oponía en realidad a ningún dogma, sólo a ciertas tradiciones litúrgicas.

Por el nombre latino del cáliz, también calificaron de «calixtinos» a esa rama moderada de los católicos checos: y el cáliz quedó convertido en el símbolo del movimiento. Pronto se bordaron cálices en las banderas de guerra y bajo su protección lucharían los ejércitos husitas, mientras esa misma bandera flamearía en el monte Tabor y en las torres de sus ciudades y fortalezas.

Todo estaba aún en período de transición, un estado fluido. Wenceslao esperaba que quizá hubiese la posibilidad de eludir los problemas mientras se apaciguaba el ánimo del público. Pero las tentativas del rey no dieron resultado, sobre todo por culpa de la intransigencia que reinaba en la ciudadela del legado. Litomsyl exigía un arrepentimiento total, una sumisión espectacular para contar con el apoyo de la Iglesia universal, según expresaba la misión por él recibida del Concilio.

Los siguientes acontecimientos no sólo resaltaron alturas y abismos sino que señalaron la gravedad de los cambios. Se inició la confiscación de los bienes de la Iglesia, la ola de la secularización. Los monasterios, junto con sus tierras y ganados, caían en esas acciones desorganizadas que al principio sólo

alimentaban las emociones locales. Se sabía la antipatía que sentían Hus y sus adictos contra algunos monasterios. La encolerizada gente expulsó con odio a los frailes de los conventos, matándolos incluso cuando hallaban resistencia. Las secularizaciones las efectuaban los aldeanos, a menudo dirigidos por los que venían de la capital. Estos hechos hallaron en muchos lugares la oposición de los nobles, que temían y con razón, por sus propias posesiones. Se desencadenaron escaramuzas, luchas y puede que estos conflictos provincianos hubieran desembocado en una guerra civil, si el obispo Juan Litomsyl no hubiera recibido órdenes cada vez más duras de Constanza, que exigía ahogar en sangre el movimiento husita. La fórmula eclesiástica, la excomunión, parecía no hacer efecto ni dejar huellas sobre los agitados vecinos de las ciudades. Al lado del documento en latín clavado sobre los portales de las iglesias, aparecía al día siguiente otra hoja de forma parecida, con el anuncio del martirio de Hus, escrito en lengua popular. La muchedumbre era tan numerosa y tan amenazadora, que los alguaciles del obispo Juan no podían ni acceder siquiera a la entrada de las iglesias para arrancar los textos llenos de insultos. El legado tenía que contar principalmente con los estudiantes —los universitarios eran muchos, jóvenes y fuertes, y a veces con armas escondidas en sus togas.

El Concilio perdía cada vez más la paciencia con los checos. Gerson acusó al arzobispo de Praga de blandura, así como al rey Wenceslao. Se mencionaba por todo el país, que el monarca checo había expresado su desaprobación por el suplicio de Hus, lamentando que trataran así al predicador que ocupó durante tanto tiempo el cargo de confesor de la reina. La sentencia la habían dictado en Constanza, como si al monarca no le incumbiera en absoluto el proceso de su súbdito: todas las sentencias recaídas en un bohemio, debían ser ratificadas por el rey. Así manifestó cruelmente el monarca al legado, cuando el obispo Juan presentó sus quejas a Wenceslao, quien agregó asimismo que todo el proceso de Hus no fue más que un paso dado por su hermano Segismundo contra su hermano mayor, que ya había sido elegido hacía tiempo y legalmente, como rey romano-germánico. Todo eran celos, mala intención… Wenceslao, en sus escasas horas de sobriedad, se mostraba como un hombre de amplia visión, inteligente, de juicio sano, esforzándose por ver las dos caras de la moneda, alejado del fanatismo religioso; y todo su deseo estribaba en reducir al mínimo las preocupaciones causadas por su reinado, para poder entregarse mejor a su vicio.

Como era lógico hasta Constanza llegaron los manifiestos de Praga, las proclamaciones de la Liga, los emocionados libelos de los estudiantes. Por el

momento fueron excomulgados 452 miembros nobles de la Liga, se inició un verdadero proceso en Constanza: el acusador era Juan, el patriarca de Constantinopla, conocido por su severidad.

En el Sínodo se iba formando el criterio de que el movimiento bohemio superaba ya en mucho los límites, para reponer normalmente el «statu quo» con sólo los medios eclesiásticos: excomuniones, anatemas, sanciones locales. Poco a poco iba madurando la idea de tener que librar una cruzada europea contra los husitas, pues de lo contrario, aquel movimiento que quebraba la estabilidad tradicional, se extendería por todo el mundo cristiano. ¿Una guerra santa?, objetaron religiosos y civiles en el corazón de Europa. ¿Y justamente cuando Segismundo planeaba otra alianza militar contra los paganos? En Constanza creían los más severos que el turco no era en aquel momento el peligro inminente: los húngaros defendían bastante bien sus fronteras… Praga era el peligro: nido de avispas, ataque universal contra los dogmas, contra la disciplina.

Cuando el Concilio se disponía a votar los gastos para la cruzada contra los checos, el rey romano viajaba por Inglaterra, se colocaba alegremente la cinta de la Orden de la Jarretera, bailaba en Londres con las damas de la corte. Al volver a territorio francés se enredaba absurdamente con las *desavenencias que desde hacía* decenios dividían ambos reinos cristianos. Justamente entonces, cuando había que disponerse a emprender la lucha contra la voluntad de Wenceslao, a quien poco atemorizaba la excomunión… En Constanza tenían la peor opinión de la fe del Hradschin.

Según los rumores que llegaban de Praga, el pueblo no actuaba en forma unánime: la gran línea divisoria se extendía allí entre el sentimiento alemán, y el checo, en palabras, emociones, formas de vida, en la pequeña rutina diaria. La mayor fuerza checa residía en la pequeña burguesía de Praga, los campesinos y los caballeros y gran parte de los pequeños nobles. A los alemanes pertenecían los burgueses ricos del Barrio Antiguo y buena parte de los padres de la magistratura. Lo más sorprendente gravitaba en que la mayoría de mineros eran alemanes y estrictamente católicos. Sus sacerdotes —también de habla alemana— incitaban a los mineros de Kutná Hora, que se disponían a arreglar las cosas a su manera en aquellos pueblos checos, a ponerse al lado de los calixtinos, los sacerdotes de espíritu husita. Comenzó el caos en aquellos lugares y luego una matanza, hasta que los atacados pidieron naturalmente ayuda. Ya era una guerra de verdad la que había estallado entre mineros y campesinos en la que vencieron los últimos. Pero los campesinos eran muchos y acudían cada vez más en apoyo de los atacados. Las nefastas

informaciones llegaron pronto a la cancillería del rey y los mensajes encontraron el camino hacia la mesa del monarca. Wenceslao demostró poca firmeza en esas semanas: no planeó acción alguna, no dio orden de luchar a las tropas de los nobles. Esperaba: llegó entonces a Praga la carta de Segismundo. En ella reprochaba a su hermano mayor por los últimos acontecimientos de su país; decía a Wenceslao que tenía que elegir entre su hermano y el Concilio aunque, sin dudar un momento, el rey romano se habría inclinado por el Sínodo. Según los círculos del Concilio, la tibieza del monarca checo llevaría tarde o temprano, a una «reforma hereje». Pero la leal modificación de la Iglesia —con la que contaba Segismundo dentro del Concilio— sólo se podía realizar, una vez eliminada toda disensión entre la cristiandad.

Las líneas del frente se endurecieron con la elección de Martín V. Ya antes Segismundo consideraba importante el papel de Colonna en el mundo del Sínodo y cuando el cardenal recibió en el Cónclave los votos necesarios, el rey manifestó claramente su satisfacción. Era un secreto a voces que el rey de los romanos apreciaba a Colonna más que a los otros cardenales papables. Así la armonía entre emperador y papa, pareció asegurada desde el primer momento y era evidente que Martín pensaría más tarde en aplastar el inquietante movimiento checo, bajo la dirección de Segismundo. El rey romano tenía fuertes lazos que le unían no sólo con el rey checo sino con todo el país, que le gustaría aprovechar —era un secreto a voces— para sí mismo, una vez producido el fallecimiento de su hermano mayor. La llama de la vida de Wenceslao oscilaba en un continuo parpadeo: cualquier día podía acontecer su muerte. Pero en ese trono vacío seguramente sólo querría sentarse Segismundo cuando se pudiera decir que «en Bohemia todo está tranquilo». En el trono del Hradschin había un rey considerado como débil de voluntad, a pesar de lo cual toda Europa —principalmente el Concilio— esperaba ver de qué lado se inclinaría Wenceslao. El rector de la Universidad de Praga se proclamó utraquista y adepto a la comunión bajo las dos especies: tamaña declaración apenas hubiera podido hacerla sin el consentimiento del rey checo. Al mismo tiempo, Wenceslao amenazaba con aplicar mano dura si no autorizaban el regreso de los sacerdotes leales a la fe católica, arrojados tanto de la capital como de las ciudades. Cuando el Concilio comunicó sus severas órdenes para la liquidación de los husitas, el rey checo no sólo desatendió esas lejanas órdenes, sino que negoció según su propia iniciativa, allanando e intentando detener otros compromisos.

Un obispo checo no tenía categoría de legado papal —ese era el claro criterio de la ciudad del Sínodo. Había que enviar un extranjero de puño fuerte y con más amplios poderes a Praga, para evitar que se enredara en las artimañas locales, capaz de basarse firmemente en los universales criterios de la Iglesia: poda, escardado, extirpación, según la misión recibida. Así, se decidió enviar al cardenal Giovanni Dominici a Praga, para demostrar de lo que era capaz para sofocar la herejía checa: el príncipe eclesiástico de mano de hierro y con fama de intransigente.

A Praga la invadían panfletos, octavillas; pero esta guerra de las letras sólo parecía librarse entre estudiantes y maestros. La mayoría de los textos se publicaba en latín —el hombre de la calle lo entendía escasamente aun cuando conocía sus letras. No obstante, la lengua muerta poseía la ventaja de ser comprendida por hombres de cualquier nacionalidad y sus frases se propagaban en tierras alemanas o húngaras, donde no hubieran entendido el texto checo. La discrepancia se centraba en la futura suerte de las Iglesias: Wenceslao, en su edicto, devolvió a los sacerdotes *ortodoxos* las catedrales, donde ya predicaba algún cura utraquista o más atrevido todavía. En todas partes se planteaban luchas, en algunos casos verdaderas batallas sobre todo al hacerse presente el «antiguo» sacerdote y pretender arrojar al nuevo. Hubo sitios en que se pusieron de acuerdo —hoy por mí, mañana por ti— pero la mayoría de los feligreses exigía ya la comunión bajo dos especies, y la iglesia quedaba vacía cuando el sacerdote reintegrado con decreto real, oficiaba la misa «de antes». Peor aún fue la situación de las escuelas edificadas junto a los obispados o parroquias: los alumnos luchaban entre sí con fervor juvenil, y buena parte de ellos se unió a los nuevos curas.

Cada vez era más frecuente que la gente no asistiera a las iglesias si en ella oficiaba el sacerdote anterior repuesto. Así también iban cediendo las antiguas doctrinas, rechazándose de continuo mayor número de reglas, dogmas. Feligreses y pastores reincidían en celebrar los cultos a cielo descubierto, sin techos: ésta fue la característica de las comunidades más intransigentes, plenas de espíritu combativo, que se denominarían por toda Europa como «husitas». Por lo general seguían a las misas al aire libre, almuerzos en comunidad: los feligreses se convertían en polémicos combatientes, nadie se apresuraba a volver a sus casas, allí preparaban sus planes, escuchaban las noticias llegadas de la ciudad vecina o de la capital. Muchas veces se sentaban en el suelo, destruyendo con frecuencia los sembrados. En esos casos el cura invitaba a sus parroquianos a contribuir para compensar los daños causados impensadamente en un alma afín a todos ellos.

En Praga la tensión iba en aumento. Una decisión del rey aseguraba solamente dos iglesias a los husitas, las demás debían de ser devueltas a los «antiguos», junto con la catedral. Crecía una cólera hostil, podía suceder que la muchedumbre iracunda atacara incluso a la comitiva real en las ocasiones en que Wenceslao se encaminaba a la iglesia de San Apolinario, Surgió así un choque, los heridos clamaban de dolor, el ofendido y enfadado rey declaró a los husitas sus enemigos; de ese modo había que tratarlos en adelante. Se produjo un forzoso cambio de cargos en el Barrio Nuevo, donde la mayoría hablaba la lengua checa: eligieron concejales entre los católicos del círculo interno. Los husitas como respuesta crearon organizaciones armadas: su primer capitán fue el caballero Nicolás de Huss, quien no tenía relación familiar alguna con el «magister», pero su nombre simbolizaba muy oportunamente el espíritu del mártir.

A mediados del verano se efectuó el primer reclutamiento verdadero de husitas. Allí decidieron preparar defensas en el lugar denominado Monte de Tábor, elegido con criterios militares, y se dispusieron a organizarse y a armarse. En la preparación bélica intervenían los caballeros con papel decisivo. A pesar de que bajo el reinado de Wenceslao nunca se produjeron en el país mayores choques, los nobles de las provincias entendían en armas y también en caballos y se presentaron a las conferencias incluso montados a caballo, con armaduras y sirvientes, según las antiguas tradiciones. Y el predicador más popular llegó a ser un fraile venido del Piamonte, a quien la historia anota con el nombre de Juan Zeilivi. En este primer movimiento armado y todavía sin forma, destacó el gran general husita, el incansable dirigente de los husitas militares, el caballero Jan Ziska.

El primer acto violento se produjo en la casa consistorial de la capital: la multitud husita penetró en la ciudadela oficial del Barrio Nuevo, arrojando por las ventanas a diez concejales, además del alcalde. Esta fue la primera y mortal defenestración en Praga… Desde el balcón del Ayuntamiento los husitas llamaron a las armas a los habitantes de Praga: cuando la noticia de la sangrienta demostración llegó hasta el Hradschin, Wenceslao reunió a los concejales más próximos. Los más exaltados propusieron una acción inmediata, puesto que se trataba de una sublevación del «populacho»; bastaría con hacer entrar en acción a los guardias del palacio, a los arqueros reales: con eso ya se les quitarían las ganas de jaleo a los provocadores. Los más prudentes, especialmente los que tuvieron ocasión de contemplar (aunque de lejos) los acontecimientos, aconsejaron calma y reflexión. En torno al lugar se habían reunido varios millares de hombres, las calles que conducían a la plaza

mayor estaban repletas: las gentes se preparaban al asalto del Hradschin, esparciendo clavos y obstáculos en los caminos contra los jinetes, levantando barricadas. No destruían, no saqueaban, se comportaban como compañías regulares, se oían los tambores, y más aún las trompetas. Naturalmente, los estudiantes también se agregaron formando el grueso de las tropas y asimismo se podía ver a los profesores ajustándose los sables.

La gente eligió un nuevo alcalde en la persona de Peter Kus. El recién nombrado cabeza del municipio, era de oficio carnicero; se sabía también que el rey odiaba especialmente a Kus por sus acalorados discursos.

Una enfermedad anterior de Wenceslao fue mantenida en secreto en la corte: sufrió un ligero ataque de apoplejía con trazas de curarse, y se esperaba que pronto el monarca se restableciera. Cuando llegó la noticia de la revuelta en el Ayuntamiento se ensalzó al nuevo alcalde, a Kus. Aquel disgusto no lo soportó el organismo aún débil del rey, minado por la bebida. Se produjo una segunda apoplejía; y en el clímax del caos, se quebró el único eslabón entre el mundo antiguo y el moderno: el corazón de Wenceslao se detuvo.

Cuando llegó la noticia de la muerte del rey, cayó el luto sobre Praga. Pese a los acontecimientos, generalmente querían todos a Wenceslao, le sentían checo, había sufrido con ellos las vicisitudes del destino, de la mala suerte, las artimañas de sus familiares. No era mejor que los otros príncipes, pero sus debilidades le hacían mucho más humano que aquellos sobre quienes reinaba. No era cruel y a menudo escuchó a su corazón. Hablaba el lenguaje de los simples, amaba a la gente de Praga, se sentía unido a ella; le gustaba comprobar que los habitantes de la capital también le querían. Quizá por eso se tomó tan a pechos el ataque de los husitas mientras se dirigía a la iglesia, cuando le gritaron toda clase de groserías. Entonces comenzó a deteriorarse la salud del rey, conduciéndole a la catástrofe, a finales del verano.

El fallecimiento cogió desprevenidos no sólo a la corte, sino a la capital también: Wenceslao no se había ocupado de la sucesión, ni lo hubiera podido arreglar a su deseo. No tenía hijo varón, así que solamente podía regentar el jefe del Consejo de Estado hasta la investidura del nuevo rey, según señalaba la tradición. Las ideas de Sofía no eran bastante claras. ¿Hacia dónde se inclinaría la «Regina»? Corrían algunos rumores en la corte sobre las simpatías de la reina por los rebeldes de Praga. La preocupación se asentó sobre la capital checa como una gran sombra oscura, desde el momento de la muerte. A Wenceslao le quedaba un único heredero —su hermano menor Segismundo— y según la ley del país, el rey de los húngaros sería quien debía de reinar también sobre Bohemia y Moravia.

La noticia de la muerte de su hermano le llegó en Constanza: no eran buenos hermanos. Segismundo había hecho lo que prohibían todas las leyes humanas y terrenas: había mandado detener y encarcelar a su propio hermano. Aparentemente se habían reconciliado. ¿Pero cómo hubiera podido olvidar el mayor, lo que le hizo el más joven? De todas maneras era su hermano, era el mayor, el que su padre había elegido como tutor… Cuando el caballero de la coraza enlutada, entregó el mensaje de viudez de Sofía, mensaje considerado como fraternal, Segismundo se introdujo en la capilla del monasterio, pasando allí solitario, horas y horas. Era evidente que no pensaba sólo en el difunto, sino en la forma de aumentar con la anexión de la anhelada Bohemia, sus ya enormes riquezas.

Si desde la niñez había suspirado por obtener la herencia de Carlos IV, la hermosa Praga, ¿estaría ya esperando la muerte de Wenceslao? ¿Contaba seguramente con ello al viajar a tan inmensas distancias, a Perpignan o a Dover, para humillarse ante los usureros de los Países Bajos?… Si la noticia hubiese llegado entonces, se hubiera sentido desamparado. Pero cuando el gran proceso de la Iglesia se solucionó, cuando eligieron por fin al nuevo papa, cuando el Concilio estaba ya a punto de disolverse, le llegó la noticia del fallecimiento. ¿Por qué no sofocó Wenceslao el nido de fuego de los husitas y dejó extenderse la sublevación? No quiso meter la mano en el avispero, su propia comodidad también le sugirió no convertir a Praga en campo de batalla, se resistió a que la capital se bañase en arroyos de sangre. ¿En qué creyó Wenceslao durante sus últimos momentos? ¿A quiénes creía? ¿A los curas antiguos, a los predicadores nuevos? ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos? ¿Pensó en la absolución celestial?

Cuando Segismundo abandonó la soledad de la iglesia, tenía más acusadas las sombras alrededor de los ojos, sentía que se aproximaba a una etapa difícil de su vida. ¿No sería suficiente tener a la poderosa Hungría, amenazada por los turcos? ¿Y el Imperio, cuya corona debía recibir de manos de Martín? Como soberano de la paz europea —aún podía reconciliar al francés con el inglés— colocándose a la cabeza de los caballeros del mundo, acaso podría llegar a liberar también a Jerusalén… Ahora se había detenido. ¿Qué sucedería entonces en Bohemia? ¿Qué podía hacer Segismundo después de la muerte de su hermano? Las noticias de Praga que llegaban esporádicamente en los informes del nuevo legado, o en los relatos de los agentes del rey, no eran demasiado explícitas. Una cosa era segura: el husismo no estaba sofocado ni mucho menos, así fueran llamados utraquistas, calixtinos o taboritas esos salvajes herejes. El legado —cardenal Dominici— pedía dinero

continuamente, aconsejaba equipar todo un ejército imperial para aplastar la rebelión husita. ¿Qué podía pasar en Praga? Todo cuanto asomaba tras las frases del legado eran incertidumbre, miedo, disimulada aceptación del fracaso. ¡Justamente ahora tenía que morir Wenceslao, cuando hubiera podido borrar con mano dura todas las huellas de las enseñanzas de Juan Hus! Y en lugar de esto, el movimiento checo —jamás se había visto algo parecido en el mundo cristiano— haciéndose cada vez más poderoso durante las semanas, y ahora meses, del interregno. Los herejes se estaban armando: los jefes de la rebelión eran caballeros, conocedores de las artes de la guerra. El Monte de Tábor, antes jamás conocido, se convertía casi en la capital de Bohemia, más que Praga, sostenida por escasas tropas reales. ¡Amén, descansa en paz, Wenceslao! ¡Ojalá hubieras podido solucionar los problemas de tu patria, antes de tener que apoderarme del ardiente cetro checo!

27

NO PODÍA vacilar un instante: apenas llegado el jinete de Praga con la noticia de la muerte, el rey de los romanos debía de actuar como el nuevo rey de Bohemia. No se requería congreso alguno, ninguna asamblea podía impedir al hijo de Carlos IV que tomara el poder en sus manos. Sólo que Praga estaba lejos y aquellos que hasta entonces permanecieron mudos, reivindicaban ahora a gritos alguna libertad: dispensa del poder eclesiástico, del poder civil, real, feudal, magistral, una independencia hasta entonces desconocida en el mundo cristiano. No sólo eran obstinados… ¿Acaso habían perdido la razón también los de Praga? ¿No existía diferencia alguna entre señor y campesino, noble y sirviente? ¿Ya no era un deber respetar a los sacerdotes? ¿No era el rey el soberano del pueblo, ni siquiera prestando juramento y respetando las sagradas tradiciones de los antepasados? ¿Qué esperaban los estudiantes, profesores, patricios, magistrados, sacerdotes descarriados, caballeros perjuros, de su fidelidad? ¿Qué buscaban? ¿Podía sostenerse aquella república del monte de Tábor, aquella isla maldita, dentro del Imperio del pueblo de Cristo? ¡Qué lenta y escasamente llegaban a Constanza los informes sobre la capital checa!

La cancillería encerrada en el convento ya no soportaba más el tremendo trabajo que dictaba Segismundo: desde los territorios ocupados por los otomanos, hasta Inglaterra, crecía el expediente de cada nación, pueblo, rey… Había que sacar a la luz el «dossier» de Bohemia. Reunir a los sacerdotes y nobles que estaban en Constanza: «Quid Nunc?» —¿qué pasará después?—. No era probable que su majestad el rey de los romanos entrara en Praga con desfile solemne y entre el júbilo de los checos.

¿Qué sucedería luego? Era la pregunta angustiada de la cancillería.

Sobre el papel todo parecía fácil. El mensajero real había partido ya portando la egregia decisión: por el momento sería la reina Sofía la regente; Genek von Wartenberg la primera personalidad del Consejo Regente. Por lo que se refería a la Iglesia —según los últimos informes— habían sido saqueados la mayoría de los monasterios, convirtiendo las iglesias a la fe

husita: la mayoría de los magistrados municipales y el partido mayor del parlamento, todos vivían ya bajo el signo de las doctrinas de Hus, unos inclinados hacia los calixtinos, otros a los taboritas.

Entre tanto arribó en septiembre la resolución de la asamblea de la Dieta checa: el parlamento había decretado libertad total de conciencia, se autorizó en una misma iglesia la comunión bajo una o dos de las especies. Las nuevas decisiones que necesitarían ratificación real para convertirse en leyes, estaban plenas de sentimiento nacionalista; varios de sus párrafos eran ofensivos para los extranjeros. La ley futura establecería directamente —según el espíritu de Juan Hus— que en adelante todas las leyes debían ser decretadas en lengua checa.

¡Recurramos entonces al devoto recuerdo del padre! La primera declaración de Segismundo al pueblo checo, evocaba la época gloriosa y feliz de Carlos IV, cuando no había diferencias entre alemanes y checos, no quebraban la unidad de la nación nefastas discusiones religiosas, no se llegaba tan cerca del abismo de la herejía. La palabra real pidió obediencia para la regente, reposición del orden perturbado, sin el cual ningún país podía vivir.

Genek —el aristócrata checo— no era fanático, por lo que no estaba aferrado al antiguo orden y los calixtinos veían en él un apoyo. Pero no tenía ni ejército ni dinero para contener la sublevación, ya fuera en nombre de Sofía o en el de Segismundo. ¿Qué información mandar entonces desde Praga a Constanza? Más tarde ya no hubo de enviar información alguna: inesperadamente entró en la nocturna Praga un ejército checo hasta ahora invisible, que no encontró resistencia. ¿Serían soldados? Eran campesinos, pequeños burgueses, entre ellos algunos caballeros. Con armas caseras pero al compás de tambores, al son de las trompetas. ¿De dónde venían? El Monte Tábor podía ahora invadir Praga; su caudillo era Jan Ziska junto con el caballero Huss: surgidos ambos de la pequeña nobleza, conocían la estrategia y también la manera de organizar un ejército con gente del pueblo. Ziska no ignoraba el arte militar: había luchado en las filas polacas contra la Orden Teutona. Odiaba a los alemanes y ese sentimiento fue el que le llevó al lado de los polacos. Sus partidarios le conocían como un alma pura, por encima de las debilidades humanas. No tenía ambiciones especiales: y con sus dotes de comandante simbolizaba la inquebrantable voluntad checa.

Las tropas entraron en Praga al oscurecer, cuando la capital se retiraba a descansar. Ocuparon las plazas frente a las iglesias, penetraron en los santuarios, sacaron las estatuas e imágenes. Como antaño, como hacía mucho en Bizancio, ahora comenzaba aquí la destrucción de las reliquias. El

caballero Huss —digna pareja de Ziska— abandonó al poco tiempo la jefatura de la sublevación: su inesperada y pronta muerte significó una enorme pérdida para el movimiento. Ziska quedó solo al frente del mando.

Cuando llegó la noticia de que Segismundo no sólo reclamaba sus derechos al trono checo, sino que ya se había proclamado su rey, los jefes husitas comprendieron que no podían esperar mucho de él: era lo mismo que después de dar el salvoconducto al «magister», cuando echó a Hus en las manos del Concilio. La Dieta prefirió no tomar en seguida una decisión sobre el futuro de Bohemia; en cambio se propusieron como tarea más importante, crear un ejército fuerte, disciplinado. Las tropas husitas estaban formadas por campesinos en su mayoría; los habitantes de las ciudades participaban en el ejército, pero en número más reducido. Buena parte de los artesanos y mineros era de origen alemán, considerados como enemigos, pues la mayor parte de los alemanes continuaban siendo católicos. Los comandantes de las unidades que dictaban la disciplina a las tropas, eran caballeros. «Guerrilleros de la palabra de Dios», así se dejaron llamar en un comienzo los táboritas.

El carácter especial de la organización bélica de los husitas consistía en que hasta el final guardaba las formas de una sublevación popular. Cuando llegó hasta el pueblo la orden de entrar en filas, marcharon juntos hombres y mujeres, con los hijos mayores. Esto no perjudicaba al ejército, especialmente al principio: porque las marchas tenían un ambiente casi festivo, hasta les seguían los familiares en sus carros. Las mujeres cuidaban del aprovisionamiento del ejército; en las próximas etapas del movimiento se hablaría cada vez más de las mujeres taboritas que luchaban junto a los hombres, muchas veces con terrible crueldad, sin la menor consideración ni por ellas mismas ni por su enemigo. Sólo los familiares podían acompañar a las tropas, las mujeres vagabundas o merodeadoras no podían acercarse al ejército; igualmente los comandantes habían prohibido los juegos de azar, especialmente el juego de dados, la maldición de los ejércitos mercenarios.

Ziska entrenaba con abrumadores ejercicios y marchas a sus tropas cada vez más poderosas. La capacidad de fuerza militar aumentó con la organización de la caballería y sus jinetes acorazados. El ejemplo de la Orden Teutona había enseñado qué gran fuerza podían ser los jinetes si la condición del suelo posibilitaba el ataque. Incluso tropas montadas más reducidas eran capaces de destruir infanterías más numerosas, como las famosas agrupaciones suizas de infantería. Pero la caballería pesada requiere mucha experiencia y preparación, además de ser muy cara: la coraza completa más la armadura del caballo, eran de un costo que devoraba toda la herencia paterna.

Tales sumas no se las podían procurar los husitas, sin contar con que los campesinos no estaban acostumbrados a montar caballos desde la niñez, como los caballeros.

Pero entendían en cambio a sus bestias de tiro, los carros fueron construidos a centenares por los artesanos, mientras que la armadura de los caballeros se fabricaba en las ciudades por los herreros de armas. Evidentemente nació así un factor decisivo en la estrategia husita, la táctica relacionada con el nombre de Ziska: la introducción de los carros de combate. Los carruajes empezaron por ser sólo un medio de defensa, pero luego se utilizaron para el transporte, con lo que dieron alas a la infantería husita en el ataque. Los carros prestaron increíble profundidad a las columnas militares y al mismo tiempo reemplazaban la caballería. Se decía que la ventaja de los carros la había descubierto Ziska en Polonia, al luchar allí contra los caballeros teutones.

Al comienzo fueron utilizados los carros de los campesinos, pero más tarde tuvieron que fabricar vehículos especiales para la guerra. Según los cálculos de Ziska, para cada mil infantes se necesitaban cincuenta carros de combate. Un vehículo de velocidad media tenía que llevar veinte hombres, los cuales recibían cada vez más armas de fuego, a medida que aumentaban los talleres y las herrerías. Era seguro que los caballeros tenían en sus arsenales caseros algún mosquete italiano o alemán, y los dueños de los mayores dominios que se habían unido al ejército, debían de conocer la técnica para fabricar cañones. Así, los carros husitas no eran solamente medios de transporte sino que se convirtieron en pequeñas y veloces fortalezas cuya capacidad de fuego crecía continuamente. Todos los carruajes debían tener una fuerte cadena de hierro —a la que enganchaban los caballos— atando unos carros a otros en una forma determinada. Así construyeron ya una verdadera barricada y desde este cobijo podían tirar sobre los jinetes enemigos. Los carros eran dirigidos desde el coche del comando, mediante banderas de señales durante el día y antorchas al oscurecer. Los cocheros campesinos tenían ya en la sangre el arte de conducir los carros con caballos de tiro; los caballos también estaban habituados por su vida anterior al fuerte trabajo, y así una pareja era suficiente para llevar a veinte hombres con sus armas. Los carros de combate fueron desarrollándose sin cesar durante los años de las guerras husitas; más tarde, les dotaron con un cerco de defensa y así podían disparar como desde un blindaje: encadenados formaban una fortaleza circular inaccesible, y después, librándoles de las cadenas podían desplegarse de nuevo formando tres o cuatro columnas de ataque. Entre las

columnas se colocó la artillería y en la parte dirigida hacia el enemigo iban los coches con el mayor número de mosqueteros. Cuando establecían un campamento, estos carros de guardia con armas de fuego eran los que protegían el acceso al mismo. Las dos alas de ataque eran más alargadas que el centro; cuando había que luchar, estas dos prolongaciones se inclinaban por la derecha y por la izquierda de la columna central, en forma de tenaza, como defendiéndola. La siempre escasa caballería husita, podía retirarse fácilmente tras la defensa de los carros, si no había suerte durante los primeros encuentros.

Con el tiempo se reforzó la instrucción de los carreteros: debían de aprender cómo preparar las diferentes formaciones y les enseñaron letras: así aparecían las letras O, C y V, como señales de las formaciones. Tuvieron que aprender su reordenación durante la batalla, cómo dar la vuelta, desviarse, virar según las exigencias del momento; la táctica de carros de los checos iba a resultar irresistible durante los años siguientes, hasta el punto de que las tropas europeas empezaron a imitarles aunque a regañadientes. Generalmente chocaban con la oposición de los caballeros que lo consideraban un arma vulgar y rústica, aparte de que desconfiaban de los campesinos sentados en los carros de guerra que, un día, podían volverse contra sus señores. Y eso fue lo que obsesionó a los taboritas, cuando pudieron enfrentarse a sus dueños de antaño.

La infantería checa, disciplinada y aguerrida se incorporó así a la historia militar del siglo XV (alguna palabra de aquel tiempo, como el mortero conocido como «Haubitz», provenía asimismo de la palabra checa «haufnice»). Juan Hunyadi y luego Matías también utilizaron los aciertos checos: en el ejército negro prestaron servicio muchos checos, infantes excelentes con experiencia bélica.

Cuando Ziska empezó su organización, veía ya sólo con un ojo: después perdió el otro durante una lucha y en la etapa final de la contienda husita el tuerto quedó ciego, aunque ello no influyó en su capacidad de dirigente. Ziska sabía elegir magníficamente el campo de batalla y además de asegurar el lugar de la lucha, formaban parte de su talento y de sus preocupaciones como estratega, la colocación de los cañones y la formación de los carros.

Y mientras se estaban organizando las fuerzas en las provincias, en Praga estalló la guerra municipal.

Lucharon entre sí alemanes y checos, los de los barrios nuevos y los antiguos, los católicos y los husitas, los pobres y los ricos; más tarde se dividieron también los partidarios de la nueva fe. Los predicadores, los

comentaristas de la Biblia surgieron entre la población campesina y los analfabetos que aprendieron a leer; sus palabras abundaron en profecías ardientes, a veces provocando incluso acciones sangrientas.

La grave guerra fratricida estalló cuando los mineros católicos de habla alemana de Kutná Hora, entraron en la lucha y planearon una sangrienta represalia contra los de Praga. La provincia minera se convirtió así en otro centro de lucha: los mineros arrojaron por las bocas de las minas abandonadas a los husitas que lograron apresar vivos y que perecieron en lo profundo: se calculó en dos mil las víctimas husitas. La violencia engendró violencia: cuando los taboritas capturaban a quien fuera de Kutná Hora, le ultimaban también con furor elemental y después de prolongadas torturas.

El mundo del Hradschin apretó filas: los consejeros alrededor de la reina procuraron mantener un orden relativo. Libraron noticias de que Segismundo había salido hacia Praga para tomar posesión de su reino; según otras fuentes, el rey se había envuelto en una nueva guerra con los turcos. La verdad era que Segismundo quiso comenzar su reinado en Bohemia, marchando con un fuerte ejército a la capital, pero su íntimo consejero, Federico de Hohenzollern, con su reputación de político sensato, le aconsejo precaución, negociaciones, pasos lentos. Federico conocía demasiado bien las características checas para sugerir un paseo militar, una gloriosa subida al trono. Aconsejó a su majestad romana que esperara hasta que se desahogaran las pasiones husitas, hasta que se destruyeran entre sí los extremistas. Durante ese obligado silencio podía establecerse su majestad en el Hradschin en nombre del Imperio; pero con la ayuda de la fuerza armada de Hungría, sin derramamientos de sangre. Todos se sentirían satisfechos de tener otra vez en el castillo de Praga a un luxemburgués, hijo de Carlos IV. No os apresuréis todavía, majestad…

Un llamamiento se publicó en Praga llamado «manifiesto de los nobles»: los firmantes confederados proclamaron el rechazo; Segismundo no era rey para ellos, nadie le eligió ni designó para ser un soberano checo. Todos sus actos reales hasta el momento eran pues ilegales, especialmente la convocatoria del tribunal de emergencia, que enseguida falló treinta sentencias de muerte, persiguiendo así a la fracción más moderada de los husitas, a los utraquistas, entre los cuales se encontraban numerosos nobles. La acción provocó naturalmente la reacción: con la misma crueldad que demostraron los grandes propietarios locales que depuraban severamente en nombre de Segismundo, los taboritas utilizaron la misma violencia y se convirtieron así en el ejemplo a seguir dentro del movimiento husita.

Comenzó el continuo saqueo de iglesias y monasterios, los destructores de imágenes eliminaron un sinfín de obras de arte, hicieron polvo la herencia artística de pasados siglos, amontonaron y después quemaron imágenes, quebraron las estatuas, los altares. Ziska no frenaba sus legiones en esa etapa de la lucha, más aún, de vez en cuando dirigía él mismo estas acciones, para ejemplarizar. Lo cual trajo consigo —y era lo que esperaba Segismundo, siguiendo el consejo de Federico— que los más moderados se fueran hartando de esos estragos sin razón, y empezaran a inclinarse hacia el gobierno paternal de Segismundo, supuesto defensor del orden, elevado por sus partidarios a míticas alturas.

Genek, el representante del verdadero gobierno central —si es que se podía hablar aún de poder real organizado— era un patriota checo, al tiempo que auténtico cortesano; ello explicaba sus frecuentes cambios de actitud durante los acontecimientos. ¿Cómo impedir si no —como miembro del consejo de regencia— las luchas siempre renovadas que se libraban en los barrios de Praga? Cada distrito había sufrido con las destrucciones, los incendios, principalmente donde no existían murallas para defenderse contra el pueblo armado que atacaba desde otras partes de la ciudad.

Mientras tanto, se construyó una enorme fortaleza para el centro husita, que fue edificada en el lugar del castillo de Hradiste, derruido ya hacía doscientos años. Las montañas formaban una magnífica defensa bélica de este lugar, denominado Monte de Tábor. La estrecha entrada del valle ofrecía una magnifica protección contra los atacantes: la colonia del Monte de Tábor llegó a ser el principal apoyo para las maniobras de Ziska. Gran parte de su gente armada acampaba allí; en aquel lugar se instruían las unidades del ejército, llegaban las armas, examinaban los carros de combate, hacían ejercicios con los caballos de tiro que ya casi obedecían solos a las notas de las trompetas. De aquel valle partían los hombres a las órdenes del comandante para sus violentas acciones, allí volvieron cargados de un excelente botín, como si regresasen victoriosos del extranjero. Pero se acumularon también los productos del pillaje de riquezas eclesiásticas y burguesas checas, del saqueo de castillos y ciudades, guardado y mantenido todo ello en riguroso orden, por Juan Ziska.

Las fuentes informativas no coincidían acerca de la fuerza del ejército del Tábor: comparando noticias, relatos, informes —en aquellas primeras etapas de la guerra— se calculaba en unos ochenta mil los guerreros husitas. El número debió de parecer enorme en aquella época de transformación de la estrategia. El ejemplo de suizos e ingleses demostró la creciente importancia

de la infantería frente a la caballería pesada: las armas de fuego eran más populares: crecía especialmente el tamaño y alcance de los cañones. Las ensordecedoras detonaciones espantaban a los caballos, no acostumbrados a tal estruendo, que se desbocaban tirando a su jinete de la silla, aún antes de acercarse al enemigo.

Evidentemente Ziska estaba enterado de lo que sucedía en los campos de batalla de Europa, principalmente en el torbellino de la guerra anglo-francesa, donde se «estrenaban» las más recientes armas de combate. La fuerza más importante de las tropas británicas la constituían los arqueros, equipados con enormes arcos y expertos en el tiro parabólico. Pero Ziska conocía también la táctica de los ataques turcos, como asimismo la forma de combate en la Orden Teutónica, enraizada en el glorioso pasado. Los cañones —especialmente los más pequeños, que se podían instalar en los carros— desempeñaron un papel cada vez más importante en la estrategia checa. No obstante, el cañón seguía siendo el arma más costosa y el número de los talleres para fundir cañones sólo aumentaba con el lento crecimiento de las fuerzas económicas husitas, sobre todo por lo caro de su abastecimiento. Así era la situación aproximada de los ejércitos sublevados, en la primera campaña de los husitas.

Una ojeada al continente: en el largo conflicto entre Inglaterra y Francia, había intentado ya intervenir el papa Martín V. Por consiguiente, sus legados partieron hacia las dos capitales. Federico de Habsburgo, siempre inquieto, se mostró de nuevo dispuesto —con la mediación del otro Federico, el de Hohenzollern— al vasallaje ante Segismundo. El célebre encuentro ocurrió en el patio de los Agustinos, en Constanza. Segismundo se dirigió al príncipe de los Austria con la solemne pregunta que había generalizado ya tantos problemas: si estaba dispuesto a someterse al Imperio y al rey de los romanos, reconociendo su soberanía. Federico —el secuestrador de papas— contestó con sobriedad: «Sí, majestad».

Seguidamente Segismundo se quitó los guantes, se estrecharon las manos pero no se abrazaron… En Holanda se había casado la hija «no reconocida como varón» de Guillermo de Holanda, «Jacoba», con el príncipe de Borgoña. En la primavera de 1418, después de la sesión número 44 del ya famoso Concilio de Constanza, se procedió a la solemne clausura del Sínodo. En esa sesión se presentó Segismundo en traje de diácono, subrayando así su papel de emperador de la cristiandad en Europa. Fijaron Padua como sede del próximo Concilio. En esta última sesión acaeció un hecho desagradable: el delegado polaco pronunció un extenso discurso reprochando las injusticias sufridas por su país y atacando la Orden de los Caballeros Teutónicos. El

impaciente santo padre empezó por interrumpir al poco deseado orador; después le amenazó con el «interdictum» si estropeaba el solemne final del Concilio. Así que por fin, el último orador decidió callar…

Martín V impartió una absolución general; en sus palabras de clausura dijo —casi disculpándose— que en el Sínodo no había ido todo como debía. Aquella alusión fue tomada por unos como una indirecta a los movimientos husitas, según otros, censuraba directamente la ejecución de Hus que —se sabía— antaño fue protestada por el cardenal Colonna.

Después de la clausura del Concilio, Segismundo se quedó un tiempo junto al papa para tratar con más tranquilidad los asuntos comunes a ambos. Dominaba una seria preocupación: dónde instalar la residencia de Martín cuando saliera de Constanza. Era todavía difícil acercarse a Roma y las condiciones actuales de la Ciudad Eterna, no eran las más indicadas para acoger a la Curia. Se planteó de nuevo la posibilidad de Avignon, pero era de temer que los cardenales de Italia, eligieran en este caso a un nuevo antipapa. Segismundo aconsejó que el santo padre se quedara en el Imperio Germánico: allí podría organizar con más calma su cancillería eclesiástica y era además la tierra donde el rey de los romanos podía defenderle.

En el segundo día de Pentecostés se procedió a la ceremonia de la partida, cuyo plan fue trazado por Segismundo. El santo padre llegó a caballo, cuatro condes de la región sostenían el palio. Principalmente se centró el interés en uno de ellos: el señor de Orsini. Este linaje se hallaba desde hacía siglos, acaso medio millar de años, en lucha contra los Colonna. Así que al sostener Orsini el palio, se podía considerar aquel gesto como el primero de la reconciliación de los Colonna con los Orsini. Las fuerzas armadas fueron reunidas en un enorme escuadrón, los jinetes desplegados aparte. Formaron así un verdadero ejército; los cronistas refirieron —evidentemente con exageración— que habían calculado el séquito del papa y del rey en unos cuarenta mil caballeros, sin mencionar la infantería.

Al juramento de lealtad de Federico de Austria, le dieron además un brillo más metálico: setenta mil ducados, aunque esta suma no llegaba a cubrir las nuevas deudas de Segismundo. El rey esperaba que con motivo de su próximo viaje a Italia podría otorgar algunas ejecutorias, prometiendo a los consejeros italianos adinerados pero sin título, que podrían pavonearse con sus escudos de margraves y príncipes y así gozar de una situación privilegiada sobre los otros príncipes de la región. Pero mientras tanto, no llegaba siquiera un anticipo, por lo que los acreedores ponían obstáculos para la salida. Cuando se apagó el resplandor del festejo allí quedaron los mercaderes y prestamistas

organizados en una federación: también ellos contrataron guerreros armados, declarando que no dejarían salir por las puertas de Constanza a su majestad, mientras no hubiese liquidado sus deudas. Segismundo se vio obligado a desprenderse de todos sus objetos de valor y a negociar personalmente con los prestamistas, logrando que éstos consintieran en dejarle salir algunos días después de la marcha solemne, partiendo con una pequeña comitiva, humildemente, sin ningún festejo y abandonar así Constanza, donde el célebre Concilio tuvo su sedé durante tres años y seis meses. Resumiendo el estado general de la ciudad suiza durante aquel período, la verdad es que no se produjo el encarecimiento de ningún artículo importante, no hubo peleas, ninguna epidemia devastó la población. Según los padres del Sínodo, el orden público que se podía tildar de milagroso, lo aseguró principalmente Segismundo con su autoridad: pero en realidad, aquel milagro lo obtuvo con su energía el magistrado de la ciudad. Los cronistas citaron las palabras que Segismundo pronunció como despedida: «El buen soberano no tiene que enterarse de todo, tampoco tiene que escucharlo todo. Quien aspira a reinar bien no tiene que vanagloriarse de su suerte, sino ocuparse de no fracasar en su mala suerte». Estas palabras complementaron dignamente el axioma preferido de Segismundo: «el soberano debe también saber fingir magistralmente».

En uno de sus últimos discursos ante el Concilio —donde habló siempre en latín— se equivocó al declinar la palabra «cisma». La utilizó como si se tratara de un sustantivo femenino latino, sin acordarse de su raíz griega, que en labios helénicos era neutra. Y cuando pronunció la palabra «cismae», el anciano cardenal Brando Castiglioni, amigo de Segismundo, no pudo abstenerse de corregir la palabra en boca de su majestad. Segismundo interrumpió su discurso para preguntarle al cardenal de dónde lo sabía y en qué autores se basaba para atreverse a corregirle. Brando —evidentemente a la ventura— hizo la observación de que esta palabra con declinación griega ya la habían utilizado así dos excepcionales gramáticos. A lo que Segismundo como conclusión, aunque riéndose, cortó por lo sano: «Tú citas a autores romanos pero yo, como rey de los romanos, no sólo soy caudillo del derecho, *sino que como César estoy también por encima de la gramática*».

Aquella anécdota fue anotada por varios cronistas y en diversas versiones. Igualmente quedó conservada la opinión del rey sobre la labor de los científicos: en el Concilio se colocaron bancos especiales para los doctores y maestros, los nobles se situaron en otro grupo. Segismundo nombró caballero a uno de los juristas cuya labor fue excepcionalmente útil y por ello lo

ennobleció. En la sesión siguiente el doctor ya no buscó su asiento en el grupo de sus compañeros, sino en uno de los bancos de la aristocracia de origen. Segismundo lo observó desde su asiento, colocado en lo alto como un trono y le dijo: «Yo puedo elevar diariamente al rango de nobles y caballeros hasta cincuenta hombres, pero en cambio cincuenta años son pocos para que un científico se desarrolle como tú lo has hecho. Debías de estar orgulloso del sitio que ocupaste hasta ahora; no te afanes por ocupar, otro que no sea el tuyo».

Al acercarse el final del Concilio, la noticia de una peste que llegaba de Alemania, aceleró los preparativos de los que se iban. Al mismo tiempo informaron de una nueva migración de pueblos desde distintas comarcas del imperio: surgió gente extraña del Asia en la Europa Oriental, los que llegaban en carros y se llamaban indios. Como lo precisó el cronista, «… venían en centenares de carros, bajo el mando de un rey, hablaban su propia lengua, obedecían sus propias leyes…». Destacaron en toda clase de profesiones y artes pero preferían no trabajar. Esta corriente de gitanos era difícil de contener: cuando los carros llegaron a la frontera francesa, sus habitantes vieron en ellos una amenaza, creyéndoles husitas que llegaban en sus carros de combate, para destruirlo todo. Por eso se mantiene aún hoy en día la denominación en francés de «bohemien» para los gitanos —bohemios— que significa checos. Desde aquella época cada vez abundan más las anécdotas sobre gitanos en las crónicas europeas. Según esas fuentes, Segismundo entregó un salvoconducto a su jefe, aunque no gratuitamente; de modo que los carros llegados de tierras lejanas, pudieron dispersarse cómodamente por la parte occidental de Europa, lo mismo que por Hungría y las provincias orientales.

Con la clausura del Concilio, como si de pronto hubiera concluido la paz interna del Imperio Germánico, desapareció la calma política, más o menos respetada durante tres años. Se reanudaron las luchas entre los príncipes alemanes; de repente, todo el imperio se llenó de gritos de guerra; se derrumbó la ilusión de una Alemania pacífica. Al mismo tiempo llegaban llamamientos de Hungría cada vez más frecuentes y más serios: «¿Tenemos o no tenemos rey?». Segismundo vivía su sexto año alejado de su país, a pesar de que éste le había dado el fundamento a su poder y el sostenimiento de su reino alemán. Y la verdad es que tampoco entonces apresuraba mucho su regreso: se acercaba más cómodamente, por vía fluvial. Bajó en barco por el Danubio desde Ulm, llegó a Ratisbona a mediados de noviembre para poder estar presente en la reunión del Consejo de notables del Imperio. Sólo habían

acudido tres electores y algunas dignidades imperiales: como si el Imperio estuviera ya cansado por las continuas tensiones de los años anteriores. Partió desilusionado hacia su siguiente etapa: Viena. Allí tenía que justificar un contrato familiar: los esponsales de su hija única Isabel, con el príncipe austríaco Alberto. Según una cláusula secreta del contrato (pronto se convirtió en un secreto a voces, también en Hungría), Segismundo designaría a su futuro yerno Alberto como heredero de la corona húngara, en caso de no tener él descendiente varón —como ya era probable. Si Segismundo no cumpliera por alguna razón el acuerdo y la boda planeada no se realizara dentro de los dos años, el rey de los romanos debería pagar una indemnización de cuarenta mil ducados al príncipe Alberto. Esta cláusula del contrato había sido avalada por el suegro y por el cuñado, Hermann Cillei y Nicolás Garai, a través de sus respectivos bienes.

Con vientos fríos y agitados llegó a comienzos del año 1419 el rey de los húngaros a su país. No había antecedentes en la historia de un rey que hubiese osado abandonar las tierras de su poder durante tanto tiempo. De la situación de gobierno en el país dieron una impresión bastante lamentable, tanto los visitantes extranjeros como los nacionales. Sus regentes, Juan Kanizsai, arzobispo de Esztergom y el palatino Nicolás Garai, estuvieron casi siempre en el Concilio o junto al rey en sus viajes. Los asuntos de gobierno bajo el cetro femenino de la reina Bárbara los llevó principalmente el obispo de Zagreb, Eberhardt. Los aristócratas o bien entablaban guerras entre sí, o se aliaban contra otros; poco les faltaba para imitar las formas imperiales marcando con las suyas particulares la siguiente etapa del desarrollo jurídico, al actuar como príncipes independientes. Su obstáculo residía en las regiones lejanas: los hidalgos enriquecidos y los nuevos burgueses eran la fuerza que disponía de importante poder militar y además podía obtener dinero para la lucha contra la nobleza: y esa fuerza se inclinaba hacia su aliado natural, el rey.

Cuando corrió la noticia de la llegada de Segismundo a Viena, empezaron a surgir informes, quejas nacionales y locales por igual. Las semanas vienesas —condimentadas con negociaciones, cacerías, bailes— transcurrieron, sin embargo, en un ambiente agradable, y podía comprenderse que Segismundo no se apresurara a volver a casa, a la inquieta Hungría, donde no le ofrecerían esos festejos que se otorgaban al soberano extranjero, que además era el supremo señor de los alemanes.

El séquito real, bastante reducido, desembarcó en Pozsony, que fue la primera tierra firme que el soberano, ausente desde hacía seis años, pudo pisar

en su patria. Allí se encontró con manifestaciones espontáneas de júbilo, gentes de toda clase rodeando el embarcadero, pero sin ninguno de los «festejos formales», como sucedía en las ciudades alemanas o suizas. Las orillas del Danubio se habían llenado de gente sencilla, dignidades de las comarcas con trajes tajares cubiertos de joyas, el magistrado del municipio de Pozsony, muchos campesinos y entre ellos pequeños nobles con sus sables en la cintura. Era toda una imagen invernal y multicolor, con el paisaje escarchado y vientos cortantes, aunque el Danubio aún no se había helado. El parlamento no estaba convocado todavía pues se ignoraba la fecha exacta de su llegada, y por ello falló en la organización del festejo de la llegada del rey a su casa.

Aquel día aún descansó su majestad, pero ya al anochecer no faltó alguno que otro noble que, ejerciendo su privilegio, abordaba a Segismundo con un mar de quejas vaciadas de golpe. Segismundo tenía buenos oídos: los años transcurridos habían agudizado su instinto diplomático. Como sabía leer entre líneas, igualmente intuía las pasiones particulares ocultas en el fondo de las ofensas nacionales. Le chocó la primera insinuación, todavía discreta, que llegó a sus oídos sobre Bárbara. En Occidente habría sido inimaginable que durante una conversación de aquel género entre soberano y súbdito, se censurase la conducta de la «Domina Regina». Allí, apenas respondiendo a una sola pregunta, llegaban las quejas a miles. Ya en el castillo, cuando se hubieron reunido más miembros del consejo real y a ellos se agregaron algunos eclesiásticos, Segismundo planteó abiertamente sus interpelaciones: «Hablad libremente, no quiero influir ni limitar en nada vuestras palabras». Rogó a Hermann Cillei, como padre de la reina, que se ausentase del improvisado consejo. Al contrario que a Nicolás Garai, a quien pidió que se quedara como miembro de la familia, por si fuese necesario mediar entre Bárbara y los consejeros.

Segismundo ya comprendió, por algunas de las palabras oídas, que no se trataba de la gobernación de la «Domina Regina», ni de sus actuaciones como regente: cada vez se oía con más frecuencia la palabra *moralidad*. Al principio sólo trataban de insinuar críticas al comportamiento de la reina, pero después insistían más abiertamente en esa espinosa cuestión. Pozsony era, en realidad, una ciudad pequeña, los rumores del castillo llegaban pronto a las residencias señoriales. No se trataba de escandalizarse por la inconstancia de la naturaleza femenina; ellos mismos eran maridos, padres de familia, y sabían muy bien cuán peligroso es dejar el nido vacío durante seis años. Tampoco era un secreto que su rey fuera famoso por su apetito viril, a pesar

de sus cincuenta y dos años, cuando los caballeros más jaraneros ya se preocupaban del futuro de su alma.

Era natural que Segismundo no pudiera reprocharle nada a su esposa, en cuanto a fidelidad conyugal. Pero el juicio de las cosas cambia cuando se trata de la soberana de un enorme Imperio y no simplemente de una mujer. La misión de Bárbara era la de hacerlo todo, conteniendo sus debilidades personales en beneficio del interés de su país. Hungría era enorme, pero le acechaban peligros por todas partes; la reina debió dominar sus culpables pasiones… sus ansias de varón, propias de una libertina… Al haberle concedido la corona de San Esteban debió vivir como una reina, por guapa, joven y apasionada que fuera.

Segismundo debió de advertir enseguida que los grandes del país consideraban la corte de Bárbara como un nido de víboras y a las damas de la corte y a los chambelanes, como rufianes colaboradores del libertinaje: todos habían estado disimulando, encubriendo la aventura de Bárbara con el caballero teutón. Aquella relación amorosa era ya tan conocida que llegó hasta las habladurías de los pinches del castillo. No era un secreto la llegada de Walmerode, pero pocos los que le vieron partir, en el umbral del amanecer, de los aposentos de la reina. En cuanto el rey intentaba llegar a las raíces, tropezaba con el nombre de Walmerode. Aumentaba la impopularidad de la reina el hecho de que el caballero alemán trataba a todos con soberbia y arrogancia: se le había subido a la cabeza su inesperada victoria viril. Era evidente que también se había pavoneado ante sus compañeros, de su amante real.

Segismundo intentó naturalmente sofocar el escándalo: pues ante el tribunal de su propia conciencia, debió sentirse también culpable por sus excesivos pecados contra el sexto mandamiento. Pero desde el comienzo debió darse cuenta de la indignación casi nacional que había levantado: jamás se había armado en Hungría parecido alboroto en torno a una mujer coronada. Su interés real en Hungría, le exigía ahora, por una vez, actuar como lo exigen circunstancias parecidas —los «Espejos de reyes»—. ¿Amaba a Bárbara? ¿Se acordó de cómo fue el primer beso de la joven Bárbara? ¿Habría anhelado el lecho conyugal del que se ausentó durante seis años sin contar con la única y breve visita de Bárbara? Sentimientos y estados de ánimo diversos se agitaban en la corriente de los acontecimientos. Es posible que no hubiera tomado ninguna decisión hasta no encontrarse con la «Regina», hasta no haberla escuchado. Y la reina esperaba evidentemente aquel encuentro, confiando en

su hechizo femenino que —llegado al punto crucial de sus dulces aventuras— había florecido maravillosamente.

28

¿AMABA a Bárbara? El rumor, peor que la sospecha, pobló la corte de Pozsony. ¿Era aquello lo que más le dolía, la bofetada que recibió su dignidad real, o logró resucitar el recuerdo de la doncella Bárbara de Cillei, los ojos misteriosos, la sonrisa enigmática que cubría a veces su rostro en los momentos del deseo? Durante las horas del viaje por el Danubio, Segismundo trazaba planes para atraer de nuevo a sus disgustados y protestones húngaros: cómo levantar el nuevo puente de la confianza, demostrar que se preocupaba por ellos y por el país. Justamente pendía el peligro del turco contra Hungría, mientras él ofrecía su apoyo al Imperio: por eso tuvo que sofocar primero con la penosa labor de varios años, el Cisma de medio siglo. En realidad todo ello pasó por encima de su interés por Hungría. No merecía reproche alguno, por el contrario, la gratitud por su empeño en crear la gran unión cristiana, que no dejó de defender noche y día. Ahora ya era posible la creación de un ejército, tan poderoso como para luchar eficazmente contra el pagano… Este argumento nacional sería excelente; en un discurso ameno y convincente se podía exponer en el Parlamento, una vez logrado todo su respeto.

¿Y los husitas? Fue justamente en Pozsony donde por primera vez el rey observó el nerviosismo, el ambiente inquieto, ya desde las primeras horas, desde los primeros encuentros, en los primeros relatos, de lo que había pasado en el cercano mundo checo. Pozsony no se encuentra tan lejos de Praga para que no puedan llegar las noticias sobre los choques entre partidos, las matanzas de Kutná Hora, las contiendas entre barrios Antiguos y Nuevos. También se supo que los husitas no tenían clemencia por nadie y por nada, y no reconocían fronteras. Habían entrado con sus carros del diablo también en territorio húngaro, habían predicado en comarcas húngaras, llegaban noticias de monasterios saqueados y quemados, de abades asesinados.

Los nobles húngaros no eran teólogos, su carácter no se prestaba a discusiones bizantinas, allí no interesaban a nadie los meticulosos análisis de las doctrinas, sólo a los que hacían de ello su pan de cada día: a los curas, a los doctores. Echaron en cara a la Majestad de Roma que fue un error, un

hecho sin justificación, el haber quemado a los «magister» de Praga; con la dura ofensa de haber entregado a Hus el salvoconducto del rey, que le protegía. ¿No había bastante con las muchas preocupaciones del país, el peligro turco que se extendía por el Sur y por el Este? ¿Por qué crear también un foco explosivo en las fronteras norteñas? Las mejores tropas del país se encontraban en territorios del Sur; había que retirar también de Dalmacia a buena parte de los defensores de los castillos. Y ahora, inesperadamente y sin la menor culpa del país, inocente de todo perjuicio a los checos, esa gente salvaje de los carros invadía los territorios limítrofes matando, devastando, quemando, sin hallar una seria resistencia. Las comarcas —por su propio bien — se estaban aliando, la cancillería advertía a las ciudades del Norte que hicieran lo posible por defenderse. Ya abrieron talleres para fabricar cañones en las libres ciudades de Kassa, Eperjes, Bártfa, Nagyszombat; se alzaban murallas con el dinero de los mismos ciudadanos, patrullas armadas controlaban los pasos de las montañas y principalmente los de las llanuras de Pozsony, para impedir que los carros checos irrumpieran de noche en los indefensos territorios.

Toda aquella tensión pesaba en las conferencias y reuniones, mientras continuaba el caos en los asuntos gubernamentales. De todas las bocas brotaban a chorros las ofensas; los rostros manifestaban preocupaciones, pesimismo. No surgía una buena palabra, ni se veía un semblante alegre… ¡Pero ahora ya estaba todo resuelto, había vuelto el rey!

«Es una gente muy extraña», pensaba Segismundo acostumbrado a que existan pueblos en el mundo de las más diversas razas. Claro que a cada uno le gustaría vivir según sus costumbres: españoles, franceses, ingleses, holandeses, pueblos diversos del Imperio, los italianos, los sudetes, dálmatas, bosnios, suizos… Y luego pensaba en los húngaros: ¡qué distintos eran! No había dos que coincidieran en sus opiniones sobre los asuntos del país. Y no existía ninguno que no uniese el destino del país a sus intereses personales. Los aristócratas húngaros no eran como los príncipes del Imperio, incapaces de mirar más lejos de lo que podían divisar desde sus torres. Segismundo volvió a ver a sus húngaros de ojos de águila, pero ahora estaban de mal humor. Desde que bajó del barco en Pozsony que, por supuesto, no había sido recubierto de alfombras púrpura, no abundaban los saludos —¡Hosanna, hosanna!— al rey que volvía a casa. No ondeaban sus guirnaldas las vírgenes cantoras. Todos estaban amargados, con la boca repleta de reproches. Y sin embargo… esos rostros eran diferentes de los que acostumbraba a ver en Constanza. Segismundo había madurado: reconocía a los hombres a la

primera frase; supo enseguida hasta dónde podía llegar con ellos. Descubría sus cualidades, sus intenciones, en la mayoría de los casos adivinaba también sus trucos. Pero todo aquello se había alterado. Sus súbditos estaban convencidos de que el país lo formaban ellos; el rey era solamente un adorno. Estaban habituados, debido a los agitados tiempos, a no apoyarse en otros, sino en ellos mismos, como curtidos por los vientos de los cuatro puntos cardinales; viviendo desde la infancia entre tempestades. No creían en muchas cosas o creían con amargura y no tardaban en romper con ásperas palabras, con risas furiosas, la cáscara de la semilla más ácida. Ahora estaban aquí, irnos de pie y otros —a los que autorizó el rey— sentados a la hora de su llegada. Sus mayores acusaciones no se referían, sin embargo, al peligro turco, no reprochaban las irrupciones taboritas, ni siquiera se oyeron quejas de los nobles contra los aristócratas feudales: siempre y solamente, Bárbara.

Le pareció llegar a un enorme nido de avispas, que eran los húngaros. Seis años, al parecer, fueron suficientes para que se organizaran en algo parecido a una secreta república que decidía el destino de comarcas y de ciudadanos. Porque el libertinaje de la reina, por encima de aquel maldito mundo, era lo que más les dolía. Por la expresión de los rostros comprendió, con un gran suspiro, que *ahora* debía decidir sobre la moral de la Domina Regina. Y había que ver qué extraño resultaba, no verse tratado como un marido cornudo a quien su íntimo amigo instiga a tomarse la justicia con un garrote, en defensa de su honor. No, la falta de Bárbara creció hasta convertirse en un problema nacional: todos pedían tacto, paciencia, piedad por la bella mujer, convertidos en amargos abogados, no autorizados. «No hagáis daño a la mujer, pero recuperad el respeto por la soberanía». Las dos cosas a la vez. Pero, ¿cómo?

Lo que pasó al lado del embarcadero fue sumamente extraño: Bárbara estaba allí junto a sus damas. Afeites en el rostro, gran sombrero, velo bajo el cual ondeaba hermoso su cabello rojizo, así se veía a Bárbara de nuevo, con su enigmática sonrisa que atrae y rechaza a la vez, abriendo sus brazos hacia el que llegó: «Así te he estado esperando siempre» —murmuró con ternura. Y cuando, según la ceremonia real de las cortes occidentales, Segismundo dobló una rodilla ante su mujer en lugar de abrazarla, sólo besándole la mano, entonces, ¿rieron o se sintieron disgustados los húngaros? ¿Había entre ellos algún malicioso? ¿Estaba allí acaso el mismo Walmerode? Recordaba haber visto ya de paso al teutón, envuelto en su capa de la Orden, esbelto, de ojos azules, rubio. Maldito Walmerode… Pero, ¿qué puede hacer el marido cornudo, si a la vez es el mismo rey? ¿Combatir con él a vida o muerte, aquí en Pozsony? Si calculaba el paso del tiempo, ¿cuántos años menos que él

tenía el caballero alemán? ¿Luchar con un don nadie siendo el soberano del Santo Imperio? Y no para decidir por medio del combate individual a quién debe pertenecer una comarca o para impedir una guerra —la muerte de buenos soldados— sino simplemente porque Bárbara yació en los brazos de aquel caballero, más de una vez… Era imposible borrar la herida del marido agraviado, del eterno Gran Maestre de la Orden del Dragón.

Y sin embargo, con qué candor sonreía Bárbara cuando él bajaba del puente del barco, mientras los treinta integrantes de la Orden formaban en el embarcadero con sus escudos, y detrás, las otras dignidades. ¿Cuántas miradas se dirigieron hacia Bárbara? Se murmuraron palabras que no era decente pronunciar en voz alta y Bárbara, aparentemente no advertía aquella actitud, sólo sonreía amable, enigmática. ¿Menosprecio? A los del Dragón les obligaba una fidelidad hasta la muerte —y excepcionalmente hacia la persona de Segismundo— pero, ¿quién de ellos no habría estado dispuesto a una aventura con la guapa mujer, si… si la misma regente lo hubiera querido, si la Regina les hubiese llamado para un consejo secreto? Segismundo se imaginaba qué pudo haber pasado la noche anterior a su llegada, en las residencias de los aristócratas. ¿Qué habrían comentado las damas? ¿Acaso instigarían a sus maridos para quitar el velo de los ojos del rey, o les habrían apaciguado con la solidaridad propia de las mujeres? Alguna vez habrá que averiguarlo. Segismundo pidió un almuerzo rápido con un jarro de vino y comió de pie. Cuando se sentó, ya estaba metido otra vez en los asuntos del país, con todos ellos. ¡Cómo había madurado!, pensaron los que no le habían visto en esos seis años; ¡qué amplias se contemplaban las perspectivas!, ¡cómo conocía a los hombres y los problemas del mundo, sin fatiga, sin cerrársele los párpados, pese a que desde el amanecer estaba viajando!, además de que durante la última noche en Viena se comentaba que tampoco había dormido demasiado. Más de uno de la misma edad del rey —sin dientes, calvo, tembloroso— ya no era capaz de competir con él ni en la silla de montar, ni en la cama. Segismundo era alto, erguido, de ojos brillantes, con un toque plateado en sus barbas.

Como quien aplaza intencionadamente la retirada de sus consejeros, parecía no querer quedarse solo, a pesar de que nadie había mencionado a Bárbara. Ya llegará la noche; que el mismo Segismundo decida sus arreglos con la señora, la reina.

Cuando se pusieron de pie, Segismundo —en voz baja— sólo murmuró que se reunirían al día siguiente a primera hora: se hará justicia en el asunto de la Regina. Los señores no durmieron bien esa noche, cada uno según su

conciencia; no participaban con mucho entusiasmo en un juicio en el que el rey era quien condenaba a su propia mujer; por adulterio. O quizá solicite a sus leales consejeros que sean ellos quienes dicten la suerte de su mujer…

Bárbara no se había dispuesto para la seducción nocturna con su marido. Era demasiado lista para ignorar que no era un secreto para el rey lo que había sucedido entre ella y Walmerode. Lo más sencillo hubiera sido esperar al esposo en la cama, y amarse. Pocos hombres podían resistir la sonrisa de Bárbara: quizá también Bárbara hubiera madurado en el amor. Walmerode —al enterarse de la llegada del rey— marchó rápidamente a la cercana frontera austríaca.

La enorme sombra cubrió la puerta. Bárbara veía ahora de otro modo a su marido. Bailaban ambos en el espejo de los recuerdos, desde los juegos infantiles hasta la noche de bodas; noticias de las primeras infidelidades llegadas a los aposentos de su majestad; las cejas elevadas con sorpresa de sus servidoras, «la sangre del rey no ensucia», una expresión francesa indecente y siempre presente en las cortes de Buda, de Visegrád, de Pozsony. El ardor de las reconciliaciones, de los amoríos, «noches como nunca», después, el rey infatigable que vuelve a marcharse, se hospeda en la casa del guardabosque para poseer a alguna campesina. Aquella era la densidad de los recuerdos, mientras Bárbara estaba sola enfrentándose a su propio destino. ¿Valía la pena Walmerode? ¿Era algo más que una rebeldía frente a ese destino? ¿Qué había de temer? La hija de Hermann Cillei no podía ser entregada al verdugo por su propio marido. Ella debería convocar como testigos de la defensa a la interminable colección de las amantes del rey, perdidas en la niebla… Segismundo podía sentenciarla si no le atara el sexto mandamiento, como a todos, como a ella, su mujer.

Walmerode estaría ya al otro lado de la frontera, a salvo, sin preocuparse siquiera si alguno había salido en su persecución, en nombre del rey. La última hora que pasaron juntos le dejó un maravilloso recuerdo, pero éste se había cubierto ya de sombras pues la interrumpió el mensajero de Viena anunciando la llegada del rey. «Márchate enseguida por las puertas de la noche…». El recuerdo; el anillo que había dado a Clemens. Ahora es él quien está aquí, en el sillón adornado con la corona, en el cuarto de recepción: un jarro de vino con dos vasos sobre la mesa, por si acaso y pese a todo, se sentara o tuviese sed el rey. Así pasaron las horas hasta la noche, con la total mudez de Bárbara.

Cuando le vio en la ojival puerta abierta, un poco encogido para no chocar con el marco hecho para personas más bajas que el rey, ya lo sabía todo, qué

podía esperar de la sentencia siendo él el marido engañado. Segismundo conocía la *Commedia* del Dante más allá de los rudimentos enseñados por sus tutores de antaño: qué hizo con Parisina su marido; cómo fue arrojada a los abismos Pía del Tolomei sólo por una sospecha; qué exigía el honor para los maridos de Italia… Se detuvo un minuto en la puerta. Si daba un paso más, entraría en el círculo mágico de Bárbara, deslumbrado por el resplandor de sus ojos, quemado por el calor de su cuerpo, el hechizo de su misteriosa sonrisa. La mujer se volvió hacia él pero siguió sentada, sin levantarse, sin arrojarse a sus pies con el ritual de los pecadores. Giró su cabeza hacia el monarca, sonriente. Sí, ya se habían visto en la solemne ceremonia, se habían cogido de la mano cuando, en el embarcadero, empezó la recepción; dos marionetas sonrientes con corona, según la tradición de los soberanos cristianos.

Al abrirse la puerta, ninguno estaba cubierto todavía por el manto real del destino, dos seres humanos, desnudos a pesar de sus trajes de gala. Lo hablado entre ellos fue apenas más que la charla cotidiana entre dos personas:

—He decidido que mañana mismo te marches de aquí. La noche es larga, recoge lo necesario.

—¿Me echas?

—Vas a Oradea. Para hacer penitencia.

—¿Quién cuidará de Isabel?

—Puedes llevártela. De esta forma será menor la vergüenza. Así lo diré por la mañana en el consejo real, cuando les anuncie que dejas de ser regente.

—¿Me estás castigando?

—No puedo entregarte al verdugo a causa de tu padre; yo no puedo dictar la sentencia. Sabes bien lo que merece una mujer que no sólo se denigra, sino que, según la palabra de las Escrituras, escandaliza. Ya lo ves, Bárbara, no te ataco, no te estrangulo como debería hacer… ¿Pero cómo has podido ridiculizarme de esta manera? Todos hablan, todos comentan esto aquí, en Pozsony. Me recibieron con esa noticia. Eres una mujer lista y comprendes muy bien por qué he tenido que viajar tanto, vivir en Constanza, en un monasterio, desatendiendo cuanto hubiera tenido que hacer aquí… ¿Y en pago me expones a tamaña infamia? ¡Cómo van a respetar los súbditos al rey, si ya los sirvientes del palacio se ríen de él! ¡Jamás mujer alguna avergonzó de tal suerte a su marido…!

—A ninguna mujer llenó de tanta vergüenza su leal y amante marido, Segismundo.

—Mañana irás por última vez al consejo. Escucharás la sentencia. No he permitido que persigan a Walmerode, no quiero mancharme con su sangre. Bien sabes que hubiera podido apresarlo, está atado por su juramento de fidelidad religiosa. Tumbar a la reina en el bosque, como el cazador furtivo que encuentra una moza buscando setas… ¿Era éste el hombre que necesitabas?

—¿No entras, Segismundo?

—¿Quieres redimir la condena tan fácilmente? Quién sabe lo que habrás echado al vino… Porque ya empiezo a creer lo que también dicen en la corte, sobre tu experiencia en esas prácticas… ¿Qué más tengo que oír sobre ti, egregia Regina? ¿Por qué no suplicas, Bárbara?

—¿Cuántos años, cuántos meses me dejaste sola? Cuando te despediste para ir a Aragón, ¿te preocupaste por un momento de mí?, ¿acaso pensaste que también la mujer tiene sus derechos? Por todas partes te acostaste con doncellas, con mujeres; tenías fama de no quedarte ninguna noche sin haber amado: con damas, con rameras, te daba igual. Después dormías la mona roncando un buen rato. ¿Es posible, Segismundo, que seas tú, de nosotros dos, el más joven, pese a tu barba canosa, o es posible que yo tenga veinticinco años menos que tú? Pero tú me dejaste aquí, no te preocupaste por mí; veía pasar los meses y meses por mi cuerpo. ¿Me has enviado alguna vez invitaciones, regalos, me has escrito cartas con bellas palabras, como a las criadas que quizá ni sabían leer? Yo soy así, Segismundo, no tengo la culpa; tú tampoco la tienes por el regalo que hizo la Mater Natura a tu carácter viril. Me dejaste aquí, Segismundo, en este país, entre señores húngaros cuyas palabras no comprendo, tengo que vivir en latín porque ellos no hablan mi lengua materna. Los conoces mejor que yo… ¿Son humildes acaso? ¿Me habrían tratado como su soberano? Cada uno es su propio rey, y cada uno me hubiera tumbado si yo le hubiera dejado. Agradécemelo, Segismundo, que aquí, con tus «dragones» jamás he caído en el pecado: pecado, todavía lo digo así. Estamos solos los dos, Segismundo, no me puedes delatar a ninguna inquisición, a ningún arzobispo. ¡Hay muchas cosas en que no creo! No creo que fuera un pecado mortal complacer la debilidad del cuerpo, mi deseo, porque no pueda resistir al ardor que me invade… Durante semanas, meses, años, cuando no tengo a mi lado a mi marido, como una nube gigante cuando me cubres. No creo en muchas cosas Segismundo, te lo confieso. A veces, por las noches me siento en la cama, oigo algún ruido. ¿Vendrán aquí los husitas? ¿Quiénes tienen el valor de decir todo cuanto yo sola murmuraba para mí? Sí, no creo… ¿Me mandarás quemar a mí también como hereje?

—Bárbara, estoy cansado. Creí conveniente que oyeras mi sentencia, aquí.

—¡Cuán cansado estarás si…! Mañana podrás proclamar la sentencia. Quédate conmigo.

Recuerdos de otras noches… ¿Cuántos años tenía Bárbara cuando por primera vez…? Ni siquiera quince. Ahora es aún más guapa, su sonrisa más enigmática. Está aquí, no suplica, no le abraza; esta mujer sólo juega con su sonrisa; esta mujer, por cuya memoria pasan como relámpagos sus amantes —piensa Segismundo— esta mujer superior a todas sus otras mujeres. Pero hay que hacer justicia a la palabra del país: por mucho que se haya abrasado en su deseo, no puede entrar ni dar un paso hacia el lecho. Cuando se inclinó por la abertura de la puerta, se había quitado el gorro. Ahora, como quien se desprende del hechizo con un último esfuerzo de voluntad, se lo coloca de nuevo, no acepta la copa de Bárbara, saluda con la mano, dejando en su asiento a la Domina Regina, cuyo rostro acabó por perder su sonrisa. Hoy no tuvo éxito el embrujo.

A la media hora corrió el rumor en boca de criados y sirvientes: su majestad no perdonó a Bárbara.

Primero llegó Imre Bebek, después Esteban Rozgonyi, les siguió el arzobispo Kanizsai; al conde Hermann le avisaron confidencialmente: que no viniera. Cillei estaba solo allí, apartó a todos sus hombres, no quiso hablar ni con su sacerdote. Veinte veces se alzó para ir hacia el ala real y arrodillarse ante su yerno y rogarle que no le deshonrara. Así era la sangre de los Cillei, así era la corriente de su río: todos los Cillei estaban locos por el amor. El hermano mayor de Bárbara también se dejó llevar por la pasión. El linaje estaba maldito por aquella sed. No podía ir el conde imperial, el abanderado húngaro, no podía, no podía ir como padre. No podía suplicar al compañero de juergas, de aventuras mujeriles, a su majestad.

Los otros ya estaban reunidos —en su mayoría Dragones de la Orden. Entre los laicos. Pipo Ozorai que, como consejero económico, mantenía relaciones casi amistosas con Bárbara y hablaba en italiano con la reina; hubiera intervenido en la discordia de los cónyuges, pero al parecer la suerte ya estaba echada, no había remedio. Muchos temieron que Segismundo, al llegar a casa, se dejara arrastrar por la ira al enterarse del adulterio, a un final sangriento. Pero quienes conocían a fondo la amistad entre Segismundo y Cillei, sabían también que el rey no haría ahora nada irreparable. La nube de Hus pesaba mucho sobre él; por alguna que otra palabra se le notaba muy arrepentido por haberle dado el salvoconducto: sin aquel documento el «magister» no hubiera salido del castillo de Praga. No: si no liquidó a Bárbara

en su primer acceso de rabia, era difícil que la reina tuviera que temer por su vida.

¿Cuál sería su castigo?, ¿qué sitio le quedaba en la vida del país? Para eso se había convocado el consejo de aquella mañana.

Ya temprano, los señores consejeros se habían enterado por sus criados de que durante la noche no pasó nada, ni bueno ni malo. Su majestad habló poco tiempo con la reina, pero no cruzó el umbral del dormitorio; hablaron en alemán por lo que no entendieron lo que escuchaban. No se oyeron gritos ni sollozos, la charla pareció tranquila. La reina siguió sentada en su sillón, Segismundo no se sentó, habló de pie durante todo el tiempo, primero sin gorro, después, al marcharse, volvió a ponérselo. No llevaba armas, salvo el puñal. No parecía emocionado. Así que por la mañana sabían ya que la vergüenza, a causa del amor de Walmerode, no había sido borrada por un acto de amor en Pozsony. Todo esto —también según el cuñado— podía significar lo mismo algo bueno que algo malo. Nicolás Garai era acaso quien mejor conocía al rey. Sabía que era esclavo de los ceremoniales, respetuoso con los símbolos de su propia dignidad. Pudiera ser que esa pasión suya causara la pérdida de Bárbara: la forma bíblica, el rey condenando a muerte a su mujer adúltera. En la conciencia de Segismundo reinaba una legión de aventuras con mujeres. No podía dictar sentencia sin haber hecho antes penitencia, sin haber purificado su alma, sin recibir la absolución. Pero ningún confesor pasó por el umbral y el religioso Segismundo seguramente no hubiera acudido al consejo sin confesar, antes de recibir la absolución de su padre espiritual. Sobre las intenciones de Segismundo no llegó a filtrarse noticia alguna; la orden de su majestad fue la de que no quería ver a nadie antes de la reunión del consejo. Acaso… acaso se decidiera, a pesar de todo, por un acto fatal. ¿Por qué no fue Cillei a ver al rey? ¿Por qué no abrió la puerta sin llamar, como era su privilegio? Todos los que tenían derecho, se colocaron la insignia del Dragón.

A la reina la acompañaban como siempre dos damas de honor, tras ellas cuatro alabarderos de Veszprém, la ciudad de la reina. No vestía de gala, llevaba un traje gris, quizá fuera el color de los penitentes. La mirada de todos se posó sobre su rostro. Cuando todos presentaron sus respetos poniéndose de pie, sólo el arzobispo se mantuvo sentado haciendo la señal de la cruz en el aire. El cambio consistía en que Bárbara no se sentó a la cabecera de la mesa como hasta entonces, sino más apartada, en aquella silla vacía colocada frente al trono de Segismundo. Todo era simbólico aquí, y esto también podía serlo.

Su majestad romana se hizo esperar: después de largos minutos de silencio durante los cuales nadie abrió la boca, se oyó a lo lejos el ruido cada

vez más fuerte de las botas de hierro: dos ujieres abrieron la puerta del pasillo al rey. El mayordomo de la corte golpeó tres veces con su maza, pronunciando la frase que hacía mucho que no se escuchaba en Pozsony: «Su majestad, el rey».

Segismundo se había vestido con un traje oscuro, sin adorno alguno. Los consejeros se miraban: aquello no anticipaba nada bueno. Quienes conocían a Segismundo, sabían que cuando le tocaba actuar como soberano, planeaba todos los detalles cuidando prolijamente de sus matices. El traje oscuro no podía ser casualidad; tampoco el que no llevara la insignia de la Orden del Dragón y sólo el adorno de una sortija que había recibido de su padre, Carlos, en los últimos años de su vida. De aquella sortija jamás se desprendió.

Hermann no había venido, sólo Garai estaba presente. Tampoco él hubiera llegado tan puntualmente, de saber o sospechar que a su cuñada le esperaba la condena mayor: él, como palatino de Hungría, debería de votar por la muerte. La mayoría no estimaba a Bárbara, se enfrentaron a ella durante los años de su regencia, e hirieron su reputación como suelen hacerlo los hombres. Pero odiar verdaderamente, nadie la odiaba, puesto que no era cruel, ni altiva, ni alevosa. No fue realmente esposa suya. ¿Por qué, pues, votar su muerte? Dos veces descendió la arena en el reloj, hasta llegar al minuto en que su majestad saludó a los súbditos. La reina siguió sentada.

¿Se habría apaciguado el enfado de ayer? Sacerdotes y «dragones» observaban la cara del rey: el borde de sus labios estaba marcado de surcos, los ojos tenían ahora ojeras, las barbas más grisáceas a causa de las canas. Cuando estaba de pie o cuando andaba, su enorme cuerpo parecía más alto. Pero sentado semejaba mucho más pesado, buscando apoyo en sus codos como quien sufre de dolores reumáticos. Su rostro no estaba enrojecido por la indignación, más bien parecía triste y resignado. Señaló con un gesto cordial los asientos, esperó unos minutos hasta que los consejeros ocuparon sus sitios después de quitarse las capas y colocar los sables sobre la mesa.

Segismundo les veía ahora frente a frente, ya esfumado el humo del incienso. «Vosotros también habéis envejecido» pensó: unos y otros habrían rebasado ya los cincuenta; los jóvenes, incluso, se acercaban a los cuarenta. En Constanza se acostumbró al uso del latín entre los prelados, cuando se sentaban a negociar entre distintas naciones: con los alemanes y suizos habló en alemán, si eran italianos, en italiano. Entre los checos se encontraba como en su casa, abiertos los recuerdos de su infancia. Aquí, en Hungría, no se podían mezclar las palabras más que con el latín, pero las dignidades seguramente se hubieran enfadado al emplear para todo el latín, como los

curas, en vez de decir sólo algunas frases en el idioma de los bachilleres… Aún se estaban acomodando, entre suspiros y rumores, cuando el rey indicó que quería hablar, se creó un gran silencio; frente a él la única mujer, bellísima con sus severos velos grises.

—Como estamos entre nosotros, no en la Dieta o en la iglesia, lo correcto es hablar con brevedad y de acuerdo con la justicia, examinando la herida, limpiándola. Cuando regresamos, ya en el día de ayer, se oyeron infinidad de feos rumores. Recibimos el ataque en nuestro punto más sensible: en nuestra condición de varón. Los grandes del país me revelaron las faltas de la reina, una tras otra. Nada podría ser más indigno de nosotros que dejar torturar a quien fue nuestra esposa, tocada con la corona de San Esteban. No deseamos imitar a los soberanos extranjeros, lavando con sangre nuestra afrenta. Hemos decidido que la Regina salga, hoy mismo, junto con nuestra hija Isabel y bien vigilada, para Oradea. En un monasterio podrá meditar sobre la falta cometida. El sacramento del matrimonio no puede ser disuelto por un hombre, sólo por el santo padre; consideramos aún la posibilidad de dirigirnos al papa Martín, aun cuando nos exponga a la malicia de algunos príncipes cristianos. Os habíamos llamado para deciros esto: no podéis opinar sobre el ajusticiamiento de la Domina Regina, pero os concedo la palabra. Decid si mi sentencia os parece ligera o demasiado severa. Ruego al arzobispo que hable primero él.

Según lo impuso la voluntad de Segismundo, los dos eran regentes: la reina y el arzobispo de Esztergom, Juan Kanizsai. Dueño de enormes bienes, rebelde reconciliado, hacía ya mucho que era buen acompañante de su rey en lejanos países, padre escrupuloso del Concilio. Si actuase a gusto del rey, podía hablar con el Santo Padre a su favor, con la autoridad de su capelo cardenalicio.

—Lo que el monarca desea, esa es la ley, dijeron los antiguos. Pero lo que dicte la piedad, debe abrirse camino a través de las leyes reales. No soy confesor de la Domina Regina, por eso no podría conocer lo que lleva en su corazón ni si pesa sobre ella algún hecho que merezca castigo; esas acusaciones laicas no nos conciernen. Pero si los seres del Antiguo Testamento podían repudiar a sus mujeres —por algún tiempo o para siempre — seguramente sucedió así por la voluntad de Dios. Si el señor piensa que la reina puede hacer penitencia, sin crueldad ni sangre, ni violencia, evidentemente será porque el Señor que cuida las intenciones de los príncipes, le ha iluminado. Sólo pedimos a nuestro estimado señor, que considere siempre que no está solo, como los demás que viven con sus lazos

conyugales, sino que su voluntad se impone a la voluntad de todos. Al soberano no puede oponerle obstáculos ningún ser viviente a menos que el rey mismo cometa algún pecado, se vuelva contra la Iglesia y caiga en el fango de la crueldad. No obstante, rogamos a nuestro señor consulte a su corazón y rocíe la sentencia de hoy, con el agua cristiana de la piedad. Y no disminuya ni en un palmo el castigo, si lo considera necesario ante el tribunal de su conciencia. Amén.

Mientras escuchaban a Juan, asentían a cada frase las canosas cabezas. El arzobispo sabía encontrar las palabras adecuadas para ese momento y lugar: Amén, dijo, como quien cancela de esa manera la negociación. Nadie simpatizaba demasiado con Walmerode; para la mayoría el caballero rubio y altivo era una paja en el ojo ajeno: que no se trataba tan sólo de bonitos poemas acompañados de laúd y canto, que tampoco «desgranaban las cuentas del rosario», lo sabían todos, no solamente en Pozsony sino también en Buda, en el castillo. Y quién sabe… ¿Quién hubiera podido ser el amante de la reina, antes de Walmerode? Todos lo sabían, ella estaba sola, no tenía límites, vivía según su real voluntad, sin preocuparse de nadie. El arzobispo fue generoso al no atacarla ni referirse a la infidelidad de la Regina. ¿A quién le habría gustado ver su sangre, ver bailar su bonita cabeza rojiza en la punta de una lanza? Amén, amén, dijo el arzobispo. Mejor era librarse cuanto antes de ese penoso proceso familiar.

Bárbara se alzó de pronto: arrojó una mirada a cada uno de los consejeros. La mayoría bajó la cabeza: no querían ver su hermosa y centelleante mirada. En casa ya tendrían tema para contar a la mujer todos los detalles de esta amarga mañana. Bebek, Rozgonyi, los dos Garai, Perenyi, pero también Pipo y Stibor, sólo miraban la madera de la mesa: Bárbara les miró fijamente. Se acercó al arzobispo, dobló ligeramente una rodilla besando la sortija de Juan. El anciano hizo, casi asustado, la señal de la cruz sobre su frente. La mujer no dijo una palabra; puede que ni siquiera hubiera comprendido todo lo que Kanizsai dijo en húngaro, pero observó su «succus», su voz, el tono de misericordia. Al llegar a la puerta se volvió e inclinó la cabeza hacia los hombres. Salió de la sala en que se proclamó su condena sin la menor palabra, con la majestad propia de una reina.

A Segismundo no le vieron en Pozsony: cuando prendieron fuego a la pira en las afueras de Constanza, mientras todo el mundo acudía, tampoco le pudo ver nadie, se había retirado a sus habitaciones mientras presenciaban la muerte de Juan Hus. En aquel entonces también se recluyó Segismundo en su aposento y no habló con nadie hasta abandonar Constanza. También esta vez

se encontraba en su cuarto y cuando escuchó en el patio del palacio a los jinetes ya alineados y cuando partió el carruaje, se sirvió vino de la jarra; después penetró en la capilla, sentándose en el sillón real. Pensaba que era el único sitio en que le dejarían tranquilo aunque no cómodo, ya que siempre parecían improvisados sus alojamientos, menos en el castillo de Buda. Por todas partes estrechos pasillos, puertas bajas, techos contra los que siempre golpeaba la cabeza. Aquí reinaba una frescura agradable y se oía abrir el portal del castillo con órdenes prolongadas en el aire. No se despidió de Isabel. ¿Para qué interrumpir el sueño de la niña de diez años, que debía de reconocer a su padre a fuerza de buscar entre sus recuerdos más infantiles? En Oradea —así lo había dictaminado— debían de recluir a Bárbara en un monasterio de severa moral, y sin exigir tratamiento real. Podía ponerse lo que se había llevado. La abadesa controlaría a quien podía recibir. A la cancillería real todo le interesaba.

Oswald von Wolkenstein, el «Minnesanger», poeta y noble vagabundo de los caminos europeos, era liberado precisamente entonces de la prisión del príncipe austríaco Federico, cuando llegó la noticia de que Segismundo, después de tanto tiempo, iba hacia su reino húngaro y tendría su corte en Pozsony. El caballero Oswald ya no era ni remotamente el brillante bardo de palacio, cronista de príncipes y de vez en cuando crítico sarcástico que se había hecho famoso en las cortes cristianas. Cuando pasó por la frontera húngara, iba quebrado por la prisión. Se había metido en una querella sobre los confines de los valiosos dominios de Haustein. El caballero no estuvo nunca dispuesto a ceder, y finalmente, el príncipe tuvo que abrir la puerta de la prisión de Innsbruck. Ello mejoró visiblemente la situación de Oswald, pero no bastaba para esperar algún cambio esencial en su suerte. Por eso decidió partir a Hungría confiando que Segismundo, en cuya corte había permanecido muchas veces (últimamente se encontraron durante el viaje de su majestad a España), ejerciera su influencia sobre el príncipe Federico en favor de Oswald. Seguro que el príncipe austríaco, al reconciliarse con Segismundo, tomaría en consideración las recomendaciones de tan alto personaje.

Al parecer, Wolkenstein fue cordialmente recibido en Pozsony. Aunque, en realidad, todo el mundo estaba aterrado por los acontecimientos relacionados con la llegada de Segismundo y el destierro de Bárbara; así que el excelente trovador no obtuvo alojamiento a pesar de que —según su propio poema— sabía ya hablar en húngaro con sus vecinos. Conforme a la conservada estrofa de su lamento, le colocaron en el estrecho rincón en que

alimentaban la estufa y después recibió hospedaje en la casa de un pequeño burgués, donde había un niño travieso que le amargaba las noches y los días. «Me palmean, me dan puntapiés, podría expiar aquí mis pecados» —escribe.

Su encuentro personal con Segismundo en el castillo de Pozsony, tampoco fue muy afortunado. Pudiera ser que él mismo acabase ofreciéndose a cuidar del calor, ya que el tiempo se había vuelto otoñal y fresco, porque dice: «En Pozsony permanecía constantemente junto a la puerta de la estufa, en la sala de consejos, pues sabía calentar muy bien»… «Pero de pronto, entró el rey y le presenté mis respetos, por lo que se percató de mí y me dijo: tienes que soportar esas molestias, ya que aquel que te dejó, descubrió que tenías las cuerdas muy gastadas…».

Si Segismundo estaba malhumorado o sólo se burlaba del infeliz caballero no se puede deducir por el tono del verso, pero cuando Wolkenstein comprendió que no recibiría audiencia real, expuso en una carta a Segismundo su solicitud. Mientras tanto, su majestad se había marchado de Pozsony, partiendo en el temprano invierno hacia Buda. Oswald, dada su salud y su situación económica, no quiso arriesgarse al largo camino y se quedó en Pozsony, acaso en un alojamiento algo más agradable. Casi como un milagro, llegó a mediados de diciembre la respuesta de la corte del rey: Segismundo comunicaba al caballero «muy personalmente», que hablaría en su favor con el príncipe Federico, «cuando se encuentren». Pero le aconsejaba a Wolkenstein pidiera a unos cuantos amigos del castillo de Buda, que le recomendasen a la atención de su majestad cuando hubiere ocasión, para no olvidarse del asunto. Por la carta, comprendió el señor Oswald que el soberano pensaba en él con buen humor, pero que no movería un dedo para resolver el asunto en su favor. No obstante, Federico se enteró del caso y llamó a Wolkenstein a Viena «para negociar». El caballero de brillantes versos no confiaba demasiado en el éxito y además, temió por su seguridad personal, porque a esa propuesta, respondió no presentándose en la residencia de Federico. «El rey de los romanos se olvidó de mí» —escribe en su poema.

Una vez más se encontraría Segismundo con el último «Minnesánger» después de largos años, en tierras lombardas, donde «hondo es el barro y caro el pan»… En un verso suyo de 1432, menciona que ya hacía 18 años que era caballero de Segismundo, y que en 1415 llegó por primera vez a la corte del rey húngaro. Finalmente, se consolidó algo su situación, y recuperó una de sus tierras. Allí, en un pacífico ambiente de familia, «entre la sonora canción de los pájaros grandes y pequeños de los bosques de Haustein» transcurrió su larga vejez. El año de su nacimiento coincide más o menos con el de

Segismundo, pero Oswald von Wolkenstein, sobrevivió aún ocho años a su gracioso y cruel patrono, el emperador romano.

El «magister» Esteban Bilkey llamó a la puerta. Segismundo ya se había olvidado de que el buen literato ostentaba también el título de «lector regius», lector real. Era un título de aquella época en que los reyes tenían dificultad para leer, se enteraban a tropezones de los «missiles» —mensajes— llegados de lejanos países, pues era distinta la escritura en Italia, con prolija letra redondilla, bien legible, que en Francia, cuya escritura de Cluny se caracterizaba por sus letras picudas y distintas a las del Imperio, donde se usaba la escritura gótica.

De Bohemia llegaban también cartas en las que se introducían caracteres bizantinos y sobre otros bailoteaban círculos, comas, acentos. Según se decía, aquellos signos los había regalado Juan Hus a los estudiantes de Praga y ellos los difundieron. El maestro Bilkey tenía fama de que no había escrito, por difícil que fuera, que él no pudiera descifrar de una mirada, entendiendo además el turco y hasta las letras persas.

—¿Qué noticias hay de Praga? ¿Coleccionas las cartas, «magister»?

Era afable, dispuesto siempre a premiar al escribiente que sólo sabe húngaro, de cara colorada y sin barba, aun cuando fuera él mismo quien redactaba a menudo los informes, los relatos, además de anotar las cartas llegadas mientras tanto a la cancillería. Pozsony era lo más cercano al país checo, y las cartas de Praga llegaban allí antes que a otras regiones del Imperio, excepción hecha de Viena. Así que las noticias de los últimos días, salían frescas de la pluma de Esteban Bilkey.

—El arzobispo de Praga pasó al lado de los comulgantes de las dos especies: aceptaba pues, los cuatro puntos de Praga. Los consejeros superiores convocaron en Caslav a una Dieta. Según nuestros informes quieren discutir si admiten o no a vuestra majestad como rey…

¡El juramento hecho a Hus! Los herejes de Praga eligieron entre los feligreses de cada confesión, un consejo de veinte miembros. Había noticias de la llegada de cien nuevos cañones —recién fundidos— al Monte de Tábor. En varias ciudades y también en los pueblos la gente abandonaba sus casas, dejando el hogar que sus antepasados habían construido para sus descendientes. Arrojaban tizones a los tejados, el fuego devastaba sus propios bienes, marchaban cantando, a menudo, matando. Iban al Monte de Sión…, así lo decían. Iban con sus mujeres, con sus niños.

—¿Qué noticias hay de que hayan entrado en conflicto?

—Hablan de un campesino llamado Nicolás, a cuyos partidarios llaman los «nicolacitos». Estos —a quienes también llaman «adamitas»— viven totalmente aislados aún entre ellos, pero colectivamente con sus mujeres. No invocan jamás el santo nombre del Señor, en fin, llevan la existencia de los animales. Estos adamitas son crueles y sus mujeres más aún. El Tuerto —Ziska— les condenó a muerte a todos, despachó tropas contra ellos, a quien cogieran, fuera quien fuese, hombre, mujer o crío, terminaban con él. Así que ahora, según mi humilde mente puede resumir, sólo hay herejes de dos clases: los calixtinos, a quienes se podría llamar cismáticos, porque no dañan las enseñanzas de nuestra Iglesia, no niegan el orden sacerdotal, pero que comulgan bajo las dos especies. Y los taboritas, que aportan la organización militar: éstos son heréticos más graves. Reconocen sólo dos sacramentos: el bautismo y el último sacramento; niegan el Purgatorio, no creen en los santos, tampoco en que durante la comunión esté presente el Señor. Los utraquistas no coinciden en esto; ellos se limitan a decir ahora la misa en lengua checa. Los calixtinos son más mansos, con ellos puede negociar la Iglesia. Pero los taboritas, como se han procurado un gran ejército, son intransigentes, no quieren negociar con nadie, sobre todo, se niegan a hacerlo con vuestra majestad.

—¿Cómo os enterasteis de que el arzobispo de Praga se pasó a los calixtinos?

—El arzobispo así lo decidió, majestad. Por eso, allí no se habla de la desintegración de la Iglesia. El arzobispo se mantuvo como la mayor autoridad y toda la Iglesia checa obedece a su pastor. Otros creen saber que los sacerdotes checos son muy diferentes entre sí. Hay muchos que no se han apartado de nuestra fe, pero otros se pasaron al campo de los malignos taboritas. Por todo ello es obvio, mi señor, que en la vecindad han surgido diversas herejías, más, acaso, que las que desde el extravío de Arrio alteraban el mundo cristiano.

—¿Los husitas persiguieron y mataron también a los judíos?

—Sólo al principio, mi señor. Los taboritas que irrumpieron en Praga, empezaron por quemar el barrio judío. Muchos de ellos, afincados ya antes del emperador Carlos, que en gloria esté, pagaron desde entonces el impuesto de tolerancia, viviendo así en paz en Bohemia, pero ahora se marchan a cientos y a miles. Según nuestras noticias van hacia Viena, pero ya se han presentado también muchos aquí, provenientes de las ciudades del Norte. He oído que quieren afincarse en Pozsony y en Nagyszombat, si el magistrado lo permite.

—¿Llegan con las manos vacías?

—Jamás huyen con las manos vacías, majestad. Si vuestra majestad les abriera las puertas, seguro que ello significaría mucho dinero. Pagarían gustosos el impuesto de una sola vez…

—Es de buena ley una medida de tolerancia, «magister»: hablad con sus jefes para acordar la cantidad que podrían pagar, después, ya les comunicaremos nuestra voluntad. ¿Qué has oído de los capitanes husitas? El único con quien hubiéramos podido acordar la paz hubiera sido el caballero Hus, si hubiera seguido con vida; Ziska es duro como la piedra, no se puede negociar con él. ¿Le consideran un buen jefe?

—Señor, hablan de él como de un Moisés checo que libera a su pueblo de la opresión. Nadie pudo vencerles desde que Ziska condujo a los herejes: ejército como ese jamás se ha visto. No hay alegría, ni música, ni juegos de dados, se prohíbe todo comercio, no hay en torno a ellos mercaderes ni mendigos. Pero las mujeres también cumplen el servicio, y esas hembras son más sanguinarias que los hombres.

—¿Cómo enrola Ziska a sus guerreros?

—Entre los mozos, ayudantes de talleres, aprendices, pequeños artesanos: de ellos surgen los suboficiales. La mayoría de los oficiales salen de entre los caballeros; pero la base del ejército son los campesinos. Saben usar muy bien los carros; los cañones son manejados por expertos que llegaron desde el «Alma Mater» al Tábor. Todos unos demonios, señor…

Como si el destino de toda la campaña, y acaso de toda Europa, dependiera de solo un ojo, Ziska fue herido en el otro ojo, el que veía, y pronto perdió la vista. Cuando la noticia corrió hasta las fronteras del Imperio, el mensajero fue bien retribuido. En Constanza interpretaron el hecho como el anuncio de que había llegado el momento de iniciar la cruzada. Con el decreto de reclutamiento, la Santa Sede nombró, simultáneamente, un legado al frente del ejército en la persona de Brando Castiglioni. El tiempo no había vencido al príncipe eclesiástico; como un viejo roble con las raíces perdidas en los largos decenios del tiempo, así se aferraba a la vida. En la Curia se decidieron por Brando, porque el cardenal aceptó enseguida el honroso aunque peligroso encargo. Durante sus años pasados en Buda y en Veszprem, aprendió a conocer —mejor que todos los cardenales de Italia— aquella parte de Europa, las gentes que allí vivían, sus antagonismos, la miseria de los campesinos, los odios de las dignidades, nada era un misterio para él.

Organizaron en los países occidentales un ejército numeroso, principalmente en las comarcas orientales del Imperio, como no hubo otro

desde los tiempos de Godofredo de Bouillon. Si hubieran mandado a este ejército contra los turcos, Hungría no hubiera tenido problemas en sus fronteras del Sur. Pero a la Iglesia le importaba, por encima de todo, la liquidación de la herejía checa. La justificación de la lucha teórica contra las enseñanzas de Hus y Wycliffe sólo tenía sentido si, al mismo tiempo, les atacaran con las armas, para destruir a hierro y fuego aquel nido de víboras.

La organización de un ejército como este, fue labor de largos meses, si no de años. Evidentemente, Ziska se enteró pronto de lo que ocurría en el Imperio. Tenía que contar con que pronto irrumpiría un ejército con fuerte caballería acorazada y cañones, bajo el mando de excelentes militares; parte de los mercenarios de la infantería eran suizos —los mejores lanceros de la época. Los mozos campesinos que eran alistados, componían la mayor parte del ejército; las armas de éstos no significaban mucho y menos aún su entusiasmo. El número de los efectivos del ejército en preparación sería por lo menos el doble, pero podría llegar al triple del total de las tropas husitas que podían enviar a la lucha Ziska y sus compañeros de mando.

La fuerza de los husitas radicaba en sus sorprendentes ataques: la rapidez era su factor decisivo; rapidez asegurada por los carros de combate, cada vez más perfectos. Los veinte combatientes de cada carro —en su mayoría armados de fusiles— se consideraban ya como unidades militares, mientras que al estar los carros encadenados sin caballos, había que asediarlos como una fortaleza o un castillo, bajo la lluvia de balas de los husitas que tiraban protegidos tras el blindaje de las gruesas tablas…

Ziska sabía muy bien de dónde llegaría el ataque: aquella parte del sudoeste de Bohemia estaba cubierta de bosques y Ziska la convirtió en zona bélica. Empezó a construir posiciones en el bosque, hizo arrancar árboles gigantescos con los que formó barricadas, cerrando el camino de avance a las tropas de caballería. Con los árboles instaló también altas torres de vigilancia, los llamados «miradores de Cesky», que eran el gran recurso de Ziska: con su eficacia se sentía más seguro que si hubiera construido una hilera de castillos. Esa lucha forestal con fuerzas emboscadas entre los árboles, convenía a la guerra de los husitas y además, los habitantes de esos terrenos boscosos colaboraban con las patrullas.

Segismundo lloró dignamente la muerte de su hermano Wenceslao, pero la verdad era que la rebelión husita aumentó más aún la antigua separación entre ambos hermanos. Segismundo había pedido en vano a Wenceslao que viniese a Skalic: nadie se presentó en la fecha fijada, porque justamente entonces se celebraba el Parlamento checo. También Segismundo vaciló

repetidamente. Era evidente que las coronas llevadas alternadamente en su cabeza, podían ser fuente de violentos contrastes. Como rey húngaro su mayor interés residía en iniciar la campaña contra el turco; del lado de éstos, los venecianos también pescaban en aguas turbias: poseían ya buena parte de Dalmacia. No obstante, en las reuniones imperiales se decidió, ante todo, exterminar a los husitas: en Ratisbona votaron los impuestos de guerra y la creación de nuevos escuadrones. Hungría no tenía otra relación con el Imperio romano germánico, que la de compartir el monarca común. El parlamento húngaro intentó cuanto antes separarse de las fuerzas imperiales. Si el rey deseaba llevar tropas húngaras a Bohemia, que pagase a los caballeros, como a mercenarios, de las fuentes económicas imperiales y no de la pobreza de la tesorería húngara. Si el propio rey quiere ir al frente de las tropas, húngaras, que vayan los que se ofrecen voluntarios; sólo así podrían seguir tras la bandera real.

Parecía zigzaguear el rey durante estos meses: los anales afirman que en junio celebró consejo en Kassa y poco después llegaría a Buda. Allí, en sus reuniones, se hablaba del armamento contra los turcos. De los husitas casi no se hacía mención, más bien se veía a Wenceslao como una amenaza, como el secreto aliado del pagano. De Buda Segismundo partió hacia Oradea Mare… como si hubiera contado con que Bárbara se cruzase allí en su camino. Según carta del obispo de Oradea, la reina y su hija vivían en la pobreza, la tesorería real no había enviado ni un «denar» en ayuda de la desnuda existencia de la reina. Las cosas que le quedaban empezaron a ser vendidas; prácticamente pasaban hambre la reina y aquellas pocas señoras que pudo llevarse consigo. No tenía ropa de invierno, debió hacerse una capa de abrigo con el traje de un cura. (Allí dejó entrever el obispo una chispa de su buen corazón).

Entonces se envió la orden a Oradea Mare: que trasladasen a la reina y a Isabel a Buda, mientras su majestad permanecía con su corte en Oradea. De ninguna manera quería ver a Bárbara.

Partió el triste cortejo de Bárbara hacia Buda: Cuando abandonase Oradea su majestad, llevarían de regreso a la mujer infiel. Mientras tanto el rey cambió de nuevo su decisión: quién sabe a petición de quién envió a la mujer y a Isabel, que tenía 11 años ya, a Molice. El triste destino de Bárbara —principalmente en tierras alemanas— despertó la piedad de aquellos que conocían a la bella e interesante mujer. Así se produjo la intervención del obispo de Nassau, Jorge Hohenlohe, pariente de Bárbara, que era persona grata a Segismundo. Esas negociaciones secretas y más tarde el viaje del

delegado del obispo a Buda, debieron de apaciguar al rey, al que no se podía llamar despiadado.

La Navidad representó siempre para Segismundo la mayor fiesta, y si era posible, le alegraba festejar el cumpleaños del Señor, con algún que otro acontecimiento. En un día así fue cuando hicieron su entrada en Constanza él y Bárbara, sobre la nieve que empezaba a caer. El tronar de los cañones, el repique de las campanas y a su lado la mujer engalanada con brocados, la corona en la cabeza, los copos de nieve posándose en sus cabellos rojizos. ¡Qué bella era. Bárbara!

29

ANTES de la misa solemne, Segismundo proclamó las palabras del perdón a petición de los clérigos, a su vez aconsejados por su confesor. Entonces ya se sabía en la corte que sería conveniente revolotear en torno a la prisionera, cumplimentar a la reina: se murmuraba que muy bien podía cambiar la dirección del viento. Pero hasta que en la tarde de la Nochebuena no llamó a la puerta de la celda el obispo Hohenlohe y —tras haberle hecho la señal de la cruz en la frente— no besara a Bárbara en ambas mejillas, no había nada seguro. Todos conocían los caprichos de su señor, su humor variable; todo era posible pero también lo contrario de todo. En definitiva, nada concreto se sabría hasta después de la misa navideña.

El rito estipulaba que Bárbara e Isabel debían sentarse en los bancos de las mujeres, no delante. Pero los dos primeros bancos se habían dejado vacíos. Después, avanzó la reina envuelta en velos grises y la princesa, también mal vestida con deslucido terciopelo y cofia cuyas perlas se habían caído. Los ojos de los hombres contemplaban a la niña: si Segismundo no llegara a tener descendiente varón —que por lo visto era la voluntad del destino— repitiendo el deseo del buen rey Luis —que en gloria esté— esta jovencita sería reina de Hungría. Su majestad estaba entrado en años a pesar de su brillante aspecto; la vejez va del brazo de la muerte que en cualquier momento podía llevarse a Segismundo. Los nobles del país tendrían que decidir si querían a Isabel como reina o si preferían traerse un monarca del extranjero de no elegirlo entre sus filas. Si Isabel se casara —como se decía en la corte— con Alberto, el príncipe de Habsburgo recibiría con la mano de su esposa también los países del imperio.

Todo eran preocupaciones para los Dragones, amigos y enemigos… Se abrió la puerta de la capilla que comunicaba con la sala mayor. Jorge Hohenlohe se acercaba con el ritmo de sus grandes pasos hasta el banco de Bárbara: la reina y su hija estaban de rodillas, poco se veía del rostro de Bárbara, a pesar de que era lo buscado por los ojos de las grandes dignidades; de su bonito cabello no asomaba un solo rizo bajo el velo gris. El obispo dijo

algo a Bárbara y seguidamente avanzaron los tres, con Isabel en el centro, hacia la sala mayor. Segismundo estaba allí en su sillón, ascendido en aquella ocasión al carácter de trono con almohadones de púrpura, alfombras, reclinatorio: signos reales. Bárbara entró y tras ella la niña. Cayó de hinojos sobre el reclinatorio, elevando sus manos hacia Segismundo. El rey se puso en pie: a la luz de la vela podían verse brillar sus ojos. «*Pax tibi, pax tibi*», dijo emocionado.

Las manos de la mujer estaban heladas, hinchadas y rojizas. La joven, sorprendentemente crecida, causó una pobre impresión —con su vestido gastado, su capa que se había quedado corta— a todas las notabilidades llegadas para el banquete navideño, absueltos ya del ayuno previo. ¿Será esta niña la *Domina Rex*? Los que habían servido en la corte de Luis el Grande, se acordaban de María, de Carlos el Breve, del joven Segismundo llamando temeroso y vacilante a las puertas de Hungría. El arzobispo no había visto a Segismundo cuando le prendieron los señores en Visegrád, pero supo cómo se había portado en Siklós, durante su prisión en el castillo. Todos pudieron repasar durante la extraña vigilia, su propia vida. Después de tantos años, se hallaba aquí Segismundo, en traje de emperador, sólo le faltaba ceñirse la corona. Su cabello estaba espolvoreado por los años, de gris y plata, pero seguía dominando por su altura a todo el mundo cristiano. Se puso en pie, no divagó con términos altisonantes, se limitó a tomar del brazo a Bárbara, abrazó a Isabel y así se dirigieron a la otra sala, a la cena de amor de Navidad. Nadie se atrevió a aplaudir, era una fiesta familiar. Los prelados se entendían bien aquí: los arzobispos Juan y Hohenlohe iban del brazo. Al terminarse la cena acostaron a la princesa, mientras los demás esperaban la medianoche. El primado celebró la misa del gallo.

Bárbara impresionaba: las manos extendidas eran casi una súplica, los labios exangües y el rostro sin sonrisa, como si los tiempos duros de Oradea Mare hubieran borrado el hechizo de su belleza. En la mesa grande no había cerca de ella ninguna mujer, no había nadie que la ayudara a quitarse la capa. Los grandes del país, los Dragones, no eran aptos para esos servicios… la niña la ayudó. ¿Se querrían madre e hija? Las habían encerrado juntas hasta que partió el carruaje del destierro; antes, casi no se habían visto. Bárbara vivía su propia vida, la vida de una mujer bella, sus horas, además, plenas con las ocupaciones de la regencia. Isabel crecía entre preceptores que le enseñaban idiomas y la llenaban de lecturas piadosas. En Oradea Mare su madre tenía una celda; Isabel recibió la de al lado; a ella la cuidaban las hermanas más jóvenes. Pasaban juntas horas y horas; Bárbara tenía que

conformarse con bordar y la niña la ayudaba. Pasaban hambre. ¿Podría ser que la voluntad real hubiera regulado también el pedazo de pan, el tamaño que podía tener, cuánta carne podían recibir y cuánta sopa? Pero, si castigó a la madre —esta cuestión también se planteaba— ¿por qué mandó con ella a la hija? Si la reina era una mala mujer, infiel, ¿qué podría aprender de ella la princesa, destinada quizá a ser un inesperado día, la reina de Hungría? ¿Qué pudo aprender Isabel de Bárbara en su extraña convivencia en la prisión?

La duración del banquete fue infinita y durante ella los señores hablaron poco y en voz baja. Al finalizar la cena, el conde Temes —Pipo— anunció que vendrían juglares de Siena —si a su majestad le agradaba— para interpretar canciones italianas. «Si Vuestras Majestades así lo desean», indicó Filippo Ozorai, y el confidente del rey utilizó ya el plural, incorporando así a Bárbara. Segismundo miró a su esposa; Bárbara inclinó la cabeza afirmando. Desde que la habían desterrado, sólo había podido escuchar los salmos de las monjas, sus cánticos del amanecer, del crepúsculo y de la noche.

Toda la acción de esta noche era también una despedida, dijo inesperadamente el rey. Pipo lo sabía: se preparaban grandes acontecimientos. Mientras Segismundo amenazaba a los husitas, recorría al tiempo los colores del Imperio, reuniendo ejércitos con este motivo también en Hungría —como lo proclamó— «porque realmente se prepara el ataque a los turcos». En los días de su llegada a Holies, recibió a Nicolás Szentpály, quien había pasado doce largos años en cautiverio turco; allí aprendió el idioma y estudió sus costumbres paganas. Había conocido al rey de Mesopotamia, que odiaba al sultán y estaba dispuesto a aliarse aunque fuera con un infiel cristiano para derribar el dominio otomano. Su Majestad, después de enterarse de esas noticias, envió a Jozsa Torok a ver a los tártaros de Crimea a la vez que enviaba al rey de Georgia un mensaje confidencial. Pipo de Ozorai, el confidente del rey, ofreció algunos consejos sobre la campaña planeada, para poder desviar la atención de los espías turcos: todas las noticias difundidas se referían sólo a la campaña de Segismundo en el Norte, contra los husitas. Los agentes de Venecia que estaban en todas partes, metían la nariz en los secretos del Estado y luego informaban que su majestad romana había declarado que un monarca cristiano no podía tener más santa misión que cortar de raíz la infección calixtina… Para ello construyeron campamentos en varios lugares del país: dónde se concentraban los soldados, los nobles, los mercenarios reclutados en el extranjero, artilleros de Lombardía, voluntarios de Polonia. Segismundo esperaba poder reunir así importantes ejércitos en distintos puntos del país, tendiendo más bien al Sudeste. Pipo, el hombre de

Florencia, entendía de números; calculó en ochenta mil a los que integraban el ejército húngaro que esperaba impaciente la orden de partir, si bien no contra los husitas, sino contra los turcos.

En Bosnia se hizo cargo del mando del ejército el mismo Segismundo, aunque en realidad era Pipo quien dirigía las operaciones militares. Si verdaderamente se habían reunido ochenta mil combatientes; cuál era su espíritu bélico, sus armamentos, su entusiasmo, no lo mencionaron las crónicas. Los turcos exageraban como de costumbre el número de los efectivos enemigos, para dar mayor brillo a su gloria. Pero no tuvieron muchos motivos para enorgullecerse de la campaña de 1419. Entre Nisa y Nicópolis, en batalla abierta, el ejército húngaro ganó por primera vez después de mucho tiempo. No era la gloria definitiva, pero significó en el lenguaje de los ejércitos, que los turcos no molestarían durante algún tiempo, ni a los territorios sureños ni a las comarcas que circundaban el país.

Después de la batalla, Segismundo se apresuró a acudir a su ciudad preferida, a Oradea Mare; allí se enteró de que llegaría a esa ciudad la delegación turca que deseaba negociar la paz. Aunque esa paz no podía establecerse entre soberanos cristiano y pagano, un armisticio que se firmara, por lo menos para cinco años en lugar de uno, no es más frágil que la paz que sellan entre sí con santos juramentos, los príncipes cristianos del mundo occidental…

En la fecha fijada se presentaron en Oradea Mare los delegados del sultán. Comenzó un regateo distinto a los que acostumbraba a ejercer el rey en Constanza, París y Londres. Ambas partes sólo sabían que tenían que llegar a un acuerdo: los turcos para reponerse del fracaso, de la pérdida de sus cañones y equipos y para sacar brillo de nuevo a las armas del Padisah con una nueva hazaña: la campaña contra Persia. Segismundo habría pensado durante el *Te Deum*, junto a la tumba de San Ladislao, que ahora era cuando debía de marcharse a Bohemia, a la luz de la gloria, si quería ceñirse la corona de Praga.

Era la primera vez que iban a ocupar el castillo de Zlatek los ejércitos cristianos unidos, única forma de extirpar la infección de Bohemia. Atacaron «in nomine Domini» hasta que las patrullas que volvieron huyendo les anunciaron que avanzaban a miles, sobre sus carros, los demonios husitas. Los defensores del castillo debían de ser casi cinco mil, apoyados en una fuerte artillería. Entre los cruzados cundió el pánico ante la noticia de que se acercaban los taboritas; se propagó el miedo y la incertidumbre; los comandantes intentaron evitar quedarse entre dos fuegos, si había que hacer

frente a las fuerzas de Ziska y al mismo tiempo atacar el castillo contra sus defensores.

Ziska estaba en la tienda de mando; desde que había perdido también la vista de su otro ojo, era el único jefe ciego al frente de un ejército. Todavía no existían mapas, pero los que luchan sobre su suelo natal conocen cada colina, arroyo, cada caserío de la tierra destinada a campo de batalla; distinguen la calidad de la tierra, las zonas pantanosas a las que hay que atraer la caballería del enemigo, los senderos por donde se puede pasar con los cabros. En Ziska, todo cuanto le informaban sus secretarios y oficiales, se proyectaba en el plano interior del invidente. No le preocupaban las incertidumbres de la realidad, pensaba en fuerzas lineales, dejaba desfilar mentalmente a las unidades calculando las distancias. Tras el volcán apagado de su cara rígida trabajaba a fondo, con la atención concentrada: estaba callado, todos esperaban atentamente sus órdenes, las que tendrán que cumplir con toda la exactitud posible las columnas de los carros, los artilleros, los lanceros, la pequeña caballería de los jinetes utraquistas. ¿Dónde y cuándo empezaría el enemigo su ataque, por dónde pasaría? Todo aquello lo sabía de antemano Jan Ziska: poseía el «logos» del jefe y según las reglas de la estrategia, la batalla tenía que realizarse así.

Después llegó Kolin: Segismundo —en parte por la guerra con los turcos, en parte porque en realidad prefería que las tropas imperiales le sacaran las castañas del fuego del Hradschin, acaso también porque su amigo Federico Hohenzollern le era sospechoso hacía ya tiempo— no se precipitaba. Finalmente, en Kolin tendrían ocasión las tropas húngaras llega, das con el rey, de luchar contra los defensores en sus carros. La mayoría de los húngaros eran caballeros de acción rápida; se puso en evidencia de nuevo que en Bohemia se conseguía escaso provecho de los guerreros acorazados. La zona boscosa, las barricadas construidas con troncos, las tierras inundadas en que se hundían las patas de los caballos del guerrero eran obstáculos para los caballeros. Por eso Segismundo había traído consigo caballería ligera.

Por mucho que prolongara Segismundo la campaña, un día u otro tendría que marcharse: de otra manera debía temerse que precisamente Federico, el cual se designó a sí mismo príncipe elector de Brandeburgo —abusando de la actitud negativa de Segismundo— pretendiera el trono alemán. Por eso tenía necesidad de que las tropas húngaras avanzaran en Kolin, contra el castillo de los carros.

Todos los cálculos de que el ejército de ataque sería aprovisionado por la gente con los frutos de las tierras, fracasaron. Pues antes que las tropas

húngaras habían pasado por esos lugares los cruzados germanos, devastándolo todo, expoliando a sus habitantes. Saquearon, exterminaron, quemaron. En tierra de nadie como ésta, los húngaros tampoco demostraron ser irnos ángeles: lo que se podía hallar todavía, lo que podían confiscar de los escondites, fue absorbido por la tropa húngara que carecía de alojamiento y de alimentos. Cerca de Kolin, los húngaros resultaron ser más ágiles que las tropas imperiales; no estaban habituados a las órdenes enviadas desde lejos, a señas y a mensajes. Decidieron entre ellos mismos formar pequeños grupos para atacar o para retirarse, no se hundían fácilmente en el pánico, atentos a cada trampa del enemigo, a sus huidas simuladas hacia espacios cubiertos de maleza e inundados por debajo y que conducían a los pantanos. Atacaban llanamente y con seguridad haciendo mucho ruido, sus caballos eran ligeros y se movían sin temor. La caballería húngara era más rápida, se dispersaba en unidades reducidas, se fundía, se desparramaba, su manera de luchar no se parecía a la de los alemanes, los cuales —mientras no hubiera lucha— eran criaturas admirables por su disciplina. Se movían al son de la trompeta o del tambor, todo el ejército a una señal, pero una vez que se detenían, si de algún ala se escapaba el oscuro ángel del pánico, ya no se les podía frenar, huyendo como si les espantaran espíritus provistos de varas de fuego.

Los húngaros, mientras tanto, sólo saboreaban el éxito contra los castillos de los carros: sabían que al acercarse se exponían al fuego de los fusiles, por lo que sólo daban vueltas buscando un punto débil, pero procurando que no les alcanzara el impacto de sus armas. Así se formó casi un doble anillo: dentro, los carreteros checos, fuera, apenas al alcance de sus tiros, los jinetes húngaros cercando los castillos de los carros, cuidando de no acercarse demasiado a ellos. Así se hizo la guerra en Kolin, dirigida por Segismundo con sus húngaros, polacos y bosnios, con escasos cañones.

¿Qué ocurriría mañana? Las arcas militares disminuían en forma alarmante, no había ciudad a la vista en muchas leguas, ningún pueblo rico donde pudieran remediar su deficiencia con indemnizaciones de guerra. Llanos descubiertos y enormes zonas boscosas y ni un noble checo que se atreviera a jurar lealtad a Segismundo. Los magnates checos que se inclinaban hacia los católicos, en su mayoría orgullosos de su origen alemán, parecían dispersos por el país. De los checos mismos Segismundo no recibió la menor ayuda: él era el enemigo, pese a llamarse a sí mismo, rey de Bohemia.

De esta manera, Segismundo pudo retirarse con sus tropas húngaras y pérdidas relativamente pequeñas. Mientras tanto, se reorganizaba el ejército imperial, cuya cabeza ocupó efectivamente Federico de Brandeburgo. En

aquella campaña, Segismundo no quiso ostentar ningún cargo; no era un secreto para los suyos que no deseaba ningún éxito a Federico. Había que zanjar de una vez el «affaire» con el príncipe elector de Brandeburgo.

En Praga la vida no era nada tranquila: surgió —entre los radicales, los taboritas extremistas— un cura llamado Juan, que atacaba con fervientes peroratas a toda clase de poseedores de bienes terrenales.

Las profecías del cura Juan, de origen desconocido, sus oraciones incendiarias, excitaban a la gente modesta, sobre todo a los taboritas que desde las provincias se dirigían a las ciudades, incitándoles a atacar las tiendas, los talleres, irrumpir en las casas, como si hubiesen llegado a un país extranjero y enemigo. En cambio, el gobierno tendió una trampa al que consideraba su enemigo, en cuanto la excitada muchedumbre comenzó a calmarse: con un pretexto cualquiera atrajeron a Juan a las afueras de la ciudad, allí esperaba el verdugo municipal, que ejecutó rápidamente uno tras otro al cura Juan y a sus nueve compañeros. El cura se dirigió imperturbable hacia el improvisado patíbulo, exhortando durante su último recorrido a que los checos no se inclinaran ante ningún poder «extranjero» y menos aún, ante el usurpador Segismundo. Así cayó —dice el cronista de la época— el mejor de los patricios checos.

En aquel momento ya no existía enemigo alguno en territorio de Bohemia, así que Ziska debió de plantearse una concepción de la política exterior durante la pausa entre las batallas. ¿Qué sucedía con el país? Ante el comandante ciego que gozaba de una autoridad sin límites, se iba formando la imagen de una gran confederación eslava del Norte. Ziska se dirigió a un príncipe lituano, pariente del rey polaco Ladislao y del gran príncipe lituano Witold: Koribut. Empezaría por venir a Bohemia como virrey de un futuro monarca y representando a la Bohemia independiente.

La invitación a Koribut significaba claramente que la nación checa no admitía la pretensión al trono de Segismundo. La cancillería de Buda tejió enseguida el hilo de la contraalianza; en esta acción contra los husitas recibieron grandes cargos los reyes daneses y polacos, el elector alsaciano, el príncipe austríaco Alberto. Deseaban formar un ejército más poderoso y con mayor potencial bélico, con tropas más aguerridas que las de entonces —no una cruzada improvisada en la que sus miembros huían al primer grite de «¡Que vienen los carreteros!».

La relativa tregua agudizó los contrastes internos entre los husitas. Ziska se volvió con dureza contra los extremistas taboritas, los adamitas, los sectarios. En Praga recrudecieron los choques entre burgueses y nobles; Ziska

convocó a una Dieta, pero a ese parlamento no se presentaron los partidarios más apasionados del Monte de Tábor: en cambio vinieron los utraquistas y los calixtinos inclinados a la reconciliación.

Se empezaron a notar los reveses del enorme movimiento bohemio: la mayoría de los campesinos —por lo menos de vez en cuando— seguía incorporándose a las formaciones husitas, llevando sus caballos y sus carros a la lucha. Como consecuencia, quedaron sin cultivar extensos territorios de los que escapaban los terratenientes, las tierras estaban incultas, el cuidado del ganado y de los ancianos, a cargo de las mujeres. Apareció el hambre a finales del invierno, en primavera, en esas tierras checas tan fecundas en otros tiempos. A Praga llegaban cada vez menos alimentos, los precios subían sin freno, la gente de la ciudad se inquietaba y se rebelaba.

Los husitas, especialmente los extremistas taboritas, intentaron sustituir cuanto faltaba de la producción anual, mediante saqueos «militares» y campañas de robo: el propósito de esas pequeñas campañas minuciosamente planeadas, era adquirir la mayor cantidad de botín para la comunidad, especialmente caballos y carros —y a ser posible cañones y armas de fuego. Además de esto, tampoco despreciaban los tesoros, para lo que contaban especialmente con las iglesias, residencias episcopales y monasterios, organizados con las mayores riquezas. El pánico les precedía a distancia, pocos sitios se hallaban bien defendidos. Y si una ciudad no capitulaba inmediatamente, si respondía con cañonazos a los ataques, entonces comenzaba el asedio; lo efectuaban con estrategia tan perfecta, que pronto podían ocupar el castillo o la ciudad cercada, y entonces no dejaban alma viviente. Sobre los ejércitos de carros, volaban con sus alas negras los ángeles del horror.

El ciego Ziska salió a efectuar una extraña visita a su región de origen: allí encontró gente «templada» que todavía no había participado en los sacrificios, apegada a sus curas que se mantenían en la fe católica y comulgaban bajo una sola especie; sus habitantes tuvieron que sufrir durante ese «año sangriento» su mayor castigo: el comandante invidente les sentenció con crueldad. Corría la sangre por todas partes, a veces parecía —visto desde fuera— que en Bohemia se estaba librando una guerra de todos contra todos. Pero en cuanto se presentaron tropas extranjeras ante las fronteras del país, desaparecieron todas las guerras internas; apoyados en el arte bélico de los taboritas, batieron a los atacantes con sus fuerzas de siempre, o mayores aún.

Las fiestas navideñas y de año nuevo las festejaron Bárbara y Segismundo juntos, como ante una nueva alianza, un nuevo amor entre esos dos seres. En

el primer día del año llegó la egregia pareja a Breslau: el magistrado les informó sobre la agitación entre los husitas. Con la entrada del rey, comenzó una campaña de castigo contra los herejes: ocho verdugos ejecutaron a veintitrés ciudadanos de Breslau, en pleno mercado de la ciudad. La visita a Breslau se convirtió en el prefacio de la campaña que se iniciaba: clavaron a la entrada de las iglesias la bula papal que declaraba el comienzo de la cruzada contra los herejes checos y mientras se preparaba la campaña general, Segismundo recibió desde la Hungría del Norte informes alarmantes. El husismo se estaba propagando peligrosamente entre los curas más modestos y en varios sitios preconizaban abiertamente, desde los púlpitos, las doctrinas de Praga. Aparecieron agentes de los husitas no sólo en Hungría sino también en Brandeburgo. El gobernador colocó espías para enterarse de cuál sería el sitio por donde irrumpirían los invasores. Por todas partes se reforzó una inquisición real y eclesiástica; arrastraron a curas —en Hungría como en las comarcas orientales— hacia las cámaras de tortura y sólo se suavizaban las sentencias cuando el acusado abjuraba las erróneas ideas, aceptando las penitencias que debían cumplir entre los muros de los monasterios. Pero en las regiones colindantes con Bohemia aumentaba la intranquilidad. Quienes traían noticias de los/husitas hablaban de *igualdad*. Se suprimió toda clase de servidumbre y dependencia feudal y se hablaba de eliminar la abundancia y arrogancia de los ricos. ¡Todo era de todos! Pero no, volvieron a hablar de los adamitas ejecutados y de que sus mujeres también pertenecían a la comunidad… Ambas partes se prepararon para la campaña que prometía ser decisiva. Ziska se había convertido del comandante improvisado que era en gobernador estadista, y su ceguera pareció darle la autoridad de los sabios primitivos, además de una energía casi sobrenatural. Al mismo tiempo conservaba su valor, sus rápidas decisiones, adelantándose a sus enemigos con la precisión de sus planes. Detrás de él existía una apasionada materia humana: era la reserva de donde podía extraerse siempre nuevos materiales: la gente pobre. Los más fanáticos de las aldeas, que veían un profeta en el hombre ciego, vinieron voluntariamente a colocarse bajo las banderas husitas. No era solamente, el atractivo de la libertad prometida sino los relatos que corrían de boca en boca entre la gente sobre hazañas bélicas, innumerables guerrillas en comarcas desconocidas, estupendos saqueos de ciudades, abundancia, alegría viril.

Las batallas arreciaron alrededor de Pilsen. Los husitas la llamaron «ciudad del sol» y procuraron fortalecer su defensa ante las tropas reales que avanzaban sin cesar. Pero el peligro era grande, la ciudad difícil de defender,

así que los husitas retiraron la guarnición de Pilsen y la llevaron a Tábor. Entonces pudieron entrar los «cruzados» e hicieron una terrible matanza como ejemplo. Una sola palabra de sospecha —el solo hecho de haber hablado con los herejes— era suficiente para arrastrar a un infeliz a la hoguera.

Pactaron una tregua temporal, que no cumplieron los realistas: según lo acordado, hubieran debido retirarse ambas partes, los husitas al cobijo del Monte Tábor que habían convertido en una fortaleza inaccesible durante los años anteriores. Ziska contaba ya también con una caballería importante utilizando los caballos de guerra de los distintos botines, así que estas formaciones también aparecieron para cubrir a los carreteros.

Se notó el efecto de la visita a la región que había hecho Ziska: casi toda la provincia se pasó a los husitas, con lo que el movimiento adquirió las características de un movimiento bohemio general. Gran parte de la ciudad estaba en las manos de los guerreros de la nueva fe. Solamente el castillo quedó bajo el dominio real y católico; la alta nobleza y las tropas de la reina se ocupaban de su defensa. El Hradschin podía estar seguro de que los husitas no le atacarían mientras Genek von Wartemberg fuera el jefe militar. Pero cuando Segismundo, que iba ganando terreno, declaró su derecho al trono de Praga, Genek se pasó a los utraquistas. «Segismundo es el enemigo de la nación checa» —dijo, y las palabras del antiguo comandante del castillo de Praga que gozaba de gran autoridad militar, influyeron lo suyo entre los vacilantes nobles. Genek sabía más de los lejanos planes militares que los mismos segundones husitas. Segismundo tenía que ocupar Praga —el Barrio Antiguo y el castillo— para poder coronarse y sostener luego a la anhelada Bohemia. Genek contaba con un sitio y asalto, así que ordenó construir barricadas en la ciudad y fortificar las murallas y acumular alimentos en los depósitos comunes. En el momento culminante del encuentro bélico, Ziska, con lo mejor de su ejército, entró en Praga. No le recibieron como a un invasor, sino como al liberador de la gente del pueblo, de los estudiantes y burgueses checos. Pero entonces tuvo lugar allí también la acción devastadora de los taboritas. El propio Ziska se volvió contra los saqueadores y cuando llegó la noticia de que Segismundo se estaba acercando, se alejó con sus tropas de la ciudad que no quería exponer al asalto. Además, no consideraba sus murallas bastante seguras ni sus gentes bastante unidas para exponer a sus habitantes a las vicisitudes de un asedio.

En el campamento de Segismundo vivía también Bárbara: la armonía de la pareja real pareció renacer durante las últimas semanas. Entretanto,

proseguían las negociaciones en el campamento y su tema fundamental era la conquista de Praga. Pero antes había que asegurar al ejército real que no habría de recibir ataque alguno del Monte de Tábor… Buena parte de los taboritas, al enterarse del peligro que amenazaba a la ciudad, volvieron a Tábor preparando allí su ataque. El mismo Ziska, como si hubiera abandonado Praga a su suerte, parecía preocuparse sólo del destino de su propia «capital». El ataque que inició Segismundo encabezando tropas austríacas de refuerzo no tuvo suerte tampoco en aquella ocasión. Del saqueo del ejército real en los alrededores de Tábor, dan cuenta las crónicas checas.

La meta de Segismundo era lograr un éxito militar antes de que llegara la cruzada imperial. Pero no pudo ocupar el Monte de Tábor y repetidamente sus tropas fueron derrotadas. En esas acciones tomó parte un rey bien maduro, modelo de caballeros valientes, pero que no era el mejor estratega.

La tropa imperial que se aproximaba —declaraba el legado— había aprendido en las amargas experiencias pasadas. Se calculó en 150.000 el número de los efectivos reclutados, gran número de cañones complementaban el equipo de guerra. Llegaron a las afueras de Praga, acamparon a orillas del río Moldava; Ziska se retiró como prudente comandante que era y sólo ordenó luchar a la mitad del ejército que debía enfrentarse a los cruzados.

Se estaba ya en pleno verano, a mediados de julio, cuando Segismundo, al amanecer, ordenó el ataque general contra Praga. En la capital tocaron a rebato las campanas al oír los cañonazos. En las unidades de ataque participaron tropas teutonas, católico-checas y húngaras. El primer día del asalto no trajo suerte a los atacantes: los de Praga capturaron algunos efectivos entre los sitiadores, a los que liquidaron el mismo día.

No es que Bárbara no estuviera acostumbrada desde la niñez a las campañas militares, a las noticias de guerra, a los grandes preparativos ya en el lejano Cilly, pero cuando llegó a ser adulta, reina, madre —después prisionera en el claustro— ya no se preocupaba demasiado por el nefasto juego de los hombres con la guerra. No creía en nada, apreciaba sobre todo su propia comodidad, las horas alegres, el dinero, el lujo. Sobre todo desde que en Oradea Mare —por primera vez en su vida— tuvo que aprender lo que significaba la miseria, el despertarse sobresaltada por la noche como si oyera de nuevo agitar la campanilla, a cuya voz debían de bajar a la capilla también con el frío del invierno, para la misa. La niña aún dormía, la abadesa había decidido que a Isabel no le alcanzaban todavía las reglas de la orden: especialmente porque no había la menor esperanza de poder hacer una monja de la única y débil planta del jardín real. Ahora Bárbara estaba viviendo en

una tienda principesca, expuesta, sin embargo, al maligno juego de los vientos, incómoda: no tenía una verdadera corte, a sus damas no les gustaba vivir en el campamento, entre peligros de toda clase. Los hombres cambiaban a cada hora su temperamento en tiempos de guerra: así era también de inconstante su majestad romana, que tomaba muy en serio la práctica del único arte del que no sabía nada, la estrategia. A su lado y a su alrededor, capitanes excelentes, pero de todas maneras era él quien debía obtener que Praga, la capital, cayera en sus manos «suaviter», es decir, a través de negociaciones secretas o bien «fortiter in arma», con cañones de asalto, ataques repetidos, incendiando los suburbios, cortando las conducciones del agua, capturando los cargamentos de provisiones… ¿Por qué anhelaba tanto Segismundo el título de rey checo? ¿No tenía acaso países suficientes; un mar de preocupaciones en Hungría? ¿Por qué tener que defender siempre a todos los puntos cardinales? ¿Por qué? Cuando se lo preguntó a su marido como por casualidad —que es lo que suelen hacer las mujeres— se encontró con la mirada de Segismundo, llena de odio y de reproches. El difunto padre, el emperador Carlos, se le aparecía en sueños nombrando a Praga, con aspecto de espíritu…

—¿Por qué justamente a Praga —insistía Bárbara—, cuando podías vivir eh paz y cómodamente, en Buda?

¿Se estaría aburriendo la reina en el campamento? ¿Se preocupaba alguien de complacer sus deseos, saber en qué pensaba, si recordaba aún al caballero Walmerode? Allí sólo había hombres siempre en armas, con corazas y mallas, a pesar de que todos sabían que entre aquellos que rodeaban la mesa del Consejo real o escribían informes, ninguno se expondría al peligro de trepar por una escalera de asalto, o entrar en la línea de fuego de los cañones municipales, sin hablar de que osaran participar en ataques al Monte de Tábor… Probablemente Segismundo sería la excepción, capaz, si le llegara el impulso, de combatir con el jefe enemigo en un torneo, ya que no le faltaba el valor. Pero, ¿a quién ayudaría exponiéndose al fuego de un fusil, cayendo en una trampa de las puestas por taboritas listos, para romper el cerco? ¿Y qué pasaría si le capturasen, lo que no sería imposible? Con seguridad hubiera sido hecho pedazos por la muchedumbre.

A Bárbara le faltaba todavía una corona: ese círculo de oro, mágico y mítico a la vez, que les colocaría a los dos el santo padre, con la que podrían ser en un segundo los tardíos herederos de los antiguos Césares y Augustos. Ser emperatriz, ser emperador… Pero mientras el papa Martín no pudiera volver a la Ciudad Eterna, mientras sólo pudiera tener la corte en los límites

del Estado de la Iglesia, mientras la Curia se mantuviese invitada por un príncipe o una república, no habría forma de marchar a Italia. ¿Cuándo, Segismundo, seremos emperador y emperatriz? Segismundo se acariciaba la barba, diciendo algo sobre «mañana o nunca». Muchos reyes alemanes reinaron ya sin la corona imperial, su hermano Wenceslao hizo lo mismo, igual que Roberto; jamás habían llegado a ser emperadores. Era por lo único que Bárbara soportaba, la vida de campaña. ¿Quería al hombre una generación mayor que ella? Todavía era esbelto, todavía era ansioso, todavía necesitaba mujer cada noche, como antes, según su antigua fama. Bárbara vivía en la tienda grande cuyo espacio interior el maestro constructor de tiendas había transformado en un dormitorio. Pero se oía el viento, las voces dando órdenes, el relevo de los guardias, las pisadas de los caballos, el rodar-de los cañones; jamás podría dormir largamente y en paz. Las armas al alcance de las manos de Segismundo para poder sacarlas, en caso de ataque, por cualquier parte. Cada ruido destrozaba su noche; el oficial de guardia podía entrar a cada momento para informar o pedir órdenes. ¿Qué podía hacer una mujer en el campamento para animar a su hombre de cincuenta y tres años? ¿Podía hablarse de una nueva luna de miel entre Bárbara y Segismundo, después del encuentro de Navidad? Cada beso era ahogado por los truenos de los morteros. En las puertas de la noche despertaban a los dos con la frase «las tropas húngaras parten a la carga, majestad». En estas ocasiones Segismundo arrojaba la manta de piel de oso; un minuto más y ya estaba en pie con su traje de piel, con gorro y guantes, el hombre que hacía una hora la había enlazado entre sus brazos. ¿Le daría lo mismo Bárbara que otra? El candil iluminaba su rostro: era un hombre apasionado en el arte de amar y superaba a los jóvenes, pero a la luz de la mañana tenía ya la piel marcada, desde el rabillo de sus ojos hasta las comisuras de sus labios se dibujaban los surcos, tenía bolsas debajo de los ojos. Pero a pesar de todo, cuando la alcanzaba con sus manos increíblemente finas y estrechas, desaparecía el tiempo, detenido entre ellos… ¿Era así o era distinto a cuando la primera vez la cubrió con la nube gigantesca de su cuerpo? ¿Le hacía falta Segismundo o sólo lo soportaba? ¿Podía apreciar si al hombre le era indiferente a quién, cómo y por qué abrazaba? ¿Sería verdad que Bárbara era también ahora sólo una, la única adecuada, la única al alcance de sus manos, para poder vivir, su varonil existencia entre los ruidos estruendosos de Marte? ¿O acaso habría otra, además? Aunque ahora él no se rebajaría hasta una vagabunda, pero con frecuencia acudían al campamento damas de buena familia, señoritas, mujeres de magnates. Deseaban presentarle sus respetos

junto a sus maridos, querían asegurarse la gracia del César. Si llegase a entrar en Praga, podrían premiar su victoria…

Ensayos de ataque y ataques reales; todo un plan de exterminio. No se capturaban prisioneros ni de un lado ni del otro; después de los interrogatorios seguían los tormentos. Los checos se quitaban frecuentemente la vida al caer prisioneros, porque quien caía en manos del enemigo, ya no tenía esperanzas de salvación. Los husitas no pagaban rescate por sus prisioneros ni los devolvían: era la esencia misma de las intransigentes luchas civiles en que se libera el odio en una interminable corriente asesina. La campaña de Segismundo y de los husitas, no tenía ni comienzo ni final.

¿Se estaría martirizando Segismundo con su dilema, admitiría la ambigüedad, la tragedia de esa situación? ¿Quería en verdad ser un buen rey feliz con su nación ya que en el fondo de su alma, en un sector de su existencia al menos, debía de sentirse checo? ¿Aspiraba a alcanzar el trono de Bohemia atravesando montañas de cadáveres, hogueras, el caos de las ciudades destruidas, quemadas, para alcanzar el trono del Hradschin? ¿Podrán apreciar o querer los nuevos súbditos a ese rey, en cuya promesa confió el «magister» al irse a Constanza? ¿A cuya señal se desataron los demonios del odio y por cuya culpa se convirtió el país en un desierto sobre el cual ahora desearía reinar en paz? ¿Por qué se aferraba Segismundo a Bohemia, a pesar de haber entregado Dalmacia, sin preocuparse demasiado por el confín de su dominio en los territorios del Sur, en tierras de los bosnios, de los «raczok», los antiguos servios? ¿Por qué anhelaba poseer Bohemia, que solamente podría entregarse después de la más sangrienta de las guerras? ¿Por qué el mar de sangre, las ciudades incendiadas, las mujeres y los niños asesinados a miles, las tierras despobladas, las emboscadas acechando en las zonas boscosas? ¿Para qué traer a Bohemia a húngaros, austríacos, croatas? ¿Para qué lanzar contra los comulgantes de las dos especies a los caballeros del Imperio, a los mozos campesinos cogidos con cuerdas, a las compañías mercenarias suizas? ¿Por qué hay que pagar con impuestos el valor de cada «denar»? ¿Por qué fundir los tesoros bien guardados de las iglesias para acuñar ducados y florines con ellos? ¿Por qué era posible sobornar al César, comprar a precios módicos los títulos y privilegios, sólo para continuar la absurda campaña?

El ataque de los imperiales sólo era una cara de la moneda. Cada violencia engendra nuevas violencias; a los husitas ya les daba igual, no podían volver a sus hogares destruidos, a sus casas destrozadas. El hogar ahora era solamente el carro: «Ve con él y destruye, cumpliendo las órdenes de los taboritas…».

¿Por qué tenía que ser Segismundo el ejemplo de la constancia? Puede que la palabra de Bárbara tuviera también su peso en ese punto muerto: corona de muertos; cada mañana más y más víctimas de las epidemias. Las noticias de Praga tampoco eran alegres, pero Praga era todavía inmensa, dentro de sus muros se aguantaba mejor, se sufría el asedio entre casas. Los que construían sus cercos en las tiendas de campaña, tiritaban al viento, y en el mejor de los casos, junto al picante humo del fuego de los campamentos, sin comer durante días porque los husitas se habían apoderado de los forrajes y de las provisiones… ¿Por qué debía ser Segismundo más tozudo que el destino, que le desbarataba sus planes más bellos? Quizá fuera posible que sus comandantes le aconsejaran también —y en secreto— terminar con la desesperada lucha. Volver a casa. ¡Y el que ha sobrevivido que se alegre de ello! No tenía sentido arrear a las tropas, hacerlas subir las escaleras de asalto y ver desangrarse a los mejores de sus caballeros.

Los husitas convocaron al parlamento en Caslav. Asistió también Conrado, el arzobispo de Praga, quien había aceptado, los cuatro puntos de los utraquistas. Luego, llegaron delegados de Moravia: magnates, caballeros, burgueses. Después de todo, sólo había caído una parte de la comarca bajo el dominio de Segismundo; la otra mitad miraba hacia Praga. En la Dieta se crearon leyes importantes: las bases de cada ley serían los Cuatro Puntos. Mientras Segismundo fuera rey de Hungría, no podía ocupar el trono de Bohemia. El parlamento había elegido veinte directores en representación de los nobles y los burgueses; con esto mantenían la imagen social de Bohemia tal como era antes de los movimientos husitas. Se encargó a los directores consolidar el orden social frente al enemigo, pero también contra el Monte de Tábor. Segismundo envió también dos delegados a Caslav. Antes de que hubieran comenzado los debates se proclamó la solemne declaración del delegado real: insistía sobre el absoluto derecho real de Segismundo. Los reunidos en la Dieta escucharon en relativo silencio la declaración real, pero permanecieron sentados, sin la menor señal de respeto. Puede decirse que pasaron por alto la respuesta prosiguiendo las negociaciones como si se hubiera tratado de un hecho sin importancia. Después, declararon la república. Esta república de Bohemia fue la respuesta definitiva del parlamento al rey.

El ejército que regresó, al que llamaban «cruzado», pero que en su mayoría era húngaro, se disolvió en cuanto Segismundo regresó a Buda para descansar de sus fatigas de la campaña. Pero a los pocos días llegó de Transilvania un jinete con noticias nefastas: el ejército del sultán Murad había

irrumpido en Transilvania y los turcos ocuparon Brasov. «¡Pronto, pronto, enseguida!, ¡ayúdanos rey Segismundo, señor nuestro!».

Balance de la historia: ¿Cómo se comportará el voivoda de Havasalfdld? ¿Vacilará en su lealtad el vasallo del rey? Porque donde se acerca el peligro turco, se olvidan los juramentos de fidelidad de los caballeros; los cambios del azar son una continua tentación. Era la primera vez que el turco echaba un zarpazo a la tierra de Transilvania, lo que obligó al voivoda a volverse hacía Murad, ofreciéndole su sumisión. Semanas de inquietud: para la defensa de Transilvania reunió el rey al ejército, basándose en distintas leyes destinadas a la lucha contra los husitas. Como lo describen las leyes de la «Orden de los Brazos», recorrieron el país enarbolando el sable ensangrentado. La nobleza se alzó con una solidaridad inesperada, y los vigilantes de las fincas, los escuadrones, los guardias de los castillos reales… El sultán —según los informes— no vino a Transilvania en persona, así que no se llevó a efecto la gran batalla en que pudieran enfrentarse el emperador con el padisah. Puede que el ejército turco no fuera tan grande, acaso más bien un batallón con el objetivo de buscar los puntos débiles del imperio húngaro: quiénes y cómo defendían los pasos y desfiladeros; hasta dónde se podía avanzar sin encontrar resistencia, qué castillo era el más fuerte, si había zonas fortificadas que les cerraran el camino hacia Occidente. Las tropas de ayuda de Segismundo, recién formadas, hicieron polvo a ese ejército explorador.

Tal vez no fueran muchos pero el ímpetu de los magiares arrojó a los turcos, y buena parte se dispersó evitando la batalla. Se logró recuperar Ja mayor parte del botín que habían robado, y a través de los pasos y quebradas de las montañas, el ejército turco se volvió por dónde vino. La llegada de las tropas reales volvió a cambiar la situación: los delegados del voivoda juraron a Segismundo que no había surgido ningún cambio en la solidez de los compromisos feudales. Así que el rey pudo regresar de Brasov: el camino estaba ahora libre hasta la querida Oradea Mare donde Segismundo anhelaba ir, donde podría por fin descansar, a la que fijó —cercana a la tumba de San Ladislao— como última morada suya.

En medio de los choques seguía pendiente, obsesionante, la situación checa. Los problemas imperiales podían ocasionar toda clase de inquietudes; se había terminado la paz interior más o menos respetada durante el Concilio, la Tregua de Dios. Se reanudaron varias guerras internas, en aquel siglo tardío de la ley del puño y de la fuerza: intereses egoístas, disputas por posesiones, celos, riñas familiares, herencias y matrimonios fallidos parecían pretexto suficiente en el Imperio para provocar una campaña de guerra ocasional. Se

multiplicaron las compañías mercenarias, especie de forúnculo brotado en las espaldas del pueblo; saqueadores muchas veces venidos del extranjero —mercenarios lombardos o suizos— y los que provenían de provincias checas, invocando la superioridad de su estrategia. A esos mercenarios, parásitos del pueblo —en su mayoría simples alborotadores— podía utilizarlos cualquiera, con tal de pagarles. Por lo que concernía a los sureños, seguía perpetuándose el peligro turco. La hipocresía de los venecianos llegó hasta convertir la expansión del turco en la cuestión más grave de la política europea. La república de San Marcos comerció siempre —en el pasado como en el presente— con aquellas regiones en que puso pie firme el poder otomano. En su mayoría regulaba por medio de pactos secretos los privilegios de los venecianos en los puertos mahometanos de África del Norte y de Asia. La Serenissima tenía que cuidar de no apoyar excesivamente a la tambaleante federación europea, para no despertar los recelos del turco. Esta situación se daba por sabida en las cancillerías europeas que apreciaban debidamente los compromisos de las dignidades de San Marcos. Finalmente, la interminable guerra anglo-francesa con sus luchas internas —secesión de comarcas, ocupación de Calais— inmovilizó las fuerzas de los dos grandes países de la cristiandad. Ni el peligro husita ni el turco interesaban a los caudillos de los países en guerra.

En Oradea Mare, durante las meditaciones a que se entregó Segismundo mientras pasaba algunos días en el silencio de la cripta real, tuvo tiempo para pensar en su vida pasada: su heredera Isabel había cumplido hacía poco los doce años, ya se acercaban sus esponsales con el príncipe Alberto quien, como príncipe consorte, heredaría posiblemente los países de su reino y la corona romano-germánica. En Oradea Mare había que arreglar en las cancillerías provisionales todo lo relacionado con la boda. El destino de Europa —pero sobre todo el destino de Hungría— era la causa de que el rey necesitase de Alberto: Austria era una comarca rica, con una capital rodeada de fuertes murallas, con ciudades bonitas y ricos ciudadanos. Hasta ahora había sido, más que un buen vecino, un frecuente enemigo. Alberto, que en aquellos años se había convertido en un magnífico monarca, podía alimentar la esperanza de convertirse, a través de su matrimonio, en uno de los mayores soberanos de Europa Austria, Hungría, Bohemia, dentro del círculo de los países, significaba un enorme poder. ¿Por qué habría de vacilar Alberto de Habsburgo en casarse con la niña de doce años a quien habían bautizado con el nombre de Isabel, nombre tan querido por sus mayores?

¿Sería aún demasiado joven? Si Segismundo quería tan entrañablemente a Isabel, ¿por qué dejó que siguiera a su madre en el destierro? ¿Sería posible que hubiera cobrado odio a su padre al desgranar sus días de miseria y prisión en el claustro? Seguramente allí se formó el carácter de la muchacha para una vida que implicaría tantos cambios de fortuna. Luchó contra las vicisitudes del invierno y del frío, las largas lluvias, el duro y triste alojamiento; había adelgazado con la escasa y mala comida, tuvo que continuar ella sola su perfeccionamiento de la escritura, los estudios, en los que sólo su madre podía ayudar; y era una escasa ayuda. Le tocó llevar una vida áspera: casi un año es mucho tiempo en la vida de una niña, además que ni Bárbara ni su hija tenían idea de lo que duraría aquel destierro, dependiente del capricho real. Cuando ya se iniciaron las secretas negociaciones y alguna noticia se filtró hasta el claustro por medio de palomas, empezó a resplandecer la esperanza de la libertad. Pero pasó infinito tiempo hasta que llegara la orden de que partieran en pleno invierno, heladas, primero hacia Buda, después hacia el lejano Holies.

La puerta se abrió como por arte de magia, en Nochebuena. A su padre sólo le había visto de pequeña; en la llegada a Pozsony no recibió casi una palabra amable, ni una caricia de su padre. ¿Querría ahora la niña a su progenitor? ¿Querría a su madre, con quien la encerraron durante un año? Debió conocer bien durante esa convivencia forzada, a la mujer caprichosa, inquieta, abatida al menor golpe de viento y enseguida disparada hacia el cielo si algún rayo de esperanza brillaba en la lejanía. Para la madre, la única en quien desahogar su mal humor, era su propia hija. Así encarada, debió de endurecerse la niña haciéndose resistente y precoz. También se enfrentó con la abadesa; no pudo entablar amistad con las jóvenes novicias, había que mantener la distancia frente a ellas, pero hizo todo cuanto debía, apretando los dientes. Así creció, lejos de lo que pudo ser una niñez mimada. Sabía que tenía un prometido, que debía rezar por él… ¿Cómo sería Alberto de Austria, con quien la habían desposado al año de su nacimiento?

¿Sabría Isabel que corría un peligro? Murad, cuando pactaron la tregua —parecida a la paz— con Segismundo, pidió para su hijo la hija del rey. En el consejo real las opiniones también estaban divididas: había entre los consejeros quienes veían la seguridad de Hungría en esa boda, acaso el príncipe pagano de la fe en Mahoma, aceptara también a Cristo… Quienes conocían mejor el mundo turco por haber estado encarcelados, por haber participado en delegaciones (como Josza Török, Nicolás Szerecsen, que fueron incorporados a los consejos), se oponían violentamente a ese proyecto

extraño y audaz El destino de las campañas, incluso el de los sultanes, se decidía en las corrientes caprichosas e inesperadas de la corte turca; la que se hubiera incorporado una vez al harén del sultán, no tenía ya esperanza alguna de liberarse. El descubrir el envío de una carta, el intento de hablar con algún compatriota suyo, bastaban para rodear su hermoso cuello con el cordón de seda. El sultán haría la prueba del matrimonio húngaro-mahometano para demostrar a sus vasallos su victoria sobre el primer soberano de los infieles.

De esto también se enteró algo Isabel: su anciano tutor que le enseñaba el latín, refirió lo ocurrido en el consejo cuando su padre presentó la petición de mano del sultán Murad. Hubo una corta discusión y finalmente todos rechazaron la propuesta turca.

Debió de sentirse otra vez feliz Isabel cuando pudo volver a vivir con la pompa de una princesa, disfrutando de todo el cambio en su entorno, como si su padre y su madre intentaran complacer, compitiendo entre sí, a esa joven alta, precoz, de fuerte voluntad.

Según palabras del médico de la corte, la Naturaleza no se oponía al enlace: la princesa estaba madura para poder cumplir con sus deberes de mujer.

Por eso llegó Alberto a Pozsony acompañado de su canciller y sus asesores: la boda era un marco festivo, como un torneo o una solemne procesión. Lo importante se ocultaba en las páginas de pergamino, en el texto del contrato que redactaban una y otra vez los hombres de la cancillería. Alberto no dispuso casi de tiempo para presentar sus respetos a la prometida, todo era un juego de formalidades y conveniencias. ¿Qué haría y qué no haría al presentarse ante la niña; cómo le hablaría y cómo debía tratarla? Según noticias fidedignas, «Isabel no necesitará casi de miramientos», como se suele decir en lenguaje de la corte. Pero eso sí, había que cumplir la «consumación», porque la «cohabitación» de los cónyuges era condición previa substancial para la validez del matrimonio, y sin este requisito podía ser anulado en cualquier momento el enlace matrimonial; y sobraban los precedentes en las familias principescas. La pequeña princesa o el pequeño príncipe, solían educarse en la corte del o de la prometida. Cuando cambiaba la dirección del viento europeo, se devolvía al pequeño marido o a la pequeña esposa. No pasaba entre los niños *nada*; nadie podía objetar nada, ni siquiera la Santa Sede. Pero si el casamiento no sólo era contraído sino también consumado, entonces eran válidas todas las condiciones que dependían de ese matrimonio. Por eso contemplaba el príncipe austríaco con un poco de temor

a su novia, a la niña de rostro duro, ojos centelleantes, sufrida y experta ya en los giros del destino.

¿Qué se dirían los novios? Isabel empleaba con su madre el alemán, por lo que no tenían dificultad en entenderse. Y suponemos de qué hablaría Alberto durante la breve hora, mientras en el sillón se hallaba una dama de honor, ya pasado el tiempo de los juegos pero sin llegar aún a la delicadeza de los mimos. Se fijó la fecha de la boda para mediados de abril. También en Viena brotarían las flores cuando Alberto se llevara a su casa a la señora del «Hofburg», pero aquí y ahora, en Pozsony, ¿de qué hablarían entre ellos? ¿Cuál sería la suerte de la pequeña soberana? ¿A qué y a quién debía de prestar su atención al trasladarse a la residencia de los Habsburgo? ¿Y hasta cuándo sería solamente una princesa austríaca?

El hasta cuándo era lo fijado en aquel pergamino firmado en presencia de Isabel; Bárbara era ahora sólo una sombra pálida, allí no se trataba de ella, de sus años, de su destino de soberana. El pacto tomó la forma de un solemne contrato: el rey romano germánico y húngaro y checo testimonia sus coronas, declara como herederos universales suyos a su hija —hija única— y al marido de ésta, Alberto. Los dos con iguales derechos pero Alberto, como marido de la futura reina Isabel, heredaría Hungría, Bohemia y las comarcas que se pusieran al amparo de la corona de San Esteban. Segismundo recordaba muy bien aquellos años que siguieron a la pronta muerte de su esposa, María: el rey Luis no promulgó ningún decreto solemne que hubiera podido poner a su yerno Segismundo en posesión de su herencia. Por todo aquello tuvo que luchar con indignas humillaciones y cortesías, sobornando a las grandes dignidades. En cambio ahora, sólo debía aclararse la situación legal de Isabel y Alberto, y el consejo real debía de pronunciar el Amén.

Había que incorporar también a Alberto a los «Dragones» para que aquella federación respaldara a su vez al príncipe cuando, por voluntad de Dios, falleciera el rey.

En la reunión se pudo establecer lo falible del destino de los monarcas: el decreto debía de prever todas las debilidades, todos los cambios posibles… Isabel, como hija del rey, era la *primera*, Alberto entraría a formar parte de los reyes húngaros por derecho matrimonial. Por ahora no había ningún competidor, ningún lejano pretendiente al trono, como sucedió en los primeros tiempos de Segismundo, cuando le amargaron el poder los miembros de la rama de Nápoles. A lo sumo, Juana II se denominó en sus documentos, «reina de Hungría». Todo eso ya no eran más que lejanas olas

del sangriento mar bélico de antaño. La hija de Segismundo no necesitaba luchar por la corona contra nadie.

Al servicio de Alberto ordenaron a un caballero de la corte, un *miles* de apenas veinte años; su nombre era Juan y para complacerle, bastaba con no llamarle por el apellido de su padre, Vajk —que había servido en la corte—, sino con el tratamiento de «Hunyadvár de Transilvania», que el padre había recibido del rey como donación, diez años antes. Alberto estudió detenidamente al joven de mirada agradable, estatura mediana, no demasiado robusto. Hasta él habían llegado las murmuraciones de que Juan podía ser un hermanastro mayor, bastardo, de Isabel. Nadie lo sabía con seguridad, sólo los que acompañaron al rey en su campaña de Transilvania hablaban de una lejana Isabel, en cuya casa paterna se divertía el rey a menudo, años atrás.

En las casas regias no era raro el bastardo aceptado: sus padres, si se preocupaban de su futuro, facilitaban su carrera. En general se destinaban a ser prelados, o pasaban al ejército, o recibían alguna gobernación. En Italia, muchas veces alcanzaban mayores metas que sus hermanastros nacidos en lechos principescos. El puñal del bastardo relampaguea con rapidez. Por lo general, se convierten en parientes camorristas y celosos, siempre descontentos. Alberto pensaba en todo ello al aceptar los servicios caballerescos de Juan, quien había pasado ya por las escuelas de algunas dignidades y entre ellas, en la corte del príncipe de Milán. El rey donó una amplia posesión al padre y en el documento de donación incluyeron el nombre del hijo de Vajk, Juan. Por otra parte —según los bien informados— nunca hubo hasta entonces, además de este Juan, un bastardo entre los de Luxemburgo; nadie sabía de ningún fruto en los amoríos del rey. Juan era bien visto en la corte, se movía cómodamente entre príncipes. Alberto le tomó gustoso a su servicio.

30

EN EL deformante espejo de las noticias, los husitas aparecían cada vez con una imagen más horrible. Fue entonces cuando falleció, a causa de una epidemia, posiblemente el mayor estratega de la época, Juan Ziska. En muchas ciudades del Imperio de Occidente, se encendieron hogueras de júbilo al enterarse de la muerte del gran ciego: se habían terminado los temores, las huidas y espantadas ante la llegada de los carreteros. Por todas partes acampaban los ejércitos con renovada pasión, preparándose para la nueva guerra. El legado contaba ya con cien mil guerreros y a mediados del verano convocó su reunión en sus tres cuartas partes.

Los informes que llegaban de territorio checo no eran nada alegres: entre los taboritas, quienes más lamentaban la muerte de Ziska —muchos le llamaban «Padre»— adoptaron el nombre de *Huérfanos*, prometiendo bajo juramento inmortalizar su nombre. Preparaban en su homenaje una campaña tan terrible contra las comarcas imperiales, que ni siquiera bajo el mando de Ziska hubiera tenido precedentes. Los «huérfanos» multiplicaron sus preparativos para que, al llegar el otoño, pudieran asegurarse las cosechas ajenas que amontonarían en sus carros. En Bohemia era poca la mano de obra disponible, por lo que luchaban y saqueaban de buena gana, antes de toparse de nuevo con los terratenientes.

No se tardó en elegir un sucesor de Ziskas su ayudante de campaña, Prokop Holy, le sucedió. Prokop era un guerrero aún más intrépido, más emprendedor que el gran anciano de los últimos años. Cuando Prokop asumió el poder sobre los husitas, se organizó sólidamente la sublevación checa, pues conocía a sus enemigos, al recibir de toda Europa informes confidenciales que llegaban al monte de Tábor. Sabían que la muerte de Ziska había multiplicado los preparativos de los cruzados y que, pasado el otoño, partirían los ejércitos imperiales ya mejor equipados, para la campaña decisiva. Esperaban que Segismundo emprendiera el ataque desde Hungría con su propio ejército: su propósito era llevar a los herejes al interior de una tenaza, y en un abrir y cerrar de ojos, liquidar la maldita herejía y el cisma checo.

Segismundo ocupó la parte de Moravia que se había mantenido en su mayoría católica: ésta no era pues tierra de enemigos, a pesar de que también había algunos pueblos que seguían las nuevas doctrinas. Allí habían expulsado a los antiguos clérigos si no aceptaban las reglas de Praga; según el ritual de los taboritas celebraban sus cultos al aire libre, donde todos cuantos lo deseaban podían invocar sus propias palabras y los curas podían comulgar bajo las dos especies. Cuando el ejército de Segismundo llegó a las regiones de Moravia, ejército constituido en su mayoría por tropas húngaras —a quienes se unieron serbios y cumanés— su primer propósito fue destruir las guaridas de los husitas, con ellos dentro. Segismundo intentó —en lo posible — evitar el derramamiento de sangre pues ahora, como rey de aquellas regiones, quería conquistar la benevolencia de sus súbditos. Cuando le pareció asegurado de alguna manera el éxito de la campaña, convocó un parlamento en Bmo. También partieron los ejércitos imperiales, uniéndose a ellos el ejército austríaco de Alberto compuesto de doce mil hombres. Parecía que con ayuda del «gran esfuerzo» —inspirado aún por el espíritu de Constanza— se podría cortar por fin la cabeza de la hidra checa.

El cargo de comandante del ejército lo asumió el confidente del rey, Pipo Azora, procurando aprovechar sus experiencias italianas en el campo de batalla checo.

Del comportamiento de las tropas húngaras casi no hubo referencias en las crónicas checas: los guerreros cumanés y yataganes a quienes consideraban como «medio paganos», inmortalizaron sus nombres con un excepcional salvajismo y crueldad, y eso justificó que dichos elementos étnicos no se fundieran entonces en la universalidad de los húngaros. Fue un castigo excepcional, una represalia cruel arrojar a estos seres a las regiones husitas. Naturalmente, todo lo ocurrido fue recíproco: a los «huérfanos» se les mencionaba cada vez como la parte más despiadada de los taboritas; los carreteros, por su lado se apartaron de sus líneas fortificadas, ocupando la tierra de Moravia, que aún era católica. Cuando capturaban alguna unidad de cruzados, no existía piedad para ella y en ambas partes liquidaron con selectas torturas a las víctimas.

Los «huérfanos» se convirtieron en una secta aparte. En lo que se refería a sus creencias religiosas, estaban más cerca de los calixtinos, menos desviados; en cambio, en sus opiniones sobre el orden social, adoptaron las ideas de los taboritas: comunidad de los bienes, eliminación de las barreras de clases, liberación de la gente pobre, eran la base de sus llamamientos, lo que proclamaban sus predicadores en los cultos celebrados al aire libre.

A Juan Ziska le enterraron en el cementerio de Caslav y su recuerdo fue inmortalizado por un epitafio. Como símbolo, colocaron su maza de hierro sobre la tumba: era el arma que estuvo siempre al alcance de su mano durante las batallas, cuando aún veía. Aquella tumba permaneció durante largo tiempo como monumento para quienes, pensando en la breve libertad checa, peregrinaban hasta el gran anciano.

(Aún volvió a revivir el recuerdo de Ziska, siglo y medio más tarde. El severo emperador y rey Habsburgo de la Contrarreforma, llegó a Caslav durante una campaña y le llevaron al cementerio para mostrarle la tumba de Ziska. El joven emperador, obediente discípulo de los jesuitas, expresó su indignación por el hecho de que «este maldito hereje, todavía amenaza con su maza a los vivos de ahora, varios siglos después de su muerte». No obstante había tan buena voluntad en aquel soberano, que no dio orden alguna para destruir la tumba, aunque el mismo día se marchó de la ciudad en que guardaban todavía el recuerdo de Juan Ziska.)

Campañas de guerra, miseria, tierras abandonadas sin labrar, guerras municipales de Praga, discrepancias internas de las sectas, todo ello desató la miseria sobre Bohemia. Tenían que prepararse contra los cruzados con lo que no absorbían las patrullas extranjeras; los saqueos amenguaban en gran manera los botines. Prokop Holy, el sucesor de Ziska, poseía un poder ilimitado, pero no pudo ni quiso cambiar el carácter del movimiento de reforma, de enorme fuerza no sólo en su contenido nacional y religioso, sino también en lo social. Ziska se había convertido en un héroe nacional, con la autoridad mítica de los héroes ciegos de la antigua Grecia. Ziska nunca atravesó las fronteras de Bohemia, era un guerrero y sólo durante poco tiempo cortesano, pues el regateo y los juegos de la diplomacia no eran su fuerte. Quien le sucedió, Prokop Holy, se vio ya obligado desde el comienzo de su jefatura, a actuar como diplomático. Tenía que dirigir la delegación checa para el Concilio de Basilea, que fue convocado como prolongación del sínodo del de Constanza.

Entretanto, el inquieto Segismundo continuaba con sus interminables viajes entre los campos de batalla checos, Pozsony, Ratisbona y después Buda y Oradea Mare. No había novedades sobre las cosas de Martín V en Italia, se ignoraba aún cuándo podría ocupar pacíficamente el santo padre su trono de Roma. Segismundo no deseaba la coronación mientras no le pudiera ungir el Servidor de Servidores de Cristo, como emperador universal de la cristiandad. Este era el anhelado título que esperaba a Segismundo y al que Bárbara también deseaba acceder… ¿Por qué se atrasaba el viaje a Italia? No podía

preguntar a su marido; Segismundo era demasiado inquieto, sólo frenaba su agitación viajando por su país. A medida que pasaban los años, sentía que su responsabilidad por la suerte de Europa era cada vez mayor. Desde la entronización de Martín, nada cambió referente a la reforma eclesiástica y seguía reinando el caos. Todos comprendían que lo que se pudo adelantar en Constanza se perdería «per negligentiam», si no proseguían urgentemente con el cultivo de los viñedos del Señor.

En Késmárk se celebró una reunión de reyes, en el año de las campañas, entre los vientos de marzo. El rey polaco Ladislao se había apartado de Segismundo todo lo posible durante los últimos años. Veía una amenaza en el imperio húngaro-checo sobre la línea fronteriza del reino polaco, justamente cuando el recuerdo del imperio húngaro-polaco de Luis el Grande, vivía aún en buena parte del pueblo, como la época dorada de la victoria. Ladislao evitó ya desde el principio enfrentarse con los husitas y con los que no querían saber nada del reino de Segismundo. Ocurrió según su secreta intención, que el príncipe lituano Koribut había fijado su residencia en Praga, como gobernador del futuro rey checo que se elegiría libremente, acaso uno de los candidatos de la soberanía. Al joven Koribut, rico en las virtudes de un caballero, pronto se le agregó todo un partido: dependía de Ladislao el apoyo que le prestaría a su familiar en esa carrera política.

Segismundo y Ladislao fueron en un tiempo amigos; les unía el lazo del parentesco con los Cillei; coincidían en muchos criterios y se emocionaban por los mismos ideales caballerescos, pero la gran política distanció a los dos reyes. La mayor aspiración del país de Ladislao era rechazar la Orden Teutónica. Segismundo, como rey germánico, estaba obligado a colocarse del lado de los caballeros teutónicos. La victoria alcanzada por los polacos sobre la Orden hacía un decenio, melló por algún tiempo el venenoso diente de la discordia. Segismundo, por el momento, no tenía por qué inmiscuirse, ni en pro ni en contra, en esa enemistad de siglos. Por eso se hacía posible el encuentro de Késmárk.

Ladislao llegaba a sus setenta y tres años; Segismundo era quince años más joven que él. El rey polaco celebró poco antes de su llegada un bautizo: su cuarta esposa, la princesa Sonia de Viazma, quien recibió en Cracovia el nombre de Sofía, le dio el primer heredero varón, a quien bautizaron también con el nombre de Ladislao. Segismundo y Ladislao eran cuñados por la segunda esposa del rey polaco, Anna Cillei. Este recuerdo debía de ser evocado en Késmárk, en presencia de Bárbara, quien desempeñó así algún

papel en la creación de un ambiente amistoso. Tampoco podía faltar en el encuentro Nicolás Garai, como miembro del palacio y como pariente.

No obstante, la amistad de Segismundo con Ladislao, tenía raíces más nobles aún: el príncipe lituano, pagano a medias, después de haber mandado asesinar a su tío y a la esposa de aquél, ocupó el modesto palacio del gran ducado de Vilna. Poco después se decidió a dar un paso audaz: pidió la mano de Eduvigis, hija de Luis el Grande, reina de Polonia. Prometió como regalo de bodas que, si la reina —de vida muy piadosa— le aceptaba como rey consorte, convertiría al catolicismo a todo el pueblo lituano. Eduvigis estaba ya comprometida con Guillermo de Habsburgo, que había sido elegido por Luis el Grande para ella. Eduvigis prescindió de su novio, con quien —así dice la tradición— la unía un verdadero amor y para aumentar el rebaño de Cristo dio el sí al monarca lituano, que debía contar unos treinta y tantos años. Después del desposorio Ladislao cumplió su palabra: por lo tanto, al haber sido aceptado por Eduvigis como rey consorte, se celebró en Lituania el bautismo general. Ese pueblo del Norte idolatraba todavía a sus deidades, especialmente a un viejo roble ante el que presentaban sus ofrendas y hacían sus leyes. Ladislao Jagellón se enfrentó con las tradiciones del pueblo, mandó arrancar el roble, ordenó destrozar la estatua de la deidad Perkunos y después —según las crónicas— mojó con el agua bautismal el largo y pagano cabello de más de cincuenta mil lituanos.

Mientras se dedicaban a la cacería en los montes y rendían tributo al buen comer y al buen beber, el don de Segismundo de seducir a sus oponentes le valió de nuevo un brillante éxito: Ladislao rechazó todas las tendencias de apoyo a los husitas y se mostró dispuesto a unirse a ambas cruzadas, la que atacaba a los checos y la que se dirigía contra los turcos, como homenaje al pío recuerdo de Eduvigis.

En esos días decretó Segismundo un extraño privilegio: en el documento dirigido a Ladislao, príncipe de los gitanos, aseguraba el derecho a todos ellos, de establecerse libremente en las ciudades de la corona de San Esteban, en las residencias reales y en los alrededores de los castillos.

¿Quién era ese príncipe gitano Ladislao y por qué concedió el privilegio a ese pueblo errante que ya hacía años se extendía a través de Transilvania, hacia el Occidente? En el país ya lo sospechaban, y causó gran inquietud la admisión de esa gente, al parecer plácida, que hablaba un idioma extranjero pero que respetaba la ley de Dios. Se trataba de un privilegio que no les daba la autonomía a los gitanos, pero dependía sólo de los municipios el decidir quién y de qué manera les admitían entre sus paredes y en qué condiciones,

con qué reservas económicas y profesionales. En virtud del privilegio, los gitanos no necesitaban permiso para emigrar a cualquier parte. No era un secreto: el rey recibió del mítico príncipe una suma considerable por la carta de privilegio. Ladislao —nombrado en el documento— no precisaba la procedencia de ese oro.

Después del encuentro real de Késmárk prosiguió el recorrido por el país. En algunos sitios —castillos, centros comarcales— no habían podido ver jamás al rey que durante seis años ni siquiera estuvo en su nación. Este viaje moteado de homenajes, reuniones locales, recepción de quejas, fue inesperadamente interrumpido por un apresurado mensaje de las fuerzas germánicas: su emperador desatendía los intereses alemanés, justamente cuando navegaban en el mar de las discordias internas. Aumentaba su agravio el que Segismundo se trajera consigo la corona checa de Bohemia, los símbolos de la coronación y las joyas. Todo lo expuso en la capilla del castillo de Buda; quien lo deseaba, podía contemplar esas riquezas que guardaban vigilantes húngaros, no checos. Pero la asamblea imperial, como en la primitiva organización germana, deseaba que la corona fuera trasladada con las joyas a Nuremberg para guardarlas allí, «al menos mientras duren los disturbios».

Segismundo no se marchó al Imperio: su próxima detención sería en Cracovia, para participar en un nuevo encuentro real. Allí se reunieron, además de Ladislao y Segismundo, los reyes danés y sueco: a este último le vinculaban con Segismundo lazos familiares, y aquí prometió el soberano danés que pronto visitaría Buda, durante un tiempo más prolongado. Llegó también a Cracovia el cardenal Brando Castiglioni a pesar de su avanzada edad, como legado apostólico de la lucha contra los checos.

En el Wawel pasaron los días del encuentro de los reyes, entre disputas confesionales y torneos de caballeros; a los reyes del Norte no les incumbía el peligro turco y el ideal de la solidaridad cristiana les fijaba una tarea imprecisa, pues la ocupación de Jerusalén y la liberación de las regiones sureñas de Hungría, tenía para ellos el mismo significado: una inmensa lejanía. Una mar quimérica, pueblos extraños bajo estrellas desconocidas. No obstante, todos prometieron de todo, en ese ambiente suave y risueño, entre copas y charlas ligeras, al son del trote de los caballos de las cacerías.

Así como Segismundo logró apartar a Ladislao de su protección política a los husitas, también le persuadió a que llamara al príncipe Koribut, para su regreso de Praga. El rey recibió también en Cracovia, el mensaje de la Orden Teutónica. Como su protector máximo, pedía ayuda para frenar los excesos

polacos. Desde la victoria de Grünewald, no había existido paz semejante entre los dos eternos enemigos.

Bárbara no fue a Cracovia: sólo llevando con ella a su corte, con carrozas, servidumbre, trajes brillantes, joyas, se hubiera podido presentar la esposa del primer soberano de la cristiandad, en la lujosa corte polaca. Por mucho que hubiera querido Bárbara estar presente en la célebre reunión con su belleza plena —y procurando olvidar los amargos recuerdos de la prisión— la tesorería real no disponía de dinero para preparar dignamente a Bárbara. El séquito del rey estaba compuesto de nobles, algunos clérigos, servidumbre cortesana; lo mismo que vistió en Constanza, trajes, gorros, capas, pellizas, botas de gala y botas de cacería, también sirvieron en las salas del Wawel. La majestad casi patriarcal del rey Ladislao —bien pasado ya el medio siglo— mostraba un violento contraste con las ansias de vivir de Segismundo, con su alegría, su temperamento del rey romano procuraba tomar parte en todos los roces de la vida, sin abstenerse del placer de la comida —aparte los días de severo ayuno— y tampoco de lo que se condenaba como «de venere et vino», de la abundancia del amor y del vino.

Los bellos días de Cracovia pasaron tan aprisa que había que pensar ya en el regreso y también en que las voces imperiales clamaban cada vez más para que el rey alemán fuera hacia ellos. Ya se organizaba el nuevo ejército de los cruzados para la primavera, en tierras germánicas. Esa era asimismo la razón por la que tenía que volver a Hungría, al centro de su imperio, para poder dirigir desde allí las conferencias que llevaran adelante la unión total de los ejércitos. Aceleró los preparativos del retomo, la noticia llegada desde Ruda de que el emperador de los romanos de Oriente, Manuel Paleólogo, había partido hacia Hungría, para una visita amistosa. Este «basileus» de más de setenta años, era el principal soberano de la cristiandad, según milenarias reglas de Europa: Segismundo sólo hubiera podido precederle, si le hubieran colocado ya la corona imperial.

El imperio griego sólo se componía de una cabeza gigante y sin cuerpo: Bizancio. Sus alrededores y el Peloponeso era lo que llamaban «romano», la herencia recibida de las tradiciones agustinas, pálido reflejo del imperio de Constantino el Grande, Manuel había agotado su juventud como príncipe rehén en la corte del sultán Bayaceto, logrando después de muchas aventuras escapar de allí. Ocupó el trono de Bizancio después de la muerte de su padre, pero fiel a las tradiciones de sus antepasados, principalmente la de Constantino Porfinogeneta, no suspendió su actividad de escritor. Sólo que sustituyó la dulce lira de su juventud, las poesías escritas sobre su cautiverio

turco y sus cartas poéticas, por escritos históricos, obras teológicas, una rica colección de ejemplos del arte de la oratoria. Todos se compadecieron en Constanza del monarca de gran cultura, de amplia visión, que se desgastaba entre clérigos fanáticos, aislados, frente al peligro cada año mayor del turco. En Constanza, el emperador llegó casi a firmar un documento que consagraba la unión de las Iglesias griegas y latinas. Pero el acuerdo proyectado no satisfizo al patriarca, porque hubiera podido incitar contra el «basileus» al pueblo bizantino, siempre irritable y desconfiado. Constantinopla era la ciudad mayor del mundo, con más de medio millón de habitantes y tradiciones urbanas primitivas que no bahía podido alterar ni el cruel medio siglo del imperio latino. La gente del ágora, de los baños, del circe, intercambiaron sus opiniones como ciudadanos de la metrópolis. Pese a que la voluntad del emperador era la misma ley y en principio nadie podía delimitar sus órdenes no obstante el inquieto ambiente bizantino las frecuentes conmociones del espíritu del pueblo obligaron a todos los soberanos griegos a tener en cuenta las exigencias de la gente. La historia interna bizantina se convirtió en una comente de rebeliones feudales sublevaciones atentados contra el emperador y su corte.

Este era el Manuel Paleológo que había anunciado su llegada: ya había visitado antes Inglaterra, Francia# las y los príncipes de Italia. Aún se mantenía su imagen en el recuerdo, como el único soberano vestido con traje oscuro y gorro de punta, extraño toque severo entre los alegres caballeros italianos con sus trajes de gala.

El rey danés aceptó también gustoso la invitación a Suda cuyo renombre —la fama de su belleza, su riqueza y su alegría— corría de boca en boca. No eran sólo los príncipes quienes la alababan, sino viajeros célebres, caballeros, científicos, escultores y arquitectos quienes la mencionaban como una ciudad atractiva e interesante. La hospitalidad y la generosidad de Segismundo eran generalmente bien conocidas, sobre todo cuando tenía la oportunidad de ser generoso… Bárbara también derrochaba el dinero —mientras lo había— y Ja pareja real recibía con gusto a celebridades y prelados, pero les encantaba especialmente recibir a los artistas. Si llegaban de Italia, generalmente se dirigían primero al palacio de Pipo. Podían estar seguros, especialmente los constructores, de recibir prontamente encargos de algún rico para delinear y construir alguna casa de la ciudad, un palacio o un castillo. A pesar de que la tesorería real seguía vacía, los dueños de las enormes posesiones no eran tacaños si podían encargar al maestro sugerido por Ozorai la construcción de su mansión familiar. Por todo ello no era extraño que en las pausas de los

concilios de Constanza y más tarde de Basilea, hubieran venido varios prelados y eclesiásticos, llenos de curiosidad hacia la renombrada ciudad.

En esta imagen de Buda cada vez más rica, encajaban bien las visiones del emperador Manuel, del rey danés, del déspota servio; también llegaron varios príncipes germanos que decidieron ir al enterarse del encuentro de los reyes. Y podían llegar sin sobresaltos a través de Austria hacia el transdanubio; el príncipe Alberto y Segismundo aseguraban la paz en toda la Europa oriental.

El viajero que arribaba sin prejuicios y con los ojos abiertos, descubría un país enorme, escasamente habitado, cuya forma de vida era distinta a la organización feudal italiana o alemana. Hungría no se fragmentaba en comarcas (lo que sucedía con el reino francés, que sufría el caos de las luchas intestinas de los príncipes reales entre sí). En Italia, la armonía del «violín de cinco cuerdas» —Roma, Nápoles, Florencia, Venecia y Milán— hubiera tenido que consolidar la tranquilidad de la península en lugar de sus perpetuas luchas. Hungría era un gran «Regnum», indefinible para los demás: poder real casi sin límites, un reino de leyes estatales heredado de los santos reyes. En realidad se había convertido en un reino de oligarcas, poseedores de gigantescos dominios.

Bien memorables fueron los débiles comienzos de este soberano; su frágil base jurídica, su encarcelamiento, los regateos hasta poder liberarse. Las luchas entre Segismundo y Ladislao de Nápoles, complicaron a nobles y militares. Segismundo necesitó de todas sus cualidades como monarca para atraer a los nobles que le habían abandonado o que se proponían entonces volverle la espalda.

Durante los dos primeros decenios de su reinado, fue un continuo bailoteo entre los Garai, Horváti, Rozgonyi, Bebek, Perényi; tenía que saber cómo conquistar la lealtad de las alianzas familiares: Hédervári-Stibor-Rozgony; cómo aproximarse a los Scécsiz, Szentgyórgy, Marcali. Entre esos nobles existían pocos extranjeros: Hermann Cillei, Pipo Ozorai y el polaco Stibor, llegados de distintos países, echaron raíces en tierras magiares intentando fundirse con los húngaros. En el consejo real se hablaba el húngaro y sus decisiones se traducían después al latín. La mayor parte de los señores hablaban un latín rudo, provinciano, mientras el de los clérigos era mucho más fino. En las ciudades pobladas por húngaros, como Buda, Esztergom, Székesfehérvár, se vivía un ambiente húngaro que tenía un peculiar encanto, distinto al de las ciudades imperiales.

Durante un decenio, los húngaros se habituaron a vivir incluso con la ausencia del rey. Si bien se quejaban, la verdad es que en cambio estaban

libres de guerras, de catástrofes nacionales, como pasaba en la vecina Bohemia. Vivían al estilo europeo, al que se fueron adaptando, por todo lo cual estaban lejos de envidiar a los nobles, a los patricios, o a los vecinos checos que, en general, después de ganarse el rencor del mundo católico, vivían con el continuo ruido de las armas, hasta ponerlas ellos mismos en manos de sus desatados campesinos. Los caballeros habían enseñado a los campesinos a manejar —estupendamente— las armas contra los señores, los curas, los patricios, es decir, contra ellos mismos. Por todo lo cual, los húngaros no envidiaban la suerte de los bohemios, excepto los que aceptaban las noticias llegadas de Bohemia como verdades, hechizados por el calor de las palabras de libertad.

La actuación de Segismundo en el Concilio aumentó su crédito por todo el país, además les gustaba que visitase el extranjero: lugares como Inglaterra, allende el canal, y sobre todo Aragón, adonde jamás había ido un rey húngaro.

Estos brillantes viajes al exterior tenían naturalmente sus inconvenientes: de tiempo en tiempo caían sobre las regiones, como una plaga de langostas, los recaudadores de impuestos. La gente analfabeta debía de cumplir obedientemente según las órdenes del consejo real, el parlamento, los prefectos, los obispos. ¿Por qué esas nuevas exacciones? Las explicaciones se limitaban a algunas frases pías. Según el orden de las cosas, cuando la ley exprimía con alguna aportación excepcional también a los nobles, los terratenientes procuraban recuperarse por medio de nuevas cargas a sus siervos. Si el expolio era muy cruel, el trabajador, con su familia, podía negar la lealtad a su señor, yendo a servir a otro señor; sólo se convertía en un «fugitivus» si el abandono se hacía «en nombre de Dios». Si el siervo lograba entrar en una ciudad para trabajar allí, comportándose bien como obrero, su hijo podía tener ya la esperanza de avanzar un paso hacia la clase de los «cives» —los ciudadanos—. Si el hijo se negaba rotundamente a seguir siendo un campesino —y si el párroco descubría en él la chispa de la razón— podía ir al colegio de un monasterio llegando a ser fraile o cura seglar y librándose así del dominio del terrateniente. Igualmente, si le incorporaban a algún ejército como soldado —bien como miembro del «banderium» del terrateniente, bien como hombre armado que sirve en torno a los castillos— podía familiarizarse con la vida militar. Si sobresalía por su valor, conseguía llegar hasta la clase de los nobles: sólo así lograba cambiar su dura condición de campesino.

Los viajeros venidos del Imperio, chocaban generalmente con este, para ellos, raro orden del estado. Todo ofrecía diferentes aspectos, y cada señor, cada notable del estado, o prefecto, o pequeño hidalgo, o consejero municipal, veía las cosas de manera distinta, cada uno hablaba participando del poder, preocupándose personalmente de los asuntos del país. No había dos opiniones idénticas, ninguna orden igual a otra, nadie creía en la magia carismática del reinar, capaz de convertir al soberano en un privilegiado por la gracia de Dios. Si se preguntaba por el rey a alguno de los nebíes que frecuentaba la corte, rompía a reír, a batir palmas contando anécdotas picantes sin el menor respeto en sus palabras ni hacia la persona augusta de la reina, ni hacia el rey de múltiples coronas. Pero en esa familiaridad, por lo general se expresaban con cariño sobre el rey, un poco como si sus debilidades fuesen en realidad, debilidades húngaras.

En los años siguientes a Constanza, aumentó cada vez más la conciencia del propio valor de Segismundo, alimentada abundantemente por la opinión pública europea. El rey de los húngaros reflejaba la figura típica, el símbolo de la época del «Rex», y después del «Imperator».

La mayor parte de los príncipes germánicos no se había quitado todavía la estrecha coraza de la edad media, ajenos totalmente a las formas de vida italianas. Pero Segismundo, por su carácter y también por la abundante inspiración italiana, participaba de aquel naciente renacimiento, a menudo a costa de abundantes deformaciones. El rey se pavoneaba de su belleza varonil; no despreciaba la importancia mundana por la buena conformación del cuerpo. Se dejaba pintar con gusto, mayormente por pintores italianos; sus retratos se veían en monedas, grabados, con muchas variaciones, basados todos ellos en el encanto de la «imagen del emperador», pero intentando que, sobre la majestad «hierática», dominara su personalidad humana. Su belleza consistía en el lúcido brillo de su mirada, en la fina curvatura de su nariz, la dentadura sorprendentemente sana, los labios varonilmente firmes y carnosos, la nobleza de la forma de la cabeza, la delicadeza de las manos; el cabello espeso y la fina barba recortada aumentaban esa buena impresión. La reproducción del bien elegido gorro de pieles, los brocados dibujados, las magníficas obras de orfebrería y platería, contribuyeron a que en Europa —aún mucho después de la muerte de Segismundo— se apreciara en él al ídolo principesco. Le representaron como el rey David, Carlomagno y más tarde como Majencio. Pero apareció también como san Segismundo, el rey mártir de Borgoña que había vivido hacía ochocientos años. Segismundo posaba gustoso o enviaba alguna miniatura a los artistas de tierras italianas para

eternizar su imagen, para mayor gloria del mundo cristiano. (Así surgió su posiblemente mejor retrato del taller de Pisanello, que le presenta en su edad madura, con barba canosa y su célebre gorro de piel).

Esta afición seguramente estaba animada principalmente por Pipo, quien debió ser el «puente» entre Segismundo y los artistas italianos. La figura del de Ozora se había convertido ya en leyenda, incluso en Florencia, en su propia patria. Sus compatriotas conocían a Pipo Scolari desde su juventud, cuando garabateaba en el despacho de un mercader, donde fue muy útil, primero como aprendiz, después como tenedor de libros y escribiente. Su carrera se fue ampliando por su renombre, pero la misma realidad pareció increíble: el hijo de burgueses no sólo se hizo célebre como gran noble en la corte húngara, no sólo le halagaban por acoger en Buda a sus compatriotas —proporcionándoles el pan de cada día— sino principalmente por los méritos obtenidos en el servicio de Marte. Luchó también contra los italianos y cuando él rey entró en guerra con la República de San Marcos, iba con sus tropas por tierras husitas, pero su gloria —como uno de los mejores estrategas que tuvo Segismundo— la conquistó en las luchas contra los turcos. Como anotó uno de sus biógrafos: «… luchó veintitrés veces contra los turcos…». Al echar una mirada a la serie de dominios húngaros de Pipo —a través de las posesiones de Temesvár, Arad, Osongrád hasta Simontornya que llegó a ser «el país de Ozora»— era evidente que cada nuevo dominio caía como premio por alguna gloriosa campaña. Pipo no aparentaba ser el comandante, a la manera del primer Sforza o de los grandes «condottieros» de Venecia. Le representaban como un señor de mediana estatura que, según costumbre de su nueva patria, llevaba cabello largo y barbas, a pesar de ser italiano (lo que no gustaba a los bien afeitados florentinos).

De cómo pudo llegar Pipo a tal poder, cómo pudo ganarse la gracia de Segismundo, ha sido diversamente explicado por sus contemporáneos. La realidad era seguramente que Pipo, como escribiente extranjero de Segismundo, fue encerrado también junto a su rey en el castillo de Siklós, en el segundo año del siglo. Allí, durante esos días de desesperación, se sintió unido al soberano expulsado por sus nobles. El encanto italiano que emanaba Pipo Scolari, no dejó de hacer su efecto sobre el infeliz monarca que, pese a todo, confiaba en su futuro. Pipo conocía bien los laberintos del destino italiano, así que pudo ofrecer toda clase de consuelos, aparte de que también colaboró en la liberación del rey. Aceptó el papel de escribiente junto al rey encarcelado, haciéndolo todo para que la noticia de su indigna humillación se propagara por todas partes, en todos los países posibles. Cuando ambos

fueron liberados, Segismundo premió a Ozorai con su agradecimiento y le rodeó de su benevolencia. Pero tampoco callemos las conclusiones de un compatriota suyo, las de Bonfini, quien describe —si bien fue el único— la muerte de Pipo; resaltando que el comandante de 57 años (que en sus retratos aparecía más viejo), había caído en el pecado de infidelidad. La muerte le alcanzó en el castillo de Lippa, en 1426, cuando ya su salud era precaria. Su fin —según Bonfini— fue causado por el rey quien quiso así vengar la codicia de Pipo, que abandonando a su rey se había complicado con los venecianos a espaldas de Segismundo. Según aquel rumor, el soberano mandó echar oro fundido en su boca, a la vez que decía: «Por fin quedará satisfecho ese ser insaciable»'. Pero esa anotación de Bonfini no contiene verdad alguna: la muerte ocurrió realmente en Lippa, mientras Segismundo residía en Buda. Es difícil imaginar que, en su repentino rencor, su mano hubiera llegado tan lejos para castigar a su excelente y glorioso jefe del ejército, fiel cortesano suyo durante casi medio siglo. Por otra parte, se había hablado de los tratos de Pipo con los venecianos ya mucho antes, especialmente cuando, inmóvil en el campo de batalla, se cuidó de no acosar a las tropas venecianas vencidas. Aquel tipo de corrupciones —si verdaderamente Pipo fue sobornado por la Serenissima— pertenecía a los acostumbrados juegos de la época, principalmente en Italia y más aún en la república de San Marcos.

Cuando en Buda estaba a punto de realizarse el pacto greco-húngaro-austríaco y quizá también veneciano, llegó una delegación turca al castillo. El sultán Murad estaba dispuesto a firmar el tratado de paz con el rey de los húngaros, en condiciones ventajosas. Los contemporáneos anotaron la gran impresión que causó a los embajadores turcos el lujo real, entre cuyo brillante ambiente recibió Segismundo a los enviados de Murad. No hubiera podido llegar en mejor momento esa propuesta, pues la reunión imperial instigaba al rey a la guerra checa; en cambio, los brazos húngaros, a los que interesaba menos la lucha con los husitas —quizá por su inminencia y cercanía que consideraban como una acción desesperada— impulsaban a su señor cada vez más a la guerra contra los turcos, deseosos de concentrar en esa acción la fuerza militar de la patria. Como Manuel Paleólogo, que desde hacía semanas permanecía de visita en Buda, participaba también en las negociaciones, incluyeron al Imperio bizantino en el tratado de paz turco-húngaro, de dos años de duración. Así que Segismundo —despidiéndose de sus huéspedes bizantinos y daneses— pudo dedicarse de nuevo al problema checo.

En Bohemia la peste causaba estragos. En aquella lucha de todos contra todos, se había entablado un combate entre los de Praga —que se inclinaban a

la indulgencia— y los taboritas, cruelmente fanáticos. Después de la muerte de Ziska, los batallones de carros aumentaron sus ataques, surgiendo como ángeles lúgubres en las regiones más distantes del Imperio. También Hungría del Norte recibió sus sangrientas visitas.

Y si se pudo grabar en la tumba de Ziska, muerto a los setenta años, que *«Johannes Ziska, nulli imperatori ducumque militari peritis inferior»* —que no era inferior a ningún jefe de ejército, y realmente hubiera podido ser el soberano sin corona de Bohemia, después de la muerte de Wenceslao— también quedó la triste convicción de que se llevó consigo a la tumba la política del don diplomático, de la estrategia y de la sabia moderación. El mismo Ziska designó como sucesor suyo a Prokop Holy, cuando vio llegada su hora. Aquellos que esperaron que, después del fallecimiento del caudillo, se apaciguara la ola husita, se equivocaron, pues con Prokop la riada siguió creciendo. Él no era «el mayor estratega de su siglo», como honraron con esa calificación a Ziska, pero desarrolló ampliamente la táctica de los castillos de carros; creó unos laberintos inconquistables en las fortalezas de carros de rápidos movimientos que después, a la voz de mando, se convertían en fortalezas estáticas. La ventaja de los husitas estaba también en la fuerza de sus armas: cientos de armeros trabajaban en el país en fábricas de cañones, molinos de pólvora que ocupaban a la mayoría de los artesanos, y durante sus campañas de saqueo procuraron también apoderarse de la mayor cantidad posible de armas de fuego.

El movimiento se vio algo aislado durante los últimos años del jefe, en parte también a causa de la peste. Pero con Prokop Holy reanudaron los guerreros sus aventuras en el extranjero. Principalmente penetraron en Silesia y Moravia pues allí tenían buen conocimiento, no sólo del terreno y la fuerza de las ciudades y castillos, sino de sus contactos con aliados secretos que les informaban de los avances de las enseñanzas de los calixtinos, y más aún, de los taboritas en las regiones fronterizas con Bohemia. Una pérdida de tiempo se produjo al reunirse en Nuremberg el consejo imperial: esperaban a Segismundo pero sólo llegaron mensajeros de Oradea Mare con la noticia de que el rey no podía partir para aquel largo viaje porque sufría de gota.

Entre las tropas imperiales y los husitas se entabló en Ust una nueva batalla y una nueva derrota: como si hubieran puesto en fuga otra vez los ángeles del pánico al ejército imperial. Pese a la superioridad de sus fuerzas, aunque poco adiestradas y tradicionalmente equipadas, echaron a correr antes de que hubiera llegado a sus líneas el ataque checo, y los taboritas les

persiguieron. Según los cronistas, quedaron quince mil muertos en el campo de batalla y un enorme botín pasó a las manos de los husitas.

La derrota de Ust estremeció a los «Brazos» imperiales, provocando el estallido de una cruzada universal. Convocaron la nueva dieta imperial en Frankfurt. Por el momento cargaron con un «impuesto husita» a todos los hombres y mujeres alemanes, un florín de oro por cabeza. Decidieron atacar a Bohemia por los cuatro costados y al contrario de los intentos anteriores, sólo podían participar en la campaña tropas bien adiestradas y pertrechadas. Como la táctica checa de los carros resultó ser la más efectiva, aprendieron a organizar esa táctica campesina consistente en la rápida lucha del ataque y la defensa, según el modelo checo. Además, pidieron ayuda a los países del Norte; los reyes danés y sueco respectivamente, también prometieron enviar tropas de apoyo, y para el mes de junio pudieron contar los atacantes con una tropa de ochenta mil hombres.

Los informes de los espías que llegaban hasta las comandancias imperiales, suponían que Prokop disponía como máximo de veinte mil hombres de caballería y el mismo número de infantería armada. Por lo que se refiere a la artillería, los husitas superaban con creces a los alemanes.

Ambas partes —hasta la batalla final— luchaban también con otra arma eficaz: la propaganda contra el enemigo. Los husitas y buena parte de los habitantes de Praga se habían enfrentado; de vez en cuando se firmaban pactos, pero —especialmente los taboritas— consideraban a la capital checa como una pecadora Babilonia. El príncipe Koribut dejó el recuerdo de su gloria y a ruegos de Ladislao, volvió desilusionado a la corte de Vilna.

Entre los comandantes católicos comenzó a circular un extraño documento, que fue encontrando poco a poco el camino hacia las regiones checas ocupadas por los husitas. Por la noche, manos extrañas clavaban en los portales de las iglesias y paredes de los edificios públicos, la carta de una lejana doncella que empezaba a rodearse de leyenda: Juana de Arco se dirigió personalmente a los habitantes de Praga: les pedía que volvieran al catolicismo, que abandonaran esas aberraciones que les llevarían a las llamas del infierno. Después, el mensaje se hizo amenazador: la doncella de Orleáns hizo saber que ella misma liquidaría a los husitas, con su sable y al frente de sus ejércitos.

La carta —mejor dicho, la amenazadora orden— era, según los bien informados una falsificación (sin que Juana de Arco supiera nada de ella), muy probablemente redactada en la cancillería real alemana. Lo demostraba su tono y las formas dogmáticas, repetidas, de los llamamientos de los

Concilios. Faltaba en ella el espontáneo atractivo de los mensajes y palabras de la Doncella. Pudo ser un rasgo característico de la época y de la importancia de Juana de Arco la utilización de sus palabras en la lejana Bohemia…

31

UNA ÚLTIMA oleada del Gran Cisma de medio siglo: después de treinta años de antipapado, murió a una edad muy avanzada Benedicto XIII, en su castillo-fortaleza de Peñíscola. Cuando sintió acercarse su fin, nombró cuatro nuevos purpurados entre sus familiares. Les obligó a prestar juramento de que en cuanto hubiera muerto, se reunirían en un cónclave eligiendo el único, el verdadero santo padre para reinar «*urbi et orbe*».

Lo que sucedió después en Peñíscola, se supo a través de la tradición oral que aumentaba profusamente los mitos: se supo que los nuevos purpurados eran laicos, sin el menor conocimiento del derecho canónico, Para que, a pesar de todo, el elegido pudiera ser algún eclesiástico —entendido en las funciones básicas de la Iglesia— recayó la elección en el párroco de Peñíscola. El cura tomó el nombre de Clemente VIII. Pero quien no estuvo de acuerdo con la elección fue el médico de la corte de Benedicto XIII, que también había recibido el capelo cardenalicio de manos del antipapa moribundo. Pudo eludir él solo el bloqueo organizado alrededor de la punta de Peñíscola y llegó al señorío del conde de Armagnac que seguía en la obediencia al papa Benedicto XIII. Allí celebró un cónclave consigo mismo, eligiéndose como Benedicto XIV en recuerdo de su buen señor. Pero, en quién recayó el nombramiento definitivo como nuevo santo padre, eso se mantuvo en secreto, en favor de la seguridad personal del nuevo elegido.

El problema de Clemente VIII se solucionó con mayor facilidad por los sitiadores que querían la unión de las iglesias: las negociaciones se prolongaron, saltaban mociones y contramociones en torno al castillo roqueño, hasta que por fin, Clemente VIII estuvo dispuesto a abdicar, a cambio de abundantes ducados y un obispado español. La ceremonia de la abdicación fue el último eslabón del largo Cisma occidental: así fue festejado en todo el mundo oficial, con solemnes campanadas y procesiones de gratitud. Pero el entierro del Cisma no pudo considerarse legítimo, mientras vivió el tozudo anciano español. ¿Y si acaso fuera él, después de todo, el único papa *auténtico*, y sus excomuniones fueran legítimas?

¿Y qué ocurrió con el mítico Benedicto XIV? Sólo logró la pálida luz de las leyendas de Armagnac. El médico ungido como cardenal desapareció del escenario de la Historia, pero el Benedicto elegido, reaparece aún extrañamente, como un milagroso santo padre. Aquella presencia se mantuvo durante decenios en pequeños señoríos, en el pueblo, en ciertos núcleos burgueses, donde se oculta aun esperando que el tiempo lo madure, para presentarse en su día y ocupar su dominio como Benedicto XIV, el único y verdadero santo padre.

Los húngaros se habían habituado a los reyes longevos durante los reinados, que abrazaron decenios, de Carlos Roberto y Luis el Grande. Así también encontraban natural que Segismundo, después de lograr la corona, parte por su tenaz voluntad, parte por la variable gracia de la fortuna, continuara coronado hasta tiempos infinitos. No tenía necesidad de precisar plan alguno, porque al acercarse lentamente a los sesenta, seguía siendo un hombre atractivo, viviendo un sinfín de metas y objetivos, siendo en la mayoría de los casos el canciller de sí mismo, a menudo su propio escribiente. Hubiera sido igualmente el jefe de los ejércitos si sus comandantes no temieran que Segismundo diese las órdenes. En su excelente manera de comportarse, cuando iba a caballo en los ataques, como no tenía ni una chispa de temor, podía precipitar los fracasos al tener que mandar unidades mayores y planear campañas según las leyes de la estrategia. Así que sus consejeros le disuadieron del mando general: fueron principalmente Pipo Ozorai, el conde Hermann y el eterno palatino Nicolás Garai, los jefes preferidos.

La familia Cillei sufría desde años una fuerte crisis al enfrentarse el hijo con el padre. El mayor, en la célebre familia, reinaba sobre los otros como si fueran sus súbditos: le consideraban como un político extraordinario. Hermann Cillei era un oligarca prudente pero autoritario, su único deseo era poder elevarse sobre su actual categoría de duque imperial para convertirse en príncipe del Sacro Imperio Romano. Su hijo Federico no le llegaba ni al tobillo: creció realmente como un noble despojado de todo poder efectivo, debiendo contar para todo con los consejos de su padre. Su relación con Bárbara era variable: en las discrepancias familiares también la reina se colocaba al lado de su hermano, pero la opinión de Bárbara no tenía gran influencia sobre su padre.

Federico vivía un infeliz matrimonio con Catalina Frangepán, elegida por su padre para él. La espesa hiedra trepadora de las leyendas de la época, cantaba, por el contrario, el amor que unía a Federico con una joven patricia, Verónica. Una mañana, encontraron muerta en su cama a Catalina Frangepán:

la opinión pública le trató de asesino de su mujer, pero la persona del primogénito del dueño de la comarca, era intocable. Después de la muerte —según se supo— se casó secretamente con Verónica; puede que ni siquiera les torturara la conciencia, hasta que Hermann les devolvió el golpe y aplicó una excepcional dureza contra su desobediente hijo. Detuvo a Federico y aprisionó cruelmente a Verónica. La demandó, acusando a la bellísima joven de brujería y de haber arrastrado al joven duque Federico al asesinato de su esposa. En cuanto se pronunciase la sentencia sobre Verónica en la acusación de brujería, el próximo paso sería la muerte en la hoguera. Pero al parecer, Hermann no encontró ningún juez eclesiástico dispuesto a dictar aquella sentencia. Así —como lo describe el cronista— entraron «dos caballeros» en la celda de la joven, aplicándole una muerte piadosa con la cuerda de seda en su hermoso cuello. Después, Federico fue liberado y aparentemente se reconcilió con su padre. Pero pronto partió hacia Buda, con un odio mortal contra el destructor de su vida.

El cuñado del rey no llegó a Buda en el mejor momento: se hallaba en la corte el duque Juah de Zengg, pariente carnal de la infeliz Catalina Frangepán. En el primer encuentro trató a Federico Cillei, en presencia del rey y de la reina, de asesino, atrayendo así la atención de Segismundo, que le sentenció ejemplarmente, según su derecho de señor feudal supremo.

El caso provocó tal escándalo (a pesar de que en círculos aristocráticos no era raro), que Segismundo tuvo que actuar con la prudencia a la que le obligaba su propio rango. En aquel tiempo pasaba una temporada bastante larga en Buda el rey danés, y Segismundo pidió su arbitraje: no podía considerarse competente para dictar sentencia, en vista de su vínculo con Federico como cuñado. Todo ello tenía un aire convencional de torneo, de lucha deportiva. Evidentemente, no podía ser demasiado severo el castigo del huésped, porque Federico no se estremeció ni un ápice y pudo vivir en Buda mientras quiso. Pero el pueblo de Cilly no olvidó a Verónica… Alrededor de la cárcel donde finalizaron sus tristes días, echaban por las noches coronas de flores al agua del foso del castillo. Su amor y su maldición quedaron enlazados con el destino que había pasado sobre tres generaciones de la familia Cillei.

Mientras tanto llegó a la edad adulta el más joven de los Cillei, Ulrik, que acaso era el más dotado de los miembros de esa extraña dinastía. Acababa de cumplir los veinte años, convirtiéndose en un precoz caballero. Bárbara sentía más afecto por el hijo de Federico y Catalina Frangepán, que por su propio hermano. A su padre le guardaba aún temor (temblando y a veces

rebelándose, obedecía a Hermann), pero con Ulrik forjaba planes; a los ojos de la reina su sobrino era el halcón blanco, capaz de realizar los sueños de la aún hermosa mujer. El rey se acercaba a los límites de la edad humana, pronto cumpliría los sesenta años. Había que contar con que un día u otro podía despedirse de este valle de lágrimas: en ese caso podría apoderarse del cetro quien estuviera más cerca de él, en el castillo, cerca de Visegrád, donde se guarda la Santa Corona. Si Ulrik colaborara en el caos que seguiría a la muerte, podrían crear rápidamente una Orden del Estado por la que Bárbara ejerciera la regencia, pero a su sombra reinaría Ulrik. ¿Y qué sería de Alberto e Isabel? Era un secreto a voces que el príncipe austríaco no estimaba a su guapa suegra. Y por lo que a Isabel concierne, no era un amor muy cálido el que unía a la hija con su madre. En la prisión compartida por ambas, la niña debió conocer a fondo la personalidad caprichosa e inconstante de su madre. El común cautiverio más bien debió de alejarla de su madre, en vez de unirla. Pero Bárbara también pudo conocer mejor a su hija: el rayo frío y azul que brillaba con odio en los ojos de Isabel cuando se encontraban de frente, fue el aviso para la reina de que no podría esperar mucho de ella, si alguna vez llegara hasta el trono, como la única descendiente de Segismundo.

Ulrik sería un halcón, el halcón de Bárbara. Pero a Bárbara no se le ocurrió que Ulrik sería justamente quien —pasándose al partido de Isabel— se convertiría al fin en el verdadero regente, bajo la soberanía de Ladislao V.

Segismundo repetía a menudo en el consejo de los nobles: «suaviter in modo, fortiter in arma», tened la lengua suave durante las negociaciones, pero que las armas sean duras en vuestras manos. El rey lo proclamaba, sobre todo, durante las batallas con los husitas que tuvieron lugar en su propia tierra. Porque en las reuniones imperiales debía de comportarse como si la única preocupación del soberano fuera apaciguar a Bohemia. Y en aquel período de su vida quería ser principalmente un monarca húngaro: hablaba húngaro, estaba rodeado asimismo de señores húngaros cuando recibió a los delegados imperiales. Vestía trajes húngaros y se desahogaba con palabrotas húngaras —las crónicas anotaron esto con frecuencia— y saltaba a la vista que se sentía bien en Buda y en las distintas residencias reales —Székesfehérvár, Esztergom, Visegrád, Nagyszombat, Tata, Pozsony, pero especialmente en Oradea Mara. En cambio, sus relaciones con los «brazos» germánicos —durante los movimientos husitas— eran bastante tensas. Tanto, que Segismundo echó en cara a la delegación imperial que le había criticado por su larga ausencia: «¡Pues elegid otro rey, a mí me basta con Hungría, aquí puedo tener mi pan de cada día, hasta la hora de mi muerte!».

El camarlengo anunció a Hermann Cillei. Por la ventana ojival veía el Danubio, la otra orilla, enfrente, las dos torres que debían sostener la gigantesca cadena con la cual se podía cerrar el río, si llegaran noticias de un ataque por el Norte o por el Sur. Pese a que no parecía probable que los turcos pudieran subir hasta allí contra la corriente y con escuadras fluviales. Amaba aquella habitación, aquella imagen; el Danubio estimulaba su imaginación, le recordaba sus viajes navegando por los ríos, el Rhin, entre castillos y ciudades en las orillas. Más de una vez había vuelto también de Viena navegando, y aquél era el más agradable de los viajes.

Los años fueron borrando la escasa diferencia de edad entre el suegro y el yerno, ambos eran ahora dos viejos guerreros frente a frente. Hermann podía entrar libremente a ver al rey; y ese derecho lo utilizaba cuando le hacía falta, como privilegio de pariente y de «Dragón», pero ahora su majestad había mandado a por él:

—Otra vez tengo que quejarme de tu hija, Hermann. En *el* mundo entero no hay suficiente dinero para contentarla, no le basta nunca el que recibe o consigue aquí; le gustaría pedir indemnizaciones a las ciudades del Imperio. Ha exigido a espaldas mías un año de impuestos a Frankfurt, lo que importa casi treinta mil florines anuales…

—Si la autorizasteis vos mismo, majestad… Bueno, todos somos débiles en asuntos de dinero…

—Prosigo, Hermann: sabes que no es fácil introducirse en el palacio del Dogo. A pesar de todo, he podido saber que la Serenissima dio a nuestro delegado Dándolo, para su viaje, otros veinte mil ducados más. Las instrucciones dicen así: «Tiene derecho a dar mayores sumas a algunas personalidades del ambiente del rey». En la instrucción confidencial no faltó tampoco el nombre de Bárbara. Bien sabes, Hermann, que aún hoy considero a Venecia como mi mayor enemigo. No he podido derrotarlos ni humillarlos; todavía intrigan instigando al turco contra mí: y entonces su agente llama a las puertas de tu hija. ¿Quién sabe qué secretos estarán comprando con sus cequíes de oro?

—¿Cuánto recibió Bárbara?

—No se deben hacer preguntas a la majestad romana, Hermann, pero te diré que Dándolo pasó un adelanto de cinco mil ducados a la Domina Regina. ¿Qué habrá recibido a cambio? Es tu hija; nosotros dos jamás sabremos si era verdad o mentira el informe que envió al veneciano. Es mucho dinero cinco mil monedas de oro recién acuñadas en la Zecca…

—¿En qué los gastaría?

—Se hace traer vestidos, le gustan las piedras preciosas, recurre a prestamistas cuando está en apuros. Si le queda dinero —o si se encapricha de pronto— quiere construir algo, enseguida. Sabes bien lo que cuesta tomar a un constructor, no hace falta que sea italiano pues los de aquí también piden lo suyo. Piedra, mármol, cal, mortero… No se puede construir solamente con servidumbre, hacen falta también maestros, y ninguno vendría gratuitamente a cumplir las órdenes de la reina…

—¿Puedo ayudaros, majestad?

—Bárbara no cree en nada, conozco su mirada de aburrimiento cuando está en la misa, echando una ojeada a los cuadros de la capilla del castillo. ¿Por dónde vagarán sus pensamientos?; ¿quién sabe a cuál de sus caballeros anhela? En una única faceta no entiende Bárbara las bromas: cuando se trata de vosotros, de vuestra propia familia. Entonces se convierte en una pantera… os defiende, os apoya, por muchos que seáis. No se puede decir una sola palabra contra Federico, Ni sobre ti, a pesar de que… lo ves Hermann, ya está ante mí hace años el «pensum»… ¿Cómo podríamos haceros príncipes sin provocar celos ni odios, sin ofender a Alberto? Los Habsburgo no consienten que —como ellos dicen— el nieto de un hombre que era solamente capitán de castillo pueda convertirse en un noble del mismo rango que ellos.

—Estamos intentando…

—Sé que te maldijo una gitana, Hermann. Dijo al leer tu mano: «Seguirás siendo siempre conde de Cilly, nunca llegarás a más». También yo creo en las predicciones, pero ves, Hermann, si quisiera hacer más por ti, aunque fuera posible, tampoco podría… justamente a causa de Bárbara.

—No hay en la cristiandad otra reina tan bella. No la habéis apreciado bastante, no la consideráis.

—A Walmerode pude cogerle, pero sólo simbólicamente; si lo hubiera tenido en mis manos, tampoco le hubiera tocado un solo dedo. Pero ¿crees, Hermann, que el teutón fue el *primero*? ¿Piensas que no me ponía tu hija los cuernos cada vez que tenía ocasión, en alguna excursión nocturna…? Sus damas, sus lacayos guardaban el secreto, los que viven en su entorno se vuelven locos por ella que les trata con bellas palabras, que nunca los maltrata. Si tiene dinero, lo derrama a chorros sobre ellos.

—¿Qué hubierais deseado, majestad?

—Sabes Hermann que, pese a todo, quiero a tu hija. Si no hubiera sido así, ¿crees que la hubiera dejado volver al país, al trono, a la cama, en Holies? ¿Consentiría en todo cuanto se dice? Cada día, esta o aquella palabra, murmurada sobre la reina. Cuando debería castigarla, me mira y ríe, con esa

vuestra maliciosa risa de Cilly. Tu nieto Ulrik, también ríe de esa manera, no lo puedes negar. Hermann, tienes que hablar con tu hija, ella vive entre escándalos, la corte la cubre de murmuraciones y en la ciudad todos saben lo que se merece «Borbala» de Cillei, sean cuantas fueren las coronas que la adornan. Lo saben también fuera de casa, principalmente Alberto. ¿Y cómo podría lograr la elevación de vuestro rango si no oigo de vosotros más que calamidades cometidas por los Cillei? Te podría e, príncipe húngaro, Hermann, pero en nuestro país no existe ese título. Además, en ese caso le correspondería también a Nicolás; y Pipo lo solicitaría igualmente. Pero gracias a Dios, en el Imperio húngaro no existe ni siquiera el título de conde…

—¿Qué puedo hacer, majestad?

—Eres su padre, no su súbdito. Frénala. Controla sus cuentas. Dale también de lo tuyo si ves que se asfixia entre deudas. Todos vivimos así, con preocupaciones, también nosotros los ungidos, los poderosos… ¡De qué modo habló conmigo aquel prestamista de Holanda, cuando al volver de Inglaterra pasé mis apuros! ¡Qué enorme interés exigió, a pesar de que su cabeza no había recibido el agua bautismal! Habla con Bárbara: que se contenga, que espere hasta que yo muera. No soporto una corte infestada de sucias habladurías sobre la reina.

—¿Es decir… que nos otorgas el rango de príncipe?

—Mi buen suegro, eres único, sacas el «succus» a todo. En vez de avergonzarte por las infamias de Bárbara, sólo anhelas denominarte cuanto antes *Sacri Romani Imperii Princeps…* Ser el primer «*gefürsteter Graf*» en tierras austríacas, que la totalidad de tus posesiones se conviertan en un principado independiente de los señores Habsburgo.

—Pienso en Ulrik, el chico necesita para que sus alas crezcan, un amigo príncipe.

—¿Y Bárbara? ¿Qué sucederá entonces con ella?

—Correré con la mitad de sus gastos domésticos.

Se murmuraba de Bárbara que no le parecía mal lo que sucedía en Bohemia, es decir, que sentía simpatía hacia los calixtinos, cuya mayor parte había surgido entre los nobles y caballeros, tanto como odiaba a los «huérfanos», sobre todo desde que la habían amenazado también a ella.

Todo aquello no tenía importancia alguna mientras no llegó una noticia alarmante: los herejes habían irrumpido con sus carros a través del paso del Norte, lo quemaron y devastaron todo, principalmente los dominios de la reina en las provincias de Szepes, Árva y Sáros. Justamente cuando ya habían

cobrado y acumulado los impuestos para traerlos a Buda, con los tradicionales gansos del día de san Martín. Aquel ataque perjudicaba personalmente a la Domina Regina y la exasperó furiosamente. En realidad, sólo se trató de una escaramuza, una patrulla de «vendetta», sólo para que los husitas pudieran demostrar que podían dañar a Segismundo cuándo y dónde quisieran.

La reacción fue inesperada: a Bárbara le dio alas el ata que, se puso personalmente a la cabeza del ejército de los millares de hombres que pudo reunir de su provincia de Vészprem y de la región del Norte. Segismundo ni la apoyó ni le puso obstáculos: pudiera ser que la mujer fuera hacia su pérdida al enfrentarse con un enemigo como aquél; pudiera suceder que al llegar a las fronteras del Norte, ya no hallara ni rastro de los husitas. Y si en cambio le resultara bien, sería bueno para todos.

A Bárbara le dio tan buen resultado esa minúscula campaña, que los señores lo comentaron entre risas: había que proclamar a la hermosa mujer como jefe del ejército, como generalísima, por llevar con tanta inteligencia y astucia a sus guerreros; con honores a sus excelentes atacantes, cuando su caballería ligera batió por sorpresa a los carreteros a punto de regresar con el botín, cuyo peso les impedía moverse con comodidad. Cogieron caballos frescos, recién robados, que utilizaban como barricadas. Al regreso la columna se alargaba sin fin en su riqueza. Los ligeros jinetes husitas, en su mayoría del Transdanubio, desmontaron con la brevedad del *amén* de los checos, ante el fuego de las armas, bien dirigido. Pero ya los carros no tuvieron tiempo de cargar de nuevo porque, con gritos estridentes, las tropas húngaras rodearon a los taboritas, que no estaban preparados para una batalla de aquel ímpetu. Bárbara recuperó buena parte de lo que habían robado de sus posesiones.

Mientras tanto, dio término la breve tregua con el turco, y ninguna de las partes estaba interesada en renovarla. Segismundo creyó que se bastaba con sus fuerzas húngaras para atacar a los turcos que acampaban y devastaban en Havasalfóld y en la región del Sur. Porque en lo que se refería a las cruzadas, el rey había tenido varias experiencias amargas, desde la derrota de Nicópolis: por lo general, aquellos hombres rápidamente recogidos y reclutados, no valían mucho. Fácilmente recrudecían las querellas locales entre las tropas de distinta procedencia, dueñas de diferentes lenguajes. Los comandantes cargaban el ambiente con violentas discusiones personales, hasta que todos, en el campamento central, vivían entre sí como enemigos. No era raro que algún alto oficial se pasara al enemigo, para vengarse. Sucedió con los nobles

bosnios y servios, que sólo podían vivir insubordinados a medias, oscilando entre dos tendencias.

Segismundo deseaba partir de Transilvania, donde había reforzado su ejército con combativos guerreros indígenas, además de cien cañones. A las puertas del invierno llegó el rey a Koloszvár y celebraron la misa solemne en la catedral de la Plaza del Mercado —la iglesia de San Miguel—. También ante el altar de Santa Catalina, que era el orgullo de la ciudad y cuya decoración floral había sido confiada a un comité municipal.

En el lugar ocupado antaño por el «castrum» romano, a orillas del Szamos y junto a la Fosa del Molino, había crecido una ciudad burguesa, cada año mayor, entre murallas bien sólidas. Pero ya se formaban calles fuera de las murallas, aldeas, pueblos que alcanzaban el ambiente de las ciudades.

Buena parte de las ciudades del Norte eran de habla alemana y Segismundo estaba acostumbrado a que el alcalde o el gobernador le saludaran, después de las rituales frases latinas, en su lengua tradicional. Pero la mayoría de Koloszvár era húngara y a pesar de que los alcaldes alternaban nombrándose tras un húngaro a un alemán —y los concejales se repartían también así las funciones— al sentarse Segismundo en el consejo, le rodeaban húngaros por mayoría, y entre ellos, consejeros que llevaban sables, con privilegios de nobleza. El ambiente era inexplicablemente cordial, se pidieron pocas cosas, no se presentaron excesivas quejas y ya, en la primera noche, la residencia del rey exponía a todos la copa de plata llena de ducados de oro.

Iglesia de San Miguel: en la desnuda puerta del templo, tomó la palabra el párroco Kerestély, el «magister» de las artes libres. Había conducido al rey a la enorme iglesia ojival de tres naves, enseñando orgullosamente los capiteles góticos, los frescos de las naves, el noble juego de los pilares. Seguidamente pidió permiso para esculpir en la fachada de la iglesia al arcángel San Miguel matando al dragón desde su caballo, y poder grabar allí el nombre de Segismundo, como su generoso donante.

Segismundo anunció el envío de un constructor a Koloszvár, para sacar del atasco el final de la construcción de la iglesia y llevarla a buen término. Así que rogaron a su majestad que contemplara lo que era el orgullo de la ciudad: la hermosa catedral sin igual en toda Transilvania (si no se menciona la basílica de Gyulafehérvár).

El rey contemplaba desde la ventana el animado gentío del mercado; los ciudadanos saliendo y entrando apresuradamente a través de la puerta de la catedral y pensaba: los taboritas habían quemado a la fiel Kutná Hora —en alemán Kuttenberg— con un ataque inesperado, asesinando cruelmente su

población, minera y católica. A las tropas francesas, durante mucho tiempo derrotadas, ahora las conducía de victoria en victoria una moza campesina tachada de boba e ingenua, quien en su religiosidad, igual que en sus juicios de las cosas terrenales, seguía a la Catalina de Siena de antaño. Pensaba en las escasas tropas que se unieron en Transilvania al ejército real. ¿Cuándo se podrán atravesar los pasos, antes del deshielo primaveral? ¿Qué sucederá con el odio de Bárbara y Alberto? ¿Con qué se podrán pagar los sueldos? ¿Qué pasará si definitivamente termina la tregua con los turcos, si el sultán comienza su asalto contra Bizancio? ¿Qué ocurrirá si…?

En Transilvania comenzaba la campaña y poco a poco se iban engrosando los ejércitos reales: los comandantes Juan Maróty y Esteban Berzeviczy se dirigían con severos llamamientos a las provincias y a las ciudades. Llegaba la ayuda del príncipe de Milán: 24 cañones que se llamaban en aquella época y en latín, tormentas, excelentes cañones de largo alcance, que arrojaban balas de hierro y no de piedra. Los temibles mecanismos eran manejados por artilleros de Lombardía que no dejaban acercarse a nadie a los artefactos.

El ejército crecía; el rey acampó en Torda largo tiempo; después, partió hacia Brasov para atravesar los pasos de montaña. Con las eternas discusiones: si el noble al tener que irse con la tropa que encabezaba el rey —según las leyes—, debía o no sobrepasar la frontera siquiera un palmo. La antigua ley estaba pensada para prever que, a la llegada de los tártaros, todos los hombres capaces estuvieran ya incluidos en el ejército. Pero cuando la tropa atravesaba el paso, con la sola intención de echar al otomano que acechaba en la comarca vecina, ¿debía de considerarse como un servicio obligado, *more patrio*?

Maróty, Berzeviczy y también Pipo instaron al rey para que publicara una orden suprema, fijando los servicios de cada uno, la amplitud de éstos y también cómo debían proceder los alguaciles y los jueces contra los violadores de la orden. Así se dictó, en Transilvania, la primera regla de la guerra húngara. Comienzo de la primavera: quienes pasaban por los desfiladeros —en su mayoría «szekelys» de la región— informaron que el camino ya era viable. La corte real creció, entretanto, con dos nuevas personalidades principescas: se unió a las tropas el heredero del trono portugués con su séquito, queriendo cumplir así con su promesa de luchar contra los infieles. En tierras del Pirineo no hubo ocasión, porque Segismundo estaba enemistado con los reyes de Castilla y de Aragón respectivamente, a pesar de que ellos tenían el deber de reconquistar la tierra española ocupada por los moros. El otro huésped era el voivoda Dán, a quien había arrebatado

su posesión de Havasalfóld el voivoda Radul, el cual se pasó a los turcos. Así que uno de los objetivos de la campaña sería la captura de Radul y poner en su lugar a Dán, que parecía leal. Finalmente, una preocupación más en el real campamento. Llegó, con sus damas y sus acompañantes, Bárbara. ¿Se aburría acaso en Buda o tenía curiosidad por la campaña? ¿Tendría un objetivo especial su viaje? ¿O quizá esperaba el abundante botín de la campaña? Era un episodio minúsculo en las operaciones de los ejércitos, pero sí una preocupación más: cómo y quiénes podrían distraer a la belleza que deseaba olvidar las fatigas del viaje de principios de la primavera.

La finalidad militar era la ocupación de Havasalfold: el ejército tendría que avanzar hasta el Mar Negro. De todo aquel plan sólo se logró la reposición en el trono del voivoda y la ocupación de una parte de Havasalfold. Los turcos retrocedieron y el sultán parecía dispuesto —ante las fuerzas húngaras y calculando su audacia— a resignarse con una nueva tregua. Por lo que Segismundo ordenó como, una salida honrosa, construir el castillo de San Jorge en los alrededores de Gyurgyu, declarando de esta manera, terminada la campaña. A deseos de Bárbara, eludieron Oradea Mare al regreso. Es poco probable que la reina quisiera recordar sus tristes días en la ciudad: la reina, que durante la campaña de Transilvania vivió alegremente, divirtiéndose a su gusto…

32

EL CONSEJO municipal de Pozsony acabó por comprender que, con la permanente cercanía del peligro husita, tendría que sustentarse con sus propios medios. Aunque la ciudad había recibido alguna ayuda de la tesorería real, sólo podía contar con la abnegación de sus ciudadanos. Lograron reforzar las murallas; en las posiciones avanzadas organizaron la señalización de fuego y humo, por si surgiera de pronto un ejército de carros. Los acontecimientos justificaron pronto las preocupaciones de los «padres» de Pozsony. Cuando las operaciones militares se apaciguaron, y no pudiendo pasar seguros por las tierras anegadas, ni la infantería ni la caballería, a mediados de febrero se presentaron los «huérfanos» en el valle del río Vág, devastando terriblemente la región y extendieron la guerra hacia aquel lugar, pues no luchaban ya en territorio del Imperio, ni en Moravia, sino en el reino húngaro de Segismundo.

La organización militar de la comarca pasó al contraataque con una rapidez inesperada. La caballería ligera montó más aprisa; los nobles podían ordenar a sus propias tropas. Pero el viento dispersaba ya los lamentos de los más miserables: los campesinos. Los taboritas no tuvieron piedad de nadie al chocar con la resistencia en tierras húngaras. Castillos asediados, fincas abrasadas, ciudades aisladas, marcaban el camino de la destrucción.

El rey había vuelto ya de la campaña oriental cuando llegó la noticia de que los husitas asolaron también los suburbios de Pozsony, adelantándose hasta lograr que las sólidas fortalezas de la ciudad real no les impidieran el camino. En Nagyszombat se entabló una batalla más seria, donde se luchó con suerte variada. La caballería ligera era más apropiada para la lucha móvil contra los castillos de carros que las tropas acorazadas imperiales. A pesar de todo, la batalla de Nagyszombat no pudo jactarse de ser un éxito: los husitas retrocedieron, pero no sin botines y arrasando nuevos pueblos; no obstante, las patrullas húngaras volvieron a sus casas con mayor rapidez de lo previsto.

La invasión checa encontró a Segismundo en su peor momento. Según sus intenciones, debió echar toda su fuerza en juego para poder liberar, después

de la gloria de Havasalfold, los terrenos servios de mano de los turcos, librando así los extremos del Sur y principalmente las líneas del Danubio, de la presión otomana. Y luego, repentinamente, debía destinar su fuerza militar y buena parte del dinero que hubiera tenido que dedicar a la campaña, a rechazar la irrupción husita.

Los sultanes turcos ya se habían trasladado hacía tiempo, de Brasov a Edirne, a la primitiva Adrianópolis, que en Europa se llamaba Drinapol. Aquella ciudad estaba situada en el corazón de los Balcanes, en peligrosa cercanía a los extremos fronterizos, como sucedía a la realmente sitiada Constantinopla. Tal aproximación tenía la ventaja de que los delegados y agentes podían ir y venir con más rapidez que recorriendo la costa del Asia Menor.

Esta región de Asia era para los occidentales, «térra incógnita». El mundo se había enterado, por las cartas de algunos peregrinos, viajeros y sobre todo mercaderes, de quiénes eran allí los soberanos, qué ciudades eran las que allí florecían, la clase de países que componían esa tierra, qué pasaba en las cancillerías; si los soberanos solían mantener relaciones amistosas y si se comunicaban las noticias, las informaciones hasta allí llegadas. Venecia era el único país que, desde hacía siglos, había exigido a sus delegados, agentes y espías, que «sólo le informasen de la verdad escueta, sin embellecerla con la imaginación». Pero las noticias a ella llegadas por vía secreta, quedaban ocultas concienzudamente en los archivos de la Serenissima.

Dos señores húngaros aguardaban en el castillo de Nagyszombat la audiencia del rey. El de mayor estatura que, al parecer, llevaba algunos años al otro, vestía ropaje de noble y en su rostro aparecían las arrugas de un cautiverio turco de casi quince años. Nicolás Szerecsén era el descendiente de una ancestral estirpe y sus raíces se extendían hasta algún enmohecido clan mahometano de la época de Arpád. El nombre de su compañero, Józsa Tórók —José el turco—, también cortesano, hacía alusión a su origen turco a pesar de que la familia se había dispersado a través de parentescos, entre nobles de varias comarcas. Józsa Tórók seguramente había estado en numerosos países extranjeros, por cuenta del rey; por ello y porque dominaba el turco y las lenguas de «otras gentes orientales».

Ambos recibieron la invitación para visitar al monarca durante los meses de preparación de la campaña del Sur de Segismundo, quien ya había mandado a buscar a Nicolás Szerecsén antes de su regreso de Constanza, informándole de que sus méritos no estaban olvidados y que en cuanto llegase a su tierra, se preocuparía de premiarle.

Ahora se hallaban esperando en la sala de caballeros del castillo, cambiando algunas palabras hasta que, de acuerdo con el severo protocolo (más riguroso en las residencias provinciales que en las brillantes ceremonias del castillo de Buda) se escucharon los clarines, la sala se llenó de cortesanos y por la puerta lateral entró la pareja real. Bárbara deseaba estar presente en la audiencia: comprendía que su persona llamaba la atención y el brillo de la corte se multiplicaba cuando la reina estaba presente con su bellísima sonrisa e indicando con unas cordiales inclinaciones de su cabeza, que se sentía a gusto entre sus súbditos. Además, podía lucirse con su nuevo traje, encargado para aquel día y rodeada de sus damas de honor. Sabía que su marido también se dejaba ver gustosamente en compañía de la hermosa reina y se contemplaban sonrientes, como si cada uno esperase que las palabras brotaran de los labios del otro. Ello, a pesar de que los domésticos de la corte, los criados, las doncellas murmuraban que sus majestades habían regañado «infernalmente» toda la mañana.

La presencia de Bárbara era, naturalmente, más bien simbólica y después de haber hechizado aparentemente a la corte instalada en Nagyszombat, los diálogos mismos, la penetrante labor del inteligente soberano, poco le interesaban. A pesar de comprender el idioma húngaro y de que, de alguna manera, sabía expresarse en él, usaba preferentemente su lengua materna, el alemán, y hablaba también con gusto el italiano. Así se forjó la costumbre de que las audiencias solemnes, las presentaciones de los embajadores y la proclamación de las grandes donaciones, se hacían con la solemne presencia de la reina. Seguidamente, la pareja real se puso en pie. Bárbara volvió al pabellón de las mujeres y Segismundo empezó su labor diana en la cancillería más pequeña, interrumpiéndose sólo para el almuerzo, pero éste se aplazaba asimismo cuando su majestad tenía un día complicado, trabajando «diligenter», dictando cartas y mensajes.

—Ves, Nicolás Szerecsén, de qué manera vivimos entre miles de preocupaciones, como hechos polvo entre ruedas de molino, como lo ha dispuesto el Todopoderoso, para envidia e intriga de muchos…

Aquellas expresiones ya eran conocidas por los cortesanos: era cuando Segismundo reunía sus dispersas reflexiones mientras consolidaba con semejantes frases, la atmósfera de la audiencia. Después de un sermoncillo de algunos minutos —si estaba bien dispuesto— descendía a las regiones de la vida cotidiana, interrogaba, esperaba, estaba atento.

—Esperábamos ya vuestra llegada, Nicolás y Józsa, para que sepáis de nuestro agradecimiento en palabras y también por escrito. Podemos

agradeceros el saber todo cuanto ocurre entre los turcos, de qué se habla en Adrianópolis y otras partes, entre los bajaes y los demás soberanos cristianos y las cancillerías. Pero tú, Nicolás, viviste también en la corte de Kara Julók, el príncipe de Mesopotamia, exponiéndote a un sinfín de peligros. Fuiste a ver al hijo de Tamerlán y al príncipe de los tártaros, Chakaray. Y tú también, Józsa Tórók, que dejaste hace tanto tu fe turca y como las Escrituras dicen, renaciste en el santo bautismo y fuiste de los primeros en servirnos. Estimamos mucho aquellos viajes que habéis realizado, cuando ibais a conferenciar también con el príncipe del ejército tártaro, impulsándole a que luchara contra los turcos.

Era un discurso perfecto: mientras lo pronunciaba miró varias veces el documento que estaba en la mesita, desenrollándolo con una mano, el resto estirado por el peso del sello. Su voz se oía con la resonancia de la importante donación, después enrolló el pergamino, cogió el otro rollo preparado para el obsequio de menos título y por ello, menos adornado. Llamó ante sí a los dos señores; a una señal suya se arrodillaron en los escabeles colocados ante el trono y Segismundo, desenvainando el sable que colgaba a su lado, les dio los acostumbrados espaldarazos. Se pusieron de pie; besaron su mano y cada uno cogió el documento que le correspondía. Tenían que retirarse en la dulce incertidumbre a un tercer cuarto más pequeño, pero ahora los tres solamente, incluido el rey. Se había dispuesto compartir el almuerzo, y sólo después de haberlo tomado podían regresar apresurados a su residencia y enterarse qué dominio había recibido cada uno, qué significaban esas tierras procedentes de los bienes de la familia Kristalovecz que se había quedado sin heredero; y así pudieron regresar a la tesorería. Sólo sabían que buena parte de esos dominios se extendían en Croacia; pero cómo se repartiría entre ambos dichas posesiones, según la fama, enormes, y si la manzana de la discordia no se encontraba ya en ellos, todavía lo ignoraban Nicolás Szerecsén y Józsa Tórók.

Cuando los tres estuvieron solos y en el banco el escribiente garabateaba velozmente cuanto escuchaba, cambiaron los modales de Segismundo: desprovisto de toda soberbia, sus palabras simplificaban la real fraseología acostumbrada. Tengo que informar uno tras otro —primero Nicolás— con quiénes podían contar cuando se iniciara el comienzo de la campaña sureña del rey. Qué podía significar la ayuda del príncipe turco Kara Júlók, si se podía tomar en serio el secreto apoyo de Shah Ruh, el soberano de Persia de origen tártaro, de quien por ahora no se debía hablar a nadie. El escribiente debía de señalar con una cruz solamente, el nombre de ese aliado oriental, hundido en el misterio. Se hallaban allí, en el castillo de Nagyszombat,

después de la festividad de san Valentín, en el año 1428 del Señor. Un noble, procedente de un antiguo tronco ismaelita, que fue capturado por los turcos durante la desgraciada batalla de Nicópolis, cautivo durante doce largos años; y un renegado turco convertido al catolicismo, ahora también noble húngaro y como tercer dialogante, Segismundo de Luxemburgo, el primer soberano de los cristianos del mundo. Sentían hambre cuando sonaron las campanas de la nueva iglesia en la torre de piedras rojas. Segismundo se puso de pie y rechazó el nuevo besamanos con un ademán que pareció casi un abrazo: «Ahora tenemos hambre».

Un día en la residencia de Nagyszombat: los cortesanos y los huéspedes invitados se asombraron cuando Segismundo contempló el reloj de arena en cuya parte superior ya casi no quedaba polvo. Cuando se sentaron a la mesa, volvieron el reloj que durante toda una hora dejaría caer su fino polvo de plata. Aquel reloj era un testigo de felices tiempos pasados. Según la leyenda, lo había traído Bela III, de glorioso recuerdo en Bizancio, al volver a Hungría y plantar el frondoso árbol de los Arpád. En la corte de los emperadores, los «basileus» tenían su reloj con polvo de oro y al «César» —éste era el título que le dio el emperador Manuel a Bela, que allí fue llamado Alexios— le correspondía el polvo de plata. En el reloj estaba cincelada, también en plata, el águila bizantina. Segismundo amaba aquel reloj que llevaba consigo a todas partes, para darle sus plateadas horas también a él. Se puso de pie, se santiguó, salió de la sala haciendo gestos de que no hacían falta ni clarines ni fanfarrias y se apresuró a volver a su despacho.

Le esperaba un sacerdote cuya cara afeitada anunciaba al prelado italiano y por el color morado de su traje, a un canónigo. Allí también rechazó toda ceremonia especial de reverencia y habló en un italiano fluido con el religioso, cuyas palabras delataban el dialecto del Norte. La mirada del sacerdote alcanzó al actor mudo, al escribiente. El rey inclinó la cabeza, haciéndole salir del cuarto con un ademán. La cara del cura reflejaba inquietud, sus ojos rodaban como los de los pájaros en cautiverio:

—Reverendísimo, dejemos los circunloquios, sólo el «succus» de las cosas…

—Majestad, hace años frecuento la Serenissima por encargo del episcopado de Piacenza. Conozco el laberinto, ellos también me conocen. Cuando el mes pasado tuve que estar otra vez en Venecia, noté que algo ocurría a mi alrededor, deseaban verme y hablarme, cada vez mayores notabilidades. Fomentó mi inquietud el que durante varias de esas conversaciones, ni siquiera me dijeron lo que querían, no mencionaron nada

importante, majestad. Cuando me dispuse a ausentarme de la ciudad de San Marcos, me enteré de que tenía que esperar por la noche, en mi residencia, a «un señor con ropa talar»: llegó con antifaz… Si vuestra majestad me torturara, tampoco podría revelarle su identidad. Sacó una bolsa nueva con cien cequíes de oro, que eran nuevos, me aseguró. Nadie había usado aún esa bolsa y yo sería su primer dueño, si…

—El «succus»…

—Sabían que el obispo de Piacenza aspiraba a que, cuando vuestra majestad marchara a Roma para la coronación, pasara por su ciudad e interviniera ante su santidad para elevar la diócesis a arzobispado, y en favor también de otros asuntos. A cambio de todo esto, intentaría expresar el respeto del señor obispo, en forma contante y sonante. En Venecia, nada permanece en secreto… El noble del antifaz me dijo: «Reverendísimo, reciba ahora cien ducados solamente como anticipo, y si cumple con éxito su misión, le corresponderá otro tanto y además un “stallum” mucho más beneficioso que el presente».

Hubo una larga pausa y luego el canónigo, tras una vacilación, reveló la verdadera «misión» encomendada por los venecianos:

—Me entregó un estuche de plata que contenía una cantidad de polvo, con el que debía de envenenar a vuestra majestad, el rey romano. En cuanto llegue allí la noticia de vuestra muerte, me espera la verdadera recompensa, en el cuarto de la segunda cancillería de la Serenissima.

Segismundo calló reflexivo y luego preguntó en voz baja:

—¿Lo aceptaste?

—Si rechazaba la propuesta no hubiera llegado ni hasta el Rialto, y de llegar, no hubiera vuelto a Piacenza, me habrían alcanzado en el camino… Abrí el pequeño estuche, miré qué color tenía el veneno. En la farmacia compré un polvo del mismo color, que servía para cortar los cólicos. Eché esa medicina en el estuche, guardando el veneno en el hueco de mi sortija.

—¿Por qué descubres, Reverendísimo, el plan ante mí?

—Majestad, porque *confiaban* en mí, me conocían hace años. La Serenissima no tiene piedad para sus súbditos: ahora mismo deben de estar vigilándome, no sé quién sigue mis pasos ni sé quién puede estar al servicio de Venecia como agente secreto de la Señoría… Yo debo de cumplir mi misión si quiero vivir… debo de intentar, de alguna manera, echar el polvo inofensivo —del que guardo la mitad— en la comida o bebida de vuestra majestad. Es el mismo que tengo conmigo, podéis ordenar a vuestro médico

que lo deguste: no le pasará nada. El veneno verdadero puede probarlo vuestra majestad con algún animal. Y si muere…

—¿Qué deseáis a cambio de esto, Reverendísimo?

—Mi mayor recompensa será el haberme librado del pecado mortal, «salvavi anima meam», de que siendo sacerdote me convierta en el asesino de mi prójimo y a quien seguramente tendría que matar estando en pecado, sin absolución, de muerte repentina. Ésta sería mi mayor recompensa. Por lo que se refiere a la benevolencia de vuestra majestad, todos lo sabemos: vuestra bondad es infinita…

El ternero destinado a la experimentación recibió el verdadero veneno junto con su leche: al día siguiente murió entre fuertes dolores. El médico probó el polvo contra los cólicos, del prelado, olisqueando, mientras encomendaba su alma al Señor, pero ni siquiera le produjo una diarrea. Naturalmente, todo ello se hizo en secreto, pero de manera que su majestad se enterara de cada detalle. Segismundo estaba animado: habló con el cocinero para que el cura pudiese entrar en la cocina sin llamar la atención y echar algo en la comida de su majestad. No debía de verle nadie más: sólo el médico escondido y el mismo cocinero. Acordaron que el canónigo pediría al maestro de cocina que le diera alguna bebida para calmar su ardor de estómago. Mientras tanto, preguntaría con curiosidad: ¿Qué comidas preparan para el rey; qué será la que tomará con seguridad? El cocinero saldría a la despensa, dejando en tanto la cocina sin vigilancia; aquel tiempo sería suficiente para que el cura sacara de la ancha manga el recipiente con el polvo «mortal». Todo eso fue autorizado por el mismo Segismundo, que habló con el cocinero, para evitar que el buen hombre pudiera pensar erróneamente, que se trataba en realidad de un intento de envenenar a su majestad… De lo sucedido nadie debía enterarse, bajo pena de muerte: ni la Domina Regina. Y así se hizo. De cómo pudieron los venecianos seguir cual sombras al canónigo y de cómo llegó éste a recibir una pingüe recompensa, no hablan las crónicas. El ternero fue la única víctima de aquel intento veneciano, que en aquella época no resultaba excesivamente extraño…

—¿Ve vuestra eminencia, qué solo me he quedado con mis húngaros? Como si el mundo cristiano se redujera a esto, a las regiones del Danubio. Por el norte es Praga, por el sur la frontera de Galambóc. Los turcos, Venecia, los husitas. Si no fuera por los húngaros en quienes me apoyo, estaría como mi desgraciado predecesor en el trono alemán, el jamás aceptado Roberto. Podría vagar indefenso por el Imperio…

El cardenal Brando Castiglioni se acercaba ya a los 80 años, pero todavía desempeñaba con total agilidad espiritual y física, el puesto de lazo confidencial, entre el papa Martín y el rey de los romanos… Su recompensa nunca le faltó: estaba considerado más bien como amigo que como cortesano y sobre todo le respetaban, especialmente por su afición al arte, capaz de apreciar más que un dominio, el cuadro creado por un buen maestro; una copa magistralmente cincelada, un libro valioso. No estaba exento del goce de los placeres del mundo y, como primogénito de una antigua familia, aceptó con el corazón agradecido que Segismundo elevara a la suya al rango de condes imperiales.

Brando presenció desanimado la dispersión de las tropas imperiales, apenas llegado el torbellino de los ataques husitas. Por lo que se refería a la unión de las naciones cristianas para expulsar al turco, su experiencia durante decenios demostró que hacía mucho que habían pasado los tiempos de las cruzadas… Pequeños nobles sin posesiones, jóvenes príncipes deseosos de aventuras, era el material del que podían fiarse todavía, más alguna ayuda de la tesorería del papa. Y ello pese a que ahora era la ocasión adecuada, al lograr reconquistar Havasalfóld, para iniciar contra el turco la guerra por la reconquista de los Balcanes.

—También tengo buenas noticias, majestad, noticias de Jorge Brankovics: parece que ha logrado echar raíces como tirano… y Brankovics será siempre fiel a la corona húngara.

—Puede que fuéramos demasiado generosos cuando le premiamos con dominios húngaros, pero aspirábamos a que irrumpiese con más audacia aún contra los turcos y arrojando de Servia a las débiles tropas. Según nuestras noticias todo ocurrió como Brankovics lo esperaba. Solamente no se logró liberar el castillo de Galambóc: uno de sus capitanes fue un traidor que avisó al comandante pagano del castillo del peligro que corría. El turco tuvo tiempo para reforzar la defensa de Galambóc, tanto del lado del Danubio como por tierra firme. Y mientras esa fortaleza se encuentre en poder de los paganos, no podemos seguir seguros. El sultán construye ahora un castillo que se parezca al de Calais, que está en manos de los ingleses.

—Lamentablemente majestad, el Señor no mandó todavía en nuestra ayuda una Doncella de Galambóc, como lo hizo para gloria de Orleáns…

—¿Vuestra Eminencia cree en la Doncella?

—Soy un devoto de Catalina de Siena: si ella pudo hacer volver al santo padre Gregorio XI de Avignon a la Urbe, ¿por qué no podría Juana coronar a su rey en Reims?

—Volvamos a la campaña turca: pienso que podríamos contar con el apoyo de la Santa Sede si construyéramos un castillo frente a Galambóc, reforzando al mismo tiempo a Nandorféhervár para que pueda resistir también el más fuerte asedio.

—Es mucho gasto, majestad: una nueva fortaleza, sobre todo si tiene que competir con Galambóc… ¿Y cuál podría ser el nombre del castillo?

—Le llamaría como a mi patrono: castillo de San Ladislao. Nuestra ayuda sería el ispahán (prefecto) de Temes, Esteban Rozgonyi. Y si hablamos de doncellas heroicas, ¿por qué no mencionar a la esposa de Rozgonyi, Cicele Szentgyórgyi? Esa mujer es maestra en la guerra del Danubio, sus barcas y barqueros inquietan y vigilan a Galambóc. Si el castillo fuese nuestro, posiblemente ya habríamos llegado a las montañas de los Balcanes. Pero hay que asomarse al Danubio, tenemos que defendernos nosotros mismos pues todas las tropas turcas pueden encontrar el camino hasta Galambóc; seguiríamos viviendo en eterna intranquilidad, aun cuando no hubiese guerra. Cualquier día o cualquier noche, los turcos pueden cruzar el Danubio atacando nuestra orilla y regresando luego a la suya, después de hartarse con nuestros botines.

—He oído que la fecha de salida de vuestra majestad, es sólo cuestión de días…

—Falta el «*nervus rerum*», es éste un año pobre, los impuestos llegan con dificultad.

—Su santidad me ha enviado su bendición para la campaña…

—Monseñor… ¿Habéis traído el subsidio?

—Hasta que no llegue el santo padre a Roma; él también tiene sus propios problemas. La Curia no puede cumplir con sus obligaciones en su situación actual, las sumas que deberían llegar como sostén de todos los países y príncipes al «Servus Servorum Dei», llegan con tardanza y mal.

—¿Y la promesa del papa Martín?

—Por ahora, veinticinco mil ducados… Si la campaña tiene éxito, quizá fueran más generosos después los soberanos de los países cristianos.

—Es muy poco, lo sabe también vuestra eminencia. Para el castillo de San Ladislao sería necesario el doble de esa suma. Los cañones…

—En mi juventud todavía no conocíamos el ruido infernal de las bombardas. Estos instrumentos salidos del taller del diablo, han trastornado el antiguo orden de las batallas. Tácito y Livio tampoco podrían reconocer ya las antiguas maniobras.

—Todo cambia, padre, sólo vuestra eminencia mantiene su inalterable sabiduría.

—Majestad, ¿por qué esa palabra, que no merezco?

—¿Cuál fue la última palabra de su santidad?

—¿No me creéis, majestad?

—«De *columna*», es la columna en que quisiera apoyarme, pero antes de la campaña turca.

—¿Habría que hablar con Pipo, o con Rozgonyi?

—El santo padre no ha hecho el reparto a manos llenas. Los comandantes no pueden salir antes de pagar a los mercenarios, principalmente a los barqueros.

—Majestad, vos habéis regalado posesiones inmensas a aquellos que son los señores de la región sureña, a lo largo del Danubio. No conozco bien la situación actual de los señores del país, así que pienso solamente en las posesiones de Maté Thalloczi, de los Garai, Rozgonyi, Brankovics y de los otros dos Rozgonyi. El dominio de un barón vale tanto casi como un principado de Italia: Mantua, Ferrara, Urbino, no son mayores. ¿Qué dan a vuestra majestad esos señores?

—Escúchales tú mismo, Brando: todo son quejas. La cosecha es mala, las bestias mueren, los campesinos no trabajan, el siervo se fuga, se alista, escapa con los husitas; el subsuelo no da más mineral, el beneficio de las minas se agota. Habla con ellos, amigo mío, tú mismo podrías oír por qué no pueden formar sus batallones, por qué no pueden mandar fundir tantos cañones como los obligados. Como ves, eminencia, así son los húngaros. Cuando deberíamos estar preparados ya para la partida, todavía estarán acampando, molestándome con documentos, enemistándose con las comarcas, exprimiendo otra vez al campesino. Las ciudades son mejores…

—El turco es también enemigo de ellas…

—Desde que entraron los diputados de las civitas también al parlamento, aumentó su buena disposición, se sacrifican también a su manera. Pero todo eso es sólo una gota en el mar. Sabéis que nuestros preparativos para la guerra, no lo son para un simple paseo, para una «marcia militare» semejante a la que los condotieros hacen en Italia, uno contra el otro. Bien sabe su santidad lo que está en juego: ya no necesitamos cubrirnos por la parte de Havasalfold, allí todos los castillos, todas las murallas, todos los pasos están en nuestras manos. Ahora… en esta constelación que parece ser favorable, habría que liberar las comarcas del Sur.

Cecilia Szentgyórgyi de Rozgonyi, o Cicele, como la llamaban su esposo y su gente de la región sureña, no era ninguna mujerona hecha a la vida guerrera. Más bien parecía frágil; cuando estaba de buen humor, iluminaba su cara una sonrisa, pero podía montar en cólera cuando se enfadaba por algo, echando relámpagos por sus ojos azul verdosos. Aprendió el arte de la estrategia en la corte de su padre Pedro, conde de Szentgyórgyi, con los camaradas varones. Cuando se convirtió en la esposa de Esteban Rozgonyi y el conde de Temes tenía que vigilar la ancha extensión de la región sureña junto a la línea del Danubio, le tomó cariño a la vida náutica y militar, primero con su marido, después, confiando en sus propias fuerzas. Mandó construir su pequeña flota; ella misma formó las escuadrillas de lanchas surtiéndolas de cañones, armas, pólvora. En la región del sur era más necesaria que en otras partes del país la llegada puntual de las noticias, la utilización pronta de las «*lenguas*» enviadas al exterior, la prevención a tiempo de si el turco se disponía a moverse o si ya se preparaba el ataque. Esa vida de castillo fronterizo, de atalaya vigilante, era del gusto de la gran señora. Dirigió la vida de su casa con palabras cortas y decididas y con la misma firmeza detenía los avances de aquellos señores que querían ver en ella solamente a la mujer. Su marido, hombre absorbido por una vida de acción y sobre todo por el gobierno, dejó en manos de su mujer la parte marcial: que tuviera también Cicele su capricho… La mujer pagó a los barqueros con los ingresos de sus propias posesiones, los mozos mismos salieron también de los dominios de los Szentgyórgyi. La gran señora pensaba indudablemente en una república semejante a las que se formaron en las ciudades dálmatas. Si ella misma podía recuperar Galambóc, fundaría allí la capital de esa república.

Llegó la etapa crucial de la campaña: la lucha se entabló de nuevo por el destino de Galambóc; la tropa real partió de Lászlóvár —fortaleza de Ladislao— emplazada frente a la fortaleza turca y bajo el mando de Rozgonyi. A los pocos días, lograron construir una cabeza de puente cerca de Galambóc donde iniciar el asalto. En el río, las barcas aseguraban el contacto, los barqueros de Cicele rondaban las aguas. Se pusieron cañones en las chalupas —ésta era la aportación de la señora Rozgonyi a la guerra— y empezaron a disparar desde allí, a lomos del Danubio, contra las murallas de la fortaleza, mientras los cañones del castillo enemigo no podían dar con las baterías náuticas que se deslizaban rápidamente sobre el agua. La batalla continuó con variable éxito mientras proseguían las negó, daciones para la capitulación: qué condiciones y cuánto dinero entregarían en Galambóc el caudillo turco y el comandante servio que estaba a su lado. Segismundo tenía sentido para esas tácticas y al

tercer día ya se había percatado de que todo el problema de la entrega de la fortaleza cubría una intención más oculta: pronto tuvo la información de que el sultán —después de haber retirado de Asia buena parte de sus tropas— reunía un ejército enorme y se acercaba a marchas forzadas a Galambóc. Si se trataba de un ataque turco, las cifras se iniciaban con cien mil hombres. Pero el ejército otomano arrastraba consigo muchos miles de gentes incompetentes, dispuestas más bien para el saqueo y la quema; pero no eran útiles en las batallas; acaso, sólo para contener por su número el primer ataque del enemigo, aguardando la llegada de los guerreros de primera fila —jenízaros e ispahis— cuando ya los jinetes y los caballos estuvieran cansados de la lucha.

La noticia de la llegada del turco fue siniestra: en cuestión de días las avanzadillas del ejército del sultán podían alcanzar al Danubio en Galambóc. Las fuerzas de Segismundo no eran ni remotamente suficientes para entablar la lucha abierta con las huestes del sultán. No obstante, los turcos sabían que sus tropas habían llegado a regiones hostiles, mientras que los húngaros podían recibir sin obstáculos la ayuda necesaria. Parecía que ambos monarcas tenían ahora interés en eludir el combate abierto.

Se tejieron, pues, negociaciones, antes de que el sultán llegase a las cercanías de Galambóc. La primera condición de la tregua era que los turcos no se acercaran al Danubio y que se detuvieran donde ahora estaban acampados y que nada impidiera el regreso del rey a la orilla húngara. Las negociaciones con los de Galambóc se interrumpieron de todas maneras al aproximarse las fuerzas del sultán: así que los dos príncipes decidieron cortar la tregua.

Aquellas especies de «alto el fuego», redactadas de improviso, siempre estaban llenas de subterfugios, de reservas mentales: eran un «sí y cuando» —con ésta o aquella condición— entre qué formalidades se dejarían las armas. Entre húngaros y turcos no era posible, de todos modos, una calma verdadera: en cuanto las tropas llegaban a lugares habitados resultaba imposible contener a los hombres; quemaban, devastaban —los turcos más aún, porque en aquella región los guerreros eran de fe cristiana—. Pero en cuanto la región debió de someterse a los turcos, ya hubo un pretexto para el saqueo.

Algo parecido fue aquella tregua «con intervenciones» que pactaron el sultán y el rey. Así pudo Segismundo prepararse tranquilamente a vaciar el campamento emplazado en las cercanías de Galambóc, retornando las tropas, las armas y los cañones a la orilla «húngara». Aquello no era ya tarea del soberano: por lo que antes de comenzar esas operaciones, partió el séquito real, los cortesanos y la guardia real hacia las barcas que estaban ancladas

lejos del campamento. Tenían que atravesar una región boscosa; los jinetes podían ir solamente uno tras otro en la espesura cuando, a media distancia entre el campamento abandonado y el puerto, fueron rodeados con gritos estridentes como si atacara un ejército de poseídos. Los turcos debían estar al acecho desde hacía días, esperando la ocasión y ahora irrumpieron sin vacilar, rodeando a Segismundo y sus acompañantes.

Probablemente pusieron espías en el campamento húngaro; quizá el sultán diera la orden de ataque, faltando a la tregua. Los historiadores precisan que Segismundo le reprochó al gran turco la traición, la violación del tratado. Pudo ser que los de Galambóc quisieran resarcirse de las vicisitudes del largo asedio o que escaparan algunas patrullas y esperando obtener algún botín se metieran en el bosque, buscando la ocasión de atrapar algún cargamento que fuera hacia las barcas. Se creó una increíble confusión, nadie podía saber el número de atacantes que salían del bosque. Se entabló una lucha cuerpo a cuerpo, los caballos estaban inmovilizados por la espesura, había que abrirse camino hacia la orilla para avisar a los barqueros que vinieran en su ayuda.

En la vida de Segismundo, representó ya una vez un papel fatal la orilla del Danubio, cuando era un joven rey: entonces pudo salvarse de la derrota de Nicópolis gracias al sacrificio de Hermann Cillei y algunos paladines húngaros, pudiendo llegar así, por vía fluvial, hasta la lejana Constantinopla. Desde entonces, habían pasado decenios y el rey caballero de antaño estaba ya cercano a los 60 años. Pero su ánimo guerrero y su valor eran los mismos; su bravura no le abandonó tampoco ahora. En realidad, no se enfrentaban a tropas elegidas, pero por el estruendo de los gritos, se podía calcular que cada vez eran más los turcos que perseguían a los fugitivos. El momento fue de gran confusión; en realidad nadie sabía lo que pasaba: era indudable —si no lograban alcanzar las barcas— que podía caer prisionero el rey junto con su séquito, o bien morir, dada la superioridad de las fuerzas enemigas. A ello se unió el efecto de la sorpresa, pues pese a que nunca se confiaba demasiado en los tratados de paz con los turcos, no pensaron, sin embargo, que el tratado sellado *ayer*, sería destrozado ya *hoy*, por la parte pagana.

Combatieron hasta llegar a la orilla y allí, saliendo ya de la espesura de los árboles, lograron alguna ventaja el rey y su comitiva, que luchaban a caballo. Los turcos apuntaron a los caballos: era ya una vieja experiencia que el guerrero caído junto con su animal desplomado, era una presa fácil: un inválido, con las piernas o brazos generalmente fracturados, podía ser capturado vivo. No era seguro que los turcos supieran que podían atrapar de aquella manera a un rey. Que al sultán le hubiera gustado —como antaño hizo

Tamerlán con el sultán Bayaceto— encerrar en una jaula de oro al soberano del Imperio romano germánico y de Hungría era posible, aunque no hubo pruebas de ello. Pero que pudiera contar con una enorme recompensa el guerrero que llevara vivo o muerto al rey-símbolo de la cristiandad ante el Padisah, era más que seguro… También, indudable, que a Segismundo le delataba su gran estatura, su ropa llamativa, el valor de las armas de los señores que le rodeaban. Al llegar frente a la orilla, la lucha se hizo más intensa, más dura aún, y las patas de los caballos comenzaron a hundirse en las arenas del Danubio; los jinetes rodearon en semicírculo al rey; sin necesitar voces de mando, todos sabían cuánto estaba en juego.

A pesar de que los turcos combatían en su mayor parte con arcos y flechas —no les atraían mucho las armas de fuego— algunos de sus disparos pudieron ser oídos por los barqueros y principalmente por su conductor, un familiar de la señora Rozgonyi, Esteban Szentgyórgyi. Éste, aunque no disponía de caballo, llamó a gritos a todos los hombres que esperaban cerca de sus barcas, los cuales cogiendo de pronto cuantas armas tenían a mano, echaron a correr con gritos ensordecedores detrás de Rozgonyi, que ya se aproximaba al lugar del combate. Hubo quien sólo atacaba con un remo, un arma temible que arrastraba más que golpeaba y todos luchaban poseídos de furia: el séquito de Szentgyórgyi, los marineros y los jefes. No hizo falta explicación alguna. Los que vivían allí comprendieron sólo una cosa: los turcos habían atacado por sorpresa a los húngaros. Y del ataque a la augusta persona del rey, se enteraron cuando Szentgyórgyi, que corría delante, vio al monarca luchando a caballo y reconoció su inconfundible gorro de piel. Ya no había duda de lo que se intentaba: Rozgonyi excitó cuanto pudo a sus hombres y los turcos pronto se percataron de que un escuadrón de liberación podía atraparles entre dos fuegos, aparte de no contar con otra ayuda.

En cambio, la ayuda les llegó a los húngaros de donde menos la esperaban: los ocupantes de las barcas de la señora Rozgonyi oyeron también el ruido del combate, llevado hacia ellos por el viento del norte. Con toda la fuerza de sus remos se trasladaron desde el centro del Danubio al lugar de la contienda y los hombres, armados con fusiles, a una orden de Cecilia, se colocaron en la proa de las barcas y al llegar al alcance de los tiros, dispararon hacia los turcos con la celeridad que las condiciones de carga de la época permitían.

La confusión reinante hacía difícil acertar a quién correspondía la victoria o la derrota. Los turcos —junto con los que se incorporaron a ellos desde el castillo— constituían aún la mayoría, pero ya habían perdido la ventaja de la

sorpresa. Las armas de fuego segaban vidas en la densa muchedumbre; los barqueros de Rozgonyi ya estaban allí; los guerreros del Danubio, encabezados por una mujer, se preparaban para desembarcar; los mosqueteros cargaban de nuevo, disparando sus fusiles de mecha y pedernal.

Segismundo miró a su alrededor. De pronto, desde la cumbre de la desesperación, en pleno combate viril pero desolado, le saludó la esperanza. La ayuda que se aproximaba dio fuerzas a los desfallecidos: el ejército de Segismundo estaba compuesto en su mayoría de señores, cortesanos, caballeros ya no jóvenes; luchaban hombres cuyos hijos podían ya ser guerreros. Pero ahora, al acercarse la salvación se lanzaron también al ataque. Los caballos sanos volvieron a su galope sobre la blanda arena y se comenzó a liberar cautivos antes de que los turcos —que habían iniciado la retirada y después buscarían la fuga— entraran en el bosque. «¡Jesús, Jesús!», se oía ahora gritar en tres direcciones. En Galambóc empezaron a tronar los cañones pero sus balas caían en el Danubio, sin poder alcanzar a los remeros de Cicele.

El suelo era fangoso, había que cuidar que las patas de los caballos no se hundieran en el limo. En plena lucha, sujetó el rey las riendas y apoyándose en su escudero bajó de su caballo para luchar con los demás, a pie. Pero ya estaban cerca las barcas. Un miembro de la comitiva, Esteban Losonczv, saltó ante el rey protegiéndole con su cuerpo para que su señor pudiera atravesar a pie la zona de lodo y llegar a la pasarela de la barca.

El estrépito de la batalla y el fuego de los cañones de Galambóc, alarmó también al distrito de Lászlóvár: allí manejaban los cañones del rey condestables de Lombardia. Se entabló un inesperado duelo de cañones; los de Lászlóvár apuntaban mejor, sus baterías llegaban más lejos que los cañones de los turcos de enfrente. Así pudieron impedir que bajaran del castillo más guerreros para reforzar a los atacantes.

Era un juego de hombres, pero ahora en compañía de una mujer. Cuando Segismundo logró librarse del peligro, cumplió con la ceremonia tradicional: se arrodilló en «su» orilla y como en su séquito se hallaba el preboste de Jaszovár, con armadura y la cruz sacerdotal en el cuello, un varón eclesiástico pudo celebrar el Te *Deum*. Al levantarse Segismundo, abrazó a Szentgyórgyi, después se quitó la capa de montar que se había desgarrado durante la lucha, además de estar agujereada por una flecha y la tendió en el suelo de arena haciendo un ademán a la señora Rozgonyi que —a modo de los caballeros— debía de arrodillarse sobre ella. Enseguida, con su sable que no tuvo aún tiempo ni de envainar ni de limpiar, dio el espaldarazo con grave ritual, a

Cecilia. Sólo después vio la mujer a Rozgonyi acercándose desde lejos, acosando con algunos guerreros a los turcos para liberar a su paje aprisionado. Marido y mujer se encontraron en la ribera del Danubio. El amplio dominio de Tolna donado a la mujer fue inscrito a los pocos días en la cancillería y se precisó como justificación, el mérito de la señora Cecilia que luchó en el Danubio con heroísmo digno de un hombre, destacando cómo se embarcó en una galera frente a Galambóc, en Láslóvár, para cuidar del rey y de su marido que esperaban en la orilla turca.

La noticia de la aventura de Galambóc se extendió de forma fulminante por el país. Algunos oyeron comentarios sobre la muerte de Segismundo, otros, de su cautiverio, pero pronto lo dominó todo la acción heroica de Cecilia luchando en las olas del Danubio, con su belleza y su valor. La sonriente y bella mujer de apariencia frágil, aquella valerosa dama, desde ahora podría combatir como «la señora de Tolna». Si la alianza familiar de los Rozgonyi-Szentgyórgyi, aspiraba a más dominios, p el lector meditarlo contemplando el mapa que representa las posesiones de los oligarcas de Hungría de aquellos años. Los dominios de los Rozgonyi se extendían sobre el mapa en enormes manchas amarillas en la región de Gyór y por casi todo el condado de Temes, además de lo que poseían en Borsod, y después en Heves, gracias a la acción multiplicadora de dominios, de Pedro Rozgonyi, obispo de Eger. En lo que se refiere a los Szentgyórgyi, los eternos condes de Bazin se habían alzado ya en la época de los Anjou, principalmente con Luis el Grande, a la línea superior de las familias con mayores posesiones del occidente de Hungría.

Al volver Segismundo, no hizo encender fogatas de festejo por su afortunada salvación, sino que empezó inmediatamente las negociaciones con la delegación turca llegada a Buda, como si nada hubiera pasado en la orilla del Danubio, en Galambóc. En favor del éxito del tratado pasaron por alto la violación de la tregua, discutiendo más bien sobre Bosnia y Havasalfóld, cuya feudo volvió a ser considerado de nuevo. Segismundo tuvo que admitir su fracaso: no pudo conquistar a Galambóc y así —no sólo según el poder real sino ni siquiera simbólicamente— se mostró incapaz de reforzar su poderío en ambas orillas del Danubio. Por lo que se refería a la llanura de Havasalfóld, allí no había zonas con fortalezas ni el sistema de castillos fronterizos; nadie pudo sorprenderse de que, los que solían estar atentos a los cambios del viento, se sometieran otra vez al otro señor feudal, que en aquel momento parecía el más fuerte.

Mientras continuaban en Nandoféhervár las negociaciones de paz turco-húngaras, Segismundo envió aviso al gran maestre de la Orden Teutónica. Como los caballeros teutónicos quedaron replegados en las regiones polacas el rey propuso que se hicieran cargo de una parte de la línea del Danubio, asegurando con sus propias galeras la libertad de tránsito en el río y atacando al turco donde pudieran. Pero para que la Orden, por lo menos en parte, pudiera trasladarse a la región fronteriza de un país extranjero y lejano, debía de intervenir también la reunión imperial. A los militares les preocupaba ahora la cuestión de los husitas: ataques continuos, destrucción de ciudades, Silesia, la Alta Silesia ensangrentadas. En aquellos momentos no le preocupaba al Imperio ni los turcos ni la línea baja del Danubio, por lo que el problema del traslado de la Orden teutónica fue aplazado «Ad graecas calendas». Por otra parte, estaban enfadados los guerreros del Imperio con su futuro emperador: hacía años que no le veían en Alemania porque sólo se ocupaba de los asuntos de Hungría.

Los husitas emprendieron un ataque más amplio que todos los anteriores: por un lado llegaron hasta Breslau, por el otro, lo devastaron todo hasta los suburbios de Pozsony. Con el continuo intento de los militares del Imperio, tampoco pudo crearse el equipado y potente ejército alemán. A cada dueño de comarcas, a cada ciudad le parecía excesiva la contribución en hombres, en impedimenta, en armas, especialmente en dinero, y por ello intrigaban contra sus vecinos.

Segismundo procuró dar vuelta al timón de su barca y dio un paso inesperado: el rey invitó a Pozsony a Holy Prokop. Con ello le reconocía su carácter de adversario bélico y en el salvoconducto que le fue otorgado al comandante husita, estaba incluida la expresión de que Prokop era el caudillo de los combatientes checos. Al mismo tiempo, el rey mandó aviso a los príncipes alemanes más interesados: los vería con mucho gusto en Pozsony para participar en aquella irregular negociación.

Holy Prokop llegó con su séquito. Recibieron al regimiento de caballería con el respeto debido a un enemigo peligroso. Muchos miembros de su comitiva conocían bien el camino a Pozsony. En sus incursiones se habían atrevido varias veces a acercarse hasta la vecindad de una de las residencias reales. Los hospedaron en el castillo en un ala aparte y Segismundo pudo considerar ya como un éxito suyo, el que estuviera frente a frente con el peligroso caudillo rebelde, negociando en calma.

En el cuarto donde por primera vez se enfrentaron, según la costumbre de Segismundo, sólo había un escribiente de pluma veloz, quien entendía el

checo y anotaba cuando se decía. Prokop también había traído consigo a uno de sus seguidores, evidentemente alguno que fue cura o fraile, quien desempeñaba al lado del caudillo husita las tareas de «escribidor». Segismundo se sentía en su elemento: si revivió en su alma el recuerdo de las muchas y graves negociaciones de los últimos años, tenía que darse cuenta de que aquélla que entonces se iniciaba, sería una conversación más difícil que cualquier otra, pues su majestad romana había sido quien extendió el salvoconducto de Juan Hus…

Las negociaciones encararon varios puntos: para Segismundo el problema más importante era si los husitas le aceptarían como rey checo. En caso afirmativo, cómo podían efectuarse las discusiones, qué pretensiones podían presentar los herejes. Para Prokop era evidente que el mayor objetivo del rey consistía en asegurarse el trono checo. Por lo que se refiere a las preocupaciones de los imperiales —terminar con las irrupciones checas y sofocar la herejía— ocupaban allí un segundo lugar. Segismundo otorgó a Prokop su título de «noble». El caudillo checó eludió en lo posible el tratamiento, pero durante la conversación se pronunció de vez en cuando la palabra «Majestad».

—¿Me consideráis como vuestro señor?

—Los que me enviaron no dijeron ni sí, ni no. En nuestro país, por ahora, no se necesita ningún rey. Como ves, mi señor, nos las arreglamos. Aún no nos hemos decidido a elegir la república, o a buscarnos algún monarca que profese nuestra fe.

—¿Cuál es la primera condición?

—La libertad de conciencia. Cada uno es libre de alabar al Señor de la manera que desee, en esto no puede interferir nadie. Ninguno puede poner trabas a otro, según las leyes de otras órdenes.

Se miraban: Prokop era más joven pero las cicatrices, sus viriles arrugas, indicaban las huellas de duras luchas, de noches intranquilas. Segismundo no aparentaba su edad: era un hombre fuerte y erguido, sólo que sus barbas y cabellos se habían vuelto plateados. A ofrecimiento del rey bebieron vino, pero sin chocar las copas. A Segismundo le caía bien el guerrero, el caudillo husita de vista penetrante, con ojos de halcón; el que había transformado personalmente en soldados a los campesinos checos. La palabra *«libertad»* era una rara ave en el castillo real y cambiaba su sentido según quien la pronunciaba.

—¿Qué valen tus palabras, Holy Prokop? Estás enfrentado a los huérfanos, a los calixtinos… ¿En nombre de quién estás hablando?

—Cuando nuestros carros salen hacia Moravia, Silesia o las comarcas húngaras, ¿quién se atreve a preguntarnos si las riendas están en las manos de un utraquista, si el fusilero es un huérfano, o si quien enciende la mecha es un taborita?

—De todos modos han matado…

—En Kutná Hora arrojaron dos mil almas checas al fondo de las minas: mujeres, niños aún vivos…

—¿Y qué ocurrió aquí, en el valle del río Vag? ¿Y frente a Pozsony? Como dices… mujeres y niños… Pero no has venido a pasar el tiempo con tus quejas. ¿Cuáles son vuestras condiciones?

—Si garantizas la libertad de conciencia, la libertad de la nación checa, la libertad de los pobres frente a los señores y a los ricos, si juras solemnemente y comulgas en la misa tú también bajo las dos especies, te podremos proclamar señor nuestro. Pero no porque te corresponda el trono —siendo hijo de tu padre— después del fallecimiento de tu hermano sin hijos, sino porque te elegimos a ti libremente, para que seas el defensor de Bohemia.

—¿Has oído decir, Holy Prokop, que se está formando un ejército tan grande contra vosotros, como no se alzó ningún otro desde las cruzadas de antaño?

—El jefe de ese ejército es Federico de Nuremberg: su mano llega lejos; en cuanto nos venciera te echaría del trono alemán. Quiere ser él el emperador; Federico, ¡el hombre que era tu amigo, majestad!

Las palabras impresionaron por su dureza: Prokop sabía lo que pasaba en el mundo. Federico Hohenzollern, el príncipe elector de Brandeburgo, ¿negaría su lealtad de súbdito a su amigo y emperador?

—No tengas esa preocupación, Prokop. Tú ocúpate de cómo sembrar el grano, de cómo segarán los campesinos ya desacostumbrados al trabajo. No puede vivir eternamente todo un país de saqueos, botines, pillajes. De Praga hemos recibido noticias de tal miseria, que a nosotros, como su padre real, nos causó una gran tristeza. Nuestra aspiración es resolver los problemas. Tú también sabes que la nueva campaña significaría un enorme sacrifico de sangre por ambas partes. Si pactamos…

—Entonces ¿partiría también Federico?

—Si logramos sellar la paz, Prokop, se oirán repicar las campanas en todo el mundo cristiano, como cuando conseguimos enterrar el Cisma. Dinos tu última palabra.

—La única condición, señor, a la que nos aferramos hasta la muerte es la libertad, en asuntos terrenos y celestiales. Si podemos respetar a Dios como

queremos, cada uno según su fe, podríamos estar de acuerdo en todo lo demás, majestad.

—¿Y sin esto?

—Entre nosotros se alza todavía la muralla de roca. Si no encuentro el paso a través de ella, debo regresar mañana; esa fue mi palabra dada en el Monte de Tábor. Por tanto, puedes hablarme todavía, en cada hora del día de hoy, mi Señor.

La delegación checa regresó sin llegar a un acuerdo, y en realidad no se esperaba otra cosa. Pero ya el hecho en sí por el que Segismundo entabló diálogo con los husitas, despertó los celos de los belicosos espíritus del Imperio, principalmente del margrave Federico, el jefe del ejército que se estaba formando. Ciento cincuenta mil hombres bien pertrechados y profesionales entendidos en el arte de guerrear, muchos cañones y cuatro mil carros de combate: eso era lo que debía reunirse contra los husitas, para que el Imperio iniciara su devastador ataque final.

En Basilea clavaron durante la noche en las puertas de la catedral, la respuesta de Holy Prokop a Segismundo: sólo que aquí, la forma de declaración, más adornada, estaba redactada en latín.

33

EL PAPA MARTÍN V decidió en el primer día del mes de enero de 1431, convocar al nuevo Sínodo para la reforma de la Iglesia, instituida todavía en Constanza. Los tiempos, no obstante, no eran los más apropiados: el cristianismo estaba amenazado además de las desavenencias internas, por el peligro turco; también la guerra entre ingleses y franceses se había agudizado de manera jamás vista hasta entonces y la situación de ambos ejércitos había cambiado con las campañas de la Doncella de Orleáns. Pero al papa Martín le ataba la promesa hecha ante sus cardenales, durante la elección en Constanza: ya no era posible aplazar más la Reforma, pues también los husitas se justificaban defendiendo la pureza de su movimiento.

Otón Colonna había nacido el mismo año que Segismundo. Los que rodeaban al santo padre, veían angustiados cómo decaían rápidamente las fuerzas del papa. Después de convocado el Concilio, bien se veía que no podría asistir en Basilea a la inauguración del Sínodo. Con la vejez, el papa se había vuelto más ascético aún y hasta más tacaño con las riquezas de la Iglesia. Vivía en su palacio junto a los «Santissimi Apostoli» con una sencillez monástica, evitando todo lujo mundano. Se ocupaba de los bienes de la ciudad de Roma, de la restauración de las iglesias, del encalado de sus paredes; en suma, sentía que el papa era de nuevo el patrono de la Ciudad Eterna. Al fallecer, en el mes de marzo, se apoderó del mundo cristiano una gran consternación: injustamente ahora, en el umbral de la guerra husita, antes de la apertura de Basilea, había que ocuparse de la elección de la nueva cabeza de la cristiandad.

Cuando llegó la noticia de que habían elegido papa al sobrino de Gregorio XII —Gabriel Condulmer, purpurado de Venecia— no provocó demasiado entusiasmo en aquellos que conocían los problemas de la Curia: Martín V conocía bien la Urbe al ser descendiente de un antiguo linaje romano; era diplomático, legislador, un gran señor conocedor de las cosas del mundo. El purpurado de Venecia tomó el nombre de Eugenio IV. Salido de la Orden ascética, los ruidos mundanos no habrían podido infiltrarse demasiado en su

cerrado mundo litúrgico. Tenía cuarenta y ocho años al ser elegido en plena madurez varonil. No le unían lazos de simpatía con Martín V y odiaba a los Colonna —que habían traicionado a su tío, Gregorio XII. Vivía cumpliendo las severas reglas de los frailes agustinos y veía con desagrado el nuevo Sínodo, haciendo todo lo posible desde el primer día de su pontificado, para postergar la fecha de su inauguración.

Durante su elección se manifestó de nuevo la rítmica secreta de los cónclaves: como sucesor de un santo padre grandioso, diplomático, preocupado por los asuntos del mundo, le sigue un papa severo más bien apartado de la política, que lo ve todo desde un punto de vista ascético.

Como purpurado, ya estaba en contra de que, con el lema de la Reforma, se convocara un Concilio para limitar el poder del papa, superponiéndole el Concilio. Realmente, no había pasado aún medio año desde el comienzo del reinado del papa Eugenio cuando un rayo del Laterano, cayó del cielo sereno, disolviendo el Concilio de Basilea y convocando para un año y medio más tarde un Concilio nuevo en Bolonia.

La inesperada decisión, sólo prevista en círculos confidenciales de la Curia, alborotó al mundo cristiano, justamente al llegar la guerra husita a su punto crucial: cada disensión, cada discordia entre poderes eclesiásticos y terrenales, favorecía tan sólo a los herejes, llevando el agua para su molino.

El papa Martín había nombrado presidente del Concilio de Basilea al purpurado Juliano Cesarini. El prelado, relativamente joven, era una de las personalidades principales del mundo de la Iglesia: su diversidad de carácter, su facilidad de palabra, su incansable energía y su particular manera de pensar le dieron relieve entre los políticos de su época. Su trágico destino (cayó en la batalla de Várna) prestó un cariz más místico aún a aquella lumbrera del Renacimiento temprano.

Cesarini se enteró en Basilea de la disolución del Concilio. Se sentía en una encrucijada: las vicisitudes sufridas durante el Gran Cisma, prevalecían en los religiosos como recuerdos personales. El Concilio había expulsado a papas; selló como herejes a santos padres que poco antes reinaban con gloria. Apenas pasaron unos años desde que se hubo despedido de este valle de lágrimas al último antipapa, el español Benedicto. La indivisibilidad del poder papal estaba simbolizada en la personalidad de Martín V; a Eugenio IV le faltaba la atracción personal del papa Colonna y el nuevo santo padre no dio un solo paso en favor de las reformas internas. Provocó luchas de partidos contra el clan de los Colonna en Roma, buscando cómo y cuándo desacreditar el Concilio de Basilea, restableciendo el dominio papal.

Puede que sin Cesarini se hubiera enfrentado igualmente el Concilio con Roma, pero el legado no sólo dio impulso, sino también autoridad al cambio. El principio de que «el Concilio está sobre el Papa», se había convertido allí en lema de guerra. El Concilio amenazaba al papa: si continuaba insistiendo en la disolución, proclamarían su destronamiento, con lo que daría comienzo un nuevo Cisma, al parecer más funesto aún que el anterior. Al mismo tiempo, el sínodo citó a Eugenio IV para que se presentara dentro de un plazo limitado ante el Concilio. Nicolaus de Cusa, el futuro cardenal, destacado teólogo de la época, se presentó con su escrito «La concordancia católica», dando a la grave decisión del Concilio una base teológica e ideológica.

Cesarini no sólo desempeñó la función de presidente del Concilio de Basilea: al mismo tiempo se convirtió en legado de aquel ejército de cruzados que partió contra los husitas. Sólo podemos suponer cómo pudo desenvolverse aquel clérigo de naturaleza y cultura italiana frente a las tropas germanas imperiales; qué relaciones pudieron entablarse entre él y el caudillo Federico. Entre los cruzados reunidos de varias nacionalidades, faltaban las tropas francesas e inglesas: la guerra entre ambos siguió impidiéndoles participar en las grandes causas cristianas.

Se reunieron cien mil hombres y cuatro mil carros de combate, la mitad de los soldados montaban a caballo; calcularon la fuerza de los husitas en la mitad de la propia, pero los cronistas de la época destacaron la superioridad de la artillería checas La columna vertebral de la rápida tropa checa la formaban los tres mil carros husitas.

Si seguimos el zigzagueo de aquellos meses de Segismundo, es casi inconcebible que hubiera podido realizar esos viajes, pues tuvo que trasladarse desde Pozsony hasta las tierras checo-húngaras; de allí, presentarse en Nuremberg para intervenir en el conflicto, al parecer fatal, entre el papa y el Concilio. A Segismundo también le hubiera gustado arreglar en Basilea el problema de los husitas. Ya en Pozsony le aconsejó a Holy Prokop: «Firmad ahora una tregua y luego presentáis vuestra disputa al jurado competente: el Concilio». Prokop se habría dispuesto a ello, pero exigió que los obispos calixtinos checos acudieran al sínodo como clérigos del mismo rango. Prokop quiso formalizar el pacto de tal manera que su vigencia pudiera extenderse a Baviera y Sajonia: los territorios en que los ejércitos husitas encontraron menor resistencia.

Al parecer, las negociaciones fracasaron en Pozsony pero no se rompieron del todo: Segismundo procuró orientar la rueda del timón hacia el convenio, con su don de la diplomacia. Mientras tanto, se había reforzado la posición de

los checos y al mismo tiempo crecían las pasiones en el Concilio. El cardenal Juliano emocionó a las tropas mercenarias alemanas con elocuentes discursos; a pesar de ello fracasaron los guerreros imperiales, al oír ya de lejos la llegada de los carreteros husitas. Ni siquiera fue en una batalla que se produjo esa derrotadlos cruzados imperiales huían como gamos, arrastrando consigo a los que, siendo caballeros, querían luchar hasta morir. Un enorme botín, un mar de sangre, fronteras occidentales indefensas, fue el trágico balance de la nueva cruzada.

Cesarini —cuando se enfrentó con Segismundo— había dejado de ser aquel prelado que vigilaba la herejía desde la torre de observación milenaria de la Iglesia, dispuesto a liquidar la sublevación eclesiástica y social checas. Le tocó vivir la caída de un gran ejército imperial que ni siquiera fue derrotado en combate, víctima del pánico. En Basilea, igual que en Roma, se observaba con desconfianza el comportamiento de Segismundo, que no había utilizado la fuerza de su país contra los husitas y en cambio negoció en Pozsony con el caudillo repetidas veces.

Ahora era el legado Cesarini quien se inclinaba hacia la paz, buscando el camino para llegar a un acuerdo con la ayuda del primer soberano de la cristiandad. Segismundo conocía ya a Juliano anteriormente: le sorprendió el rostro del cardenal aún joven: rostro surcado de profundas sombras, mientras informaba con palabras opacas e incoloras, sobre el final de un ejército en cuya formación él también había desempeñado un papel decisivo. Pero cuando hablaban de ello, Segismundo había recibido noticias de una nueva invasión de los husitas que barría todas las comarcas del Norte, convirtiendo en víctimas a los habitantes de Trancsén, Liptó, Turóc. El capitán en jefe del valle del río Vág, el joven Stibor, tuvo que retroceder también; el último informe relataba que las comarcas empezaron a dudar, ante el peligro que cercaba sus fronteras. Montaron los nobles, dieron armas a los campesinos, no se dejaron arrasar como los silesios. Los carreteros habían invadido la comarca de Federico en Brandeburgo, como represalia a la memorable destrucción que cometieron los cruzados, años antes.

—Vuestra Eminencia ha probado ya las alternativas de la vida del campamento. Ahora puede creer que Nos pensamos en beneficio de todo el mundo cristiano, cuando sugerimos al Concilio que invite a los más moderados de Praga, para negociar con ellos. ¿Cómo ve ahora esas perspectivas?

—Vos, majestad, conocéis mejor que nadie nuestras heridas; no hace tanto todavía, los ejércitos sufrieron a orillas del Danubio aquella desgracia, y

en aquel entonces vuestra majestad sólo logró salvarse por especial gracia del Señor. Italia se asemeja a una selva donde los salvajes se destrozan entre ellos. En Roma prosigue la lucha entre el santo padre y el clan de los Colonna. En Ruán ha comenzado un proceso contra la Doncella: los ingleses encadenaron y encerraron en una torre a Juana. Si la sentencian a la hoguera, ¿qué podremos decir al Concilio cuando lleguen allí los de Praga?

»La Curia no se deja oír, el Concilio tiene otras preocupaciones que lo que pueda pasar con la campesina en manos de los ingleses de Francia. No podemos hacer nada, ni por ella, ni contra ella, el proceso continúa. Si no estuviesen junto al acusador el obispo Cauchon, los veintidós profesores de la Universidad de París, exigiendo la quema de la Doncella —además de reclamar que la hoguera se encienda en la capital de Francia— habría sido difícil la cosa para los ingleses. Esos doctores, majestad, también tienen la mayor culpa…

—A vos, eminencia, os llega información de todas partes. ¿Cómo veis a Europa y en ella, a nuestro destino?

—La Providencia os envió aquí, majestad, para resistir la tormenta, como un timonel. El peligro mayor no viene del turco; si podemos firmar la paz con los husitas, conseguiremos unir todas las fuerzas para salvar a Bizancio, aun si no logramos rehacer la Unión. Oímos decir, consternados, cómo devoran los paganos cada año alguna comarca del Asia Menor o de Europa. Combaten en Grecia contra los caballeros franceses, conquistan las islas del archipiélago griego; Venecia no les ataca, la república de San Marcos comercia con ellos.

—Hablemos del problema checo, cardenal Juliano. ¿Es posible llegar a una concordia con ellos? En apariencia son muchos todavía los que se adhieren a los husitas, pero en el fondo de sus almas mantienen su fe verdadera.

—Conocí a Rokyczana, quien se denomina arzobispo de Praga. Tiene fama de ser persona de gran capacidad, inclinado a concertar un acuerdo. No es amigo de las campañas de robos, aborrece a los adamitas que de vez en cuando vuelven a brotar incorporando nuevos devotos, principalmente entre los habitantes de Táborhegy. Los calixtinos se enfrentan a los taboritas. Pero hasta ahora no hemos descubierto ninguna grieta, majestad, que pudiera quebrar el campo de los herejes.

—Si no roban, pasan hambre… En Bohemia no trabaja nadie, los campesinos reclaman también su pan gratuito.

—Pasan hambre, majestad… ¿Por qué no llega a todos el botín alemán, moravo, húngaro? ¿Por qué no se defienden mejor los húngaros?

—Creímos que nuestras fronteras eran más fuertes en el Norte y fueron precisamente las que se mostraron más débiles. Y es que allí está nuestro talón de Aquiles: las ciudades mineras. El oro que se encuentra en nuestro país, se acuña en su mayor parte en Kormócbanya, en forma de ducados. Según mis últimas noticias, las comarcas están organizando sus ejércitos. Día a día aguardo al mensajero…

—Vuestra majestad estuvo a nuestro lado cuando el Concilio se enfrentó con el santo padre. No se nos permite interrogar a un rey coronado, pero, ¿puedo preguntaros, majestad, si estaríais dispuesto a intervenir entre el papa Eugenio y el Concilio?

—No somos santos… ¿Por qué no alegramos con las vanidades del mundo? El emperador es, desde Augusto, el más brillante de los príncipes. Por ahora sólo puede adornarse con ese título el pobre Paleólogo, pero cuando mira hacia abajo desde la torre del palacio, puede ver los fuegos del ejército del sultán. Esto lo digo, además, porque hemos recibido un mensaje del papa Eugenio: nos invita a presentamos ante él en la Ciudad Eterna, para coronamos como emperador, junto a nuestra querida consorte, la emperatriz.

—Noticia feliz, majestad. Sobre todo si los caminos hacia la Ciudad Eterna pueden ser seguros…

—Hay que eludir las trampas de los venecianos… Ahora tenemos relaciones con el príncipe Visconti: estamos regateando con él cuántos guerreros podemos sacarle. Ya envié mis representantes a Italia; una vez estemos en la Península, apresuraremos las negociaciones.

—Majestad, podéis contar con ello: en lo que podamos, trabajaremos en vuestra ayuda.

—Con la oportunidad de estar frente a frente con el papa Eugenio, a quien conocemos de Constanza, podríamos convencerle con más facilidad que enviando cartas desde Nuremberg a la Curia. Pronto partiremos, Cesarini: el Señor nos ha permitido cumplir nuestros sesenta años con salud. Pero debemos pensar hasta cuando gozaremos de la gracia de la Providencia; cuando me doy cuenta de cuántas cosas me esperan todavía en el mundo cristiano, creedme, me asusto… ¿Cómo arreglarlo con mi falibilidad? A veces, Cesarini, me despierto tan cansado por las mañanas…

—El confesor de vuestra majestad tendría el deber de advertiros la medida del camino hecho, los peligros del sendero cada vez más estrecho, de la vida. Pero esto os lo puedo decir, majestad, como sacerdote. Pensar que hace tan poco, teníais que defenderos y con armas, durante el ataque turco…

—Durante las noches me despierto sobresaltado, Cesarini: allí abajo, los turcos de la ribera gritaban tanto, que hasta los más valientes se asustaban. Eran muchos ellos… nosotros, muy pocos, esperando los barcos. Éramos buenos combatientes, pero todos habíamos comido ya la mayor parte de nuestro pan… Si no hubieran sido húngaros… no puedo olvidar sus palabras, sus miradas. Un secuaz mío llamado Losonczy saltó a mi lado, me abrazó cubriendo mi cuerpo; suerte que los turcos no tenían armas de fuego en la orilla, pero ¿quién iba a llevar un escudo consigo, a pesar de que llovían las flechas? Nos hallábamos cada vez más abajo, en la orilla fangosa, el caballo se asustó, tuve que desmontar porque sus patas se pegaban al barro. Muchos gritaban, llegó entonces la señora Rozgonyi y los de vista aguda vieron ya los barcos en el Danubio y más allá del recodo también los bateles. Pero asimismo los vieron los turcos: como si se hubieran multiplicado, había que luchar a cada paso, se acercaban cada vez más, estaban ya frente a nosotros de pie, con sus lanzas… Aún me despierto por las noches, Cesarini, y veo sus caras, como si aquellos rostros estuvieran enterrados en el fondo de mi alma… Mozos blancos y rubios, sarracenos negros, también los árabes son como nosotros. De todas las razas se iban acercando, nosotros no teníamos mosquetes, éramos señores con sables, la mayoría vestidos con cotas de malla, pocos con coraza… ¿Os había dicho ya, Cesarini, que sesenta años son una gracia de Dios, si alguno llega a vivirlos? No le desearía jamás a vuestra eminencia que viera de esa manera el horror del dios Marte, como yo, con Galambóc a nuestras espaldas. Empezaron a oírse los cañones de la fortaleza, animando a los atacantes. No nos destrozaron porque estábamos fuera de tiro. Entonces, nuestros artilleros de Lombardia, empezaron a disparar con los cañones de Lászlóvár.

—Majestad, mi cuerpo también conoció el maligno espíritu de la guerra: fue tremendo cuando los fuertes soldados se asustaban por el grito solitario de algún vecino, puesto que el ruido de los carros husitas lo dominaba todo. ¡Sálvese quien pueda! Un minuto antes, eran obedientes lanceros, caballeros, fusileros a quienes su capitán ordenaba, como dueño de vida y muerte, más bastó una sola palabra, el verbo del pánico, y esos mismos hombres, oficiales, guerreros o arqueros, arrojaban sus armas, desfigurado el rostro como si le acosaran las Eríneas —dicho con palabras antiguas… Fueron suficientes dos vueltas del reloj de arena, y ya el ejército del Imperio era una muchedumbre huidiza, asustada. Todo el orden destruido, nadie defiende a nadie, ninguno espera clemencia. ¡No había mando! Probé a enfrentarme sin armas, con la cruz del legado tenía que defenderme a mí mismo porque me arrastraban,

llevándome con ellos… Era tremendo, majestad: si el caos tiene su demonio, ese fue quien nos acosó. Comandantes, cocineros de rancho, artilleros, todos huían a la desbandada. ¡Dichosos quienes podían encaramarse a un carro!, tenían más probabilidades de salvarse pues los husitas tampoco disponían de caballos y había una distancia de una legua entre nosotros y ellos; sólo podíamos escuchar las detonaciones y los entendidos nos enseñaban la nube de polvo.

—¿Les habrían visto los caudillos?

—No sé por dónde andaría Federico y su escolta; yo me encontré junto a los austríacos, allí todavía respetaban el crucifijo, pero ellos tampoco me escucharon: «¡Volved, deteneos!». No les vi, majestad… Después de varias horas pudimos llegar a lugar seguro, ante una fortaleza, mientras los husitas daban alcance a la cola del ejército. Cuando subimos a la torre del castillo, ¡qué horroroso espectáculo ver encenderse los fuegos de los soldados herejes! Vi, majestad, sus carros encadenados: agitaban una bandera atada a un largo palo y de repente se detuvieron los carros, desengancharon y llevaron los caballos al centro, como humildes campesinos checos, conduciendo sus caballos de tiro. Quienes estaban en tierra trajeron las cadenas, enganchándolas una con otra. Apuntaron con los fusiles hacia fuera, los mosqueteros vigilaban con las mechas encendidas, jamás había visto tantas armas de fuego juntas. Sólo sé de la profesión de Marte, lo que los niños de Italia tuvieron que aprender a la fuerza… Jamás olvidaré esas caras, como vuestra majestad tampoco las de los paganos. El odio se apoderó de ellos al traer a los prisioneros cuando ya estaba encadenada la fortaleza de los carros. Los mataron frente a nosotros; al que gritaba o suplicaba, con especial crueldad. No pude ver más, di la absolución… ¡Qué día aquel!, ¡qué catástrofe, majestad!

—Gracias, Juliano, por haber venido; esta noche proseguiremos la conversación. Si conseguimos reunir el suficiente dinero para llegar a Italia, partiremos mañana. Tomaremos el bordón para ayudar a la Iglesia. Podéis reclamar ante los padres del Concilio que no se separen hasta que Eugenio pronuncie la última palabra. Eminencia, no os detengáis, mantened unidos a los obispos con vuestra palabra de legado, pues ese poder os lo concedió el papa Martín. ¡Quedaos junto al Concilio hasta que lleguemos a Roma!

34

AÑO NEFASTO el de 1431. Se suceden las patrullas husitas como oleadas, los carros ya están junto a Berlín. En la reunión imperial de Nuremberg proclamó Segismundo el «Landfried», la *Tregua Dei* alemana para dos años: maldición a quien viole la paz interna del Imperio. En Basilea fluctuaba día por medio el humor del Concilio; no había señales de que Roma hubiera retirado la disolución. Igualmente, nada decidieron todavía los líderes de la reunión de prelados y doctores universitarios sobre la forma del decreto que declaraba al Concilio superior al papa, al que podía destronar por desobediencia. Y quien no aceptara la sentencia del sínodo era declarado desertor cismático. El Concilio no se atrevió a pronunciar la última palabra y se limitó a avisar al santo padre: que no nombrara nuevos cardenales hasta que se decidiera el gran dilema de la cristiandad; no era necesario que el papa se preparara «*para bellum*». ¿Por qué tuvo que morirse tan pronto, a sus sesenta y dos años, el papa Martín?

Mientras Segismundo recibía a los delegados de Basilea en su aposento, los grandes del Imperio se reunían en otra sala de recepción. El rey anunció, en una inquieta y temible asamblea, que en las próximas semanas saldría hacia Italia: «Allí también estaré en territorio del Imperio». En aquella ocasión pensó en los vínculos feudales de medio milenio, o aún más antiguos, que sujetaban antaño a ciudades y comarcas gibelinas al Imperio germánico. Pero todos los que conocían algo sus asuntos con Italia, sabían que sólo eran ilusiones; los italianos se inclinan en cualquier dirección del viento, como el junco más flexible. Las ciudades observaban los acontecimientos desde sus propias torres, sin mirar más lejos. Génova, Pisa, Amalfi, vigilaban el Mediterráneo, la Serenissima era la enemiga de todas las otras naciones marítimas, quería reinar sola sobre los mares. Italia era un avispero. ¿Y allí se arriesgaba a ir su majestad romana, con sus mil jinetes húngaros?

Porque Segismundo decidió seleccionar de nuevo su escolta —no se le podía llamar ejército— en su mayoría formada por húngaros. Sus acompañantes iban voluntariamente, orgullosos de poder acompañar a tierras

tan lejanas a su rey. Sabían que la recompensa no tardaría en llegar: casa, dominio, título de noble.

De los acompañantes de Segismundo —según los agentes venecianos que de tarde en tarde informaban a la Signoria— destacaban dos ayudantes, uno a nivel del trabajo de la cancillería, el otro por sus dotes de estratega. Gaspar Schlick era de origen noble aunque modesto; llegó a la cancillería real alemana gracias a sus aptitudes, como joven administrador bien calificado, estando ya ligado por la cancillería a la persona de Segismundo, pero tenía que representar también la perennidad del Imperio. «El escribiente», como llamaban burlonamente a Schlick sus contemporáneos aristócratas, se formó en aquella tradición. Era hijo de la nueva época humanista y aportó un espíritu más moderno a la cancillería. Con su excelente don de negociador y su buen estilo, pronto llamó la atención del rey. Pero sus éxitos los obtuvo también por aquellas facultades que su rey necesitaba más que nadie: Schlick podía hacer brotar aún de la roca arroyos de oro: prestado, en forma de impuestos, regalos, venta de privilegios. Cuando Segismundo volvió a la situación siempre repetida de sus dificultades monetarias, Gaspar Schlick ayudó eficazmente; al mismo tiempo, apartó al rey de los usureros que rodeaban siempre al soberano, famoso por sus despilfarres quien —cuando necesitaba dinero— no regateaba mucho los intereses. Parecido apoyo en sus años más jóvenes, fue para Segismundo Pipo Ozorai, pero entonces se había convertido en un aristócrata y mecenas: y por otra parte, sólo le interesaban las campañas militares. Del conde de Ozorai todavía podía esperar ayuda el rey, pero ya era un personaje demasiado importante para interceder en préstamos.

Juan Hunyadi pasó por las escuelas militares y en campañas poco importantes ya se había destacado. Comenzó su educación junto a nobles húngaros; después, llegó a oficial de la corte del déspota servio Lazarovics. Sirvió a la familia de los Ujlakis y fue «familiaris» del obispo de Zagreb, Demeter Csupor. Mientras tanto, Juan mantenía relaciones con la corte real y Segismundo no dejaba de observar al joven caballero de excelentes virtudes militares, a la vez que crecían paso a paso las posesiones de la región de Hunyad, así como otras comarcas.

En la corte del déspota Lazarovics pudo aprender los giros de la política de los Balcanes; sus inesperados cambios; las revocaciones sólo explicables por la sensación de peligro: porque la unión de los cinco mil jinetes de Esteban Lazarovics al bando de Bayaceto, decidió la batalla de Nicópolis.

Uno de los paternales protectores de Juan Hunyadi, pudo ser también Pipo Ozorai: fue el conde de Temes quien, veinte años antes había expedido la carta de donación a Vajk, el padre de Hunyadi. Era seguro que Pipo se preocupó también del paladín que conquistaba cada vez más fama; puede que fuera él mismo quien le recomendó a Filippo Maria Visconti, príncipe de Milán, a cuyo servicio pasó varios años Hunyadi, y seguramente no sólo como miembro de la guardia real del monarca. Allí conoció los cambios del país más fuerte de Italia y en general, de todo el mundo italiano. ¿Habría estudiado el italiano?, ¿habría sabido el latín?, ¿en qué círculos culturales se movió en Milán? Entre los húngaros que se hallaban en la corte de Segismundo, Hunyadi debió ser el que tuvo relaciones directas con el *Quattrocento* de los Visconti, esa enorme efervescencia artística de la que surgiría el mundo de Leonardo. Y quizá, para la construcción del castillo de Vajdahunyad, obtuvo la inspiración Hunyadi allí, en Lombardia. Todo ese comienzo estaba cubierto de brumas, sobre esos orígenes poco se supo, el nombre de Hunyadi se destacó alrededor del año 1430 y siempre en la corte real, cuando Segismundo comenzó a vivir de nuevo sus años intranquilos, entre luchas husitas, guerra turca, problemas del Sínodo, desavenencias imperiales: era ya un sesentón, pleno de fuerza vital, muchas veces con la lozanía de una vida explosiva.

Sólo las conjeturas ulteriores hacen pensar que Hunyadi debió de estar en la escolta que acompañó al rey en su coronación. Allí se manifestó de nuevo la preferencia de Segismundo por el modo de vivir húngaro. También, al colocar sobre su testa la corona de hierro de Lombardia: asimismo, cuando se convirtió en emperador, con las insignias de emperador romano, le rodeaban nobles y paladines húngaros, a quienes acaso ya se empezaba a llamar húsares. No quedó señal de que en el séquito de Segismundo en Italia, se encontraran también alemanes, aparte de algún cortesano y ciertos cancilleres.

Los húngaros dieron a entender al rey que era inútil pedir al país —que acababa de perder sus tesoros de Kormócbanya y seguía en constante lucha contra las invasiones husitas— un nuevo apoyo para poder ceñirse aún más coronas en la lejana Italia. Puede que con ello creciera su honra como emperador, pero eso no ayudaría a Hungría ni un ápice: en vez de curarse en casa las dolorosas heridas, otra vez prefería vagar por tierras extranjeras.

Segismundo pensó que jamás habría cruzado al otro lado de los Alpes ningún futuro emperador tan pobremente equipado como él. El Imperio también necesitaba todas sus energías para poder defenderse contra los diabólicos carreteros checos; todas las ciudades reforzaban sus murallas,

construyendo nuevas torres y fortalezas. Quedaba Suiza: las ciudades helvéticas estaban tan lejos de las fronteras checas que, realmente, no tenían nada que temer. Por eso, antes de partir para Italia —a mediados del verano de 1431, a través de tortuosos caminos— Segismundo se estableció, a finales del verano, en el cantón de los Grisones, en el castillo de Chur, esperando allí el aviso de Visconti o más bien, la ayuda de los prometidos cinco mil ducados. Lombardia, como vasalla del Imperio, estaba obligada por tradición, a hospedar al emperador cuando fuera a Roma para su coronación. Ello —también según la tradición— significaba que a partir de su entrada en aquella fértil comarca, el futuro coronado y su séquito serían recibidos como invitados por el príncipe de Milán.

Las cartas de Visconti eran obras maestras de la política de la época: desde la humildad hasta la amenaza, primero encubierta, después, ya descarada, tocó todas las cuerdas el príncipe del naciente Renacimiento; el diplomático del *Quattrocento,* tercer monarca de Lombardia… Las cartas tendieron una alfombra púrpura ante Segismundo, pero lo que no vio y jamás llegaría a ver, era el dinero prometido. Segismundo vendía privilegios a los suizos, se dejaba mantener por el cantón de los Grisones. Una esperanza brilló al llegar la solicitud del soberano de Mantua: que Segismundo visite su ciudad y en esa ocasión coloque la corona de margrave al príncipe Francesco Gonzaga… Mantua era un pequeño país rico, con fama de tener fabulosos ingresos. Pero el futuro *marchese* exigía que el nombramiento se realizara ante toda Italia y sólo después de que *el santo* padre efectuara la coronación imperial. Así que, hasta poder hacer su entrada en Mantua como feudo imperial, debía contar con subsidios llegados de otras partes; regalos ocasionales, petición de privilegios… Al parecer, Gaspar Schlick realizó nuevos milagros: para finales del verano se había llenado la caja del viaje, con lo que Segismundo podía marchar a Italia, con cien hombres a caballo como comitiva armada, y antes de la llegada del frío.

Como si se tratara de una aventura juvenil, Segismundo inició el viaje con exaltada alegría —en pleno espíritu emprendedor— y junto a Bárbara. Hubiera deseado dejar en casa a su bella esposa, pues el séquito de las damas era el más costoso. Tampoco Schlick se alegró de que la egregia dama tejiera independientemente de él su política económica: vendiendo también donativos, prometiendo su influencia para la concesión de títulos, comprometiendo préstamos con métodos artificiales y a veces violentos, o reteniendo sin devolver las joyas pedidas para su elección. Todo ello rebajaría muchísimo la reputación de su majestad cuando se presentase como

emperador en la Ciudad Eterna; pero no pudo dejar en casa a la Regina. Bárbara podía ser más peligrosa detrás del rey que en su séquito, en el que, de todas maneras, la tendría a la vista.

Las aventuras económicas de Segismundo y Bárbara no eran insólitas en aquella época: la mayoría de los príncipes teman enormes posesiones, grandes riquezas particulares, pero en la angustia de las continuas crisis, faltaba siempre el oro acuñado. Más bien los monarcas de comarcas menores, como Visconti, Gonzaga o el príncipe de Borgoña, eran quienes abundaban en ducados de oro: principalmente por su ventajosa situación geográfica, por la diligencia de sus burgueses y también porque no estaban obligados a participar constantemente en campañas militares, las cuales no guardaban proporción con las posibilidades económicas del país o del monarca.

En principio no había pensado en que Bárbara participara del viaje para la coronación. Italia estaba presente en sus recuerdos, como un mundo hechicero; pero siempre había viajado por el Norte de Europa y siempre luchando. Ahora se trataba de un viaje hermoso y grande como si sólo debiera ir para bañarse en las maravillosas fuentes del Renacimiento. Italia andaba, en aquellos tiempos, cientos de años adelantada al Imperio: en sus gustos, en sus formas urbanas, en el esplendor del arte, en el gozo de la vida, en la riqueza de los dueños de la tierra. Todos los príncipes del Norte tenían el anhelo común de llegar a tierras italianas, hundir las manos en los mares calientes. Siguiendo a los emperadores teutones sumidos en las leyendas, el de Luxemburgo partió también para ser coronado.

No pudo negarse a Bárbara; también tuvo que comprenderlo Gaspar Schlick. Además, era mejor que la pareja soberana se presentase unida, según la tradición cristiana, como Dios manda, ante el altar, tomando la santa Hostia, inclinando la cabeza cuando el santo padre alzase la corona de los emperadores romanos. Bárbara era todavía bonita, juvenil, y eso aumentaría la emoción de los fogosos italianos. Mandó, pues, un aviso a Buda: en nombre de Dios, que venga la reina, a la que debió dejar como regente en Panonia. Bárbara también conocía el secreto de cómo extraer oro de las rocas: ahora ya no estaba encerrada en un claustro, podía llamar por separado a los grandes del país, al tesorero, al magistrado, al juez supremo, a los intendentes de las posesiones reales. Además, tenía algún tesoro ahorrado, así que pudo emprender el viaje debidamente, primero a Suiza y de allí, con su marido, a la jamás vista Italia.

Las posesiones de los Cillei en el Sur, se extendían por territorios «welsch». Bárbara, en su juventud, había aprendido fácilmente el dialecto de

Italia del Norte, que un sacerdote de la corte había perfeccionado asimilándolo a la lengua de Dante. De ese modo pudo aprovechar su conocimiento del italiano que hasta entonces sólo había practicado con Pipo, con el cardenal Brando, y con Eneas Silvio Piccolomini, un joven y chispeante diplomático papal, que siempre viajaba. Aquel joven laico había llegado hacía poco a Buda como secretario del obispo Capranica, encantando a todo el mundo con su agudeza, su cultura y el hechizo de su flexible estilo latino.

Eneas Silvio —hasta que llegó a Buda— no carecía de leyendas sobre su procedencia y pudo remontar su árbol genealógico sin esfuerzos hasta el mismo Rómulo. Nació de padre noble, pero pobre; un pequeño terrateniente en un pueblo de los alrededores de Siena. Su padre tuvo dieciocho hijos. El mayor, Eneas Silvio, logró, no obstante, asistir a escuelas mayores con el apoyo de un buen sacerdote, mientras sus hermanos se quedaban en la casa, en su mayoría empuñando el arado. Por todas partes destacó su facilidad para estudiar y redactar, convirtiéndose en el jefe de la juventud dorada; en columna de las agrupaciones de sofistas, alborotando por las noches en la silenciosa ciudad-estado toscana, Siena, con sus numerosos jaleos. Cuando a mediados de la década de 1420, llegó a Buda, Eneas Silvio con sus encantadoras maneras, irradiando el espíritu italiano, fue recibido cordialmente por la reina que era mayor que él y a la que gustaba escuchar sus finas palabras, con motivaciones y resonancias sienenses, sobre las maravillas antiguas y modernas de Italia. (¿Quién hubiera podido predecir que Piccolomini sería el que describiera el extraño carácter de Bárbara del modo más acertado, pero al mismo tiempo más cruel?)

Segismundo se encontraba satisfecho a medias por el forzoso reencuentro matrimonial. Partió para Italia como quien puede intentar todavía sus aventuras galantes, disfrutar de aquellos banquetes donde hermosas mujeres llenaban su copa, donde podía donar escudos y entregar sortijas de oro —a pesar de las protestas del tesorero. Mas, en realidad, Bárbara debió serle útil: conocía a casi todos, les juzgaba con mente aguda y crítica penetrante. Procuró asimismo mantener amistad con Schlick. Sabía (y esto lo juzgó así el futuro canciller), que su alianza ocasional podía ser útil. Así marcharon a efectuar el gran viaje hacia Italia, a principios del otoño de 1431, Segismundo y Bárbara.

Filippo Maria Visconti, de quien dependía mucho el éxito del viaje, era una figura peculiar en la galería de príncipes del Renacimiento. Era culto, ambicioso de poder, astuto y sin escrúpulos, un prototipo de *Il Principe* de

Maquiavelo. Lo arregló todo para la solemne entrada de Segismundo; indicó cómo participarían las ciudades del principado lombardo; dónde se les hospedaría y cómo debían de agasajar a las importantes personalidades, en qué lugar se alojaría la comitiva real. Cuando llegó la noticia de que Segismundo había alcanzado felizmente la llanura lombarda, Visconti se esfumó, desapareció de su propia comarca… Y mientras Segismundo permanecía en Milán, no fue posible encontrar a su alteza. El porqué lo hizo, evidentemente hubiera podido explicarse por varias razones «de estado»: la más verosímil, sin embargo, era que así procuraba librarse de cumplir con las exigencias económicas de Segismundo, dejando a los otros príncipes y a la Signoria que sufragaran los gastos del viaje y su continuación hasta la Ciudad Eterna. Visconti no tuvo ninguna atención especial con Segismundo. Su título le había sido otorgado por Wenceslao —cuando era rey alemán— inaugurando así la primera dinastía principesca de Italia. En la guerra que duró decenios entre Venecia y Lombardia se hizo un silencio: Filippo María no deseaba romper la tregua tácita. Lo más sorprendente era que ni siquiera sentía curiosidad por ver de cerca al soberano de la cristiandad.

Para Segismundo, su visita a Milán, no dependía de decisiones repentinas o de la casualidad. Como resultado de una campaña diplomática astutamente preparada, nació el célebre pacto que fue firmado bajo juramento el primer día de agosto de 1431, junto al púlpito de la antigua basílica de San Ambrosio de Milán, ante el sarcófago romano. Los delegados de Segismundo, excepto el magistrado anterior, Bruno della Scala, eran húngaros: Ladislao Tamasi que ocupó el puesto de mayordomo, los vicecancilleres Lorenzo y Matías Hédervári. El príncipe nombró a Gaspar Visconti y a Francesco Barbavara para proseguir las negociaciones. Según contrato sellado en el silencio de la iglesia, ambas partes se obligaban a luchar con todas las fuerzas a su servicio contra el común enemigo: Venecia. Ninguno firmaría una paz por separado con la Serenissima. El poder del príncipe lombardo se extendía a Génova y a la ciudad de Asti. Filippo María las entregaría al futuro emperador —mientras Segismundo permaneciera en Italia— pero de tal manera que su majestad romana, sólo pudiese nombrar en ellas gobernadores que fueran del agrado de Visconti; Asti debería ser devuelta cuando Segismundo abandonara Italia. El rey se comprometía a que el número de sus acompañantes armados no excediera los dos mil. Filippo María prometió que mandaría poner sobre la cabeza de Segismundo la corona de hierro lombarda guardada en Monza, y que le ayudaría en todo, corriendo con todos los gastos, para que su majestad pudiera llegar cuanto antes a Roma, por vía fluvial o por tierra. Finalmente,

pagaría una ayuda de cinco mil ducados mensuales al futuro emperador mientras estuviese en Italia. De todo lo cual —como los hechos lo probaron— nada se convirtió en realidad, como tampoco la promesa de Filippo Maria de recibir personalmente a Segismundo, con sumisión de vasallo. La única condición cumplida fue la entrega de la corona de hierro de los reyes longobardos y la solemne coronación en Milán, el día de Santa Catalina. Y en lo que se refería a la lucha irreconciliable contra la república de San Marcos, citemos al gran historiador de antaño, Leonardo Aretino: «Felipe de Milán, quien se mezcló con tanta suerte y tanto valor en los problemas de Italia, se convirtió en el amigo más íntimo de los venecianos, contra quienes se había comportado con tan gran enemistad…».

Segismundo hizo su entrada en Milán entre desengaños y al parecer sin ceremonia La metrópoli lombarda que, desde los romanos, vivía su propia vida urbana, y como centro de la llanura lombarda era un nudo de comunicaciones entre los caminos europeos —desde los principios de su historia— jamás había querido a los emperadores romanos. Hacía mil años que el santo patrono de la ciudad, el obispo Ambrosio, echó de la basílica al emperador Teodosio, «el de las manos sangrientas». Hacía casi dos siglos y medio que los milaneses constituyeron la liga contra el emperador Federico Barbarroja; junto a sus ciudades hermanas, derrotó tan gravemente a las tropas alemanas en Legnano, que ese tardío recuerdo todavía acompañó a Segismundo en su largo camino por Lombardia, como un velo negro. La cruz de homenaje de la «Compañía de la Muerte» se hallaba en Legnano, pero el rey evitó minuciosamente el acercarse, ni siquiera a la frontera de esa ciudad.

El antiguo ritual de los emperadores romano germánicos, exigía que el rey germano que iba a Roma, colocara en su testa la corona de hierro de los longobardos, antes de partir hacia la Ciudad Eterna. Era una tradición, recuerdo de los reyes longobardos, conquistadores de la Lombardia de hoy. La reliquia de esa tradición era la corona de hierro guardada en la ciudad de Monza, casi en los confines de Milán. A esta valiosa reliquia la rodeaba una leyenda: la corona contenía el clavo con que Cristo fue fijado a la cruz; en Monza, la canonizada reina longobarda Teodolinda fue enterrada en la basílica, en la cripta que guarda sus restos.

Monza era demasiado pequeña para celebrar allí la coronación, pero había que cumplir con la tradición, así que Segismundo cabalgó con su séquito más íntimo a Monza, presenció la apertura de la cripta en la capilla de la reina Teodolinda, y rezó ante la tumba de la santa. Se deleitó admirando los frescos del pintor longobardo —según precisaron las fuentes— que llenaban la

capilla. Bárbara aguardó fuera, en la nave transversal, hasta que Segismundo la condujo, tomándola de la mano, al piadoso recinto de la santa y reina, y admiraron la pintura del mural que representaba a Teodolinda con el rey Agilulfo, contemplando a San Juan Bautista.

Sacaron la santa reliquia —la corona de hierro— y junto a Segismundo la llevaron a Milán en una brillante comitiva, para efectuar al día siguiente la coronación.

Aquella primera gran ceremonia de Italia no se celebró en la catedral sino en la basílica de San Ambrosio, en un hermoso día de fines de noviembre, consagrado al recuerdo de santa Catalina. Sólo faltó al gran festejo el mismo príncipe —Filippo Maria Visconti— quien utilizó la excusa de su propia enfermedad. Pero se hallaba allí toda la corte, el magistrado, los nobles que bajaron de sus caballos para poder ser testigos de aquel excepcional suceso: la visita a Milán de un emperador, entre rituales, llevando en su cabeza la corona de hierro con el clavo de la Verdadera Cruz.

Bárbara refunfuñó entre llantos todo el día anterior: encontraba sus joyas demasiado pobres, no tenía nada para empeñar —dijo— para presentarse debidamente ante tantas mimadas damas italianas. De nuevo colaboró Gaspar Schlick, y mientras Segismundo resolvía graciosamente la cuestión de un título hacía tiempo en litigio, Bárbara pudo comprar las anheladas joyas de Florencia…

Al bajar de la carroza real, todo sucedió como en un cuento de hadas: las ceremonias que acompañaban la coronación longobarda eran frías, comparadas con aquel fluctuar de gente multicolor frente a la basílica en aquel día de santa Catalina, con un cielo terso sin la más ligera nube, dispuestos a la fiesta del 7 de diciembre día de san Ambrosio. Segismundo estaba situado ante la Columna del Diablo. (En el cuerpo de mármol de la antigua columna corintia, dos hondos agujeros, huellas de los cuernos del diablo cuando los clavó en la piedra con rabia y desesperación, porque no pudo seducir a Ambrosio para destruir la santidad de su vida.) Llegaron al enorme atrio que estaba ya rodeado por los alabarderos del príncipe para protegerle de la gente curiosa: en tiempos antiguos aquella era la sala de los catecúmenos que aguardaban para ser bautizados. Por todas partes junto a los muros, lápidas romanas antiguas. El que llegaba temprano se colocaba allí firmemente; la gente invitada ocupaba ya su sitio en la enorme y ya varias veces reconstruida basílica; en los bancos de los alrededores del santuario, los prelados, príncipes de la Iglesia de toda Lombardia; al lado derecho la magistratura municipal, pálida imitación de la *Cotnune* antigua y libre, pero

siempre dispuesta a recuperar los antiguos derechos de la República Urbana en cuanto quedara vacante el trono principesco.

Todo era color y esplendidez, el brillo del cielo relumbraba en las ventanas de cristal. Recuerdos de milenios: el púlpito se alza sobre un sarcófago romano; allí ha de pronunciar el arzobispo Capra el sermón de la coronación. Con la gran ceremonia, Milán enseñaba a Roma cómo era una verdadera coronación: la corona de hierro longobarda, la más valiosa de las reliquias, confería un poder casi sobrenatural a quien la llevara, aunque sólo fuera por una hora.

Bárbara resplandecía satisfecha: las damas que la ayudaron a vestirse de gala, trajeron como regalo perfumes y colorantes hechos en la corte. Segismundo contempló también asombrado —y ahora orgulloso— la belleza de Bárbara Cillei cuando, envuelta en una larga capa de brocado dorado seguía a su marido, a quien ya aguardaba el arzobispo, ante el famoso portal en que Ambrosio expulsó al emperador Teodosio, acusado de cruel y sanguinario.

Puede que fuera la primera vez desde el emperador Otón III, que un rey alemán y su esposa hablaran en italiano: Bárbara conquistó inmediatamente al pueblo de la capital lombarda, cuando salieron después de la ceremonia en la basílica, recorriendo en una carroza el camino hacia la plaza del Duomo y luego hasta el castillo. En todas partes las multitudes vitoreaban a la pareja real, apretujándose junto a su carruaje, entre una lluvia de flores de otoño. Segismundo pensaba en los obstáculos de las próximas semanas: ¡Cuánto le esperaba hasta llegar a Roma! Negociaciones, obstáculos, dificultades, acaso también peligros, justamente ahora que Filippo había pactado con los venecianos… El rostro, la imagen imperial barbuda se fue animando. Se quitaron los adornos de la solemne fiesta y los caballos caminaban lentamente ante el coche de honor. Al acercarse a la plaza del Duomo, bajo un cielo velado, Segismundo sentía que había dado un paso más hacia el anhelo de su vida. Los señores húngaros se unieron instintivamente tras la carroza, a la que seguía el coche del arzobispo. Segismundo vio cómo se erguía Hunyadi sobre su silla de montar, echando una mirada a la multitud, como quien otea el peligro. Había vivido en Milán sirviendo al príncipe; sabía que el rey podía necesitar sus mil húngaros montados…

No obstante, Visconti volvió uno de los días siguientes, y se disculpó por su enfermedad. Segismundo era un huésped con suficiente experiencia para reprocharle su tardanza. Al parecer, no se había hecho realidad la sospecha de Segismundo, de que a sus espaldas se reconciliara Milán con la Serenissima.

Al contrario: Visconti pasó los días forjando una alianza en que participarían el margrave de Monferrato, el príncipe de Saboya, Filippo Maria Visconti y el futuro emperador. Segismundo era en aquel momento sólo un elemento decorativo puesto que no tenía ejército que enviar a lo largo de la frontera de Friuli. Tampoco podía esperar que Hermann Cillei formara un ejército para ayudar a su yerno. Segismundo debía de prepararse fundamentalmente contra los husitas y los turcos. En Hungría aumentaba el descontento: a nadie le gustaba que su rey exprimiera de nuevo el dinero de las ciudades, comarcas y nobles húngaros, para poder cubrir los gastos de su paseo.

La alianza de «los cuatro» decidió iniciar la campaña militar a mediados del año próximo, después de que hubiera terminado la cosecha en la llanura del Po. Este plazo estaba todavía distante; hasta entonces debía Segismundo volver a Buda con la corona sobre su cabeza para apaciguar a los húngaros y proponerles nuevos sacrificios… ¿Para qué lucharían los de Transilvania, los de la llanura, los de la comarca Szabolcs, contra la república de San Marcos, cuando en su mayoría ni siquiera habían oído hablar de la ciudad de las lagunas? ¿Para qué? Ahora estaban reunidos los aliados en el palacio del príncipe: Segismundo seguía sin saber si saldría a la mañana siguiente; cómo y con qué dinero llegaría a Siena.

Como quien llega de cocinero mayor a la olla de brujas italiana, así fue metiéndose Segismundo, paso a paso, en la política de las tierras de Italia. Partió de Milán, y de las tradiciones principescas que allí se imponían, hacia la república de Toscana. Aquí era Florencia, la güelfa, la que representaba el libre principio del *Comune*. Aún seguía despejado el libre horizonte. Cada cancillería de Italia preguntó principalmente a su majestad romana por el número de su gente armada, a cuántos del séquito había que recibir. Si Segismundo hubiera llegado con un ejército (como antaño los emperadores Hohenstaufes) se hubieran unido contra él también sus clásicos enemigos: Nápoles, Milán, Venecia y Florencia para hacer frente en una liga única al emperador que irrumpía en Italia. Pero esto no preocupaba a ningún estado italiano, pues eran conocidos los problemas y pesadillas de su majestad: era necesario recibirle con agasajos, colmarle con copas de oro donde se instalara y procurar arrancarle todos los privilegios posibles (lo mismo si se trataba de un noble de la ciudad, que de un magistrado). No hacía falta ser un gibelino: el pergamino imperial valía por igual en todas las ciudades y principados de Italia.

La independencia de la península era total aún en la primera mitad del siglo XV. Al Norte la definía la relación entre Venecia y Milán; en Toscana la situación entre Florencia, Siena, Lucca y Pisa, con sus pequeñas conquistas y la vida de los puertos y del mar.

Durante los últimos sesenta años, cuando las tormentas del Cisma, pareció desmembrarse el Estado pontificio; las ciudades de la herencia de Pedro se separaron, Bolonia expulsó al legado papal y se autogobernó. La llegada de Segismundo atrajo a muchos nobles: multitud de aristócratas abordaron a la Signoria esperando al emperador, manantial de títulos, que puede pintar con una sola palabra los escudos con coronas de marqués, de conde y hasta de príncipe. Era un secreto a voces que había que dirigirse a Gaspar Schlick, al cordial señor joven de la cancillería, quien sabía el precio en ducados de oro, de todos esos nombramientos.

El rey se sentía en Italia en su verdadero elemento: después de los pesados príncipes imperiales, prelados y políticos germanos, negociaba ahora con cancilleres y prelados italianos mucho más flexibles, de lógica aguda. Aquellos señoreé viajeros de todo el mundo, eran maestros en las fórmulas políticas heredadas de sus antepasados romanos. Los contratos entre cortes italianas o repúblicas, pertenecían a las obras de arte de la diplomacia con sus juegos de eventualidades, trampas, pequeñas puertas de escape. Nadie tomaba nada demasiado en serio, el patriotismo llegaba sólo a la vista de las torres de la ciudad; no obstante, guardaban celosamente la substancia, el equilibrio, la armonía del «violín de cinco cuerdas» que aseguraba la relativa tranquilidad de Italia.

Segismundo tenía que aprender esos detalles día tras día.

En sus imperios gozaba fama de que ya desde los primeros años de su reinado, había aprendido la ciencia de la simulación. No obstante, en Italia se sentía más bien un principiante: observó la manera cómo los italianos luchaban entre sí, entre amenazas cariñosas, sonriendo alegremente, como señalando que, a pesar de todo «soy sobornable»… Nunca se podía saber si un noble, convertido ya casi en traidor, habría actuado por orden de su propio soberano o de un Consejo, poniéndose así el extraño traje de los perjuros italianos. Pensando en aquellas conferencias que mantuvo hacía sólo unos meses con Prokop Holy —en presencia del príncipe elector Federico, el príncipe bávaro y Hermann Cillei— en Iglau, le parecía a Segismundo que ahora vivía en otro planeta, mientras procuraba mantener el equilibrio del poder imperial, entre los poderes italianos.

Envió a Lorenzo Hédervári, su diplomático, que durante las negociaciones de Milán resultó ser eficaz, a visitar a los dos monarcas italianos —el príncipe de Saboya, Amadeo y el mar— grave de Monferrato. Como ellos también participaban en la maniobra de envolvimiento de Venecia, el primer paso consistía en establecer un bloqueo económico y comercial contra la república de San Marcos en tierra firme y en la relación continental; así cerrarían el camino a los géneros transportados por intervención de Venecia, hacia los países de Europa.

¿Habría tenido razón la Serenissima al quitarle la vida a su comandante en jefe, Carmagnola, porque, con toda seguridad, debió traicionar a la Signoria? La caída del poderoso *condottiero* manifestaba el nerviosismo de los prelados que renunciaron entonces al antiguo principio: «Durante la tempestad ¡no cambiemos de timonel!». El nuevo comandante en jefe veneciano, resultó ser un descendiente de los príncipes de la Península, Giovanni Francesco Gonzaga, de la dinastía de Mantua.

Cinco semanas de hospedaje milanés ya eran suficientes: Segismundo trasladó su residencia primero a Piacenza, después, a Parma. Esta ciudad había estado poco antes en poder de Filippo Maria Visconti, pero los de Parma, aunque por breve tiempo, recuperaron su libertad. Allí instaló Segismundo su cancillería, cuya labor más importante era preparar la coronación imperial, y el pacto con el papa.

Toda la diplomacia europea lloraba aún la pronta muerte del papa Martín. El pontífice Eugenio era un jefe de estado obstinado, de miras estrechas, siempre vigilando su dignidad y sus prejuicios; salido de un círculo ascético y monástico que no seguía el ritmo del mundo que le rodeaba. ¿Por qué habría querido ese pontífice de origen veneciano a Segismundo, que se movía desde hacía años en las aguas turbias de la política europea? ¿Por qué habría respetado al segundón de Carlos de Luxemburgo, que tras intrigas, luchas encarnizadas y fratricidas, pudo obtener distintas coronas, una tras otra, y atravesó los Alpes a sus sesenta y tres años para dejarse ceñir la diadema imperial anhelada durante toda su vida? Aquel era el único poder del que no se podía despojar al papa: sólo su mano podía coger el símbolo imperial, sólo él podía ungir a Segismundo como emperador. En todos los otros aspectos era demasiado frágil la situación del santo padre. Roma estaba inquieta, les Colonna odiaban al papa Eugenio, en la Curia —en círculos cardenalicios—, no tenía verdadera autoridad. Estaba enfrentado al Sínodo de Basilea que prolongó aún el término por un mes, durante el cual podía retirar el papa la bula de la disolución. Cuando aquel mes hubiera caído también en el reloj de

arena del destino, el Concilio proclamaría el destronamiento de Eugenio: ¡el Concilio estaba por encima del papa! Lo que podía pasar en tal caso, era mejor no pensarlo…

Pero el emperador sí tenía que pensar en ello, sintiendo con razón que era el único responsable de la armonía del mundo cristiano. Si no evitaba el nuevo Cisma, latente, y día a día más amenazador, ¿qué pasaría en el mundo? ¿Frente a los turcos, a los husitas, con la ortodoxia que separa en vez de unir?

Envió delegados de Parma a la Urbe: el tono de las cartas imperiales se hacía cada vez más amenazante. Pero al mismo tiempo, mandó aviso también a Basilea. Aconsejaba al cardenal Juliano y a los impacientes doctores que fueran más flexibles, que no endurecieran sus palabras, no amenazaran abiertamente al santo padre (a lo sumo solamente con la diplomacia de las fórmulas cordiales). Que no ofendieran a ese hombre, al parecer intransigente, y a quien había elevado al trono de los herederos de Pedro un propósito mayor, inconcebible a la mente humana… (¿Por qué habrían elegido justamente a ese testarudo cardenal veneciano?)

En Roma trabajaba todo un ejército, la escuadra de los prelados, en pro y en contra: si aconteciera el Cisma, ellos repartirían de nuevo capelos de purpurado, pues por firme indicación del sínodo, Eugenio hacía ya tiempo que no nombraba cardenales. Roma quedaría aislada de los demás países, pero seguiría siendo romana. Los que veían la salvación en la indivisibilidad de los pueblos de Cristo, estaban del lado del emperador. No se podía esperar más de la Reforma, había que rejuvenecer el organismo eclesiástico. No era aconsejable enredarse en luchas contra Basilea: Cesarini era un serio adversario, destronaría sin vacilar al papa a quien nadie compadecería.

El futuro emperador residía en Parma, en esa bonita y pequeña ciudad, ensombrecida por tantas manchas sangrientas en su reciente historia. Pasada ya la tiranía de Visconti, se habían liberado a la vez de Filippo María. Parma —por lo menos durante algún tiempo— sería libre. Partieron los jinetes de la cancillería hacia Buda, Basilea, Roma y alguna vez hacia Praga. Iban hacia el Imperio —así le parecía al rey alemán— olvidando ya la *Tregua Dei* pactada el año anterior. Todos vigilaban a sus vecinos en vez de organizar una nueva fuerza que frenara con su poder a los engreídos carreteros.

Las últimas y definitivas palabras proclamadas por el papa Eugenio IV fueron: como punto primero, *no retirar* la bula de disolución del Concilio de Basilea; segundo: estaba dispuesto a coronar emperador al rey; tercero: ponía la condición de que su majestad viniera con sólo un séquito sencillo y sin tropas militares a la Ciudad Eterna: Roma es pobre, sus alrededores, casi un

desierto, no se podía mantener más que a mil hombres, ni siquiera en la *campagna*. Cuarto: su santidad recibiría con el mayor cariño al rey, pero exigiendo que al cruzar las murallas de la Urbe jurara lealtad, según la tradición de los antiguos reyes. El papa estaba dispuesto a convidar a Segismundo y a su comitiva. Finalmente —y ésta sería la última concesión— el papa se prestaba a trasladar el Concilio de Basilea a Bolonia, con lo cual no haría falta disolverlo. Pero Bolonia pertenecía al patrimonio papal —*Patrimonio Petris*— y el santo padre se sentiría en su casa. Segismundo leyó el texto oficial: si tuviera por fin la corona en su cabeza, todo sería más fácil… El dilema imperial pesaba más que nada. No sería él el primer emperador cuyo puño caía sobre la mesa de la Curia…

Pero hasta ese momento ¡había tantas cosas! Tenía que decidir la querella de fronteras entre Lúea y Siena, escuchar a los doctores, a los delegados. Por mucho que se hubiera convertido en costumbre —Gaspar Schlick lo aconsejaba también— olvidarse en el presente caso del «*lucrum camarae*» (hacerse pagar por la sentencia): su primer fallo relativo al derecho de propiedad y de soberanía, de las tierras italianas. El solemne edicto que sería enviado a todas las cancillerías amigas, reforzaba la autoridad del futuro emperador. Así quedaba todo terminado —pensaba— pero entonces llegó a él la queja de los «magisters» del Concilio: los de Basilea no seguían las nobles tradiciones de Constanza, aumentaban semana a semana las rentas que los miembros del Sínodo ya no podían pagar. Que decidiera su majestad; al fin y al cabo el Concilio pertenecía a su supremo señorío feudal. Escribid al alcalde de Basilea: durante el curso del Sínodo, no se podía aumentar la renta por camas, alimento, hospedaje y cuadras.

Después sobrevino la visita a Mantua. Hacía cien años que Luis Gonzaga, como capitán del pueblo, se había adueñado de la ciudad y de la comarca formada en su entorno. Era natural que la familia de la Italia del Norte, que había dado señores a la ciudad, anhelara también algún título. Al viaje de su majestad precedían largas negociaciones. Segismundo anunció a los delegados de Francesco Gonzaga, que visitaría la ciudad de la ribera del Mincio, al llegar a Italia. Entonces, en Buda, todo aquello era un ligero juego de palabras reales… ¿Cómo hubiera podido pensar entonces que alguna vez habría de llegar a Mantua, ciudad que no tiene la menor importancia política? Pero ahora estaba en camino hacia ella y podía resultar ventajoso el cambio de vía, pues el papa Eugenio estaba afirmando su situación en Roma, y no había obstáculos para la solemne entrada. Por lo que se refiere a esta ceremonia, no se podía comparar con la llegada de los antiguos emperadores a

la *Urbs*. Los reyes germánicos llegaban con tropas, devastando las ciudades güelfas y los mercenarios germanos procreaban niños rubios. Segismundo, al dejar Parma, tenía ochocientos jinetes húngaros a los que el príncipe milanés añadió seiscientos arqueros lombardos a caballo. Los húngaros sabían que eran pocos, debían costearse la vida en la cara Italia con el sueldo que recibían del señor Gaspar —en su mayoría atrasado y recortado— muy pocas veces colmado; acaso cuando su majestad obtenía alguna suma mayor.

Los Gonzaga —en Italia del Norte— gozaban fama de ser unos cresos que escondían las cámaras del tesoro en la torre de la Regía… Sobre esas riquezas circulaban toda clase de leyendas en Lombardia. El *signore* Giovan Francesco, no regateaba con Gaspar Schlick: la gracia de su majestad decidiría cuánto aceptaba como regalo de su vasallo que reinaba sobre un feudo imperial. Gonzaga pensaba lo mismo que Visconti: que en Italia es más cómodo reconocer al emperador como señor feudal suyo, que al papa. Antes de Segismundo —hacía ya casi un siglo— había estado su padre, Carlos, al ser coronado en Roma. Desde entonces no alteró la paz de la Península ningún rey romano germánico. Por el contrario, el papa estaba siempre presente en Italia —cuando no había Cisma o cautiverio en Avignon. La Curia podía entrometerse en todo, allí donde el santo padre daba la investidura al dueño de la ciudad. Y en caso de extinguirse la rama legal de la familia reinante, el pontífice «retiraba» el dominio. Como con los Este, en Ferrara —que siempre debían inclinarse ante la Curia— siendo su provincia un feudo papal, el santo padre podía retirar en principio, su «encargo» al soberano.

La visita a Mantua fue muy italiana, llena de la alegría de vivir; el rey y el generoso *signore* pudieron entregarse a todos sus placeres. Bárbara, en cambio, se había quedado en Parma. Segismundo —así lo prometió— haría participar a su esposa de los regalos cuando volviera de Mantua, después de haber recibido de Gonzaga «la montaña de oro» que había dejado entrever. Así que estaban solos los dos, el anfitrión y Segismundo —que no le llevaba demasiados años— en el salón de gala de la antigua fortaleza, después del banquete. En la enorme mesa de roble estaba extendido, con un sello artísticamente cincelado, el documento por el que elevaba a los dueños de Mantua, los Gonzaga, a margraves de aquella bella comarca. El señor italiano, más prudente, se dejó escanciar el vino en una copa más pequeña, Segismundo alzó la enorme copa gótica para felicitar al primer *marchio* de Mantua. No obstante, decidieron publicar el nombramiento sólo después de la coronación. Terminada la reunión se formó una comitiva: una patrulla

precedida de alabarderos. Subieron a la luz de las antorchas a la torre del tesoro, por la escalera de caracol. Fue un minuto excepcional en la dinastía de los Gonzaga, cuando Francesco Giovanni II, sacó su llave secreta y abrió la doble puerta de hierro, que aislaba la cámara del tesoro del mundo exterior.

Pensó en Visegrád: apenas tenía doce años, cuando el rey Luis, a quien debió ya considerar como su padre por parte de María, le hizo subir al castillo superior, para mostrarle la corona de San Esteban y las alhajas; y sacando la otra llave abrió el cuarto secreto del castillo, la tesorería de los Anjou húngaros. Era entonces un niño precoz y huérfano, poseedor de muchos idiomas, príncipe imperial sin país, que vivía de la benevolencia de Luis el Grande, en la corte húngara. El rey no se había llevado consigo séquito alguno a la torre de Visegrád, los guardianes de la corona tenían que acompañar al rey, no había ninguna demostración ostentosa de los tesoros, como ahora en Mantua. Pero la tesorería de este *signore* a simple vista parecía más abundante que la del soberano del imperio «bañado por tres mares». Así pudo apreciarlo Segismundo, a quien martirizaba el hambre del oro, cuando le echó una única mirada.

Se amontonaban en enormes arcones —resplandecientes a la luz de las antorchas— cúmulos de brillantes ducados nuevos. Prosiguió un juego digno de monarcas: Francesco Giovanni, con sus manos de «*ilustrissimus*», volcó la tapa aherrojada del arcón. En la tapa se veía al león de Luxemburgo, con la corona imperial en su cabeza. En el rincón, más humildemente, el escudo de Mantua, plateado.

El margrave cerró el arcón, entregó la llave cayendo a media rodilla, a su dueño Segismundo. El rey levantó a Gonzaga, abrazándole. Se quitó luego una sortija de su dedo:

—Esta es nuestra prenda hasta que podamos otorgar el título de Alteza a vuestra excelencia, con la investidura de príncipe…

Debía pasar exactamente un siglo para que pudiera concretarse la promesa imperial, por gracia de Carlos V. ¿Pero dónde estuvo y quién guardó hasta entonces la sortija de oro de Segismundo?

35

FLORENCIA era una enemiga. Por eso el futuro emperador residía en la cercana Lucca. El papa le había prevenido que, en el caso de que la ciudad resistiera, mandase a su comandante para asaltarla. El magistrado de la pequeña ciudad-estado se presentó ante Segismundo y refiriéndose al duro mensaje de su santidad, rogó a su majestad romana que abandonara Lucca, cuanto antes, mejor. Que se fuera a Siena, una ciudad protegida con fuertes murallas, con mucha gente armada y más enemiga de Florencia, que Lucca. Además, le dieron un consejo: en un caso de urgencia, el rey podría escapar más fácilmente desde Siena hasta el mar, y en barco seguramente llegaría hasta Génova sin peligro.

Una partida de ajedrez a la italiana. Igual que en Buda, en Constanza, en Frankfurt, hasta en Praga también, despreciaban al «Piccolo Popolo», la plebe de Italia, que a los ojos de los alemanes había sido creada para servir a los teutones. En cambio, viviendo entre ella, se aprendía mucho de las complicaciones de la vida italiana. Es posible que no se tomaran nada en serio; al mismo tiempo, la muerte estaba invitada permanentemente en sus intrigas, en sus diferencias familiares. Era posible que los «condottieri» no lucharan entre sí con todas sus fuerzas, antes bien, siguiendo una estrategia muy italiana. Largas marchas, asaltos inesperados, con trampas y cambios bruscos; casi nunca combatían abiertamente y —cuando estaban obligados a hacerlo— se preocupaban sobre todo de no dañar demasiado el suelo italiano. Con ellos solían combatir los mercenarios; los generales de las brigadas italianas necesitaban siempre soldados profesionales.

Así pues, durante la noche, llegó a Siena el señor más poderoso del mundo cristiano. Los prelados grababan sobre las puertas de la ciudad: «Peregrino, Siena te abre las puertas de su corazón». La recepción igualó a la frase: la ciudad daba así un nuevo giro a la historia al ser partidaria del emperador y mirar a Florencia como su ancestral enemiga; y debieron realizar grandes esfuerzos para dar una cálida recepción al rey en su camino hacia Roma… Aunque el rey, en verdad, no tenía mucha prisa… En las ventanas

lucían velas encendidas y hasta en las iglesias resplandecían las luces, repicaban las campanas, las bellezas de la ciudad habían vestido sus mejores galas. En el Ayuntamiento —el «Palazzo Pubblico»— tuvo lugar la fiesta que duró hasta el amanecer.

Al parecer, el magistrado de la ciudad había aconsejado que la recepción que dieran al rey fuera tan fabulosa que consagrara con fama extraordinaria a la ciudad.

Y extrañamente, Segismundo, por primera vez, se sentía como en su casa: encuentro al alba montando en compañía de los capitanes de la ciudad o en el «Campo» —la plaza mayor— donde se celebraba anualmente el concurso hípico llamado el «Palio». Sus ojos gozaban insaciables con la mágica belleza de la plaza, con los palacios que la circundaban y las ojivas del «Palazzo»: todo empezaba a brillar a los primeros rayos del sol sobre las amarillas paredes de los edificios. Después, se hizo de día; cabalgaban junto a las ojivas que estaban sin terminar. Ya le habían contado la historia del Palio: se quiso edificar una iglesia que fuera la mayor de todas las iglesias italianas. Hacía justamente cien años que el arquitecto Giovanni di Agostino soñó con la nueva catedral y tuvo la idea de construirla apoyándola sobre el antiguo Duomo, pero todo el proyecto se redujo a un doloroso sueño, del que sólo quedaron las tres enormes ojivas.

Es posible que la inmensa construcción se hubiese interrumpido por la peste, el tremendo desastre de 1348. También pudo suceder que los nuevos arquitectos considerasen que la estabilidad del edificio pudiera resultar peligrosa; era mejor demoler una parte, para evitar que se derrumbara el total en una sola noche, con lo que sólo quedó un ejemplo de la grandeza y la decadencia, recostados en el Duomo, cubierto de mármol blanco y negro.

Entraron por las puertas de la catedral: pilares, techos, bancos y bosques de columnas. Bustos de papas, juegos de luces y Sombras, un recuerdo del Dante; los rayos del sol filtrándose a través de las ventanas góticas se reflejaban en los cuadros, compitiendo con las luces de los grandes cirios del templo.

Siguiendo el deseo de su majestad fueron a ver la nueva obra de Nicola Pisano, la «Fonte Gaia», el manantial de la ciudad: era el lugar donde en ocasión de los festivales, la juventud bailaba a su alrededor.

La Torre Mangía —el palacio del Ayuntamiento— parecía un largo dedo apuntando al cielo y contemplando desde hacía siglos, el paso de los tiempos.

A su majestad le instalaron la cancillería en los pisos del *Palazzo Pubblico*; allí estaban los casi recién pintados frescos murales de Simone

Martini.

En la sala grande donde recibía a los embajadores, estaban pintadas sobre enormes cartones las provincias de Italia. Así, se podían orientar fácilmente los sencillos representantes del «Popolo minuto», que no sabían mucho sobre geografía y tenían escaso conocimiento de los territorios de la República, con aquellas «Signorias» que cambiaban tantas veces. El secretario de Consejo era el encargado de cambiar los dibujos cuando llegaba noticia de alguna nueva paz, o de una tregua, o de lo contrario. Allí, Segismundo podía sentarse en un sillón del trono para recibir a los embajadores del santo padre. Al principio, llegaron como delegados del papa Eugenio unos prelados de rango inferior para iniciar los contactos entre el papa y el futuro emperador. Ni mencionaron el asedio ni amenazaron con nada, al contrario: el deber del monseñor diplomático sería servir de «cicerone» a su majestad en el camino de peregrinación desde Siena hasta la Ciudad Eterna.

Siena debía de ser una estación breve, a pesar de que le gustaba más que otras ciudades toscanas: quizá fuera el momento más tranquilo de su existencia. Le agradaban el paisaje, los bosques tranquilos, sus fuentes, sus torres y sus hombres. Había aprendido a hablar por deseo de su padre la lengua toscana con la música de las palabras del Dante. Y durante aquel año, el futuro emperador pareció convertirse en toscano, incluso en su manera de vestirse con brocados de colores y sin llevar el gorro de piel que figuraba en todos sus retratos. El rey, a pesar de que había resistido la tentación de teñirse el pelo y la barba, se vestía con un toque juvenil: su cara estaba tostada por el sol, sus ojos llenos de picardía cada vez que se encontraba con alguna belleza del lugar.

Quizá se llamara Lucrecia aquella mujercita de Siena que inmortalizó Eneas Silvio Piccolomini en su novela titulada «Lucrecia y Eurialos». Fue una dulce nube en la vida del emperador, juego de hombre antes de la gran despedida.

La república de Siena estaba dirigida por los mismos ciudadanos; a los nobles pertenecían sólo tres distritos. Ellos habían venido a vivir protegidos entre las murallas bien guardadas de la ciudad, durante las guerras. Sobre los escudos de aquellas puertas, los heráldicos habían pintado una corona de oro. El resto de la población consistía en familias burguesas, corporaciones gremiales, aldeanos y gran número de artesanos. Eran frecuentes entre ellos algunas guerrillas, luchas por el poder entre los del «popolo grasso» —pueblo rico— y los «popolo minuto» —pueblo pobre. Así vivían, bien defendidos bajo las alas de su propia República. Hacía tiempo —ya era difícil recordarlo

— que no entraba ningún conquistador extranjero en sus tierras. El mismo Segismundo tuvo que jurar que respetaría los privilegios de la ciudad, antes de poner el pie en esa tierra. Ya se habían habituado al espectáculo de ver al «señor f del mundo» cabalgando por la ciudad, ir a misa, prepararse para la cacería, asistir al baile del «podestá» o a uno de los palacios cuyo dueño daba una fiesta en su honor. No se necesitaba una invitación formal para que Segismundo acudiera de muy buena gana a la vida mundana de Siena: se dejaba festejar gustoso.

Su servidor Gaspar Schlick se sintió molesto cuando hubo de comunicarle que estaba invitado por alguien que no era de la nobleza ni miembro de los magistrados, sino un participante acomodado de los gremios, para rogarle que fuera el padrino en el bautizo de su nieto. Semejantes invitaciones hubieran sido imposibles en Hungría o en cualquier otra parte del Imperio: allí, el rango lo prohibía, pero en Siena, la igualdad existía desde siglos, todos vivían a la sombra de las fortalezas adornadas con el escudo de la loba.

El maestro en orfebrería no experimentaba ninguna timidez cuando, vestido con su ropa dominguera, penetraba en la cancillería para invitar al rey romano.

En Siena vivían rodeados de ciudades güelfas y entre provincias de «Signorias», fieles al papa; el gibelino de Siena mantenía con orgullo la corte real sin quejarse de los gastos ni por la duración del hospedaje. Todos sabían que existía una tirantez entre el papa Eugenio y el rey romano y que había un tráfico incesante entre sus caballeros y señores, y los nobles húngaros.

Todos sabían que esas disidencias acabarían un día y entonces su majestad iría formalmente desde su fiel Siena hasta la Ciudad Eterna. Pero hasta entonces, Segismundo habría de vivir su vida como los nobles de esa ciudad.

Gaspar Schlick aconsejó finalmente a su majestad que aceptara ser el padrino: rehusar estaría mal, ofendería a los ciudadanos, en cambio, si acudiera a la fiesta familiar todo el mundo hablaría de ello, elogiándole como un rey bíblico que visita a un pobre. Se preparó cuidadosamente el regalo del bautizo: lo que menos costaba fue el pergamino donde el rey romano titulaba «maestro eterno» del gremio al abuelo del bautizado. Schlick ya sabía que el «Messere» preparaba una copa de artesanía para el rey.

Fue aquella noche cuando Segismundo conoció a Lucrecia: la joven mujer era sobrina de «messer» Andrea. Su marido era un mercader de Siena, transportador de caravanas de especias, embarcado en una nave desde Pisa, rumbo al mar. Lucrecia era una belleza que ensalzaban los trovadores en sus canciones y madrigales: era una rubia de ojos azul verdoso y sonrisa dulce,

hija de Etruria, su rostro era digno de tallarse en mármol. Los ojos de Segismundo —sólo al entrar en la casa— se posaron sobre Lucrecia. A ella, y a primera vista, le atrajo su porte varonil.

El amo de la casa brindó, con una valiosa copa, por el chiquillo que fue bautizado con el nombre de Segismundo: seguramente era el único en Siena que llevaría el nombre de aquel santo lejano. No era ningún secreto para Schlick que cuando se fueran, la copa de gran valor sería aún más pesada, no como cuando sólo estaba llena de vino…

Pero a Segismundo no le interesaba ni la copa llena de ducados, ni el rito del bautizo, ni las comidas servidas con el arte excepcional de Siena: sus ojos reposaban sobre Lucrecia. Los que le conocían, leyeron los cambios en el rostro de su majestad. Segismundo estaba solo en Siena, Bárbara no había querido seguirle a una ciudad sólo burguesa; ni hubiera encontrado una casa digna para hospedarla, de acuerdo con su nobleza. Así que el rey se vistió de terciopelo rojo oscuro, se esforzó en andar erguido —los que le conocían bien sabían que andaba más encorvado que en sus años jóvenes. Según los cálculos, el rey estaba más cerca de los setenta, que de los sesenta años…

Pero ahora, de pronto, se encendió la llama. Los que estaban cerca de él vivían uno de los tiempos más alegres de su buen humor: hechizaba a las damas de Siena, como a los maestros, gremios, capitanes, jueces y todos aquellos a quienes «messer» Andrea había recibido. Y todas las gracias, movimientos, sonrisas, iban dirigidos a una sola persona: Lucrecia. Estaba tan seductora durante la fiesta, que muchos otros habían puesto ya sus ojos en ella. La hermosa mujer, que no hacía mucho caso de la ley «contra luxuriam» —la ley que indica la ropa que una mujer debe llevar— se había puesto un vestido de brocado de oro, un manto de las damas de la nobleza; cofia de perlas y encaje, guantes, cadena con piedras preciosas, brazalete y sortijas. Vivía en la calle de Santa Catalina en una cómoda casa de la burguesía. Los curas de la iglesia de Santo Domingo conocían bien su caridad.

Entre la afluencia de invitados y al margen de las ceremonias, apenas pudo expresar unas palabras patriarcales a Lucrecia; pero abundaba en sonrisas y miradas. Cuando su majestad romana se levantó de la mesa, disponiéndose a salir, Gaspar Schlick ya sabía todo sobre la dama: estaba enterado de la hora en que se encontraría sola para recibir la visita de su majestad. Y el destino les proporcionó ese encuentro, pues sin el bautizo del nieto de «messer» Andrea, probablemente nunca se hubieran conocido.

Según su costumbre, Segismundo durmió la siesta después de la comida de mediodía. Se levantaba solamente por la tarde, reposado y listo para el

segundo turno del día.

Aquel día el rey se cambió el ropaje, saliendo por la puerta lateral del palacio. Era primavera temprana; tomó un coche, que era sencillo como el de un mercader que se dirige a su negocio. No llevaba armas, sólo un puñal. Al llegar a la casa, la puerta se abrió para dejar pasar el coche y el visitante bajo las bóvedas. Después, los pies sobre una alfombra roja.

Bárbara fue llamada a la cercana San Geminiano por una parienta lejana de los Cillei; Segismundo vaciló bastante tiempo antes de decidirse a dar el permiso a la futura emperatriz —además del suficiente dinero— para que hiciera su visita de un modo digno en aquella pequeña ciudad encerrada en sus murallas. Desde un balcón de esa ciudad, desde el refugio de sus torres, había relatado el Dante cuanto pudo observar sobre los acontecimientos de la lucha entre el emperador y el papa.

Al final de la noche, Segismundo dio su consentimiento a la Domina Regina, así que Bárbara, al siguiente día emprendió el viaje con un cortejo adecuado para visitar a sus familiares toscanos. Sería una visita bien vista: San Geminiano era el nido de águilas de las grandes familias.

Mientras tanto, el rey visitaba diariamente la casa de la calle Santa Catalina, siempre en las horas de la tarde y por la puerta trasera. ¿Quién lo sabía y quién no? Probablemente no era un secreto para ningún clérigo de Siena… Hubo un poeta y viajante al que se menciona como Eneas Silvio Piccolomini, que llegó a Siena desde Alemania, cuando los entendidos ya conocían el idilio de Lucrecia; no fue difícil para Eneas escuchar y perfilar los detalles.

«Lucrecia y Eurialos» era una novela extraña. A pesar de que sólo mucho más tarde se divulgaría en las cortes europeas la aventura toscana, todos los lectores sabían de qué se trataba: de una pasión real que embelleció la declinante edad de su majestad, cuando se preparaba para ser coronado.

Gaspar Schlick sabía que era mucho más prudente no entrometerse en los amores de su rey —antes bien, le convenía mantener blando su corazón para tratar las cuestiones políticas— «in politicis»… Hizo pues lo posible para eliminar los obstáculos del camino de la imprevista aventura: precauciones, como por ejemplo, enviar guardias vestidos como campesinos de Siena a la entrada de la casa. En el cruce del camino hizo que le vigilaran, para evitar que algo imprevisto pudiera ocurrir (por ejemplo, la visita de algún familiar, sin hablar de la llegada del marido).

Las horas de las citas eran cuidadosamente vigiladas. Lucrecia procuraba convertirlas en verdaderas horas de apasionado amor italiano. Era una mujer

agradable, lozana, dúctil, buena ama de casa, y además, sabía contar historias interesantes a su amante.

El rey era feliz en aquella casa burguesa, sin las eternas reverencias y etiquetas. Lucrecia había crecido en la República, donde la burguesía gobernaba; los «riformatori» habían pasado casi dos siglos desde la infortunada batalla de Montapert, donde perecieron más de diez mil güelfos de Florencia. La bandera capturada fue profanada a conciencia, atándola a la cola de un burro que recorrió las calles de Siena. Desde entonces, muy poco habían mejorado las relaciones con Florencia. Lucrecia creció en un mundo en constante disposición para una guerra que habría que batir con Florencia; tenía una femenina conciencia patriótica, como aquella hija de Benicasa que pronto iban a canonizar —santa Catalina de Siena— recuerdo ejemplar para las hijas de Siena, desde que los sieneses ganaron aquel intento de los Visconti para la expansión de Lombardía. La actual generación llevaba una vida alegre plena de fiestas, elecciones libres, canonizaciones festivas: esa república se diferenciaba bastante de las ciudades libres alemanas, donde todo mantenía el tono severo de vida de las generaciones anteriores.

Lucrecia preparaba la jarra de vino, dulces recubiertos de miel, tocaba la guitarra entonando unas canciones pastorales con voz cálida, y también madrigales, entre ellos «La fresca rosa», canción escrita sobre el poema de Petrarca: el amante real estaba encantado. Lucrecia se comportaba como una verdadera dama y no como la simple amante esclava de un gran señor. Y el hombre tuvo el presentimiento de que los días de sus felicidades amorosas ya estaban contados para él; jamás sería ya el de antes con su insaciable masculinidad… Después del beso, reposar para olvidarse del mundo que pronto empezaría a bullir, en cuanto se sentara en su sillón del trono, prestado por la sala del Consejo. Según las reglas del juego amoroso, no se limitó a divertirse con Donna Lucrecia, sino que le confió sus penas, pidió sus consejos. También le hablaba de sus dolores de lumbago o de estómago, que a veces ardía con los vinos demasiado dulces de Toscana.

Lucrecia, con el privilegio de una amante que lleva corona, preguntaba si ya había visitado los frescos de Simone Martini, del Ayuntamiento. Era culta, quiso interesarle para que conociera los tesoros de Siena; le indicaba pinturas e iglesias que debía visitar, le entretenía con su idioma incomparable y dulce. Segismundo constató que en ningún sitio se hablaba un italiano tan bello como en Siena, y estaba aprendiendo mucho, tanto, que los señores del Consejo escuchaban con alegría los progresos idiomáticos del rey alemán. Incluso sonreían entre sí, no había secretos para los viejos de Siena… Los

agentes de la Signoria veneciana pagaban buenas sumas al portero y a la servidumbre por cada detalle de la aventura.

El rey había recibido una invitación de la Comuna de Siena para honrar la fiesta ciudadana del Palio. Era para recordar a Montapert en 1260, cuando los sieneses, en el mes de septiembre, llamaron a Assimta, la patrona de la ciudad, para que les ayudara en su lucha. Para conmemorar el triunfo, cada año y a finales de agosto, se organizaba un desfile en la gran plaza del Campo y después unas carreras hípicas para honra de la «Madonna». Cada distrito de la ciudad —había diecisiete— llevaba el nombre de un animal, con sus colores y banderas propias. En el Palio y en muchas ocasiones, estallaban luchas, palizas entre la juventud y los expertos en caballos. Los tres distritos nobles llevaban los nombres de Aguila, Gusano y Oca. Eran los nobles que venían desde sus palacios, donde vivían sus existencias cerradas, aristócratas alejados hacía más de cien años del gobierno ciudadano. Segismundo supo que «Aguila» era el emblema del ave con las dos cabezas del emperador, el guardián de las tradiciones gibelinas: pero faltaba el emblema de la corona…

Lucrecia había vivido en el distrito que llevaba el emblema de la Tortuga y se había vestido con los colores de su bandera —amarillo y turquesa, con listas rojas— para honrar al invitado. En la plaza grande se levantó la tribuna con el palco de honor; claro que toda esa pompa, no era comparable, como tampoco la residencia real de Siena, a las enormes proporciones del palacio de Buda, o del Hradschin de Praga. Aquí en el Palazzo, tenían unas salas abovedadas, con pinturas y muebles tallados. El paisaje que contemplaba desde el balcón de la plaza Mayor le permitía ver casi toda la ciudad; pero con el festejo todo parecía más grande. Hacía ya días que escuchaba el ruido de los carpinteros, los cantos cuando formaban coros para descansar del trabajo y a veces reía de sus chistes… Trabajaban a la «nobile officium» —es decir gratis— preparándolo todo para la fiesta. Iban bien vestidos, incluso en sus ropas de trabajo —era evidente el bienestar y la alegría de los ciudadanos, diferentes a los que veía cabalgando como rey en las aldeas húngaras, encontrándose en el camino con aldeanos andrajosos y encorvados de fatiga, andando descalzos a su trabajo o en sus desvencijadas carretas, para servir a sus amos.

Y allí, la alegría. El vino pasaba de mano en mano entre los obreros; habían construido toda una pista, con sus líneas para la carrera de caballos.

El Consejo pidió al soberano que entregara el premio del Palio al vencedor: la bandera, que después iban a colocar en la iglesia. Todo estaba ya planeado: los miembros del Consejo explicaban desde días la ceremonia de la

fiesta, con tanto entusiasmo como si el futuro de Siena dependiera de ella. Tres días antes de las fiestas del Palio, nadie trabajaba ni acudía a los talleres. Hacía ya días que se entrenaban en secreto, atisbando además para adivinar cuál de los caballos tenía más probabilidades de ganar.

El santo padre Eugenio resultó ser un enemigo obstinado: al leer su carta, Segismundo sintió respeto por la persistencia en sus ideas, pero maldecía la tozudez del papa. Casi diariamente mandaba sus mensajes a Roma, en los que le trataba de «mal informado por la Santa Sede» o apelaba al «mejor informado Pontífice»… Siena no se encontraba lejos de la Ciudad Eterna, los caminos eran seguros, el rápido estafeta podía ir y venir dos veces por semana. En los últimos días, Eugenio parecía haberse ablandado: según sus cartas ya no trataba de herejes a los congresistas de Basilea, ni contemplaba con el odio de antes al cardenal Cesarini, el jefe de los «resistentes» del Sínodo. El ruido de los martillazos le producía al rey dolor de cabeza pero no quiso interrumpir el trabajo de la ciudad: bebía en exceso del dorado vino y medio mareado comenzó a dictar sus cartas a las notabilidades italianas. Italia era como un tablero de ajedrez: tantos señores, duques, magistrados, castillos con privilegios, desvaneciéndose poco a poco del mundo de los recuerdos de Güelfos o Gibelinos… ¿Quién estaba con quién? ¿De quién estaba celoso? ¿Adónde le llevaba su camino? ¿Apoyarían al papa o al futuro emperador? Tuvo que aprender muchas cosas durante su estancia en Italia. Y las aprendió, sobre todo, de sus maestros de Siena.

Probablemente los obreros se habían ido a almorzar, porque el ruido había cesado. Abrió la puerta del balcón; el sol invadía la habitación todavía húmeda. Segismundo pensaba melancólicamente que, si tuviese veinte años menos, tomaría parte personalmente en la carrera de caballos.

Con la ayuda de Schlick buscó un regalo para el ganador: una copa… El futuro canciller, conociendo a su señor, adivinó que buscaba al mismo tiempo entre sus tesoros, un regalo de mujer, quizá alguna joya para la dulce Lucrecia. Ella, sin duda, hubiera sido siempre honrada, virtuosa; pero es que un rey era otra cosa. Así pues, se trataba de un brazalete o una sortija, tan valiosa que el marido, a su regreso, pudiera estar agradecido a la república de Siena.

El rey se había ido disfrazado y ocultando su rango al distrito de la Jirafa, siguiendo el consejo de los ciudadanos que habían tomado cariño a ese rey que hablaba tan perfectamente su lengua. Juan Hunyadi formaba parte de la escolta de Segismundo cuando atravesaba la calle de Santa Catalina en

dirección a la Vía delle Vergini. La jirafa como animal heráldico era fantástico; nadie lo había visto nunca, sólo algunos escritores antiguos hablaban de un animal de cuello largo, que vivía en África y que Nerón una vez presentó en un espectáculo de circo, pero después de Nerón nadie había vuelto a ver un ejemplar de esa especie. Lo dibujaban siguiendo su imaginación, tallaban candelabros con su forma y con esos candelabros encendían velas en todas las ventanas del distrito de la Jirafa. Del mismo modo todos los otros distritos construían candelabros con la forma de los animales de sus escudos: los había de metal, de alfarería o de madera y cuando comenzaba a oscurecer, las gentes iban con sus velas en las manos hacia la iglesia, con los movimientos de una serpiente de fuego.

La juventud, los miembros de la brigada «Spendereccia», empezaban sus juegos del anochecer y de la media noche. ¡Pero nada de escándalos! De eso ya se preocupaba el Consejo… Los arcos de la iglesia se iluminaban con antorchas: se podían ver los capiteles de las columnas engalanadas de luces que iluminaban en lo alto a los monstruos, caras humanas, santos, coronas. En la entrada de la iglesia ya estaban esperando con sus hábitos de gala los eclesiásticos del distrito, monjes y monjas. Música y ruidos callejeros: los cascos de los caballos retumbaban sobre las piedras de la calzada. Se había asegurado al rey el mejor sitio para poder contemplar toda la ceremonia. La delegación que llegaba era llamada «la comparsa» y la mayor parte la integraban mozos. Unos caballeros vestidos con armaduras que cubrían hasta sus caballos iban delante con las espadas en la mano: para esta ocasión los militares de la ciudad prestaban sus caballerías.

En el centro iba un caballero sin armadura, sobre un caballo ligero sin silla de montar, cabalgando sólo sobre una manta con escudo: al día siguiente sería su turno, para entrar en la competición con su caballo de carrera. El jinete desmontó de su caballo en la puerta de la iglesia tranquilizando al animal, nervioso por la multitud. El párroco se acercó a ambos con el agua bendita y aspergó la frente del caballo, lo que el animal aguantó bastante bien. Los curas penetraron en la iglesia, también entraron al caballo, que debió subir los escalones con alguna dificultad, pero lo consiguió, y una vez en el interior, le llevaron entre gritos al centro de la nave. El animal se puso nervioso entre luces y gente: todo el mundo hacía apuestas, esperando que el caballo se olvidara de lo sagrado del lugar y regara el piso de mármol: ésta hubiera sido la señal de la victoria —una señal ancestral, «augurium»—, y podría atemorizar a los otros competidores. Pero no, el cuadrúpedo no hizo caso del augurio, se quedó quieto e indiferente, de vez en cuando golpeaba el

piso con una de sus patas, acostumbrado al ruido. De pronto, entraron en el templo seis mozos con exclamaciones, ostentando unas banderas con los colores de la contienda. Al llegar al centro, empezaron a gritar sin articular palabras, con las voces de las ancestrales «lupercalias». El ambiente era denso por los olores de los incensarios; los mozos tiraban hacia lo alto sus banderas que recogían en el aire, el juego iba provocando cierta embriaguez, crecían los gritos, los chillidos y el frenético ruido. Segismundo y sus acompañantes húngaros contemplaban desde la balaustrada el juego. Era como si presenciasen un extraño hechizo, como si el tiempo hubiera retrocedido miles de años, a la tierra de los etruscos: un rito pagano en una iglesia cristiana.

—¡Evohé, evohé! —gritaban los jóvenes de Siena. También las chicas, rubias y morenas.

Nicolás Garai, el palatino y cuñado de Segismundo, le acompañaba desde hacía años en sus viajes. Cambiaron una mirada entre sí sonrientes, gozando de la maravillosa fiesta.

En la fiesta del «Palio» nadie trabajaba, la mayoría de la gente se levantaba tarde, se vaciaban las jarras de vino desde la noche anterior. Por la mañana ya estaban vestidos con las ropas bien guardadas para la fiesta, y por la tarde se engalanaban más aún; las mujeres se acomodaban en los palcos, mientras los pobres buscaban sitio de pie, en la gran plaza de Conca.

Nicolás Garai (en las crónicas italianas se le mencionaba como Nicola, conde húngaro), había llegado el día anterior al «Palio» desde Roma donde se había encontrado con el papa Eugenio, además de los prelados de la Curia y la intervención de los cardenales lateranos. Garai era un embajador realista que sabía, ante todo, que para el bienestar de Hungría era esencial recibir el apoyo de los pueblos cristianos. Su nación sabía mucho más de los turcos que ninguna otra nación de Occidente. Los húngaros no describían nunca a los turcos como una especie de hijos del diablo, tampoco les comparaban con las tropas destructoras de Gengis Khan: chocaban con un pueblo de gran potencia, que combatía en nombre de un profeta.

Garai debía de actuar según su lógica real, su punto de vista húngaro, haciendo lo posible por impedir al papa su nuevo intento de Cisma eclesiástico. Europa no podía permitirse caer en una nueva lucha entre cismáticos y el mundo de la Curia. En ese caso sería inútil convocar una alianza contra los turcos: tampoco se podría llegar a una reunificación con la iglesia oriental, que desde hacía siglos era la aspiración de Europa.

El santo padre y sus cardenales hablaron por la noche con Garai hasta muy tarde. Al final, el ascético papa se dejó convencer por el cuadro

apocalíptico que el diplomático húngaro le dibujaba. El imperio de Segismundo resultaba demasiado grande en proporción a sus esfuerzos. La madre patria tenía pocos habitantes para poder alimentar todos los sacrificios. Hungría se había quedado sin territorios para su defensa. La única barricada natural que quedaba entre el turco y la Europa cristiana era el Danubio. ¿Qué quedaría de la ayuda europea, en caso de un nuevo Cisma?

—¡Santo padre, Cesarini cede! ¡También los doctores! ¡Han resuelto, sin miedo, que el Concilio está por encima del poder pontificio!

—¿Qué hace tu señor, a quien estoy esperando para su coronación?

—Mi señor podría tocar con cada uno de sus dedos una corona, santo padre, podría pronunciarse emperador en el momento que quisiera, le coronarían los príncipes eclesiásticos alemanes. Pero mi señor me ha enviado con la declaración de que en el caso de que su santidad rompa definitivamente con el Concilio, su majestad no vendrá a Roma. Es él quien no desea ser coronado, y aunque pueda ser emperador sin tu ayuda, se limitará a seguir siendo un rey alemán, eso depende de la voluntad de Segismundo. Pero tú, Señor, perderías a todos los que te sostienen entre los príncipes del mundo. ¿Con quién contarás? ¿Con los ingleses, los franceses o los napolitanos? ¿Quizá con Visconti? No puede mantener ni una sola de tus columnas para apoyarte en la Urbe en el caso de que Segismundo te abandonara. Y no olvides que su majestad romana está esperando, hace casi un año, en Siena.

—Es un hombre mayor, tiene casi quince años más que yo y según las noticias que llegan de Toscana, todavía se entrega a la lujuria, cometiendo pecado mortal… ¿Cómo vamos a tener compasión de tu señor, cuando está divirtiéndose bajo el cielo italiano? ¿En una ciudad donde está demasiado bien servido?

—En el caso de que su majestad regresara a su patria, tienes que saber, santo padre, que entonces se abriría un abismo tan grande, que en él se hundirían las columnas de la cristiandad. En todos los lugares donde el príncipe de los paganos gobierne, sabrán quién tuvo la culpa. En Basilea, en Roma, en Bizancio, en Adrianópolis. No creo, santo padre, que necesites más advertencia bíblica que la que está dibujada en el muro lateranense…

Eugenio IV se puso de pie: los cardenales se sorprendieron al ver que se iba sin más palabras hacia la capilla, para arrodillarse y reclinar la cabeza entre sus manos. Nadie hablaba, nadie se movió, a pesar de la campana que anunciaba el Angelus: el silencio duró unos minutos, hasta que el pontífice se puso de pie y se volvió. Era más joven que Segismundo: sin embargo, su cara

estaba arrugada, sus espaldas encorvadas. Habló en voz baja; su tono era mucho más suave qué antes:

—He recurrido al Espíritu Santo; nuestra mente ha sobrevolado al infinito para escoger lo que está a nuestro cuidado en el universo entero. Habrá que defender lo que consideramos como la verdad de Cristo en sus raíces, habrá que mirar, observar los oscuros peligros que se acercan al mundo cristiano. Vuelve a él, no como enemigo nuestro, sino como querido hijo nuestro. Has luchado por lo que el Señor ha considerado verdadero: hemos decidido no dejar partir en dos a la cristiandad, ya es bastante penoso lo que ha ocurrido en Oriente en un sentido cismático, y en el Norte con los husitas. Nuestro mensaje a tu señor es el siguiente: Nos, deseamos coronar al emperador dentro de unas semanas. Nos, heredero de Pedro, nos inclinamos ante el necesario rey. Rogamos a tu señor, como maestro en los pactos, que inicie sus Consejos con el Sínoda de Basilea. El santo padre renunciará a la disolución del Concilio y nunca más amenazaremos con la excomunión. En caso de que los padres trabajaran por el bien de la cristiandad, nosotros mismos estamos dispuestos a ayudarlos en sus tareas. Con el cuerpo dolorido bajo nuestra enfermedad, estamos dispuestos a acudir a Basilea. Deseo ver a tu señor e iré delante para recibirle, hasta Viterbo. Allí le veré y recibiré —en la tierra heredada de Pedro— como el emperador de la cristiandad. Hijo mío, vete rápidamente: llevarás cinco mil ducados a tu señor…

Hoy no había ido a ver a Lucrecia: el «palio» era el pretexto. Las calles estaban llenas, a pesar de que era la hora de la siesta: hacía mucho calor en agosto.

Mientras sus chambelanes buscaban entre sus trajes de gala la ropa adecuada para la ocasión, Segismundo escuchaba al recién llegado Garai. Tampoco Garai seguía siendo joven; era alto pero no tanto como el rey, su cuerpo era musculoso, típicamente húngaro. Viajando desde Roma hasta Siena, había tenido tiempo de clarificar sus pensamientos.

Lo que contó el palatino hizo remover fuertemente las aguas: Cesarini había dicho que el rey era capaz de disolver las montañas de hielo, capaz de crear la paz entre las duras disputas del pueblo cristiano; y si no, los padres estaban dispuestos a hacer renunciar al papa Eugenio, como hicieron con Gregorio, con Juan y con Benedicto. Bien grabado estaba en sus memorias aquellos destronamientos papales: muchos de ellos habían compartido esos hechos. En caso de que el mensaje de Segismundo dijera: «no he podido girar el timón de la nave de Cristo», ésta sería la señal para los de Basilea.

Entonces tendría lugar la «deposessio» —le quitarían el símbolo de la triple corona.

Los padres aguardaban en Basilea las noticias de Siena. Segismundo, antes del comienzo del «Palio», no tomó casi bocado ni tocó la copa, el calor de agosto se filtraba por las ventanas de plomo y vidrio. El futuro emperador se quitó la ropa y quedó sentado en su sillón en bragas y camisa, dictando en latín, aunque sabía que los gramáticos de la cancillería iban a corregir su texto, el «consecutio temporum» y otras faltas de ortografía. Dictó hasta que sonaron las campanas de Siena: tenía que presenciar las fiestas… ¿Sería posible ver a Lucrecia? Después del Palio, la comida; luego, visitar la iglesia del distrito vencedor. ¿Habría tiempo de visitar a Lucrecia?

Ante todo, tres delegados partirían a toda prisa hacia Basilea, París y Buda, amén, amén. No había Cisma y pronto repicarían las campanas en la Ciudad Eterna para la coronación imperial.

Segismundo contemplaba desde el balcón del Ayuntamiento el gran desfile; tras él estaba sentado el notario, explicándole el significado de cada movimiento. En el desfile figuraban jinetes con armaduras, pajes, eclesiásticos llevando reliquias, maestros de los gremios, nobles armados, guardias y mercenarios. Escudos con el águila, animales marinos, pantera, árbol, unicornio con colores blanco y amarillo y líneas azules, el cochinillo de mar, el gusano con corona, la jirafa, el dragón y otros más. Cada delegación de los distritos se componía de cien hombres, cada caballo concursante era llevado de las bridas por su jinete. Cada distrito procuraba ser más espectacular, para recibir más aplausos.

«Nescit regnare qui nescit dissimulare» —quien no sabe disimular, no sabe reinar. Y Segismundo conocía ese arte a la perfección, sus acompañantes le admiraban por eso: horas y horas trabajaba en los difíciles asuntos europeos, las ojeras en su rostro delataban su cansancio, estaba realmente agotado, pero le bastaba con sólo media hora de reposo, para poder abandonarse a las manos del barbero, para vestirse, ponerse las joyas, las armas y la capa.

Ya se había reunido con los señores del Consejo, recibiendo al capitán y aceptando ser el patrono del Palio de Siena, por aquel año. Los guardias en las torres vigilaban el horizonte —ya hubo el precedente de que algunos emigrantes venidos de Florencia, quisieron armar peleas. Eneas Silvio Piccolomini se había vestido de gala, estaba en su elemento: era un hombre alegre, de bellas palabras. Segismundo le estimaba, sus conocimientos le eran muy útiles: en el momento en que el rey entraba en el salón, los cortesanos

quedaron perplejos al verle tan rejuvenecido, sin delatar la menor fatiga, la barba bien recortada. Todos le elogiaban cuando salió al balcón, donde le esperaba el tallado sillón del trono.

Abajo, la colorida muchedumbre parecía un hormiguero: el Palio resultaba ser siempre un espectáculo grandioso, sobre todo, la carrera.

Desde el palacio del obispo las trompetas anunciaban que el desfile había partido hacia el «Campo». En el Duomo colgaban las banderas de todas las *contrade* y allí esperaba al vencedor la nueva bandera bordada. Todas las ventanas alrededor del «Campo» estaban abarrotadas de curiosos, como si Italia entera se hubiera dado cita aquella tarde en Siena.

Desde la Via del Casato llegaban andando los guardias de la ciudad, en coraza y con enormes cachiporras en las manos Después, montando en su caballo negro, el segundo capitán de la ciudad, con la bandera blanca y negra de Siena; luego, dos docenas de trompetas. Al oír la música, la gente calló en la plaza: con paso solemne llegaron los superiores de Siena, capitanes, «podestás» y vicarios.

Luego, seguían los mozos, los «fauti», vestidos con los colores de la «contrada» y los jinetes ya montados en sus caballos. Detrás, el desfile de doce pajes llevando una enorme corona trenzada de hojas de laurel. Todos en el desfile tributaban un homenaje a su majestad. Ya estaba la nobleza toda de la república, todos de pie; solamente el «capitano di giustizia» —el señor de las sentencias— llegó cabalgando entre sus guardias y sus tres verdugos encapuchados. Sobre las adornadas yuntas de a cuatro bueyes, trajeron el Palio desde el Duomo y la campanilla: la «martinella». Otra vez sonaron las trompetas y con los arqueros del *comune* finalizó el desfile.

Se condujeron los caballos de la carrera al patio grande del palacio y después de un sorteo, salieron montados por sus jinetes para ocupar los sitios señalados. La carrera consistía en rodear tres veces la elipse del «Campo» de izquierda a derecha: las vueltas eran peligrosas, aunque se habían puesto grandes trapos en los sitios que pudieran provocar caídas o resbalones de los animales.

Para indicar el comienzo, Segismundo levantó majestuosamente el cetro real: con el retumbar de un gran cañonazo los caballos se asustaron a pesar de estar enseñados y la carrera comenzó: las fustas que los jinetes llevaban servían más bien para distanciar los caballos más cercanos en el caso de que se aproximaran demasiado y así recorrieron tres veces todo el «Campo». Los espectadores gritaban los nombres de sus animales simbólicos, para animarles.

Al final la Jirafa llegó primero: era el caballo de la gente pobre, del «piccolo popolo». El caballo había sido ofrecido por el mecenas de la «contrada» y con su excelente jinete se había asegurado el éxito para su distrito, en aquel año 1432 del Señor. El éxito era casi apocalíptico: gritos, tacos, peleas entre los perdedores, hasta que las trompetas anunciaron el triunfo del nunca visto animal, del emblema de la Jirafa. Al anochecer encendieron las velas en todas las ventanas.

Se abrieron las dos alas de la puerta de la iglesia del distrito de la «contrada» para que todos entraran, había barriles de vino en el jardín de la iglesia, además de abundantes bocados. La gente bebía con los monjes; amigos y enemigos se emborrachaban juntos; después, al entrar en la iglesia, contemplaron las polvorientas banderas de los Palios anteriores, cada una con el año de su victoria. La Jirafa no había ganado la competición desde hacía 36 años y los curas celebraron también una ceremonia, para agregar en la nave la nueva bandera de la victoria.

36

EL REY y el papa tenían que llegar al mismo tiempo a Viterbo. El pequeño suburbio, tan cercano a Roma, estaba edificado con solemnes piedras, en su mayoría, rojas. Parecía un puño de acero en la mano de la Iglesia. El castillo, rodeado de iglesias, callejones, plazuelas, torres. La catedral de Viterbo siempre fue plazuela fiel a los papas, en caso de necesitar descanso o refugio.

El palacio papal de Viterbo era una obra de arte: un siglo y medio antes había sido construido según el solemne estilo arquitectónico de aquellos tiempos. Sus «loggie» enriquecían la vista —se veía desde allí todo el primaveral valle. La gran sala del palacio guardaba el recuerdo de históricos encuentros. El cortejo de Segismundo estaba compuesto de unos seiscientos jinetes húngaros y ochocientos soldados de infantería, estos últimos provenientes de las diferentes regiones de su Imperio y de Italia.

El rey había llegado la noche antes a Viterbo, pero anteriormente se había detenido en Montefiasco para hacer noche. Schlick había adelantado el salario de diez días, por lo que los soldados iban alegres y con primaveral espíritu hacia Viterbo, última estación antes de llegar a Roma.

El papa y el futuro emperador ya se conocían: el santo padre tenía cincuenta años y era sobrino de Gregorio XII. Su pasado no se parecía al de aquellos papas que ya desde muy jóvenes llevaban el capelo de cardenal, y después no tenían que hacer otra cosa que esperar la buena fortuna de los frecuentes cónclaves.

Gabriel era un cura joven y ascético desde el momento que se colocó el hábito de San Agustín, donde se reunía con los ermitaños. Le causó gran trastorno emocional el que su tío le nombrara arzobispo de Siena y después cardenal, en aquellos años críticos de la Iglesia. El futuro Eugenio fue uno de aquellos a quienes impresionó el sacrificio de la abdicación del anciano Gregorio para evitar un Cisma eclesiástico.

Eugenio tenía fama de ser hombre pacífico, pero odiaba a los Colonna y como el papa anterior era de esa familia y región, a su muerte las diferencias resucitaron de nuevo en Roma. Los soldados de Colonna desalojaron al santo

padre de la Urbe y debió refugiarse en Florencia. Fue el cardenal Giovanni Vitelleschi —anteriormente un capitán corsario— quien pudo restablecer de nuevo su poder en la Ciudad Eterna. Después, se reconoció al cardenal Giovanni Vitelleschi, como cardenal de Florencia en la jerarquía del Vaticano. Roma estaba quieta, «ya podían regresar», dijo. Así que Eugenio volvió al Laterano y él en persona tomó simbólicamente la cuchara de argamasa para la reconstrucción del Vaticano, estropeado en los anteriores disturbios. Reconstrucción de las iglesias en ruinas, de antiguos palacios romanos, de acueductos. Campañas contra la mugre, la miseria y la suciedad romanas, pidiendo albañiles y transportistas de las ciudades vecinas. Hizo venir artistas; cada domingo celebraba misa en diferentes iglesias para animar a su reconstrucción. Le gustaba la música, escuchar los coros infantiles y anunció que salvaría esa ciudad decadente para cambiarla en la ciudad de las nueve musas.

Al mismo tiempo, y a los dos meses de ser papa, se observó que era muy ignorante en los problemas mundanos, así como en política. No conoció otros antagonistas que el cardenal Cesarini o Nicolás de Cusa o los doctores de París. El papa era dogmático, no supo nada de los poderes de sus enemigos, tampoco pensaba en las fatales circunstancias que podían causar la resurrección de un nuevo Cisma de la Iglesia.

El peligro residía ahora en Basilea: con un decreto, habían prohibido al papa nombrar nuevos cardenales. Quisieron hacer aprobar una resolución por la que, después de la muerte del papa, el nuevo cónclave debía celebrarse en Basilea. Al mismo tiempo, los franceses deseaban que el santo padre eligiera de nuevo Avignon como su sede.

Todavía no se había olvidado que en el año en que Eugenio fue elegido papa, los husitas habían derrotado el ejército del príncipe Federico, considerado como rival suyo. Amigos en tiempos pasados, parientes y aliados, hoy enemigos, en el tablero del ajedrez europeo.

Y el hecho de ser coronado por el pontífice y convertirse en el supremo príncipe de los cristianos, fue siempre un sueño medieval —con su mezcla de poder físico y poder espiritual— de los reyes alemanes. Casi siempre el futuro emperador y el papa acababan siendo antagonistas. Para evitar aquel conflicto, el rey tuvo que actuar con mucho tacto. El papa halló ocasión de pedir nuevas donaciones imperiales —aunque simbólicas— para ensanchar el territorio del estado papal, que no tenía fronteras naturales. Sólo dependía de la fuerza y autoridad del papa el frenar a los tiranos, siempre dispuestos a usar del poder, en los momentos en que la fuerza del papa disminuía.

La situación, ahora, no consistía en el enfrentamiento de emperador y papa: intervino un tercer factor: el Sínodo. Segismundo no estaba de acuerdo en todo con el Concilio, pero tuvo que cuidar la unidad de la Iglesia. Segismundo, soberano que conocía bien los asuntos orientales —bizantinos— deseaba con toda su fuerza la unión con la Iglesia oriental. Esta unión daría nuevo vigor a los bizantinos, acorralados entre los muros de sus fortalezas y en permanente lucha con los turcos, para que no amenazaran cada vez más las fronteras húngaras. Pero ¿cómo convencer a los bizantinos para establecer una paz con Roma, cuando el poder del Papa corría peligro en Basilea?

«Post equitem sedet atracura» —tras el rey llega la negra preocupación—. Segismundo llegó por la mañana a Viterbo.

Eugenio llegaba al mismo tiempo que Segismundo: el primero, sin la menor pompa, no como su antecesor, el papa Colonna, que ya por su aristocrático nacimiento hacía ostentación de gran señor. «Servum Servorum Dei»: el papa consideraba su viaje a Viterbo como una excursión a sus propiedades y llegó con escaso cortejo; además, la pequeña ciudad tampoco pudo prepararse para la recepción de casi 2000 hombres armados del cortejo real. Era la época más bella de la primavera, pero ya estaban consumidos el pan y el vino del pasado año. El santo padre se comprometió a traer desde Roma vacas de los ganados de la campiña y trigo de los graneros de Roma. El vino lo proporcionaron los de la burguesía acomodada; el maestro de ceremonias llegó a la ciudad al amanecer para ver con sus propios ojos si todo iba bien y presenciar la llegada de las tropas reales.

Se aseó a fondo la residencia papal: sabían que Eugenio odiaba la suciedad, las paredes y techos ruinosos, y el olor a cerrado. Intentaron vencer la humedad con braseros; las cocinas encendieron los grandes hornos; los cocineros llegaron desde la Urbe, y todos ahora, ¡a trabajar! Aquellos trajines domésticos eran de tanta importancia como la misma política: el huésped bien alimentado sería más fácil de abordar; sus soldados más pacíficos y se evitarían así molestias a las hijas de los ciudadanos. Los burdeles de la ciudad pidieron refuerzos a las ciudades del valle del Arno y ya comenzaban a llegar las prostitutas en sus típicos carros.

En el momento de tocar las campanas del mediodía, todos los preparativos estaban terminados: los primeros que llegaron, cubiertos de polvo, fueron las tropas húngaras del cortejo del rey. Con ellos trajeron también estudiantes para enterarse del orden del día, los preparativos para el encuentro. Entre ellos se encontraban numerosos seminaristas jóvenes, que se distinguían de los otros soldados por la cruz que colgaba de sus cuellos. Rápidamente

inspeccionaron todas las habitaciones en que se hospedaría el rey, sus acompañantes y su escolta. El palacio papal era amplio pero escaso de mobiliario; disimularon todas las ruinas con alfombras que mandaron traer desde Roma; en las paredes colgaban cuadros de santos y los altares se adornaron con flores.

Por su parte, la Santa Sede expresó un deseo de su santidad: las negociaciones entre ambos reyes tenían que ser rigurosamente secretas, sin la presencia de ningún extraño, sin pompas, sin ceremonias que prolongaran inútilmente las conferencias. Ante todo había que cuidarse de los espías venecianos: lo que llegase al conocimiento de la Serenissima, llegaría a los oídos de todo el mundo cristiano. Incluso comerían allí mismo, frugalmente, y atendidos por una escasa servidumbre. Enseguida, ambos se retirarían para continuar el encuentro. Ya se conocían entre ellos: ¿quién de los cardenales no había tenido entrevistas con Segismundo en Constanza?; él era el cardenal Gabriel Cóndulmer, sobrino del ya desplazado Gregorio XII. El cardenal, con su acento veneciano, chocaba claramente con el rey.

En el instante en que el espléndido papa Colonna, Martín V, hubo muerto, todos se sorprendieron por la rapidez del cónclave para elegir al sobrino del papa Gregorio, a Condulmer, El nuevo santo padre empezó en sus primeros días por mostrar el odio a su antecesor persiguiendo a los familiares de los Colonna, confiscando sus bienes y privilegios con cualquier pretexto. Del mismo modo apolítico se enfrentó con el Concilio de Basilea, ordenando su disolución: con esto provocó el Cisma entre los padres y ante todo con el cardenal Cesarini, quien según los rumores, sería el próximo papable de la siguiente elección.

De acuerdo con el rito de la Curia, después de las grandes personalidades pontificias, siempre fueron elegidos papas de menor calibre. Y con la elección de Eugenio IV habían dado un mal paso: era demasiado severo en su moralidad para poder soportarle, muchos se fugaban de la Curia y la vida no era nada alegre en el Laterano…

Tampoco prometía mucha alegría el encuentro de Viterbo para los dos caudillos de la Cristiandad. Eugenio se resistió a ser besado en la mano y los pies, prometiendo ese gesto para cuando recibiera al rey en la basílica de San Pedro, como tributo del poder terrenal.

Se reconocieron enseguida: uno era un cardenal insignificante, el otro, Segismundo. El papa recordaba al rey en Constanza como a un hombre de falsa sonrisa, siempre buscando con la mirada a las mujeres sentadas en las galerías. Después de una hora de negociaciones, el mayordomo les invitó a

que fueran al comedor papal, para almorzar. Comieron con un solo acompañante a su lado: Tommaso Parantucelli, recién nombrado obispo de Bolonia por parte del papa, y Nicolás Garai como invitado del rey. Segismundo eligió acertadamente a Garai, que era quien mejor conocía sus problemas. El obispo Tommaso presenció numerosos concilios, hablaba bien varios idiomas, incluso el alemán.

Segismundo bebió poco vino para no tener sueño después del almuerzo. Tras la última copa, el santo padre dio la bendición y regresaron a una habitación más cómoda: allí estaban esperando dos notarios —uno benedictino, el otro de la cancillería— para anotar todos los detalles de la entrevista.

Segismundo conocía el origen de los odios del papa, sabía que era infalible en cuestiones de moral, pero también que podía vacilar en las cuestiones de política. Buena señal era que hubiese traído a Parantucelli: con él, evidentemente, tratarían ante todo de los problemas del Concilio.

—Santo padre, el tiempo nos apremia, así que tratemos enseguida lo más urgente: según informaciones confidenciales, sabemos que su santidad estaría dispuesto a suprimir la disolución del Concilio para evitar una catástrofe del mundo cristiano. ¿Tendría su santidad algo que añadir a esto, o alguna nueva condición?

—Dios sabe mis intenciones: nunca pensé que ocuparía el sitio de mi tío. Cuando mis compañeros cardenales me confiaron para ocupar la Herencia, incliné la cabeza y ahora me siento atrapado en una trampa: los mismos cardenales, junto con los padres del Concilio, serían capaces de quitarme del sillón papal llamándome cismático, a mí, al papa único. ¿Cuál podría ser la consecuencia? Tendría que excomulgar a todos los que estuvieran con los de Basilea; entonces la paz del mundo cristiano estaría en peligro —a causa de un nuevo Cisma—. Al mismo tiempo, los carros de Prokop podrían llegar a las fronteras del Imperio: su majestad es el intermediario. Tuve que ceder.

—Su santidad ha actuado mucho más sabiamente que todos sus antecesores. De nada vale un Cisma y menos para preocupar tanto a su santidad. ¿Que el concilio reclama una reforma? Jamás se ha sentado en el trono de Pedro un pontífice más santo, y con más moral que mi santo padre. En esta batalla no existen vencedores ni vencidos, todo el mundo inclinará la cabeza ante su santidad, en cuanto emita la bula de la retirada, de la división. ¿Quién puede hablar más de la división de poderes?

—La sabiduría de su majestad me ayuda a soportar mi amargura. Pero espero que en Basilea no echarán las campanas al vuelo. Habrá que tratar la

bula sólo como un documento y enseguida tratar otros asuntos del día. ¿Por qué no se preocupan en cambio por cortar las cabezas a los herejes de Bohemia? De ningún modo soportaremos ser citados en Basilea; tampoco soportaremos que nos prohíban crear nuevos cardenales ni podemos aceptar que nos priven del derecho a convocar un nuevo Concilio a nuestro gusto, en Bolonia. Estas son nuestras condiciones.

—Su santidad me ha persuadido que todo se resuelve en el nombre de Cristo. No tengo más que añadir.

—Ahora podemos hablar de los tristes asuntos de Italia: desde el momento en que su majestad posea sobre su cabeza la corona imperial, tendrá el derecho de intervenir en los asuntos de la Península, sea del lado de los güelfos o de los gibelinos.

Y hablemos ahora de la reina Juana: su majestad hizo la paz con ella, pese a todo el dolor de mi corazón. Ella se llevó sus soldados de la Ciudad Eterna y nosotros estamos empezando a resucitar la Urbe entre sus ruinas; con muy poco dinero. En mis tiempos de cardenal hubiera sido más fácil cerrar mis oídos a tantos escándalos como la reina provocó. Tiene más de sesenta años y aún ha seguido conviviendo hasta el último año, con su amante Caracciolo. Al enfadarse con él, sus barones napolitanos le ejecutaron, de la misma manera que al primer marido de Juana, en Aversa. En Apulia se ha iniciado un levantamiento provocado por el príncipe de Tarento; por eso no tememos ninguna invasión por parte de Juana II. ¿Tendría su majestad aspiraciones al reino de Nápoles? Nos interesa, por que es uno de los países más cercanos al nuestro.

—Mí santo padre, nuestro difunto gran rey Luis, intentó en vano llegar al trono de Nápoles: entre mis planes no figura ese trono. En caso de muerte de Juana, empezaría una guerra entre la casa de Anjou y la casa de Aragón, y nosotros no intervendríamos allí. Excepto en el caso de que su santidad nos pidiera que actuásemos de juez supremo, en las discusiones.

—Bene, va bene, así lo habíamos imaginado: ahora hablemos de Milán. Visconti está enemistado con todo el mundo y yo he sido su primera víctima. Es un tirano con todos los que son sus aliados y también con los que no lo son. Su propósito, junto a los Colonna, es entrar con sus tropas en el territorio de San Pedro. Su majestad tiene como aliado en nómina a Filippo María, pero no le ha servido gran cosa. Visconti está reinando, mejor dicho, usurpando, en Lombardia. Sería conveniente que se convierta… antes de que llegue su última hora. Sólo tiene una hija, Blanca, novia del merodeador Attendolo, amigo de Francisco Sforza.

—Pues bien, santo padre, en este caso la república de San Marcos sería nuestra eterna enemiga… Nos ha quitado casi toda Dalmacia. Sobre las últimas ciudades que sus hombres nos han dejado, ya han puesto sus ávidos ojos. Pese a todo, no nos convendría una nueva campaña contra Venecia, a causa de los turcos. Para nosotros, santo padre, lo más importante sería reunir un gran ejército. En el caso de que la Serenissima quedara como nuestra enemiga, no sólo sería imposible contar con su ayuda, sino que serían capaces de firmar algún tratado secreto contra nosotros, con el sultán de Drinapol. Además de que, al menos, podrían ayudarnos a que sus barcos interrumpieran el tráfico de los turcos, con sus traslados de tropas desde Asia.

—Majestad, vos tenéis más práctica que yo en los asuntos del mundo, voláis como un águila sobre la tierra contemplando el mundo. Nosotros nos preocupamos con el mayor cuidado del rebaño de Cristo; no nos ha sido dada una vista aguda como la vuestra.

—¿Su Santidad nos ayudaría en la lucha contra los turcos? Claro que no puede enviarnos soldados. Pero sí dinero…

—¿Cómo, hijo mío? Mientras en Italia no haya paz, mientras prosigan las luchas de los husitas, mientras los franceses y los ingleses se odien mutuamente, ¿de dónde sacaríamos dinero? Sólo podemos prometer que procuraremos hacer todo cuanto esté en nuestra mano. ¿Para qué fecha señalamos la coronación?

(Hace años que anhelaba ese momento: la corona imperial que le elevara por encima de todos los reyes. Tenía más de sesenta y cuatro años, Dios le había dado ya una larga vida. Agraciado con la corona, quizá viviría muchos años más…)

—En el caso de que su santidad clausure felizmente las sesiones del Concilio, podríamos partir al día siguiente con nuestra amada esposa, al umbral de San Pedro…

—¿Vendría también la reina?

—Aguarda nuestra llamada y en caso de que firmáramos finalmente el Tratado, llegaríamos juntos a la Ciudad Eterna.

—Nuestros orfebres le prepararán la Rosa de Oro.

Ya no quedaba nada por hablar. Eugenio había aprendido que para llevar el timón de la nave de San Pedro, tenía que navegar a favor de los distintos vientos, inclinarse ante los deseos de Segismundo —y peor aún— ante los deseos de Basilea y también ante Cesarini. En este caso el Concilio no desearía que el papa perdiera su trono. Probablemente, el Concilio siguiente podría ser inaugurado por él mismo, en Bolonia o en Florencia.

Los secretarios escribían diligentes; lo que siguió ya no era tan importante. Segismundo contó que pensaba elevar el rango de unos príncipes italianos fieles al emperador, como el de Mantua. Ante todo, había ya encargado a Giovanni Francesco Gonzaga la preparación de los escudos nobiliarios, y de los otros. Eugenio, desde que era papa, conocía el valor del dinero y estuvo pensando mucho qué pagaría por su nuevo título el amo de Mantua al emperador.

—Una última pregunta: ¿cuántos soldados deseáis traer, majestad, a la Ciudad Eterna? Nos os rogamos que sean los menos posibles. Mis guardias son pacíficos, vigilan el orden y ya no hay nada que temer de los Colonna. Traed los menos soldados posibles, majestad…

—He venido con seiscientos jinetes húngaros y tengo alrededor de ochocientos soldados de infantería; el séquito no sobrepasará las doscientas personas. En cuanto a la gente que ha de acompañar a la reina, no serán más de cincuenta personas. Espero que esto no causará ningún problema: el último rey que recibió su corona en Roma, de manos de Inocencio VI, fue mi difunto padre. Desde entonces ningún emperador ha costado dinero a los herederos de San Pedro.

—Hasta la vista.

Al despedirse estaba sonriendo: bastante bien habían ido las cosas entre los dos, pensaban ambos. Pocas veces hubo tanta armonía entre un papa y un emperador, en tierras cristianas…

37

EL MES más hermoso en Roma es el de mayo… En el mercado grande de Campo dei Fiori, las tiendas desbordaban de flores, todos estaban alegres después del difícil invierno, los vientos ya no llegaban desde la campiña, las gentes se despojaban de sus pesados vestidos invernales. Era una antigua costumbre, mantenida desde los emperadores romanos, traer el trigo desde Sicilia por la Via Salaria. El pontífice ordenó al gobernador de Roma que repartiera el trigo entre los necesitados. Eran los días dorados para los panaderos. El hecho de que el papa siguiera honrando la antigua tradición, provocó gran contento entre el inquieto pueblo de la ciudad. Desde que Eugenio hizo las paces con Juana y las tropas napolitanas salieron de la capital, la población empezó a crecer: la vida resultaba más segura entre sus muros.

Al pan iba a seguir el circo, que correría en su mayor parte a cargo del papa, así como la invitación durante la coronación, al emperador y su cortejo. Roma se comportaría con los extranjeros con la cordialidad de siempre, pero los romanos no estimaban a los germanos —nunca soportaron a los teutones—: eran bárbaros, mentirosos, borrachos que no aguantaban bien el vino, acostumbrados como estaban a la cerveza… lo que también tiene sus ventajas: el soldado borracho es fácil presa para ser despojado hasta del último escudo de su sueldo. El dinero empezaría a circular en Roma, cambiando de dueño, lo que vendría bien bajo el tacaño gobierno de Eugenio.

Las noticias llegaban a Roma con rapidez: antes de la llegada de Segismundo ya sabían que habría más húngaros que alemanes en el cortejo, y Roma no había visto muchos húngaros en su vida. La última vez había sido cuando el rey húngaro Luis, con la ayuda del tribuno Cola di Rienzi, pasó con sus tropas por tierras eclesiásticas contra Nápoles; y ahora vendrían los húngaros con sus caballos. El desfile empezaría dentro de poco.

La fama de los húngaros era muy diversa: unos hablaban de ellos como hijos de Satanás, otros, como de caballeros nobles del rey, ricos en dinero, y sin necesidad de cobrar salario, que iban a Italia sólo para divertirse. No

faltaban quienes entendían que no serían admitidos en la Urbe: tendrían que quedarse fuera de los muros hasta que el papa les diera permiso. En tal caso, ¿de qué iban a vivir las tabernas y los famosos burdeles de la Repetía?

Los oficiales alemanes venían montados en caballos recubiertos de coraza. Los soldados de la infantería alemana parecían gigantes: eran altos, rubios, barbudos, la mitad de ellos provenían de los cantones suizos, en quienes Segismundo tenía más confianza. Llevaban trompetas fabricadas con madera de los Alpes, otros usaban arcos y los últimos los mosquetes. Sobre carros traían unos cañones ligeros y otros carros recargados con balas de cañón. Después que el polvo levantado por los pies alemanes empezó a disolverse, pudieron oírse pasos de distinto ritmo: llegaban los húngaros.

Su santidad supo que los seiscientos jinetes prometidos por Segismundo, habían aumentado por lo menos a novecientos al llegar a Roma: no contaba cómo ejército, pero podía resultar suficiente para defender al rey de un repentino ataque. Los jinetes húngaros, a pesar de que no llevaban uniforme, se parecían entre sí por el estilo de sus ropas: gorro con pluma, capuchón adornado, coraza de metal o cuero, botas fuertes, espada curva. Muchos llevaban arco y flechas, algunos picos, otros porras, la mayoría de cabello oscuro, muchos con cadenas de oro sobre el pecho, otros lucían piedras preciosas. No ofrecían el menor parecido con los mercenarios, más bien semejaban nobles. Sus caballos eran más pequeños que los alemanes, pero estaban bien cuidados.

Cuando las tropas llegaron a la frontera de la Urbe, los oficiales papales les orientaron hacia la Porta del Popolo. La Piazza estaba repleta de gente que desde la madrugada construía tribunas para los papales importantes. Allí se aguardaba a los Alabarderos de la Curia, como advertencia de que Roma no estaba indefensa; no se dejarían asaltar como anteriormente ocurrió con los bárbaros godos. Los guardianes anunciaban que todo iba bien, no había ocurrido ningún incidente… El emperador podía llegar, las tropas estacionarse entre los muros; dentro del cerco italiano había bastante sitio deshabitado: allí, levantaron tiendas con cocinas al aire libre y también tabernas. Tampoco faltaban los lupanares para los soldados.

El rey y su pequeña corte se hospedaban en el palacio del Laterano. Su santidad vivía en el Vaticano, a pesar de que no era nada cómodo a causa de las obras. Las mujeres ya no cabían en el Laterano: Bárbara y sus damas recibieron otro palacio junto con los cocineros… Todo había sido arreglado de antemano por la Curia —cuidando de que los nobles invitados no se

encontraran demasiado cómodos: después de las ceremonias sería conveniente que pensaran en un inmediato viaje de retorno…

Detrás, en segundo término, se divisaban bastantes sombras oscuras: Segismundo comprendió que la corte de Nápoles había dado refugio a muchos de los que alimentaron la Reforma. Un joven clérigo —Lorenzo Valla— no se limitó a acusar a y san Agustín de hereje y a censurar la edición latina de la Vulgata, sino que constató que la carta de Constantino el Grande, en que donaba el territorio eclesiástico, era simplemente falsa. Aquella tradición de Constantino —tenía más de mil años— y a pesar de que pocos vieron el famoso documento, lo citaban con bastante frecuencia, sobre todo en los casos en que se discutía el poder terrenal de los papas. ¡Y ahora este Valla —un cura joven, hijo de Roma— proclamaba que la carta era falsa! Cuando la Inquisición mandó prenderle, ya había escapado, pisando las fronteras napolitanas, en cuyo reino pudo sentirse seguro.

Aquel fue uno de los muchos problemas que preocupaban hondamente al papa: Eugenio era un hombre que meditaba mucho; en todo husmeaba —injurias y heridas, que después le dolían. Parecía muy humilde ante su confesor; se sometía a las mayores penitencias, atormentándose con la conciencia de que el sufrimiento aumentaba su propia importancia.

Al papa le disgustaban algunas cosas de Segismundo: aunque era un leal hijo de la Iglesia, fiel a su fe, que había trabajado toda su vida por aquella institución, sólo cumplía con la obligación de cualquier príncipe elegido por el Señor para gobernar.

Pero Segismundo no observaba todos los mandamientos —sobre todo, no obedecía al sexto ni al noveno— y mejor no hablar de sus fornicaciones. Ya era lo bastante mayor para abstenerse de los pecados camales: vivió en pecado en Siena, y ni en Viterbo pasó la semana de espera a solas. Otros de su edad, ya se habrían puesto hábito, preparando su entrada al otro mundo.

Todos los que vieron a Segismundo al encabezar su cortejo —en el camino hacia la basílica de san Pedro— aquella mañana memorable del 31 de mayo del año 1433, pudieron maravillarse al ver cómo el Señor guardaba al rey en su vigor varonil. Montaba un caballo árabe y vestía un traje talar en oro, lo que significaba que el futuro emperador entraba como diácono de la Iglesia. De acuerdo con lo prescrito, el traje talar demostraba la superioridad de la Iglesia sobre el poder mundano.

Segismundo cabalgaba majestuoso; su cabello le llegaba hasta la espalda, su barba era plateada, llevaba el cetro en la mano; su rostro resplandecía con una bella sonrisa bondadosa, de buen rey. En ambos márgenes del camino

aguardaban los guerreros romanos y en la plaza de san Pedro estaba a un lado el cortejo suizo, al otro, los jinetes húngaros.

El rey evocaba su oscuro pasado: cuando los barones húngaros le llevaron atado a Visegrád, reprochándole sus juergas y su despilfarro de dinero. Y sus sufrimientos en las prisiones del castillo de Siklós hasta que los Garai le liberaron. ¿Por qué tenía que recordarlo, precisamente ahora, cuándo cabalgaba hacia la Gloria? ¿Pensó acaso su padre que el hijo más pequeño llegaría un día a ser emperador? ¿Pensaba entonces Isabel —la fuerte, capaz de romper herraduras— al contemplar el noviazgo de su hijo adolescente, que un día entraría, con la sonrisa bíblica de los reyes, en la basílica de san Pedro?

En la puerta le recibieron con besos fraternales los diáconos y cardenales; le vistieron el hábito y le quitaron su larga espada, en esta ocasión debía arriesgarse a estar inerme. (Sólo llevaba escondido, entre sus ropas, un puñal.)

La cabeza desnuda para recibir los santos óleos y salir de la basílica como emperador. Durante la ceremonia se expresaron en el antiguo idioma de los romanos que Segismundo dominaba —no como los anteriores emperadores germanos que hablaban tan mal el latín… Segismundo era, además, un orador nato y su latín ya se había destacado en el Concilio: lo hablaba como cualquier eclesiástico. Después de la coronación, se dirigiría al pueblo romano —*urbi et orbe*—, a los afortunados que cabían en la basílica de san Pedro.

Hacía semanas que estuvieron ensayando la ceremonia en la Curia. La coronación coincidía con la fiesta de Pentecostés. Uno de los cardenales, inclinándose ante el emperador, le pidió que le acompañara a la sacristía, allí, ante dos testigos —dos prelados— le hicieron las solemnes preguntas de rigor:

—¿Eres hijo legítimo de tus padres?

—¿Tus padres eran cristianos verdaderos?

—¿Eres católico?

Esas preguntas pertenecían más al formulario de iniciación del sacerdote, que a la coronación. Luego volvieron al altar principal. Segismundo se inclinó ante el papa, quien puso una mitra blanca sobre la cabeza del soberano: con ese acto quedaba iniciado canónicamente. Durante unos minutos permaneció arrodillado y el papa indicó que trajeran las insignias del Augusto.

¿Y cuáles eran los pensamientos del papa Eugenio mientras hacía repetir el juramento «imperatorius» en sus palabras latinas con acento veneciano, mientras dos cardenales traían la corona del emperador? Eugenio, aunque era un hombre alto, tuvo que empinarse para alcanzar la cabeza de Segismundo,

quien una vez ceñida la corona y recibido las insignias imperiales, debía arrodillarse sobre un cojín púrpura. Después se sentó en un trono —adornado con águilas— para escuchar la «advertencia papal», mientras mentalmente memorizaba su propia proclamación.

Habló al pueblo romano con voz firme y cálida: Segismundo era el primer emperador que, después de sus frases en latín, cambió para hablar en italiano. ¡Qué buena práctica fueron aquellos meses en Siena, en aquellas bellas tardes con Lucrecia! Ahora las palabras italianas brotaban de los labios del emperador con una facilidad que parecía una improvisación. ¡Cómo creció en ese momento la popularidad de Segismundo! Cuando cabalgaba después con la corona sobre su cabeza, se imaginó ser un santo jinete —como san Ladislao— a quien le hubiera gustado parecerse.

El emperador, de pie ante su silla del trono, cambió el cetro por la espada, cogiendo la insignia de la manzana en su mano izquierda; los pajes sostenían el talar tras él y todos observaron que llevaba calzado púrpura.

Bizancio sabría que el Imperio cristiano tendría desde hoy dos emperadores. Ahora, con su espada, debería tocar las espaldas de los caballeros señalados por el maestro de ceremonias, pronunciando el nombre de cada individuo, descendientes de antiguas familias romanas; después, también los nombres de otros más sencillos: hijos de secretarios, empleados de la Curia, hijos de burgueses. (Seguramente habrían pagado buenas sumas por el acto de ser nombrados.) A continuación, hombres alemanes hijos de la nobleza teutona, cuyos nombres le fue difícil pronunciar al prelado italiano. Y luego —más difícil aún— la pronunciación de los nombres húngaros; entonces vino un cura húngaro en su ayuda, que leyó en buen húngaro los treinta nombres de ese origen y al escucharlos, el emperador sonrió satisfecho. La nave central de la basílica estaba llena de gente arrodillada.

Y ahora se llegaba al acto final de la ceremonia: la entrada y coronación de Bárbara. Hacía muchísimos años que no se había coronado una mujer. El marido, con el título de «*Semper Augustus*», figura sobre el título de la mujer, y así sería para siempre. Era Eugenio quien pondría la corona en la cabeza de la emperatriz —pero su frente no tocaría ningún santo óleo— invocando el Espíritu Santo. No recibiría tampoco el poder ultraterreno como su marido, con el carisma eclesiástico.

Bárbara se había preparado también para ese día: en Siena pudo obtener algún préstamo, adeudado a la tesorería húngara. Asimismo recibió de los gremios algunos brocados tejidos con hilos de oro. Unos días de reposo romano resucitaron la belleza un poco marchita de Bárbara.

Llegada entre sus damas a la basílica, se arrodilló ante la silla del trono papal, llevaba una corona —modesta— sobre su cabello pelirrojo, besó la mano del santo padre, después se postró a sus pies para besarlos. El cardenal encargado de la ceremonia la condujo a una silla de trono más pequeña, al lado de Segismundo, ya en su esplendor de emperador. Bárbara parecía más joven; no tuvo que pronunciar ningún discurso. Segismundo miró a su mujer sonriendo: que la viera toda Roma, que vieran la pareja envuelta en maravillosos brocados de oro, coronados. Parecidos a unos iconos.

Cantaron los coros romanos, el coro papal entonó sus oraciones acompañadas de antífonas y Eugenio terminó la santa misa de la coronación. *¡Hosanna, hosanna!* El coro siguió cantando mientras a una señal del maestro de ceremonias la gente inició la salida para esperar delante de la basílica: dentro no quedó más que la pareja real y su cortejo. Trajeron la silla gestatoria del santo padre, los prelados la levantaron para sentar al papa, la pareja imperial inició la salida con pasos solemnes.

Desde la silla gestatoria y con ayuda de los dignatarios, levantaron a Eugenio para montar una mula blanca. Luego siguió la escena más discutida de la ceremonia, pero el papa se empeñó en actuar según las antiguas tradiciones: el nuevo emperador tuvo que coger y llevar el cabestro de la mula y conducirla hasta el altar que habían levantado en la plaza, donde Eugenio desmontó para arrodillarse. Después, su majestad imperial montó a caballo y cabalgaron juntos con el santo padre. A Gaspar Schlick le cupo el honor de cabalgar tras ellos: ya se había redactado un nuevo documento nombrándole canciller imperial. Segismundo había elevado a él y a sus dos hermanos al rango de condes imperiales.

Todo el día transcurrió entre fiestas. Con ovaciones reclamaron repetidas veces la presencia de Segismundo en el balcón, ante el «Populus romanos». Los tesoreros arrojaban monedas de plata a la gente; luego se oyó al coro del Palacio; hubo desfiles con antorchas y una colorida procesión. Bárbara estaba en su elemento; bella, ostentando magníficas joyas, a pesar de que, según ella, no podía competir con las damas romanas.

Todo había salido bien. Segismundo estaba rejuvenecido; su espalda, ya muchas veces encorvada, se había enderezado, no podía aspirar a más. Sólo una amargura: los checos no quisieron aceptarle como rey.

Por la noche la cena fue ligera y corta, según deseos de su majestad: vivía sus horas más afortunadas… Se quitó el talar, la ropa de fiesta, y se puso otra más ligera para respirar más libremente después de todo el calor del día.

Primero de julio. Hasta el alba estuvieron copiando en la cancillería los mensajes que los jinetes tendrían que llevar enseguida a todos los príncipes europeos:

—Nosotros, Segismundo por la gracia de Dios —primero de este nombre entre los emperadores romanos— hacemos saber nuestra elevación al trono…

Él mismo firmó todos los documentos; el nuevo conde Gaspar halló los ducados necesarios para regalar a cada mensajero.

Y Segismundo confería títulos entre los hijos y nietos de los señores de la ciudad. El mismo Gaspar Schlick arreglaba las sumas que tenían que pagar por sus nuevas ejecutorias. Faltaba todavía el «circenses» que según la tradición, el nuevo emperador tenía que presentar en el Campo de Marte, en honor del pueblo romano. Durante tres días iban a hornear los panaderos de la Urbe el pan: carros y carros llegaban con los barriles de vino. En el Campo de Marte, las fiestas tendrían lugar el lunes de Pentecostés: la lluvia de la noche anterior había lavado el polvo y ya desde la madrugada se empezó a llenar el campo de gente. Era el sitio más amplio de toda Roma; allí cabían los habitantes de los pueblos cercanos, montañas y valles, para contar un día a sus nietos que habían visto personalmente al emperador. Y que comieron de su pan.

—Dime Gaspar: ¿acaso hubo emperador coronado en Roma más pobre que nosotros?

—Me parece que dijeron de Luis de Baviera, que hasta la ropa tuvo que pedir al papa que le coronó. ¿Y quiénes saben lo ocurrido en tiempos de Carlos el Grande, y qué suma le quedaba a Otón en su cofre del tesoro? ¿Y lo que vuestro padre, el emperador Carlos, trajo en oro, y de dónde lo hubo logrado?

—Como no hubo emperatriz que coronar por el papa Inocencio en el año 1355, el costo debió de ser mínimo…

—La presencia de la emperatriz ha aumentado mucho el esplendor de la fiesta.

—Justamente lo dices tú, Gaspar… ¿Cuántas veces me has mencionado en el pasado cosas de Bárbara, incluso contra mi propio disgusto?

—Naturalmente, majestad, me molestaban las deudas que la reina contrajo a todo lo largo del camino: ella sabía que lo que gastaba era mucho más que lo que los usureros daban, con los intereses incluidos. No pretendo decir que ella hubiera querido engañaros. Tuve que investigar las sumas verdaderas con espías, pero aquí, en Roma —lo digo sinceramente— la emperatriz nos ha hecho un gran servicio. Ha levantado vuestra aureola con su belleza.

—¿Qué te pasa, Gaspar? Desde que eres duque, ¿le haces zalamerías también a ella?

—Estoy a vuestro servicio, majestad, de todo corazón; estoy seguro de que ninguno de los soberanos ha sido nunca tan humano como vos; tan comprensivo, escuchando las palabras hasta de la gente humilde. Sabéis hablar con los clérigos, con los soldados, con la servidumbre, hasta con los campesinos… Tendré que aprender aún mucho de vos, majestad.

—Escúchame Gaspar: mi camino ha sido largo. Tú nunca has comido el pan de los cautivos en el castillo de Siklós, no lo desearía ni a mis enemigos: esperando, con el corazón en un puño, el momento en que los verdugos me fueran a matar, como hicieron con Isabel, mi suegra. ¡Qué lejos está ya todo eso, Gaspar!… Como ves, tengo razón: hay que disimular. El disimulo es el pan de cada día para el soberano.

—¿Cuál ha sido la copa más amarga de vuestra vida, si no os molesta la pregunta, majestad?

—Sé que estás pensando en el «Magister»: de su hoguera se levantó la llama que encendió todo el país checo. Muchas veces me despierto empapado en sudor; oigo voces que me murmuran: ¡Has violado tu palabra! ¡No lo salvaste de la cárcel del obispo! Con cien jinetes hubiera podido apoderarme del castillo durante la noche. No lo hice: tuve que elegir entre la liberación de Hus o el Concilio. Obré de aquel modo para poner fin al Cisma eclesiástico. Pensaba que sólo por medio de la hoguera podía evitar un desastre, el verdadero incendio.

—Majestad, no tenéis que sentiros perseguido por esas quimeras, sobre todo en el día más glorioso de vuestra vida.

—Gaspar, hay una cosa que he olvidado entre tanta gloria: Lucrecia. Elige un regalo entre tantos obsequios que hemos recibido, puedes enviarlo con el jinete que ha de llevar nuestra carta a los prelados de Siena; que vaya ante todo a ver a *Donna* Lucrecia… en nombre del emperador. También puedes mandarle en un bolso de marroquinería unos ducados con el águila bicéfala que han acuñado en nuestro honor. El águila imperial, un cuerpo con las dos cabezas… ¿Qué dirán a todo eso los húngaros? ¡Ellos no quieren saber nada del Imperio! San Esteban, nuestro antepasado, era partidario de los güelfos. No pidió la corona de Otón sino la de Silvestre… Es tiempo de pensar en el regreso.

Bárbara se acercó con una carta sellada en la mano:

—Es de mi padre: me escribe que tú dejaste que los Frangepán le quitaran Veglia. Pronto cumplirá los ochenta años, un milagro de la naturaleza. Su

única felicidad hubiera sido el anuncio de su elevación al rango de principado, en la Asamblea imperial, y tú con tus pretextos se lo has impedido siempre. Mi padre escribe que las tierras en la frontera de Eslavonia le traen problemas a causa de los turcos. Es una carta amarga… si mi padre muere de pena, jamás volveré a tener un consejero tan fiel como él.

Bárbara era como la tempestad; y siempre se salía con la suya. Una mujer sin Dios; una devoradora de dinero. Si no hubiera estado casada con él, seguramente no habría escapado a la atención del santo oficio. No creía en la vida del más allá, odiaba a los husitas, pero sólo porque habían saqueado sus bienes en Lipto. Todo lo malo se unía en Bárbara: tendencia para intrigar, avidez de poder. Esperaba la hora del eterno descanso para su marido; entonces Bárbara estaría en su elemento… Gobernaría. ¡Y su hija Isabel, a obedecer!

Bárbara era hermosa todavía, con la belleza de los Cillei: su cabello pelirrojo, sus ojos verdes, con esa sonrisa que proclamaba haberlo conocido todo en el mundo: papas, príncipes, amantes. Si no hubiese sido hija de Cillei, haría mucho que’ hubiera sido preferible deshacerse de ella. Mandar matarla… o encarcelarla.

—Escribe a tu padre que en el pleito de Frangepán contra Cillei, yo mismo arbitraré a su debido tiempo y recibirá los bienes de Veglia; acepto la dimisión de su título de Ban de Eslavonia: en el futuro podría ser peligroso. El año que viene anunciaré en la Asamblea imperial que elevaré el rango de la familia de los Cillei al ducado del Imperio. Lo arreglaré con Alberto de Habsburgo, con mi yerno, que no se opondrá; tanto debo a los tuyos. Pero escribe a tu padre que concierte él también la paz con Austria. De cualquier manera, habrá siempre una diferencia de peldaños en el rango, entre tu padre y Alberto, que siempre estará más alto por su nacimiento.

—¿No será demasiado escribir todo eso en una sola carta?; ¿sobre todo para una mujer?

—No lo creo, todo lo que te propones lo consigues: por las buenas o por las malas. De lo que no fuiste capaz, es de darme un hijo… un hijo varón.

—¿Y eso ha de crear un abismo entre nosotros dos?

Segismundo se aproximó a la ventana: el verano de Roma era sofocante. Vio pasar al cortejo papal volviendo del Vaticano; el monseñor en servicio golpearía la puerta para decir: «su santidad está esperando a la “Caesarea Maestas”»…

El palacio de Letrán es un mundo enorme, en ruinas. El lugar donde residieron durante siglos los pontífices fue devastado dos veces por el fuego

en cien años. Mientras los santos padres tuvieron su corte en Avignon, nadie se preocupó de que la estructura se desmoronase. Cuando Martín V pudo volver a Roma, tuvo que buscar alojamiento para él y para la Curia, en el Vaticano. No obstante, a partir de entonces, diligentes manos se ocuparon de arreglar no sólo el techo, sino reconstruyendo algunos de sus derruidos muros: luego, acudieron artistas al palacio, restaurando los frescos, tejiendo otra vez poco a poco el invisible hilo que enlazaba la basílica con el palacio.

El papa Eugenio era prudente: no quería que pudieran entrever los enredos de la Curia ni el futuro emperador ni su canciller. El Laterano y el Vaticano eran, en la primavera de la coronación imperial, dos mundos aislados uno del otro, siguiendo sus propias leyes. Eugenio —antes de que Segismundo llegara a la Urbe— había inspeccionado aquellas habitaciones donde se establecerían la majestad romana y su séquito: pondrían tapices sobre las paredes en ruinas y que mostraban las huellas del fuego, se colocarían alfombras, revestimientos de carpintería, estatuas. En Roma siempre había maestros capaces de revestir con ágiles manos los palacios en decadencia. Se distribuyeron adornos para engañar al que ellos llamaban «el bárbaro».

Eugenio conocía desde Constanza la eterna curiosidad de Segismundo: a su majestad le interesaba todo. Pasó por claustros y monasterios en Suiza, olvidándose a veces de su afición original, la cacería, tanto, que hasta permanecía durante horas ante antiguos cuadros y códices guardados en las bibliotecas. Especialmente le llamaron la atención las imágenes de los antiguos monarcas. Cuando encontraba alguna, en la miniatura que adornaba la coloreada letra de alguna inicial, pedía que le explicaran de quién se trataba y cuáles eran sus méritos, mientras la observaba revivida ante él.

Eugenio encargó al excelente historiador procedente de Ancona, maestro Pizzicolli, que acompañara a Segismundo cuando su majestad «.*Mirabilis Urbis Romae*» —como entonces le llamaban— quisiera conocer las mayores curiosidades de la Ciudad Eterna; porque en esto se distinguía de la mayoría de los príncipes del Norte y también de muchos cardenales, quienes durante sus discusiones teológicas o «in politicis», no se interesaban por lo que la ciudad albergaba en su seno; lo que aún guardaba de sus antiguos tesoros la vieja ciudad de Rómulo.

Emprendió una fatigosa caminata con Pizzicolli a las profundidades de la Urbe, caminando a pie por el Palatino, a lo largo del mundo de las Termas; bajando por hoyos; a veces, con cuerdas, resbalando entre los montículos de mármol y desplomados bloques de piedra. Al volver al Laterano, le esperaban noticias del Vaticano: su santidad había fijado la fecha de su visita para

pasado mañana. ¿Por qué no para mañana? Un día en que todo se habría detenido en el universo… Soldada, renta, hospedaje papal. Los jinetes húngaros se quejaban: la carne era poca, el vino, flojo.

Sin embargo, el mañana era como un regalo: nada había en el orden del día. Después de la siesta se levantó fresco, como si no hubiera efectuado su larga peregrinación por la mañana, entre los milagros de la Urbe. Su santidad se encontraba débil, dijo el camarlengo papal, cuando pidió disculpas a su majestad, por haber retrasado Eugenio la conversación, ya fijada para el próximo día. ¿Por qué? Pensó que siempre le gustaba admirar la labor de los pintores; ahora podía oír, a través de las ventanas abiertas, las idas y venidas, los griteríos de los mozos y aprendices de pintores.

El maestro era de mediana edad; claro que podía ser su hijo, un treintañero, y en su pronunciación se deslizaba el acento de la Italia del Norte, acaso de Verona. Los aprendices y ayudantes habían terminado con la preparación de la pared y ya habían desenrollado los papeles con los bocetos. Todo estaba aún húmedo hasta que el maestro, iluminado por el místico rayo de la inspiración no dijera: ¡ahora! Pinceles, pinturas, si hacía falta la escalera pequeña para alcanzar la altura de la cabeza del mártir. Era el fresco del martirio de san Esteban, a medias terminado. Pronto reanudó el trabajo previsto para el día. Al maestro le llamaban *mes ser* Antonio; extrañamente le hablaba un ayudante mayor que él, Vittorio, que además le tuteaba. Como es debido, cuando llega un monarca, su majestad insistió en que nadie se molestase; pero contaba con que el maestro se secara las manos en un trapo, se quitara el gorro, extendiera sus brazos indicando que estaba trabajando, por lo que no tenía que avergonzarse de su traje manchado de pintura… Sus movimientos demostraban que no le eran extraños los modales de la corte, la reverencia, el gesto de doblar una rodilla, la cabeza inclinada… Era el maestro a quien llamaban por su nombre, Pisano, pero para distinguirlo de otros maestros con el mismo nombre, le decían «Pisanello de Milán» y estaba acostumbrado al distinto y no siempre fácil ritmo del servicio a los poderosos. Los ojos reales, ya menos agudos, echaron una mirada a los cartones. Encima de una mesa o, mejor dicho, de un caballete, dispersos pero distanciados del boceto del fresco, se encontraban los dibujos, en su mayoría bosquejos, hechos con tizas de color, aunque algunos dibujos estaban hechos a la pluma: animales, pocos hombres, el retrato de una pareja principesca, estudios de flores, canes estupendos, magníficos caballos. Una hoja enorme llena de cabezas de caballos de belfos dilatados, orejas aguzadas. Una gamuza entre rocas. Sabuesos grises y de color ocre. Un corzo, y al otro lado de la hoja, un

ciervo macho. Se podían hojear los bocetos porque estaban encima uno del otro, como si fuera uh entretenimiento del maestro. Una lagartija: al observador le emociona la forma, esa línea serpentina. Flores, un pájaro carpintero, un halcón, un águila, ahora animal heráldico, con corona en la cabeza: es un ave hermosa, encajaría bien en el emblema imperial. Un gato… Todavía no había conocido a pintor alguno que representara a ese felino nocturno. Volvió a la lagartija: acaso se parecía al dragón que tenían que evocar de las antiguas tradiciones, al diseñar alguna insignia para la Orden del Dragón…

Le trataba de *maestro*, lo que valía más en los labios del emperador, que el acostumbrado *messere*.

—¿Podríais venir al palacio mañana por la mañana… temprano?

¡Claro!, todo el mundo estaba encantado con Segismundo en Letrán. Hablaba un italiano un poco duro, pero con las «eses» de Siena. Sabían que era dadivoso si cumplían. Premiaba a todos por las pequeñas atenciones, y repartía sonrisas y agradecimiento. A cada uno les hablaba en su idioma, y de una manera extraña con los jinetes a quienes mandaba llamar. Entonces su voz tronaba. Ya habían visto cómo su puño golpeaba la mesa, pero el guerrero húngaro no le temía, antes bien reía para sí, como quien gusta de las palabras indecentes.

¡Su cara! Mientras se miraban frente a frente —porque su majestad levantó con un movimiento al que estaba sobre una rodilla— Antonio vio la imagen real, la que ya todos conocían en Italia. No llevaba ahora su enorme gorro, como se le había visto en un fresco representado junto al emperador romano Majencio. Naturalmente, el maestro conocía el rostro de Segismundo, pero ahora lo veía de cerca, en toda su proximidad, con sus colores. Cuando pintó a los señores y damas de la casa de Este —principalmente a Lionello— le extrañó la palidez de la piel, los escasos colores, el juego de las líneas al fundirse con la dureza del perfil. Pero en él los colores eran vivos, el audaz arco de la nariz, la blanca y sana dentadura, rara a su edad, se percibía por los labios entreabiertos; la belleza de los ojos brillando en el fondo del iris claro. El pelo era ya ralo en la coronilla, la frente se elevaba, pero todavía lucía espesos rizos —principalmente sobre el cuello— la barba de un rubio oscuro ya griseaba. ¡Cuántos colores! Un modelo fascinador.

—He oído que están trabajando también en la Basílica, en el monumento del papa Silvestre II: fue el santo padre que envió la corona real a mi santo predecesor, a Esteban… Mañana por la mañana le esperamos, maestro Pisanello.

A su padre, el emperador Carlos, ya le gustaba ver trabajar a los pintores ante su egregia persona; contemplaba con agrado cómo le representaban como a un rey santo, en el marco de escenas bíblicas. Aquella tradición luxemburguesa se reforzó mientras Segismundo esperaba en Italia la coronación. Hasta ahora, también le habían solicitado permiso pintores de Holanda, de Bohemia y de Austria y posó con paciencia ante todos ellos. Esas imágenes reales llegaron en su mayoría a las cortes amigas, pero los maestros esperaban más beneficios cuando hicieron grabados que se colocaban en las portadas de piadosos libros de salmos o entre los calendarios de los feriantes. El ja ven Segismundo no había tenido ocasión de posar ante un verdadero pintor, absorbido por interminables guerras y viajes. De Antonio Pisano había oído hablar ya cuándo durante las guerras venecianas debió pasar por tierras italianas. En Siena también exaltaron al maestro, quien no sólo era excelente en el arte de la pintura: en los últimos años se había encariñado también con el diseño de medallas y ya habían aparecido algunos estupendos medallones del taller del «Pisanello».

Su mano era segura y rápida y el monarca, que había observado la labor de varios artistas, comprobó a los pocos movimientos —sin ver la representación que se estaba creándolas aptitudes del maestro. Antonio desplegó el ancho papel de dibujar y sacó tizas de su bolso: era un hombre guapo con su traje de colores armónicos y discretos. Asimismo su reverencia y su saludo, dignos de rey y de pintor igualmente. Observó su mano: no elegía entre las tizas, cogía directamente la que consideraba mejor. Su majestad aguantaba sentado en un cómodo sillón, llevando su gorro; con el pie izquierdo, reumático, sobre un escabel. Breves minutos, juegos de líneas. En el cuarto interior caían los granos del reloj de arena, no supo las veces que invirtió el reloj del tiempo. La mano —piensa— podría igualmente degollar con facilidad, si hubiera elegido esa profesión… El pintor callaba: no podía entablar conversación hasta que su majestad no se dirigiera a él; a lo sumo, podía pedir que se inclinara un poco hacia adelante o que alzara un poco la cabeza, o que mirara hacia el otro lado. El arte de los italianos —piensa Segismundo— está en el perfil; representaban con un perfil noble a los príncipes de Italia. Los retratos de Ginevra y de Lionello, del maestro Antonio, pudo verlos al hacer una breve visita a Ferrara, al palacio de los Este: Ginevra, la bella damita del castillo y el dócil anfitrión, amante de los versos… La obra: porque Pisanello ponía ya la hoja sobre la mesa. Señalaba sonriente el esbozo —no era más que un boceto— en realidad, sólo pinta lo que le parece notable en el rostro: visto de lado, los arcos de los ojos, de la

nariz, algunas arrugas, manchas de barba, podría ser la imagen fuera del tiempo, de un vagabundo o un santo. Viejo…

Con la mano se quitó el gorro imperial: ¡así! La cara de ayer, pero ahora más tranquila, más descansada, las arrugas ya no eran profundas, los ojos más atentos. El espaciado cabello de la coronilla fue cuidadosamente ordenado por el barbero y los mechones que cubrían la nuca caían hacia atrás con naturalidad. Estos ojos eran más atentos que en el otro cuadro: más vigilantes, mirando más lejos, acaso también más temibles. La tiza marca algunos trazos más, dibujando en el cuello del emperador la cruz de piedras preciosas. «Esperad, sobre esto trabajaré aún… debo traspasarlo a la pluma, con el permiso de vuestra majestad…»

No podía dirigir preguntas a su majestad, pero la mano alisó los dos bocetos, con dedos ligerísimos para no manchar. ¿Cuál? Como obligado por alguna regla de monarcas, se encasquetó de nuevo el gran gorro, con las orejeras puestas un poco hacia atrás. Los ojos del maestro se fijaron en la espléndida chupa de brocado, rodeada por un estrecho cuello de piel: su majestad estaba de verdad ya vestido, dispuesto a posar para el gran cuadro principesco, si se terminaban los bocetos. Campanas de Letrán: hoy puede trabajar Pisanello hasta el anochecer, su santidad sólo llegará mañana.

Su majestad estaba de nuevo frente al papa. Eran las dos columnas de soporte de la cristiandad: Eugenio, desde hacía dos años, heredero de san Pedro. Segismundo, hacía dos meses, emperador. No obstante, tenían que decidir sobre la suerte del pueblo de Cristo —así lo sentían— como si en todo tiempo hubieran sido ellos dos solos, los que soportaban el terrible peso. Era el último encuentro, todo tenía que estar preparado para la partida del monarca al día siguiente. Los tesoreros de la Curia habían preparado ya las arcas del dinero, en las cuales estaban empaquetados ya los oros papales recién acuñados. Títulos en Basilea, Praga, Italia, Nápoles, el peligro turco. «Circulus vitiosus», cuando terminaban con un tema, se entablaba una disputa por el siguiente. Estaba tempranamente envejecido Eugenio, con su color de monasterio, a pesar de haber nacido quince años después de Segismundo. El emperador le observaba: el santo padre era más resistente… él mismo se hubiera acostado de buena gana, o echaría una cabezadita, sentado; tenía sed, le aburría el interminable diálogo. Eugenio IV era insistente: para él no había noche o día, por lo que se refiere al cansancio. Había adquirido su disciplina en el monasterio de los Agustinos: se levantaban en plena noche, cantaban para vencer el deseo de dormir del cuerpo. ¿Qué más quería el papa? ¿En qué otra cosa podían ayudarse? Eugenio seguramente habría confesado más de

una vez a su confesor, cuánto odiaba a Cesarini y a los padres de Basilea, quienes se imponían al sucesor de Pedro. Si Segismundo alcanzara allí un buen resultado, si pudiera sujetar al Concilio en sus pretensiones de superar al papa, entonces le daría vía libre en *todos* los otros asuntos de la Curia. La santa sede ayudaba, daba dinero, aceptaba, cerraba los ojos ante todas las otras gestiones. Pero para eso había que llegar de nuevo a Basilea; y cuando aún tenía que visitar en Italia a numerosos príncipes en varias ciudades. ¿Cuándo podría volver a Buda? Cargado de coronas pero viviendo en alojamientos estrechos, sin pompa alguna, como un peregrino… vagando de tierra en tierra.

La última conversación con Eugenio, fue el acorde final de las anteriores conferencias. Así que se miraron de otra manera, casi emocionados. Sabían que entre los raros encuentros de la historia entre papa y emperador, éste había ya concluido. Estaban solos, sin notario, cura o canciller, no necesitaban a nadie, empleaban la lengua de Dante, envueltos en un silencio sólo alterado por las campanas de Roma. Aquel minuto sería memorable en la historia del Imperio, pero también en la de la Iglesia. El papa testarudo y el emperador flexible, como si hubieran cambiado los papeles. Con sinceridad, hicieron honor a su despedida.

38

LLEGA un mensajero que alcanza al emperador en la puerta del palacio de Letrán: habían comenzado negociaciones en Eger de Bohemia, entre los husitas y los delegados del Concilio de Basilea. ¿Qué es, pues, el Concilio? ¿Acaso un Imperio sobre el emperador, un Consejo todopoderoso que domina al rey y al papa? Pero por otra parte, si se pusieran de acuerdo con Praga —al menos con los calixtinos— acaso se apaciguaran los disturbios poco a poco, quebrándose la unidad de los herejes, más fáciles así de dividir, lanzando a los utraquistas contra los taboritas… Se marchó a Mantua, también en condición de emperador, para festejar el ennoblecimiento de Francesco Gonzaga y al mismo tiempo la boda de Francesco con la princesa Bárbara de Brandeburgo.

Primero visitó Rimini, Urbino, Perusa. En todas partes le recibían el *signore* de la ciudad y el magistrado, por todas partes pergaminos preparados, que llevarían la firma imperial y el sello con el águila de dos cabezas. En esas ocasiones, el conde Gaspar hacía brotar el oro con renovado entusiasmo, regateando con los tesoreros o con el *signore* sobre la suma del *lucrus camerae*.

«Vuestra majestad es el único emperador germánico a quien se le esperaba con alegría y se le despide con tristeza» —dijo el longevo Nicolás III, señor de Ferrara, fiel al papa, y cuyo antepasado se había enfrentado a Federico Barbarroja. Por eso solicitó de Segismundo, que elevara el título de Módena y de Reggio, en vez de Ferrara, convirtiendo esas dos ciudades en principados de los Este, mientras Ferrara podía quedar como feudo papal. Fueron tres días orientándose en el mar de títulos, ya iniciados en la época de Carlomagno con Azzo de Este. El señor de Ferrara es un negociador terco, pero en Segismundo encontró un buen adversario: era un placer ver a estos dos príncipes de la misma edad moviendo las piezas del ajedrez de Italia, sentados frente a frente.

Llegó a Mantua con su pequeña comitiva: ningún *signore* ni ciudad podía mantener a dos mil guerreros y aquí ya no se trataba de nuevos privilegios: Francesco Gonzaga era ya un antiguo amigo, leal al Imperio —por lo menos

en apariencia— rico, independiente. Su ciudad podía defenderse muy bien, libre de luchas partidistas. Los Gonzaga se mantenían firmes en el viejo castillo, al que los cuadros, frescos, alfombras, habían convertido en una de las más bellas residencias de Italia.

El jinete de Basilea le alcanzó en Mantua. *Cito, cito, citissime* —escribía Cesarini, el cardenal que, según sus propias palabras, quiso evitar siempre la división entre el Sínodo y el santo padre. *Urgentísimo*: en Basilea se han afirmado (así escribió) ciertas tendencias sobre las cuales no tiene poder alguno, ni siquiera el legado de antaño, el del papa Martín V: si Letrán no hace enseguida una concesión definitiva, *excomulgarán* al papa y los padres se dispersarán. Roma —y seguramente Italia— seguirían junto a Eugenio, pero en todos los otros países se renovarán las luchas. ¿Y quién elegirá entonces, dónde y cuándo —y para qué— al nuevo papa? ¿No se podría hacer entrar en razón, a pesar de todo, a Eugenio? ¡Es la última advertencia!

Jinetes en la noche: de nuevo cabalgando con el mensaje hacia Roma, mientras se afana la cancillería en Mantua. Mensajeros a Basilea: ¡Esperad! ¡Esperad con vuestras decisiones a que Nos, Segismundo, lleguemos! Pero… ¿cuándo?

Eugenio escribió seguramente su carta durante la noche y en ella admitía el derecho a la vida del Concilio, que puede tomar sus decisiones legales. Nada perjudica el derecho del santo padre a que de vez en cuando se reúnan los padres, para meditar sobre la forma de solucionar los peligros del pueblo de Cristo… Cuando Segismundo leyó la respuesta confidencial del papa, respiró. Había escrito claramente a Eugenio: éste es el último acto en que, como intermediario, puedo todavía ayudaros. *Sí o no*: de esto ahora depende todo, de una palabra clara y definitiva, santo padre mío.

La respuesta fue como el mismo Eugenio: amarga, sin cubrir con voces piadosas su retroceso. Aquí y allá dejó caer algunas palabras sobre el dolor del paternal corazón entristecido por la obcecación de los mejores, por sus cándidos errores con los que dudaban de las buenas intenciones del sucesor de san Pedro. La buena disposición para aceptar los errores de sus antecesores, las faltas de la Curia, el desgaste de las ruedas eternamente usadas, anidaban dentro del papa. Se hallaba dispuesto a prestar toda su atención a la Reforma; estaba convencido de que si el Sínodo y el papa se estrecharan las manos, sería lo mejor para la Iglesia de Cristo.

Allí estaban las palabras decisivas, definitivas. Palidecen las luces de las velas en el amanecer, es el comienzo del otoño, sobre la desembocadura del Mincio asoma el sol de Italia, una bola roja como la sangre.

Mientras cae finalmente —en un sueño que es casi un desmayo— Schlick selecciona la comitiva: no había tiempo para que el rey romano se llevara consigo toda su gente, soldados, cocineros, cortesanos. No había tiempo para cargar sobre mulas los palanquines, y caminar lentamente por los caminos de las montañas. No había tiempo para nada si no quería que el Concilio emprendiera el camino fatal, excomulgando al papa, haciendo caer todo lo levantado por Segismundo durante decenas de años. *Cito, cito, citissime* —escribió Cesarini… Por la noche se despidió de Mantua, entregó un obsequio a Bárbara de Brandeburgo. «¿Qué séquito llevamos, majestad?» preguntó Gaspar, temiendo que otra vez hubiera toda una muchedumbre obstruyendo el camino, tragándose el dinero. «Vamos a ser veinte nada más, no llevaremos ningún equipaje, solamente dinero y caballos. Nos marchamos al amanecer.»

No hacía falta ayudar a montar al hombre de sesenta y cinco años: llevaba un traje de cuero, su gorro de piel, pesadas botas, capa de cuero. Su majestad es un eterno viajero, sabe que —desde ayer— es sucesor de Augusto, Diocleciano, Trajano, Constantino, Carlomagno. Otón, Barbarroja, pero ahora se limita a inspeccionar como cualquier jefe de patrulla: solamente eran veinte, aquel era todo el séquito. Cabalgaba con ellos un médico, también joven. Sólo el emperador no tenía edad, podría, por lo menos, ser el padre de ellos: no solicitaba ayuda, saltó a la silla. Sable, puñal, pico húngaro en el arzón, guantes de jinete hasta el codo; contaban con tres caballos para su majestad. La corte de Mantua se reunió en la Reggia, pero no hubo despedida solemne. Cuando el heraldo del emperador desplegó la bandera con el águila de dos cabezas, sonó el clarín de los músicos en la torre de Francesco. En el mundo matutino de las lagunas del Mincio se oyó largo tiempo el saludo retumbando tras ellos, desde la torre. No se marchó, pues, de total incógnito el señor del mundo cristiano, como estaba planeado. Llevaban poco equipaje, sólo lo indispensable cargado en los caballos de tiro: lo indispensable era, naturalmente, los escudos de oro y los denaríos de plata; Gaspar Schlick guardaba además, cartas de reconocimiento de deuda de los prestamistas de Basilea, para cobrarlas. El equipaje era, pues, ligero, el viaje, más seguro.

Los cronistas precisaron que el viaje a caballo de Segismundo a sus sesenta y cinco años, de Mantua a Basilea, duró ocho días. Esa velocidad era increíble, pues tuvieron que pasar por las grandes montañas, y el viaje a través de los Alpes, en otoño, se parece al de invierno. Iban eludiendo Lombardia —el principado de Visconti—; con Filippo Maria nunca se sabía cuáles eran sus intenciones, si de paz o de guerra. Venecia era en aquel momento amiga: la Signoria mandó dos mil ducados como subsidio a su majestad, sin

condiciones: la Serenissima quería asegurarse así —por lo menos por ahora— que Segismundo no reivindicara las ciudades dálmatas, ni como emperador; principalmente aquellos lugares que la república de San Marcos había comprado —también de pérfidas maneras— a Ladislao de Nápoles, pretendiente al trono. El equipaje se hizo más pesado con los dos mil ducados: se necesitaron dos nuevos caballos, para cargar con los cequíes guardados en gruesos sacos de provisiones.

No se detuvieron en ningún sitio: los miembros del séquito, principalmente los caballeros más jóvenes, le pedían en vano que se cuidara. Cuando desmontaba para un descanso de una hora y cumplir sus necesidades, casi se doblaba, tardando minutos en enderezarse. Pero una copa de vino y un bocado de pan bastaban para animarle el rostro. Le encantaba escuchar las canciones de los jinetes; con su enorme cuerpo se echaba sobre la piel de oso, se dejaba cubrir con la otra piel, lanzaba un enorme ronquido después de las primeras respiraciones y la tierra parecía temblar, mientras los jinetes se sacudían el polvo de leguas. Pensaban en sus padres: ancianos sin dientes, calvos, temblorosos… Segismundo dejaba de roncar, se sentaba, borraba de sus ojos el sueño de una hora. Había que seguir: delante tres jinetes de avanzada con un guía, conocedor de la región; después pasaron por un pequeño bosque, bajaron desde la bruma, cruzaron un desfiladero, aguardando cuando un silbato avisaba que se veía una nube de polvo: ¿de qué serví, rían veinte hombres contra una tropa? Conversando entre ellos les parecía una provocación a Dios este atrevido viaje. ¿Por qué tenía que apresurarse tanto el emperador? Sólo él podía saber para qué debía de llegar a fines de mes al Concilio, un día antes de la fecha tope: si no llegaba entonces la respuesta tranquilizadora, lanzarían la excomunión borrando a Eugenio IV de la lista de los papas, como pasó con Juan XXIII y Benedicto XIII. Por eso tenía que galopar el embajador de paz del santo padre, el mismísimo egregio emperador. Si de nuevo el mundo cristiano se dividiera en dos, no habría ayuda contra el turco ni pacto con Praga. Los husitas se tomarían presuntuosos y exigentes, si hubiera un nuevo Cisma. Y si esto sucediera, ¿cómo esperar la unión, anhelada desde 1053 con los griegos? El día en que el patriarca de Constantinopla, como asimismo el papa de Roma, retiraran la excomunión que había sonado primero en Bizancio de labios romanos, y después repetida en Santa Sofía por el patriarca de antaño, Miguel Kerularios… El jinete mira en torno suyo: puede que ni Gaspar Schlick, que cabalga a su lado, haya oído jamás nombrar a Miguel Kerularios.

Van disminuyendo las leguas: ese mundo italiano en su brillo tardío, se parece a un teatro infinito, con el escarchado esplendor de sus mañanas, las bayas maduradas en rojo sangriento y los cantos de los pájaros. Seguir, seguir, en alojamientos provisionales, en guaridas de peregrinos, cuartos de tabernas, por breves horas. Los veinte habían jurado mutismo absoluto, nadie debe de saber nada, ni quién es ese hombre alto y de edad avanzada, que podría ser el padre de ellos. Seguramente por eso se inclinan respetuosamente ante él, le vierten primero en su copa el vino que habían comprado por el camino: no llevaban barril, no tenían ganado, sólo dinero. El señor de la cara afeitada a quien llaman Domine Gaspar —de común acuerdo, como también eluden la palabra «majestad», por deseo del emperador— es el que abre la mochila, se nota que es un señor rico. Claro que también sospechoso: que no son tropas libres es evidente, también se les oye hablar en lenguas desconocidas, alemán, eslavo, la mayoría de los de coraza de cuero eran húngaros. Unas pocas horas en el albergue, echar el vino en los odres —si era aceptable— cargándolos sobre las mulas. El cequí de Venecia era el mejor dinero en esos lugares: pagan con oro de San Marcos, con dinares, con monedas de cobre.

Si llegaran a Basilea antes de fin de mes, habría tiempo para todo. También para una entrada solemne, de emperador. Cuando estaban ya en Suiza, entre los cantones, pudieron quitarse los trajes que parecían de disfraz: no había que temer asaltos, ni que Filippo Maria o la Signoria de Venecia cambiasen de postura. Cuando estuviese en Basilea podría calmar a los húngaros descontentos, que a duras penas aguantan que su rey pase años ausente. En Basilea, su delegado Nicolás Garai y el obispo de Pécs, sabían ambos que podían emprender el regreso con su señor.

Montañas: de las tierras italianas sólo se pudo salir por estrechas quebradas, picos nevados, como lo describe Tito Livio, como pasó Aníbal con sus elefantes. La naturaleza les favorecía, no hubo avalanchas, ni heladas, ni tormentas de nieve, era un mundo montañoso y casi sin viento, al mediodía, con un fuerte sol; entonces se despojaban de sus pesadas capas de cuero. Durante esos días difíciles, los del grupo fueron congeniando entre sí, su majestad conocía a todos por su nombre, su cara, hablaba con todos y ellos sabían que si por la gracia de Dios, llegasen a tiempo y sin problemas a Basilea, obtendrían una bonita suma y podrían solicitar también el espaldarazo, lo que es igual que un título noble y eterno. A la sombra del poderoso padre imperial, entre campos nevados, como fantasmas que cabalgasen… Aquí ya les alojan en nombre de la piedad en ermitas, conventos. Cada uno de los dos escribientes, cuando le tocaba el turno,

restregaba sus manos heladas para escribir la carta de privilegio surgida de la gracia del emperador: los cancilleres notaron que su majestad había cambiado desde que llevaba el águila bicéfala en el escudo. Se había hecho más suave, como contagiado de la canónica devoción romana; y sólo profería tacos cuando montaba en cólera, y entonces siempre en húngaro. Al calmarse, explicaba que ninguna nación es capaz de blasfemar con tanta perfección y adornando tanto sus tacos, pero sin aludir ni a la Virgen ni a los santos celestiales…

Tuvieron que soportar una tempestad pasajera: los caballos temblaban, había que estar con ellos, calmarlos; después pasó la furia del cielo y empezó una lluvia persistente. Se abrocharon las capas de cuero, la lluvia lavó sus rostros; luego, mientras descendían por las pendientes, comenzó a helarse todo cuanto había caído del cielo y dejaron detrás también ese mundo plomizo. Si al ocaso podían descansar en algún claustro, entonces pasaban toda la noche, había tiempo. Desde allí enviaron los dos jinetes a Basilea. Segismundo escribió personalmente la carta dirigida al cardenal Juliano y a Nicolás Garai. Ahora reía burlón: su cuñado, ¡seguro que se hubiera resistido a efectuar semejante cabalgata! En la estrecha cama monacal, casi no podía estirarse: trajeron un banco, lo cubrieron con pieles; era un lecho duro pero sano el que sostenía a su majestad imperial.

La distancia hasta Basilea era cada vez más corta pero también más difícil: no valía la pena confiar a Schlick que le dolía mucho la columna vertebral y —si había de durar muchos días la infinita cabalgata— también a él le lastimaría la silla de montar en salva sea la parte, como a todos los demás… Ríen amargamente, el cirujano cura las posaderas heridas. Por suerte, ésta, es su tarea más importante; no era para eso que había traído ungüentos, pomadas. El conde imperial, el herrero, el estudiante, el furriel, se sientan a la misma mesa que el emperador, beben el mismo vino, sólo que su majestad romana saca primero el vino del recipiente y después ellos. Daba lo mismo.

Por la tarde del penúltimo día se acercó a ellos una patrulla montada: eran de Basilea, traían el escudo de la ciudad. Cuando el Consejo les envió, nadie tomó en serio el anuncio hecho por Segismundo desde Mantua: sin embargo, si el Señor así lo dispone y el nuevo emperador trae consigo la rama de olivo, merece la mayor campanada que jamás recibiera un césar. Cuando llegase su majestad a la frontera de Basilea, debería esperar allí, vestirse de gran gala porque el pueblo querría recibirle en procesión, para exaltar a quien, si fuese

un mortal corriente, por su edad sólo debería ocuparse de sus asuntos terrenos.

El mensajero se arrodilló besando la mano del emperador. Los ojos del soberano se veían llenos de venillas sangrientas, su piel estaba tostada, tenía colores; entre los jinetes no había ningún barbero para recortarle la barba y el cabello. Por la mañana, los frailes trajeron una bañera de cuero, como por arte de magia, a su celda, la que también resultó ser corta, no obstante, pudo quitarse el polvo y el sudor de los siete días… Los delegados de Basilea admiraban su traje de cuero, deshilachado, la capa ya sucia, pero principalmente se fijaron en las botas de su majestad: a decir verdad no anduvo mucho a pie, pero en algunos tramos era más conveniente conducir a los caballos de la brida. Una piedra afilada había rajado una bota al perder el equilibrio: tenía un agujero que, sin tener nada mejor, arregló el cirujano con un apósito y un trozo de cuero. El notario preguntó qué necesitaban para la entrada: su mirada se detuvo en las botas, el monarca comprendió y rio de buena gana.

El concejal, que era maestro del gremio y teniente de los guardias municipales, contempló comprensivo el calzado roto de su majestad romana y, a pesar de que aquella no fuera su profesión, tomó a ojo la medida de los enormes pies imperiales. «Todo saldrá bien, majestad», dijo en el dialecto alemán de Basilea, que Segismundo comprendía aunque con dificultad: no era fácil dominar la lengua de los suizos.

A cinco leguas de la ciudad, en otro claustro, instalaron la última residencia del viaje: llegaron las notabilidades menores del Concilio para allanar los obstáculos de la ceremonia de entrada del día siguiente. Pronto llegó también Cesarini. Cuando señalaron la carroza de Juliano, llegó también el concejal magistrado que había estado por la mañana: saludó junto con dos zapateros a su majestad —los dos maestros vestidos de gala— llevando tres pares de zapatos y dos pares de botas al soberano, como regalo del gremio. Trajeron también hormas consigo, por si se hubiera equivocado el concejal y los calzados apresuradamente hechos apretasen los dedos de los pies imperiales. Uno era un poco estrecho, pero sólo oprimía su juanete lastimado, los otros pares eran dignos del arte de los zapateros de Basilea. Rechazaron con sonrojo el dinero y sólo pidieron que su majestad recordase que ellos habían sido considerados dignos para este servicio. Segismundo, pavoneándose en su cómodo y hermoso calzado de cuero, dictó una carta de privilegio nombrando artesanos de la corte al gremio de los zapateros de Basilea.

Ya estaba frente a él Juliano Cesarini, el prelado en quien Segismundo veía al futuro santo padre: era un italiano alto, de cara afeitada, nariz aguileña, con una sonrisa un poco irónica oculta en el borde de los labios, de mirada franca, en contraste con el papa Eugenio a quien no le gustaba ninguna forma del buen humor. Era el primer encuentro que tenía con Juliano desde que llevaba la corona imperial, no se estrecharon las manos, sólo se inclinaron los dos; Segismundo expresó, con las acostumbradas frases latinas, su alegría, invitando a su visitante a una salita más pequeña donde les esperaban jarra y vasos. Puso un centinela ante la puerta para que nadie pudiera escuchar: los jinetes húngaros no entendían el italiano, idioma en que conversaron el soberano y el cardenal. Antes de sentar a su huésped, le abrazó; el mayor honor que podía conceder la «Sacratissima Maestas» a un mortal que no había nacido entre púrpura…

Surcos profundos en ambos rostros: no se habían visto desde hacía tres años, Juliano sobrevivió al pánico del ejército junto al Tauss, la huida insensata, acosados por los checos, cuando desde lejos —ni siquiera les podían ver todavía— la nube de polvo delató a la escuadra de carruajes que se acercaban. Aquella huida frenética y sin aliento, la carrera a toda velocidad, aquel ruido, los gritos de los heridos aplastados, el huracán de las emociones humanas, ¿cómo podría olvidar todo eso alguna vez? Nunca había visto un husita, porque antes de que hubiera llegado la avanzada de Prokop salvaron ya al cardenal del tumulto, pero el pánico le arrastró a él también cuando las patrullas enviadas hacia adelante volvieron con la alarma: ¡Vienen los taboritas! ¡Nadie quedará vivo, nos degollarán a todos!

El cardenal escrutó a su vez el rostro de Segismundo: ocho días —ya lo sabían en Basilea— para que llegara de Mantua a Suiza el jinete solitario…

—Veo a vuestra eminencia con buena salud…

—¿Puedo rogar a vuestra majestad la antigua gracia de llamarme por mi nombre?

—Juliano: ¿Es posible rebelarse contra la decisión del Señor? Está aguardando a que deploremos nuestros pecados; solamente entonces dejará que venzamos a los bohemios.

—Majestad, quisiéramos suprimir esa falta. Pero yo no dirigiré otra cruzada contra cristianos, nunca.

—Más bien… ¿contra los paganos?

—Gustosamente, majestad.

—Nuestros planes se encadenan como eslabones, sabes que el papa ha cedido, sabes que tuve que tratarle como quien quiere doblar un viejo roble.

Negocié con él por lo menos veinte veces, casi cada día. Juliano, la gota ha horadado la piedra, acabé por cansarme: esas horas en el Laterano a solas con aquel hombre terco, me destrozaron más que esa cabalgada por las montañas, pero os he traído la rama de olivo. Es justo que ahora, vosotros, los de Basilea, lo agradezcáis proclamando la cruzada. Contra los turcos y los husitas…

—¿Puedo interrumpir vuestras palabras, Majestad? Puedo informaros que han comenzado las negociaciones secretas en Eger, porque muchos de los calixtinos anhelan volver a la antigua fe, la verdadera absolución. Están hartos de los taboritas, se lo gastan todo en guerras, el señor ya no es un señor y el sirviente no sirve como tal, tienen que entregar la mayor parte de su cosecha a los graneros de Prokop, dinero, caballos, carros, grano. Se apaciguarían inmediatamente.

—¿Qué consideran para el arreglo?

—Nuestra ley no prohíbe la comunión bajo dos especies, puesto que se hace con palabras de Jesucristo. Ahí podríamos’ ceder, pero no es ésta la cuestión más importante.

—¿Dónde tendríamos entonces que ceder?

—Majestad, nosotros no podemos derrotar a los husitas, sí les atacamos, sólo lograríamos unirlos más. Nosotros también habíamos llevado cuatro mil carros con el ejército. Federico Hohenzollern hubiera llorado si supiera que sólo se salvó la décima parte. La mayor parte de los animales también murieron porque no podían detenerse en la carrera. Salimos con ciento cuarenta mil hombres…

—Todavía suena en tus palabras la derrota…

—Los hombres de Prokop clavaron secretamente durante la noche a las puertas de las iglesias de Basilea la declaración de los checos, en cuanto hubo llegado la noticia de la derrota. Ellos lo supieron dos días antes. Pero majestad, ese juego tiene también otra cara: sabemos categóricamente que ese país ha llegado al final de sus fuerzas. Toda su población consta de tres millones y medio, y éstos se han enfrentado con toda la cristiandad. Los que no estaban totalmente ciegos reconocieron que no se podía continuar así mucho tiempo. Negociarían… Dicen que los campesinos, los carreteros, los artesanos, todos trabajan solamente para Prokop, no hay quien se ocupe de las tierras; la mayoría de las minas están en manos de los germanos, los mineros escarban sin entusiasmo la profundidad de la tierra: ya no tienen nada, solamente lo robado por aquí y por allá…

—Si pactáramos, ¿seguiría Rockyczana como arzobispo de Praga?

—Muchos están contra él en Basilea: ¿un hereje a la cabeza de la diócesis superior de Praga, sólo porque habla con palabras más suaves que las de Hóly Prokop? Majestad, tengo además noticias de que pronto partirá una delegación de Praga hacia Basilea. Rockyczana se ofreció… podría ser él uno de los que la dirigieran.

—¿Y el otro?

—¡Prokop!

Hubo un silencio. Había que mirar ahora el fondo de la copa. Durante la cabalgada, había bebido poco el emperador no quería llegar a ser como su hermano Wenceslao, que al final de su vida apenas estaba sobrio unas pocas horas.

—Estupenda noticia: ¡los checos vendrán a Basilea! Si llegamos a un acuerdo con ellos, Juliano, el Concilio proclamará la guerra santa contra el turco. No volveré con las manos vacías a mi país: estamos recibiendo cada vez más noticias sobre la indignación de los húngaros. Escriben como si yo no fuera ya rey…

—Acabamos de librarnos —si nos libramos de verdad— del taborismo y el calixtianismo; podemos, pues, empezar de nuevo. Pero todos los deseos de vuestra majestad pesarán en la balanza del Concilio como si fueran órdenes.

—¿Aceptarías de veras, Juliano, ser el legado contra los turcos?

—Mi vida es del Creador, no puedo dar otra cosa.

—Rezo por una larga vida a Eugenio; hasta entonces no cambiarás tu nombre, Juliano.

—Vuestra majestad comete casi un sacrilegio… ¿Cómo podría pensar siquiera este humilde siervo del Señor, en el pontificado?

—En cuanto pactemos la paz con el Sínodo y con los checos, ¿vendrías como delegado a mi ejército húngaro, Cesarini? Si entretanto te conviertes en papa ¿prometes proclamar la santa guerra? Los húngaros esperan *esto* de mí. Recibo cada vez peores noticias: Hermann Cillei teme por Eslavonia; acaba de dimitir de su título de *Ban*; los Frangepán han visto en el Adriático naves con banderas paganas.

—Lo prometo, majestad.

—Tu promesa te obliga también para cuando yo… no pueda ya dirigir el ejército. Si me llamase el Señor, si cayera enfermo y anciano…

—Lo prometo, majestad. Allí iré. Mientras viva cumpliré con mi promesa.

Cayó la noche sobre Basilea, los dignatarios del Concilio seguían negociando; meditaban sobre la entrada del emperador a la mañana siguiente. ¿Quién y de qué manera saludará a la *Cesarea Maestas*? No es lo mismo si

quien hace su entrada es el emperador de Roma que si se trata solamente del rey alemán elegido. ¿Quién pronunciará el discurso, qué obispo o arzobispo? ¿Quién será el orador entre los príncipes?; ¿quién hablará en la casa consistorial? Se encontraban en la noche, en el Ayuntamiento de Basilea. Un velo de neblina, blanca como la leche, desciende sobre la ciudad.

Se estaba probando las bonitas botas nuevas: sientan bien a la real capa que dejó entonces en Basilea. Lo que faltaba aún de la pompa, lo adquirirían por la mañana los hombres de la corte. Segismundo estaba apegado a su caballo con el que hizo el extenso viaje: el caballo descansaba hacía dos días, le alimentaban bien después del escaso forraje de antes. El jefe del establo dio parte de que su majestad podía montar tranquilamente: el caballo tenía afecto a su amo, sabía que quien le montaba era el primero de los hombres.

Cama blanda; no ya un banco duro cubierto de pieles, ni una puerta, ni el suelo a la entrada de una cueva. Puede que hubiera bebido más de la cuenta del néctar prohibido por el médico. Había caído en un profundo sueño, como si con ese sueño consiguiera borrar las duras noches. Despertó fresco, juvenil; en la bañera, el agua caliente; un barbero le recortaba la barba, el pelo y las uñas. Le untaron el cabello con nardo, su barba adquirió brillo; ya parecía más majestuoso el afeitado rostro. Cambió su ropa interior por otra de seda, regalo de los de Basilea. ¿Acaso solicitarían también por el obsequio algún privilegio?

Dos días después vencía —ahora lo había descubierto— la prórroga de los noventa días que había ofrecido el Concilio de Basilea como última concesión al papa Eugenio. No hubiera podido capitular más dignamente su santidad que pidiendo al emperador romano que alzara un puente de oro entre la Urbe y Basilea. Si aquello resultaba, se facilitaba la cuestión de la cristiandad: podrían ocuparse de resolver la herejía checa, y acaso le quedara tiempo al Concilio para preparar la unión religiosa con el emperador Juan Paleólogo.

—Si todo marchase así, según nuestros deseos, Gaspar, no nos quedaría otra preocupación que el turco. Si tuviera veinte años menos…

—El Señor no habrá dejado colocar en vano cuatro coronas reales y una imperial sobre vuestra cabeza. Jamás tuvo príncipe cristiano alguno tanto poder como vuestra majestad. Pero con todo ese poder, debéis cumplir con lo encomendado por el Señor.

—«Cuatro coronas reales y la corona imperial», dices. Pero si pienso de dónde podríamos sacar esos dinares delgadísimos como escamas, para arrojarlos, en la entrada de hoy, a las gentes de Basilea, ya te oigo decir: «la tesorería está vacía». Estamos en deuda también con los jinetes que nos

acompañaron, a los que podemos agradecer que hayamos llegado sanos y salvos a Basilea.

La delegación del magistrado rogó a su majestad que montara, para dar comienzo a la solemne entrada: la ciudad le esperaba con cariño; nunca se habló en los anales de Basilea de parecida emoción. El rostro del monarca estaba hoy más sereno; la noche había borrado algo los surcos; su actitud era también más erguida. Ya no recordaba que por la mañana, cuando sentía el dolor, tenían que frotarle la cintura, sus pies se hinchaban en las viejas botas, su mano temblaba ayer al alzar su copa de vino. En el patio del convento se hallaba la gente habitual: sirvientes, arqueros, delegados, curiosos. Si alguien quería ver a su majestad romana, nadie se lo impedía; el cura del pueblo dibujaba la cruz en el aire al pasar el emperador junto a él, y Segismundo se descubrió inclinando la cabeza. Los de Basilea lo comentaban entre ellos: «cuántas cosas habría vivido ya este anciano…». Después, le contemplaron subir al caballo con el gesto primitivo de los jinetes expertos y ágiles, sin tocar casi al maestro caballerizo. Al sentarse en el lomo de su querido y leal caballo se sentía fuerte, empuñando con seguridad la brida, con sus guantes de gala bordados con águilas. Las pesadas insignias imperiales las recogió al llegar a la frontera de Basilea, donde ya oía las campanas y los morteros disparados en las torres.

Octubre le recibió con un sol débil, pero no llegó a estropear la solemne marcha ninguna lluvia, ninguna niebla. Sentía la emoción del momento, como el protagonista de un gran drama. Él, Segismundo, la figura principal de la época… en torno suyo se desvanecían los demás actores.

Cuando llegaron a un tiro de ballesta de la ciudad engalanada, se hicieron oír los músicos de la torre con sus enormes clarines, después como trueno de acompañamiento, el retumbar de los cañones del municipio. El jinete real vio los fogonazos, brotar la llama blanca expulsada por la fuerza de la pólvora y redondearse una nube de humo que también se dispersó mientras sonaba otro gran mortero.

Cuando el concejal de Basilea le expuso que la *civitas* quería festejar así la feliz vuelta de su majestad, no tenía ya ánimos para resistir otra nueva ceremonia; pero ahora, al ver a los hombres armados, su variado colorido, los guerreros formando tilas, las mitras de los arzobispos, tanta tela blanca, legiones de mozos y doncellas saludándole con flores y siemprevivas; las delegaciones y tropas de guardias de los príncipes eclesiásticos bajo banderas; tras ellos, notabilidades suizas en hermosas cabalgaduras, embajadores llegados hacía pocos días, en solemnes trajes negros de gala, sonrió feliz.

Desde la silla de montar podía observarlo todo. Fue un breve descanso porque después le ciñeron la corona, cubrieron sus hombros con una suntuosa capa, mientras sostenía en su mano el cetro que simbolizaba el Imperio.

¡Qué distinto era aquí todo, qué distinto a las ciudades de Italia! Eran otras las tradiciones, la manera como los municipios se hacían países, la anatomía de los cantones. En Italia era la letra, la palabra de la Mater Música, un juego, una luz, una fragancia; la dicción y el traje casi no distinguían al actor del soberano; los banquetes y bailes alternaban con las asambleas. Como si en Suiza todo se volviera del revés; rostros fríos; algún que otro caballero con pesada coraza, que en tierras italianas ya se habrían despojado de ella los señores. Las caras aquí eran en su mayor parte barbudas. Las damas, solamente podían curiosear a través de las ventanas; por las calles casi no se veían mujeres. En la ciudad del Concilio, los prelados reprobaban, de una sola mirada, todos los vicios mundanos.

Mientras escuchaba la oración del juez de la ciudad, quien le mirase con atención habría podido observar que los mudos labios del emperador parecían decir algo: los bien informados sabían que estaba memorizando. Sólo entreoía, con escasa atención, al orador de Basilea mientras se preparaba a entregar la rama de olivo traída desde Roma, en la última hora del conflicto entre papa y Concilio.

39

EN LA medida que era posible para el soberano, durante los meses de Roma había tomado cariño al papa veneciano, Eugenio. Carecía el pontífice de todos los defectos humanos en cuanto al amor propio, el lujo, la ambición de poder… El papa se había convertido en un enamorado de la Urbe, a pesar de que varias veces tuvo que huir de Roma a causa de los Colonna, por intrigas y luchas con los barones. Cuando Eugenio IV pudo sentir con todo derecho que su deber era mantener al mundo cristiano como un nuevo Atlas, se decidió a defenderlo contra paganos, descreídos y husitas.

El monarca presintió en Eugenio la pureza del alma, la ausencia de todo orgullo principesco, su deseo de servir, de reconstruir la Roma en ruinas, ofrecer un destino humano a la *Civis Romanus*. Mientras duraron los regateos entre Segismundo y Eugenio —cuando el cardenal Lucio Conti, confidente del santo padre, repitió ya durante sus conversaciones de Siena, que jamás había tenido la Iglesia un sumo pastor más sosegado, más humano que Eugenio— entonces no le creyó. Tenía miedo de los venecianos, especialmente de aquellos cuyas fechas de nacimiento fueron subscritas en el registro civil de la Serenissima. Cuando se apresuró a salir hacia Basilea, le pareció a Segismundo que cumplía una misión suprema, humillándose ante los clérigos siendo mayor que el papa, para pedir que se reconciliasen la totalidad de los padres del Concilio con el pontífice. Ello era necesario para emprender la lucha contra los turcos y para destacar el poder de la Iglesia universal frente a los husitas. Naturalmente, tuvo que aguantar días, en esta o aquella ciudad, fortaleza, puerto, para esperar tantos regalos y subsidios; ingresos por algún nuevo título o privilegio, hasta poder proseguir el viaje, pese a llevar sólo una comitiva menor de lo que le hubiera correspondido a un «Signore» italiano. Así llegó en el día 13 de agosto de 1433 a Basilea, donde, aunque repicaran las campanas, sólo vinieron a saludarle algunos cardenales.

Segismundo, para expresar su deseo de renuncia a todas las galas imperiales, se dirigió, en su atavío real, directamente a la sede del Concilio,

donde desde la mañana discutían los padres del Sínodo, encantados con la belleza de su propia elocuencia.

En Basilea todos hablaban una lengua que no era la materna de ninguno y que hacía un milenio que se había borrado del recuerdo de los hombres como lengua viva. Todos hablaban en latín, tenían que contestar improvisando cuando les dirigían alguna pregunta, cuando tenían que defender una declaración, cuando solicitaban o cuando acusaban. Navegaban en torno a los amenazadores escollos de una lengua muerta: jamás dijo nadie abiertamente lo que verdaderamente pensaba. Como si recitaran lecciones estudiantiles, uno citaba frases de Cicerón, otro se pronunciaba con los primitivos padres de la Iglesia. Eran eclesiásticos: sólo de vez en cuando, surgía algún clérigo, secretario de un purpurado. Como Eneas Silvio Piccolomini, de Siena, que no aspiraba a convertirse en papa —todavía— pero se movía por todas partes como en su propia casa, tanto entre cardenales como entre doctores; conocía a todos, ayudaba gustoso en la redacción de algún texto latino, en el pulido de una frase.

Piccolomini tenía veintiocho años y fue testigo presencial cuando se abrió la puerta principal de la catedral de Basilea, y el emperador de la cristiandad, con su enorme estatura, salió renqueando un poco. Decoro principesco, mirada bañada en sonrisa, gestos magnánimos.

El primer objetivo de Segismundo era el Ayuntamiento: impedir el peligrosísimo rompimiento. El primer paso hacia la reconciliación lo había dado ya Eugenio el pasado febrero, al reconocer en su bula «Ad sacram Petri sedem» al Concilio de Basilea, gracias a la insistencia de Segismundo.

Nada estaba más lejos de su majestad que ese meticuloso detallismo con el que les gustaba jugar a los doctores. No hubiera podido seguir el alud de las interpretaciones, ya que Segismundo, durante sus agitados años jóvenes, apenas había podido estudiar teología. No entendía de disputas confesionales pero, como asistente mudo a tantas discusiones, conocía las tesis y podía leer en las emociones humanas. No hablaba «la lengua de los doctores», pero a pesar de ello su latín era fluido, a veces elocuente, según el fraile Juan Montisoni, testigo y cronista que describió así al emperador: «magna cum instantia suplicavit, ora propio, manibus junctis…». Hablaba con gran ardor, como si suplicara, con palabras propias y las manos unidas…

Esta vez Segismundo no había venido a Basilea sin contar con ayudas: el mayor poder mediterráneo —Venecia— se había convertido en su aliado ocasional. La Serenissima —en su lucha contra Visconti— necesitaba tanto del apoyo del papa como del emperador. Por eso en Basilea se unieron al

emperador dos delegados de Venecia: Andreas Donato y Francesco Capodilista. (Al primero, pronto le dio el espaldarazo el emperador, mientras que el querido Capodilista recibía el título de «conde del Santo Palacio»). Algunas personalidades del Concilio desaprobaban la amistad imperial y veneciana, como el cardenal del «in vincoli», quien durante el ardor de una disputa no tuvo reparo en echarle en cara a su majestad, que el papa y los venecianos le habían *sobornado*. Eneas Silvio, que presenció esa escena, anotó además que Segismundo, «oyendo la acusación prorrumpió en lágrimas». Puede que esta emoción excesiva, fuera ya signo de vejez.

En la primera jornada Segismundo obtuvo un aplazamiento de ocho días. Se lo consideró como una deferencia del Concilio para complacer el deseo del emperador, aunque sólo fuera por tan breve tiempo. ¿Qué importancia tiene una semana, ocho días, en la corriente de los grandes acontecimientos?

El emperador de pies doloridos se quitó por la tarde las calientes pieles de oso y salió «como persona particular» —así lo describe el cronista— hacia las residencias de los cardenales rectores del Concilio, para convencerles de que estaban actuando erróneamente según el punto de vista de toda la cristiandad, al insistir en echar del trono a Eugenio. ¿Cómo podrían esperar que el santo padre se inclinara ante la decisión del Concilio, cuando tenía a su lado al emperador, a Venecia, a buena parte de las potencias italianas, al rey de Inglaterra? Cuando la persona a la que visitaba vivía cerca de la residencia imperial, Segismundo iba a pie o se dejaba llevar en andas. Por consejo del médico, sólo debía montar a caballo cuando sus dolores se hubieran calmado. Si le hostigaba la gota, llamaba a su cama a los que *el cronista* denominaba «*ora tores principalis*», manteniendo muchas veces hasta medianoche conversaciones confidenciales a las que seguía un corto descanso, porque Segismundo —cuando el Concilio celebraba sesiones— se presentaba pronto. En estos casos, él mismo presidía, descansando su pie dolorido en un banco, pero con traje de gala y capa real. La disputa proseguía justamente sobre la manera de actuar de los delegados del papa y su jurisdicción; en lo cual intervenía Segismundo, a veces con buenas palabras, otras, con ira. Si cerraban las puertas ante los enviados de su santidad, no habría esperanzas de reconciliación. Segismundo cambiaba las fórmulas con gran sentido político, con su experiencia de decenios. Al encontrarse enfrentado a intenciones hostiles, amenazó al Concilio: les dejaría allí mismo, volvería a su patria, Hungría, donde le esperaban con ansiedad, donde le querían sin el rencor que mostraban los padres de Basilea.

Por la tarde y por la noche, nuevas conferencias, negociaciones secretas, verdadera olla de brujas, como si el maestro de ese mecanismo hubiera sido Segismundo. Cada día brotaba alguna desavenencia inesperada, alguna dificultad con la que no se había contado: así pasó con los derechos del príncipe borgoñón: sus enviados fueron elevados al rango de delegados reales por derecho de costumbre, designándoles sitio junto al banco imperial. Contra esto protestaron los delegados de los reyes franceses e ingleses. Segismundo consideró también exagerado el favor concedido al monarca de Borgoña, pues superaba con creces los privilegios de los delegados de príncipes electores germanos. Seguramente debió de tener algo que ver Segismundo con el hecho de que, en ocasión de una reunión solemne, los de Borgoña buscaron en vano sus asientos: sus bancos habían sido volcados, destrozados, pero la queja sólo se registró en la cancillería, y nadie se apresuró a ponerle remedio. Su majestad envió a los borgoñones al príncipe bávaro Guillermo, protector del Concilio. Tempestades parecidas pasaban frecuentemente por el Sínodo, a pesar de sentir todos que ahora estaba en juego el bien de la cristiandad.

Pleno diciembre: dentro de pocos días, el cumpleaños del Redentor. En Basilea celebraban un torneo los príncipes y notables reunidos, en el que rompieron lanzas los borgoñones ofendidos. Al gran acontecimiento no podía faltar el emperador, quien contemplaba con envidia a los caballeros que actuarían en la liza. Aunque ya no rompía lanzas, después del torneo su egregia persona entró de incógnito en la posada «Zur Mücke» para el brindis: según el boletín confidencial del día siguiente en el Ayuntamiento, la «Cesárea Maestas» pasó algunas horas en un cuarto de la posada cuidadosamente vigilado, en compañía de una moza de mala vida, pero de singular belleza…

A pesar de que su santidad había retirado la bula de disolución, el papa no vendría a Basilea a invitación del Concilio; sólo convocaría para el siguiente año, un nuevo Concilio en Italia, aunque probablemente no como una prolongación del de Basilea. La sede del nuevo concilio sería Ferrara; los Este, como vasallos papales, abrían gustosos sus puertas a Europa. No obstante, Eugenio aprobó la Reforma, a pesar de que nadie entendía lo que quería decir con sus frases tradicionalmente oscuras, sobre la renovación «en la cabeza y en los miembros igualmente», que fue como dijo el papa a los obispos. Al mismo tiempo, no se olvidaba la reclamación de los padres franceses para que el papa volviera a fijar su residencia en Avignon. Por otra parte, en Roma no se podía hablar de seguridad pública mientras acecharan guerreros alrededor de la Urbe y mientras en la Ciudad Eterna fuera

Vitelleschi, convertido de jefe de bandidos en arzobispo, quien administrara la justicia a su gusto.

Inesperadamente, el emperador recibió apoyo del lado menos pensado: Nicolás de Cusa, nacido a orillas del Mosela, era uno de los campeones del Concilio que negaron la superioridad del papa sobre los padres allí reunidos. También atacaba la autenticidad del documento de fundación de Constantino, quien legalizó la soberanía laica de los papas. Su obra más importante —que pasó por las manos de todos los miembros del Concilio— era la *De concordantia catholica*. Pero en la medida que estaba junto al Sínodo, el de Cusa exigía también que se organizara la nueva cruzada contra el turco y se soldara por fin —si bien al precio de concesiones— la unión greco-latina. Juliano Cesarini, quien ahora quería eludir la ruptura con Eugenio, vio la solución en Nicolás de Cusa, reconociendo el especial don diplomático del joven «magister» de Padua. Cuando Segismundo llegó a Basilea, se produjo un lento cambio en los conceptos del Cusano: estaba dispuesto a aceptar una fórmula que no ofendiera a la autoridad del papa, creando un equilibrio entre ambas partes. Cusa rechazó la exigencia francesa de reponer la Curia papal en Avignon, así que en aquella cuestión se unió también al emperador. Segismundo no quería ver al papa en el corazón del mundo francés, porque hubiera significado la irremediable superioridad de la Iglesia gala, como acaeció, en realidad, durante los decenios del «cautiverio de Avignon».

Llegó la noticia, desde Praga, de que una delegación de husitas marcharía a Basilea, si se podía llegar a un acuerdo en ciertas cuestiones protocolarias. Y así, de pronto, cambió el espectáculo de Europa: los salvoconductos no los expediría en este caso el emperador, sino el Concilio; citarían a los husitas en Suiza, como negociadores de igual rango, y no como errantes condenados a penitencias. Los checos llegarían acaudillados por dignidades mundanas y eclesiásticas: a la cabeza estarían Prokop Holy y el arzobispo Rockyczana, y el séquito se compondría de cincuenta miembros, por lo menos. Se decía en el Ayuntamiento de Basilea que habría que alimentar a otros doscientos caballos; no vendrían —naturalmente— los carreteros, pero los congresistas de Basilea habían oído bastantes cosas desde Silesia, Moravia y Baviera, para esperar atemorizados la llegada de los checos para reconciliarse.

Segismundo se consideraba rey checo, así que su papel allí como emperador del cristianismo, tenía un doble sentido, una extraña refracción: no negociaría públicamente con los husitas, puesto que ellos no le aceptaban como rey. No obstante, podría mover desde bambalinas a los actores del escenario, igual que había tenido en sus manos las negociaciones secretas de

Eger. Es indudable que en los últimos tiempos, desde que comenzaron las ocultas negociaciones, los husitas no habían efectuado ningún ataque, ni contra el Imperio, ni contra territorios húngaros.

Cuando la nutrida delegación checa cruzó la frontera imperial, con el brillo de sus embajadores, la presentación hizo su efecto: los prelados recibieron con un temeroso respeto a los herejes y entre ellos a Rockyczana con su capa de arzobispo. El Concilio había acordado con los checos el camino que debían recorrer, con lo que llegaron a tiempo las advertencias a las ciudades imperiales por donde debieron pasar. No se les pudo impedir que celebraran el culto en su propia comunidad, pero se prohibió participar a los cristianos católicos. En domingo se les dejaba alguna capilla o iglesia poco utilizada, en algún lugar apartado, para que predicaran sus «errores». Era tarea de la autoridad eclesiástica local el considerar si después haría falta bendecir de nuevo la iglesia… Por lo que se refiere a los alimentos, las autoridades debían entregarlos gratuitamente durante tres días. No se podría aceptar dinero alguno de los checos porque éste procedía de riquezas robadas a la cristiandad.

Las disposiciones habían sido aplicadas antes de que Rockyczana y Prokop Holy hubiesen llegado. Los contactos se sucedieron sin el menor altercado; por otro lado, la mayoría de los checos hablaba alemán.

Que el mismo Prokop estuviera dispuesto a viajar, ya en el umbral del invierno, fue también una sorpresa para los hombres del Concilio. Le habían llamado tantas veces Satanás, carcelero del Anticristo, lo mismo desde los púlpitos como en los escritos, que la figura del duro y pequeño noble checo gozaba de un sentido simbólico en los países occidentales. ¿Quién se atrevería a defender a Prokop de una muchedumbre excitada que asaltara su alojamiento ocasional, haciendo añicos al grupo husita? Tenían que cruzar regiones sajonas y silesias, que habían sido devastadas varias veces por los taboritas, quienes dejaron tras ellos mares de sangre. Por lo que fue una gran sorpresa la noticia de que el sucesor de Ziska, el gobernador sin título, era el verdadero jefe de la delegación. Las intenciones del arzobispo Rockyczana —su acercamiento a los calixtinos y su alejamiento de los taboritas— sólo se demostrarían en las próximas semanas de Basilea. Cesarini aceptó dirigir las negociaciones; así que las discusiones husito-católicas, podían comenzar al más alto nivel.

Basilea no recibió con campanadas a los llegados en medio de la nevisca. Pero también Bohemia estaba cubierta por una capa blanca, los checos estaban acostumbrados a los vientos y las heladas: sus trajes de cuero les

defendían de los elementos. Llegaron principalmente en carros que cubrían con un techo. Los caballos y los carreteros afrontaron muchos obstáculos en los caminos, utilizando sus experiencias de las campañas. Llegaron a la ciudad del Concilio cumpliendo los descansos previamente fijados, sin perder un solo día: los doscientos caballos pasaron a las cuadras y para la comitiva se buscó alojamiento cerca de ellos. Había mayores dificultades para hospedar a los miembros más importantes de la delegación, escribientes, teólogos, doctores. A semejantes grupos se les proporcionaba por costumbre, alojamiento en los monasterios, pero aquí se trataba de herejes y no era posible alojarles junto a los frailes. Podían contagiar la plaga, corromper a los monjes; tampoco los checos se sentían a gusto en el ambiente monacal, pues tanto Hus como Jerónimo consideraron a sus habitantes como parásitos peligrosos. Por donde se propagaba su movimiento fueron destruyéndose conventos y expulsando a los frailes. Así que era gran preocupación del magistrado, el asegurar el hospedaje al enemigo protegido por los salvoconductos, que debían ser usados todos a la vez.

A todo esto se añadió la enorme escasez de albergues en Basilea. La ciudad del Concilio no sólo albergaba a los padres de la Iglesia sino a numerosos clérigos, estudiantes, caballeros. Basilea era una importante ciudad helvética, su alimentación estaba perfectamente resuelta por la vía fluvial, no obstante, se necesitaban largas horas de persuasión, para que el dueño de una casa aceptara cederla provisionalmente al Concilio y con esa dificultad se alojó a los checos.

La táctica del Concilio fue la previsible, nada podía seguir en secreto: según informes confidenciales de Praga, Cesarini pudo confirmar que entre los husitas existía una gran disconformidad. Los calixtinos eran más pacíficos; pero los taboritas, principalmente las tropas armadas que se denominaban Huérfanos, no querían las negociaciones y acumulaban sus fuerzas para disponer en la primavera nuevos ataques contra el Imperio, como asimismo contra las comarcas norteñas de Hungría. Los taboritas vivían en la seguridad de ser invencibles, confiando que sus victorias se mantendrían por los siglos de los siglos.

Cesarini contaba con el factor tiempo: se basaba especialmente en el trabajo de Rockyczana al que consideraba un contrincante más eficaz que Prokop, supersticiosamente respetado por sus soldados y nacido a la sombra de Ziska. Completaba la delegación el grupo de los «magister» de Praga. Durante los primeros días era difícil saber quién de ellos sería el espíritu rector de las negociaciones, quién las dirigiría, quizá oculto en el fondo.

Los checos aceptaron también que el cardenal Juliano encontrara el tono adecuado para iniciar las negociaciones: aconsejó a los participantes que tuvieran paciencia cristiana y se mantuvieran tranquilos, pidiendo a todos y a cada uno por su nombre, que envainaran las armas de la pasión. Insistió en recomendar a sus colegas y sacerdotes que fueran tolerantes con la sensibilidad de los checos. Que nadie leyera en voz alta pasajes ofensivos para los husitas, que estuvieran incluidos en los escritos del debate. «Bien sabemos lo que nos divide. ¡Ahora hay que buscar el camino que nos une!»

Al servicio del cardenal Domenico Capranica figuraba como secretario en Basilea, Eneas Silvio Piccolomini a quien los humanistas toscanos conocían ya como escritor de espíritu libre, A Eneas Silvio le rodeaba un amplio círculo de amigos, tanto en la ciudad del Concilio como en su tierra en Siena. Era un observador e interventor agudo; el atractivo de su estilo sedujo a aquellos prelados a quienes poco importaban las delicadezas del idioma latino. Era de Siena, descendiente de linaje gibelino, así que en la Basilea antipapal, encontró un ambiente apropiado a sus aptitudes. Entró en contacto con la vida sacerdotal, al convertirse en secretario de Capranica: vivía como un escritor independiente, reuniendo sus impresiones; pertenecía a aquellos pocos contemporáneos a quienes encantaba la belleza de la naturaleza. Viajaba con ojos bien abiertos, deleitándose a la vista de los lugares bellos, sensible a su embrujo a pesar de que añoraba a su querida Toscana que tan bien conocía. Aumentó su popularidad el hecho de saber administrar el dinero: vivía humildemente, pero cuando disponía de dinero lo gastaba con generosidad entre sus amigos que sabían cómo vivía en Basilea. Amaba el amor: una joven de Basilea le dio dos hijos.

Eneas Silvio inmortalizó con su excelente pluma los acontecimientos de aquella época; nadie hubiera sospechado de este humanista de espíritu mundano y apartado de los clérigos, que un cuarto de siglo después tomaría como papa romano el nombre de Pío II. Era un espíritu irónico, de alto vuelo, importante miembro de aquella nueva generación de ciudadanos de Italia, que en la figura de secretarios, clérigos, prelados y más aún, cardenales parecidos también a Capranica, diera tanto colorido al Concilio de Basilea. Eneas Silvio estaba también presente en la sala cuando, entre Cesarini por un lado y por otra parte Prokop Holy y Rockyczana, comenzó la negociación.

Difícilmente se podía imaginar mayor contraste que el prelado italiano de gran cultura, tocado ya por el aliento del humanismo, y el caballero checo que no apreciaba en demasía la profesión de los doctores. Al sentarse uno frente al otro, Prokop Holy se negó a abandonar la lengua de su patria, a pesar de que

sabía latín: traducía sus palabras al latín un intérprete checo o, en casos difíciles, el mismo Rockyczana; había que traducir también las palabras de Cesarini porque Prokop apenas entendía el latín italianizado del cardenal.

Al poco tiempo resultó que ni el arzobispo de Praga ni el mismo Prokop, eran los más duros entre los contrincantes checos: surgieron del ala taborana, Nicolás —el obispo de los sectarios— y el caballero Ulrich Znaim, quien desempeñaba el papel de portavoz de los Huérfanos. Cesarini se dio cuenta, con oculta alegría, que existían diferencias en las filas de sus adversarios. Así, que procuró orientarse hacia un acuerdo con Rockyczana —el miembro más inteligente y más transigente de la delegación— a través de conversaciones personales. Debió de percibir que el antes prelado y ahora arzobispo cismático, estaba atado por miles de hilos a sus recuerdos de la Iglesia de Roma. Su cultura, su elocuencia y sus citas eran todas *comunes*. ¿Dimitiría el arzobispo Juan Rockyczana de su posición eclesiástica? ¿Volvería a ser un sacerdote vagabundo, con el sello de hereje puesto al rojo en su frente por el Concilio? Si consiguieran llegar a un acuerdo, la primera condición sería que Rockyczana se mantuviera como arzobispo de Praga. Esa condición era difícil de proponer a los padres más severos y a los doctores franceses, quienes todo lo consideraban basándose en la dialéctica de la tesis y la antítesis. Y sin embargo, si él pudiera ganarse a Rockyczana, habría dado un buen paso adelante…

Entre las doctrinas husitas había cuatro puntos que provocaban las discusiones: la comunión bajo dos especies para los laicos, el culto al aire libre, la confesión pública y la liquidación de las riquezas sacerdotales o eclesiásticas. Con respecto a la comunión bajo dos especies, el Concilio estaba dispuesto a concesiones, con la condición de señalar las iglesias que la practicaran: en algunas podrían comulgar los utraquistas pero en las otras debía prevalecer el rito romano. De la confesión pública nada quiso oír el Concilio: era un sólido rito de siglos, era mellar el arma más fuerte del sacerdote. Destruir el confesionario representaba convertir en pura formalidad el remordimiento y también la penitencia. El culto al aire libre no contenía en sí ningún peligro, puesto que ninguna doctrina prohibía que los siervos de la Iglesia pudiesen predicar el Verbo en los mercados de las ciudades ante los hombres, encaramados a una piedra. Pero la experiencia checa había demostrado que este hábito conducía a que los fieles perdieran la costumbre de acudir a las iglesias; esos cultos husitas se convertían en banquetes de feria donde concurrían a la vez curas y fieles, convirtiéndose en una especie de «baccanalia» la devota función que debería permanecer en el cerrado mundo

de las iglesias. Finalmente —por lo que concierne a la confiscación de los bienes— si la diócesis no tiene posesión ni fortuna, ni el cura parroquia ¿cómo podría mantenerse a sí misma la Iglesia y los colegios’ cómo educar a los clérigos del futuro? Era pues, muy poco, lo que podía aceptar el sínodo de las doctrinas de Praga y se necesitó toda la mesura de Cesarini para que las negociaciones no se interrumpieran.

Las discusiones con los checos se llevaron a efecto oficial, mente durante las sesiones públicas, pero los informados esperaban más de las conversaciones privadas que de las apasiona, das ofensivas que estallaban ante el Concilio. Los oradores del Concilio se basaban en la tesis de que los husitas debían romper obedientemente y sin condición con sus pretensiones, disculparse ante la Iglesia y pedir penitencia por sus pecados. No se trataba de conceder permiso dogmático alguno, de un cambio importante del culto divino, acaso tan sólo del principio del perdón, según a quién, en qué forma y de acuerdo con las normas con que se manifestaba. Aquella era la idea dominante en la asamblea inaugural del diez de enero.

Los checos se comportaron, al oponerse a esos principios, como los representantes de un poder victorioso. Los husitas señalaron la estrecha relación que unía a sus sacerdotes con sus devotos, lo que forjaba en nación a las clases y a sus brazos, manteniendo una firme paz interior. No se refirieron siquiera al poder soberano, como si Bohemia no necesitase un rey capaz de gobernar en la guerra como en la paz. Aquel mutismo en torno a Segismundo fue uno de los puntos dolorosos, pues cada miembro del Concilio sabía que su majestad romana tenía ya sólo un deseo: entrar gloriosamente en Praga.

Rockyczana se mostró como un probado negociador durante la disputa que duró varios días; él también se refirió al peligro turco por lo que los hermanos cristianos deberían unirse, así como la Iglesia Oriental. El pulido discurso de Rockyczana —pronunciado en un brillante latín, por lo menos en su forma— causó buen efecto. Sobre los padres produjo la impresión de que el arzobispo de Praga anhelaba el retorno, dispuesto a terminar con la tozuda negativa a las pequeñas concesiones. Se notó, especialmente, la diferencia, cuando tomó la palabra el obispo taborita Nicolás: si no hubieran tenido el ejemplo del discurso suave, formalmente implacable de Rockyczana, las palabras del fraile convertido en prelado hereje, hubieran vertido aceite hirviendo en la caldera del Concilio.

Segismundo, con su solemne entrada, había señalado ya la omnipotencia imperial flotando sobre todos los mortales. Después de su llegada no quiso participar en las discusiones públicas y durante días se mantuvo en sus

aposentos. Así, que no llamó la atención que un hombre mayor, vestido de clérigo, se alejara de los del Concilio y entrara al anochecer en la residencia de su majestad. Por la tarde, fue invitado de la «Caesarea Maestas» el arzobispo Juan Rockyczana. Después de los breves saludos mutuos, se sentaron como dos viejos y estimados amigos. Entre las buenas cualidades de Segismundo figuraba su capacidad para definir en un segundo a su visitante, su conducta, su manera de ser. Nada más lejos de su carácter, que hacer ostentación de su soberanía estando a solas; antes bien actuó como anfitrión ocupado en atender a su visita, ablandando con pequeñas atenciones la dureza del huésped, su resistencia del comienzo. Hablaron en checo. Aquella lengua usada en su niñez, se había desgastado durante los años que Segismundo pasó alejado de Bohemia, y en los matices teológicos el emperador debió pasar al latín. Pero Rockyczana tenía que ver al monarca *checo* en el rey, el que se preocupa por el bien de su pueblo que había pasado tan duras pruebas. Ya, tras las primeras frases, Segismundo intentó ser el árbitro en la querella del Concilio contra los husitas. No tenía prejuicios; deseaba el bien de ambas partes; se hallaba dispuesto a intervenir y estaba seguro de que con la ayuda del cielo, podría cumplir esa misión. Rockyczana era un polemista probado pero le faltaba el apasionado dogmatismo que poseían los otros husitas. El arzobispo de Praga no había roto sus relaciones con los calixtinos que se inclinaban hacia la paz, y logró hacer notar al rey que esos utraquistas —mayormente nobles o patricios— eran el sostén de la nación checa, aquellos con cuya ayuda podía superarse el cisma checo.

Segismundo presentía que, de poder llegar a un acuerdo con Rockyczana sin forzar fórmulas rígidas, podría desbrozar su camino hacia el trono del Hradschin, con mucha más suerte que imponiendo los conceptos de la Curia.

—¿Cuál es la mayor concesión que podéis prometemos, arzobispo Juan? Tenemos que saberlo, para ajustamos a nuestras propias palabras.

—En las disputas eclesiásticas, también cambia el verbo según el *do ut des*. Pero aquí se trata de otra cosa, Majestad, no solamente de una tesis: Bohemia es muy pobre, la mayoría de la gente está en armas, principalmente los campesinos, todos han aprendido a manejar las armas de fuego, incluso en los pueblos. Si suben a los carros, en una hora forman un ejército pero durante este tiempo faltan del campo, no se ocupan de escardar, sembrar; más de una vez se ha secado y podrido el centeno en el campo. ¿Qué pasa si hay hambre? Yo no lo diría, pero muchos carros tienen que llevar el trigo a lugares visitados por la indigencia. Esta no es una discusión teórica como las que mantienen los doctores en el Studium Generale, aquí se trata de vida o

muerte… Si nos dejamos separar sin un acuerdo, en casa seríamos festejados el primer día pero después se preguntarían: ¿qué pasará en el invierno? Bien sabemos que tarde o temprano se creará un fuerte ejército contra nosotros, frente al cual seremos débiles. Entonces, la sangre inundará Bohemia. Y cuando nosotros no somos los atacantes… sólo nos defendemos.

—¿Tendrías alguna sugerencia, Rockyczana?

—Majestad, nadie contaba con que en Basilea nos abrazaríamos ya, hoy o mañana. Pero sí que de alguna manera, en alguna parte, se hubiera roto el hielo… Ya dialogamos. Creo que f lo mejor sería que al despedirnos de nuestros anfitriones de Basilea, pidamos a los jefes del Concilio que vayan a Praga. Si allí recorren todo el país, si ven cómo es la Iglesia checa, la que hemos creado con nuestras propias fuerzas, no presentarán esas propuestas como los doctores de París, que predican una sumisión absoluta. No nos conocen, ya escuchasteis, majestad, al obispo de Pécs: somos vecinos, ellos nos ven más de cerca, por eso pedimos al Sínodo que venga y aplique sus incrédulos dedos sobre nuestras llagas…

—Se prepara una guerra contra vosotros, arzobispo Juan.

—Vuestra majestad dijo, al enterarse de la gran derrota de Teuss, que «sólo el checo puede vencer al checo». Y no creemos que nos puedan obligar a caer de rodillas a fuerza de armas.

También Prokop habló ante los padres del Concilio: «Jamás he matado a un cura». Vestía malla de hierro, traje de guerrero. Tuvo que quitarse el arma según las leyes del Sínodo; el casco quedó a su lado mientras habló. Rostro lleno de cicatrices, huellas de campañas y batallas. Frente a él, prelados y doctores. Su latín era duro pero fluido, pues antaño había vivido en un monasterio benedictino; de vez en cuando le ayudaba un intérprete, entonces cerraba el puño con los guantes de hierro, impaciente. Se enfrentaban dos mundos cuando en Basilea pidió la palabra Prokop Holy en persona…

La gota horada la roca: la delegación de Basilea —especialmente los clérigos más jóvenes, los teólogos— no volvieron tal y como habían salido de sus casas. En la misma Praga tampoco se abrió un abismo entre los utraquistas y el grueso de las tropas. Pero en cambio, les separaba un profundo foso de los taboritas, los grupos huérfanos, y los adamitas, prohibidos pero latentes. Cuando regresó la delegación del Concilio, preparándose a recibir en la próxima primavera la visita de los de Basilea, empezó, no sólo la efervescencia, sino el terremoto: buena parte de los nobles calixtinos se había hartado de la exagerada libertad de los campesinos y, en muchos sitios, también de sus excesos. Se trataba, en su mayoría, de

caballeros ahora hacinados en pequeños alojamientos de Praga, a pesar de que antes dirigían las posesiones de sus dominios. Ahora sus vasallos de antes se habían convertido en gente armada, y principalmente los jóvenes, perdían la cabeza con las grandes promesas y sin tener en cuenta a sus señores «naturales». El grueso del ejército husita se había formado con los mosqueteros que luchaban en los carros; los jinetes desempeñaban un papel de menor importancia en la estrategia. Los ingresos de los nobles disminuían; los capataces se dispersaban; no había quien cultivara las posesiones. Por todas partes se encontraban señores mayores, educados en otras épocas, que gruñían amargando a los jóvenes. Esa efervescencia no estalló enseguida, pues la situación era delicada; principalmente en Praga aumentaba la tensión entre los habitantes del Barrio Nuevo y el Antiguo. Los calixtinos no se hallaban todavía lo bastante fuertes para luchar contra los taboritas, a quienes nada importaban los acontecimientos del mundo lejano, ni con Basilea ni con el mundo católico que se había vuelto contra ellos: se encerraban en su propio círculo, seguros de que aquella situación se mantendría eternamente.

El foso se fue abriendo: puede que la palabra de Rockyczana también contribuyera a que los utraquistas decidiesen en sus reuniones secretas salir de su aislamiento, atacar y luchar contra los prokopianos. Frente a ellos Prokop era, naturalmente, dueño de su propia gente y del ejército, pero también era su instrumento. Los estratos se fueron separando: quienes observaban los acontecimientos fríamente —como los confidentes de Juliano Cesarini— podían informar que la autoridad de Prokop se iba desmoronando más y más. En invierno, era más dolorosa la pobreza, tanto en la ciudad como en los pueblos: el hambre y la desocupación aumentaban las discrepancias internas. Dos años antes, no pudo vencer a los checos, Federico de Brandeburgo, con su ejército, ahora, esa descomposición interna prometía un mayor éxito. Cesarini *había estado allí,* como testigo ocular, viendo cómo se descomponía en pánico el ejército cruzado; cómo galopaban los carros checos hacia la infantería germana que huía, que arrojaba sus armas. Si la lenta disgregación continuase, exigiría menos víctimas al pueblo fiel a su fe, sería el giro más afortunado el que los checos se aniquilaran entre sí. Por tanto, Cesarini aconsejó paciencia a los padres de Basilea, al conocer las noticias favorables de Praga.

Por fin, la delegación del Concilio se encaminó a la lejana Bohemia: la compusieron de modo que hubiera en ella clérigos de lengua materna checa y algunos que fueron estudiantes del Carolineum. Después de su llegada establecieron relaciones con los señores calixtinos. Mientras, en apariencia,

discutían teóricamente en el seno de la universidad los doctores taburitas con los del Concilio, las conversaciones privadas confirmaban que la mayoría de la nación checa moderada, estaba ya harta de plebeyos turbulentos que nada querían saber de los derechos de los terratenientes, ni de la santidad de la propiedad, ni de los mozos surgidos de la pobreza ciudadana. Las negociaciones —a nivel político— adelantaron tanto, que Segismundo pudo convocar su primera asamblea imperial desde que se había convertido en emperador, en Ulm.

«Al checo sólo le vencería el checo», había afirmado Segismundo, y sus palabras de entonces resultaron proféticas. La fatal batalla ciudadana de Praga continuaba, unas veces latente, otras veces a base de acciones entre los habitantes de los barrios Antiguo y Nuevo. Los alemanes se inclinaban hacia los de la fe antigua, menos los calixtinos, quienes eran en su mayoría nobles y burgueses checos.

Los delegados de Basilea se apoyaban, naturalmente, en los resignados: Rockyczana recibió en el palacio arzobispal y ante sus íntimos más devotos a Filiberto de Constanza, jefe de la delegación. El mismo arzobispo se hizo cargo para explicar a cada miembro de la populosa congregación, cuáles eran los giros de la discusión. Estas disputas públicas sólo servían para que los contrincantes pudieran conocer los argumentos de la otra parte. No obstante, en los intermedios, durante conversaciones confidenciales, a través de medias palabras, de gestos más amistosos, se advertía que los enviados del Concilio, los moderados entre los calixtinos, terminarían gustosos la guerra fratricida. Dificultó la negociación la exigencia de los taboritas para incorporar a las tramitaciones a los prelados de la Iglesia Oriental: ellos también comulgaban bajo dos especies, por lo que los husitas los consideraban como hermanos suyos en la lucha contra la Iglesia romana. Si se sintieron satisfechos o no al enterarse de que Segismundo había invitado a la asamblea imperial a su «compañero emperador» Juan Paleólogo nada revelaban las crónicas.

La lucha fratricida llegó a su más sangrienta etapa con el asedio de Pilsen. Prokop tenía aún 36.000 hombres. Allí se enfrentaron por primera vez en mayores unidades, los calixtinos y los taboritas. Los instrumentos de guerra, la táctica, la lengua, eran iguales en ambas partes. La caballería de los calixtinos era la más fuerte, pues con ellos estaban los caballeros.

La tropa de Prokop se fue desmoronando poco a poco; su autoridad empezó también a declinar. Cuando retenía las patrullas, los carreteros no podían saquear alimentos en tierra extranjera, así que aumentó la penuria de los habitantes en las tierras sin cultivar, lo que en el barrio Nuevo degeneró en

escasez y hambre. La desesperación aumentaba con los emisarios de Basilea que se infiltraban; en su mayoría eran frailes disimulados, pero Segismundo también hizo todo lo posible por ensanchar el abismo entre los checos. Hizo funcionar una cancillería en Ulm y después otra en Ratisbona, donde tenían privilegio los asuntos checos.

En el Imperio volvió la era de los caballeros ladrones, por lo que el nuevo emperador intentó reforzar el orden público en la reunión de los príncipes. Declararon culpables de anatema imperial a los malhechores, gravaron con un impuesto *único* imperial a los judíos y con validez para todo el Imperio, lo que significaba un importante rescate de bienes. Prepararon todo para que los continuos esfuerzos del emperador Juan en pro de la unificación de las dos Iglesias no naufragasen por primera vez, por culpa del odio mutuo de los clérigos romanos y griegos.

En aquel denso ambiente llegó la noticia de que en mayo de 1434, se enfrentaron junto al Lippau, los calixtinos con los taboritas. El antecedente directo del sangriento combate fue que el Barrio Antiguo había elegido un concejo municipal, separado y compuesto por calixtinos, a lo que los prokopianos respondieron comenzando por destruir el Barrio Antiguo. Los calixtinos irrumpieron en el Barrio Nuevo, saqueando las provisiones que habían acumulado allí los taboritas con los botines de sus patrullas. Prokop salió del Barrio Nuevo: quería conquistar Pilsen, a cuyos defensores consideraban los taboritas como a enemigos. Prokop, seguramente, cometió entonces un error, cuando en su cólera avisó a Praga que si volvía, mandaría ejecutar a todos los nobles checos. ¡Había que aplastar de una vez la cabeza de la hidra! Pero cuando la tropa que asediaba a Pilsen, se enteró de que los calixtinos se habían constituido en ejército, el jefe husita abandonó el cerco, volviéndose contra los que consideró como sublevados. Prokop, entonces, ya no contaba más que con diez mil hombres, pero la mayoría de éstos luchaba en carros, con fusiles. La fuerza de los calixtinos se calculó en unos mil jinetes, ocho mil soldados de infantería y seiscientos carros. El jefe de los calixtinos, el caballero Mainhard, resultó ser un excelente táctico. En el combate lucharon dos ejércitos no demasiado numerosos, su relación de fuerzas era casi igual: no obstante, quedaron en la batalla de Lippau —según las nefastas crónicas— quince mil muertos en el campo de batalla. Los calixtinos hicieron unos novecientos prisioneros taboritas, a los que los utraquistas vencedores llevaron indistintamente a la hoguera.

Entre los muertos en la batalla de Lippau se encontró el cadáver, cubierto de heridas, de Prokop Holy. La mayoría de los comandantes taboritas

compartió su suerte, así como e] subjefe. El grueso de la resistencia husita quedó deshecho en aquella guerra fratricida. El poder quedó en manos de los que deseaban la reconciliación; los calixtinos. No existía ya en Bohemia resistencia que pudiera obstaculizar la paz con Basilea o Ulm, donde se encontraba Segismundo.

Cuando llegaron las primeras noticias a la asamblea imperial, corrió de boca en boca la predicción del emperador: «Al checo sólo le vencerá el checo». Iluminaron la ciudad; los trabajadores, los señores, los príncipes se reunieron ante la catedral. Segismundo se convirtió en el héroe del día por haber profetizado la verdadera victoria. El emperador anunció personalmente «la noticia más dichosa, que informa de la victoria de los nuestros y de la derrota de los taboritas». Este «Conflictum taboritarum» fue una exclamación de gloria, salvando de la angustia diaria a los habitantes de las ciudades alemanas que temían ver surgir del horizonte las nubes de polvo de los carreteros, preparados siempre los concejales a reclamar indemnizaciones o a una defensa sin esperanzas. No era fácil esperar un éxito contra los checos en esos dos decenios plenos de conflictos.

Sólo diez días después se enteraron en Basilea de la batalla, del aviso de Segismundo. Los padres del Concilio se sintieron partícipes de un nuevo milagro. El cielo había escuchado sus ruegos. En Bohemia estaba todo ya tranquilo…

Pero en Bohemia no todo era tranquilidad, a lo sumo se habían barrido del Barrio Nuevo y con métodos crueles a los taboritas. Al mismo tiempo, el victorioso ejército de Mainhard se volvió contra el monte de Tabor, conquistando así la última ciudad prokopiana, ya muy debilitada, y cayendo en manos de los vencedores un enorme botín.

No obstante, los padres del Concilio se equivocaron al pensar que, a partir de entonces, todo iría por el camino que fijó el Concilio: ninguna otra cosa que la obediente sumisión, con formalidades de una penitencia, con una lista de los absueltos y los condenados. La mayoría de las congregaciones expulsadas de los territorios checos se instalaron cerca de la frontera. Todos los que habían sobrevivido a los peligros querían regresar inmediatamente para empezar la purificación al abrigo del poder armado, en regiones husitas «paganas». Como si hubiera que dispersar en Bohemia (ahora por primera vez), las semillas de la auténtica fe…

El arzobispo Rockyczana se convirtió —inesperadamente para el Sínodo — en el punto crucial de la nueva resistencia. En su persona se asociaba el buen diplomático, el patriota checo y el príncipe eclesiástico adicto a las

reformas de la Iglesia. Segismundo conocía lo bastante la opinión de Rockyczana para poder esperar un pacto inmediato. En realidad, hubo una aproximación de las partes negociadoras en Basilea y en Praga; y ahora se trataba de eliminar rápidamente las diferencias, sobre todo al concluir la resistencia de los taboritas contra cualquier tipo de unión. Después del gran terremoto, todos esperaron la pronta negociación de la paz checa. Segismundo podía hacer su entrada en Praga sin obstáculos y la coronación que antaño no admitía la mayoría de los checos, podía ahora convertirse en realidad.

El emperador se marchó de la asamblea imperial de Ulm a Ratisbona y allí embarcó para volver, después de largos años a Hungría. Quería desembarcar de nuevo en Pozsony, donde había convocado ya al parlamento. Sabía muy bien que el consejo estatal húngaro llevaba los asuntos del país a través de continuas discusiones. Las noticias que llegaban de su casa no eran esperanzadoras. Guerra de todos contra todos, informaban las noticias.

Los asuntos húngaros se vieron dificultados, especialmente para Segismundo, por el luto de dos muertes: Hermann Cillei falleció ya anciano manteniendo aún su título de ban eslavo. La otra pérdida era la de Nicolás Garai, el palatino de Hungría durante treinta largos años. Fue el contemporáneo y eterno acompañante en la vida de Segismundo y jamás quebrantó su lealtad. Sus ojos, habituados a los horizontes europeos, conocían a todo el mundo cristiano. Acompañó desde Bizancio hasta Londres a su señor; regateó también junto a él, en Perpiñán. No aspiraba obsesionado el poder, no era tan avaro como aquellos oligarcas húngaros a quienes intentó siempre frenar el apetito. ¿Y por qué hubiera tenido que ser codicioso? De todos modos, llegaban a sus manos y en abundancia, las posesiones de las familias extinguidas, de las noblezas caídas en desgracia; ni siquiera hubiera podido sumar los dominios de su familia. Pudo surgir de él un principado menor germánico, si alguna vez hubiera aspirado a separarse de la corona. Pero el «conde de Hungría» no aspiraba a ese principado.

Cuando Hermann murió, todavía le titulaban el «Altgraf» —el conde anciano— en su reducida patria. Su situación de príncipe imperial constaba en el pergamino, pero todavía no pudo ser proclamado en asamblea imperial, debido a la resistencia de los Habsburgos. Como Alberto de Austria llegó a ser yerno de Segismundo y aliado del reino húngaro y después, rey consorte, Segismundo cuidó de no herir su sensibilidad aplazando siempre la proclamación del nombramiento de su suegro. Murió, pues, amargado y hablando de ingratitud, el severo anciano, el tronco de la familia de tres generaciones de los Cillei. Su hijo Federico no llegó a ser ni sombra de él.

Aplastado por discordias familiares, se convirtió en un hombre aislado del padre, acusado de uxoricidio y, según los chismes, llorando la muerte de su única amada. Durante su vida no hizo nada que le hubiera colocado a la altura de su progenitor. La heredera de los pecados y virtudes de los Cillei fue Bárbara; y Ulrico Cillei, llegado ya a la edad adulta, era el representante de la tercera generación, el sobrino de la emperatriz.

40

A MEDIDA que aparecía algún hilo de plata en el cabello de Bárbara —los espejos hablaban de los años pasados—, la bella emperatriz se volvía cada vez más impaciente. Desde que hubo muerto su padre —quien amparó siempre, hasta el final, la dinastía Cíllei, sobre todo a Bárbara, obediente hija del poderoso oligarca— ella se sentía vegetar en la penumbra como una marioneta imperial.

Junto a su marido no desempeñaba ningún papel, todas sus aptitudes y sus fuerzas se absorbían en fatuas ceremonias, en las molestias de ocuparse de sus posesiones, en eternos apuros económicos. A su alrededor se había formado una pequeña camarilla que halagaba su vanidad instigando su ambición y exaltando sus aptitudes para gobernar. Con Segismundo, rara vez vivieron bajo un mismo techo, sólo cuando se hacía indispensable la presencia de la reina y emperatriz o en alguna representación importante. Ya pasadas las brillantes jomadas y las noches, podía volver a Buda o a Pozsony, donde residía habitualmente. En ausencia de su marido se presentaba en las reuniones del consejo real húngaro, sobre el trono tallado, pero los asuntos nacionales se sucedían sin su conocimiento; los gobernadores pocas veces la informaban de sus intenciones. Bárbara intervenía cuando le interesaba ayudar a algún protegido suyo para alcanzar una posesión o un ingreso del que —es lo que se sospechaba en general— ella también obtendría su ganancia.

Estaba en Ja flor de su edad: a pesar de las pequeñas huellas del declive todavía se veía guapa, apetecible, poseedora impecable del atractivo de los Cillei. Su marido nunca se ocupó demasiado de ella, ve fueron distanciando cada vez más; si Segismundo ve encontraba en alguna parte durante sus viajes oficiales con su esposa, generalmente hablaba con ella como con sus consejeros, como con un funcionario público muy entendido en asuntos del país, pero nunca como a una amante esposa. Tampoco logró unirles su hija Isabel, más ligada amorosamente a su marido Alberto. El príncipe austríaco —por matrimonio rey húngaro, si se imponía el deseo de Segismundo—

odiaba a Bárbara concienzudamente por ser una Cillei, por ser la madre de su esposa y una mujer adúltera. Sí moría Segismundo, el poder pasaría a manos de Alberto.

La alternativa se planteó pronto ante Bárbara, lo que la obligaba a actuar lo más rápido posible. Si no ocurría nada y la madre naturaleza se mostraba piadosa ante la ancianidad de Segismundo y ya no podía vivir mucho, a pesar de que le gustaba presentarse como un hombre sano y fuerte, entonces Bárbara lo perdería todo el día en que pusieran la corona de San Esteban sobre las cabezas de Isabel y Alberto. El odiado yerno y la hija que jamás le demostró cariño, desterrarían a la reina a sus posesiones, o —también había precedentes— tendría que abandonar el país para establecerse definitivamente en Cíth, con las alas quebradas, bajo la tutela de su sobrino. Si Segismundo vivía más tiempo, los años derrochados tampoco le traerían ningún beneficio.

Pero si se pudiera apresurar el paso del rey por el valle de lágrimas logrando que se fuera de él lo antes posible, entonces Bárbara podría ganarlo todo, si ella fuese la única en saber cuándo terminaría el ciclo de vida de Segismundo, y cuando podría surgir la estrella de Bárbara. Por tanto, fijó su imaginación en las constelaciones, pues su astrólogo real le había revelado los secretos del futuro: cuando muriese el águila de dos cabezas —así simbolizaban las constelaciones a Segismundo— brillaría el emblema de los Cillei, apareciendo tras él un águila más brillante, más plateada: el escudo polaco.

Bárbara acogía a los astrólogos, pero también conocía la lengua de los médicos y además trató con brujas. Los miembros de su corte llevaban y traían noticias y lentamente fue tejiendo toda una red de espionaje alrededor de su marido. Mientras los embajadores alababan las buenas condiciones físicas de su majestad —era un verdadero panegírico el que tenía que escuchar la reina— ella agradecía sonriente las buenas nuevas. Sus informes confidenciales describían de manera distinta los cambios en el estado físico y psíquico del monarca. Hizo frente a las sabihondas palabras latinas, supo de la constipatio, que aquejaba a veces a su marido, del reuma y la gota. También, algunas veces, el rey despedía desganado a alguna moza —ya no era el «de antes», su virilidad se hacía irregular. El célebre «a diario», ya no era más que una frase de la corte, un recuerdo del pasado. Al escribir, le daban calambres en los dedos que sostenían la pluma; los ojos que llegaron a horizontes tan lejanos, se debilitaban lentamente, a pesar de que todavía podía leer bien. Prefería presentarse a caballo: montando presentaba todavía una figura

esbelta, principesca, como estaban habituados a verle durante años y así le habían inmortalizado en cuadros, tallas e imágenes de feria.

Bárbara reanudó cautelosamente su adormecido parentesco con la familia real polaca, aun antes de la muerte del anciano Ladislao. Regalos ocasionales, correspondencia con los miembros femeninos de la familia Jagellón justificaron después que Cracovia era un bastión importante en el sistema de defensas de Bárbara: un principesco asilo si alguna vez tuviera que huir de Hungría. Pero no sólo por eso: en Polonia crecía un príncipe heredero del que todo el mundo hablaba con elogio. Espejos, de nuevo los espejos. ¿Sería posible que una mujer de cuarenta años se casara con un joven de veinte? Acaso Bárbara esperase tener hijos todavía, ella que sólo dio a luz una única hija, del «abundante» pero poco fecundo Segismundo…

Ojos vigilantes en torno al rey. El mínimo signo de decadencia, toda señal de envejecimiento encontraba su camino hacia la emperatriz. Pero, ¿quién traía las noticias? Nunca pudo saber la reina a quién pagaba. Buena noticia, mala noticia… Bárbara actuaba con mucho cuidado. Aún no había olvidado —¡cómo iba a olvidarlo!— el terrible cautiverio de Bihar. ¡Cómo odiaba por eso a su marido, a ese libertino que nunca tomó en serio un asunto de mujeres! ¿Dejar encerrada a quien llevaba una corona? Cuando al reconciliarse se acostó con él, también entonces seguía temblando de rabia…

Si Segismundo viviese durante mucho tiempo, podrían desvanecerse los planes polacos: el hijo, el *nuevo* Ladislao, volaría del nido, casándose acaso con una princesa de Francia. El corcel del destino cabalga rápidamente. Bárbara debía apresurarse.

Segismundo llegó de Ratisbona en barco; los jinetes que se le adelantaron habían llegado días antes a Pozony: el viaje fluvial era agradable, suave, tranquilizador después de las difíciles negociaciones en el ruidoso mundo de la asamblea imperial. En víspera de esos trámites, había llegado la noticia de la derrota de los taboranos y la muerte de Hóly Prokop. Arrastraron novecientos prisioneros prokopianos, muchos de ellos malheridos, hasta las hogueras. En la asamblea imperial se cantó el Te Deum. Súbitamente vieron la situación de Bohemia de color de rosa, en Basilea como en el Imperio. De Buda no había noticias todavía, la corte esperaba al rey en Pozsony, ya no había que temer que los husitas, después de la muerte de Prokop, asediaran una u otra ciudad real o que devastaran sus alrededores, como había ocurrido años antes.

Después de la derrota sufrida en Lippau, cambió naturalmente el comportamiento de los negociadores: los delegados del Sínodo eran ahora

intransigentes e imponían condiciones más duras, mientras el arzobispo Rockyczana, en la parte opuesta, persistía en su intolerancia. Los grandes del Imperio querían vivir con seguridad, aterrados todavía con el solo recuerdo de los carros checos. Segismundo se convirtió en el fiel de la balanza, por tanto él podía ser el más flexible: no le interesaban los matices de las disputas confesionales, le interesaba Bohemia, cuándo podría entrar gloriosa y definitivamente en el Hradschin. Sus cartas al cardenal Juliano, mostraban que era él ahora quien apresuraba la reconciliación y apoyaba de todas las formas posibles, la intervención laica en la redacción de los *compact at a*. Segismundo conocía mejor la situación checa que la mayoría de los padres del Concilio, además, se consideraba también checo —cuando hablaba con checos—. Había leído muchos textos que no estaban traducidos a otras lenguas y que nunca llegaban a la congregación de los padres. Como emperador romano-germánico podía impulsar con toda autoridad la reconciliación (si no la paz total). Sus avisos enviados a Bohemia procuraban convencer a los habitantes sedientos de paz, empobrecidos, de que si llegara al país como rey, volvería como *padre* de los suyos: nadie debía temer ninguna matanza, su única preocupación sería la de restañar cuanto antes las heridas.

En tal situación, cuando Segismundo desembarcó en la ribera de Pozsony, podía considerársele en la plena gloria de su reinado de casi medio siglo.

Al bajar de la pasarela miró a su alrededor; casi no veía hombre alguno de su edad entre los consejeros, y sólo algunos obispos ancianos. Los abanderados habían surgido en su mayo, ría de los padres victoriosos; le reverenciaban hombres a quienes había visto por última vez como pajes, al recibirles junto a sus padres.

¿Dónde estaban ya el padre Stibor, Pipo Ozorai, Hohenlohe, qué sucedió al primado Juan Kanizsai? No le recibió humildemente, aunque sí con familiar sonrisa, Hermann Cillei. El voivoda de Transilvania era ahora Nicolás Osáky; el arzobispo d. Esztergom, Jorge Paloczy; le esperaban dos Esteban Rozgonyi, uno era conde de Temes, el otro gobernador de Pozsony, Marczali László… húngaros. No vio ningún extranjero entre ellos, salvo su esposa, Bárbara.

Como si su hogar hubiera sido siempre aquel, otra vez brilló la aptitud de Segismundo: en cada nueva etapa, en cada ambiente, encontraba pronto la manera de aproximarse; notaba rápidamente las tensiones para eliminarlas. Porque venía de lejos podía superar las emociones locales; era capaz de cortar el nudo gordiano con una u otra frase cesariana. Todos los que acudieron al

puerto le admiraban viéndole caminar sin la menor ayuda, casi sin tocar la barandilla de la pasarela, con su gorro de pieles, su capa real, llevando el sable en su mano izquierda. Vestía traje húngaro, hablaba en húngaro. Durante el viaje fluvial practicó todo el tiempo con la delegación que fue a Ulm y después viajó con ella desde Ratisbona: el rey húngaro volvía a casa en la imagen de su majestad imperial.

Al consejo del estado húngaro también le tocaba de cerca la esperada reconciliación checa, y la noticia de que la redacción y firma de los *compactata* iban por buen camino. Segismundo, para apaciguar por su larga ausencia a las notabilidades resentidas, anunció, desde el primer encuentro, que había citado en Hungría, tanto a los delegados del Concilio, como a los de Bohemia, porque deseaba firmar y proclamar allí el célebre pacto de paz. Decidió que el parlamento se iniciase en la antigua villa de San Esteban, en Székesfehérvár, a fines de año, en la época de la matanza de los cerdos; y que en el mismo lugar discutieran los embajadores y doctores sobre la redacción final de los *compactata*, celebrándolo después con una importante fiesta. Este anuncio llegó en buen momento, aminorando las quejas nacionales cuyos arreglos esperaban del rey. ¿Qué podían significar esos pequeños rencores, cuando se estaba en el umbral de la reconciliación universal del mundo cristiano? Después, ya quedaría sólo un enemigo: el turco.

Székesfehérvár —Alba Regia— se transformó en los últimos días de 1435, en el centro de Europa. Los consejeros del rey reflejaban el espíritu del parlamento húngaro, haciéndolo todo —junto a su señor— para que las negociaciones checas se mantuvieran en un ambiente favorable y pudiera crearse lo antes posible el célebre documento, firmado por todos a quienes concernía: el Concilio, el papa, los checos, el rey-emperador. No era un secreto en Basilea que la majestad romana se inclinaba más hacia Roma, en la lucha tantas veces reagravada entre el papa y el Concilio. Eugenio tuvo que abandonar la Ciudad Eterna a causa de las reyertas ciudadanas, estableciéndose en Florencia. Y mientras no pudiera volver a la Urbe, los documentos estarían fechados, como antes, lejos de la Tumba de los Apóstoles. El papa se había mostrado, en el asunto de los husitas, más indulgente que los tercos padres del Concilio, por eso se puso Segismundo a su lado, pues su máximo interés era que los *compactata* entraran en vigor lo antes posible.

La nieve cubría Alba Regia cuando llegaron después de Navidad las delegaciones; la multitud invadió el sitio real igual como la que describían los cronistas en el caso de Constanza y después, de Basilea. Alba Regia abrió sus

puertas, recibiendo con tanta hospitalidad a los que llegaban como si cada visitante fuese un pariente o un amigo. Fueron principalmente los checos quienes pudieron apreciar aquel ambiente amable después de haberse acercado temerosos a las fronteras húngaras, sabiendo que en la sangrienta crónica de un decenio figuraban muchos ataques, devastaciones e incendios, en la conciencia de los husitas.

Los carros checos no habían llegado nunca hasta Alba Regia, el nudo más meridional de los ataques había sido Pozsony. Al llegar a Alba Regia y encontrar su alojamiento, los eclesiásticos checos y los delegados laicos que aceptaron el privilegio del vencedor Mainhard, comprendían que ahora no les amenazaba peligro alguno. Sabían que el rey húngaro podía reunir cien mil hombres armados, que representaba la mayor potencia militar de Centroeuropa. Algo de ello se probaba en Alba Regia con la concentración de tantas tropas selectas y escuadrones reales…

Segismundo echó de menos a Nicolás Garai. Pensaba que aquel excelente diplomático, el eterno palatino, hubiera podido serle útil para sacar adelante, de la manera más simple y rápida, a los *compactata*. Segismundo tenía la impresión de que no había nadie a su lado para sustituir las excelentes aptitudes de Garai.

No era cosa fácil aquella conferencia invernal: a decir verdad, la delegación de Basilea se mostró menos terca que en el Concilio, principalmente en cuestión de formalidades. No obstante, había que esperar durante semanas, a que los mensajeros llegasen a Suiza y volvieran de allí con la respuesta del Concilio hasta el Transdanubio. Se llenaron los grandes intervalos como se pudo: organizaron cacerías en las posesiones, semejantes a las comarcas de los aristócratas. En esas ocasiones trataron pródigamente a los comensales, cuidando de sentar juntos a los contrincantes de la discusión. Los checos se fueron tranquilizando al ver que en el mundo húngaro no se les consideraba como a los apestados de Europa. Los nobles checos acosaron junto a los otros caballeros al venado de los bosques, y nadie impedía a los sacerdotes comulgar en una de las iglesias de la ciudad, según sus rituales.

Segismundo intuyó que en el poder que administraba, tenía importancia determinante el éxito. Si llegaba a un acuerdo con los checos, enterrando los recuerdos de la guerra husita; si se restableciese la soberanía de la Iglesia en las diócesis checas, estaría consolidado el reino checo de Segismundo, que durante decenio y medio adornaba los documentos como un título vacío. Podía marcharse a Praga con Bárbara, para proclamar solemnemente la paz mundial. A todo eso, se añadía, naturalmente, que la Iglesia oriental se

fundiese con la romana. Aquello ya lo había considerado el papa Eugenio asunto suyo, como tampoco se le podía arrebatar su intención de disolver el Concilio de Basilea para convocar un nuevo Sínodo en Ferrara —y que no se podía considerar como una continuación del de Basilea.

Segismundo era incansable en las negociaciones, a pesar de que por su posición solamente habría podido intervenir en las discusiones como emperador, porque éstas eran fundamentalmente eclesiásticas; por lo menos, así se iniciaron en torno a dogmas, ceremonias, círculos de obediencia. No obstante, el ambiente de Alba Regia, el brillo de la gloria real que destacaba el poder de Segismundo, no perdió nada de su efecto. Ningún príncipe del Imperio germánico podía compararse en poder con el de un reino tan extenso; en esto ayudó mucho a Segismundo Alberto, frecuentándole con cariño filial. Naturalmente, Bárbara multiplicaba el brillo de la corte, pero se recrudecieron las desavenencias entre madre e hija. Eran similares en la ambición de poder, en pasiones, que según los confidentes imprimían en Isabel las mismas marcas de la herencia de los Cillei. La presencia de ambas damas reales, los grandes festejos, los solemnes cultos religiosos, cacerías, banquetes, viajes a los castillos vecinos, dieron color a la imagen de Alba Regia, al templado invierno y luego a la suave primavera. Si la tesorería real estaba vacía, los aristócratas disponían de fondos para una u otra invitación de categoría. Rivalizando entre sí, procuraban festejar las visitas con el mayor lujo posible. A nadie le importaba de dónde sacaba el gran señor el dinero para sus gastos; de dobles impuestos a sus vasallos, de acosos a los ciudadanos, del aumento del impuesto de tolerancia a los judíos… Sonaban los clarines de caza, toda Europa oyó hablar de los opíparos banquetes; día a día aumentaba el número de los curiosos, de los caballeros errantes.

Pero mientras tanto, se había enfriado la relación entre Hungría y Polonia. Hacía tiempo que había vencido la deuda de Segismundo, en cuya garantía el rey empeñó a Ladislao dieciséis ciudades del Szepes. La tesorería polaca atosigaba ya por el pago, pero Segismundo tenía demasiados apuros, por lo que no podía ni pensar en devolver una parte de la hipoteca al joven Ladislao II. Sabía que Bárbara mantenía correspondencia con Cracovia, con el pretexto de su parentesco. Sólo conocía el número de mensajeros y cartas, pero hasta entonces no había podido conseguir los borradores de los mensajes, porque la reina escribía las misivas con su propia mano apresurándose a echar los «impurum» a la estufa. ¿Por qué estaba en correspondencia su esposa con un poder extranjero que podía convertirse de improviso, en enemigo? Segismundo, como emperador, se aproximaba de nuevo a los caballeros

alemanes en la gran querella de los polacos y la Orden Teutónica. Así que de Alba Regia faltaban los caballeros polacos y lituanos que en aquellos tiempos figuraban entre los palatinos más distinguidos de Europa.

Que Segismundo no se sentía agotado, lo probaba elocuentemente su inesperada partida de Alba Regia para presentarse en Brno. Convocaron la Dieta checa en Praga para la discusión y aceptación de los puntos: Segismundo pensó que su presencia en la cercanía produciría buen efecto a los negociadores del parlamento checo. La reunión —la Dieta— que los delegados taboritas presenciaron en escasa minoría, reflejó el ánimo de los resignados calixtinos; se votaron doce puntos y se autorizó a los delegados de Alba Regia su aceptación Segismundo se sintió aligerado, como si de nuevo se hubiera quitado un enorme peso. Todo aquello no se hubiera producido sin la ayuda de los poderes del cielo, principalmente de su patrono, san Ladislao. Así que de Brno se marchó a Oradea Mare, de nuevo cabalgando rápidamente: pensó que necesitaba esa chispa de la gracia divina que estaba junto a la tumba de Ladislao, para terminar la obra de la reconciliación.

Regreso a Alba Regia: la tesorería logró reunir, en un esfuerzo final, sesenta mil florines. Casi toda aquella suma se repartió entre los funcionarios checos, clérigos o delegados oficiales. Los monederos bordados pasaban de las manos del emperador a la otra mano, durante las audiencias secretas. Todos tenían que aceptar como regalo de la «Caesarea Maestas» los óbolos que «aceleraban las cosas».

También llegó a Alba Regia el visto bueno del papa Eugenio: aquel fue hasta entonces un punto difícil en el curso de las negociaciones. Nadie podía saber si el pontífice no repararía en algún pasaje sin importancia, aconsejando una nueva solución, o si no dejaría de tachar alguna frase que fuera el amargo fruto de largos compromisos. Pero la delegación papal estuvo de buen humor y en el cielo de la Curia no se veían nubes. Los papales ejercieron su derecho al firmar también el acuerdo sobre los *compactata*. Por lo que se refiere a los de Basilea, ellos fueron los más afectados en la disputa: la autoridad del Concilio, casi su razón de ser, dependía de que se pudiera o no crear el acuerdo en el espíritu de la Iglesia.

La aprobación de los checos —a pesar de la débil situación estratégica— era ya un hecho. Aunque llegaban de vez en cuando noticias de que unos cuantos capitanes taboritas —abusando de la falta de vigilancia— penetraban en alguna fortaleza husita, enganchando tropas e inscribiendo los nombres de Ziska y de Prokop en sus banderas. De vez en cuando, los calixtinos luchaban contra ellos, esperando que esos pequeños nidos de resistencia se liquidaran.

Las patrullas extranjeras no existían, así que no había ningún botín. Si el rey venía trayendo la reconciliación general, esos capitanes turbulentos, predicadores de antiguas glorias, también deberían rendir las armas.

En Jihlava continuaron las conferencias, casi terminadas, de Alba Regia. Se discutía detalladamente el documento que debían de firmar Segismundo antes de entrar como rey en Praga. Puesto que la corona checa, las alhajas y las piezas más valiosas del archivo secreto estaban en manos de Segismundo, su majestad prometió devolver en breve esos tesoros a los checos. Mientras tanto, surgían nuevas dificultades en Basilea: algunos grupos de los padres del Sínodo exigían un comportamiento más rígido, amenazando que, a cada ampliación del contrato, contestarían con una respuesta «dura como el hierro».

Por lo que se refiere a las cuestiones personales, no era muy difícil la decisión: había que apoyar a Juan Rockyczana en su cargo de arzobispo, pues su paciencia, flexibilidad, su papel en la creación de los *compactata* confirmaron su pacífico carácter. No obstante, Rockyczana era todavía un cismático para los de Basilea, que se sentían intranquilos teniéndole en el sillón. Repartir el poder civil, nombrar a los jefes, era privilegio del rey; también en esto sospechaban los del Concilio que Segismundo daría preferencia a los calixtinos arrepentidos, sobre los caballeros o nobles que siguieron siendo católicos y prefirieron el exilio a cambiar de fe, como hicieron los utraquistas.

La firma de los documentos, su anuncio, su aprobación, ocurrieron en Jihlava a fines de 1436. Por deseo de Segismundo hubo que organizar una gran fiesta europea, pero concebida de manera que no pudiera ofender la susceptibilidad conocida de los checos. A Jihlava llegaron Alberto y su esposa, también vinieron muchos de los príncipes germanos para estar presentes, ahora que la época del miedo había terminado también para ellos.

Hacía poco que Segismundo era en Bohemia el símbolo del Anticristo, el escudo de Satanás. Ahora, en Jihlava, pudo comprobar la debilidad del carácter humano. Comenzaron por llegar los magnates que se habían refugiado en Moravia, Silesia o que tenían parientes en el Imperio, después, aquellos calixtinos que se habían dejado untar gustosos. Quien como Segismundo conocía las distintas facetas de la vida, podía ver que sólo una cosa podía amalgamar a los checos en una indestructible unión: recibir desde fuera un ataque armado. En Jihlava observó el rey que su táctica de aplanamiento, muchas veces edificada en una pirámide de simulaciones, resultó ser la eficaz. Él era el mayor, no solamente entre los monarcas, sino

también entre los que decidían los problemas del mundo. ¿Quién hubiera podido acordarse de antiguos papas, sublevaciones de campesinos, reyes y emperadores habidos, como este anciano sentado en su palacio y curándose su reumatismo? Era el contemporáneo de todos los mortales, lo había probado todo: el peso de las coronas reales e imperiales, la humedad de la fortaleza de Siklós, los momentos desesperados en la ribera del Danubio en Galambóc y, si hubiera querido, también cómo arrastraban a Hus hacia la hoguera.

De nuevo juntos bajo el techo de un castillo, él y Bárbara. No se vieron durante meses, así que los escrutadores ojos buscaban en el otro sombras, arrugas, cabello encanecido, piel fláccida. «Has envejecido, Bárbara…» —«¡Veo que te cuesta levantarte de la silla, Segismundo!». El emperador y su esposa tenían fija la mirada la una en el otro.

Rockyczana se dirigió a Segismundo en busca de apoyo: su arzobispado de Praga era uno de los puntos cruciales de los *compactata*, pero sólo como cláusula secreta, un premio por lograr el acuerdo. Era lo que le reprochaban los de Basilea: quien comenzó coincidiendo con los cismáticos y más aún con los mismos herejes, se presentaba ahora con ropa de prelado y mitra, en la iglesia de Jihlava —el lobo disfrazado de cordero—, para comulgar en presencia del emperador bajo dos especies: el cuerpo y la sangre del Señor. Y había que ver… ¡Segismundo susurraba las palabras del *Confíteor* arrodillado, como si escuchara misa según el rito reglamentario romano!

Se había preparado una importante ceremonia laica; y para ello hacía falta también la colaboración del arzobispo Rockyczana. Así lo comprendieron los delegados del Concilio allí presentes: pensaban que con el tiempo podían suceder muchas cosas en Bohemia, especialmente si caía el viejo roble. Todos le espiaban curiosos, viendo si aparecían los signos de su final. Se observaba la calculadora esperanza en el modo de cortejar al austríaco Alberto, como presunto heredero del poder. Como si lentamente se crease una segunda corte, dentro del círculo de la ambición y de la avaricia.

Por fin se determinó en Jihlava la fecha del Día de la Firma. Aquellos —no pocos— que ignoraban el texto y solamente podían leer las historias piadosas en las imágenes de la biblia «Pauperum» de la iglesia, estaban autorizados también a presenciar el solemne acto. El intercambio de los documentos tuvo lugar en la gran sala del Consejo: toda la validez de la firma dependía del soberano o del obispo, cuando el canciller o el diácono entrega a su señor la pluma de ganso empapada en la tinta y al firmar en el pergamino con ella, el fámulo le echaba polvo de oro y plata tratándose de príncipes, y de arena en color purpura para los prelados. Segismundo deseó que los príncipes

imperiales actuaran también en la ceremonia, principalmente Alberto e Isabel que, como herederos del trono húngaro, tenían derecho a aceptar el acuerdo de los *compactata*. Y para que no fueran solamente los expertos y los bien informados quienes se enteraran de lo ocurrido, a instancia de su majestad romana, en cada misa se proclamaba en la iglesia mayor el texto latino legítimo, y para los ignorantes se repetía la traducción checa y alemana. Por eso afluía la gente a las iglesias de Jihlava aun sin entender claramente los puntos fundamentales pero oyendo las palabras en lengua propia. Todos pudieron estar presentes en el bello y veraniego Jihlava y convencidos de que habían participado en el acto de la paz, enterándose así de que el reino bohemio y su pueblo habían sido reincorporados a la unión universal cristiana. El Sínodo y la Curia habían anulado las excomuniones. Desde ahora los checos podían volver a comulgar y además bajo dos especies.

Cuando llegó la noticia de Jihlava a Basilea, comenzó una febril preparación para conmemorar la unidad cristiana. La catedral se alzaba aún en su forma antigua, algunos años antes del gran terremoto. Frente a las figuras tantas veces admiradas de los profetas, reyes, ángeles, cantores, que se veían en la severa fachada, se concentraba la gente desde muy temprano. En la catedral se hallaban los sarcófagos de emperadores y emperatrices. El mantenimiento del orden corría a cargo de los alabarderos del magistrado, quienes sólo dejaban entrar a los invitados, principalmente a los padres del Sínodo, quienes se distinguían de los otros por la pequeña cruz prendida sobre su pecho. Había padres que acababan de llegar al amanecer y desde entonces estaban orando. Los del Sínodo esperaban desde hacía días las noticias que debían venir de las fronteras de Bohemia. Un pacto tan dificultoso, que abarcaba a todos los siglos Venideros, podía frustrarse por una estructura imperfecta, discrepancias inesperadas, por nuevas exigencias de último momento.

Los franceses estaban malhumorados, no era la redacción hecha por ellos, no se hizo valer la dialéctica parisiense ni en el acuerdo ni en la redacción del texto. Lo atribuían a los intentos de reconciliación de Segismundo, al cansancio de los checos y a la derrota de los taboritas, que podían por fin llegar al umbral mismo de la paz. No obstante —según los más duros— los checos no habían expiado bastante, ni habían recibido la merecida penitencia. Según esos extremistas el pacto era una humillación, una concesión vergonzosa que daba toda la ventaja a los checos, creando una iglesia nacional checa que podía instigar a los turbulentos de todos los países: sólo tendrían que repetir lo hecho por los «magister» de Praga… Por instigación

de aquellos descontentos, los padres del Concilio convinieron en reunirse para una conversación privada después de la solemne proclamación, en la catedral, en su acostumbrado sitio de reunión. De la misma excluyeron a todos los laicos, igual que a todos los clérigos que no participaban de esa opinión.

En Basilea no se necesitó excesivo ceremonial para leer la copia del texto auténtico de los *compactata*. Ni se molestaron por la traducción, como había sucedido en Jihlava. Todos los consagrados a conducir sus rebaños, debían de conocer el latín, la lengua del pueblo de Cristo. A los de Basilea y generalmente al pueblo de los cantones, no les interesaban demasiado los checos, no se atrevían a llegar hasta ellos, y todo lo que se contaba de los checos podían ser historias traídas por los que venían de allí. En Basilea no habían quemado a nadie, y las dignidades del municipio desaprobaban, incluso, que el magistrado de Constanza hubiera presenciado la quema de Hus y de Jerónimo.

Después de la proclamación, los servidores de la iglesia desalojaron a los laicos; sólo permanecieron dos delegados del Consejo y los cancilleres de su majestad, quienes tenían que informar sobre lo sucedido aquel día en la catedral de Basilea.

Cuando se clausuró el acto oficial deslucido, encrespado, se reunieron otra vez los padres a puerta cerrada. Proseguía el «silentium», todos debían concentrarse, procediendo al examen de conciencia. Después se levantó Cesarini, con el hábito simple de cura: su rostro mostraba fatiga; los enterados sabían que había pasado últimamente las noches sin dormir, esperando. La orden era que en cualquier momento que llegase el mensajero de Jihlava, debían llevarle ante él. Así que Cesarini supo antes que nadie que habían aceptado y firmado los *compactata*, y que habían leído los célebres puntos de Praga en tres idiomas, en presencia de Segismundo, de los príncipes y de Rockyczana. La carta adjunta a Cesarini la había escrito Gaspar Schlick, justificando así la autenticidad de la noticia: «Después de todo ello, sólo falta proclamar en Basilea la gran fiesta de la cristiandad, por deseo de vuestra eminencia y de vuestros compañeros cardenales».

¿Tañeron las campanas tanto tiempo mudas, en Praga? Se habían borrado las huellas de la mayor devastación, las ruinas —principalmente en el Barrio Nuevo— por orden del magistrado. Los taboritas salieron de Praga después de la derrota y los que quedaron se mantuvieron ocultos. Nadie podía saber qué iba a pasar frente a los nuevos cambios del destino. Ningún cronista describió las duras pruebas por las que tuvo que pasar durante años, pero principalmente durante los últimos meses, la gente del Barrio Antiguo lo

mismo que la del Barrio Nuevo. Las largas luchas internas hicieron madurar el odio que bajaba hasta las raíces de la vida cotidiana: ya era la tropa del castillo real buscando víctimas, o pasaban por las calles los carros husitas, o marchaban los estudiantes armados del Carolineum. En realidad, se trataba de dos ciudades, con magistrados separados que se odiaban como hermanos siameses que no podían desprenderse y seguir el propio camino.

Los habitantes de la ciudad envejecieron prematuramente entre los variados períodos de odio, fiestas de victorias, defensa de las murallas de la ciudad. Los niños maduraron pronto, se hicieron avispados, algunos ladronzuelos, muchos de ellos se unieron a los taboritas; los «huérfanos» les acogían en los carros, donde se olvidaban de sus padres. Llegaron al borde de un abismo de terror, principalmente desde la batalla de Lippau, cuando quedó bien claro que debía sobrevenir un cambio decisivo.

¿Cómo festejó Praga la creación de los *compactata*? No quedaron detalles, no sabemos si las campanas sonaron como en Jihlava, ni si la gente salió a las calles para aclamar con gritos de alegría la llegada de la paz, de la vuelta a la vida urbana. En muchos lugares la gente se detenía, meditando ante las barricadas hechas algunas veces deprisa por los mismos vecinos, acaso para detener a los más radicales, o para impedir las sublevaciones. Casas en ruinas, tumbas al borde de los caminos, portales obstruidos como defensas, temerosos candiles tras las ventanas obscuras, tiendas cerradas y con las puertas rotas. Perros vagabundos buscando alimento… No, no habían repicado las campanas, ni tuvieron fiestas al llegar la noticia de que su majestad romana, el Anticristo, había proclamado en Jihlava la paz tramada en los *compactata*. Confesores, doctores, gente armada, remendaban los textos escuchados durante tres años: ahora el texto revivía. ¿Si hubo revuele de campanas? Casi no había un cura en Praga que hubiese podido leer los *compactata*.

41

¿CUÁNTAS veces más? ¿Podían encantarle aún las entradas solemnes, el lujo de las comitivas reales? Cuando estaba solo, se contemplaba en el espejo: entre el gris de su rostro rodeado de barba, giraban los ojos, antaño tan seguros como los de un halcón, y que ahora le obligaban a sostener el pergamino a distancia, para poder leerlo. Pero entrar en Praga —después de los desengaños, las humillaciones de quince años— era distinto a todas las exaltaciones de antes. Si su hermano Wenceslao no hubiera muerto sin descendencia, su linaje hubiera heredado el trono bohemio. Pero el orden tradicional de herencia se consumió mientras Europa asistía horrorizada a la llegada de los carreteros husitas. Era un Anticristo, el quemador de Hus, rey perjuro y, principalmente, húngaro. Su ropa, su modo de hablar, su pompa, su residencia en Buda, todo probaba que allí era donde se sentía en su casa. Tanto en el Imperio como en Bohemia era, en realidad, un forastero, a pesar de que hablaba la lengua nativa como acostumbraba en su niñez, en el Hradschin.

¿Cuántas veces había montado solemnemente su querido caballo, en el que viajó desde Italia hasta Suiza en ocho días? Ahora cabalgaban juntos, como deidades, Segismundo y Bárbara: no sin inquietud, pues Praga no parecía una ciudad tranquila, a pesar de que habían quitado las barricadas de las plazas y grandes calles, echado las ruinas en los fosos, derrumbado las desnudas paredes. Los checos eran famosos tiradores: podían apuntarle fácilmente desde una buhardilla del Barrio Antiguo. Segismundo vistió una malla bajo su traje real, pero su cabeza iba al descubierto —siendo rey no podía cabalgar con yelmo. A su lado, en el brillo de su belleza crepuscular, con la cara bien retocada cabalgaba «la loba», como la llamaban en Praga.

En la catedral no hubo coronación. Sólo un solemne Te Deum por haber recuperado la corona y los otros símbolos reales. Segismundo cumplía jurídicamente los dieciséis años de reinado en Bohemia, pero a pesar de ello, únicamente visitó en ese tiempo las regiones habitadas por alemanes, o acampó al borde de los bosques que rodeaban Bohemia.

Segismundo pensó apoyarse en Praga, principalmente en los católicos que siguieron fieles a su fe, a pesar de que nadie sabía su número. ¿Dónde estaban escondidos?, ¿de dónde salieron esos pálidos testigos de la tremenda época, anhelando en su mayoría la venganza? ¿Cuántos quedaron de ellos, prelados, frailes que no quisieron desviarse de los dogmas de la Iglesia, de sus costumbres? Todavía brillaba el día solemne de la entrada pero los fieles, los intransigentes se amontonaban ya alrededor de la residencia, esperando el premio a su lealtad.

En los compactata, se decidió el destino de las Iglesias, tratando en un acuerdo separado, la repatriación de las órdenes religiosas. No sé podían repoblar los claustros antiguos como si no hubiese acaecido el gran movimiento nacional. El acuerdo dependía de la aprobación de los diocesanos; dónde debían afincarse los frailes y qué servicios deberían prestar para poder recobrar sus antiguos monasterios.

Segismundo sabía también que quedaban pocos checos leales a él, que tuvieron que ocultarse, y después de largos años de tormento, casi no conocían a nadie. Principalmente eran los calixtinos —caballeros y burgueses — a cuya lealtad apelaba hoy el rey, quienes en la época más tardía de la sublevación, hubieran deseado que Bohemia se acercara a Europa. Veían claramente que el país militarizado, con su penuria cada vez mayor, no era capaz de enfrentarse al mundo. La tenacidad de Prokop Hóly, y su enorme aptitud eran necesarias para hacer creer a los checos en la imagen de una república como un paraíso, semejante al pacífico mundo que habían creado los cantones suizos.

En el Hradschin mantuvieron aparte los asuntos checos durante un tiempo. Como si estuvieran en una fiesta familiar. Federico Cillei recibió de rodillas ante su cuñado, el diploma de príncipe mantenido durante tanto tiempo «in pectore» —en secreto. Hermann ya no vivía, pero Bárbara recibía como emperatriz el besamanos de su hermano mayor; y el primogénito de los Cillei tomó por fin asiento en los bancos de los príncipes imperiales.

En Praga, los habitantes de la capital esperaban del nuevo rey pan para su hambre. El Hradschin volvió a ser una digna residencia real: jinetes de la caballería ligera húngara formaron una cadena de guardia invadiendo con los arqueros cumanos el monte del castillo, las colinas desde donde se hubiera podido atacar el palacio. Llegó una tropa de mercenarios suizos, y para manejar los cañones el rey tomó a su servicio a mercenarios de Lombardia; eran todos forasteros los que cuidaban de la seguridad de la nueva majestad. Aquellas bocas militares hambrientas —que no eran muchas, pero que a la

ciudad, agobiada, debieron de parecer una multitud— cambiaron el aspecto de Praga. Cuando salían a patrullar llevando los cañones por las calles, el pueblo se encerraba en sus casas esperando el inicio de nuevas persecuciones. Todos sabían que los taboritas habían desaparecido pero podían surgir en cualquier momento; sus raíces no estaban arrancadas. Parte de la gente se inclinaba aún hacia ellos; los que no tenían nada que perder, los que recordaban la igualdad sin señores, las fantásticas patrullas seguidas de carros llenos de botín.

Los señores que desde hacía veinte años no se atrevían a acercarse siquiera a sus feudo, volvieron a ellos; resultó que había administradores precavidos que sacaron a escondidas algo para sus señores de antaño, mensajeros de confianza les llevaban los dinares recaudados bajo mano. Ahora, dichos empleados se habían convertido en señores, libres de toda limitación. A pesar de que los *compactata* incluían en el acuerdo también a los vasallos —al menos sobre el papel— todos sabían que era sólo letra muerta: el señor y sus capataces mantenían sangrientos tribunales, aspirando a recuperar de una sola vez el gratuito trabajo atrasado de los últimos veinte años, corriendo el albur de que se declarara una rebelión, en cuyo caso no se podía esperar ayuda alguna. Ya no atacaban con palos los taboritas de antes: en toda Bohemia había miles de armas de fuego escondidas o enterradas, y molinos de pólvora que trabajar ban en secreto. Se podía palpar la inquietud en las ciudades, principalmente en Praga; pero nadie quería llevar al patíbulo a ningún acusado, a los que se quedaron en la ciudad al girarse los dados, y así llegó un mundo diferente. Segismundo quería reinar pacíficamente sobre su recuperado país; no traía la intención de amargar a los checos con nuevos cadalsos. Así, que una parte de su tarea fue la de tranquilizar a los aprensivos. Tuvo también en esto el apoyo de Bárbara. La emperatriz no simpatizaba con los checos, ni olvidaba el saqueo de sus posesiones húngaras; por otra parte, seguía con interés las aspiraciones eclesiásticas, y como ella misma no se preocupaba mucho por los dogmas (varias veces había declarado que no creía en el purgatorio ni en el más allá), debió sentirse más cercana a los reformistas checos que negaban buena parte de los dogmas y aceptaban solamente tres sacramentos.

Eugenio dio un nuevo paso adelante: después de cuatro siglos, partió una delegación de Roma hacia Bizancio para redactar las condiciones de la unión greco-latina. En las relaciones entre el papa y el Concilio ambas partes querían eludir la abierta ruptura redactando las cartas en tono cordial, pero tanto en Basilea como en Florencia, donde residía la Curia exiliada de Roma,

sabían cuál era el nudo: al Concilio le interesaba la unión, pero no era lo fundamental, ahora desbrozaban el camino a la Reforma, y la palabra Reforma era una capa piadosa bajo la cual se ocultaban las limitaciones al poder papal. Cesarini, quien acaso veía más lejos que sus compañeros, equilibraba la corriente antipapal con su autoridad personal. Pero los prelados que vivían en las regiones occidentales y del norte de Europa, no se preocupaban mucho por los checos, ni por los turcos, ni por esa unión. Si la iglesia fuera de nuevo intocable, si no dependiera de las luchas urbanas de Roma, sólo entonces se podía pensar en la proclamación de la cruzada. Hungría era bastante poderosa; podía armar gran cantidad de hombres. Sus habitantes no habían sufrido daños ni la devastaban tártaros con incendios o asaltos. Segismundo debía encargarse de defender su dominio contra las olas musulmanas. Tenía además sus estrategas: entre los más jóvenes se citaba con frecuencia a Juan Hunyadi, principalmente en los informes llegados de las comarcas de los Balcanes, donde aún no había anidado el turco.

Si diese resultado el paso de Eugenio y el emperador Paleólogo resultara ser más fuerte que el clero bizantino, que en su testarudez no veía más allá de las torres de su ciudad, se podría crear la unión con la presente situación de amenaza. Después tendría que votar el Concilio también por la cruzada. Así se convertiría el papa en aliado natural de Segismundo; tras la reconciliación checa, a Segismundo sólo le quedaba un deber como monarca; iniciar una campaña para expulsar de Europa al infiel. No obstante, de tener éxito el gran plan europeo, Bizancio resultaría débil para competir seriamente con el emperador «occidental». Por eso permanecieron juntos en un mismo campo Eugenio y el emperador, que se acercaba ya a los setenta años, y por eso se colocó Segismundo al lado de la Curia, cuando el santo padre proclamó en Ferrara el Concilio para el año 1437 (luego, un año más tarde), cuyo mayor objetivo sería, en vez de la Reforma general de la Iglesia y del poder papal, la reconciliación con los griegos y —si era posible— la proclamación de la unión.

Aquello acarreaba un perjuicio a los padres de Basilea que dieron por segunda vez un término de treinta días al papa para que se presentara ante el Concilio, a pesar de que sabían que Eugenio no estaba dispuesto a abandonar Italia por ningún concepto. En tierra italiana se sentía como en su casa, pese a todas las desavenencias internas. Basilea era pero, heredera de Constanza, donde habían papas.

Gaspar Schlick estaba agobiado por las había convertido en un nido de víboras; se acusaban en denuncias —abiertas o encubiertas— hasta entre

viejos compañeros de armas, echándose en cara unos a otros cuanto era posible, las barbaridades de los años anteriores. Los secretarios revisaron el material llegado a las cancillerías, y las denuncias pasaron al canciller sólo después de una selección.

—Si también aquí, como en Venecia, hubiese que echar las denuncias en la boca del león, el animal del blasón tendría que abrir sus fauces una braza más —dijo durante sus largas noches el confidente del emperador.

La escritura que tenía ahora delante, era, visiblemente, obra de un escritor experto: renglones perfectos en su caligrafía, como suelen escribir los clérigos que estuvieron en Italia; las frases en latín no distinguían a qué nación pertenecía quien se dirigió por carta a su majestad romana.

«Sería recomendable que cuidaseis con mayor atención el alimento de la “Cesárea Maestas”, que lo examinara un doctor cada vez. Sabemos que la señora —por un pacto secreto con su hermano Federico y su sobrino Ulrico— desea abreviar la existencia terrena de su majestad. La reina aspira a quedar viuda lo antes posible, para facilitar sus nupcias con el rey polaco Ladislao, que acaba de salir de la infancia. Con ello se impediría al príncipe Alberto que ocupase el trono de Hungría después de la muerte del señor Segismundo. La muerte debería producirse en forma repentina, como un relámpago. La señora Bárbara ya negocia secretamente en su castillo con tres capitanes husitas. Si su majestad desapareciera, los taboritas invadirían enseguida Praga. ¡Tened cuidado!»

Realmente, no era ninguna novedad para el canciller el contenido de esa correspondencia anónima; pero ningún amanuense se hubiera atrevido a escribir con esa sencillez y de golpe, lo que sólo era un rumor, como en todas las cortes donde se maduran artimañas. Schlick miró hacia fuera, por la ventana del Hradschin, la ensombrecida Praga. ¿Qué ocultarían los puntiagudos tejados: odios, esperanzas perdidas, penurias, desesperación? ¿Quién pudo escribir la carta? ¿Qué más sabría el secreto delator?

Segismundo no prestó excesiva importancia a esa denuncia: la experiencia de largos años le había enseñado que a todos los monarcas les acecha continuamente el peligro, pero que si sospecharan de todos siempre verían fantasmas… Cuando algún cortesano le revelaba el plan de alguna conspiración, respondía: «Iam alios vidi vantos» —ya he experimentado cosas peores—. Como si creyese que por gracia excepcional del destino, a él no pudiese dañarle ni el hierro ni el veneno. En Siklós hubieran podido liquidarle fácilmente, habría bastado con unos pocos asesinos… ¡Cuántas veces participó en aventuras, encuentros clandestinos, en los que sólo podía

confiar en su propio puñal, de caer en alguna trampa…! ¡Qué lejos estaba el tiempo que pasaba oculto en la casa de Lucrecia, en Siena! ¡Y cuánto tiempo sin recibir un aviso parecido! También de esto habló con Gaspar Schlick al día siguiente, como esperando de él una absolución por aquella pasión de antaño…

El canciller tomó la carta: había algo que le inquietaba en ella, algo que le dejó pensativo… ¿Por qué fiarse de Bárbara? Nadie creía en su religiosidad, en su amor matrimonial, y era seguro que nunca aspiraría al destino de las reinas de edad madura: la devoción del monasterio. Segismundo tenía ya casi los setenta… Bárbara era un cuarto de siglo más joven. Schlick la vio varias veces por asuntos de su cargo y había hablado con ella a solas: según él, la mujer ya no era joven pero todavía se mantenía bonita, coqueta, bien dispuesta a disfrutar de los vicios mundanos —pues no tenía fe en el más allá, no temía el castigo del otro mundo. La sangre de los Cillei la arrastraba al deseo de reinar también ella a su gusto: la gobernación que conducía sin pena ni gloria no satisfacía las ambiciones de Bárbara. Con la constante escasez de las arcas húngaras, no sentía ningún placer cuando se sentaba en el trono durante las reuniones del Consejo. Pero reinar, teniendo *todo* en sus manos: el poder, el oro recién adquirido, ejércitos, tropas de elegantes húsares, embajadores, trajes lujosos, aspiraba a eso; era lo que deseaba tener en sus manos cuando Segismundo cerrara sus ojos. Schlick no era un médico de almas, sino un cortesano avispado, llegado a la gracia del rey desde muy abajo. Pero que Bárbara enviase a un asesino a sueldo, hacia su marido… ¿O le envenenaría sólo para poder casarse con Ladislao, para desheredar a Isabel y Alberto y quedarse ella con el trono húngaro? Jamás hubiera pensado tal cosa Schlick. Y si lo hubiera sospechado, no habría tenido pruebas.

Hacía algunos días que Alberto también vivía en el Hradschin; Isabel se había quedado en Viena, en el Hofburg. Con rápida decisión, Schlick llamó al paje, al nuevo y joven Nicolás Garai:

—Ve a ver al príncipe y ruégale que a pesar de la hora avanzada, me reciba urgentemente…

¿Habría hecho bien en no romper la carta? ¿Iniciar a Alberto en lo que Schlick tampoco sabía en todos sus detalles? ¿Y si el príncipe pensara que su deber era dirigirse a su majestad, en vez de a él? ¡Si solamente fueran fantasmas del canciller… pesadillas, fruto de inquietudes nocturnas! Ya no había tiempo, el paje regresa, coge la antorcha y le acompaña a los aposentos de Alberto a través del Hradschin.

Era un varón alto, huesudo, de media edad, rostro abierto, de la raza de los monarcas caballeros, mejor y más culto que los príncipes germánicos, capaces de discutir con ls puños, incluso en los bancos de la Asamblea imperial.

—¿Quid novi? —preguntó Alberto, y volviendo del latín al vienés—. ¿Qué hay de nuevo? —preguntó con expresión sonriente.

Lo más sencillo habría sido, naturalmente, mostrar la denuncia al «heredero húngaro», para que la leyera. Pero la profesión de los cancilleres es ampliar la visión, así que Schlick también amplió la historia: Alberto le escuchó con atención, sabiendo que Gaspar no habría venido a hora tan avanzada sólo para chismorrear:

—¿Qué noticias concretas tenéis, conde?

Schlick era uno de los más recientes condes imperiales, la gracia de Segismundo le alzó rápidamente a ese elevado título y Alberto le prestaba su categoría, por eso le hizo tomar asiento: hablaban dos hombres de la misma edad. Schlick relató con sus propias palabras todo cuanto sabía de la carta y de cosas anteriormente reveladas.

—La carta es categórica, alteza, como si estuviese ante un tablero de ajedrez. Me he dirigido a vuestra alteza, porque debe temer antes que nadie, a cuanto ocurra con su majestad.

—¿Cuál es vuestra propuesta, Gaspar?

—Si la emperatriz se diera cuenta de algo, si cambiáramos a los miembros de su séquito, si encontrase caras nuevas, entonces sospecharía. Sabéis muy bien que no es inteligencia lo que le falta… Hay que eludir cualquier estridencia, no debe notar nada si logramos cerrar el círculo dentro del cual puede moverse.

—¿Mencionarlo a su majestad?

—Solamente si tuviésemos alguna prueba. Así no nos creerá el emperador y acaso lo mencionaría a la señora. Pero si poseemos la justificación…

—¿Cuál podría ser esa justificación?

—Enviar secretamente una carta a Cracovia… intentar enterarnos si adquiere veneno.

—Ha vivido bastante tiempo en Italia y además no hace mucho. Puede haber traído de allí cualquier producto que sirva, no solamente para matar un marido, sino para liquidar una docena… De todas maneras, ¿creéis que la carta nos revela la verdad?

—No tengo la prueba, pero es posible. Imagino que Bárbara pensará que el tiempo trabaja contra ella. ¿Vuestras órdenes, alteza?

—Schlick, yo aquí no doy órdenes. Pero hay que vigilar muchas cosas, mi suegro, el trono, mi mujer. Vos, ¿qué pensáis?

—La Augusta —en los últimos tiempos le place que la titulen así— no debe ver caras nuevas. Pero hay que vigilar a todos cuantos la rodean, a los que se alejen de su lado; también, cada letra que escriba. Pienso que elegiré entre mis confidentes a dos o tres que considero aptos; también habrá damitas de su círculo, de absoluta confianza. ¿Qué podrían esperar de Bárbara, si se enteraran de algún secreto? Lo más probable es que les sería casi imposible eludir su venganza, con riesgo de sus vidas. Si puedo hablar en vuestro nombre, alteza, cada documento que podáis llevar a su majestad valdrá muchas monedas de oro; indultos, títulos, mitras, a cada cual según su categoría. Lo más importante es… que el emperador no sospeche nada, porque se retiraría. Pero si no ve ningún obstáculo, se vuelve imprudente enseguida, como actuó con aquel gallardo caballero alemán… perdonadme, alteza, se me ha escapado esa alusión.

—Lo has dicho ante mí, no ante mi esposa, a pesar de que Isabel tampoco considera una santa a su madre. Me ha hablado muchas veces de aquel año que pasaron en Bihar, en el exilio. Bárbara era entonces tan impetuosa como ahora, muchas veces cruel con los que podía serlo, con Isabel… que sólo era una pobre niña expulsada por su padre. Isabel no lo olvidará jamás. Algunas veces, después de grandes fiestas, me habla de la miseria en que vivían en el claustro… Gracias, Gaspar Schlick: todas mis puertas estarán abiertas para ti; vigilaremos, sobre todo, a los nuevos príncipes; no me sorprendería que fuera justamente Ulrico quien tira del hilo. Está dispuesto a todo…

—No olvidaré vuestras confidencias, alteza; y os pido permiso para retirarme. Desde hoy se estrechará la vigilancia alrededor de la emperatriz.

Los días que pasan excavan los años —pensaba Segismundo, después de una noche penosa y del doloroso despertar de sus miembros envarados.

El doctor italiano había aprendido su arte en Salerno: no se ocupaba sólo de aliviar los dolores del rey, sino que buscaba también la causa. Él mismo estaba dispuesto a preparar los baños con hierbas curativas, se hallaba presente cuando despojaban de su ropa a Segismundo, examinaba el enorme cuerpo todavía vigoroso, tocaba los músculos, las zonas fláccidas. Su rostro no dejaba adivinar nada, murmurando algunas palabras. Su ojo clínico vio enseguida que las dos piernas tenían distinto color; una —la izquierda— cubierta de pequeñas ampollas rojizas. El rey se quejaba: «Tuve que sentarme en la cama, puse los pies en el suelo a causa del dolor, que sólo se alivió cuando me hube paseado varias veces por el cuarto».

—¿Por qué no me habéis hecho llamar, majestad?

—Si te llamara durante la noche, por la mañana todos sabrían que me había ocurrido algo. El agente de Venecia escribiría enseguida al Consejo de los Diez y pronto empezarían a festejarlo en la Serenissima. No tengo miedo a la muerte, pero estos espasmos… parecía que llegaran al corazón.

—Majestad, si el color de la piel es amarillento, casi blanco, significa que la sangre no la riega suficiente; si es demasiado rojo, puede ser que allí llegase demasiado elixir de vida, sangre… esperemos que no se repita. Con vuestro gracioso permiso, vigilaré desde ahora en el pasillo. Ni siquiera necesitáis usar La campanilla, majestad, ataremos un cordón a mi muñeca y, tirando de él, me podéis avisar para que os ayude. El espasmo es causado por la sangre, mi señor, y en su trayecto tratamos de no interponernos nosotros, los médicos.

El viejo Ladislao, durante las guerras husitas, cuando Segismundo esperaba en Italia poder llegar hasta la Ciudad Eterna, había ofrecido su ayuda contra los herejes. Si se llegase a un acuerdo con el monarca romano, invadiría con su ejército polaco-lituano las concentraciones de los taboritas y cuando Segismundo volviera como emperador, Praga ya estaría acallada. En la asamblea imperial germana, no gustó demasiado la propuesta polaca; ni al mismo Segismundo le atrajo la idea de aquel apoyo. El paso siguiente podía ser que Ladislao se proclamara rey checo por medio de alguna reunión convocada en secreto. Así que, con el cordial lenguaje de antiguos familiares, enviaron a Cracovia un cortés «no». Se invocó principalmente las tensiones que envenenaban la débil paz entre la Orden teutónica y Polonia. Los príncipes alemanes opinaron que el rey alemán debía defender la Orden, especialmente después de la última derrota. Los grandes del Imperio se hubieran sentido ofendidos si el rey, por ellos elegido, aceptara la ayuda de los odiados polacos.

Ladislao no se volvió a ofrecer y pronto terminó su larga peregrinación por este mundo: era ya un hombre cuando recibió el bautismo y trajo consigo toda una nación —los lituanos— al amplio campo del pueblo de Cristo. Reinó con la pasión de los neófitos, pero también con gran talento político tras la muerte de la reina Eduvigis, procurando agrandar la dimensión de Polonia cuanto fuera posible. Después de la victoria alcanzaría sobre la Orden, se convirtió, además, en un soberano popular.

El distanciamiento entre Segismundo y Ladislao y el papel que el monarca romano tuvo que representar en apoyo de la Orden, desilusionó a los cracovianos. La corte polaca cuidaba de su pequeño mundo, los grandes

horizontes europeos les eran lejanos. Los polacos no tenían mayor papel en los Sínodos, el husismo sólo había llegado a los límites del reino polaco y todas sus pretensiones fueron aplastadas por el rey con mano dura. Pero el rencor de Ladislao y el recelo de Segismundo ensombrecieron la tradicional amistad húngaro-polaca. A eso se unió la suerte del préstamo dado sobre las dieciséis ciudades del norte de Hungría. Era evidente que Segismundo difícilmente podría devolver alguna vez esa suma y sus intereses, recibida de Ladislao, por lo que quedaría clavado en el cuerpo de Hungría, aquel territorio polaco regido según las leyes polacas. Si sólo se hubiese tratado del plazo de unos años, ello no hubiera cambiado el estatuto de las ciudades y de todo el territorio. Pero cuando ya pasaron decenios desde la hipoteca, los jóvenes polacos empezaron a actuar en aquellas hermosas ciudades sureñas, como si pertenecieran a su patria. Sus habitantes; aprendían, junto con su lengua materna húngara, la lengua eslava de la región; los deseosos de estudio, empezaron a frecuentar la Universidad de Cracovia. Todo lo cual provocó la resistencia de las comarcas húngaras vecinas. En las peticiones dirigidas al rey, responsabilizaban principalmente a Segismundo, protestando por el interminable empeño, requiriendo al soberano para que devolviera la hipoteca e incluyese de nuevo en el cuerpo del estado húngaro, las dieciséis ciudades del Szepes y sus alrededores.

El joven Ladislao había crecido en ese ambiente, su padre le incorporó al gobierno en aquellos tiempos, cuando este contraste reforzaba el trabajo de la cancillería. Cuando él joven rey subió al trono, distinguió en Segismundo a un posible enemigo.

A espaldas de los reyes viejos, cuando no tenían descendencia varonil empezaba —abiertamente o a escondidas— el manejo de los aristócratas divididos en partidos, esperando apoyo de aquí o de allá, hasta que la fuerza fuera la que decidiera. En Hungría, muchos habían visto con buenos ojos que se hubiera personificado la concepción húngaro-polaca de Luis el Grande, en el joven Ladislao II, quien optó por las nupcias polacas. Se sabía que Alberto, el maride de Isabel, estaba enemistado con Bárbara y los demás Cillei. Como señor de Austria, consideraba como una ofensa personal, el que los Cillei hubieran ascendido desde la penumbra de la historia al nivel del principado imperial. Quienes vigilaban cuidadosos la situación, consideraban natural que, con el envejecimiento de Segismundo, se agudizaran las controversias: no se podía saber, ante la próxima muerte del soberano, cómo estallaría la lucha entre los seguidores de Alberto y de Ladislao. La intención de Segismundo de proclamar herederos suyos en Hungría y Bohemia a su hija y al marido de

ella, fue tomado como cosa normal, aunque sólo abogaron por Alberto quienes le conocían. Alberto había crecido en el nuevo siglo. Le describían como un caballero que apreciaba la sabiduría de los antiguos, con el gusto de vivir, aspirando a transformar Viena en la ciudad más bella del Imperio. En cambio, los partidarios de la Unión Polaca, se interesaban más por la hija del rey que por Alberto. Quienes la conocían sabían que también ella llevaba la sangré de los Cillei. Era ambiciosa, dominante, enfrentada pronto a su madre, la emperatriz. Acumuló deseos de venganza contra todos los que habían podido desempeñar un papel cualquiera en el vergonzoso cautiverio del claustro.

Cuanto pudo saber Segismundo de las tramas que brotaban a sus espaldas, sólo pudo advertirse por algunas palabras suyas. Había reinado demasiado tiempo para necesitar consejeros que le ayudasen; conocía a todos los grandes de Europa; recordaba a los padres y abuelos de la mayoría de los soberanos. Apreciaba a su yerno Alberto más aún que a su propia hija en la que —según el mismo rey— abundaba la herencia de los Cillei. Ladislao era un rey demasiado joven, inexperto, incapaz todavía de desempeñar un papel decisivo en los asuntos húngaros. Así que cuando se enteró por informes confidenciales y textos de cartas capturadas, que su esposa intentaba pactar a sus espaldas con el monarca polaco, perjudicando a su propia hija y a su marido, aquel proyecto le volvió contra Bárbara, a pesar de creer que todo se había calmado en los últimos años.

Segismundo, siempre que pudo honrar la majestad de Bárbara la llevó a su lado. Permitió que el papa la coronase junto a él. La reina poseía enormes dominios de cuyos beneficios disponía libremente, a pesar de lo cual, pedía siempre dinero, y se sabía que realizaba negocios poco limpios en los que se dejaba pagar a un precio muy elevado.

Segismundo no acostumbraba a inclinarse demasiado a la meditación; pero cuando se apaciguaron sus primeras emociones, como no se consideraba infalible, solía consultar con obispos, cancilleres, con todos quienes podían ayudarle o aconsejarle. Es posible que vacilara algún tiempo, pero en cuanto tomaba una decisión, ésta se convertía en una orden, como formuló el legista de antaño: «Quod princeps vult, legis habet vigorem» —la palabra del emperador es la ley. Tampoco podía afirmarse que Segismundo, a su avanzada edad, se hubiera convertido en un amargado, testigo del mortificante espectáculo europeo. Contemplado desde los peldaños del poder, alcanzó todo cuanto aspiraba, a veces, a un alto precio.

Sin embargo, Segismundo no alcanzó el umbral del reconocimiento interior e ignoramos si alguna vez escribió algo sobre esa crisis de su ser íntimo. Lo que quedó de su obra apenas fueron cartas, documentos, borradores de discursos. No hay huellas de los rasgos líricos de Segismundo y su reinado de medio siglo. Pero era evidente que en la última etapa de su vida en Praga, también a él le invadió el «vanitatum vanitas» como a los demás monarcas. ¿Para qué hizo todo cuanto hizo, si no le quedaban esperanzas de dejar un imperio semejante al de su suegro, su protector Luis el Grande? El imperio húngaro era un edificio frágil. Una sola ola enorme —el turco— podía destrozar las débiles zonas de las regiones del Sur. Recordó la llegada de la primera noticia sobre la batalla de Ankara: Tamerlán —el caudillo mongol surgido en la polvareda del desierto— derrotó al conquistador pagano en una batalla de doce horas de duración, en-un día abrasador. Hizo danzar a las odaliscas prisioneras ante el sultán capturado. Todo aquello también se lo refirió más tarde, en Perpiñán, el embajador aragonés quien tuvo que permanecer durante la batalla de Ankara en el campamento de Tamerlán.

Si entonces… si entonces se hubiese unido al cojo caudillo mongol, como le había advertido el rey de Aragón, hubiera derrotado junto al Gran Kan, el imperio pagano; y además, Tamerlán no tenía interés en luchar contra Europa. Segismundo fue débil y vacilante: Tamerlán regresó a su residencia de Samarkanda para preparar la campaña contra China. Murió en su palacio y en los límites de la edad humana, a los ochenta años. Si en aquel entonces se hubiesen unido, ya no habría guerra turca.

Bohemia era ahora un país en la sombra: aún pasaría mucho tiempo hasta que el reino de Praga significara una potencia. Harían falta largos años para que cicatrizaran las heridas existentes en cada familia. Bárbara y Alberto vivían odiándose: y no cabía duda de que Isabel estaba al lado de su marido. ¿Se enfrentó también a él, el clan Cillei? ¿Qué quedaba de su agradecimiento por el título de gran nobleza, si Ulrico se colocaba también junto a Bárbara? Ya, mientras él sostenía aún las riendas, se dibujaban los contornos de la guerra de sucesión entre familiares, padres e hijos. Y Bárbara, a sus 45 años, preparándose para un nuevo enlace… ¿Esperaría un nuevo heredero de Ladislao? Con su marido en vida todavía, con quien habría podido regresar gloriosamente a lo que quedaba de la dorada Praga. Pese a las advertencias de Gaspar Schlick y de Alberto, ¿qué sabía Bárbara del estado físico de su majestad? ¿Qué le habría ocultado el médico sobre su paciente? ¿Por qué contaba con su pronta muerte la «hetaira Cillei», como llamaban con odio los checos a Bárbara?

El médico era un italiano sagaz, escéptico, sentencioso. ¿No estaría él mismo dispuesto a dejar caer unas gotas de veneno en la copa de su majestad? Puede que accediese, pero no sería con veneno: es natural que en cada muerte de un soberano, siempre sea el médico el primer sospechoso y el que verdaderamente pudo cometerla, haciendo las cosas de tal manera que sólo fuese tarea del torturador el interrogar al físico de la corte.

Marcello era su médico desde la famosa marcha de Mantua a Basilea. Gonzaga le había cedido el médico de su villa, como quien cede una singular riqueza. También le apreciaba porque con el médico podía hablar libremente en italiano.

—Olvida que estás ante Nosotros, cuéntalo todo sobre nuestro estado físico, como si estuvieses ante tus jueces. Básate en tu experiencia y responde: ¿cuánta vida me queda?

Eran palabras propias de la confianza, se conocían, el doctor no temía al soberano, les unían las largas charlas nocturnas, muchas horas de incómodo despertar. La pregunta era juiciosa, digna de un soberano, pero inesperada. No estaba el galeno preparado para contestarla, como si se hallara ante sus profesores sin haberse preparado para un examen, más difícil que cualquier otro.

—El estado del cuerpo humano, majestad, es una síntesis de armonías y disonancias. Hasta ahora os sostuvo en este estado la gracia del Señor y de la madre naturaleza. ¿Por qué digo que, *hasta ahora*? Ni yo lo sé… No hay ninguna razón para preocuparos, cada edad se rige según distintos ritmos. Pensad, majestad, en vuestra niñez, en el caballero joven y acostumbrado a las batallas, pero sin haber oído el tronar de los cañones. Pensad, majestad, cómo os habéis valido de vos mismo en la plenitud del vigor varonil, durante vuestro revuelo por Italia o durante las peregrinaciones, a pesar de que todo eso ocurrió tan sólo hace unos cuatro años. Y ya veis, majestad, que ahora tampoco podéis quejaros de dolores, o de alguna enfermedad que limitara vuestras costumbres; si hiciera falta, podéis incluso montar a caballo. Y si hiciera falta… mi pudor me impide hacer alusión a lo que —contrariamente a los mandamientos— ayuda a la circulación de la sangre y deja tan satisfecho al cuerpo como al espíritu. Porque, majestad, días pasados, incluso me enviaron a la moza por vos elegida, antes de que pasara ante vuestra majestad, para examinarla, por si su belleza ocultaba alguna sucia enfermedad. También allí puede decirse que sois un fruto singular de la naturaleza…

—¿Por qué entonces abundan a mi alrededor esas señales, magister? Muchos planean como si ya me vieran tendido. ¿Por qué? ¿Alguien les ha

dado alguna señal de esperanza? ¿Puede que yo mismo no perciba la llamada de la destrucción? ¿Camino tambaleándome? ¿Huele mal mi aliento, como señal de que los órganos dentro de mí se descomponen? ¿Por qué hacen alusiones hoy y no lo hicieron ayer, sobre mi óbito, los que me rodean? Como si todos quisieran advertirme sobre lo inevitable… ¿Por qué me condenáis a la muerte? Eres mi médico, te siento como un amigo. ¿Qué ocurre conmigo?

—Majestad, los que aguardan, envidian el festín propio de los soberanos de edad avanzada. Hace medio siglo que lleváis, majestad, el título de rey y durante este tiempo vuestras coronas se han multiplicado. Quienes intentan seguir vuestras huellas se impacientan: es la debilidad de nuestro carácter. Majestad, vos no carecéis de salud. Lo digo así, porque decir simplemente que os encontráis bien de salud, no sería del todo la verdad. El calambre que os aqueja, es una advertencia: la moderada hinchazón del músculo, el cambio de color de las piernas, el mareo, los pequeños malestares, vuestra propia decisión de moderar la cantidad de vino… todo eso avisa a los que no leen las leyes de la naturaleza, de que pasa algo… o puede pasar algo dentro de la armonía de los organismos. La sangre… todavía se sabe poco de ella, majestad. ¿Por qué corre así en las venas?, ¿dónde terminan las arterias?, ¿por qué se detiene la circulación al pararse el corazón? A todo eso no podemos decir más que «ignorabimus», no lo sabemos… hoy todavía, no lo sabemos. Tampoco puedo aconsejaros que reposéis más porque eso os llevaría a ablandaros. Y a vuestra edad no se puede prescindir de nada que impida sostener el vigor del cuerpo, estimular los fluidos, vivificar el organismo. Majestad, vos no coméis demasiado en comparación con aquellos a quienes invitáis como comensales principescos, pero acaso tendríais que comer menos cantidad de esas carnes casi crudas… las salsas las inspeccionaré yo mismo de nuevo. ¿Qué condimentos favorecen la circulación, cuáles son sus excitantes? Todo eso, así sencillamente, es como se amontonan los pensamientos en mi mente. ¿El vino? ¿He de privaros, majestad, de lo que más queréis? Pero acaso, un poco más de moderación… que el paje llene solamente la mitad de la copa. Sería suficiente con que digáis voluntariamente: basta. Y hablemos por último, de lo que se podría llamar el servicio a Venus: tampoco ahí resulta fácil bromear. Las crónicas relataron más de un caso… Bastaría referirse al célebre Atila, a quien atrapó el destino en su media edad, durante el grito de su amante. Esto no puede predecirlo nadie; pero se encuentra a las puertas del pecado mortal, con quien sucediera…

—¿En suma?

—Majestad, a vuestra edad, éste ya es un milagro singular de la madre naturaleza: lo mismo en el estado de vuestro cuerpo, como por la frescura de vuestro espíritu. Pero los años son crueles, y si contamos con la gran mayoría de los hombres… Majestad, no podéis encontrar a muchos que hayan nacido en vuestro mismo año, o bajo la misma estrella. No obstante, no solamente la Biblia menciona a Matusalén, conozco muchos hombres y mujeres que se acercan casi a los cien años. Acaso…

—Si te dijesen, Marcello, que podrías recibir grandes riquezas, para que pusieras veneno en mi comida, ¿qué harías?

—No puedo creer que hubiera alguien tan necio que quisiera intentarlo. ¿Queréis, majestad, que os diga por qué? Si tuviera éxito un cometido fatal como ese, lo primero sería tapar la boca del que se atrevió a cometer el infame delito. ¿Se oculta alguna sospecha detrás de las palabras, majestad?

—Gaspar me advirtió algo sobre cosas; no te sorprenda que te veas rodeado tú también de una doble vigilancia. Bárbara…

—Las intenciones de la Augusta son impenetrables, pero lo que hace, generalmente no son más que los acostumbrados trucos de mujer. Habla demasiado, no puede ocultar sus emociones. Sin querer, nos enteramos de lo que el viento nos trae…

—Hablando de veneno, ¿de qué venenos se podría tratar, magister? Si notara su efecto, ¿es que estaría ya en el umbral de la muerte?

—Conocemos venenos que matan lentamente, pero hay que suministrarlos diariamente en nuevas dosis. El envenenador se mete en nuevos peligros a cada nueva ocasión: el cocinero, el guardia de corps, el médico, la camarera pueden enterarse de la manipulación. Se dice de muchos personajes, príncipes o aristócratas, que terminaron envenenados. No obstante, yo creo que puede haberles matado algún mal todavía desconocido.

—Ten cuidado, Marcello, es una antigua costumbre hacer que el médico pruebe primero el alimento del rey. No es gran cosa: ¿qué beneficio tendría en llevarte conmigo al otro mundo? ¿Quién lamentaría la muerte de un servidor? Ten cuidado, Marcello; no tendrás un amo tan comprensivo, cuando yo me haya ido…

Nadie podría sentirse tranquilo mirando con angustia a todos los que entraban, sospechando de cada bocado, de cada copa de vino. En principio hubo la gota, esa enfermedad habitual de los hombres, que acompaña como una sombra a los años. Sentía angustia, su corazón andaba a saltos, la vena de su pierna izquierda se hinchaba. En Basilea le era aún fácil montar, cuando salía a recibir la bendición de los cardenales. Pero en Praga sintió que la vejez

llamaba ya con más impaciencia: podía entablar sabias conversaciones sobre las funciones del cuerpo con Marcello o los otros médicos dé la corte, pero todo eso concernía a su cuerpo, su pierna le delia en Praga al cambiar el tiempo, cuando llegaban los vientos fuertes. Cuando las brumas se disiparon y llegó a Praga el bello y soleado otoño despertaba con facilidad, sin dolores. «¿Estoy curado?» Durante algunos días fue de nuevo el antiguo Segismundo… se movía fácilmente, bromeaba al terminar con los asuntos del estado, cuando los escribientes se habían marchado ya con los dictados de su majestad.

Pero esos días fáciles eran cada vez menos frecuentes: pensaba a menudo en el confesor. Los pecados «carnales» se iban espaciando y ya no le pesaban tanto en el alma. Aquella charla con Marcello ocurrió un día así, en que todo le parecía más fácil. Cuando despidió al médico no queriendo ya ver a nadie quedó solo Junto al fuego de la chimenea, reanimado en el temprano otoño, con sus pies envueltos en una piel de oso, con rollos de papeles, pluma, tintero por si quería anotar algo. Se quedó solo para meditar sobre su destino, que Marcello había llamado antes «La eventualidad de la vida».

¿Debía pensar con odio en Bárbara, por preocuparse de su futuro al lado de su marido caduco? Les separaba un cuarto de siglo y la emperatriz —sobre todo sí empleaba sus maquillajes italianos— era todavía una mujer atractiva, de cabellos rojizos con algunas vetas de plata, su cutis suave; no había engordado, no era obesa y en la corte todavía tomaban nota de sus menstruaciones. ¿Podría concebir aún un hijo de Ladislao el polaco? Bien, pero ¿hasta cuándo? Si Segismundo era también capaz de eludir la vigilancia de la madre naturaleza siendo un setentón, ¿por qué tenía que envidiar, por mantener su encanto juvenil, a la hija de Hermann Cillei, quien falleció a los ochenta años? ¿Por qué odiarla más que antes, cuando él mismo intentaba huir del asilo de ancianos? ¿En qué pensaría Bárbara? En nada. Segismundo le echaba alguna que otra mirada durante la misa en la catedral, conocía el movimiento de los labios de Bárbara al disimular un bostezo, escuchando aburrida el sermón y suspirando mientras se arrodillaba. ¿En qué creía Bárbara? ¿En la gloriosa conservación de su cuerpo, en la repentina y feliz muerte y después en la nada? ¿En amar durante mil noches al joven y guapo Ladislao?

A pesar de todo, la temía, porque conocía su carácter tenaz que era el de los Cillei, y que se ocultaba, aunque más débilmente, en Federico, pero que destacaba llanamente en Ulrico, Sí Bárbara se decidiera a liquidar a su marido, nadie se interpondría en su camino. Y en ese caso, cumpliría sus

propósitos: con comida, bebida, brujería, cuerda, puñal, magia negra; mandaría hacer una imagen de Segismundo en cera para atravesarle el corazón. Bárbara abundaría en mágicos conjuros…

Alberto había llegado al Hradschin; el yerno era el único entre sus parientes en quién podía confiar. Alberto odiaba a Bárbara, no solamente porque veía en ella a su rival al comenzar la lucha por el trono húngaro, sino también porque Isabel detestaba a su madre, de la que decía que era una mujer egoísta, que jamás se había ocupado de su hija.

¿Qué sabría Alberto de la conspiración de Bárbara? Haced pasar a Alberto, ¡es necesario terminar de una vez!

—¡No me siento tranquilo en Praga!

—No puede establecerse la paz de golpe… después de veinte años de violencia.

—No hablo de los compactóla, sino de mí mismo, no encuentro la seguridad; mis enemigos buscan apoyo y Bárbara puede encontrar fácilmente los aliados para su conspiración… ya que habláis de lo que me amenaza, pero no pronunciáis la palabra: uxoricidio. Tengo miedo, ya no me encuentro tranquilo ni siquiera en el palacio, siento que todos acechan el futuro porque no pueden ya esperar nada de mí. Tengo miedo, Alberto, de no estar preparado. El veneno me privaría del conocimiento y yo quedaría en pecado mortal, cuando me apuñalen por la espalda, cuando enciendan fuego en mi cuarto y me asfixie el humo… ¿Con cuántas caras se está acercando a mí la muerte? Esa muerte que no fue llamada por la ley de la naturaleza, sino por la fatalidad real. Tú también lo sabes, Alberto, no siempre es tan bueno el reinar: el terrateniente vive mejor no siendo monarca. Y sin embargo… todos quieren serio. Y yo, más que los demás. Mi hermano Wenceslao, ¿no deseaba acaso ser rey? Salió de tu país desafiando peligros mortales para llegar aquí, a casa. ¿Por qué? ¿Quién desdeña la corona, quién no anhela ser el primero? Hablan del carisma, aquello que convierte al soberano en elegido de Dios. Pero, en realidad, esto no tiene nada que ver con el carisma… Por esa ambición se entablan guerras, se mata a padres, hermanos e hijos, por ella me asesinaría o me mandaría asesinar Bárbara. No se puede desdeñar la corona. En las mujeres ocurre más raramente, pero tú sabes también que Bárbara no es una mujer corriente. Si estuviera en el trono, se parecería a Juana I, que se mantuvo treinta años en el trono de Nápoles… En resumen, que no me siento seguro en Praga: ya no es mi país, ya no es el país del emperador Carlos. Los que no me odian, es porque temen que después de mi muerte sea peor…

—¿Qué deseas hacer, padre mío?

—Hay que divulgar en la corte el rumor de que el aumento de mis dolores en las piernas, me obliga a marcharme a algún balneario. Por ahora… no me iría lejos; por ejemplo, las tierras de Moravia… cualquier día podría volver de allí, y esto debería saberlo especialmente Bárbara. Si se da cuenta, si sólo llegara a sospechar que intento huir… sería más consistente el veneno que haría preparar. Si piensa que me apresuro, actuará más deprisa. No sé quién pueda ser el asesino que atrajo a su servicio, a quién prometió quién sabe cuánto… Bárbara no debe presentir que yo sé algo; debo aparentar ser un anciano caduco que presiente que su camino le lleva al último valle… Bárbara todavía no debe pensar que a ella también se le acerca el final.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer creer?

—Que no me sienta bien el aire otoñal de Praga; Ja niebla me asfixia. Partiremos hacia Moravia, lentamente; desde allí me gustaría alcanzar la frontera húngara: Pozsony… Nagyszómbat, Buda. Hace mucho que no estuvimos en Buda.

—¿En quién confías?

—En Schlick y en los húngaros. He dicho a Gaspar que si me ocurriese algo, debe asegurarse la posesión de mi sello; si muero, el sello debe ser destruido para que nadie pueda abusar de él. Schlick tiene el testamento, Alberto, allí encontrarás mi última voluntad, cuando me haya ido.

—¿Confías más en Schlick que en mí?

—Tú eres monarca, Alberto, si los húngaros cumplen mi voluntad, te elegirán rey… junto a Isabel En Praga tendrás más dificultades. Las *compactata* son un puente débil, oscilante, tendrás mucho que hacer para asegurarte el trono. No puedes ocuparte de todo, deja a Gaspar a tu servicio, lo sabe todo… Jamás ha dudado, no le interesa ser monarca.

—¿Por qué hablas precisamente hoy de la muerte? Todos estamos en sus manos, pero ese pensamiento no nos ensombrece. ¿Por qué justamente hoy?

—Setenta años, Alberto, son muchos años. Si yo no fuese un soberano que debe defender, además de su persona, también a su imperio, acaso fuera más misericordioso con Bárbara. Podría comprender que prefiera tener, en vez del viejo marido, al joven y apasionado polaco.

—¿Qué pasa entonces con la Augusta? ¿Qué destino le reservas? Todo lo que hemos escuchado no pasan de ser rumores, habladurías de la corte. Nadie ha visto aún el veneno en manos del médico o de la bruja… ¿Obtener su secreto a fuerza de tormento? En todas las cortes cristianas se sabe cuáles son sus asuntos. ¿Qué su fama pueda ser peor y más espantosa? Sabes bien que

Isabel no quiere a su madre, pero ella la trajo al mundo… Si tengo que pedir una gracia, la pido para la madre de mi esposa.

—No pienses, Alberto, que la estoy condenando a muerte: hubiera podido hacerlo cuando bailaban juntos ella y el caballero alemán. No puedo cargar el platillo de mi balanza, mandando degollar a mi mujer por algunas suposiciones. Para no hacer más daño… mandaré apresar a todos los Cillei, primero a Federico, y si es posible, también a Ulrico.

—Majestad, esa conspiración no ha terminado todavía, aún no han convenido un pacto entre ellos. En Praga, donde muchos simpatizan con Bárbara, ¿por qué habrían de alegrarse de que el joven rey polaco esté al lado de una mujer envejecida en el palacio del Hradschin? Todavía no se han puesto de acuerdo… ¿Qué es lo que habrá prometido Bárbara si la ayudan en la revuelta, cuando vos hayáis…? Todavía se están tejiendo los hilos, pero sólo hay susurros, todavía no se redactan condiciones.

—Si salimos de viaje, enredaremos sus hilos: Cracovia, Praga… Podemos vigilar a cada mensajero.

—¿Primera etapa?

—Hasta Moravia… pienso en Znojmo, el palacio es bastante cómodo, la iglesia lo suficiente grande para el caso de que mi capilla ardiente…

—¿Siempre piensas en esto?

—¡Qué mayor regalo podría darme el Señor, que despedirme en plenas facultades, dejándome atender mis últimos asuntos, antes de que el cuerpo se desmorone, la mente clara todavía!…

—¿Hablarás con Bárbara?

—Hay que disipar sus sospechas; yo no puedo saber si el cambio repentino… como será este viaje mío, no puede precipitar su decisión. Cuando lleguemos sanos y salvos a Buda, me preocuparé entonces de que Bárbara no signifique un peligro.

—¿Y hasta entonces?

—Saldremos de Praga como el emperador y la augusta; al llegar a Znojmo, será obligación de Gaspar Schlick llevar la mujer a una prisión digna. Y cuando podamos dar con Federico y Ulrico, a ellos también. Lo que les ocurra a ellos, lo decidirás tú cuando me sucedas. Hasta entonces… una prisión digna, aislados unos de otros, donde aguardarán su destino.

—La tarea que me encargas, padre y señor mío, es difícil…

42

LA PRAGA de donde partió la comitiva no se parecía a la brillante capital del emperador Carlos. A pesar de que habían eliminado los escombros en su mayor parte, muchos sitios se hallaban todavía en ruinas, las paredes quemadas, carros volcados, y por todas partes carroñas de caballos. A los ojos de los habitantes de Praga, ésta comenzaba a ser la imagen de la paz, ya no se oían las campanas tocando a rebato, a los vigilantes anunciando los fuegos, el retumbar de los cañones. Pero la paz no había llegado aún a los burgueses y no era aconsejable por las noches salir del barrio. Todos eran los lobos de todos, los denunciantes se acumulaban en acecho de sus vecinos, o a la espera de una venganza.

Durante dos largas décadas fueron creciendo los que habían nacido por azar y por azar sobrevivieron. Se estaba reparando el palacio de la universidad, los estudiantes ocupaban el ala indemne. En los rostros de los «magister» podía leerse la amarga historia de los años pasados.

Pareció, pues, un inesperado acontecimiento el que comentaban en la ciudad desde hacía dos días: el rey, harto de la humedad del Hradschin, deseaba llegar a tierras más templadas mientras durara el invierno. Se marchaba a Moravia y volvería a la capital sólo cuando llegara la primavera.

Siempre iba a caballo, montando un vigoroso corcel propio para su talla. No desaprovechó ninguna ocasión para organizar las solemnes marchas, dignas de su persona; el oficial del palacio recordó que el emperador Carlos poseía un suntuoso palanquín algo gastado ya, pero apropiado para que ocho fuertes guardias cargaran con sus varas para conducir al viajero a través de los caminos. El rey inspeccionó el vehículo, en el que jamás había visto a su padre. Carlos era más bajo que su hijo, quien había heredado la enorme estatura y excepcional fuerza, seguramente de su madre, nativa de Pomerania. Pero Segismundo cabía cómodamente en el palanquín que, durante un día y una noche fue debidamente adornado para acoger al emperador romano: nada extraño era que una persona de edad prefiriera no cabalgar en otoño y durante jomadas enteras. Se halló otro palanquín tapizado de azul para trasladar a

Bárbara; la esposa no podía montar si su esposo descansaba en un palanquín. Tras ella cabalgarían jinetes húngaros, pese a que Bárbara no estimaba precisamente a esa gente, pero Segismundo sí podía confiar en su fidelidad, especialmente después que Gaspar les encargó discretamente la vigilancia de la reina.

La salida del soberano dio motivo a una gran ceremonia; había que dejar una fuerza mayor aún en el Hradschin, y la ciudad tampoco debía quedar desprovista de vigilancia; podía surgir un tumulto interno, acaso incendios, agitación de estudiantes. Cuando bajaron cuidadosos el renovado palanquín Segismundo se asomó para saludar sonriente. El benigno rostro del soberano con su barba cuidadosamente recortada, acaso también con algo de color artificial en las mejillas, produjo todavía su efecto en los habitantes de Praga, como la imagen terrenal de la inmortalidad. Segismundo aparecía muy vivo, sin el desaliento de los ancianos. Extendió los brazos, se asomó para dar las bendiciones, recibió los respetos de los clérigos, se quitó el gorro al pasar ante una iglesia o cuando le ofrecía agua bendita algún sacerdote y se despidió emocionado de Praga, con la varita mágica de las grandes ceremonias.

El rostro de Bárbara había cambiado: el viejo había enredado sus hilos densamente tejidos, pues la reina ya estaba preparada para prolongar durante el invierno su residencia en el Hradschin y hacer allí públicas sus intenciones cuando —después de la muerte de Segismundo— tomara el cetro en sus manos. Cómo ocurriría aquello —es decir, la muerte del emperador— todavía no estaba decidido: planes, sospechas, miedo; pero Segismundo ya no podía durar mucho, todo piadoso cristiano debía descansar en la tumba a sus setenta años… Sin embargo, el rostro de Bárbara resplandecía también ante el brillo del espectáculo: iba más pintada; los colores eran más brillantes, su sonrisa juvenil. Saludó con sus manos enguantadas: mis queridos súbditos de Praga, ¡pronto estaré de vuelta!

Alberto cabalgó junto al palanquín del rey sólo hasta las puertas de la ciudad. Cuando llegasen a las afueras, su misión sería apresar a Ulrico Cillei y después adelantarse rápidamente a Znojmo para asegurar la llegada del emperador, acomodando el lugar de su residencia. Seguramente llevaríanse a cabo actos oficiales, por lo que había que colocar el trono sobre un podio para que su majestad pudiera situarse cómoda pero dignamente de acuerdo con su rango.

Por voluntad de Segismundo no se debían disparar los ya clásicos cañonazos: los morteros habían sonado demasiado tiempo en Praga durante los últimos años y su tronar despertaba recuerdos desagradables; no podían

ser mensajeros de la alegría. Aparte de que acaso podría ocultarse aún alguna bala de hierro husita, en algún que otro cañón.

El rostro seguía sonriente, la mano saludaba jovialmente, el gorro en la mano para que la gente pudiese contemplar la espesa cabellera blanquecina del emperador. Lo que no podían ver eran los pies, sostenidos sobre gruesas mantas. Desde hacía dos días se habían intensificado los dolores del pie… Preocupación en los ojos de Marcello: en la mañana del viaje él mismo vendó el pie con suaves trapos empapados en cocimientos de hierbas.

Los hombres del séquito sabían cuáles eran los signos, cuando algún miembro del cuerpo comienza a dañarse, a gangrenarse, a señalar la destrucción, cambiando también de color.

En el Barrio Antiguo la vida fue otra vez intensa: allí residían sobre todo, alemanes fieles y monárquicos a los que llamaban «romanistas» o «papistas»; antaño habían sido ricos, buena parte de ellos fueron expulsados de sus hogares durante las agitaciones, pero muchos habían regresado después de la proclamación de los *compactata* y de la llegada del emperador. Así, volvieron los «antiguos», a menudo con sus guerreros, expulsaron de sus casas a los taboritas hambrientos que, en su mayoría, habían emigrado desde las provincias, pensando durante algunos años que ya habían adquirido un hogar. Odios, pequeñas luchas, algunas veces arreglos cordiales tras las paredes quemadas y ruinosas, en torno a los pozos destruidos.

Así era Praga en el otoño de 1437, al pasar la comitiva por su calle mayor. Si la despedida era también cordial para la gente de Praga, de ello nada quedó escrito en las crónicas. El emperador fue odiado durante mucho tiempo; los oradores husitas le comparaban frecuentemente con el Anticristo. Pero su regreso era el fruto amargo de la fatiga de la naturaleza humana, después de esas guerras civiles, encarnizadas. Segismundo —así lo proclamó— había traído consigo el pacificador espíritu de los *compactata* y con su regreso llegó el tiempo de reconstruir las ruinas. Ahora se marchaba —por algún tiempo— hacía tierras más templadas. ¿Quién le sucedería, cuando las campanas anunciaran su muerte?

La marcha era lenta: una parte del séquito de despedida volvió a la ciudad; tal vez allí se necesitaran las tropas todavía, mientras Segismundo se dejaba proteger por guardias húngaros. Una vez fuera de la ciudad, se colocaron para el viaje siguiendo el orden de categorías, según los modos obligados de la corte.

El palanquín de Bárbara quedó a discreta distancia del de Segismundo. Durante el desfile por la ciudad se balancearon juntos, el benemérito rey y la

benemérita augusta, ambos saludaban al pueblo sonriendo. Adiós, habitantes de Praga, olvidad la historia sangrienta y maravillosa de esas dos décadas. Al salir de las murallas de la ciudad, fue quedando atrás la reina y su séquito. Ya no se veían, pues, cuando bajaron en la plaza de Znojmo, Bárbara debió presentir que ya era una prisionera —a pesar de no estar encadenada.

Marcello y su compañero, el cirujano, conversaban en el castillo de Znojmo, en un idioma mezcla de italiano y de latín, discutiendo sus respectivas probabilidades: «eventualmente, si acaso…», palabras que incluían el sufrimiento humano. *In corpore Caesaris* —en el cuerpo del emperador— se acumulaban las enfermedades como en el cuerpo de cualquier ser humano, cercano ya a la conclusión de su camino. La muerte es plácida para quien se acerca a ella paulatinamente, dando tiempo al alma —y a una mano misericordiosa— para cerrar sus ojos. Pero aquí se fundían el dolor con el sufrimiento, el dedo del pie ya estaba gangrenado, debía de intervenir el cirujano, si no la gangrena llegaría al corazón.

El enfermo no intuía aún el peligro, se estremecía, su fiebre aumentaba, las hierbas ya no le hacían efecto. La operación no sería peligrosa en sí misma, el cirujano tenía una gran práctica en amputar manos y piernas, por su experiencia en las guerras. Pero, ¿y su majestad? ¿Quién iba a decirle que si no se sometía a la amputación, podría morir en pocos días? ¿Y qué si le amputaban el dedo del pie quizá pudiera salvarse…? Marcello había estudiado en la escuela de médicos de Salerno, los profesores tenían una amplia experiencia en cocimientos de hierbas —sobre todo conocían unas hierbas de fuertes efectos narcóticos— las que, mezclándolas con vino, se daban a beber al paciente, antes de operar con el bisturí.

En su juventud, su majestad no había recibido nunca heridas profundas durante su participación en las batallas. No temía el sufrimiento; estuvo de acuerdo en que su confesor permaneciese a su lado mientras durara la intervención: los médicos, para el cuerpo, el cura, para el alma. Pero nadie más debía de presenciar el sufrimiento del rey.

El narcótico mezclado con el vino aún hacía efecto en el emperador: ya sangraba menos después que el hierro al rojo del médico hizo lo suyo.

En el castillo todos seguían pendientes del hecho, hasta los venecianos estaban presentes. Después de casi cincuenta años de odios la Signoria hizo las paces con su majestad romana. Los venecianos se aseguraban cualquier cambio brusco causado por la muerte del emperador. ¿Y qué ocurriría con la Augusta, la emperatriz que se hallaba bajo la vigilancia de soldados húngaros, rodeada de sus damas, en una de las alas del castillo? Ulrico Cillei pudo

zafarse a tiempo de los coraceros de Alberto; todo lo anotaba el espía veneciano durante la noche. Znojmo estaba lejos de la Serenissima, no se podía confiar en las palomas del correo para los mensajes importantes…

Pese a todo, ningún llanto se filtraba de la alcoba del emperador, más bien eran murmullos, letanías dichas por los curas. ¿Fueron ellas las que habían sofocado los gritos de dolor o quizá el mismo enfermo soportó sin quejarse sus tremendos sufrimientos?

La pequeña residencia ocasional parecía un hormiguero. Desde el alba, el clérigo de Moravia presidía una misa de rogativas. Marcello había dirigido a los cirujanos, según deseo de su majestad. También él tuvo que probar la bebida del narcótico según la costumbre —y por eso se sentía algo mareado y sus pensamientos flotaban mientras cumplía su obligación. Dieron de beber a su majestad una buena cantidad del narcótico, una bebida amarga y dulce a la vez. Al parecer se había dormido ya, mientras la arena del reloj bajaba tres veces.

Los cirujanos no tuvieron dificultades con la operación; ni siquiera fue necesario atar las manos del enfermo —el confesor leía sus homilías en voz alta— y según su consejo inundaron con humo de incienso toda la habitación, para reforzar la narcosis del enfermo.

Lege artis, dijeron, empleando la misma expresión que después de las ejecuciones. La cirugía aplicada era magistral; ni un grito había salido de la boca de su majestad. Ahora reposaba: silencio, había que guardar silencio. ¿Qué supo Bárbara de los sufrimientos de su odiado esposo?

En la ciudad todos estaban a la espera, en el caso de que hubiera que tocar las campanas, para anunciar el duelo. ¿Qué sabía Bárbara de los peligros que podía correr? Sus dos devotos amigos, Ulrico von Rosemberg y Alesch von Sternberg, ya no podían acompañar a la reina en Znojmo. De Miguel Orszagh, se sospechaba que era el espía de la reina. Pero, ¿quién podía conocer el escondrijo donde Bárbara guardaba sus grandes tesoros acumulados durante años? Su valor se estimaba en un cuarto de millón de monedas de oro. Seguramente estaba guardado en Znojmo, porque después de Praga ya podía suponer que su libertad estaba en peligro. ¿Quiénes tejieron la red alrededor de ella? ¿Sería el mismo Alberto? ¿Estuvo Isabel en Znojmo, esperando las últimas horas de Segismundo? En las crónicas no figuran esas respuestas, sólo unas frases. Como ladrillos sueltos que no llegaron a unirse.

«Taedet me vitae temporalis», leía a Thomas Kempis —el confesor de la Corte— en su libro *Imitación de Cristo*: era una frase que aconseja volver la espalda a la vida mundana, una introducción al largo camino de la disciplina

que los padres espirituales debían aconsejar a las almas que se aproximaban a la vida eterna. En aquellos días de diciembre, en Znojmo, después del éxito de la amputación, ya se hacía evidente que a pesar de que el enfermo estaba fuera de peligro, su resistencia corporal se debilitaba, sin que esta vez apareciera una milagrosa recuperación. El enfermo se iba adaptando a la idea de su dependencia en manos de los médicos. Después de los médicos, su confesor, y sólo entonces entraría su secretario para anotar sus disposiciones.

El deseo de Segismundo era el de estar sentado en su trono, con todo el despliegue de su pompa imperial, mientras fuera posible. No quiso guardar cama y su mente se mantenía despejada. En el sillón que le colocaron en Znojmo, relleno de almohadas, su pierna estaba apoyada hacia arriba; a su lado habían colocado una mesita con el sello y los útiles para escribir. Al otro lado y al alcance de su mano, un volumen reducido de la *Imitación de Cristo*. Habían encendido las suficientes velas para que el enfermo pudiera leer y reconocer los rostros.

Isabel y Alberto —según una crónica— habían llegado, pero hasta aquel momento Segismundo se encontraba solo. Su confidente, Gaspar Schlick, le preparaba los mensajes mundiales, mientras unos cortesanos húngaros complacían con su presencia el deseo de su majestad de mostrarse ante todo como un rey húngaro. Repetidas veces insistió:

—Después de mi muerte, tenéis que elegir a Alberto como vuestro rey.

Todo el mundo lo sabía: era como un juramento hecho por ellos aunque en su mayoría, sin convicción:

—Isabel y Alberto gobernarán juntos.

No hablaba de Bárbara, nadie conocía la decisión del rey sobre su mujer:

—Elegid a Alberto; es de una gran familia aunque no es elector imperial. Es un vecino poderoso y…

Nadie le contradijo. Isabel y Alberto formaban un matrimonio ejemplar, y además, ¿qué otra alternativa había? ¿Ladislao el polaco, en el caso de que se casara con Bárbara? Bárbara no había sido querida por los húngaros. Era codiciosa, hambrienta de dinero, vanidosa, aunque bella. Todavía en esos últimos días, había saqueado a los judíos, pidiendo al Santo Padre un nuevo impuesto sobre todos los judíos que vivieran en tierras cristianas… ¿Dónde escondería Bárbara sus tesoros?

Segismundo, desde su ventana, podía ver la ciudad. Estaba muy débil aunque no sentía dolor. En torno a él, sus pensamientos —los años, rostros humanos, imperios— todo parecía lento, el tiempo había perdido su valor, como si el reloj de arena se hubiese detenido.

—¡Marcello!

El médico, vestido de negro, parecía la Parca, acercándose, llegada su hora, para llevarle:

—Marcello, ¿cuánto tiempo, todavía…?

El médico italiano estaba a su servicio hacía años, no iba a engañarle: el médico pensó que no faltaba mucho para que el cuerpo iniciara la metamorfosis definitiva y ya se notaban en su cara manchas amarillas. Él las conocía bien, aunque otros, quizá no observaran la gran recaída. Más valdría acostarle en el lecho, sería para él un gran alivio; pero había una lucha —entre el cuerpo y el alma: el alma era fuerte y el cuerpo débil. ¿Y para qué deseaba el anciano mantenerse en su propia leyenda? ¿Sería más cristiano ponerse el hábito de monje, alejarse de las vanidades del mundo? ¿Para qué más?

Marcello pudo comprobar en su mirada que la inteligencia perduraba.

Tocó con cariño la arteria principal del enfermo, y apoyó los dedos en ella: los latidos eran lentos, igual que el reloj de arena… ¿Cómo responder? ¿Dejar entrar al confesor?

—Falta poco, majestad.

Había hecho todo cuanto podía hacer un buen médico de la Corte. Nadie le reprocharía nada; todos apreciaban sus servicios y sus consejos, y habían visto la decadencia de la salud del emperador. Y, de acuerdo con la ley de la naturaleza, no tenía nada de particular que un anciano partiera del mundo. Nadie podía pensar en el veneno, como en el caso de otros reyes, cuyo fallecimiento despertaba dudas; nadie tenía interés en acelerar el proceso, y Bárbara estaba prisionera. Pero era verdad que ella tampoco había dicho la última palabra. Abundaban brujas y malhechores expertos en venenos. «¿Y si alguien, por encargo de la reina…?»

Su majestad cerró los ojos, inmóvil, la boca apretada sin pronunciar palabra, pero expresando un rotundo: ¡No! ¿Quería que la esposa, en una ceremonia agobiante, apareciera para darle el último adiós? ¿Cómo era posible? Decían que Bárbara no tenía lágrimas…

Los ojos volvieron a cerrarse. ¿Sería que ya no le interesaba nada de lo que concernía al destino terreno de la emperatriz? El silencio se interrumpió de pronto sus ojos vieron a Gaspar Schlick, que estaba apoyado en el muro: ¡él sí que tendría problemas! Si acaso el emperador muriera… y aunque viviera unos días más.

—Déjales, Schlick, que vengan… Todos los que quieran despedirse de mí. Después de mi muerte, abriréis todas las ventanas, dejad que entre el frío.

Yo ya no lo sentiré —y entonces podrán venir quienes lo deseen— durante tres días. Después, llamarás a todos y romperás el sello, delante de ellos.

—Majestad, dónde… según vuestro deseo… el entierro…

—Que me entierren en Várad, al lado del rey Ladislao. Siempre fue mi deseo… ¿Escuchará el Señor mi deseo?

No moría en una batalla, no se ahogó en el Danubio ni en el mar.

—Hoy todavía puedo decir lo que quiero: junto a Ladislao… En el Imperio habrán de perdonar mi deseo de ser enterrado en Várad, en Hungría…

—¿Cómo debemos de actuar con la «Regina»?

—Ya no queremos proclamar justicia: será Alberto, será él quien decida el destino de Bárbara. Yo personalmente, nunca le quitaría la vida. Di de mi parte a Alberto… Clemencia, Bárbara ya no es joven, que sea misericordioso con ella.

—¿Qué más deseáis, majestad?

—Quiero hablar con vosotros, que todos vengáis; dispón que se reúnan aquí: húngaros, checos, alemanes, moravos; que Marcello me dé a beber algo que me mantenga lúcido al hablar. Tenéis que arreglarme el pelo, la barba… No han de recordar que les habla un moribundo, es el emperador quien hablará. Vísteme con otra capa, la más vistosa, la que llevaba en Basilea. Marcello: ¿cuánto me queda… hasta que les pueda hablar?

—No os canséis, majestad.

—El cansancio… ¿pasará?

—Lo siento, majestad, no pasará.

—Gaspar, cuando todos vengan, tú quédate a mi lado. En caso de que mis palabras se debiliten, o diga algo inconveniente, hazme callar. ¿Me lo prometes?

El barbero, dos curas y el médico. Todos hombres. Ninguna mujer a su lado, ni Isabel, ni Bárbara estaban allí. De pronto, les miró:

—Gaspar, que me entierren en Várad, al lado de mi esposa María.

La última ceremonia se desarrolló solemnemente: vino la gente de su cortejo, embajadores que se encontraban en Znojmo. Y ante todo, los dos venecianos.

—Todos sabéis para qué os he mandado venir: ya no podría llegar vivo a tierras húngaras. Debo despedirme de vosotros, seré breve. Os quiero dar las gracias, a vosotros a todos cuantos estáis presentes por servirme, a mí y a mi trono, con vuestra fidelidad. Deseo que no os arrepintáis de haberme servido, muchas veces fue difícil… Isabel y Alberto: os dejo el país como un padre;

vuestra tarea será ordenarlo todo según la voluntad del Señor y de las leyes. Deseo descansar en Várad junto a mi fiel esposa, María, y al lado del rey Ladislao. Os ruego que me perdonéis si es que hice algo malo contra vosotros. Pero sois pocos los aquí presentes —y yo he faltado contra muchos, muchos que ahora en mi última hora no recuerdo… ¿Kont…, las hogueras? El magister Hus, Jerónimo… ¿Existe algún soberano que, habiendo gobernado tantos años, no esté obligado a pronunciar alguna sentencia de muerte? Todo fue necesario, no pude liberar a Hus sin condenar al Concilio. Entonces hubieran reinado hasta hoy tres papas, si el Concilio se hubiera disuelto en Constanza… ¿Por qué os explico todo eso? Antes de morir, sólo los grandes hechos cuentan: ya me he confesado, pero tenía el deseo de deciros esto, me sentía en deuda…

Gaspar Schlick avanzó un paso, como un maestro de ceremonia, y con un bastón invisible, puso fin a la audiencia: lo que vendría después sólo serían las palabras y las quejas de un anciano. Gaspar besó la mano de Segismundo, todos se arrodillaron, algunos lloraban. Él miró uno por uno a todos los hombres: las mujeres no tenían permiso para acudir. En la mente del emperador sólo pesaban dos nombres —surgidos del lejano pasado—: Kont… y Hus. Sólo ellos en la habitación, ante el *Mors Imperator*.

43

LOS CARRUAJES fúnebres se dirigían a Várad: un largo camino desde Znojmo. El invierno actuaba como un buen bálsamo —junto a los ungüentos de Marcello. Nieve, ventisca, hielo. Como en Borgoña, la nobleza a pie en el cortejo fúnebre, en hábito de fraile, llevando el ataúd de metal sobre un carro cubierto con una tela negra, los jinetes detrás: iban hacia Bihar.

En la frontera se dividieron: un grupo de guerreros llevaba el cuerpo hacia Oriente, otro grupo de gente armada acompañaba a Federico Cillei y a Bárbara con sus damas, hacia Buda. A la reina viuda le esperaba la sentencia de la nación. ¿Qué ocurriría con sus bienes, con sus castillos? Cuando Isabel y Alberto viniesen de Viena, se decidiría la suerte de Bárbara.

Hacía medio siglo que no hubo tempestad como ésa en Hungría: la incertidumbre del interregno: el juramento que prestaron en Znojmo al agonizante Segismundo entre checos, alemanes y moravos, no obligaba a la nación a nada; el consejo de regencia tendría que decidir el orden en el país —es lo que decía la gente de la Corte— mientras acompañaban al rey muerto hacia Várad.

Bárbara nada temía: Segismundo, a su debido momento, pudo condenarla a muerte, pero la reina alegó que la acusación no tenía otras bases que murmuraciones e informaciones de espías. Las cartas que Bárbara había escrito a Cracovia no eran suficientemente graves para recibir a causa de ellas la pena capital. Ladislao nunca había escrito una carta de su puño y letra a la emperatriz; la respuesta que el palatino polaco escribió, podría ser tanto un comentario como la negación a un matrimonio inadecuado: la diferencia de edad entre Bárbara y Ladislao era casi de un cuarto de siglo, más años que los que separaban a Segismundo de Bárbara. A los ojos del joven rey polaco la viuda de Segismundo era una anciana —podía ser su madre— y sería inútil que se acostaran juntos, que compartieran el lecho; no se podía esperar príncipe heredero alguno.

¿Por qué sentía Segismundo tanta admiración por Ladislao el Santo —con quien no era fácil inventar un árbol genealógico—, para descubrir un

parentesco entre ambos reyes? Sin embargo, se vio llevado como sucesor suyo, a enterrar a su primera mujer, María, en el mausoleo del rey caballero. Juan Zudar, obispo de Várad, había encargado la estatua de bronce del rey santo —encarnando a san Jorge— a los hermanos Kolozsvari. Y cuando en sus viajes, Segismundo visitaba Várad, se detenía, permaneciendo contemplativo, ante la estatua del rey luchando contra el dragón. En la flor de su vida le complacía cuando alguno de sus cortesanos mencionaba la semejanza entre él y Ladislao…

Al llegar la procesión fúnebre a Várad, doblaban las campanas. Ya estaba abierta la cripta del rey santo, para que los tallistas modelaran la cama de mármol de Segismundo —al lado de María.

No hubo mayor vergüenza para una mujer que negarse al luto por su difunto marido. Bárbara pudo conservar su vida, pero no fue digna ni de rozar el ataúd de piedra de su real esposo. Era María —eternamente joven— quien recibiría a su marido en el mármol… después de esperarle medio siglo.

Los dos sabían —Bárbara como Alberto— que no habría sentencia alguna, sino más bien negociaciones: Gaspar Schlich aconsejó al futuro rey de Hungría que llegaran a un acuerdo. Bárbara renunciaría a la mayoría de sus castillos en el Norte y a los ingresos de sus bienes, tendría que pagar en oro su libertad. Si lo deseaba, podía irse de Hungría, pero con la promesa de no provocar ninguna guerra entre húngaros y polacos. Según Eneas Silvio Piccolomini —que nunca habló bien de la ya vieja dama— su tesoro secreto valía un cuarto de millón en florines de oro, que figuraban en las crónicas contemporáneas como «El tesoro de Bárbara» y que podrían servir para endulzar a los grandes checos —a Ptavek, Sternberg y a Podjevrad— para una unión que reforzara el Imperio. Era también una forma de permitir a Bárbara quedarse con las coronas.

Los escritores de las crónicas checas mencionan a Eneas Silvio como fuente de información, para dar la noticia de la conspiración «checa», y según el cual la reina había querido envenenar a su marido. La verdad es que esas conspiraciones de la reina —con los checos, con Ladislao, el rey polaco casi adolescente— parecen poco verosímiles. Los húngaros siempre vieron con odio a los Cillei: les consideraban enemigos y extranjeros; Bárbara, como reina húngara, nunca fue muy querida por sus súbditos y a ella tampoco le agradaban sus hábitos. Con manos ávidas, hubiese querido quedarse con todo en los últimos años de su marido, pues en el caso de una lucha entre Alberto y los Jagellón, la palabra y la mano ya sin consorte de Bárbara, habrían podido pesar mucho.

Alesk von Sternberg, conde checo, encabezaba un grupo de nobles que consideraban a Bárbara como reina, a la que había que dejar en libertad sin causarle ningún perjuicio.

Pero ese instante, coincidió con el momento en que, en el castillo de Pozsony se enfrentarían los dos negociadores: Bárbara y Alberto.

Bajo el castillo de Pozsony comenzaba el deshielo del río Danubio. El castillo retenía a ambos como supuestos prisioneros: Alberto no podía emprender su viaje por el río, hacia Viena; ninguno de los dos hablaba de Ulrico, que se mantenía como una sombra entre ellos. ¿Qué haría el joven conde? ¿Una alianza con Alberto, contra su tía? En Pozsony, por su parte, Bárbara se sentía prisionera, al faltarle las noticias de sus seguidores checos.

Nadie más había en la habitación: con sus buenos modales, Alberto llamaba «madre» a Bárbara. Una palabra suya hubiera bastado para acusarla, para llevarla a la pena capital, pero Alberto se mantenía como un observador realista en el juicio de Hungría contra Bárbara. Y era tal la confianza en sí mismo, que hasta prometió nombrar a Ulrico Cillei como capitán del país checo: estaba seguro de que no movería un solo dedo en favor de la emperatriz.

Alberto tenía prisa por llegar a Viena para reclutar un ejército austríaco y no perder la elección del rey en Praga. En medio de las disputas por la solemne abdicación de sus bienes húngaros, Bárbara se fugó de Pozsony. Su desaparición se hizo evidente sólo por la mañana: el país checo estaba cerca, también Melnik, Kbniggratz —bienes de la reina— su mundo, sus siervos. Un regimiento de soldados salió en su persecución, pero en realidad, no deseaban capturarla ni hacerla volver. Los húngaros casi estaban agradecidos a la fuga de Bárbara —cuanto más lejos, mejor— nadie deseaba la sangre de la reina, pero sí los florines de oro, un cuarto de millón…

Nadie llegó a saber la verdad: los soldados no lograron capturar a la reina y los probables tesoros no abandonaron las fronteras del destino de Bárbara. A lo largo de su vida, más bien sacó partido de la misericordia de los diferentes soberanos: los polacos la gratificaron con los bienes de Sendomir, en la época en que ella se puso a su lado, en las luchas por la herencia del trono. Los polacos habían conducido la guerra contra Alberto, en nombre de ella; a la derrota del ataque polaco, que terminó con el destino de Bárbara en Polonia, Alberto le envió en secreto una oferta en la que ofrecía un millar de monedas de oro anualmente, como sostén durante toda su vida, además de varios bienes en el país checo. La reina rechazó esa oferta.

En el año 1439, Alberto regresó a Hungría: el parlamento de Buda, asamblea legislativa nacional, había votado la expulsión de la reina Bárbara. Jamás podría volver a dicho país; Alberto proclamó su sentencia: despojar a Bárbara de todos sus bienes y, de acuerdo con el parlamento, esos bienes debían ir a parar a las manos de la reina actual, Isabel.

De ese modo, Bárbara jamás volvió a ver su odiada nación ni tejió ya nunca nuevas aventuras en ella. De Polonia se dirigió al país checo, donde vivió bastantes años, en Melnik.

Y cuando Alberto falleció víctima de una epidemia de disentería en la flor de su vida, en el otoño de 1439, todo el mundo —incluso la opinión oficial de la corte— y no sólo Eneas Silvio, acusaron a Bárbara de haber sido ella quien, según la tradición de la época, hizo verter veneno en la bebida de su odiado yerno.

44

LOS ANCIANOS nombraban con el mote de «la Reparata» a la catedral de Florencia, que ya hacía un cuarto de siglo había sido bautizada con el nombre de Santa María del Fiore. Fue el pontífice Eugenio quien le dio entonces su nueva forma y quien hizo edificar la nueva cúpula de la iglesia, cuando ya había sido expulsado de Roma.

Muchas cosas ocurrieron en la política con la muerte de Segismundo: en Florencia, el Consejo solicitó el regreso —después de un año de exilio— del jefe de los minoritarios, Cosimo de Médici, que muy pronto reinaría con el título de «padre de la patria». Cosimo fue al Concilio, en Ferrara, para persuadir al papa y a los padres —como también a los príncipes— para que trasladaran el Concilio a Florencia. Florencia era más grande y más cómoda que Ferrara para el alojamiento de tanta gente. El Concilio había continuado en Basilea, pero al llegar la noticia de la muerte de Segismundo, todos se sintieron aliviados: habían proclamado —cosa que seguramente el difunto emperador hubiera impedido— la expulsión de Eugenio del trono papal y enseguida eligieron a Félix V como nuevo papa. En su vida mundana, Félix V había sido duque de Saboya —se llamaba Amadeo— y estaba temporalmente retirado como un monje anónimo.

La elección del último antipapa y su desaparición del escenario de la historia, ya no causó trauma alguno en la vida eclesiástica: continuaban las negociaciones secretas y públicas para el regreso de la Iglesia ortodoxa. Detrás de ésta jugaba el cada vez más apretado cerco de los turcos, amenazando a Bizancio. Era evidente que el emperador griego no sería capaz de resistir solo su ataque, pero los poderosos latinos no sacrificaban dinero ni sangre para salvar la capital de la Iglesia oriental, si no caía antes la barrera que dividió durante cuatrocientos años el cristianismo oriental y el occidental. Juan VIII, emperador oriental romano —por el momento, único emperador— era un hombre inteligente que aprendió mucho de su padre durante los cincuenta años de su gobierno. Él tampoco apreciaba a los latinos más que el hombre de la calle de Constantinopla, pero la peligrosa situación del Imperio

le obligaba a buscar una solución a pesar de la obstinación de sus clérigos ortodoxos.

Juan Paleólogo había emprendido un largo viaje desde Bizancio. Su primera etapa le llevó a Venecia: la república de San Marcos había llegado a la cumbre de su poder. La recepción de Juan se hizo con toda pompa, y los señores de la Serenissima prometieron una suma tan enorme para ayudar al soberano que parecía dudosa y problemática. La siguiente invitación llegó de Florencia: allí le esperaba el papa Eugenio y su numeroso cortejo. Entre sus acompañantes se encontraban tres nuevos obispos, recientemente nombrados por el emperador. Eran irnos griegos que no sentían enemistad alguna en sus corazones contra Occidente, entre ellos Bessarión, obispo de Nicea, en cuya persona se habían unido la riqueza de la herencia griega con el interés por el mundo latino. La parte eclesiástica de la delegación estaba encabezada por José, patriarca de Constantinopla. El anciano tuvo el presentimiento de que esta misión seria para él la última, cuando embarcó, según el deseo de Juan, en la nave que los genoveses habían prestado al emperador griego.

Los bizantinos confiaban que aunque duraran meses las negociaciones teológicas, sería posible concluir esa unión en forma favorable. Consideraban que su cultura y conocimientos teológicos eran superiores a los de Occidente. Lo malo fue que los mismos griegos disputaban entre sí por cierto matiz en los conceptos, hundiéndose en confusas discusiones; los latinos estaban más unidos, preparándose al encuentro.

Los griegos sabían que tendrían que ceder si querían sobrevivir. El punto esencial era el privilegio del papa romano frente al patriarca de Constantinopla. Después, seguían las diferencias teológicas: la discusión más apasionada se alzó alrededor de la interpretación de la palabra *filioque* en el Padrenuestro.

En el año 1439 —seis de julio— tuvo lugar la gran escena dramática del ocaso de la Edad Media: en el Duomo de Florencia, donde el Concilio tenía sus delegaciones, preparaban la escena para el encuentro del papa Eugenio y del emperador Juan VIII. El obispo Bessarión y el cardenal Cesarini se abrazaron —y en este abrazo manifestaron la unión, por los tiempos «eternos», entre la Iglesia romana y la griega.

El papa llegó desde la iglesia de Santa Maria Novella, sobre alfombra púrpura. La sabiduría de Cosimo de Médici, le llevó a hospedar al emperador griego en el más bello de los palacios: el palacio de los Peruzzi. La delegación llegó en una calurosa mañana de verano. La catedral, desde muy temprano, estaba repleta de nobles y eclesiásticos, con observadores como Eneas Silvio

Piccolomini. La ceremonia se celebraba con misa solemne, los griegos y los latinos se sentaban en bancos separados. Los nobles de Bizancio eran muy llamativos en sus ropajes oscuros que llegaban hasta el suelo, con sus raros sombreros y ornamentos de diadema, jamás conocidos en Europa.

Primeramente, el cardenal Juliano se levantó para pronunciar un discurso en latín: después de sus palabras de introducción, leyó detenidamente el documento de la unión. Lo mismo hizo luego el obispo Bessarión, ocupando el lugar de Juliano, y en el idioma de los helenos. Después, se celebró la ceremonia del abrazo, y fue vestido el papa Eugenio para la misa latina: naturalmente, el Credo se cantaba con la discutida palabra «filioque» por el coro papal. En esa misa solemne se expresaba en el lenguaje de los símbolos, el triunfo de la Iglesia romana sobre los cismáticos retornados. No se permitió ninguna concesión esencial en las ceremonias en favor de los griegos. Afortunadamente, muchos de los delegados del clero ortodoxo no entendían el latín a la perfección y tampoco conocían la liturgia romana. Los griegos, por su parte, se habían reservado el derecho de no cambiar nada en los ritos patriarcales. Después de pronunciado el rito de unión, el patriarca José murió al poco tiempo. Pero se decidió no elegir en tierra lejana un nuevo jefe de la Iglesia: se haría más tarde y sólo en la Basílica de los Santos Sabios, en Bizancio y cuando regresaran.

Todavía faltaba que entraran en vigor solemnemente los documentos de la Unión, acto que tendría lugar el día 26 de agosto. Mientras tanto, todos permanecieron en Florencia.

Cosimo —según los enterados— heredó de su padre dos millones de florines en oro: suma quizá única en Europa. Supo administrarlos bien; era el caudillo del «pópolo». Y cuando se hizo imposible evitar el choque con el partido aristocrático, el faccioso Albizzi no pudo confiscar sus bienes, a pesar de que el Consejo le había expulsado de Florencia, «para siempre». Un año después, según refiere Macchiavello, nadie había regresado de forma tan triunfal como Cosimo al volver de su exilio. En aquella época Cosimo aún no contaba cincuenta años y era en los días que se clausuraba el Concilio.

Cosimo vigilaba cuidadosamente la ceremonia que unía a los vivos con los muertos: la silla del trono del emperador griego se hallaba a la izquierda del Pontífice. Colocó una sábana negra de luto sobre el sillón adornado con el águila de dos cabezas, en memoria del emperador occidental Segismundo, fallecido hacía entonces un año y medio. Al lado derecho de Eugenio, Cosimo representaba en su persona a las cumbres de la república florentina. Se presentó en ropas civiles, sin armas, sonriente, amable con todo el mundo,

como un excelente amo. Su casa era el hogar de la abundancia y del espíritu, la casa de un gran mecenas.

Allí se anunció que fundaría una Academia, en memoria y homenaje a Platón y en este proyecto participaría el obispo Bessarión, que se quedaría en Italia. Según los entendidos, sería el primer cardenal elegido de la Iglesia unificada. De Cosimo se sabía que había comenzado sus estudios del idioma griego. Era posible que hubiera que traer a Italia muchos maestros para estudiar el griego… en el futuro. En el caso de que hubiera un futuro en el que sobreviviera Bizancio.

—Nosotros y nuestros ciudadanos —dijo el emperador Juan— hemos procurado vivir según los conceptos de Platón y según los métodos de Aristóteles. Pero desde que estoy con vosotros, muchas veces he pensado: ¿no habrán sido estos dos mil años de recuerdo los que nos impidieron ver el futuro?

El emperador llevaba un alto sombrero puntiagudo, su rostro parecía más largo por su barba que igualmente terminaba en punta. Seguramente estaba acostumbrado al calor en Bizancio, porque llevaba también ropas de color morado que llegaban hasta el suelo y encima una capa tejida en oro. Con sus palabras griegas, parecía el habitante de otro planeta.

—Majestad, ¿le habíais conocido?

La mirada del papa se dirigía hacia el sillón de trono huérfano. Juan respondió, evocando:

—Cuando mi difunto padre recibió al «Rex» Segismundo ante las murallas de la ciudad, yo sólo era un joven a quien el emperador Manuel enviaba a «Trakia», a las brigadas. Después, recibí un distrito vecino a Salónica, para aprender el arte de gobernar según los consejos de nuestro gran antepasado Constantino Porfirogeneta. Tiempo después volví a Bizancio, cuando llegaba inesperadamente vuestro entonces futuro emperador: días antes habían naufragado en el río Ister donde fueron salvados por una de nuestras galeras, que recogió al rey húngaro con algunos de sus fíeles. La mayoría habían sido heridos en la batalla de Nicópolis; mi padre me envió entonces para saludar al rey, y marché al frente de unos soldados. Rara vez llegaban príncipes hasta nosotros y sus visitas significaban el deseo de ver la Ciudad Maravillosa o de ofrecer una alianza contra los turcos. Pero Segismundo no se parecía a ninguno de ellos, jamás he visto un soberano tan gentil, tan alegre como él. En su gran país, Hungría —lo sé por mis estudios — reinaba el espíritu bizantino, no parecía triste por la derrota sufrida; olvidó al sultán, a los muertos, a los prisioneros mutilados. Y entre los prisioneros

hubo un príncipe francés… Me explicó su problema: tenía que pagar el rescate por el príncipe de Nevers. «Pero ¿de dónde puedo sacarlo?», me dijo. Por suerte, yo hablaba desde muy niño, por deseo de mi padre, vuestra lengua, y por eso pude convencer yo mismo a los venecianos y a los genoveses que vivían entre nuestras murallas milenarias, para que vinieran en ayuda del rey húngaro.

»Los mercaderes venecianos estaban dispuestos a efectuar un préstamo: Segismundo me abrazó, me hizo infinitas preguntas sobre los miembros de mi familia. Como joven príncipe no estaba sujeto a etiquetas severas y pude quedarme a su lado mientras permaneció en Bizancio. Y con vuestro perdón, santidad, fueron las semanas más bellas de mi juventud… las que pasé junto al rey de los húngaros…

De pronto habló Cosimo:

—Majestad, nos habéis evocado la memoria de un Segismundo joven; en cambio, yo me encontré con él hace casi cinco años, comiendo yo el pan de los exiliados, en las cercanías de Florencia. Su majestad romana se hallaba aquellos meses en Siena, esperando que vuestra santidad le llamase para la coronación. La familia Malatesta había organizado una cacería; ni Segismundo ni yo debíamos cruzar la frontera de Florencia. ¿A qué se debió que el emperador me recibiera para charlar conmigo? Era evidente que los exiliados no podían tener dinero, ni título, ni poder para negociar: «Cosimo, amigo mío —me decía con amabilidad, como ningún soberano hablaba con un súbdito de la República libre—. Cosimo, amigo mío —repitió— háblame de las cosas de Florencia, he de volver pronto allí, y no olvides que ya estuve en relación con tu querido padre, a quien pedí que me ayudase a negociar entre Hungría y la república de San Marcos».

»Durante la cacería me invitó a cabalgar a su lado, Gaspar Schlick iba al otro: con ambos discutía sobre los problemas de Europa. Al principio tuve la impresión de que intentaba examinarme, pero sus palabras se fueron haciendo cada vez más amables. Me trataba como a un igual, a pesar de que por su edad podía haber sido mi padre. Charlamos hasta que tocaron las cometas y su famoso caballo empezó a temblar excitado… el caballo con el que había recorrido en ocho días la distancia entre Mantua y Basilea. Pero entonces, olvidándome a mí y olvidando todo, Italia, problemas —con vuestro permiso os refiero el episodio, santo padre —Segismundo divisó una bella amazona—Lavinia Colonna— y sus ojos quedaron clavados en la moza. El caballo comprendió que debía de alcanzarla y desde aquel momento, la “sacratissima maestas” no pensó en otra cosa que en saludar a la “madonna” Lavinia.

Sentado, orgulloso y firme sobre su silla de montar, cogió un arco, apuntó y dio en el blanco. Era un corzo: “La presa de hoy”, dijo riendo, y no se refería al corzo, pues sus ojos contemplaban a Lavinia.

»Antes de despedimos, hablé una vez más con él: parecía otro, con la cara llena de arrugas, leía unas cartas. Schlick me aconsejó que entrara para despedirme, para besarle las manos. Era un hombre mayor, me arrodillé ante él. Había sabido por Gaspar que luchaba con sus problemas económicos: vos, santidad, sabíais que nosotros mismos no era mucho lo que teníamos, seguíamos sin saber cuánto tiempo duraría aún el exilio… De todos modos le mandaron a Siena algo de lo prometido.

Ahora intervino Cesarini:

—Dios perdone mi orgullo cuando afirmo que hemos sido amigos del difunto soberano: lo comprobé ya en Constanza cuando una vez fui yo quien le recibió en la puerta lateral de la catedral, y luego empecé a conocer mejor a su majestad. Aunque dudo que haya alguien que le haya conocido del todo… Sucedió cuando me encontraba como legado en Basilea. Disculpadme, santo padre, no quisiera despertar tristes recuerdos…

—Continuad, Juliano, éste no es «Ad limina apostolorum», estamos en la comida del príncipe de Florencia, y aquí somos todos iguales.

Cesarini prosiguió:

—Seré sincero, santo padre: cuando él abandonaba el Concilio, yo me arrodillaba ante él y él me absolvía, pero santidad, nunca podríais imaginar cómo era en realidad aquello. Y si recordamos a Constanza… Basilea fue peor, más violenta, más agresiva, nos mordíamos entre nosotros. En Basilea no tuvimos al magister Hus ni a Jerónimo, tampoco antipapas; estábamos solos, amenazando al único y verdadero papa, para excomulgarlo como hereje. Los prelados parecían enloquecidos, furiosos… Cuando llegó su majestad el emperador —un día antes de lo previsto— fue una jornada memorable: había viajado durante ocho días: su cara manchada de barro, sus botas, su capa… la barba desordenada, mil arrugas sobre su frente. Con las manos vendadas, casi no podía desmontar de su silla. Pero lo que dijo entonces, fue la frase del triunfo humano, una frase que lo expresó todo: «Juliano, traigo la rama de olivo». Ya era anciano, como un abuelo. Tuvieron que llevarle a su aposento; el médico le curó, después el barbero le arregló y luego le vistieron y pido un confesor, Gaspar estaba a su lado. Durante horas estuvo dictando y mientras tanto me había mandado llamar. Creí que estaba enfermo y seguramente pediría mi consuelo espiritual. Y la absolución.

»No era ya el mismo cuando vino hasta la puerta para recibirme. Como si una mano misericordiosa le hubiese borrado los años. Sin ningún ceremonial me abrazó. “In medias res” —dijo— “¿qué hay que hacer?”. La habitación cobró vida con su presencia, aquello pareció enseguida una cancillería, Gaspar Schlick ya había redactado las cartas, los secretarios convocaban a los jinetes mensajeros, todo estaba en movimiento. Su majestad se quitó con las botas la fatiga; estaba en su elemento y empezó a dictar. A mi entrada interrumpió el dictado en lengua italiana, todavía escuché una frase suya, dicha con el acento de los de Siena…, de las damas de Siena, con el permiso de vuestras noblezas…»

Ese diálogo lo mencionó también Eneas Silvio Piccolomini, invitado asimismo a la célebre cena. Todos los italianos recordaron a Lucrecia, pero el santo padre frunció las cejas: a Eugenio no le gustaban las bromas alusivas a la vida cristiana. Pero ni Cosimo ni Cesarini pudieron disimular una ligera sonrisa.

Bessarión habló de pronto:

—Parece que soy el único que no conoció al difunto: por mi parte sólo puedo hablar de él a través de los recuerdos de otros… A nosotros, los bizantinos, nunca nos agradó reconocer como «Cesar Augusto» a vuestro soberano de Occidente. Pero siempre hemos pensado en Segismundo como en un basileo con formación latina, como un digno retrato imperial. Y deseo destacar que —como he oído decir— nunca se entrometió en las discusiones de la Iglesia. Estaba obligado al conocimiento de los silogismos, eso sí, pero Segismundo no discutía sobre la fe; y sin embargo, parece que siempre supo cómo actuar en los asuntos eclesiásticos. Fue el verdadero fundador del rebaño dirigido por el «pastor único». Y no era culpa suya que sus coronas pesaran demasiado y no pudiera luchar contra todos los vientos que soplaban de tan diferentes puntos de la esfera celeste.

—Nunca tuvo dinero, señor obispo.

—Eres mucho más hombre que nosotros, Eneas Silvio, y tu juicio es por eso injusto. ¿De dónde podía sacar vuestro emperador tanto oro como hubiese sido necesario para aliviar las penas de todo el mundo? Quien aspire a las grandes empresas, generalmente ha de chocar con las cosas inferiores de la vida terrena.

Inesperadamente, interrumpió Eugenio:

—Todavía era yo cardenal en Constanza, cuando Cossa ofreció dos mil monedas de oro al rey romano, para que le apoyara frente al Concilio y se declarara partidario del falso papa. Conociendo el estado de nuestra Curia de

hoy, me pregunto perplejo cómo pudo tener tantos ducados el individuo que se atrevió a llevar el nombre de Juan XXIII. ¡Y todos sabemos cuánto deseaba el emperador Segismundo ese dinero! Evidentemente no para coleccionarlo en una torre según la costumbre de algunos soberanos atacados del «auri sacra fames», para luego ¿qué hacer con sus tesoros? Después de la muerte, nada se llevarían consigo… pero como os he dicho, él rechazó, sin la menor vacilación, el tesoro del falso papa. ¿Que cómo lo sé? Estaba presente en la antecámara y pude escuchar la conversación: su majestad estaba solo con Baldassare Cossa, pero se oían las voces, también estaba esperando su escribiente benedictino. Segismundo habló en voz alta e indignado, rechazando la oferta. Y eso ocurrió el mismo día en que el conde de Hungría intentó conseguir un adelanto de los prestamistas de Constanza. Y es un buen gesto que no hemos podido olvidar en el solemne momento en que recibimos en la silla del heredero de Pedro, al emperador. Además, tenéis que saber que el falso papa volvió a repetir su oferta unos meses más tarde: proponía que fueran juntos con una guardia segura, él y Segismundo, al lugar secreto en que Cossa guardaba su oro, y él volvió a negarse. Se negó a intervenir en interés del papa de Pisa y yo he visto el desprecio en el rostro del soberano, cuando salía de la habitación. Es lo que quise contaros de Segismundo: al preguntarle más tarde en Roma por aquel asunto sólo hizo un mudo ademán; no lo consideró digno de la menor importancia. Pues si queréis saberlo, yo guardo piadosamente su recuerdo: sé que no me apreciaba particularmente, pero al sentamos frente a frente en la Urbe, nos entendimos mutuamente. «Requiescat in pace»: fue una sólida columna, un pilar fuerte, y sostuvo sobre sus hombros la bóveda cristiana, durante un tiempo extraordinariamente largo.

Los sirvientes ya estaban nerviosos esperando la señal del amo para desfilar con las fuentes de plata. Pero después del discurso del papa, tuvieron que respetar y guardar unos minutos de silencio.

El emperador griego deseaba hablar con una copa de cristal veneciano en su mano. Su discurso era en griego, los presentes tuvieron que oír y mal entender el idioma un poco artificial de Bizancio: el que usaban en la corte.

—Ante todo te doy las gracias a ti, Cosimo, por esta bella noche con que nos has honrado para ayudamos al encuentro, después de tanto tiempo, de los dos rebaños de Cristo que se habían perdido de vista el uno al otro. Con gratitud te admiramos por lo que haces en Florencia para dar albergue a las Musas, ya que han tenido que mudarse de las montañas ante el estrépito de las batallas. Tú que abres las puertas de la nueva Academia, con la memoria de

Platón y dando un albergue a los sabios que tendrán que ser salvados, si el mundo entierra a mi ciudad. Mi corazón ha sufrido mucho, la decisión no era nada fácil viéndola con ojos bizantinos. Tengo tres hermanos, dos mayores, Demetrio y Tomás, que ya están esperando su trono; sólo el tercero, Constantino, creo que está a mi lado. Es el preferido de nuestra madre —Helena— y mi madre, según nuestra ley, es la «Basilisa», y será gobernante hasta mi regreso. Ella es quien, en mi ausencia, tiene que defenderme contra los enemigos de esta Unión; habrán otros que prefieran una alianza con el turco… Uno de ellos, el mismo Demetrio, que ha ofrecido vasallaje al sultán, si éste se aviene a darle una ayuda militar contra mí. Por eso tuve que traer conmigo a José, el honorable patriarca, para que no caigan en la tentación de destronarme durante mi ausencia y obligando al patriarca a coronar un nuevo emperador en Santa Sofía. ¿Y por qué os cuento todo eso, amigos míos? Hoy nos hemos abrazado; y dentro de tres semanas —en cuanto se haya secado la tinta sobre los siete documentos de la unión— yo tendré que emprender mi viaje. Bessarión y otros que aceptan complacidos el quedarse con vosotros, mantendrán aquí el espíritu de nuestros antepasados. De tiempo en tiempo, os darán, santo padre, noticias mías, si Dios nos ayuda a vivir. El hombre, cuya memoria hemos invocado, viviría aún en la integridad de su fuerza interior: era el único entre los soberanos occidentales que durante su larga vida proclamó la necesidad de liberar Constantinopla. Y lo sé, además, por mi difunto padre, por Manuel Paleólogo, quien me dijo en su lecho de muerte que Segismundo era nuestro amigo; Y ahora, con este brindis con que te saludo, Cosimo, lo vuelvo a recordar.

La música de las liras dominaba el rumor de las fuentes; las llamas ardían en lámparas y recipientes: y en aquel momento todos parecían figuras de cera: los invitados, el papa, el emperador, los cardenales, el príncipe sin corona de Florencia, el obispo griego de Nicea. Repentinamente Piccolomini se levantó y con manos plenas de respeto tomó la sábana de luto extendida sobre el sillón del águila bicéfala.

«Sic transit gloria mundi», pensó, sin decirlo, para no herir sus sentimientos. Un sirviente se llevó la tela negra que recordaba al difunto. Y empujando hacia atrás la silla del trono, la fue alejando de la luz de las antorchas. El trono se fue hundiendo en la sombra, en la nada.



LÁSZLÓ PASSUTH. Nació en Budapest, Hungría, el 15 de Julio de 1900. Pertenece a esa sufrida generación de europeos que tuvo el durísimo destino de tener que pasar por nada menos que dos guerras mundiales. En su caso personal, a eso todavía cabe agregar todos los avatares de la ocupación soviética, la revolución húngara de 1956 y las últimas décadas del régimen comunista.

Originalmente siguió la carrera de abogado, doctorándose en dicha especialidad en la Universidad de Szeged. Trabajó en el ámbito bancario desde 1921 y hasta 1945, año en que ingresó en la Oficina Nacional de Traductores para hacer traducciones al húngaro de al menos ocho idiomas: latín, inglés, francés, alemán, italiano, griego, español y portugués.

Su carrera de escritor comienza a mediados de 1920 con traducciones para publicaciones culturales. Visitó España en 1933 y, desde entonces, sintió siempre una especial simpatía y atracción por todo el ámbito de la cultura hispana. En 1937 publicó su primera novela *Eurasia* y, en el mismo año, su primera obra histórica sobre el Simposio de Esztergom, con lo que demostró, ya desde sus comienzos, que poseía la rara virtud de hacer convivir en su mente al narrador con el historiador.

A instancias de otro escritor húngaro, Zsigmond Moricz, escribió la primera obra que le otorgaría una merecida fama: *El dios de la lluvia llora sobre*

México. El libro, que relata las conquistas y los descubrimientos de Hernán Cortés, se publicó en 1939 y resultó ser un inesperado éxito tanto en Hungría como en el resto del mundo. Con el correr de los años, la obra terminó formando parte de una trilogía hispana con el agregado de *Señor Natural* (1960), que se refiere a Felipe II y cuyo título en húngaro es *«Terciopelo negro»*, y con *El mayordomo de Diego Velázquez* (1965). Otras obras notables referidas al ámbito hispano fueron *Explorando el Pasado* (1966) e *Hispania Eterna* (1969).

Escritor increíblemente prolífico, en la cumbre de su carrera su producción es prácticamente la de un libro por año y, por más que algunos lo tienen por «novelista» —con la velada, o no tan velada, acusación implícita de superficialidad— la mayor virtud de sus narraciones reside justamente en una sorprendente precisión histórica obtenida de un contacto directo con las fuentes. Passuth se movió con igual comodidad tanto en la historiografía como en la arqueología o en el arte. Con un excepcional conocimiento de la materia unido a una brillante narrativa puso al alcance de cientos de miles de lectores las biografías, los comportamientos y las costumbres de los más diversos personajes de la Historia. Durante décadas fue el escritor húngaro más publicado, más leído y más conocido —lo cual, por supuesto, generó no pocas envidias y no pocas chicanas de parte de otros escritores colegas mejor posicionado en la burocracia partidaria.

Es probablemente por esto que, aún cuando no pudo ser acallado, el régimen comunista en Hungría tampoco se dignó de reconocerlo oficialmente. En 1948 lo expulsaron del Sindicato de Escritores. Hasta la revolución húngara de 1956 sólo pudo publicar bajo seudónimo. Si bien entre 1945 y 1960 fue el secretario general del PEN Club húngaro, entre los años 1948 y 1957 este cargo no pasó de ser meramente simbólico.

Después de jubilarse como traductor, adquirió una pequeña propiedad en la localidad balnearia de Tihany, a orillas del lago Balaton. Sus últimas obras surgieron de este retiro que prácticamente se convirtió en refugio. El resumen de su filosofía de vida probablemente esté encerrado en las palabras que en una oportunidad le dijo, muy en confianza, al crítico Elemér Szeghalmi: *«en cada piedra, en cada diminuto pedazo de tierra o producto del ser humano puedes ver y experimentar los verdaderos signos cristianos. Sin esto no hay vida verdadera sobre este mundo»*.

Falleció en la cercana localidad de Balatonfüred, el 19 de Junio de 1979.